PENGUIN CLASSICS

IVAN GONCHAROV

OBLOMOV

Sinopsis

«En Oblomov, el talento realista de Goncharov alcanza la cima de suarte. El 'oblomovísmo' es la mezcla de la inercia y la apatía, de la esclavitud moral y la actitud orgánica hacia el trabajo, que gravitaba sobre gran número de terratenientes-aristócratas de entonces. La repugnancia de Oblomov por el trabajo, el procedimiento de hundir en un fárrago de palabras todo lo vivo, era característico de los nobles.»

IVAN A. GONCHAROV

Oblomov

Traducción de

ENRIQUE DE JUAN

Introducción de

NATALIA UJÁNOVA

profesora de la Universidad Complutense

©1859, Goncharov, Ivan A.

©1985, Planeta

ISBN: 9788432039294

INTRODUCCIÓN

IVÁN ALEXÁNDROVICH GONCHAROV *es, junto con I. S. Turguiénev, una de las eminentes figuras de la literatura rusa de la segunda mitad del siglo XIX. Nacido el 6 de junio de 1812 en la ciudad de Simbirsk (actual Ulianovsk), a orillas del Volga, en el seno de una acomodada familia de mercaderes, cursó sus primeros estudios en un pensionado, y es enviado a la edad de diez años a Moscú, donde ingresa en la Escuela de Comercio, carrera que abandona, para pasar en 1831 a la sección de filología de la Universidad, la cual termina en 1834. Después de trabajar durante un año en la oficina del gobernador de su ciudad natal, en 1835 se traslada a Petersburgo, donde entra a prestar servicio como intérprete en el Departamento de Comercio Exterior del Ministerio de Finanzas. Al mismo tiempo da clases de literatura a los hijos de un miembro de la Academia de Bellas Artes, lo que le abre las puertas del mundo del arte y le permite probar sus fuerzas en la literatura, publicando varias poesías románticas. En 1847 entabla conocimiento con el conocido crítico V. G. Belinski y se incorpora a su círculo literario.*

El desarrollo ideológico y literario de Goncharov tiene lugar durante el período de creación de la «escuela natural» bajo la influencia de las concepciones estéticas de Belinski. Su primera novela, Una historia trivial *(1847), constituye una importante aportación a la literatura del movimiento progresista de entonces.*

Belinski emplea por vez primera la denominación de «escuela natural» en 1847, en su artículo «Visión de la litetatura rusa», donde la considera no sólo como la que había conseguido establecer un nexo con la realidad sino que además había acometido la difícil tarea de presentar en las obras literarias a la gente vulgar, sin caer en el error de idealizarla. La «escuela natural», que no debe confundirse con el naturalismo, es la primera manifestación en Rusia de la corriente literaria que más tarde recibiría la denominación de realismo. No es extraño que al analizar la literatura del siglo XVII y de las tres primeras décadas del siglo XIX tropecemos ya con sus raíces. No cabe silenciar la abundancia de elementos realistas en Pushkin, que le convierten en uno de los precursores del realismo artístico, aun dentro de los moldes del romanticismo.

Las extensas novelas de Goncharov, que constituyen una epopeya de Rusia, son en su conjunto un todo que nos ofrece una imagen global de la vida de entonces. En ningún otro escritor las etapas de su evolución —desde sus primeros pasos hasta los últimos, que podemos considerar como agotamiento literario más que como decadencia del escritor— se perfilan con tanta precisión como en Goncharov. Si la fase ascendente corresponde a Una historia trivial *(1847) y la culminación a* Oblomov *(1859), el final es* El precipicio *(1869). Mientras que las dos primeras reflejan los recuerdos de la juventud e infancia del autor, la última constituye el resumen de su concepción político-social.*

En sus novelas predomina el interés del escritor por los destinos de la nobleza rusa desde el punto de vista social y de cuáles habrían de ser los estamentos que la sustituyeran. Pero a diferencia de Turguiénev, estaba lejos de reconocer el papel de vanguardia que habían de representar en el desarrollo de la democracia los intelectuales no procedentes de la nobleza —los raznochintsy*—. Goncharov trató, con espíritu excesivamente tendencioso, de convertir en héroes positivos a los Hombres de negocios, a los empresarios. No obstante, en el proceso de interpretación literaria de sus caracteres logró superar semejante enfoque y sus obras se convirtieron objetivamente en una plataforma en favor del primer movimiento democrático. Es por eso por lo que la crítica progresista de los años cuarenta las valoró positivamente. El estilo de las novelas de Goncharov constituye una expresión particular de los principios creadores propios de la «escuela natural». A diferencia de las novelas de Turguiénev «las suyas no encierran un espíritu romántico y en ellas no hay vestigios de psicologismo». Se caracterizan por su gran objetividad y por el plasticismo de los caracteres de los individuos que retrata, y, como señala N. A. Dobroliúbov, «en la capacidad que poseen de abarcar la totalidad de la imagen del objeto, de troquelarlo, esculpirlo... radica la extraordinaria fuerza del talento de Goncharov... No le sorprende una faceta aislada de un objeto, algún momento de un hecho, sino que da vueltas a ese objeto en todos los sentidos, esperando que culminen las circunstancias del fenómeno y sólo entonces inicia su elaboración literaria. Consecuencia de ello es la precisión en la configuración incluso de los detalles más nimios». Gracias a su contenido específico y a su forma las novelas de Goncharov ocupan un lugar preeminente en la historia del realismo crítico ruso.*

Su labor literaria es resultado de los cambios que se habían producido en la sociedad rusa, los cuales dieron lugar a la aparición de una nueva «escuela», democrática en cuanto a su idea rectora —la tendencia estética—. Con la figura de Goncharov hace acto de presencia en la literatura clásica rusa el raznochinets, *procedente de la burguesía. Pero incluso en el campo de la literatura y la crítica, los representantes de la intelectualidad burguesa no fueron capaces de organizar su propio movimiento y se unieron a los círculos nobiliarios de vanguardia. Todo ello se refleja en el desarrollo ideológico y literario de Goncharov. No hay que olvidar que era hijo de un rico mercader. A pesar de que al principio de su actividad literaria se sentía, de hecho, muy identificado, en lo que respecta a sus convicciones, con los intelectuales de vanguardia, procedentes de la nobleza, sin embargo, sus concepciones sociales se diferenciaban de las de los mejores representantes del liberalismo nobiliario, sobre todo de las de Turguiénev, con su* pathos *de la Ilustración. Goncharov era enemigo declarado del régimen de servidumbre y de la opresión por parte de la burocracia. Perseguía los ideales progresistas, la libertad cívica, los derechos generales de la propiedad y de la actividad empresarial, la instrucción de la sociedad y de las masas populares, la igualdad de la mujer. Pero no le atraían ni constituían fuente de inspiración para él las ilusiones de bienestar de todas las capas sociales, características de la Ilustración, y su actitud hacia los estamentos conservadores no se distinguía por la profunda enemistad*

que era propia de sus coetáneos liberales, dominados por la forma de pensar de la Ilustración. En cambio, le interesaba notablemente el desarrollo ideológico de los círculos cultivados de la sociedad rusa. En este sentido, consideraba muy importante superar el talante romántico que florecía entre la aristocracia y los raznochinets *de los años treinta y adoptar puntos de vista más positivos y más cuerdos. Belinski se burlaba de los «románticos de la vida», de los «enemigos de todo lo práctico», de quienes no viven, sino que se limitan a soñar, que no comprenden que «todos, los grandes hombres son personas prácticas».*

Para entonces, Goncharov había casi terminado su novela Una historia trivial, *basada en la antítesis del noble romántico y el funcionario dedicado a los negocios. La contraposición entre los sueños y la realidad constituía entonces un problema nuevo y palpitante. Pero el escritor no llegó inmediatamente a la idea de aquella novela, que marca, de hecho, el comienzo de su fama como literato. Aunque ya en 1835 habían aparecido en un almanaque manuscrito cuatro poesías del incipiente autor y al cabo de tres años su relato* Enfermedad perniciosa *y posteriormente en otro* Feliz error, *todas ellas eran muy poco profundas en cuanto a su contenido. Sin embargo, ya en la primera, Goncharov se burla de la atracción sentimental que experimentaban los escritores románticos hacia la naturaleza, atracción que persistía desde los tiempos de* La pobre Liza *de Karamzin, y por contraste con ello, la ociosidad y la gula de que daban muestras los miembros de la nobleza. En* Feliz error *retrata la sociedad aristocrática. En el relato abundan las digresiones cómicas, que recuerdan en cierto modo a Gógol. En el carácter del héroe, el autor pone de relieve toda una serie de rasgos del despotismo esclavista.*

A comienzos de 1840 se modifican algo los intereses literarios del escritor. En el protagonista de Iván Sávvich Podzhabrin *(1842) trata de reflejar a su modo el carácter del Jlestakov de* Almas muertas *de Gógol, del funcionario frívolo que se dedicaba a sablear a todo el mundo, manifestaba una actitud despectiva hacia sus obligaciones y estaba dedicado por completo a disfrutar de la vida. Pero en el estilo que adopta en la obra, el autor renuncia ya al procedimiento cómico-narrativo y adopta formas de expresión más objetivas y detalladas. Considerando también que la novela no era lo suficientemente importante para editarla en un volumen aparte, la publicó tan sólo en 1848 en la revista* El Contemporáneo. *Seguidamente trató de reflejar la vida patriarcal de los hacendados de tiempos pasados en una obra titulada* Ancianos, *que pronto abandonó, y emprendió finalmente el proyecto de* Una historia trivial, *más aguda, dedicada a un tema de actualidad. En ella plantea a su manera la antítesis de los sueños románticos y la sobria actividad. El concepto romántico, representado en la obra por su protagonista Alexandr Adúev, es tan sólo un difuso eco psicológico de ciertos problemas del idealismo objetivo presente, desde los tiempos de Karamzín (1766-1826) y del joven Zhukovski (1783-1852), en la conciencia de los representantes más instruidos de las capas conservadoras de la nobleza rusa y en parte de los* raznochintsy. *Este romanticismo no iba más allá de la idealización grandilocuente del amor fraternal, la sensible amistad y la belleza del arte y de*

la naturaleza. Pushkin reflejó una variedad de semejante romanticismo en el carácter del joven poeta Lienski en Eugenio Onieguin. *El personaje romántico de la obra de Goncharov es un joven noble, estudiante universitario, que se había convertido en adepto del idealismo filosófico-estético. Su señorial benignidad, nacida en la hacienda patriarcal, se vio alimentada posteriormente por las lecciones oídas en la Universidad y por sus lecturas sobre estética. En semejante estado, el autor traslada a su héroe al juicioso y calculador Petersburgo con el fin de que la propia vida le haga despertar y arranque de sus ojos el velo romántico. El proceso de su reconversión en un hombre práctico constituye el argumento de la novela. En el reconocimiento de las circunstancias y los resultados de semejante proceso, revela Goncharov, en lo fundamental, un «tacto bastante acertado de la realidad», pero al mismo tiempo también le traiciona algo. En la práctica del espíritu romántico de Alexandr Adúev no incluía la menor posibilidad que le permitiera emprender búsquedas ideológicas más profundas. Belinski supo captar que la tendencia fundamental en el desarrollo del carácter de Adúev radicaba en el peligro de «extinguirse en la lejanía provinciana y en la apatía y la indolencia». Pero dado su amor propio y la experiencia adquirida, no podía dedicarse a otra cosa que a la carrera de funcionario. Los jóvenes nobles, que suspiraban por el amor y la amistad ideales, se convertían en su mayoría en funcionarios, subordinándose a la convicción —del medio conservador de que procedían— de que el servicio del Estado era el campo de acción más digno y ventajoso para los miembros de su estamento.*

Y, naturalmente, el ambiente oficinesco iba desarraigando de su espíritu la benignidad romántica. Con los años se volvían indiferentes y se convertían en hombres prácticos. Así es precisamente cómo se perfila en la obra el destino del protagonista. Ya a los dos años de su llegada a la capital ocupaba un «lugar respetable» y gozaba de influencia en la revista literaria en que trabajaba. En el epílogo de la obra le vemos ya con su «abultada barriguita» y con su condecoración en el cuello. Está convencido de que el amor y el matrimonio no coinciden y por eso realiza un casamiento por interés, atraído tan sólo por la dote de su esposa. El escritor no sólo retrata el proceso de desilusión del héroe romántico, sino que convierte sus vivencias románticas en objeto de implacable condena y sarcásticas burlas, que provienen de un practicismo consecuente y sensato, al que el autor quiere asegurar el triunfo definitivo. Como persona «positiva», enemiga de lo romántico, interviene en la novela Piotr Adúev, verdadero hombre de negocios y alto funcionario. Cuando se burla del idealismo de su sobrino, de su entusiasmo romántico y pomposas frases, cuando le aconseja «dedicarse a cosas prácticas», actuar razonablemente y ser útil a la sociedad, cuando pone como ejemplo su propio amor al trabajo, su deseo de adquirir conocimientos, la claridad de los objetivos que persigue se alza por encima de Alexandr; pero cuando pone de manifiesto la frialdad de su alma y su insensibilidad, cuando considera que la pobreza es una «ignominia», que enamorarse es una extravagancia, cuando revela su interés hacia los negocios sólo por el dinero, y éste por el confort que puede proporcionar, y cuando ve el sentido de la vida en la «carrera personal y la fortuna», demuestra su

limitación y no inspira más que compasión no sólo en su sobrino, sino en el autor. Pero Goncharov no se elevó subjetivamente a la altura desde la que se podía haber resuelto de forma históricamente veraz el conflicto entre lo romántico y lo eficiente. Reconocía que había algo de verdad en los puntos de vista de Piotr Adúev, pero no sabía con firmeza dónde se había convertido en mentira esa verdad. Sin embargo, refleja, en lo fundamental, con acierto el carácter de sus héroes. El significado objetivo de la novela consiste en la negación del romanticismo abstracto y en la afirmación de la diligencia burguesa, aunque socialmente limitada, como un nuevo rasgo característico de la vida rusa de entonces. La publicación de la obra en la revista El Contemporáneo *hizo que Goncharov entrase en estrecho contacto con Belinski, Turguiénev y otros representantes de la «escuela natural». Debido a la particularidad de sus concepciones, no se convirtió en miembro activo del movimiento literario de 1840, pero fue uno de los escritores que más participaron en él, centrándose en la creación de la novela costumbrista-social.*

La crítica valoró en alto grado la novela. Belinski escribió: «¡Qué golpe tan fuerte infringió al romanticismo, a la idealización, al sentimentalismo y al provincialismo!» El éxito de Una historia trivial *animó a Goncharov. El escritor se dedica seguidamente a un género nuevo para él —el folletín—, que también cultivaba la «escuela natural», e incluye anónimamente en la revista del mismo año las* Cartas de un amigo de la capital a un novio provinciano. *En ellas no toca problemas sociales, pero plantea los principios positivos del «saber vivir» e intenta fundamentar la idea del «hombre decente», y aunque este ideal parecía querer referirse a la «razón» y la «justicia», todo se reducía, en resumidas cuentas, a la «delicadeza» y al «confort» de la vida.*

En 1850 se aprecia en Goncharov una pasividad creativa y una falta de seguridad en sí mismo, hecho que no era en modo alguno casual y constituía, sin duda, una manifestación de la inestabilidad e inseguridad ideológicas en que vivían los amplios círculos de intelectuales liberales, incluidos muchos de los más importantes colaboradores de El Contemporáneo, *consecuencia de la reacción política que reinaba en el país.*

En otoño de 1852 emprende, en calidad de secretario del almirante Putiatin, un largo viaje alrededor del mundo en la fragata de guerra Pallada. *El resultado de sus impresiones lo plasma en el libro de relatos titulado* La fragata «Pallada», *en el cual se plantea la tarea de reflejar y de transmitir de forma desembarazada y humorística todo lo visto por él. Lo fundamental que le interesaba de los pueblos de África y Asia que había visitado era la desaparición del régimen patriarcal y el surgimiento en su lugar de una civilización nueva, burguesa. Al mismo tiempo, Goncharov condena la actividad de la burguesía cuando ésta adopta un carácter de rapiña y expoliación y conduce a la regresión. En la obra ofrece con gran humor una serie de escenas de la vida de los países meridionales y de los paisajes marítimos que más le habían impresionado. Pero incluso los más importantes de ellos, como el del embravecido océano, que habían excitado la imaginación de Byron y de Pushkin, no produjeron en Goncharov vivencias románticas. La obra, que fue*

alabada por la crítica, alcanzó gran éxito.

Cuando regresó a su patria, hacía casi ocho años que había concebido la idea de escribir Oblomov, *que era casi una continuación de* Una historia trivial.

En 1859, en la revista Anales patrios *ve la luz la novela, —que consolida definitivamente la popularidad de Goncharov.*

Los lectores esperaban con extraordinario interés la aparición de la novela, de la que se había hablado como de una obra notable, aunque la lectura de los primeros capítulos les resultó algo pesada, debido quizás a la falta de acción. Pero, según palabras de Dobroliúbov, a medida que se adentraban en el texto «el talento de Goncharov supo someter a su irresistible influencia incluso a quienes menos simpatizaban con él». El secreto de semejante éxito se debe, en opinión del crítico, «tanto directamente a la fuerza de su talento literario como a la singular riqueza de contenido de la novela».

El autor realiza en la obra una crítica aguda y profunda del parasitismo de los grandes terratenientes. Ilia Ilich Oblomov nació y creció en una hacienda de carácter patriarcal, cuyos propietarios «consideraban el trabajo como un castigo». En tan retrógrado, atrasado e ignorante ambiente fue donde se educó el héroe de la novela, lo que sirvió para desarrollar en él los rasgos de indolencia y apatía que le caracterizan y le convierten en un convencido partidario del régimen de servidumbre. Según expresión del propio Goncharov «las fuerzas de que estaba dotado se dirigían hacia su interior en búsqueda de la forma de manifestarse y se marchitaban y secaban...» La historia de Oblomov es la de la muerte espiritual de un individuo, cuyas poco comunes facultades se ven asfixiadas a consecuencia del sistema de vida de la Rusia esclavista, de la educación recibida y de su facultad de pasarse el tiempo soñando y sin hacer absolutamente nada.

El leitmotiv *de la novela es la holgazanería y la apatía de Oblomov, su permanente ociosidad, su imaginación que a nada conducía. Los rasgos ancestrales del héroe no son nuevos en la literatura rusa. Basta recordar a Eugenio Onieguin, de la novela del mismo nombre de Pushkin y a Pechorin, de* El héroe de nuestro tiempo *de Lérmontov. Pero en Oblomov vemos que su actitud hacia la vida es distinta y adquiere un nuevo significado.*

En la propia historia de la educación de Oblomov radica precisamente su apatía y falta de carácter, su aversión a cualquier actividad, de ahí su tragedia. De igual modo habían sido educados sus abuelos y bisabuelos, que jamás habían movido un solo dedo, ya que los criados lo realizaban todo por ellos. El propio Oblomov dice a su sirviente Zajar: «Tú bien conoces mi delicada educación, —sabes que jamás experimenté ni frío ni hambre, que no conozco la penuria, que nunca tuve que ganarme el pan y que, en general, nunca me ocupé en asuntos innobles.»

Sin embargo, Oblomov no carecía de ambiciones y deseos, buscaba algo, poseía nobles sentimientos, pero durante toda su vida no hizo nada para conseguir sus anhelos y

ambiciones; todo lo realizaban otros por él, y eso fue lo que le convirtió en un ser completamente apático.

Oblomov descubre la terrible fuerza de la tradición, poniendo de manifiesto una existencia en que su norma de vida le había sido transmitida de una vez para siempre por sus padres, los cuales la habían heredado a su vez de sus abuelos con el legado de mantenerla en su integridad, según expresión del propio escritor. Pero la novela enseñaba, por el contrario, a sus contemporáneos que a la vida no le basta con lo heredado del pasado: necesita la ruptura, la revisión y renovación de las costumbres.

Es necesario resaltar el capítulo «El sueño de Oblomov» (publicado en 1849, antes de la aparición de la novela), que es verdaderamente admirable. En él, el autor describe la infancia del héroe, la educación que le da su madre, mujer excesivamente tierna e impresionable, que no le permite desarrollarse como corresponde a un niño sano, cómo a semejante ser se le va modelando la anquilosada existencia de las personas que le rodean. Toda la vida y las costumbres de la aldea y de la hacienda aparecen ante nuestros ojos como una ciénaga.

Es precisamente en este capítulo donde hay que buscar las causas y la solución del proceso de formación del carácter del personaje. Su lectura produce verdadero placer. El autor describe con tan incomparable maestría la vida y usos de la vieja hacienda rural y de sus moradores, sus hábitos y costumbres, y su permanente somnolencia, que penetra todo y a todos, y se tiene la sensación de estar presente. No faltan, por supuesto, los encantos que encierran el extraordinario silencio y la tranquilidad reinantes. No obstante, al lector se le escapa a veces el deseo de exclamar: «¿Cuándo se despertarán, por fin, de semejante letargo? ¿Cómo es posible vivir así?»

«"El sueño de Oblomov" y algunas otras escenas de la novela —recuerda Dobroliúbov— los leí varias veces; la obra la leí casi en su totalidad dos veces y la segunda me gustó casi más que la primera.»

Pero en este capítulo, el autor, al retratarnos la reciente niñez del héroe consigue hacernos vivir «tiempos remotos». Lo que sucede en su infancia había tenido lugar «siempre». Ante nosotros parecen resurgir las «tradiciones de la familia rusa», que se remontan no sólo al siglo XVIII, sino a épocas más lejanas, encubiertas por la neblina del pasado. Oblomov *retrata únicamente el destino concreto de un individuo, pero esa historia individual está extraída de lo más profundo de larguísimos procesos de la vida. Incluso la solitaria existencia de Ilia Ilich en Petersburgo, donde sólo fue capaz de permanecer dos años en su empleo de funcionario, guarda relación con la vida de amplias capas de la sociedad. Junto a la aislada habitación que ocupa en la capital y junto a su voluntario cautiverio fluye la vida. La novela nos deja percibir el multifacético respirar de la contemporaneidad.*

El protagonista se pasa días enteros tumbado, en bata, sin dejar de soñar estérilmente y de hacer planes, que en el fondo de su alma sabe que no llevará a la práctica. Permanecer en semejante posición no es para él una necesidad, como le sucede a un enfermo o a una persona que desee dormir, ni un hecho fortuito, como para alguien que esté cansado, ni el placer que representa para los vagos; para él se trataba de un estado normal, como lo describe Goncharov. En lo que respecta al propio Oblomov, ello constituye una fuente de sufrimiento, contra la que no sabe ni es capaz de luchar. Él mismo no comprende su vida, y cualquier cosa que se ve obligado a realizar representa una carga para él y pronto le aburre. No cabe decir que no había estudiado, ni que no había sido funcionario ni frecuentado la sociedad, pero nada de eso había dado el menor fruto; todo era consecuencia de su educación y de las circunstancias que le rodeaban. Como dice Dobroliúbov lo importante no es Oblomov sino el «oblomovismo». «... Todos los héroes de las grandes novelas y relatos rusos pecan de no ver el objetivo de la vida y de no ser capaces de encontrar una ocupación decente. Debido a ello se sienten aburridos y experimentan aversión hacia cualquier asunto, lo que les asemeja sorprendentemente a Oblomov.» Ahí radica precisamente el «oblomovismo».

No es casual que a través de toda la obra tropecemos con la inseparable pareja de dos de los héroes: Oblomov y su sirviente Zajar, que desde la niñez del primero, como siervo que era, le había sido asignado. Ambas imágenes se hallan ligadas a través del que podríamos denominar principio del complemento. El señor es incapaz de prescindir de los servicios de Zajar, ya que durante toda su vida se había visto atendido por manos ajenas, y éste no puede vivir sin su amo, a pesar de que no pierde la ocasión de echar pestes contra él. No hay que olvidar que nunca había pertenecido a sí mismo, que no había tenido la oportunidad de actuar independientemente, que todos sus movimientos habían dependido de la voluntad de los señores, por lo que todo ello resultaba para él cosa natural y completamente normal. Y al mismo tiempo Goncharov nos presenta a Oblomov como a una persona de gran alma, buen corazón, elevados sentimientos... Su naturaleza se basaba en principios plenos de bondad, de profunda simpatía hacia todo lo bueno y hacia lo que respondiera a la llamada de su sencillo, ingenuo y siempre confiado espíritu.

La línea de vida de Oblomov no es consecuente. Su existencia la constituyen «fragmentos», episodios. Se trata de una existencia desmembrada en partes, del devenir de un individuo carente de una integridad en desarrollo: su vida en Petersburgo, constantemente tumbado, su retorno mental a la infancia, el momento de su amor hacia Olga y finalmente su permanencia en el «barrio de Vyborg» de la capital. No se trata de diferentes etapas de su desarrollo interno (aunque, naturalmente, en «El sueño de Oblomov» vemos el proceso de formación de semejante ser). Se trata de momentos extrañamente aislados de una vida que se ha detenido y que no se mueve en dirección alguna. Son momentos autónomos y en cada uno de ellos acompaña al héroe un determinado círculo de personajes locales, que luego parece como si se desprendiesen de él.

Es interesante señalar que acerca de los individuos y los acontecimientos relacionados con su época estudiantil es su íntimo amigo Shtotz quien los recuerda. La existencia de Ilia llich carece en todo momento de pasado y futuro. Pero en el retrato que de él hace el escritor, sus propias reacciones psicológicas raramente corresponden a un momento determinado. Con frecuencia, el autor no refleja la situación concreta por la que atraviesa el héroe, sino una situación crónica suya, permanente, resultado de la acumulación de los estados de su alma. Incluso el arrepentimiento y la pena que experimenta Oblomov por su vida no constituyen un acto especial aislado, sino una acción interna repetida, que en el transcurso del tiempo se ha convertido en una costumbre permanente. Y los monólogos del héroe no son con frecuencia el reflejo de un proceso espiritual concreto, sino la apreciación del lugar, objeto de repetidas reflexiones por su parte, que ocupa en la vida (por ejemplo, el episodio con Zajar en el capítulo VIII de la primera parte) o el cuadro de la existencia que desearía para sí mismo en su conversación con Shtolz (capítulo IV de la segunda parte). En este sentido, ocupa un lugar especial la parte de la novela relacionada con Olga, donde la voz directa del propio Oblomov se deja oír con mucha mayor frecuencia. Pero estos capítulos no hacen más que subrayar que el carácter general de la narración (dictado por la propia naturaleza del héroe) es diferente.

Para Oblomov la vida corriente a que estaba acostumbrado, sin nada que hacer, sin el menor interés, en la que no acaecía ninguna desgracia ni tenía lugar el menor trastorno dramático, en la que no se producía desviación alguna de la norma diaria le había dejado exhausto, lo que, al fin y al cabo, conduce al héroe al fracaso.

En Ilia Ilich se enfrentan dos fuerzas: por un lado, el principio activo, intelectual y emocional, encarnado en la obra por la Universidad, su amigo Shtolz y Olga y por otro su hacienda Oblómovka con su «oblomovismo», término introducido por Shtolz en su conversación con Oblomov, cuando éste describe su concepción de la vida ideal en la aldea, en la hacienda señorial, término que se ha convertido en peyorativo y que significa la pasividad social, el espíritu poco práctico e infructuosamente visionario, la psicología esclavista, el héroe aristócrata. En la novela triunfa la vieja Oblomovka.

A Oblomov se le contrapone la imagen de Shtolz, individuo eficiente, educado de forma totalmente distinta por su padre, un alemán práctico, administrador de una finca aristocrática, que se había ocupado seriamente de la instrucción de su hijo y no sólo en el aspecto humanitarista, sino en los asuntos prácticos. Ya desde su niñez ayudaba a su padre a hacer las cuentas y se iba introduciendo paulatinamente en los problemas relacionados con su propiedad. En la novela encarna al representante del lado positivo y activo de la vida, incapaz de estériles sueños y orientado hacia acciones prácticas. Su existencia transcurre en permanente actividad, en continuos desplazamientos, enfrascado en el trabajo, manifestando gran perseverancia en la consecución del objetivo que persigue. En la descripción que hace de él Goncharov, dice: «Shtolz seguía caminando sin desmayar por el camino elegido. Nadie le veía meditar en algo con enfermiza y dolorosa tensión; diríase que

nunca le devoraba la angustia de un corazón fatigado; no sufría ni se turbaba jamás en circunstancias complejas, difíciles o nuevas, sino que las abordaba como si las conociera de antemano, como si las viera por segunda vez y recorriera lugares conocidos.» Es decir, era todo lo contrario a Oblomov, a pesar de lo cual se querían el uno al otro, les unían la niñez, el colegio y, finalmente, la pureza y virginidad del alma del primero ejercía sobre Shtolz tal atracción, que le obligaba a sacarle del corrosivo medio, del agua muerta en que vivía.

La tercera figura, en cuanto a su importancia, es la de Olga, joven rusa, de ideas avanzadas para su época, cuyas tendencias estaban orientadas hacia la luz y hacia el trabajo creador. La historia de su desarrollo espiritual la refleja el autor casi con igual fuerza como la de la caída de Oblomov.

Incluso la historia amorosa de Oblomov y Olga no conduce a nada, ya que Ilia es una persona incapaz de actuar y Olga lo que espera de él es precisamente acción, quiere que se dedique a hacer algo. Se enamora de Oblomov porque, según palabras del autor «... tiene una cualidad que vale más que toda inteligencia: ¡un corazón honesto y fiel! Ha conservado esos dones naturales a lo largo de toda su vida. Sufrió toda clase de golpes que le hicieron caer, perder las ilusiones, permanecer inactivo y, al fin, desencantado de todo y sin ganas de vivir, se refugió en el sueño, pero conservó su honradez y su bondad. Ni una sola nota falsa brotó de su corazón, ni se manchó de lodo. Nunca se dejará seducir por una mentira engalanada ni nada le hará seguir un camino falso. Aunque se agite en torno a él todo un océano de maldad y vileza, aunque todo el mundo esté envenenado y gire al revés, Oblomov jamás rendirá culto al ídolo de la hipocresía. Su alma seguirá siendo pura, honesta y clara... transparente como el cristal. Hay pocas personas como él, son tan escasas como perlas en medio de una muchedumbre. Su corazón es insobornable, se puede confiar en él siempre y en todo».

En la combinación de Olga y Shtolz la heroína resulta vencedora. Al compararle con su valor espiritual ella resulta gananciosa. Shtolz, al que podríamos calificar como un individuo encuadrado en el «presupuesto», creemos que no representa al héroe preferido del autor. Shtolz quiere lograr de Oblomov que realice una serie de actos concretos y de carácter práctico: leer una determinada revista, un libro, organizar sus cuentas, sustituir al encargado de su hacienda, etc. Olga, por su parte, necesita de Oblomov mucho más, aunque de forma menos concreta: que «abra» su alma, que se manifieste todo él en una nueva proyección —la proyección social—, abierta a la vida del mundo y de las personas. Shtolz ayuda a su amigo con el espíritu eficiente que le caracteriza; a Olga, aunque le asusta el fantasma del «oblomovismo» en su propia vida, trata de profundizar en el alma de él, ya que le atrae como persona de elevadas cualidades, capaz de extasiarse hasta el infinito con la música. En toda la obra se deja notar que Shtolz es mucho más lógico que Oblomov, que nunca tiene nada que objetar a las reconvenciones que le hace aquél, pero las reflexiones de este último encierran a menudo una gran dosis de razón, mucho más fuerte que los argumentos de Shtolz, como es el caso de su confesión ante éste, que, a pesar de su agudeza,

no tuvo nada que objetarle. Por eso leemos: «Shtolz no respondió esta vez con su sonrisa despectiva a las palabras de Oblomov. Le escuchaba y guardaba silencio taciturno. Se hallaba todavía bajo la impresión de la confesión y callaba. Después lanzó un suspiro.»

Al recurrir a una figura como la de Shtolz, Goncharov pone de manifiesto su enorme sensibilidad hacia las nuevas exigencias de la vida y de la literatura. Dibujar el fascinante retrato de Olga le resultaba mucho más fácil: la tradición novelística rusa había marcado ya una senda muy definida: no sólo existía la imagen de Tatiana Lárina en Eugenio Onieguih, *sino que ya habían iniciado la vida las heroínas de Turguiénev. Shtolz fue concebido como una figura completamente singular. El autor trata de hacerle simpático al lector a través de su atrayente actividad, de su sabio y racional practicismo —cualidades que hasta entonces no habían figurado entre las que adornaban a los héroes preferidos de la literatura rusa. Pero hay que señalar, no obstante, que, a pesar de todo, involuntariamente las simpatías del autor estaban, quizá en contra de su propia voluntad, del lado de Oblomov. Shtolz, hombre mercantil, no podía ser el héroe de Goncharov, como tampoco podía serlo Oblomov.*

En Oblomov, *el talento realista de Goncharov alcanza la cima de su arte. El escritor logra reflejar en la novela la degradación económica, moral y cultural de la nobleza de la época del régimen de servidumbre, el auge de las relaciones capitalistas-burguesas de Rusia. Dobroliúbov da una profunda característica del* «oblomovismo». *En su artículo* ¿Qué es el oblomovismo? *describe con enorme fuerza el sentido social de la novela. El «oblomovismo» es la mezcla de la inercia y la apatía, de la esclavitud moral y la actitud orgánica hacia el trabajo, que gravitaba sobre gran número de terratenientes-aristócratas de entonces. En el mencionado artículo, el crítico arremete contra el régimen que imperaba en Rusia, estigmatizando no sólo a los esclavistas, sino también a los liberales. La repugnancia de Oblomov hacia el trabajo, el procedimiento de hundir en un fárrago de palabras todo lo vivo, era característico de los nobles.*

No podemos por menos de citar otro párrafo del mencionado artículo de Dobroliúbov, el cual considera que la historia de Oblomov «refleja la vida rusa, ofrece la realidad del tipo ruso actual, troquelado con severidad y veracidad implacables; en ella se deja oír una nueva palabra sobre nuestro desarrollo social, pronunciada con claridad y firmeza, sin desesperación y sin esperanzas pueriles, pero con plena conciencia de la verdad. Esta palabra es el "oblomovismo"; sirve de clave para descifrar muchos fenómenos de la vida rusa, y ella proporciona a la novela de Goncharov mucha más importancia social que la que tienen todas nuestras publicaciones de carácter denunciador».

La imagen de Oblomov se convirtió en un concepto peyorativo. La obra consagró la maestría de su autor en la representación de la influencia que ejerce el medio social en el individuo, en la tipificación de las imágenes, en el profundo análisis de la psicología, de sus héroes, en su talento para caracterizar de forma sintética, pero en su total plenitud, la vida

y finalmente en su maestría literaria. Belinski subrayó especialmente en el lenguaje de Goncharov, su «pureza, corrección, ligereza y fluidez».

Gorki le incluyó en la pléyade de los gigantes de la literatura rusa, que escribían moldeando las palabras, «como si de arcilla se tratase, con la que modelaban, semejantes a dioses, las figuras y las imágenes de personas tan reales, que llegan a engañar...»

Después de publicar Oblomov, *Goncharov revivió casi lo mismo que le había sucedido después de haber visto la luz* Una historia trivial.

El éxito dio alas al autor y éste dedicó sus esfuerzos a la creación de una nueva novela, El precipicio. *En las revistas comenzaron a aparecer episodios sueltos de la obra.*

Si el auge experimentado por el nuevo espíritu liberal y por la reforma campesina, en la que vio el comienzo de una nueva era, habían hecho brotar en Goncharov la confianza de que en el sistema político del país se produjeran ciertos cambios, la nueva ofensiva de la reacción en 1862 da lugar a que se apaguen las esperanzas liberales y la actividad creadoras del escritor. La novela se retrasa y se prolonga una serie de años.

El final de la primera mitad del siglo corresponde a la gloria literaria de Goncharov, pero él mismo se perjudica accediendo a ocupar el cargo de censor. A partir de ese momento comienza a ascender rápidamente en su carrera y en 1865 pasa a formar parte del Consejo de Prensa y Publicaciones, órgano supremo encargado de inspeccionar las revistas y la literatura rusas. Debido a ello se convierte en enemigo del movimiento democrático y de su ideología y modifica la idea de su nueva novela. Durante el período de auge del movimiento social anterior a la reforma, quería haber reflejado en ella una pequeña hacienda nobiliaria provinciana y contraponerle los habitantes patriarcales no sólo en la persona de un joven de talante romántico-liberal —Raiski—, sino también de una representante de la nobleza —Viera—, capaz de romper decididamente con el mundo de conceptos y prejuicios caducos. La novela tenía por objeto defender las relaciones patriarcales y combatir el movimiento democrático. La hacienda la rige Berezhkova, «noble de pura cepa», que aunque actúa a la antigua, sin introducir reforma alguna, consigue que florezca. Sin embargo, junto a ella se perciben en la persona de Raiski, síntomas del despertar ideológico de la nobleza. En su imagen, el autor, trata de mostrar al individuo en cuyos ojos brilla «la luz del nuevo mundo», de las «reformas en gestación», según expresión del propio Goncharov. Se trata de un hombre liberal, de un «caballero de la libertad». Viera podría haber llegado aún más lejos, haberse liberado del poder de los principios patriarcales y morales de entonces, pero ambos tropiezan con una negación tan fuerte de esos principios, que se convierten involuntariamente en defensores suyos. Esta negación procede del confinado político Vólojov, nihilista, de quien la joven se enamora y el cual trata de seducirla sin éxito. Vólojov niega la propiedad, desprecia el Estado nobiliario, trata de minar los fundamentos de la religión, de socavar las normas de la moralidad, propagar las ideas materialistas y la libertad del amor. Y adquiere con justicia la reputación de «cínico», «paria», de individuo

que había declarado la guerra a la sociedad. Las relaciones amorosas de Viera y Vólojov debían mostrar los graves peligros que amenazaban a las jóvenes nobles en los «precipicios» de su renuncia ideológica. Pero la falsa agitación de Vólojov no es más que algo efímero y transitorio. Para el autor, el futuro consiste en la conservación de los viejos principios morales y sociales.

La faz activa de ese futuro la ve Goncharov no en la parte intelectual de la burguesía, sino en las propias personas que, procedentes de la nobleza, combinan la sencillez patriarcal y la pureza de costumbres con la eficiencia y el buen modo de obrar.

Según la nueva concepción, El precipicio *implicaba, por consiguiente, un enfoque distinto, el de adornar tendenciosamente la vida de las capas conservadoras y renunciar al movimiento democrático progresista. Y si el autor no hubiese logrado superar en gran parte el carácter tendencioso de su idea, la novela hubiera compartido el destino de otras análogas, a pesar del talento de su ejecución. Pero en el retrato de los héroes principales de la obra, el escritor puso de manifiesto el «tacto realista de la vida», lo que la convierte en un relato relativamente veraz en lo que respecta a su contenido ideológico. De acuerdo con su tendencia, Goncharov no sitúa en el centro de semejante mundillo al presuntuoso joven, sino a la anciana Berezhkova, que estaba terminando sus días. Nos muestra su gran sentido común, basado en las tradiciones, las viejas costumbres de la hacienda, donde todos se subordinan al poder despótico de la propietaria, a la que obedecen, sin embargo, no por miedo, sino por respeto, lo que constituye una manifestación de su conocimiento de la vida. Ella misma dice que en su casa «nadie vive asustado ni apabullado» y que deja a sus nietos en completa libertad. Y Raiski declara admirado que la abuela ocupa la «cima del desarrollo intelectual, moral y social». El autor resalta la figura de la anciana y pone de manifiesto su descontento con el poder burocrático local, con el que siempre está en desacuerdo. De hecho, la «sabiduría» de Berezhkova es aceptable únicamente dentro de los límites del mundo local. Lo que respeta sagradamente es la autoridad del poder absoluto del régimen de servidumbre, en el que se apoya por completo. Semejante contradicción entre la manera tendenciosa del autor y la fidelidad en el retrato de los caracteres se pone aún más de manifiesto en la figura de Raiski. Él reconoce que el sistema de los terratenientes no puede seguir subsistiendo si no se hacen concesiones a los «nuevos principios», si no se equipara a las concepciones burguesas. Pero él mismo está muy lejos de aceptar la sustitución radical de lo viejo por lo nuevo. Le parece suficiente «llegar a un acuerdo determinado en los problemas sociales, los derechos, la moralidad, y poner en orden los problemas relacionados con la economía». Raiski es un señor de espíritu conservador-reformista, y «liberal» tan sólo en tal sentido. Únicamente se enfrenta al sistema antiguo en lo que concierne a las cuestiones familiares. Lucha contra el «caduco siglo» desde su sillón en la habitación de la abuela. Desprecia a la vieja sociedad en calidad de intelectual habitante de la capital, pero dominado por ideales provincianos. Para él, el pueblo constituye tan sólo un accesorio dentro del cuadro de la lejana y adormecida provincia. Por eso, sus manifestaciones de «bondad, verdad,*

humanitarismo y libertad» no pasan de ser ideales puramente estéticos. Él cree tan sólo en los «ideales del progreso» y experimenta un «profundo malestar» al pensar que son irrealizables. Las frases estéticas de carácter liberal encubren su fláccida naturaleza señorial.

Y al reconocer este hecho se considera un «frustrado», una persona que «no sirve para nada» y que carece de «campo de acción». Y el autor no lo oculta. A pesar de simpatizar con los ideales de Raiski, desenmascara con suavidad su debilidad y presunción, llegando a veces a ridiculizarle.

Cuando apareció la novela, la crítica no captó la unidad existente entre su falsa tendencia y su veracidad realista.

Y si bien la prensa reaccionaria acogió con simpatía a sus héroes patriarcales, las revistas conservadoras manifestaron su desacuerdo con la imagen de Raiski, con su «pequeñez moral y sus relajadas costumbres».

El precipicio *fue la última gran obra de Goncharov. Después de ella su actividad literaria se eclipsó y no emprendió nada nuevo. En resumen, podemos decir que su aportación a la literatura rusa se limita, en lo fundamental, a tres novelas, que se distinguen unas de otras tanto por su contenido ideológico como por su forma literaria. Comparándolas con las obras de Turguiénev cabe afirmar que en ellas predomina el interés del autor por la vida y costumbres de las capas preponderantes de la sociedad rusa, respecto a las cuales supo captar sus contradicciones internas. Por eso, el retrato que hace de los terratenientes, los funcionarios y los hombres de negocios carece casi por completo de* pathos *satírico y de tonos románticos. A pesar del subjetivismo del escritor en la condena de los rasgos de la vida nobiliaria que refleja en sus obras, no obstante, su valoración objetiva se orienta hacia el desenmascaramiento del parasitismo del mundo de los terratenientes y de la atroz esclavitud que encerraba el régimen de servidumbre.*

El retrato literario tan veraz y tan negativo que hace Goncharov de la vida nobiliario-burguesa del siglo XIX le liga a nuestra actualidad y condiciona su importancia tanto estética como cognoscitiva y educadora.

Un capítulo importante en la biografía de Goncharov es el de sus amores, lo que no puede por menos de hallar reflejo en su obra.

El escritor experimentó siempre un gran miedo a la pobreza, sentimiento que, quizá, fuera para él un freno en la idea de casarse y fundar un hogar.

Cuando ya había rebasado los treinta años conoció en Petersburgo a Yelisavieta Vasílievna Tolstaia, joven de dieciséis años, que conquistó desde el primer momento su corazón. Habían transcurrido doce años desde su primer encuentro, cuando volvieron a tropezar en la misma casa donde habían sido presentados. Lisa se había convertido en una auténtica belleza y su ingenio e inteligencia despertaban la admiración de todos los que la

conocían. Goncharov quedó prendado de los encantos de aquélla mujer, convirtiéndose en un sumiso y fiel admirador suyo, lo que le hizo relegar al olvido todas sus ocupaciones y representó un obstáculo para la culminación de Oblomov. *No obstante, el amor del escritor no fue correspondido por Lisa como él hubiera deseado ni sus relaciones condujeron a un desenlace feliz, y cuando en 1857 ella contrajo matrimonio con un oficial, Goncharov despertó definitivamente de sus sueños.*

Sus tormentos espirituales no se perdieron, sin embargo, para la posteridad. Lisa continuó viviendo en su pensamiento creador. Todo lo hermoso que creía haber descubierto en aquella mujer le permitió crear la figura de Olga, la heroína de Oblomov.

Lo que nos relata el escritor acerca de las relaciones de Oblomov y Olga fue vivido por el propio autor. Sus tormentos durante los años de su pasión no correspondida le permitieron relatar en la novela unas escenas de amor que elevan notablemente el valor poético de la misma, y en sus conversaciones no podemos por menos de ver al propio Goncharov.

En 1866, a pesar de su edad, vuelve a sentirse atrapado por las redes del amor. Esta vez se trataba de la joven Alejandra Kolódkina, a la que conoció en Marienbad y siguió en su viaje a París y luego en su regreso a la capital rusa, permaneciendo juntos varias semanas en Berlín. Aunque Goncharov se sentía intensamente atraído por la bella joven, sus relaciones tuvieron un súbito e inesperado fin. Ella abandonó Petersburgo sin despedirse de él, estableciéndose en Vilno.

Era evidente que el escritor estaba destinado a permanecer soltero, y en tal sentido orientó su vida. En un piso alquilado en la capital rusa pasó los treinta últimos años de su existencia.

Muchos se preguntarán, sin duda, qué hay de autobiográfico en Oblomov, *pregunta que también le fue hecha en varias ocasiones al propio escritor. A este respecto, Goncharov recuerda una conversación que mantuvo a finales de 1882 en Alemania con el librero y editor M. Wolf. Hablando de por qué no se ocupaba de reeditar la novela, cuyas ediciones anteriores se habían agotado y ante su respuesta de que no había pensado en ello, le contestó Wolf: «¡Es usted un auténtico Oblomov! El mismo que tan magistralmente ha descrito.» Y continuó reprochándole su apatía y su poco practicismo, a lo que Goncharov le respondió: «Sí... en el fondo está usted en lo cierto... Soy Oblomov y... Oblomov es... yo. No se ha equivocado en este sentido...»*

En cierta ocasión, contestando a la duda que existía en los círculos literarios y también entre muchos de los lectores sobre si Oblomov no sería un retrato del propio Goncharov, dijo: «Sé que son muchos los que me quieren reconocer en Oblomov. Me reprochan mi abulia y están firmemente convencidos de que yo soy Oblomov en persona. A esto he de responder: he escrito sobre lo que veía en torno mío. No he inventado ningún

personaje. Me llamó de modo especial la atención la abulia que anida en todos nosotros, tan evidente a mis ojos, Comprendí desde el primer momento que atribuía a mi personaje unas cualidades que son las del hombre ruso... ¡El personaje es fiel a la realidad!»

En cuanto a otra de las figuras de la novela, el criado Zajar, también está sacado de la realidad que rodeaba al escritor. Se trataba de un viejo criado, uno de los muchos que le habían servido en su juventud, que conocía muy bien el carácter y las costumbres de su señor y permaneció largo tiempo con él en Petersburgo.

No podemos silenciar las relaciones entre Goncharov y Turguiénev, dos de las más destacadas figuras de la literatura rusa del siglo XIX, cuya labor literaria se desarrolló casi paralelamente, hasta el punto de que las obras cumbres de ambos escritores, vieron la luz con un solo año de diferencia: Nido de hidalgos *en 1858* y Oblomov *en 1859.*

Durante mucho tiempo mantuvieron estrecha amistad, incluso se leían los manuscritos y discutían sus planes para nuevas obras. Cuando llegó a oídos de Turguiénev que Goncharov no continuaba la novela Oblomov, *le escribió el 11 de noviembre de 1856 la siguiente carta: «No quiero creer que haya abandonado usted su brillante pluma. He de serle sincero: su silencio puede compararse con una desgracia nacional.*»

Goncharov leyó a Turguiénev en varias ocasiones fragmentos de la novela e incluso el 16 de agosto de 1859, hallándose ambos en París, el manuscrito completo, aunque sin pulir, de la misma.

No obstante, a Goncharov, que era extraordinariamente sensible a su labor de escritor, le preocupaba todo lo que pudiera perjudicar su nombre como autor, y aunque orgulloso de la amistad con Turguiénev, sentía celos de él por el éxito alcanzado por Nido de hidalgos, *que llegaron a envenenarle el alma hasta el punto de considerar que varias escenas de la novela eran un plagio de las de* Oblomov *que él había dado a conocer al escritor. La situación entre ambos amigos llegó a tal extremo, que a instancias de Turguiénev tuvo lugar un juicio, en el que actuaron como miembros del tribunal los literatos Dudkin, Drushinin y Ánnenkov. La posición de los jueces era muy ardua, ya que ellos no podían sancionar la acusación de plagio de que era objeto una de las glorias de la literatura rusa, en vista de lo cual dictaron una sentencia salomónica, en la que afirmaban, entre otras cosas, que: «Las obras de Turguiénev y Goncharov, por haber nacido ambos en la misma tierra, han de tener algo en común. El hecho de que en algunas escenas de ambas obras se expresen los mismos pensamientos y se mantengan posturas iguales, habla en favor de cada autor y justifica a ambos.*»

Aunque resulta difícil adoptar una postura en tal delicada cuestión hay que recordar que de Goncharov, que durante muchos años ocupó cargos de gran representatividad, nunca se pudo decir que hablara mal de nadie. Por lo demás, el propio Turguiénev confesó que varias de sus escenas de Nido de hidalgos *se «parecían» a ciertas escenas de diversas*

obras de Goncharov...

Sin embargo, todo ello puso fin a la amistad entre ambos escritores. Quizá haya que achacar a eso la injustificada y negativa opinión emitida por Turguiénev respecto a Oblomov: «*Una charla insoportable... La obra de un hombre con muchas descripciones, mucha rutina y mucha retórica. No creo que alcance el menor éxito entre los lectores. Lo único que puedo decir es que sólo entusiasmará a los estúpidos. Esta obra la ha escrito un funcionario para funcionarios y serán éstos los únicos que la lean.*»

Excepto Dobroliúbov, los restantes críticos de Petersburgo, siguiendo la pauta de Turguiénev, a quien no se atrevían a contradecir, atacaron despiadadamente la obra e incluso la labor de su autor como censor, limitándose en el mejor de los casos a silenciar su aparición. Ello representó para Goncharov una gran ofensa, que produjo efectos trágicos en él, de los que tardó bastante tiempo en recuperarse.

En cuanto a otros aspectos de la vida de I. A. Goncharov, hay que recordar que el 9 de septiembre de 1881 fue elegido, junto con L. N. Tolstói y el dramaturgo A. N. Ostrovski, miembro honorario de la Universidad de Kiev «por su labor en el campo de la literatura».

Su existencia, la mayor parte de la cual transcurrió en el extranjero, principalmente en Alemania y Suiza, aunque realizando también frecuentes viajes a París, refleja el largo y difícil, aunque interesante, camino recorrido por el escritor. Durante sus últimos años se agudizó el asma que le había aquejado largo tiempo; a eso hay que añadir la pérdida de la vista, la sordera y los frecuentes resfriados que contraía. Ello dio lugar a que en 1885 perdiera por completo la vista de un ojo, todo lo cual le apartó casi por completo de la vida de sociedad.

A fines de agosto de 1891, cuando se encontraba en su casita de campo —su dacha— de Peterhof, en las proximidades de Petersburgo, cogió un fuerte resfriado, que logró superar. No obstante, debilitado en extremo, durante el traslado a su domicilio de la capital, recayó y contrajo una pulmonía, que no pudo resistir. El 27 de septiembre exhaló su último suspiro. Junto a él se hallaba su fiel amigo de toda la vida A. F. Koni. Sus restos mortales fueron enterrados, de acuerdo con su voluntad, en Petrogrado, en el cementerio de Alexandr Nievski.

Goncharov murió amargado, sin lograr imaginar que su novela Oblomov *habría de constituir una de las obras maestras y uno de los monumentos imperecederos de la literatura universal.*

NATALIA UJÁNOVA

CRONOLOGÍA

1812 Iván Alexándrovich Goncharov nace el 6 de junio de 1812 en Simbirsk (actual Ulianovsk). Su padre, acomodado mercader, muere cuando Iván tenía siete años. Tuvo tres hermanos. De su educación se ocupó M. N. Tregúbov, noble propietario, amigo de la familia, persona de gran cultura.

1822 Es enviado a cursar estudios a la Escuela de Comercio de Moscú, que abandona en 1830, sin terminar la carrera.

1831 Ingresa en la sección de filología de la Universidad de Moscú, que finaliza en 1834. Trabaja un año en la oficina del gobernador de su ciudad natal.

1832 Conoce personalmente a A. S. Pushkin, cuando éste visita la Universidad.

1835 Se traslada a Petersburgo, donde ingresa de intérprete en el Departamento de Comercio Exterior del Ministerio de Finanzas. Al mismo tiempo da clases de literatura y latín a los hijos del miembro de la Academia de Bellas Artes N. A. Máikov, lo que le permite probar sus fuerzas en la literatura. Escribe varias poesías románticas para los almanaques manuscritos La nevadilla *y* Noches de luna.

1838 Publica los relatos Enfermedad perniciosa *y* Feliz error.

1842 Escribe la novela Iván Sávvich Podzhavrin, *en la que trata de reflejar a su modo el carácter de Jlestakov, el funcionario frívolo de* Almas muertas *de Gógol, que se dedicaba a sacar dinero a sus parientes, manifestaba una actitud despectiva hacia sus obligaciones y estaba entregado por completo a disfrutar de la vida, la cual sólo verá la luz en 1847, en la revista* El Contemporáneo.

1846 Entabla conocimiento con el famoso crítico V. G. Belinski y entra a formar parte de su círculo literario.

1847 Publica en la revista El Contemporáneo *su primera novela* Una historia trivial, *que había comenzado en 1844, la cual constituye una importante aportación al movimiento social progresista de entonces y le hace famoso.*

1848 Publica anónimamente en la misma revista Cartas de un amigo de la capital a un novio provinciano.

1849 Publica «El sueño de Oblomov», uno de los capítulos más trascendentales de Oblomov.

1852 Emprende, en calidad de secretario del almirante Ye. V. Putiatin, un viaje alrededor del mundo en la fragata de guerra Pallada, *el resultado del cual se ve plasmado en el libro de relatos* La fragata «Pallada», *publicada en 1858.*

1855 Fallece en febrero el zar Nicolás I.

1855-1856 Mantiene relaciones con Yelisavieta Vasilievna Tolstaia (Lisa).

1859 Juicio entre Goncharov y Turguiénev, al que el primero había acusado de plagiador. Aparición de Oblomov, *la obra cumbre del gran escritor.*

1860-1861 Escribe y publica en diferentes revistas episodios sueltos de la novela El precipicio. *Son: «Sofía Nikoláevna Belovódova», «La abuela», «El retrato».*

1862 Es nombrado redactor del periódico oficioso del Ministerio del Interior, Correo del Norte.

1865 Entra a formar parte del Consejo de prensa y publicaciones, órgano supremo encargado de inspeccionar las revistas y la literatura rusas. Debido a ello se convierte en enemigo del movimiento democrático y de su ideología, lo que le hace modificar la idea de El precipicio, *que, de acuerdo con el nuevo enfoque, retrata, de forma tendenciosa y antiprogresista, la vida de las capas conservadoras de la sociedad rusa.*

1866 Conoce en Marienbad a Alexandra Yákóvlevna Kolódkina, a la que hace la corte sin éxito.

1867 Se jubila con el rango de consejero de Estado.

1869 Ve la luz la última gran obra de Goncharov El precipicio.

1870 Comienzan las hostilidades entre Prusia y Austria, lo que le obliga a regresar a Rusia.

1876 Conoce a F. M. Dostoievski.

1881 Es elegido, junto con L. N. Tolstói y A. N. Ostrovski, miembro de honor de la Universidad de Kiev.

1882 Estancia de Goncharov en Alemania.

1885 A consecuencia de una enfermedad pierde la vista de un ojo.

1891 A finales de agosto, enferma de un fuerte resfriado en su dacha *de Peterhof, cerca de Petersburgo, que, aunque logra superar, le deja muy debilitado. En septiembre, cuando era trasladado a su casa, coge una pulmonía, que no logra vencer. Fallece el 14 del mismo mes, siendo enterrado en Petersburgo, en el cementerio de Alexandr Nievski.*

BIBLIOGRAFÍA

M. Ehre, *Oblomov and his creator. The life and art of Ivan Goncharov*, Princeton University Press (s. a.).

L. Ganchikov, *In tema di «oblomovismo»*, , en «Richerche slavistiche», IV, Roma, 1955-1956.

J. Lavrin, *Goncharov*, New Haven, 1954.

E. Lo Gatto, *L'Oblomov e l'oblomovismo*, en «Saggi sulla cultura russa», 1967.

A. Mazon, *Un maitre du romain russe: Ivan Gontscharov*, París, 1914.

L. Savoj Pacini, Introducción a la traducción de las obras de Goncharov, Milán, 1967.

N. U.

Oblomov

PRIMERA PARTE

I

CIERTA mañana, Ilia Illich Oblomov se encontraba tumbado en la cama, en su piso de la calle Gorojovaia. En aquella casa habitaban tantas personas como en una pequeña ciudad provinciana. Se trataba de un hombre de treinta y dos a treinta y tres años, de estatura media y agradable aspecto. Sus ojos, de un gris oscuro, vagaban con expresión abstraída de las paredes al techo y del techo a las paredes, como si estuviera sumido en un vago ensueño indicador de que nada le turbaba ni inquietaba por el momento. Toda su actitud, igual que los pliegues de su bata, denotaban idéntica beatitud que su rostro. En ocasiones cruzaba por sus ojos algo semejante a una sombra de fatiga o de aburrimiento, pero esto no era bastante para anular la plácida expresión que podía percibirse en todo momento tanto en su rostro como en toda su persona. Sus ojos, la sonrisa de sus labios, todos los movimientos de su cabeza y sus mismas manos delataban un alma serena, noble y cándida. Un observador frío y superficial, seguramente hubiera dicho: «¡O se trata de un pobre de espíritu o de un buenazo!» Pero una persona más penetrante y de mirada más profunda, sin duda se hubiera detenido más en la contemplación y al cabo habría sonreído con expresión de titubeo.

Era difícil precisar de qué color era la tez de Ilia Illich, si rosada o morena. Pero tampoco era pálida, sino más bien de un tono indefinido o, por lo menos, así lo parecía debido a una cierta vejez prematura que se echaba de ver en los músculos de su rostro, poco frecuente para su edad, y que tal vez era debida a la falta de aire puro y de ejercicio, o bien por alguna otra razón. Lo delgado y blanco de su cuello, sus manos pequeñas y regordetas y sus hombros redondos, producían una leve sensación de afeminamiento. Las maneras del joven eran mesuradas y suaves y en ellas se echaba de ver una especie de pereza o languidez no exenta de gracia, aun en los momentos en que Oblomov parecía estar preocupado por alguna cosa. Cuando sucedía esto, se le empañaban los ojos, su frente era surcada por numerosas arrugas y una mezcla de vacilación, melancolía y temor aparecían en su rostro. Pero muy raras veces se concentraba su inquietud en una idea determinada y, mucho más raro aún, le impulsaba a tomar una decisión cualquiera. Por lo común, se expansionaba dejando escapar un suspiro y luego enterraba su inquietud en la apatía y en la somnolencia.

El atavío de Oblomov guardaba perfecta consonancia con sus apacibles facciones y su cuerpo sin nervio. Llevaba puesta una bata persa, una auténtica bata oriental sin la menor influencia europea, sin borlas, terciopelo ni cinturón, y tan amplia que hubiera podido envolverse en ella dos veces. Las mangas de la bata, de perfecto corte asiático, se ensanchaban a partir de las muñecas hasta llegar a los hombros. Aunque, con el uso, la bata había perdido parte de su aspecto primitivo y en algunos lados tenía lustre, seguía conservando su brillante colorido oriental y la tela continuaba siendo tan sólida como cuando fue adquirida.

Aquella bata poseía para Oblomov una serie de cualidades a cuál más valiosa. Era suave y se adaptaba por completo al cuerpo, sometiéndose a cualquier movimiento del mismo como una dócil esclava.

Oblomov no llevaba jamás en casa corbata o chaleco, pues por encima de todo le gustaba la comodidad y las prendas holgadas. Calzaba unas zapatillas grandes, suaves y amplias, que le permitían, cuando se levantaba de la cama, meter los pies en ellas sin necesidad de tener que mirar al suelo.

Permanecer en el lecho no era para Ilia Illich una necesidad, como, por ejemplo, lo es para el hombre que se encuentra enfermo o tiene sueños ni tan siquiera una necesidad momentánea como para el hombre fatigado; ni siquiera representaba un placer como para los perezosos. Sencillamente, estar echado era su posición normal. Cuando se hallaba en casa —y hay que decir que siempre estaba en ella—, invariablemente se le podía encontrar tumbado en la misma habitación, en la misma en que le hemos sorprendido ahora, y la cual le servía a la vez de alcoba, despacho y sala de visitas. Disponía de otras tres habitaciones en la casa, pero apenas si alguna que otra vez les echaba un vistazo cuando su criado procedía a limpiar el despacho, lo cual no sucedía ni mucho menos todos los días. En tales habitaciones los muebles estaban cubiertos con fundas y las cortinas corridas permanentemente.

La estancia en que se encontraba Oblomov parecía magnifica a primera vista. En ella podía verse un buró de caoba, dos sofás tapizados de seda y un bello biombo con flores y frutos bordados como jamás se han visto en la naturaleza. Los cortinajes eran de seda, y había alfombras, diversos cuadros, bronces, porcelanas y una serie de bellas fruslerías. Pero a simple vista, los observadores ojos de una persona de buen gusto no hubiesen tardado en descubrir que todos aquellos objetos se encontraban allí tan sólo para cumplir con las inevitables conveniencias sociales. Tal era precisamente lo que Oblomov se había propuesto cuando amuebló el despacho. Un gusto más refinado no se hubiera sentido satisfecho con aquellas pesadas y toscas sillas de caoba. El respaldo de uno de los sofás estaba roto y por algunos puntos asomaban las ensambladuras de la madera.

No eran mucho mejores los cuadros, los jarrones y los demás cachivaches que poblaban la habitación.

Incluso el mismo dueño de todo aquello parecía contemplar los muebles de su despacho con cierta perplejidad y asombro, como si se preguntara quién los había amontonado allí, en su casa. La completa indiferencia que Oblomov sentía hacia todas sus cosas, y quizá la aún mayor indiferencia de su criado Zajar hacia las mismas, hacía que el aspecto de la habitación sorprendiera por su suciedad y completo desorden.

Una serie de polvorientas telarañas festoneaban los cuadros que pendían de las paredes; los espejos, en vez de reflejar los objetos o los rostros de las personas, parecían encontrarse allí a fin de que pudiera escribirse sobre la capa de polvo que los cubría como en una hoja de papel. Las alfombras estaban salpicadas de manchas y sobre uno de los sofás se encontraba una toalla olvidada. Casi todas las mañanas podía verse sobre la mesa un plato sucio, un salero y un hueso de carne, restos de la cena de Oblomov del día anterior.

A no ser por el plato y por una pipa apenas consumida que se veía junto a la cama, dejada allí por el dueño de la casa, se hubiera dicho que el piso estaba desocupado, que nadie habitaba en él, tanto era el polvo, el tono descolorido y las escasas señales de vida humana que se descubrían en él. Sin duda había dos o tres libros abiertos y un periódico en los estantes, así como un tintero y varias plumas en la mesa. Pero las páginas por donde los libros estaban abiertos tenían un tono amarillento y aparecían cubiertas de polvo; evidentemente se hallaban abandonados allí desde hacía semanas; el periódico era del día anterior; y si a alguien se le hubiera ocurrido introducir una pluma en el tintero, es muy probable que del interior hubiera salido volando una mosca asustada.

Contra su costumbre, Ilia Illich Oblomov se había despertado aquel día muy temprano, nada menos que alrededor de las ocho de la mañana. El hombre se sentía en extremo preocupado y la expresión de su rostro oscilaba entre el temor, la tristeza y el disgusto. Sostenía en su interior una terrible lucha, pero ésta, no acababa de tomar forma concreta ni tampoco su pensamiento acudía a ayudarle.

Todo provenía de que la noche anterior había recibido una carta en extremo inquietante del administrador de sus propiedades. Todos conocemos las clases de malas noticias que pueden escribir los administradores: pésimas cosechas, deudas, disminución de las rentas, *etc.* Pero aunque el administrador le había escrito idéntica carta el año anterior y el otro, y el otro, la última había producido a Oblomov una desagradable sorpresa y una gran desazón.

El asunto era realmente serio. Por fuerza tendrían que adoptarse ciertas

medidas. En descargo de Ilia Illich, debe decirse que cuando unos años antes recibió la primera carta desagradable del administrador, inmediatamente empezó a pensar en la necesidad de introducir algunos cambios y mejoras en la administración de sus propiedades. Se hizo el propósito de implantar nuevas normas económicas, administrativas y de toda índole. Pero el plan no estaba aún totalmente terminado y las inquietantes y desagradables cartas del administrador llegaban todos los años impulsándole a actuar cuanto antes y viniendo a turbar la paz de su espíritu. Pero Oblomov reconocía que era de todo punto necesario poner en práctica algo definitivo.

Aquel día al despertarse tomó la resolución de levantarse, lavarse, tomar el té, reflexionar sobre el asunto planteado por el administrador, redactar algunas notas y solucionar el problema de una vez para siempre. Pero siguió tumbado durante media hora más, atormentado por el problema. Más tarde pensó que tendría tiempo para pensar después del desayuno y que éste podría tomarlo perfectamente en el lecho, como todos los días, tanto más cuanto que también es posible meditar tumbado en la cama cuanto largo se es.

Y dicho y hecho. Luego de haberse tomado el té se incorporó y estuvo en un tris que no saltara de la cama; incluso lanzó una mirada a sus zapatillas y empezó a sacar el pie de debajo de las ropas, pero al instante volvió a esconderlo y se echó de nuevo.

Dieron las nueve y media e Ilia Illich Oblomov pareció despabilarse al fin.

«¿En qué pienso? —se dijo en tono de reconvención—. No hay otro remedio; tengo que lanzarme a la tarea. Si me dejo dominar por mí mismo, jamás voy a...»

—¡Zajar! —gritó de pronto.

De la habitación contigua, separada del despacho-dormitorio por un estrecho pasillo, llegó un ruido semejante al gruñido de un perro, seguido del rumor de dos pies al posarse sobre el suelo. Era Zajar, que acababa de saltar de la estufa donde solía permanecer las horas muertas sentado sumido en un dulce y agradable sopor.

Un hombre de cierta edad, vestido con una levita de color gris que tenía un roto bajo el brazo, por el cual asomaba la camisa, y un chaleco del mismo color, con botones de cobre, penetró en la estancia. Tenía la cabeza como una bola de billar. En cambio, de sus dos patillas, tupidas y enormes, podían extraerse hasta tres floridas barbas.

Por lo que a simple vista parecía, Zajar no había intentado jamás modificar el aspecto con que la Providencia le obsequió, así como tampoco el atavío que llevaba en la aldea. Su traje estaba cortado de acuerdo con el patrón que trajo de las

propiedades de los Oblomov. Al hombre le gustaban la levita y el chaleco gris porque le recordaban la librea que había lucido en otros tiempos, cuando acompañaba a su último señor y a su esposa a la iglesia o bien cuando iban de visita a casa de sus amigos. La librea era lo único que le recordaba la antigua dignidad y señorío de los Oblomov. Ninguna otra cosa era capaz de trasladar su imaginación a la paz y a la felicidad disfrutada en la mansión de los Oblomov allá en la aldea. Pero los Oblomov habían muerto, tanto el padre como la madre; los retratos de familia habían sido olvidados y probablemente se encontraban arrinconados en alguna buhardilla.

De la antigua forma de vivir y de la grandeza de la familia no restaba ya nada, se habían ido sumergiendo poco a poco en el olvido. Todo lo había borrado la muerte y sólo permanecían vivas en la memoria de algún viejo campesino de la aldea. Ésta era la causa de que Zajar estimara tanto su levita de color gris. En ella veía como un reflejo de la antigua grandeza, que, por cierto, la parecía descubrir también en algunos rasgos y actitudes de Oblomov que le recordaban a sus padres, así como también en algunos de los caprichos de su joven señor, que si bien le hacían murmurar y gruñir, respetaba como expresión que eran de la voluntad y los derechos del dueño y señor. De no ser por estos caprichos, muchas veces se hubiera olvidado de que era un criado, y de haberle faltado, no habría podido sentirse transportado a los tiempos de su juventud, a la aldea, que había abandonado hacía tanto tiempo, y a las legendarias leyendas de la antigua mansión señorial. En otras épocas, la familia de los Oblomov había sido tan rica como poderosa en toda la provincia, pero poco a poco, de un modo gradual, sólo Dios sabía por qué razón, había ido empobreciéndose y degenerando hasta confundirse con las familias de la última nobleza. Sólo los más viejos de los criados conservaban, y se iban pasando de unos a otros, los recuerdos del pasado, que guardaban en su memoria como un tesoro sagrado. Por esta razón le gustaba a Zajar tanto su levita gris. Quizá la apreciara también porque siendo niño había visto a los criados más viejos uniformados con este antiguo y aristocrático atavío.

Pasaron algunos minutos antes de que Ilia Illich, sumido en sus pensamientos, notara la presencia del criado. Éste se encontraba de pie ante él, inmóvil y silencioso, hasta que al final se decidió a carraspear para llamar la atención de su amo.

—¿Qué pasa? —preguntó Ilia Illich.

—¿No me ha llamado el señor?

—¿Que yo he llamado, dices? ¿Por qué te habré llamado? No acierto a recordarlo —repuso Ilia Illich desperezándose—. Vete y, mientras tanto, intentaré recordarlo.

Zajar salió de la estancia e Ilia Illich siguió tumbado en la cama, reflexionando sobre la carta del administrador.

Transcurrió otro cuarto de hora.

«Bien, ya he estado bastante tiempo acostado —se dijo Oblomov—. Tengo que levantarme... Aunque primero debería volver a leer la carta del administrador con toda atención.»

—¡Zajar!

Se oyó otra vez el mismo rumor y el mismo gruñido de antes. Zajar penetró en la habitación e Ilia Illich se sumió de nuevo en sus cavilaciones. El criado permaneció unos minutos mirando a su amo con expresión desaprobatoria y al fin se dirigió hacia la puerta con ánimo de salir.

—¿Dónde vas? —inquirió Oblomov de pronto.

—Puesto que el señor parece que no tiene nada que decirme, ¿por qué he de permanecer aquí? —repuso Zajar con voz débil.

Zajar solía contar que había perdido la voz una vez que yendo de caza con su viejo amo, una fuerte ráfaga de viento helado le penetró en la garganta. Ahora el hombre se encontraba de pie en medio de la habitación, vuelto a medias hacia Oblomov y mirándole de soslayo.

—¿Es que estás inválido y no puedes permanecer de pie un momento? ¿No ves que estoy pensando? ¿Es que no has descansado ya bastante? Busca la carta que recibí ayer del administrador. ¿Dónde la pusiste?

—¿Qué carta, señor? Yo no he visto ninguna carta —repuso Zajar extrañado.

—La que te entregó el cartero, una carta con el sobre lleno de manchas.

—¿Y cómo puedo saber dónde la metió el señor? —exclamó Zajar revolviendo los papeles que había sobre la mesa.

—¡Tú nunca sabes nada de nada! ¡Busca en el cesto de los papeles! O quizás haya caído debajo del sofá. ¿Aún está el sofá así? ¿Por qué no has avisado al carpintero? ¡Tu fuiste quien lo rompió!

—Yo no lo rompí. Se rompió él solo —replicó Zajar—. Las cosas no duran siempre. Un día u otro tenía que romperse.

Ilia Illich no consideró necesario seguir discutiendo aquella cuestión.

—¿La has encontrado ya? —se limitó a preguntar.

—Aquí hay un montón de cartas.

—No, no es ninguna de ésas.

—Pues no hay otras —murmuró Zajar.

—¡Bien, vete de una vez! —exclamó Ilia Illich con súbita impaciencia—. Yo mismo la buscaré cuando me levante.

Zajar se encaminó a su cuarto, pero no había colocado aún las manos sobre la estufa con el fin de encaramarse de nuevo sobre ella, cuando otra vez oyó la voz de su amo: —¡Zajar! ¡Zajar!

«¡Santo Dios! ¡Qué calamidad! —gruñó Zajar regresando al despacho—. Sería cien veces mejor estar muerto.»

—¿Qué hay? —inquirió apoyándose en la puerta y mirando a su señor con el rabillo del ojo como signo de desaprobación, de forma que Oblomov no podía ver más que la espesa mata de vello de la patilla de Zajar, de la que parecían a punto de salir volando dos o tres pajarillos.

—¡Un pañuelo! ¡Vamos, rápido! ¿Es que no podías suponerlo sin necesidad de que tuviera que decírtelo? —dijo Ilia Illich en tono de reconvención.

Zajar no demostró sentirse más enojado y sorprendido que lo acostumbrado ante la orden y el reproche de su amo, probablemente porque los consideraba completamente naturales.

—¿Cómo puedo saber yo dónde está el pañuelo? —rezongó Zajar buscando por todos los rincones de la habitación, aunque el pañuelo no aparecía por parte alguna—. Todo lo pierde el señor —añadió abriendo la puerta del vestidor para ver si se encontraba allí el condenado pañuelo.

—¿Dónde vas? No, búscalo por aquí. No he entrado en el vestidor desde hace dos días... ¡Vamos, date prisa! —gritó Ilia Illich.

—¿Dónde diantres estará ese maldito pañuelo? No lo veo por parte alguna —exclamó Zajar moviendo las manos y mirando a su alrededor—. ¡Vaya, por fin! ¡Aquí está! —masculló enojado—. ¡Lo tiene el señor debajo! Por aquí asoma una punta. ¡Lo tiene el señor debajo de su cuerpo y me lo pide a mí!

Y, sin esperar contestación, Zajar se dirigió hacia la puerta. Oblomov se sentía un tanto confundido ante su derrota y buscó otro motivo para reprender a Zajar.

—¡Qué sucio lo tienes todo! ¡No se ve más que polvo y basura por todas partes! ¡Mira, mira ese rincón! ¡Nunca haces nada!

—Está bien, no hago nada, según el señor —replicó Zajar amoscado—. Hago mucho más de lo que puedo; trabajo hasta quedar agotado. Quito el polvo de todas

partes, barro casi todos los días...

Y con ademán de orgullo señaló el centro de la habitación y la mesa en que Oblomov había cenado.

—¡Observe! —exclamó—. ¡Todo está tan limpio y reluciente como una patena! ¿Qué más desea el señor?

—Y de eso, ¿qué me dices? —exclamó Ilia Illich señalando las paredes y el techo—. ¿Y eso, y eso? —continuó indicando la toalla olvidada sobre el sofá desde el día anterior y un plato con un trozo de pan que había sobre la mesa.

—Bien, bien; ahora lo quitaré —repuso Zajar en tono condescendiente, recogiendo el plato de la mesa.

—¿Y el polvo de las paredes, y las telarañas? —continuó Oblomov señalando las paredes y el techo de nuevo.

—Siempre limpio las paredes y el techo antes de Semana Santa. Entonces limpio los iconos y quito las telarañas...

—¿Y cuándo limpias los libros y los cuadros?

—Eso lo hago para Navidad. Anisia y yo vaciamos todas las estanterías. Además, ¿cuándo voy a limpiar la habitación? ¡El señor se pasa el día en casa sin moverse!

—A veces voy al teatro o a ver a mis amigos. Podrías hacerlo entonces...

—¿Qué puede hacerse de noche? De noche no se limpia —contestó Zajar.

Oblomov dirigió a su criado una mirada de reproche, movió la cabeza con expresión apesadumbrada y suspiró.

Zajar lanzó entonces una mirada de indiferencia a través de la ventana y también suspiró. Su amo parecía pensar: «Bien, muchacho. Eres casi más Oblomov que yo mismo». Por su parte, Zajar se decía: «¡Le conozco muy bien! Le gusta hablar así de cuando en cuando. Pero sé bien que le importan un pepino el polvo y las telarañas».

—¿No comprendes que el polvo es un criadero de polillas y de otra clase de insectos? —dijo ahora Ilia Illich—. Algunas veces he visto hasta chinches corriendo por la pared.

—También en mi cuarto hay pulgas —contestó Zajar con la mayor indiferencia.

—Eso no es una excusa.

Zajar sonrió ampliamente, haciendo que sus cejas y sus patillas se movieran

y una mancha roja coloreó su frente.

—Yo no tengo la menor culpa de que haya chinches en el mundo —repuso con expresión de candida sorpresa—. Yo no las he inventado, señor.

—Haz el favor de no decir estupideces —replicó Oblomov interrumpiendo a su criado—. La causa de todo es el polvo...

—Tampoco he inventado yo el polvo.

—Incluso tienes ratones en tu cuarto. Los oigo todas las noches desde aquí.

—Tampoco son obra mía los ratones. Por todas partes se encuentran esos bichos a montones: ratones, chinches, polillas...

—¿Y cómo explicar que en otras casas no tengan ni polillas ni chinches?

El rostro de Zajar dejó transparentar una cierta incredulidad o mejor dicho, una especie de tranquila seguridad de que lo que decía su amo jamás había sucedido.

—Yo tengo un montón de ellas. Pero uno no puede ver todas las chinches y meterlas en las hendiduras y rendijas donde se ocultan —insistió el criado con obstinación.

Y al mismo tiempo parecía pensar: «¿Cómo se podría vivir sin chinches?»

—Si barres y quitas el polvo de todas partes, ya verás cómo desaparecerán —dijo Oblomov.

—Si quito el polvo hoy, mañana habrá otra vez un montón de polvo —repuso Zajar.

—No, no lo habrá —contestó su amo.

—Si que lo habrá —insistió el criado.

—Pues, si lo hay, torna a limpiarlo.

—¡Cómo! ¿Es que quiere el señor que limpie los rincones de la casa todos los días? —exclamó Zajar—. ¡Vaya vida de perros! ¡No tardaría en estirar la pata!

—¿Y cómo es que las casas de los demás están siempre limpias? —preguntó Oblomov—. Fíjate en el piso del afinador de enfrente. Da gusto mirarlo de lo limpio que está. Y sólo hay una muchacha en la casa.

—¿Cómo podrían tener nada sucio esos alemanes? —replicó Zajar—. Basta con ver cómo viven. Durante la semana la familia se pasa royendo el mismo hueso. La misma levita pasa del padre al hijo y luego vuelve del hijo al padre. La mujer y las hijas visten unos trajes tan cortos que tienen que andar por la calle con las

piernas medio encogidas como las ocas... ¿Cómo pueden tener sucia su casa? No tienen montones de ropa usada guardada en los rincones de los armarios durante años y años como nos sucede a nosotros, ni tampoco conservan un montón de pan seco guardado durante todo el invierno... No tiran ni un mendrugo... Se lo comen todo con su cerveza.

Zajar hizo un gesto de repugnancia al recordar aquel mezquino modo de vivir.

—Bien, bien. Menos hablar y más trabajo —dijo entonces Ilia Illich.

—A veces me pondría a trabajar —contestó Zajar—, pero el señor no me lo permite.

—¡Otra vez la misma cantinela! Por lo que parece, el que sobra aquí soy yo.

—Eso es. El señor se pasa la vida en casa. ¿Cómo puedo hacer nada si tengo al señor siempre aquí? Salga a la calle durante todo un día y ya verá cómo le dejo limpio todo esto.

—¿Qué dices? ¿Que me vaya? ¡Tú eres el que tienes que marcharte inmediatamente a tu cuarto!

—Debería salir el señor —insistió Zajar—. Salga a dar un paseo y yo le aseguro que entre Anisia y yo lo arreglamos todo. Aunque quizá no podamos hacerlo todo entre los dos solos. Tendríamos que buscar a una mujer para que nos ayudara...

—¡Lo que faltaba! ¡Buscar a otra mujer! ¡Quítate de mi vista! —gritó Ilia Illich.

Oblomov lamentaba ahora haber provocado aquella discusión con su criado. Siempre se olvidaba de que cada vez que surgía el tema de la limpieza, al final acababan presentándose una serie de inacabables complicaciones. Sin duda le hubiera gustado tener limpio el piso, pero sin que esto representara la menor molestia para él. Sin embargo, cada vez que hablaba con Zajar de la cuestión éste acababa demostrándole que era preciso armar un terremoto, pues al criado no se le ocultaba que la simple idea de ello, bastaba para aterrorizar a su amo.

Zajar salió al fin de la estancia y Oblomov se entregó de nuevo a sus divagaciones. Algunos minutos más tarde el reloj daba otra media hora.

—¿Cómo es posible? —exclamó Ilia Illich poco menos que aterrorizado—. ¡No tardarán en ser las once y aún tengo que levantarme y lavarme! ¡Zajar! ¡Zajar!

—¡Dios santo, nunca puedo...! —se oyó rezongar en el vecino cuarto, seguido del habitual salto.

—¿Está preparada el agua? —preguntó Oblomov.

—Hace siglos —contestó Zajar—. ¿Por qué no se levanta el señor?

—¿Por qué no me dijiste que ya estaba preparada? Si lo hubiera sabido, haría ya rato que estaría en pie. Vete; ahora mismo voy. Tengo que trabajar y escribir un poco.

Zajar salió de nuevo, pero a los pocos instante volvió con un cuaderno grasiento y unos papeles.

—Si el señor piensa escribir, podría, de paso, repasar estas cuentas. Tenemos que pagarlas.

—¿Qué cuentas son ésas? ¿A quién hay que pagárselas?

—Al carnicero, al verdulero, al panadero, a la lavandera. Todos me piden dinero.

—¡No se interesan más que por el dinero! —masculló Oblomov entre dientes—. ¿Y por qué no me entregas las facturas de una en una y no todas juntas?

—Porque el señor no me lo permite. Siempre me contesta que mañana... mañana...

—¿Y no podríamos también dejarlo esta vez para mañana?

—No. Todos insisten en cobrar y no quieren fiarnos más. Estamoso a primeros de mes, señor...

—¡Oh! —exclamó Ilia Illich con gesto de disgusto—. ¡Otra preocupación más! Bien, ¿por qué permaneces ahí parado como una estatua? Deja las facturas sobre la mesa. Ahora mismo me levanto, y luego de lavarme, las miraré. El agua está ya preparada, ¿no?

—Sí, señor.

—Bien, si es así...

Se incorporó lanzando un suspiro, a punto de saltar del lecho.

—¡Ah! —exclamó de pronto Zajar—. Me había olvidado decir al señor que esta mañana, cuando el señor dormía aún, el administrador de la casa ha enviado al portero a decir que debemos desalojar el piso. Necesita ocuparlo.

—Bien, ¿y qué? Por supuesto, si desea el piso tendremos que buscarnos otro. No hay más remedio. Pero, ¿por qué me lo repites? Es la tercera vez que ha enviado el recado.

—Es que no me dejan en paz, señor.

—Está bien. Diles que ya nos mudamos de casa.

—Pero es que ellos dicen que el señor ya se lo prometió el pasado mes, y que ahora piensan recurrir a la policía.

—¡Que lo hagan si quieren! —replicó Oblomov con súbita decisión—. Nos mudaremos, les parezca bien o mal, cuando mejore el tiempo. Dentro de tres semanas...

—¡Tres semanas! El administrador dice que dentro de quince días vendrán los albañiles para dar comienzo a las obras. Tenemos que mudarnos mañana o todo lo más tarde pasado...

—¿Mañana? ¿Por qué tanta prisa? ¿Y nada más? Seguramente desean que nos vayamos ahora mismo, ¿no? No vuelvas a hablarme de eso. Te lo prohibí una vez y vuelvo a prohibírtelo. ¡Y mucho ojo!

—Pero, ¿qué hago entonces, señor? —preguntó Zajar.

—¿Que qué haces? ¿Es así cómo me obedeces? —gritó Ilia Illich—. ¡Me preguntas a mí, a mí qué debes hacer! ¿Qué me importa a mí lo que tengas que hacer? Tú no vengas a molestarme más y apáñatelas como puedas para que no tengamos que cambiarnos de piso. ¿Es que no quieres hacer nada para ser agradable a tu señor?

—Pero, ¿cómo puedo arreglármelas, Ilia Illich? —murmuró Zajar con suave acento—. La casa no es mía. ¿Cómo podemos negarnos a abandonar el piso si el dueño quiere echarnos de él?

—¿No tienes algún modo de convencerles? Cuéntales que hace muchos años que vivimos aquí, y que siempre hemos pagado el alquiler...

—Ya les he dicho eso... —repuso Zajar.

—¿Y qué te contestaron?

—Se limitaron a insistir en que nos mudemos, pues tienen que repasar el piso. Quieren unir éste con el del doctor antes de que se case el hijo del propietario.

—¡Dios mío! —exclamó Oblomov súbitamente alterado—. ¡Pensar que aún quedan en el mundo idiotas que quieren casarse!

Oblomov había vuelto a echarse en la cama.

—Tendría usted que escribir al propietario de la finca, señor —sugirió Zajar—. Tal vez entonces se decida a dejarle tranquilo y acuerde hacer las obras en otro piso.

Y Zajar señaló vagamente hacia su derecha.

—Conforme. Le escribiré en cuanto me levante... Vete a tu cuarto... Ya lo pensaré. Eres incapaz de hacer nada por ti mismo —añadió malhumorado—. Yo tengo que preocuparme personalmente de todo.

Zajar abandonó la estancia y Oblomov comenzó a reflexionar. Pero le resultaba difícil decidir en qué tenía que pensar primero, si en la carta del administrador de sus propiedades, en lo de cambiar de alojamiento o bien en repasar las facturas de los proveedores. Se sentía sumergido en un mar de terribles dudas. En tanto, continuaba echado en la cama, dando vueltas de un lado para otro. De cuando en cuando se oían en la habitación algunas exclamaciones: «¡Dios mío! ¡La vida me persigue sin cesar y me la encuentro por todas partes!»

Nadie hubiera podido saber jamás cuánto tiempo había permanecido en aquel estado de indecisión de no haber sonado de pronto el timbre de la puerta.

—¡Una visita a esta hora! —exclamó Oblomov envolviéndose en su bata—. ¡Y todavía me encuentro en la cama! ¡Qué desgracia! Pero, ¿quién podrá venir a casa tan temprano?

Y sin hacer el menor movimiento, tumbado como estaba en el lecho, miró lleno de curiosidad hacia la puerta de entrada.

II

EN la estancia apareció a poco un joven de unos veinticinco años, de aspecto agradable, rebosante de salud, fuerte, que sonreía con los labios y con los ojos.

Vestía de una manera impecable y estaba perfectamente peinado; su sombrero, sus guantes y su levita eran deslumbradoramente nuevos. Una magnífica cadena llena de dijes cruzaba su chaleco. Una vez en el centro de la estancia, sacó del bolsillo un finísimo pañuelo de batista, aspiró su perfume oriental y a continuación se pasó suavemente el pañuelo por la cara y el reluciente sombrero, concluyendo al fin por quitarse el polvo de los zapatos con él.

—¡Hola, Volkov! —exclamó Ilia Illich al verle—. ¿Cómo se encuentra usted?

—Buenos días, Oblomov —repuso el recién llegado.

—¡No se acerque, no se acerque usted, que me trae el aire frío de la calle! —suplicó Oblomov.

—¡Qué sibarita es usted! —exclamó Volkov mirando en torno suyo en busca de un sitio donde poder dejar el sombrero.

Pero al ver el polvo que cubría todo, decidió conservarlo en su mano. Luego separó los faldones de su levita para tomar asiento, pero tras de lanzar una mirada al sillón, prefirió mantenerse de pie.

—¿Aún no se ha levantado usted esta mañana? Pero, ¿qué clase de bata lleva puesta? Ese modelo no se usa desde hace años.

—No es una bata, sino un *jalat* —repuso Oblomov envolviéndose amorosamente en los anchos pliegues de la prenda.

—¿Cómo se encuentra usted? —preguntó Volkov.

—Así, así —contestó Oblomov bostezando—. Continúo con mis ataques. ¿Y usted?

—¿Yo? Magníficamente y divirtiéndome de lo lindo —contestó el joven con agradable sonrisa de satisfacción.

—¿Y de dónde viene tan temprano? —inquirió Oblomov.

—De visitar a mi sastre. ¿Qué le parece a usted? Bonita levita, ¿eh? —dijo el joven dando una vuelta completa.

—Sí, soberbia y de un gusto exquisito —repuso Ilia Illich—. Pero, ¿por qué tiene ese corte en la espalda?

—Es una levita para montar a caballo.

—¡Ah! Pero... ¿monta usted a caballo?

—¡Naturalmente! Y precisamente encargué la levita para hoy sin falta. Estamos a primeros de mayo y pienso ir a Ekaterinhof con los Goriunov. Misha Goriunov ha conseguido el ascenso y vamos a celebrarlo —dijo Volkov con súbito entusiasmo.

—Ya comprendo —murmuró Oblomov.

—Tiene un caballo bayo —continuó Volkov—. En su regimiento todos tienen caballos bayos. El mío es negro. ¿Cómo quiere usted ir? ¿A caballo o en coche?

—¿Cómo? Yo no quiero ir a ninguna parte —repuso Oblomov.

—¿No quiere usted ir a Ekaterinhof el primero de mayo? Pero, ¿qué le ocurre, a usted, Ilia Illich? ¡Si va todo el mundo!

—Todo el mundo, no —respondió Oblomov.

—Claro que sí. Vamos, acompáñeme usted, Ilia Illich. Sofía Nikolaievna y Lidia irán solas en el coche y usted podría ocupar el asiento delantero.

—No creo que haya sitio para mí en el asiento delantero. Además, ¿qué haría yo allí?

—Entonces, ¿prefiere que Misha alquile otro caballo para usted?

—Pero, ¿qué ocurre? —murmuró Oblomov casi para sí mismo—. ¿Por qué le interesan a usted tanto los Goriunov?

—Bien... —dijo Volkov ruborizándose y dejando escapar un suspiro—. ¿Se lo cuento?

—Puede usted confiar en mi.

—¿No se lo dirá a nadie? ¿Me da usted su palabra? —continuó Volkov sentándose al lado de la cama.

—Le doy mi palabra de honor de que seré una tumba.

—Ocurre... ocurre que estoy perdidamente enamorado de Lidia —musitó.

—¡Soberbio! ¿Desde cuándo? Me parece que es una muchacha encantadora.

—La quiero desde hace tres semanas —prosiguió Volkov dejando escapar un profundo suspiro—. Y Misha está enamorado de Dashenka.

—¿Quién es Dashenka?

—¡Cómo! ¿En qué mundo vive usted, Oblomov? ¿Es que no sabe quién es Dashenka? ¡Pero si toda la ciudad está loca por ella! ¡Qué maravillosamente baila! Esta noche pensamos ir a ver el ballet. Misha tiene el propósito de arrojarle un ramo de flores, y yo tengo que presentársela. El pobre muchacho es un novato, no tiene la menor experiencia en estas lides. Por cierto, tengo que comprar unas camelias...

—¿Para qué? Deje todo eso y véngase a comer conmigo. Hablaremos un poco. Hoy, precisamente, me han sucedido dos desgracias...

—¡Imposible! Hoy tengo que almorzar con el príncipe Tiumenev. Los Goriunov también estarán presentes y, por supuesto, ella... Lidinka —añadió el joven con un susurro de voz—. ¿Por qué razón no visita usted ya al príncipe? ¡Qué mansión más alegre! ¡Qué clase! ¿Y la villa de veraneo? Puedo afirmarle, sin temor a exagerar, que está materialmente enterrada bajo flores. Últimamente han hecho construir en ella una galería *gothique*. Me han asegurado que este verano habrá en la villa bailes y cuadros vivientes... Supongo que acudirá usted...

—Tengo la impresión de que no.

—¡Qué casa! El invierno pasado daban reuniones los miércoles y había días que se reunían hasta cincuenta personas; incluso algunas veces pasaron de cien los invitados.

—¡Santo cielo! ¡Qué pesadilla!

—¿Pesadilla dice usted? ¡Cuanta más gente mejor! Lidia suele ser una de las asiduas. Pero al principio no me di cuenta de su existencia, hasta que de súbito:

En vano intento no pensar en ellaque mi razón domine a mi pasión.—canturreó el joven entre dientes, y sin darse cuenta, se dejó caer en el sillón, aunque en el acto se puso en pie y empezó a limpiarse los pantalones.

—¡Cuánto polvo hay en este cuarto! —exclamó afligido.

—La culpa la tiene Zajar —repuso Oblomov en tono de lamentación.

—Bien, tengo que irme —dijo Volkov de pronto—. Debo comprar las camelias para el bouquet de Misha, *au revoir*.

—Venga usted esta noche a tomar el té conmigo después del ballet y me lo contará todo —dijo Oblomov.

—Imposible. He prometido ir a casa de los Mussinsky. Hoy es su *jour fixe*. Venga usted también. ¿Quiere que le presente?

—No, no. Muchas gracias. ¿Qué iba a hacer yo allí?

—¿En casa de los Mussinsky? ¡Pero si casi toda la ciudad se congregará allí! ¿Que qué va a hacer usted, pregunta? ¿En una casa donde casi se habla de todo?

—Pues eso es lo malo, que se habla de todo —repuso Oblomov.

—En ese caso, vaya a casa de los Mezdrov —dijo Volkov—. Allí sólo se habla de una cosa: de arte. No se oye hablar más que de la escuela veneciana, de Beethoven, de Bach, de Leonardo de Vinci...

—¡Siempre lo mismo! —exclamó Ilia Illich bostezando—. Debe de ser una verdadera lata. Serán unos pedantes.

—¡Pero a usted no le gusta nada, Oblomov! ¡Nada es de su agrado! Sin embargo, hay aquí un buen número de casas a las que podría usted presentarse. Ahora todos tienen su «día fijo»: los Savinov dan una cena todos los jueves; los Maklashin la celebran los viernes; los Viaznikov los domingos y el príncipe Tiumenev los miércoles. ¡Yo tengo comprometida toda la semana! —terminó Volkov con los ojos brillantes.

—¿Y no le resulta a usted excesivamente pesado tener que atender a tantos compromisos? —preguntó Oblomov.

—¿Pesado dice usted? Ni por asomo. Le aseguro a usted que es sencillamente maravilloso —dijo Volkov en tono alegre y ligero—. Por la mañana me dedico a leer un poco, pues hay que estar *au courant* de todo y saber noticias. Por suerte, disfruto de un empleo que no me obliga a ir a la oficina. Basta con que vea al general y coma con él un par de veces a la semana. Más tarde voy a visitar a algún amigo y luego... hay varias actrices nuevas en el teatro ruso o francés... Cuando empiece la temporada de ópera pienso sacar un abono semanal. Además, ahora estoy enamorado... El verano se acerca ya; a Misha le han prometido un permiso, y entonces nos iremos a sus posesiones para cambiar de aires. Allí hay caza en abundancia. Luego, los vecinos dan bailes, *bals champétres*. Lidia y yo podremos pasear por los bosques, coger flores, remar un poco... ¡Ah! —exclamó de pronto levantándose de su asiento—. Tengo que marcharme. Adiós, adiós —añadió tratando en vano de contemplarse en el polvoriento espejo.

—Espere usted un momento, hombre —dijo Oblomov tratando de retenerle—. Me gustaría hablar con usted de negocios.

—Lo siento, Ilia Illich, pero ahora no dispongo de tiempo. — Volkov parecía tener una gran prisa—. ¡Otro día será! ¿Quiere venir conmigo a tomar unas ostras y entonces podremos charlar Lodo lo que usted quiera? Vamos, Misha invita.

—No, gracias —repuso Oblomov.

—Entonces, adiós.

Y se dirigió hacia la puerta, pero se volvió en el acto.

—¿Ha visto usted esto?—preguntó a Oblomov enseñándole su mano enfundada en un guante perfectamente ajustado.

—¿Y eso qué es? —preguntó Ilia Illich sorprendido y sin comprender.

—¡Pues los nuevos *lacets*! Observe qué bien cerrados quedan los guantes. Ahora ya no hay necesidad de estar peleándose dos horas con los botones. Basta tirar de la cinta, y listos. Acaban de llegar de París. ¿Quiere usted que le haga enviar un par de ellos para que los pruebe?

—Bien, mándemelos usted.

—Y esto, ¿no le parece a usted encantador? —añadió el joven separando uno de los colgantes de la cadena—. Es una tarjeta de visita con una punta doblada.

—No veo lo que hay escrito en ella.

—Pr., príncipe; M., Michel. Pero no quedaba sitio para el nombre de Tiumenev. Me la regaló el día de Pascua en vez de un huevo. Pero adiós, *au revoir*. Aún tengo que hacer otras diez visitas. ¡Por Júpiter, que es un verdadero placer!

E inmediatamente desapareció.

«¡Diez visitas en un solo día! —se dijo Oblomov para sí—. ¡Vaya vida! —continuó encogiéndose de hombros—. Admito que no está mal echar algún que otro vistazo al teatro y enamorarse de Lidia. ¡Es una muchacha tan deliciosa! También me parece muy bien eso de coger flores y dedicarse a pasear con ella por el campo. Pero diez visitas en un solo día me parecen demasiadas visitas», concluyó, dejándose caer de nuevo sobre la almohada y felicitándose por no albergar en su mente vanos pensamientos y deseos de poder permanecer echado en la cama, conservando de este modo la paz y la dignidad humanas.

Un nuevo timbrazo vino a interrumpir sus reflexiones e instantes después entraba un nuevo visitante.

Se trataba de un hombre vestido con una levita verde adornada con botones de latón. Su ajado rostro, cuidadosamente rasurado, aparecía enmarcado por dos bien cuidadas patillas. En sus ojos había una mirada cansada, aunque profunda, y en sus labios afloraba una melancólica y sugestiva sonrisa.

—¿Cómo estás, Sudbinsky? —le dijo Oblomov en tono alegre a guisa de saludo—. ¡Al fin te has acordado de tu viejo camarada! ¡Por favor, no te acerques, que me traes el frío de la calle!

—¿Cómo vamos, Ilia Illich? Hacía tiempo que deseaba venir a verte —dijo el recién llegado—. Pero ya sabes que tengo mucho trabajo. Repara, llevo la cartera

llena de papeles para informar. Ya he avisado al portero que venga a avisarme si alguien pregunta por mí. No tengo tiempo para nada.

—¿Ahora vas a la oficina? ¿Tan tarde? —preguntó Oblomov extrañado—. Generalmente antes ibas a las diez de la mañana.

—Sí. Ahora es distinto: ahora voy a las doce y «en coche».

Las últimas palabras fueron pronunciadas con marcado énfasis.

—¡Ah, vamos! —exclamó Oblomov—. Te han nombrado jefe de departamento. ¿Desde cuándo?

Sudbinsky hizo un gesto de asentimiento.

—Desde Pascua —contestó—. ¡Pero es espantosa la cantidad de trabajo que ahora pesa sobre mí! Trabajo en casa de ocho a doce, y desde las doce hasta las cinco en el despacho; e incluso muchas veces me veo obligado a trabajar también por la noche en casa. No me queda tiempo ni para hacer visitas.

—¡Pero eres jefe de departamento! —dijo Oblomov—. Mi enhorabuena. Es magnífico. ¡Y pensar que fuimos compañeros de oficina! Estoy viendo que el año que viene te hacen consejero de Estado.

—¡Oh, no es posible! Antes tengo que obtener la Orden del Mérito. El pasado año estuve a punto de conseguirla. Pero como acabo de ser ascendido hace poco, no puedo esperar otro galardón inmediatamente.

—Ven a comer conmigo y beberemos para celebrar tu ascenso —dijo Oblomov.

—Lo siento, pero hoy he de comer con el subdirector. Tengo que preparar el informe para el jueves. Algo espantoso, te lo aseguro. Uno no puede fiarse de los informes provinciales. Tengo que comprobar todas las listas. Foma Fomich es un hombre tan meticuloso, que quiere examinarlo todo por sí mismo, así que después de comer tendremos que trabajar.

—¿Después de comer has dicho? —preguntó Oblomov sorprendido.

—¿Qué hay de particular en ello? Y tendré mucha suerte si concluimos a tiempo de poder ir a Ekaterinhof. Por cierto; venía a preguntarte si te gustaría ir allí conmigo. Si quieres, pasaré a buscarte...

—No, no puedo. No me siento nada bien —repuso Ilia Illich frunciendo el ceño—. Además, tengo una serie de cosas que hacer...

—¡Qué lástima! —exclamó Sudbinsky—. Hace un día magnífico y es la única oportunidad que tengo de ofrecerme un día de descanso.

—Bien. ¿Y qué novedades hay por la oficina? —inquirió ahora Oblomov.

—¡Oh! Ha habido una serie de cambios. Ahora, por ejemplo, ya no se pone en las cartas «su seguro servidor», sino «le saluda atentamente»; tampoco es necesario enviar dos copias al registro oficial. Se han organizado tres nuevas secciones y han ingresado dos nuevos empleados. Nuestro comité no existe ya, ha desaparecido... ¡Sí, ha habido muchos cambios, muchos, muchísimos cambios!

—¿Y qué me cuentas de nuestros antiguos camaradas?

—Nada de particular. Svinkin ha perdido un expediente.

—¿De veras? ¿Y qué ha dicho el director al saberlo? —preguntó Oblomov con voz temblorosa.

El joven experimentó el terror de sus días de oficinista.

—Pues ha suspendido el ascenso de Svinkin hasta que éste encuentre los papeles. Se trata de un asunto de gran importancia, algo sobre las contribuciones. El director es de opinión —Sudbinsky bajó su voz hasta que no fue más que un murmullo— que Svinkin ha extraviado el expediente... con toda intención.

—¡No es posible! —exclamó Oblomov.

—No, no, yo tampoco lo creo —se apresuró a decir Sudbinsky con aire protector—. Conozco a Svinkin bien. Es un poco ligero, lioso, murmurador, pero le considero incapaz de cometer semejante acción. Estoy seguro de que el expediente aparecerá cuando menos se espere.

—Así que... tú siempre trabajando, ¿eh? ¿Siempre atareado? —prosiguió Oblomov.

—Terriblemente atareado. No puedes hacerte una idea. Aunque la verdad sea dicha, da gusto trabajar con Foma Fomich. Le da a uno ánimos; y cree que tampoco se olvida de los que no hacen nada. A los que le sirven bien, les recomienda para el ascenso, e incluso a los que no trabajan bastante les consigue con suma facilidad una gratificación o una orden del Mérito.

—¿Y cuánto cobras en la actualidad?

—¡Oh! No mucho. Mil doscientos rublos de sueldo, setecientos cincuenta para la manutención, seiscientos para casa, novecientos como subsidio, quinientos para gastos de viaje y unos mil más de gratificaciones.

—¡Diablos! —exclamó Ilia Illich saltando de la cama—. ¿Es que tienes buena voz? ¡Te pagan como a un tenor italiano!

—Pues lo mío no es nada comparado con lo que gana Peresvetov. Trabaja

mucho menos y le dan más. Aparte de que nunca sabe bien lo que lleva entre manos. Claro que no goza de mi reputación. Me tienen en mucha estima —añadió modestamente, bajando los ojos—. Creo que el ministro dijo el otro día que yo era «un verdadero adorno del departamento».

—¡Te felicito! —contestó Oblomov—. Pero eso de trabajar de ocho a doce y de doce a cinco y luego en casa de nuevo...

Y movió la cabeza no muy convencido.

—¿Y qué haría si no fuera a la oficina? —preguntó Sudbinsky.

—¡Pues muchas cosas! Leer, escribir...

—Eso ya lo hago durante todo el santo día.

—No me refiero a tu trabajo. Quiero decir que podrías escribir algo para los periódicos...

—¡Oh! No todos hemos nacido para escritores. Tú tampoco escribes.

—Pero yo me dedico a dirigir mis propiedades. Estoy estudiando un nuevo plan de administración, en el que introduciré muchas innovaciones. Una larga serie de problemas, ¿comprendes? Pero tú trabajas para los demás, no para ti mismo.

—¿Y qué más da? Mientras le paguen a uno... Además, me parece que este verano podré disfrutar de un descanso. Foma Fomich me ha hablado de encargarme de una misión especial. Entonces dispondré de dinero para alquilar caballos, tres rublos diarios de dietas y, además, una gratificación.

—Veo que no os falta dinero —repuso Oblomov con cierta envidia.

Y tras de lanzar un suspiro, quedó pensativo.

—Pero necesito mucho dinero —añadió Sudbinsky—. Tengo el propósito de casarme el próximo otoño.

—¡Hombre! ¿Qué me cuentas? ¿Y quién es la novia? —preguntó Oblomov sonriendo.

—La señorita Murashin. ¿No recuerdas que el año pasado estuve veraneando con ellos? Tomaste el té conmigo un día y, si no me equivoco, te la presenté.

—No recuerdo... ¿Y es bonita?

—¡No puedes imaginártela! Iremos a cenar con ellos un día, si quieres.

Oblomov pareció titubear.

—Bien... Está bien. Pero...

—¿La semana próxima te conviene? —sugirió Sudbinsky.

—¡Eso es, eso es! La próxima semana —murmuró Oblomov como si le quitaran un peso de encima—. No tengo el traje preparado. ¿Y es un buen partido?

—Su padre es consejero de Estado, y entregará a su hija una dote de diez mil rublos. Aparte de que el Gobierno les da alojamiento gratis, y nos cederá la mitad del piso; así que la manutención, la luz y la calefacción nos resultarán gratis. No está mal, ¿eh?

—¡Qué ha de estarlo! ¡Vaya suerte que tienes, muchacho! —repuso Oblomov con evidente envidia.

—He pensado en ti como uno de los testigos de la boda.

—No faltaría más, con mucho gusto lo seré. Y de Kuznetsov, Vasiliev y Majov, ¿qué me cuentas?

—Kuznetsov se casó hace poco tiempo; Majov ocupa mi lugar actualmente y Vasiliev ha sido trasladado a Polonia. Iván Petrovich ha recibido la orden de San Vladimir y a Oleshkin hay que llamarle actualmente «excelencia».

—Me alegro.

—Se lo merecía.

—Es una excelente persona y muy amable.

—Muy amable —repitió Sudbinsky—. Y jamás trata de situarse delante de los demás y es incapaz de hacer la zancadilla a nadie. Por el contrario, siempre está dispuesto a hacerle a uno un favor.

—¡Es una bellísima persona! Recuerdo que cuando yo estaba con vosotros, si cometía un error en un escrito, me olvidaba algo o bien citaba una ley por otra, jamás me reprendió. Se limitaba a encargar a otro que repitiera el trabajo. Sí, es un hombre magnífico —concluyó Oblomov.

—En cuanto a Semion Semonich, sigue tan incorregible como siempre —continuó Sudbinsky—. Sólo piensa en fastidiar al prójimo. ¿Sabes lo que hizo el otro día? La superioridad ordenó que se instalaran perreras junto a los edificios del Departamento en provincias. Nuestro arquitecto, un hombre que conoce a fondo su profesión y que es honrado a carta cabal, hizo un presupuesto muy moderado. Sin embargo, a Semion Semionich le pareció demasiado elevado y empezó a preguntar aquí y allá lo que podría costar una perrera, hasta que al fin encontró a un contratista dispuesto a construirlas por treinta *kopeks* menos. En el acto se apresuró a escribir un informe oficial sobre la cuestión.

En aquel momento se dejó oír el timbre de la puerta.

—¡Adiós! —exclamó el funcionario—. Ya he perdido bastante tiempo aquí de charla contigo y es posible que me necesiten en la oficina...

—Espera; no te vayas aún —pidió Oblomov a su amigo—. Quiero pedirte un consejo. He sufrido dos enojosos contratiempos...

—No, no. Ya vendré otro día con más tiempo y hablaremos —repuso Sudbinsky abandonando la estancia a toda prisa.

«¡Está metido en eso hasta las orejas! —pensó Oblomov mientras salía su amigo—. Está ciego, sordo y mudo para todo lo que no sea su oficina. Pero estoy seguro de que saldrá adelante, de que con el tiempo llegará a ser un personaje importante y conseguirá un alto cargo... Es un hombre destinado a hacer una gran carrera. Pero creo que eso puede destruir a un hombre. No es indispensable poseer inteligencia, voluntad ni sentimientos. Todas estas cosas son consideradas un lujo. Pasará a través de la vida sin que la mejor parte de él acabe de despertar del todo... ¡Y trabaja de doce a cinco en la oficina y de ocho a doce en casa! ¡Infeliz!»

Oblomov experimentó un gran júbilo al pensar que él podía permanecer en la cama desde las nueve a las tres y desde las... ocho a las nueve, y se sintió lleno de orgullo al pensar que tampoco tenía necesidad de redactar informes y emborronar papeluchos y que gozaba de plena libertad para poder dar rienda suelta a sus sentimientos y a su imaginación.

Oblomov se hallaba tan entregado a sus pensamientos que estaba a punto de no darse cuenta de que un individuo de tez morena y delgado, cuyo rostro aparecía adornado con patillas, bigote y perilla, se encontraba a su lado. Quien fuese, vestía con cierto premeditado descuido.

—Buenos días, Ilia Illich —dijo el recién llegado.

—¿Cómo está usted, Penkin? ¡No se acerque, por favor, que trae usted todo el aire frío de la calle! —repuso Oblomov.

—¡Oh, qué excéntrico es usted! ¡Siempre será usted un incorregible holgazán, sin una sola preocupación!

—¿Sin una sola preocupación, dice usted? —exclamó Oblomov amargamente—. Voy a enseñarle una carta que he recibido de mi administrador. ¡Me estoy devanando los sesos hace rato, y aún cree usted que no tengo preocupaciones! Pero ¿se puede saber de dónde viene usted ahora?

—De la librería. He ido a preguntar cuándo salen las revistas. ¿Ha leído usted ya mi último artículo?

—No.

—Se lo enviaré entonces. Léalo. Vale la pena.

—¿De qué trata?

—De economía, de la emancipación de la mujer, del delicioso tiempo abrileño que estamos disfrutando, de los nuevos extintores de incendios que han inventado. ¿Por qué no lee usted los periódicos? Reflejan la vida de nuestros días. Ya sabe usted que soy un ferviente partidario del realismo.

—¿Escribe usted mucho?

—Bastante. Tengo que escribir dos artículos para el periódico todas las semanas, luego hago la crítica literaria, y ahora también estoy escribiendo un cuento...

—¿También está usted escribiendo un cuento? ¿Sobre qué tema?

—El de un alcalde de provincias que maltrata a los comerciantes.

—Supongo que eso debe de ser el llamado realismo literario —afirmó Oblomov.

—¿No es cierto? —dijo complacido Penkin—. Se trata de una idea nueva y atrevida. Un viajero que recorre la ciudad es testigo presencial de una paliza que el alcalde propina a un comerciante y, ni corto ni perezoso, corre a informar al gobernador. Éste entonces ordena a un funcionario que vaya a la ciudad y haga una información sobre el carácter y la conducta del alcalde. Una vez en la ciudad, el funcionario reúne a todos los comerciantes y les interroga. ¿A que no imagina usted lo que sucede? Pues que los comerciantes ensalzan todos al alcalde y lo elevan hasta las nubes. El funcionario prosigue entonces sus pesquisas por otros lugares y averigua que los comerciantes son todos unos estafadores, que venden mercancías podridas, roban en el peso, etc., y que, por consecuencia, tenían bien merecido el castigo...

—Así, pues, las palizas del alcalde, ¿juegan el papel de los Hados de las tragedias clásicas? —exclamó Oblomov.

—Eso mismo —repuso Penkin—. Es usted muy inteligente, Ilia Illich. Debería usted lanzarse a escribir algo. Creo que en mi relato he conseguido poner de relieve al mismo tiempo la tiranía del alcalde y la depravación de los comerciantes, los pésimos métodos de investigación puestos en práctica por el funcionario y la urgente necesidad de adoptar medidas severas, pero justas. ¿No le parece a usted que es una idea realmente original?

—Sí, sobre todo para mí —repuso Ilia Illich—, que leo muy poco.

—En efecto, no abundan los libros en su cuarto —exclamó Penkin—. Sin embargo, le recomiendo que lea usted por lo menos una obra que está a punto de aparecer, un libro soberbio que representa una verdadera denuncia pública, si así puede decirse. Trata de los amores de un prevaricador con una mujer de la vida. Pero me es imposible decirle nada más, ni siquiera el nombre del autor, pues es un secreto.

—¿Y de qué trata?

—Pone al descubierto, en forma poética, la vida de nuestra sociedad. Se adentra por ella y recorre todos los grados de la escala social. ¡Algo maravilloso! El autor reúne, como ante un tribunal, a una serie de tipos humanos, desde el gran señor al usurero más indigno, a un débil y vicioso hombre público y a un grupo de funcionarios corrompidos que le engañan; en el libro aparecen también una serie de mujeres galantes: alemanas, francesas, finlandesas. Y todo está descrito con gran realismo, tal como es la vida... He oído algunos fragmentos de ese libro y le aseguro a usted que el autor es un verdadero genio. En ocasiones recuerda al Dante, otras a Shakespeare...

—¡Pues sí que piensa usted llegar lejos! —exclamó Oblomov incorporándose lentamente en la cama.

Penkin debió comprender que había ido demasiado lejos en sus ditirambos.

—Lea usted ese libro. Así podrá juzgar por sí mismo —añadió, aunque no con tanto entusiasmo como al principio.

—No, Penkin, no insista usted. No lo leeré.

—¿Por qué no? Se trata de una obra que producirá verdadera sensación. La gente ha empezado ya a hablar de ella...

—¿Y eso qué quiere decir? Hay mucha gente que no tiene otra cosa que hacer que hablar. Es su vocación, o su trabajo...

—Insisto en que debe usted leerlo, aunque sólo sea por curiosidad.

—¿Y qué hay en él que pueda despertar mi curiosidad? —inquirió Oblomov—. No comprendo por qué hay tanta gente que escribe. Lo hacen tan sólo para matar el tiempo.

—Se equivoca usted, Ilia Illich. Reflejan la vida tal cual es. Son como retratos vivientes. Los personajes de esa obra, un comerciante, un empleado del Estado, un oficial, un policía, parecen hablar por sí mismos.

—Pero lo hacen por simple entretenimiento, para demostrar a los demás que son capaces de «retratar personajes». Pero no hay el menor asomo de vida real en

todo lo que escriben, ni comprensión, ni simpatía, ni sentimientos humanos. Todo es fruto de la más absoluta vanidad. Describen a los ladrones y a las mujeres de la vida del mismo modo que los policías los arrestan y los meten en las cárceles. En sus relatos se percibe, no las «lágrimas invisibles», sino las risotadas maliciosas y groseras...

—¿Y qué más quiere usted? Es formidable, usted mismo lo ha dicho: la malicia, la cruda revelación de los vicios, la risa de desdén o de desprecio, con que son acogidos los seres caídos... ¡Todo, todo eso está en el libro de que le hablo!

—No, yo le aseguro que no está todo —replicó Oblomov enardecido por su entusiasmo;—. Describan ustedes, si les gusta así, a un ladrón, a una mujer pública o a un tonto engañado, pero no se olviden de que también son seres humanos. ¿Dónde dejan nuestros sentimientos humanos? Suponen que es posible escribir utilizando sólo el cerebro. Olvidan que también es necesario valerse del corazón. Sí, el pensamiento sólo fructifica a través del amor. Tiendan una mano piadosa al hombre caído o lloren por él, pero, por favor, no se burlen de su desgracia. Ámenle, traten de verse reflejados en él. Sólo entonces leeré sus libros y me inclinaré ante ustedes... —añadió volviéndose a recostar muellemente en los almohadones—. Describen a un ladrón o a una meretriz, pero olvidan al ser humano que llevan dentro, o bien no saben cómo describirlo. ¿Qué arte, qué poesía encuentran en eso? Digan que denuncian la depravación, el vicio, la sociedad, pero por lo que más quieran no digan a los cuatro vientos que hacen poesía...

—Eso quiere decir que usted preferiría que describiéramos la naturaleza; las rosas, los ruiseñores, las tempranas mañanas, en tanto que a nuestro alrededor todo se halla en constante agitación. Deseamos disecar a la humanidad, y no nos queda tiempo para perderlo entonando canciones...

—¡Amad al hombre! —exclamó Oblomov—. Amadle...

—¿Quiere usted que amemos a un usurero, a un hipócrita, a un funcionario prevaricador? A la legua se nota que no sigue usted las corrientes literarias actuales —protestó Penkin con el mayor calor—. Por el contrario, hay que perseguirles, que acabar con ellos, expulsarlos de la sociedad...

—¡Expulsarles de la sociedad! —exclamó Oblomov poseído por una súbita inspiración y saltando de la cama—. Eso sería como olvidar que ese vaso indigno contiene un elemento superior, que aunque corrompido y devorado por todos los vicios, es un hombre como usted y como yo. ¿Expulsarle? ¿Y cómo lo haría usted para expulsarle de la humanidad, de la naturaleza, de la misericordia de Dios? —gritó el joven al final, casi despidiendo llamas por sus ojos.

—Creo, que también usted aspira a ir muy lejos —dijo Penkin,

verdaderamente sorprendido a su vez.

Oblomov comprendió que, en efecto, él también había ido demasiado lejos. El joven guardó silencio y tras de permanecer en pie unos instantes, bostezó ruidosamente y se echó de nuevo en la cama.

Ambos jóvenes guardaron silencio.

—Entonces, ¿qué lee usted? —inquirió Penkin.

—Pues libros de viaje.

Un nuevo silencio.

—Tendrá usted que leer el poema cuando se publique. Ya se lo traeré.

Oblomov movió la cabeza.

—Bien, ¿le envío por lo menos mi cuento?

Oblomov asintió con un nuevo movimiento de cabeza.

—Ahora tengo que ir a la imprenta —manifestó Penkin—. ¿Sabe usted por qué he venido a verle, Ilia Illich? Porque quería invitarle a que se viniera usted conmigo a Ekaterinhof. Dispongo de un coche. Me he comprometido a escribir un artículo sobre las fiestas del primero de mayo. Podríamos dar una vuelta juntos y usted me indicaría lo que a mí se me pasara por alto. Creo que sería mucho más divertido. Véngase conmigo, Ilia Illich,!

—No, gracias. No me siento nada bien —repuso Oblomov frunciendo las cejas y envolviéndose en la bata—. Me da mucho miedo la humedad. Pero véngase usted a comer conmigo y charlaremos un rato. He sufrido dos desgracias...

—Lo siento. Pero comeremos todos en San Jorge y luego nos marcharemos juntos a Ekaterinhof desde allí. Y por la noche tengo que redactar el artículo y enviarlo a la imprenta antes de mañana. Adiós, Ilia Illich.

—Adiós, Penkin.

«¡Trabajar de noche! —pensó Oblomov—. ¿Cuándo dormirá entonces? Pero creo que debe ganar por lo menos cinco mil rublos al año. Ya es algo. Aunque vivir escribiendo sin cesar, derrochando las riquezas de su alma y de su espíritu en bobadas, tener que violentar sus convicciones, vender su inteligencia, forzar su propia naturaleza, vivir en constante excitación, sin poder gozar de un poco de reposo... Y escribir y escribir sin tregua ni descanso, lo mismo que una rueda o una máquina, mañana, pasado mañana, todos los días, sean laborables o festivos. Vendrá el verano y él continuará escribiendo. ¿Cuándo dejará de escribir para descansar un poco? ¡Pobre muchacho!»

Oblomov volvió la cabeza para contemplar la mesa donde todo estaba en perfecta paz; el tintero seco y sin tinta, la pluma inmóvil. Y se sintió contento al pensar que estaba tumbado en la cama, libre de preocupaciones, como un recién nacido, sin gastar energías... «Pero ¿y la carta del administrador?», pensó de pronto, y su alegría se ensombreció súbitamente.

De nuevo tornaron a llamar a la puerta.

«Parece como si hoy tuviera día de visita», pensó al tiempo que se preguntaba quién sería el nuevo visitante.

A poco entró en la habitación un individuo de cierta edad y aspecto indefinido. No era alto ni bajo, ni guapo ni feo, ni moreno ni rubio. La naturaleza no le había obsequiado con ninguna característica especial, ni buena ni mala. Mucha gente le llamaba Iván Ivanich; otros Iván Vasilich y algunos le designaban con el nombre de Iván Mijailich. También su apellido se ofrecía a discusiones; unos eran de opinión que se apellidaba Ivanov, otros Vasiliev o Andreiev y otros Alexeiev. Si era presentado a un extraño, éste indefectiblemente olvidaba en el acto su nombre y su cara, y ni siquiera le hubiera sido posible decir de qué habían hablado. Su presencia no añadía nada a una reunión, ni su ausencia era notada jamás. Su espíritu estaba tan falto de humor, originalidad y otras cualidades como su cuerpo de señales características. Podría haber dicho algo acerca de lo que había visto y contárselo a la gente, pero jamás estuvo en ninguna parte. Había nacido en San Petersburgo y nunca salió de la ciudad. Por lo tanto, todo lo que había visto y oído, lo conocían ya de sobras los demás.

¿Qué atractivo posee un hombre de este tipo? ¿Puede amar, odiar o sufrir? Probablemente podía amar, odiar y sufrir, puesto que no existe nadie que pueda evitarlo, pero él se las había arreglado para estimar a todo el mundo. Existen seres en quien es imposible, por mucho que se empeñe uno, despertar los sentimientos de hostilidad, envidia o venganza. Cualquier cosa que se haga por ellos, en favor o en contra, por nimia que sea, la convierten ellos en un motivo más para acrecentar su afecto. Pero aunque decimos que este tipo de personas quieren a todo el mundo, en realidad no quieren a nadie, y si son buenos es porque, simplemente, no son malos. Si encontrándose uno de estos hombres presente, alguien da una limosna a un pobre, también ellos se apresuran a dársela. Pero si otros insultan o hacen mofa del pordiosero, también ellos se suman a los insultos y a las chanzas.

No se le puede llamar rico, porque es más bien pobre; pero tampoco es posible llamarle pobre, porque hay otros que lo son mucho más que él. Dispone de una pequeña renta de unos trescientos rublos al año. Además, disfruta de un empleo insignificante por el que cobra un ínfimo sueldo. No sufre la menor privación ni pide prestado dinero a nadie, ni a nadie, por supuesto, se le ocurre

pedírselo a él. En la oficina donde trabaja no tiene una ocupación concreta, pues tanto sus compañeros como sus jefes no han conseguido averiguar si hay algo que haga mejor o peor que otros trabajos, y no saben si está especialmente dotado para alguna cosa determinada.

Es muy posible que nadie se haya dado cuenta de su presencia en el mundo, salvo su madre; muy pocos se han percatado de que existe, y ni uno solo le echa de menos cuando se halla ausente. Y cuando muera, nadie preguntará por él, ni le llorará ni se alegrará de que haya muerto. Carece de amigos y de enemigos, pero, sin embargo, conoce a todo el mundo. El día que muera, su entierro llamará la atención de algún transeúnte, que por primera vez saludará, inclinándose respetuosamente, a aquella personalidad incolora. Y quizás un curioso pregunte por el nombre del muerto, aunque al instante lo olvidará.

Aquel Alexeiev, Vasiliev, Andreiev o como se llamara, era sencillamente una sombra incompleta e impersonal de la raza humana, algo así como un eco apagado, como un reflejo borroso de un ser humano.

Incluso el mismo Zajar, que en las charlas que solía sostener en las tiendas hablaba del carácter y cualidades de los amigos de su amo, se encontraba siempre en un aprieto cuando le tocaba el turno a aquel tal... bien, llamémosle Alexeiev. Zajar intentaba descubrir en él algún rasgo sobresaliente, pero siempre concluía diciendo: «En cuanto a ése, no sé qué decir de él, no hay modo de descubrir en él ningún rasgo particular».

—¡Hola! —exclamó Oblomov al verle entrar—. ¿Es usted Alexeiev? ¿Cómo está? ¿De dónde viene ahora? No se acerque ni me estreche la mano. Trae usted consigo todo el aire frío de la calle.

—¡Pero si no hace frío, Ilia Illich! No era mi intención venir a verle hoy —dijo Alexeiev—, pero me he encontrado a Ovchinin y me ha arrastrado hasta aquí. Vengo a buscarle, Ilia Illich.

—¿Para qué?

—Hemos de ir a casa de Ovchinin. Alianov, Pkailo y Koliamiguin están ya allí.

—¿Y para qué hemos de ir? ¿Qué quieren de mí?

—Ovchinin le invita a comer.

—¿A comer? —repitió Oblomov sin la menor expresión.

—Y luego iremos todos a Ekaterinhof. Esperan que usted alquilará un coche.

—¿Y qué haremos allí?

—¡Oh! Todo el mundo va. ¿No sabe usted que estamos a primero de mayo?

—Siéntese usted, por favor, y lo pensaremos —pidió Oblomov a su visitante.

—No, no. Tiene usted que levantarse inmediatamente.

—Espere un rato. Aún es temprano.

—¿Temprano? Tiene usted que estar allí a las doce. Almorzaremos pronto, y alrededor de las dos saldremos hacia Ekaterinhof. Vamos, dese prisa, Ilia Illich. ¿Le digo a Zajar que le ayude a vestirse?

—No puedo vestirme. Todavía no me he lavado.

—¡Pues levántese y lávese!

Alexeiev empezó a pasearse por la estancia, hasta que de pronto se detuvo ante un cuadro que había contemplado millares de veces. Luego lanzó una mirada a través de la ventana, cogió un cachivache que estaba en la estantería, lo examinó por delante y por detrás, lo volvió a colocar en su sitio, y prosiguió sus paseos arriba y abajo de la habitación, en silencio, para no distraer a Oblomov mientras éste se levantaba y se lavaba. De este modo transcurrieron cerca de diez minutos.

—¡Cómo! —exclamó Alexeiev de pronto, al mirar en dirección al lecho.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Oblomov.

—¿Aún está usted acostado?

—¿Es que tengo que levantarme de la cama?

—¡Pues claro! Nos están esperando, Ilia Illich. Usted desea ir...

—¿Adonde? Yo no deseo ir a ninguna parte.

—¡Vamos, Ilia Illich! Antes hemos estado hablando de que iríamos a comer con Ovchinin para ir luego a Ekaterinhol...

—Pero ¿cómo quiere usted que salga a la calle con esta humedad? Y, además, ¿para qué? Me parece que está empezando a llover —dijo Oblomov con acento vago.

—¡No hay una nube en el cielo y dice usted que está empezando a llover! ¡Vamos! Si parece que está nublado es porque hace meses que no limpian los cristales de la ventana. ¡Hay que ver lo sucios que están! No puede usted ver la luz del día y, además, la cortina está echada.

—Sí, tiene usted razón. Pero no le diga usted nada a Zajar, porque entonces empezará a hablarle de alquilar un regimiento de mujeres y querrá echarme de casa durante todo el día.

Oblomov permaneció pensativo mientras que Alexeiev se sentaba en la mesa y empezaba a tabalear con los dedos sobre el tablero, a la vez que dejaba vagar su mirada por el techo y las paredes.

—Bien, ¿qué decidimos al fin? ¿Se viste usted o se queda? —inquirió el hombre al cabo de un tiempo.

—¿Dónde quiere usted que vaya, Alexeiev?

—Pues a Ekaterinhof. ¿Dónde va a ser?

—¡Qué pesadez! —contestó Oblomov un tanto irritado—. ¿Por qué no se queda usted conmigo? ¿Es que está esto frío o huele mal, para que tenga tanto interés en marcharse?

—No. Ya sabe que siempre me ha gustado estar con usted. Aquí me siento muy bien —contestó Alexeiev.

—Pues entonces, si se encuentra usted bien, ¿porqué tanto decir que quiere marcharse? Haría mucho mejor quedándose a pasar el día conmigo. Comeríamos juntos y por la noche podría usted irse adonde le pareciera. Ahora que recuerdo, no puedo ir a ninguna parte. Hoy tiene qué venir Tarantiev a comer conmigo. Es sábado.

—Bien... conforme... Haré lo que dice usted.

—¿Le he contado ya algo de mis asuntos? —se apresuró a preguntar Oblomov a su amigo.

—¿Qué asuntos? No sé a qué se refiere usted —repuso Alexeiev, mirando a Oblomov con los ojos abiertos de par en par.

—¿Por qué se figura usted que no me he levantado aún de la cama? Si permanezco acostado todavía es porque estoy pensando en cómo podré salir del atolladero en que me encuentro.

—¿De qué se trata? —preguntó Alexeiev esforzándose en aparecer preocupado e inquieto.

—¡De dos terribles desgracias! Y el caso es que no sé cómo arreglármelas.

—¿Dos desgracias?

—En primer lugar, pretenden arrojarme del piso. ¡Imagine usted! Tengo que mudarme de aquí a la fuerza. El trastorno que eso supone, el desorden... ¡Qué horror! Llevo viviendo aquí hace ocho años. El dueño de la casa me ha jugado una mala pasada. Ha dicho que tengo que abandonar el piso inmediatamente.

—¿Inmediatamente? Eso es que debe necesitar el piso. Las mudanzas son

siempre muy engorrosas —afirmó Alexeiev—. Unas cosas se pierden, otras se rompen. Sí, es muy molesto una mudanza. Y el piso es muy bonito. ¿Cuánta paga usted de alquiler?

—¿Dónde encontrar un piso como éste y, además, con esa prisa? —continuó Oblomov—. Las habitaciones no tienen la menor humedad y son calientes, y la casa es muy respetable. ¡Tan sólo hemos tenido un robo en el tiempo que llevo viviendo aquí! A primera vista parece que el techo no está en muy buen estado. En efecto. El estuco se va desprendiendo, pero no se cae.

—¡Magnífico! —exclamó Alexeiev en tono elogioso.

—¿Qué podría hacer para no tenerme que mudar? —murmuró Oblomov casi para sí mismo.

—¿Firmarían un contrato, supongo? —preguntó Alexeiev recorriendo la habitación con su mirada.

—Sí. Pero el plazo ha terminado. Vengo pagando el alquiler todos los meses desde... no sé cuánto tiempo.

Ambos permanecieron pensativos.

—¿Y qué piensa usted hacer? —preguntó ahora Alexeiev, luego de un silencio—. ¿Se mudará usted de piso o se quedará aquí?

—¡No pienso nada! ¡No quiero pensar en nada! —repuso Oblomov—. Ya cuidará Zajar de pensar por mi.

—¡Y pensar que hay gentes que disfrutan con las mudanzas! —exclamó Alexeiev—. Cambiar de casa es su diversión favorita.

—Pues que se cambien ellos, si tanto les gusta. Por lo que a mí respecta, no puedo soportar los cambios de ninguna clase. Desde luego, lo del piso no es lo peor. Mire usted lo que me ha escrito mi administrador. Le enseñaré la carta... Pero ¿dónde diablos, estará esa dichosa carta? ¡Zajar, Zajar!

—¡Oh, Dios! —rezongó Zajar saltando de encima de la estufa—. ¿Cuándo se dignará el Señor poner fin a mis tormentos?

Zajar entró en la estancia y dirigió una torva mirada a su amo.

—¿Has encontrado la carta?

—¿Cómo voy a encontrarla? ¿Cómo puedo saber a qué carta se refiere el señor, si no sé leer?

—No importa. Búscala —ordenó Oblomov.

—Usted leyó anoche una carta —repuso Zajar—. Pero no he vuelto a verla.

—¿Dónde está entonces? —exclamó Oblomov enojado—. ¡Yo no me la he comido! Recuerdo bien que tú la recogiste y que la dejaste en alguna parte, por aquí. ¡Mírala, aquí está!

Oblomov sacudió la manta y la carta apareció entre sus pliegues.

—¡Siempre me echa usted la culpa de todo!

—¡Vamos, vamos, márchate de una vez!

Oblomov y Zajar habían gritado al mismo tiempo. Zajar abandonó el cuarto y Oblomov empezó a leer la misiva, que parecía escrita con *kvas* sobre un papel de color grisáceo.

Al muy honorable señor, padre y benefactor nuestro, Ilia Illich..., empezó Oblomov.

El joven se saltó algunas líneas dedicadas a expresar los buenos deseos del que la había escrito, y siguió hacia la mitad.

Me complazco en informarle, respetable señor nuestro, de que todo marcha bien en sus propiedades. Hace ya cinco semanas que no llueve. Sin duda el Señor Todopoderoso debe de estar enojado con nosotros. Los más viejos no recuerdan una sequía igual. Los arbustos arden como leña. Las sementeras de primavera se abrasaron, y los gusanos y las heladas destruyeron también las de otoño; ya veremos si crece algo. Confiemos que Dios Nuestro Señor se apiade de nuestro amo. En cuanto a nosotros, poco importa que perezcamos. La víspera de San Juan se fueron otros tres campesinos; éstos fueron Bolochov, Laptev y Vaska, el hijo del herrero. Envié a sus mujeres a buscarles, pero tampoco regresaron ellas, y parece que ahora todos viven en Chelki, donde ha ido mi compadre Verjlevo, enviado por el intendente, para que viera el nuevo arado, habiendo aprovechado el viaje para informarse sobre los fugitivos. Hablé también con el comisario de policía, quien me dijo: «Presenta una denuncia y haremos todo lo necesario para obligarles a regresar». No dijo más, y yo entonces me arrodillé ante él y le supliqué. Pero él me gritó: «Márchate y haz lo que te digo». Pero no he presentado la denuncia, y aquí no hay ahora a nadie a quien contratar, pues todos los braceros se han ido al Volga para trabajar en los barcos. ¡Así estamos, amo y señor nuestro! Este año no podremos enviar tela a la feria. He tenido que cerrar el secadero y puse de vigilante a Sichug de día y de noche. El hombre no se emborracha; además, yo le vigilo para que no robe nada. Los otros quieren librarse del censo y no trabajar más. Muchos de ellos no pagan los atrasos, así que este año, bienhechor nuestro, nos veremos obligados a enviarle un poco menos de dinero, dos mil menos que el pasado, si no nos arruina la sequía.

Continuaban algunas expresiones de sincera devoción y la firma: *Su administrador y*

más humilde siervo, Phokofi Vitiaguskin, puso su mano aquí. Como era analfabeto, la firma consistía en una cruz hecha al pie de la carta. *Escrita, según el dictado del citado administrador, por su cuñado. Diomba Krivoi.*

Oblomov echó un vistazo al final de la carta.

—No indica el mes ni el año —murmuró—. Esta carta debe de haber estado durmiendo en casa del administrador desde el año pasado, pues habla de San Juan y de la sequía.

Y el joven se sumió en profunda meditación.

—¿Qué le parece a usted el anuncio que me hace de que me enviará dos mil rublos menos? —continuó a poco—. ¿Qué cantidad debe resultar? ¿Cuánto me envió el año pasado? —preguntó a Alexeiev—. ¿No se lo dije a usted?

Alexeiev miró al techo y pareció reflexionar unos momentos.

—Bien, se lo preguntaré a Stolz cuando venga a verme —afirmó Oblomov—. Creo que fueron siete u ocho mil... Debería apuntármelo... Si fue así, ahora sólo me enviará seis mil. ¡Me moriré de hambre! ¿De qué viviré?

—¿Porqué se preocupa usted, Ilia Illich? —murmuró Alexeiev—. No hay que desesperarse de ese modo.

—Pero ¿es que no ha oído usted lo que me dice? En vez de enviarme dinero o por lo menos darme una buena noticia, no hace otra cosa que causarme disgustos. ¡Y así un año y otro! ¡Es indignante! ¡Dos mil menos!

—¡Sí, no hay duda de que es una buena pérdida! —afirmó Alexeiev—. Dos mil rublos no son moco de pavo. Pero por ahí cuentan que Alexei Loginich ha recibido este año sólo doce mil, en vez de setenta mil que recibía otros años.

—¡Doce mil, pero no seis mil como yo! —exclamó Oblomov interrumpiéndole—. ¡Vaya si me ha fastidiado ese administrador! Si de veras se debe todo a la sequía, ¿por qué ha de decírmelo por adelantado?

—Tiene usted razón —repuso Alexeiev—. Pero no se pueden pedir peras al olmo, es decir, finura de sentimientos a un simple campesino. Esta clase de gente no comprende nada.

—Bien, ¿y qué haría usted en mi lugar, Alexeiev? —inquirió Oblomov mirando con expresión interrogadora a Alexeiev, impulsado por la vaga esperanza de que éste, pudiera darle una solución tranquilizadora.

—Tengo que reflexionar, Ilia Illich —repuso Alexeiev—. Me es imposible, así, de buenas a primeras...

—¿Y si escribiera al gobernador? —sugirió Ilia Illich con gesto meditabundo.

—¿Quién es su gobernador?

Oblomov no contestó y se sumió en sus pensamientos. Por su parte, Alexeiev no pronunció una palabra más y se entregó también a sus reflexiones.

Estrujando la carta entre sus manos, Oblomov apoyó en ella la cabeza, los codos sobre las rodillas, y de este modo permaneció un largo rato, atormentado por algunos inquietantes pensamientos; —Me gustaría que Stolz viniera pronto —susurró—. Ya me anunció que vendría a verme, pero Dios sabe dónde se encontrará ahora. Él lo solucionaría todo.

De nuevo se entristeció el joven. Luego se produjo otro largo silencio, que el mismo Oblomov rompió algo más tarde.

—Sí, esto es lo que debo hacer —dijo con decisión, saltando casi de la cama—. Y debo hacerlo inmediatamente. No hay que perder tiempo... Sobre todo...

En aquel instante la campanilla de la puerta sonó violentamente. Oblomov y Alexeiev se estremecieron y Zajar se apresuró a saltar de encima de la estufa.

III

¿ESTÁ en casa? —preguntó una voz áspera y ruda en el recibidor.

—¿Dónde podría estar a estas horas? —repuso Zajar con mayor aspereza aún.

Instantes después entraba en la habitación un individuo de unos cuarenta años, alto, corpulento, de anchos hombros, con una cabeza enorme y facciones vulgares, nariz corta y ancha, labios abultados y ojos grandes y saltones. Al contemplarle, producía la impresión de ser un hombre grosero y sucio. Casi nunca iba bien afeitado, pero esto le tenía a él sin el menor cuidado. Tampoco parecía sentirse avergonzado de su atuendo, que llevaba con una especie de cínica dignidad. Se llamaba Mijei Andreievich Tarantiev y había nacido en el mismo distrito que Oblomov.

Tarantiev miraba despectivamente y con evidente mala voluntad a todo y a todos. Siempre estaba presto a insultar a cualquiera que le hiciera objeto de la menor injusticia, y si no recibía aquello a lo que él se creía con derecho, se consideraba perseguido por el destino, al que no tenía inconveniente en desafiar como hombre de carácter que era. Poseía unas maneras vulgares y rudas, y hablaba de un modo atropellado, como si siempre estuviera irritado por algo. Si se le oía de lejos, su voz producía el efecto de tres coches que pasaran al mismo tiempo por un puente. No tenía el menor miramiento con nadie y trataba con brusquedad y desconsideración incluso a sus mismos amigos, dando por supuesto que les concedía un gran honor con su simple presencia y charla, o bien con su asistencia a las comidas o cenas a las que le invitaban.

Era un hombre rápido y resuelto. No había nadie mejor que él para resolver cuestiones de la vida práctica o casos complicados. En el acto exponía lo que debía hacerse en cada circunstancia y caso; aportaba sutiles pruebas para reforzar su teoría y, al final, terminaba, por lo general, dedicando alguna palabra grosera u ofensiva a la persona que había tenido la ocurrencia de consultarle.

Había entrado a trabajar en una oficina hacía veinticinco años, y aún continuaba en el mismo puesto, pese a que sus cabellos ya habían comenzado a encanecer. Pero jamás se le ocurrió ni a él ni a nadie que pudiera ascender de categoría. En realidad, Tarantiev sólo sabia hablar. Siempre que se trataba de palabras, lo resolvía todo con facilidad y prontitud, sobre todo si no le concernía a él. Pero cuando se trataba de mover un solo dedo o de hacer la más pequeña cosa, en suma, de poner en práctica su teoría o demostrar su rapidez y energía, en el acto

convertíase en otro hombre. Entonces dejaba perder la ocasión, se sentía repentinamente deprimido o bien decía que tenía que ocuparse de otras cuestiones. Pero no hacía ni lo uno ni lo otro, y, si lo hacía, los resultados eran inevitablemente desastrosos.

Al igual que un niño, contemplaba las cosas de un modo superficial, desconocía los más ínfimos detalles de los problemas planteados; jamás llegaba a tiempo a una cita concertada; empezaba los asuntos por el final, para en el último momento embrollarlos de tal modo que ya nadie era capaz de solucionarlos, y él entonces concluía insultando a todo el mundo. Su padre, un abogado de provincias a la antigua, había confiado que su vástago heredaría su habilidad para velar y resolver los problemas de los demás y que con el tiempo llegaría a ser una segunda versión de su triunfal carrera en los despachos oficiales. Pero el destino decidió otra cosa muy diferente. El padre no había sido jamás un hombre culto, pero, en cambio, quiso que su hijo aprendiera algo antes de ponerse a trabajar. Por esta razón, durante tres años le había tenido estudiando latín con un clérigo.

El muchacho dio pruebas de cierta inteligencia, y en tres años se asimiló la gramática y la sintaxis latina, pero cuando se disponía a traducir a Nepote, su padre resolvió que ya sabía suficiente. El buen hombre pensaba que los conocimientos adquiridos por su hijo le darían cierta gran ventaja sobre la generación precedente, pero que si continuaba estudiando era muy posible que lo que aprendiera más tarde le impidiese ingresar en las oficinas gubernamentales. En consecuencia, no sabiendo qué hacer con el latín aprendido, Mijei empezó a olvidarlo a los dieciséis años en la casa paterna. Mientras esperaba el alto honor de poder informar ante los tribunales locales o de distrito, el joven concurrió a todas las juergas y cuchipandas de su padre, y en esta escuela el joven aprendió a desenvolver rápidamente su clara inteligencia.

Era un muchacho impresionable como suelen serlo todos los jóvenes; Mijei escuchaba con la mayor atención las historias que su padre y sus amigos contaban a propósito de algunos curiosos casos de hurto en que habían intervenido en su calidad de picapleitos. Sin embargo, de nada le sirvió todo esto. Pese a todos los esfuerzos realizados por el padre, Mijei no consiguió jamás ser un abogado ni un hombre de negocios. Aunque es muy posible que el viejo hubiera logrado su propósito de no haberse interpuesto la fatalidad. Mijei aprendió la teoría de labios de su padre, pero no pudo ponerla en práctica hasta que éste murió, lo que ocurrió antes de que hubiera logrado hacerse una situación en los tribunales de justicia.

Mijei entonces fue llamado desde San Petersburgo por un amigo de su progenitor; este amigo proporcionó al joven un empleo en cierta oficina del Estado, cumplido lo cual no volvió a acordarse nunca más de que existía aquel joven.

Debido a esto, Tarantiev no pasó de ser un teórico durante toda su vida. Su latín y sus profundos conocimientos sobre la forma de resolver los pleitos judiciales, fuera de una manera justa o injusta, no le sirvieron de nada en San Petersburgo. Pero el joven sabía que en su interior dormitaba una fuerza y una energía que las circunstancias hostiles y adversas impedían que subiera a la superficie. Acaso fue esta conciencia de su fuerza y de sus inútiles conocimientos lo que hizo de Tarantiev un hombre rudo, despectivo con todo y con todos, siempre irritado. Consideraba su empleo, sin más horizonte que el de sacar copias de los documentos y el de archivar, con manifiesta amargura y desdén.

La única esperanza que le quedaba aún, y que brillaba a lo lejos, era la de conseguir un empleo en el monopolio de alcoholes. Creía que ésta era la única oportunidad que tenía a su alcance para abrirse el camino que su padre había imaginado para él. En el entretanto, dado que las teorías de su padre sobre la vida y el trabajo, basadas en la banalidad y en la truhanería, no habían encontrado campo de aplicación en provincias, Mijei se apresuró a aplicarlas en todos sus detalles a la mísera y vulgar vida que se veía obligado a llevar en San Petersburgo, sobre todo, en las relaciones con sus amigos, puesto que le era de todo punto imposible hacerlo en las esferas oficiales. Era tramposo por temperamento y convicción, y como no tenía pleitos ni clientes a quien aplicar tales cualidades, decidió engañar y enredar a sus amigos y colegas. Valiéndose de la astucia o bien por modos violentos, obligaba a que le invitasen, exigiendo, además, una deferencia que estaba muy lejos de merecer, comportándose al propio tiempo de una forma grosera.

Jamás sintió reparo alguno de llevar ropas ajadas y viejas. En cambio, se desesperaba si no podía contar por anticipado con una opípara comida regada con abundantes vinos y licores. Entre sus amigos desempeñaba el papel de un perrazo guardián que ladra a todo el mundo, no permite que nadie se mueva y pilla en el aire con la mayor destreza todos los bocados que se le arrojan.

Tales eran los dos visitantes más asiduos de Oblomov. ¿Por qué acudían a verle con tanta frecuencia? Ambos lo sabían perfectamente: para comer, para beber y para fumar buen tabaco. Entraban en su cálida y confortable habitación donde el dueño les recibía siempre sin muestras de frialdad, aunque también sin el menor entusiasmo. ¿Y por qué razón les recibía Oblomov? Es muy posible que a éste le hubiera resultado un tanto difícil contestar a la pregunta. A buen seguro que por idéntico motivo que todavía en la actualidad las casas en donde reina el bienestar son visitadas por hombres y mujeres de esa calaña, gentes arruinadas, sin trabajo ni ganas de tenerlo, pero que poseen bocas que desean comer y, por lo general, gozan o gozaban antaño de un cierto rango social.

Aún existen sibaritas en el mundo que precisan de esta clase de personas para gozar de una plena satisfacción, que se sienten por completo desgraciados si no se ven un día sí y otro también rodeados de gente inútil. ¿Quién les buscaría la caja de rapé perdida o les recogería del suelo el pañuelo caído? ¿A quién podrían quejarse de su dolor de cabeza, exigiendo una compasión que creen merecer, o a quién podrían contarle la última pesadilla sufrida y exigirles una interpretación de ella? ¿Quién les leería en alta voz para hacerles dormir? Aparte de que a esta clase de invitados se les puede enviar a la ciudad próxima a comprar algo o bien puede exigírseles otro servicio que no sería digno que realizara el dueño.

Siempre que se presentaba en la casa, Tarantiev armaba un gran estrépito y conseguía arrancar a Oblomov de su apatía e inmovilidad. El hombre se desgañitaba gritando, discutía, constituyendo por sí mismo un auténtico espectáculo, con lo que ahorraba a su anfitrión el tener que hablar o actuar. Tarantiev aportaba vida, movimiento y agitación, así como noticias frescas, a la habitación de la casa donde el sueño y la pereza eran eternos. Sin necesidad de mover un solo dedo, Oblomov podía escuchar y contemplar a un ser viviente que hablaba y se movía ante él infatigable. Además, era lo suficiente ingenuo para creer que Tarantiev podía de veras prestarle un servicio o darle un consejo útil.

En cuanto a las visitas de Alexeiev, Oblomov tenía otros motivos no menos poderosos para soportarlas. Si quería vivir a su manera, esto es, permanecer en silencio, dormitar o bien pasear lentamente por la estancia, Alexeiev parecía dejar de existir. Éste también guardaba silencio, dormitaba, hojeaba un libro o examinaba con expresión aburrida los cuadros y cachivaches que había en la habitación, bostezando una y otra vez hasta que las lágrimas inundaban sus ojos. De esta forma podía permanecer tres días seguidos. Por el contrario, si Oblomov se aburría y deseaba hablar, leer o discutir o bien apasionarse por algo, contaba con un excelente oyente, siempre bien dispuesto, que correspondía con la misma buena voluntad a su charla que a su silencio, o a su estado de ánimo, fuese cual fuese éste.

Recibía también otras visitas, aunque con menos frecuencia, tales como las de los tres primeros personajes que hemos presentado al principio. Oblomov se iba distanciando cada vez más de su sociedad. Alguna que otra vez sentía interés por enterarse de unas cuantas noticias o bien sostener una conversación durante breves minutos. Sin embargo, pronto se fatigaba y se sumía en un completo silencio. Ellos, por el contrario, exigían una correspondencia y esperaban que Oblomov interviniera de un modo u otro en lo que a ellos les interesaba personalmente. En suma, vivían en sociedad, entre seres humanos, y por esta razón juzgaban la vida de un modo diametralmente opuesto a como la juzgaba Oblomov.

Sólo existía una persona a quien Oblomov apreciaba de veras. También ésta

le agobiaba; también a ésta le interesaban las noticias, la sociedad, las lecturas y todo cuanto suponía vida. Pero todo esto era en el más profundo, más sincero, mucho más cálido. Y aunque Oblomov se mostraba amable con todo el mundo, tan sólo a este amigo estimaba de veras y sólo a él era realmente fiel, acaso porque habían crecido juntos y juntos habían estudiado y vivido. Este hombre se llamaba Andrei Karlovich Stolz. En aquel momento se encontraba lejos de allí, pero Oblomov esperaba su regreso a la ciudad a no tardar.

IV

¿CÓMO vamos, amigo? —exclamó Tarantiev con acento rudo, tendiendo su peluda mano a Oblomov—. ¿Por qué demontre sigue usted acostado a estas horas?

—¡No se acerque usted, no se acerque por lo que más quiera! ¡Viene usted directamente del frío de la calle! —repuso Oblomov cubriéndose con la manta.

—¡Qué ocurrencia! —vociferó Tarantiev—. ¡Vamos, déme usted la mano, puesto que no tengo inconveniente en ofrecérsela! ¡Están a punto de dar las doce y aún sigue usted en la cama!

Tarantiev sintió tentaciones de arrojar a Oblomov del lecho. Pero éste no le dio tiempo para ello, pues rápidamente puso los pies en el suelo y los introdujo en sus zapatillas.

—Precisamente ahora me disponía a levantarme —repuso Oblomov bostezando.

—Sin duda. Pero seguro que si no vengo seguiría usted acostado hasta la hora de comer. ¡Eh, Zajar! ¿Dónde estás, viejo imbécil? ¡Vamos, de prisa! ¡Ayuda a tu amo a vestirse!

—Cuando tenga usted criado podrá insultarle cuando le venga en gana —repuso Zajar entrando en la estancia y lanzando una mirada despectiva a Tarantiev—. ¡Cómo ha ensuciado el piso! —añadió en tono de reproche.

—¡No me repliques, respondón! —gritó Tarantiev, alzando un pie para dar una patada a Zajar cuando pasara por su lado.

Pero Zajar se detuvo en seco y miró a Tarantiev con expresión de desafío.

—¡Pruebe a tocarme y verá! —dijo, aunque al mismo tiempo inició una prudente retirada hacia la puerta.

—¡Vamos, vamos, Mijei Andreich! ¡Qué buscarruidos es usted! ¿Es que no puede dejarle tranquilo? Vamos, Zajar, ayúdame a vestirme.

Zajar sé acercó a su amo sin dejar de mirar de reojo a Tarantiev, ante el que pasó rápidamente. Apoyándose en Zajar, Oblomov se levantó con visible desgana, como si se sintiera en extremo cansado, y con idéntica dejadez se encaminó al sillón, donde se dejó caer como un peso muerto. Zajar tomó la pomada, un peine y unos cepillos de la mesa y mojando el cabello de Oblomov, le hizo la raya y le cepilló el cabello.

—¿Se lavará el señor en seguida? —preguntó Zajar.

—No. Esperaré un poco —repuso Oblomov—. Ya puedes irte.

—¡Ah! ¿También está usted aquí? —exclamó Tarantiev volviéndose súbitamente hacia Alexeiev mientras Zajar cepillaba el cabello de su amo—. No me había dado cuenta de su presencia. ¿Qué hace usted aquí? A propósito, tengo que decirle que su pariente es un cerdo. Precisamente quiero explicarle...

—¿Qué pariente? Yo no tengo ningún pariente —repuso Alexeiev con acento tímido, mirando a Tarantiev con los ojos abiertos de par en par.

—El empleado ése... como se llame... ¡Ah, sí! Afanasiev. Es pariente de usted.

—Yo me llamo Alexeiev, no Afanasiev. Además, no tengo ningún pariente.

—¡Vaya Si es pariente de usted! Es un hombre tan insignificante como usted y también se llama Vasili Nikolaich.

—Le juro a usted que no le conozco ni sé nada de él. Yo me llamo Iván Alexeich.

—Bueno, pero que conste que se le parece mucho. Y es un verdadero cerdo, puede decírselo de mi parte cuando le vea.

—No le conozco ni le he visto en mi vida —repuso Alexeiev, abriendo su cajita de rapé.

—Déme un poco de rapé —dijo Tarantiev al ver el ademán del otro—. ¡Pero si es tabaco del país y no francés! —añadió tomando un pellizco—. ¿Por qué no compra usted tabaco francés? —continuó en tono de reconvención—. En mi vida he visto un hombre tan cerdo como ese pariente de usted —prosiguió Tarantiev—. Hará cosa de dos años le pedí prestados cincuenta rublos. No es mucho, ¿verdad? Cualquiera creería que se me había olvidado. Pues bien, ese cerdo lo recuerda perfectamente. Hace un mes que, cada vez que me encuentra me espeta: «¿Qué me dice usted de su deuda?» ¡Me está molestando de verás! Y, por si esto fuera poco, ayer se presentó sin más ni más en la oficina y me dijo: «Supongo que debe usted haber cobrado su sueldo, así que podrá devolverme mi dinero». ¡Crean que le sacudí fuerte! Y el hombre quedó tan corrido delante de los demás que apenas si acertaba a encontrar la puerta de salida. «Es que necesito ese dinero», dijo. ¡Como si yo no lo necesitara también! ¡No soy un millonario para poderle dar cincuenta rublos así como así, simplemente porque se le ocurre pedírmelos! Déme un cigarrillo, amigo.

—Ahí está la caja —repuso Oblomov señalando la mesa escritorio.

El joven continuaba sentado en el sillón, medio adormilado, en su actitud

característica, sin darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor ni oír tan siquiera lo que decían. Estaba entretenido acariciándose con el mayor interés sus pequeñas y blancas manos.

—Supongo que serán los mismos de siempre —dijo Tarantiev con acento de reproche, cogiendo un cigarrillo de la caja y mirando a Oblomov.

—Desde luego —repuso Oblomov con expresión distraída.

—¡Cuántas veces habré de decirle que compre de otra clase, extranjeros! ¡Ya se ve el caso que hace usted de lo que yo le digo! Acuérdese de comprar algunos para el próximo sábado, o no me verá usted el pelo en Dios sabe cuánto tiempo. ¡Qué porquería de cigarrillos! —encendió el que había cogido y lanzó una gran bocanada de humo—. ¡Esto no hay quien lo fume!

—Hoy ha venido usted muy temprano, Mijei Andreich —dijo Oblomov acompañando sus palabras con un bostezo.

—¿Es que ya está usted harto de mí?

—No, Tarantiev. Era un simple comentario que se me ha ocurrido hacer. Por lo común, llega usted a la hora justa de sentarse a la mesa. Por el contrario, hoy apenas si pasan de las doce.

—He venido temprano con toda intención. Quería saber lo que tendríamos para comer. Siempre nos sirve usted una comida pésima y hoy deseaba saber lo que nos preparaba.

—Entonces pregúnteselo al cocinero—replicó Oblomov.

Tarantiev se apresuró a salir de la estancia.

—¡Vamos! —exclamó al regresar—. ¡Buey y ternera! Oblomov, permítame que se lo diga, pero usted no sabe vivir, pese a ser un terrateniente. Vive usted como un vulgar tendero, no como corresponde a un caballero. Desconoce por completo las reglas de la buena mesa. Vamos a ver, ¿ha comprado usted Madeira?

—Pues si quiere que le diga, no lo sé. Pregúnteselo a Zajar —repuso Oblomov concediendo escasa atención a la pregunta—. Supongo que debió de quedar algo de vino de la última vez.

—¿El mismo de siempre? ¿El alemán? No, apreciable amigo. Tiene usted que comprarlo en la tienda inglesa.

—Hay muchas cosas que hacer —contestó Oblomov— y representa una complicación enorme mandarlo a buscar.

—Déme usted el dinero y yo mismo iré a buscarlo de un salto a la tienda y le

traeré la botella. De paso haré una visita que tengo que hacer.

Oblomov buscó en un cajón, del cual sacó al fin un billete de diez rublos.

—El Madeira cuesta siete rublos, y le entrego diez.

—¡Déme el billete! Ya me lo cambiarán, no tema usted —y arrancando el billete de la mano de Oblomov se lo guardó rápidamente en el bolsillo.

—Bien, voy al instante —continuó Tarantiev poniéndose el sombrero—. Estaré de regreso hacia las cinco. Tengo que hacer una visita. Me tienen prometido un empleo en un depósito de alcoholes y quiero ver cómo anda el asunto... Por cierto, Ilia Illich: ¿No desea usted alquilar un coche para ir a Ekaterinhof? Si lo hiciera, podría llevarme usted.

Oblomov hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—¿Siente usted pereza de moverse o es que le duele gastar el dinero? ¡Avaro, más que avaro! —exclamó Tarantiev—. Bien, hasta luego.

—¡Espere usted, Mijei Andreich! —pidió Oblomov—. No se vaya ahora. Deseo pedirle un consejo.

—¿De qué se trata? Hable, pues tengo prisa.

—Me han ocurrido dos desgracias. Una de ellas es que me echan del piso.

—Eso quiere decir que no paga usted el alquiler. Hacen muy bien —contestó Tarantiev desde la puerta.

—Al contrario. Pago siempre por adelantado. No, es que creo que van a hacer obras en el piso... Pero espere usted. ¿Dónde va tan de prisa? Aconséjeme lo que tengo que hacer. Me acosan desde todas partes y dicen que tengo que mudarme dentro de una semana.

—¿Es que me toma usted por su consejero? ¿Se ha creído usted que...?

—No me he creído nada, Tarantiev —repuso Oblomov—. No grite y arme escándalo, por favor. Pero dígame lo que debo hacer. Usted es un hombre verdaderamente práctico...

Tarantiev no escuchaba ya; parecía estar reflexionando.

—Bien. Puede usted estarme agradecido —dijo al cabo, quitándose el sombrero y tornándose a sentar—. Y encargue champaña para la cena. La cuestión ya está solucionada.

—¿Cómo es posible? —inquirió Oblomov sorprendido.

—Habrá champaña, ¿sí o no?

—Tal vez, si el consejo lo merece...

—Quien no merece el consejo es usted. ¿Por qué razón tengo que ayudarle? Pregúntele a él —añadió señalando a Alexeiev—, o bien a su pariente.

—Vamos, dígamelo usted de una vez, Tarantiev.

—Pues bien. Tiene usted que mudarse mañana mismo sin falta...

—¿Y a eso llama usted dar un consejo? Eso ya lo sabía yo...

—¡Espere, no me interrumpa! —bramó Tarantiev con acento imperioso—. Debe usted mudarse cuanto antes a un piso que yo sé, situado en el barrio de Viborg. Es de una amiga mía y lo alquila.

—¿Qué dice usted? ¿En el barrio Viborg? ¡Pero si la gente dice que en invierno los lobos llegan hasta allí!

—¡Patrañas! Mi amiga vive allí. La casa es de su propiedad, y tiene un gran huerto. Es viuda y tiene dos hijos. Un hermano soltero vive con ella. Le aseguro que es todo un hombre muy inteligente. No es como este tipo —añadió señalando por segunda vez a Alexeiev—. Estoy seguro de que nos dejaría atrás a nosotros dos.

—¿Y a mí qué me importa todo eso? —replicó Oblomov con súbita impaciencia—. No pienso mudarme a ese sitio.

—Eso ya lo veremos. Desde el momento que me ha pedido usted un consejo, tiene que seguirlo.

—¡Pues no iré! —dijo Oblomov con decisión.

—¡El diablo se lo lleve! —rugió Tarantiev, que poniéndose de nuevo el sombrero, se dirigió a la puerta—. Pero, querido amigo —añadió, volviéndose una vez más—, ¿qué atractivo encuentra usted en este piso?

—Pues, sencillamente, que está muy cerca de todo, de las tiendas, de mis amigos, de los teatros... Que es muy céntrico, vamos.

—Muy bien —exclamó Tarantiev—. Ahora, ¿quiere usted decirme cuánto tiempo hace que no ha salido de casa? ¿A qué amigos ha ido usted a visitar? ¿Para qué demontres necesita usted un piso céntrico?

—Pues... por varias razones.

—Sí, ya lo sé. Pero usted mismo sabe cuáles son esas razones. Piénselo usted bien, Ilia Illich. Vivirá usted en casa de mi amiga, gozando de la mayor paz y tranquilidad, sin oír ruidos. Nadie irá a estorbarle. Se trata, por otra parte, de una casa limpia y confortable. Aquí vive usted como en una pensión. ¡Usted, que es un

terrateniente! Allí, todo es limpieza y quietud. Y, si se aburre, siempre tendrá a mano alguien con quien pasar un rato de palique. Nadie irá a importunarle con sus visitas, excepto yo. En la casa hay dos niños; podrá usted jugar con ellos cuando guste. ¿Qué más quiere usted? ¿Por qué se empeña en agarrarse a «esto»? ¿Cuánto paga usted de alquiler por este piso?

—Mil quinientos rublos.

—Pues allí pagará usted sólo mil por una casa entera. ¡Y si viera lo claras y espaciosas que son las habitaciones! Esa buena mujer hace tiempo que desea tener un huésped pacífico y serio. Esto es lo que me ha hecho pensar en usted...

Oblomov se limitó a negar con la cabeza.

—¡Vaya si se mudará usted, Ilia Illich! —afirmó Tarantiev—. Le aseguro que allí gastará usted la mitad de lo que gasta aquí. Sólo en el alquiler pagará usted quinientos rublos menos. La comida ser más limpia y sana, y Zajar ya no podrá robarle...

Se oyó un gruñido procedente de la habitación inmediata.

—Y tendrá usted mucho más orden —continuó Tarantiev, imperturbable—. Ahora es muy molesto comer con usted. Quieres pimienta, pues no hay; se olvidan del vinagre; los cuchillos están sucios; usted mismo afirma que le estropean la ropa. Toda la casa está tan llena de polvo que da náuseas. Allí dispondrá de una mujer que le cuidará y atenderá sus menores indicaciones. Usted y ese estúpido de Zajar...

El gruñido de antes aumentó de intensidad.

—Ese animal no tendrá entonces que cuidarse de nada —siguió Tarantiev—. No lo piense usted más y ponga fin a esto...

—Pero ¿cómo voy a trasladarme sin más ni más a Viborg?

—Tiene sobrados motivos para hacerlo —contestó Tarantiev súbitamente inspirado—. Se acerca el verano, y será magnífico poder vivir en el campo. ¿Qué hará usted aquí en pleno verano? En cambio, allí tendrá usted a su alcance los jardines de Bezborodkin, el Ochta, y el Neva a dos pasos. ¡Vamos, vamos, no lo piense usted más! Iré a ver a esa mujer antes de comer, y mañana mismo pasará usted por allí. Bien, ahora déme dinero para el coche.

—¡Qué hombre! —exclamó Oblomov—. Se le acaba a usted de ocurrir la absurda idea de hacerme ir a vivir a Viborg y no hay quien le saque de eso. No cuesta nada decirlo. Pero si en realidad fuera usted inteligente, lo que habría hecho es darme una solución para que no tuviera que mudarme de aquí. Hace ya ocho años que habito en esta casa, y no deseo marcharme.

—Pues está decidido; se mudará usted. Ahora mismo voy a ver a mi amiga, y ya me ocuparé otro día de mi empleo.

Y diciendo esto se encaminó a la puerta.

—¡Espere, espere usted! ¿Dónde va? —preguntó Oblomov tratando de detenerle—. Aún hay algo más, algo mucho más importante que deseo consultarle. Lea, por favor, esta carta de mi administrador y dígame qué debo hacer.

—¡Vaya tipo raro que es usted! —repuso Tarantiev—. Es incapaz de hacer nada por sí mismo. Para todo necesita ayuda y tiene que recurrir a mí. ¿De qué sirve en el mundo un hombre como usted?

—¿Dónde está la carta? —se limitó a decir Oblomov por toda respuesta—. ¡Zajar, Zajar! ¡Ya debe de haberla extraviado otra vez!

—Esta debe ser la carta que busca —dijo Alexeiev recogiendo del suelo el papel arrugado.

—Sí, ésta es —repuso Oblomov y tomando la carta empezó a leerla en alta voz—. ¿Qué opina usted? ¿Qué cree que debo hacer? —inquirió cuando terminó la lectura—. La sequía, los atrasos en el pago...

—¡Está usted perdido! ¡Completamente perdido! —graznó Tarantiev.

—¿Por qué cree usted que estoy perdido?

—Pues porque sí.

—Entonces, dígame usted qué debo hacer.

—¿Y qué me dará usted a cambio?

—Ya le he prometido champaña. ¿Qué más quiere usted?

—El champaña es por haberle encontrado un sitio donde alojarse. Le he prestado un gran favor, y usted se niega a reconocerlo, me lo discute. ¿Sabe que es usted un ingrato y un desagradecido? ¡A ver si es usted capaz de encontrar piso por sí mismo! Y lo del piso, a fin de cuentas, es lo de menos. Lo principal es que vivirá usted rodeado de comodidades, como si estuviera con su propia hermana. Dos niños y un hermano soltero. Yo iré a verle todos los días...

—Bien, bien, conforme —dijo Oblomov interrumpiéndole—. Pero ahora dígame qué es lo que cree usted que debo hacer con el administrador.

—Encargue cerveza para la comida y se lo diré.

—¿Cerveza ahora? Nunca tiene usted bastante...

—En ese caso, adiós —contestó Tarantiev poniéndose el sombrero una vez

más.

—¡Dios santo! ¡El administrador me anuncia que me remitirá dos mil rublos menos y él me pide cerveza! Está bien, compre cerveza.

—En ese caso tendrá usted que darme dinero para ella —contestó Tarantiev.

—¿No es suficiente con el cambio del billete?

—¿Y el coche para Viborg?

Oblomov sacó otro billete del mismo lugar que el anterior y se lo entregó a Tarantiev, aunque no sin cierta repugnancia.

—Su administrador es un ladrón —dijo Tarantiev guardándose el billete—. Es todo lo que puedo decirle. Pero usted le escucha con la boca abierta y le cree como si fuera el mismo Evangelio. ¡Vaya cuento que le ha endilgado! ¡La sequía, los atrasos, los sembrados echados a perder, los campesinos que huyen! ¡Todo eso es mentira! Me han dicho que el año pasado en Shumilovo la cosecha fue magnífica y que todo el mundo pudo pagar sus deudas. En cambio, usted sufre la sequía y pierde lo que ha sembrado. Shumilovo se encuentra tan sólo a tres verstas de su propiedad. ¿Por qué no se abrasaron allí los sembrados? En cuanto a los atrasos, ¿por qué razón ha permitido que se fueran acumulando? ¿Por qué tienen que existir atrasos? Es un sinvergüenza rematado, pero ya le enseñaré yo. Supongo igualmente, que si los campesinos se escapan es porque él ha cobrado algo por dejarles marchar, y es seguro que ni siquiera se habrá quejado ni al jefe de policía.

—Eso sí —repuso Oblomov—. En la carta dice que el comisario le contestó... Por otra parte, parece tan convincente...

—Usted no entiende nada de esto, y perdone que se lo diga, Ilia Illich. Todos los ladrones saben escribir cartas convincentes. Ahí tiene usted a ese hombre, por ejemplo —dijo señalando a Alexeiev—. Estoy más que convencido de que no sabe escribir cartas convincentes. En cambio, su pariente, que es un cerdo y un ladrón, sabe escribirlas muy bien. Tampoco usted sería capaz de hacerlo, No le quepa la menor duda de que su administrador es un completo ladrón, desde el momento que escribe de ese modo.

—Bien, ¿y qué cree usted que debo hacer?

—Despedirle inmediatamente.

—¿Y a quién pongo en su lugar? ¿Qué sé yo de mis campesinos? Es posible que los demás sean aún peores. Yo no he estado allí desde hace doce años.

—Pues vaya ahora. Es de todo punto necesario que lo haga. Pase el verano allí, y al regreso puede instalarse directamente en su nuevo alojamiento. Ya cuidaré

yo de que todo esté a punto cuando usted regrese.

—¡Mudarme, marchar al pueblo! ¡Vaya soluciones que se le ocurren! —exclamó Oblomov irritado—. En vez de llevar usted las cosas a sus últimas consecuencias, debería buscar soluciones de compromiso.

—Ilia Illich, creo que usted es un hombre completamente inútil. Yo en su lugar de usted, ya habría hipotecado la finca para comprarme una buena casa, bien situada, aquí, en la ciudad. Luego hubiera hipotecado también la casa y comprado otra... ¡Oh, si yo hubiera gozado de sus posibilidades, de otro modo ya me luciría el pelo!

—Deje de hablar a tontas y a locas de una vez y trate de encontrar una solución para que no me vea obligado a mudarme de casa ni a ir al campo —insistió Oblomov.

—Pero ¿cuándo cambiará usted de manera de ser Ilia Illich? —preguntó Tarantiev—. ¡Contémplese a sí mismo! ¿De qué sirve usted? ¿Qué utilidad presta usted a la patria? ¡Se siente incapaz incluso de ir a sus propiedades!

—Aún no puedo ir. Antes es necesario que acabe de estructurar el plan... Se me ocurre ahora una idea, Mijei Andreich —exclamó Oblomov de súbito—. Vaya usted en mi lugar, usted conoce el problema y la región. Por mi parte no ahorraré gastos...

—Pero ¿se ha figurado usted que yo soy su administrador? —replicó Tarantiev—. Además, he perdido por completo el hábito de tratar con los campesinos —añadió con expresión altanera.

—¿Qué haré entonces? —murmuró Oblomov en tono afligido—. No tengo la menor idea...

—Bien. En ese caso, escriba por lo menos al comisario de policía preguntándole si el administrador le ha comunicado algo sobre la huida de los campesinos —aconsejó Tarantiev—. De paso, ruéguele que vaya a echar un vistazo a sus propiedades. Luego escriba al gobernador y pídale que ordene al comisario que le informe sobre la conducta del administrador. Dígale algo como esto: «Excelencia, compadézcase paternalmente de mí y mire con ojos misericordiosos la desgracia que nos amenaza a mí, a mi esposa y a mis doce hijos que, por culpa de los constantes engaños del administrador, tendrán que sufrir hambre y privaciones de toda clase...»

Oblomov no pudo por menos de echarse a reír.

—¿Y de dónde sacaré tantos chiquillos si el gobernador me pide que se los presente?

—¡No diga usted majaderías! Escriba «doce» hijos, que nadie lo comprobará y es por demás «convincente». El gobernador pasará la carta a su secretario. Y usted también tendrá que escribir a éste, incluyéndole algo, por supuesto, con el fin de que atienda su asunto. Al mismo tiempo deberá pedir ayuda a sus vecinos. ¿Quiénes son éstos?

—Dobrinin vive muy cerca —repuso Oblomov—. Anduvo por aquí mucho tiempo. Pero ahora creo que se ha reintegrado a sus propiedades.

—Pues entonces escríbale también. Muéstrese amable con él y dígale: «Me hará usted un señaladísimo favor y le quedaré profundamente agradecido, como cristiano, como amigo y como vecino», y remítale algunos regalos. Unos cigarros, por ejemplo. Esto es lo que tendría usted que hacer. Pero sé que no lo hará pues no tiene usted ni una pizca de sentido común. Ya haría yo bailar a ese administrador al son de mi pandero. Vamos a ver, ¿cuándo sale el correo?

—Pasado mañana.

—Pues siéntese ahí y escriba.

—Pero si no sale hasta pasado mañana, ¿por qué he de escribir ahora? —observó Oblomov—. Escribiré mañana. Pero escuche usted, Mijei Andreich, añada un nuevo favor a los que ya me ha hecho y yo, por mi parte, añadiré un pescado o un ave a la comida.

—Diga usted. ¿De qué se trata?

—Siéntese y escriba. En un instante tendrá escritas las tres cartas. ¡Usted lo expone todo de un modo tan «convincente»! —continuó Oblomov intentando sonreír—. Luego Iván Alexeich lo copiará.

—¡Vaya salida! —exclamó Tarantiev—. ¡Que me ponga a escribir ahora! Hace dos días que me es imposible escribir una línea en la oficina. En cuanto lo intento, ya tiene usted que empieza a dolerme el ojo izquierdo, así como el cuello. Debe de haberme dado un aire. ¡Qué perezoso es usted, Ilia Illich! ¡Está usted irremisiblemente perdido!

—¡Ojalá llegara pronto Andrei! —suspiró Oblomov desalentado—. Él sí que lo arreglaría todo.

—¡Vaya ayuda! —exclamó Tarantiev—. ¡Un alemán sin el menor escrúpulo!

—¡Cuidado, Mijei Andreich! —dijo Oblomov con acento severo—. Le suplico a usted que tenga mucho cuidado con lo que dice al hablar de mis amigos íntimos.

—¡Íntimos! —murmuró Tarantiev con entonación despreciativa—. ¡Pero si

ese hombre no tiene nada que ver con usted! ¡Es alemán!

—Los dos crecimos y estudiamos juntos, y no le permito a usted que hable de él en ese tono impertinente que lo hace... Tarantiev enrojeció de cólera.

—¡Si es que le prefiere usted a mí, jamás volveré a poner los pies en esta casa! —vociferó.

Otra vez se puso el sombrero y se dirigió a la puerta. Oblomov se apaciguó instantáneamente.

—Me he limitado a pedirle a usted que hablara de él con más cuidado y respeto. No me parece que sea pedir mucho —dijo.

—¿Respeto para un alemán me pide usted? —exclamó Tarantiev con el más profundo desprecio—. ¿Por qué razón he de respetarle?

—Ya le he dicho a usted que nos criamos y estudiamos juntos.

—Eso no quiere decir nada. Hay mucha gente que ha ido a la misma escuela.

—Y estoy seguro de que si se hubiera encontrado aquí en ese momento, me habría solucionado mis problemas sin exigirme cerveza ni champaña —murmuró Oblomov.

—¡Ah, vamos! Eso es lo que le duele a usted, ¿eh? ¡Al diablo su cerveza y su champaña! ¡Tome, aquí tiene su dinero! ¿Dónde lo habré guardado? ¿Qué demonios he hecho de él?

Tarantiev sacó un papel lleno de grasa en el que había algo escrito.

—¡No es esto! —masculló—. ¿Dónde me habré metido el dinero?

Y continuó buscando en sus bolsillos.

—No se preocupe usted —dijo Oblomov—. No le reprocho nada. Me he limitado a rogarle que hablara con más miramiento y ponderación de un hombre que me ha prestado muchos y grandes favores...

—¡Muchos y grandes favores! —repitió Tarantiev con acento irónico—. Y los que le hará aún...

—¿Por qué dice usted eso?

—No tardará usted en saber cuáles son las consecuencias de haber abandonado a un ruso como yo por un simple vagabundo...

—¡Oiga usted, Mijei Andreich!... —empezó Oblomov.

—¡No tengo nada que oír! ¡Ya he oído bastante! Con esto me basta. ¡Sólo Dios sabe los insultos que he tenido que soportar! En Alemania su padre no

tendría un mendrugo que llevarse a la boca, y ahora él tratará de dárselas aquí de señor...

—¿Por qué no hace usted el favor de dejar en paz a los muertos? ¿Qué tiene usted que decir de su padre?

—De los dos, del padre y del hijo —afirmó Tarantiev haciendo un vago ademán con la mano—. No en vano mi padre me previno siempre contra los alemanes. Y le aseguro a usted que él conocía muy bien a la gente de su época...

—Pero, por favor, Tarantiev, se lo suplico, dígame usted de qué acusa al padre de Stolz —demandó Oblomov.

—Le acuso de haber llegado a nuestra patria sin nada que ponerse encima y de haber dejado al morir una herencia a su hijo. ¿Cómo lo explica usted?

—A su hijo le dejó tan sólo unos cuarenta mil rublos. Parte de ellos constituían la dote de su esposa, el resto lo reunió dando lecciones y administrando una propiedad, por lo cual recibía un buen sueldo... Ya puede usted ver que el pobre hombre no hizo nada malo. En cuanto al hijo, ¿qué tiene usted que decir, de él?

—¡Otro bribón como su padre! El hijo consiguió convertir en poco tiempo los cuarenta mil rublos del padre en trescientos mil y luego se hizo nombrar consejero de la corte... ¡Y ahora se encuentra de viaje! ¡Es un vagabundo! ¿Hubiera hecho esas cosas un verdadero ruso? Un ruso hubiese entrado en una oficina para ocupar un empleo, y habría seguido trabajando allí sin prisas, de un modo apacible y tranquilo, sin moverse. Él, en cambio, ya lo ve usted, se ha enriquecido en cuatro días. Me parece muy sospechoso, y en mi concepto, tendrían que pedírsele cuentas. Además, ¿por que ha de asomar la nariz al extranjero?

—Le gusta ver cosas nuevas y aprender.

—¿Aprender? ¿Es que no ha aprendido aún bastante? Todo eso es una añagaza, no lo dude usted. Le está engañando a usted, del mismo modo que le engaña su administrador. ¿Desde cuándo un consejero de la Corte necesita aprender algo? Usted fue a la escuela en su niñez y primera juventud, ¿no es cierto? Pero ahora ya no estudia nada. Y ese tipo tampoco —añadió señalando a Alexeiev—. Ni tampoco su cochino pariente ni nadie que sea de veras una persona honrada. ¿Es que ha ido a alguna escuela de Alemania? ¡Ni pensarlo! He oído decir por ahí que anda buscando una máquina. Me figuro que será para acuñar moneda falsa... Querido Oblomov, soy de opinión que el alemán ese debería encontrarse en la cárcel.

Oblomov se echó a reír de buena gana.

—¿De qué se ríe usted, si puede saberse? ¿Es que no me cree? ¿Es que pone en duda mis palabras? —preguntó Tarantiev.

—No hablemos más de eso —repuso Oblomov—. Vaya usted a hacer lo que tiene que hacer, y yo me quedaré aquí escribiendo esas cartas con ayuda de Iván Alexeich. De paso trataré de dar los últimos retoques al plan de reforma de mis propiedades.

Tarantiev salió, pero regresó a los pocos instantes.

—¡Me había olvidado! Vine precisamente para pedírselo —empezó dulcificando el tono de su voz—. Estoy invitado a una boda. Mañana se casa Rokotov, y tiene usted que prestarme su levita, pues la mía está un poco sucia...

—¡Pero si no le sentará bien! —contestó Oblomov frunciendo el ceño ante aquella nueva petición de su amigo.

—¿Cómo que no? —exclamó Tarantiev—. ¿Recuerda usted que el otro día me prestó su chaleco y que éste me sentaba como si estuviera hecho para mí? ¡Zajar, Zajar! ¡Ven inmediatamente, estúpido!

Zajar gruñó como un oso despertado de su sueño, pero no acudió a la llamada.

—Llámele usted, Ilia Illich. ¡Qué criado más desobediente tiene! —dijo Tarantiev en tono de lamentación.

—¡Zajar! —llamó Oblomov.

—¡El diablo se lo lleve! —se oyó decir a través del tabique, seguido del habitual salto desde la estufa.

—Bueno, ¿qué quiere usted? —preguntó Zajar encarándose con Tarantiev.

—Trae la levita —ordenó Ilia Illich—. Mijei Andreich tiene que probársela para ver si le sienta bien. Mañana está invitado a una boda.

—No —repuso Zajar decidido.

—¿Qué significa esa desobediencia a las órdenes de tu amo? —masculló Tarantiev—. Ilia Illich, tendrá usted que enviar a este desobediente a un correccional.

—No me gustaría hacerlo. Vamos, Zajar, obedece de una vez. No seas testarudo.

—No quiero obedecer —replicó Zajar con obstinación—. Que primero devuelva el chaleco y la camisa que le prestamos hace cinco meses. Nos los pidió porque, según dijo, tenía que ir a una fiesta, y ya no los hemos vuelto a ver. Ahora

no quiero dejarle la levita.

—¡Dios santo! —exclamó Tarantiev de veras enojado y disponiéndose a salir—. Alquilaré el piso para usted, Ilia Illich.

—Como quiera usted —repuso Oblomov impaciente.

—Y no deje de escribir esas cartas —añadió Tarantiev—. Sobre todo, no se olvide de decir al gobernador que tiene doce hijos «pequeños», y haga porque la sopa esté en la mesa a las cinco en punto. ¿Por qué no ha encargado usted un pastel?

Pero Oblomov no respondió. Ni siquiera le había oído. El joven, con los ojos cerrados, parecía reflexionar.

Cuando Tarantiev estuvo fuera, en la estancia se hizo un silencio que duró más de diez minutos. Oblomov se sentía inquieto y preocupado por la carta del administrador, por la perspectiva de tener que cambiar de domicilio y por los gritos y exabruptos de Tarantiev. Al cabo exhaló un suspiro.

—¿No escribe usted esas cartas? —preguntó Alexeiev con voz suave—. Ahora mismo le buscaré una pluma.

—Gracias. Pero le ruego que haga el favor de dejarme —murmuró Oblomov—. Prefiero trabajar a solas. Luego, después de comer, usted podrá copiarlas.

—Conforme —contestó Alexeiev—. No quiero molestarle...

Voy a ver a esa gente para decirles que no le esperen a usted para ir a Ekaterinhof. Hasta ahora, Ilia Illich.

Pero Oblomov no le escuchaba ya. Con las piernas encogidas y la cabeza inclinada sobre el pecho, parecía estar sumido en sus pensamientos, o quizá se había dormido.

V

ILIA Illich Oblomov, noble de nacimiento y secretario de profesión, habitaba en San Petersburgo desde hacía doce años. En los primeros tiempos, cuando aún vivían sus padres, alquiló un alojamiento de dos habitaciones, no teniendo otro criado que Zajar, que había traído consigo del pueblo. Pero al morir sus padres se convirtió en heredero universal de trescientos cincuenta siervos, en una provincia limítrofe con Asia. A partir de entonces, en vez de cinco mil rublos, empezó a recibir de siete a diez mil cada año, aumentando, en consecuencia, su tren de vida a tenor del aumento de su renta. Alquiló un piso más espacioso, contrató un cocinero y se compró una pareja de caballos. Aún era muy joven, y aunque en ningún momento se mostraba excesivamente activo, parecía desarrollar mucha mayor actividad que en el presente. Todavía trazaba planes para el futuro y esperaba algo del destino y de sí mismo. Estaba decidido a representar un buen papel en las esferas oficiales, que era precisamente lo que le había conducido a San Petersburgo. Asimismo deseaba figurar en sociedad. Y en el horizonte del porvenir, allí donde se pasa de la juventud a la madurez, le parecía entrever la felicidad de la vida del hogar y de la familia.

Pero fueron pasando los días y los años. El vello de sus mejillas se transformó en una fuerte barba, el cabello comenzó a caérsele, el fulgor de sus ojos se apagó, engordó de un modo notable, y cuando traspuso la raya de los treinta descubrió que no había avanzado un solo paso en la carrera que iniciara diez años antes.

De acuerdo con su opinión, la vida se dividía en dos partes. Una de ellas estaba destinada a trabajar y fastidiarse —para Oblomov ambas palabras eran sinónimas—, y la otra, a descansar y disfrutar apaciblemente de la vida. Por tal razón, el campo principal de sus actividades, el servicio del Gobierno, le proporcionó una desagradable sorpresa.

Nacido y criado en una provincia, entre los halagos, mimos y afectos de la familia y de los amigos, los primeros veinte años de su vida habían transcurrido entre mimos y caricias, y esto hizo que imaginara su futuro trabajo como una prolongación de la vida familiar, algo muy semejante a las anotaciones que su padre hacía perezosamente de cuando en cuando en el libro de caja. Suponía que los empleados de un mismo departamento ministerial formaban algo así como una especie de familia, estrechamente unida por los lazos de la amistad; que la obligación de acudir todos los días a la oficina no sería muy estricta, y que bastaría un poco de mal tiempo, una ligera jaqueca o la simple pereza para justificar la no

asistencia. ¡Qué desagradable y descorazonadora impresión recibió al comprobar que sólo un terremoto podía eximir a un empleado de acudir a la oficina! Mas, por desgracia, no se producían terremotos en San Petersburgo. Hasta las inundaciones eran muy poco frecuentes allí.

Oblomov comenzó a experimentar un verdadero tormento cuando ante su vista aparecieron papeles con las anotaciones de «Urgente», «Muy urgente», al propio tiempo que recibía órdenes de hacer informes y averiguaciones, de buscar papeles, de escribir en folios de una anchura descomunal, y a los que solían llamar, en plan de chunga, «notas». Y lo peor del caso era que todo el mundo trabajaba con un furor y un entusiasmo inexplicables. En cuanto daban remate a un asunto, inmediatamente emprendían otro y otro, sin que jamás llegaran al fin. Por dos veces tuvo que quedarse a trabajar de noche y a escribir unas cuantas «notas», siendo así que esperaba la visita de unos amigos. Pero todo esto le irritaba y le aburría en grado sumo. «¿Cuándo voy a comenzar a vivir?», decíase en tono de lamentación.

Tanto en su casa como en el pueblo había oído decir que los jefes de oficina eran como padres para los que estaban a sus órdenes, habiéndose forjado de ellos por este motivo una idea familiar y casera. Imaginaba a los jefes como una especie de padres cuyo único cuidado era premiarles cuando lo merecían, e incluso aunque no lo merecían, y proveer a todas sus necesidades prestándoles toda suerte de cuidados. Ilia Illich estaba convencido de que un superior debía interesarse por la salud de sus subordinados, preguntarles si habían dormido a pierna suelta, si les dolían los ojos o la cabeza. Sin embargo, ya el primer día de su estancia en la oficina recibió una amarga decepción. Cuando compareció el jefe se produjo una espantosa confusión. Todos los empleados se precipitaron hacia sus puestos, tratando de ofrecer el mejor aspecto posible. Como más tarde averiguó, esto era debido a que la mayor parte de los jefes interpretan la estupidez reflejada en los rostros de sus subordinados como signo de respeto y de celo en el trabajo.

De todas formas, Ilia Illich no tenía nada que temer de su superior, un hombre en extremo amable, que jamás había causado el menor perjuicio a un subordinado, que jamás había dirigido una palabra molesta a ninguno de sus empleados; que jamás alzaba la voz ni gritaba. En vez de dar órdenes, solicitaba favores. Pedía un favor tanto si se trataba de un trabajo que debía llevarse a cabo como si quería hablar con uno e imponer una sanción a otro. Jamás se comportó de una manera ruda con ninguno de sus subordinados, ni individual ni colectivamente. No obstante, todos sentían una sensación de inquietud y malestar cuando se encontraban ante él, respondiendo a sus preguntas con voz que no empleaban con otras personas. Ilia Illich comenzó a asustarse cuando vio entrar al jefe en la oficina y observó que todos perdían la voz y la sustituían por una especie

de abyecto falsete al responder a sus preguntas.

¡Dios sabe lo que hubiera sido de Oblomov de haber trabajado a las órdenes de un hombre más riguroso y exigente! Oblomov pudo permanecer en la oficina durante dos años y es muy probable que hubiese acabado por adaptarse a ella y conseguido incluso algún ascenso de no haberse producido un lamentable incidente que le obligó a abandonarla. En cierta ocasión remitió por error un importante documento a Arcángel en vez de a Astrakán. Se descubrió el error y se realizaron las pertinentes averiguaciones para descubrir al culpable.

Todos los empleados esperaban llenos de ansiedad el momento en que el jefe llamaría a Oblomov para preguntarle con acento frío «si era él quien había enviado aquel documento a Arcángel» y anhelaban escuchar la voz de Oblomov cuando le respondiera. Algunos eran de opinión de que quizá ni responderle podría. La atmósfera que se había ido formando en la oficina acabó por aterrorizar a Oblomov, no obstante saber que el jefe se limitaría a amonestarle ligeramente. Pero su conciencia personal era mucho más severa que cualquier reprimenda, y no aguardó más. Se marchó a su casa y envió a la oficina un certificado del médico.

Éste decía: «El que suscribe certifica que el secretario colegiado Ilia Oblomov se halla aquejado de dilatación del ventrículo izquierdo del corazón (*Hipertrophia coráis cum dilatatione eius ventriculi sinistri*) y de un dolor crónico en el hígado (*hepatitis*), que pueden amenazar la salud y la vida del paciente, y cuyos ataques son debidos a la obligación que tiene de asistir diariamente a la oficina. En consecuencia, para evitar la repetición e incluso la agravación de tales dolencias y ataques, considero necesario prohibir al señor Oblomov que acuda al trabajo, obligándole a abandonar cualquier actividad intelectual o física de la índole que sea».

Pero esto sólo era útil de momento, para salir del paso y salvar la situación. Tarde o temprano se curaría, y entonces tendría que volver a reintegrarse a su oficina y presentarse diariamente en ella. Tal posibilidad era superior a Oblomov, que ni corto ni perezoso decidió presentar su dimisión. De esta forma puso punto final a sus servicios al Estado.

En cuanto a su carrera social, fue bastante más afortunada, por lo menos al principio. Durante sus primeros años de estancia en San Petersburgo, sus serenas facciones se animaban con mayor frecuencia. En sus ojos brillaba una chispa de esperanza y de energía. Se sentía lleno de animación en compañía de la gente, se burlaba de ellos y soportaba las burlas de sus amigos. Pero esto había sucedido hacía mucho tiempo, en la edad en que uno cree ver a un amigo sincero en cada hombre, se enamora de todas las mujeres y está siempre dispuesto a ofrecerles su nombre y su corazón, cosa que algunos llegan a hacer, aunque más tarde se

arrepientan de su tontería. En aquellos luminosos tiempos también Oblomov recibió algunas miradas insinuantes de bellas mujeres, no escasas sonrisas rebosantes de promesas y hasta un par de besos robados, así como un sinnúmero de promesas de amistad capaces de arrancar lágrimas a cualquiera.

Pero jamás se dejó atrapar en las redes de ninguna mujer, tal vez porque presentía que convertirse en el esclavo de una beldad lleva aparejado una serie de inconvenientes y preocupaciones. Oblomov se limitaba a contemplar y admirar a las mujeres desde una prudente y respetable distancia. Sabía detenerse a tiempo, y todas sus relaciones con mujeres fueron siempre tan puras e inocentes como las de un colegial.

En especial, procuraba huir de las vírgenes pálidas, de ojos generalmente negros, en los que se reflejaban «días amargos y noches de insomnio»; vírgenes cuyas penas y alegrías nadie conoce con verdadera exactitud y que siempre están dispuestas a hacerle confidencias a un amigo y a arrojarse en sus brazos para llorar, luego de alzar los ojos al cielo y lamentarse de su aciago sino. Oblomov las evitaba abiertamente. Su alma permanecía pura y virgen. A lo que parece, se guardaba para el instante supremo en que encontraría el amor verdadero. Pero con el paso de los años dejó de esperar tan bello acontecimiento.

En el entretanto, Ilia Illich, fue apartándose de sus amistades. Al recibir la primera carta del administrador dándole malas noticias, despidió al cocinero y tomó a una mujer en su puesto. Luego vendió los caballos y se alejó de sus amigos.

Pocas cosas del mundo conseguían atraerle ahora, y cada día que transcurría sentíase más y más fuertemente ligado a su hogar.

Muy pronto le pareció en extremo incómodo andar vestido por casa, y cada día le daba mayor pereza comer fuera, a no ser con los amigos más íntimos, en cuyas casas podía quitarse libremente la corbata, desabrocharse el chaleco e incluso tumbarse un rato y descabezar un sueñecito. Tampoco le atraían las fiestas nocturnas; había que embutirse en la levita y afeitarse cada día. En una ocasión leyó, aunque no recordaba dónde, que el rocío matutino era bueno para la salud, en tanto que el nocturno era perjudicial. Esto fue causa de que le entrara un gran miedo a la humedad. Pese a todas estas rarezas, su amigo Stolz lograba arrancarle a veces de casa. Pero Stolz no se encontraba siempre en San Petersburgo y esto hacia que Oblomov se abandonara por completo a la soledad de su voluntaria reclusión. Sólo lograban que la abandonase los acontecimientos que se salían de la rutina diaria, aunque rara vez sucedía nada en su vida que no fuese vulgar y rutinario.

Con los años, empezó a apoderarse de Oblomov una especie de timidez

infantil, y como consecuencia de su falta de contacto con los acontecimientos exteriores, todo lo extraordinario le inspiraba un temor cerval.

No concedía la menor importancia ni le preocupaba el mal estado del techo de su alcoba, pues estaba acostumbrado a verlo todos los días; nunca se le ocurrió pensar que la atmósfera viciada y su vida sedentaria, y de reclusión, podían resultar a la larga mucho más perjudiciales para su salud que la humedad de la noche; y que su forma de vida era una especie de suicidio lento. En suma, se había habituado a vivir de aquel modo y no le daba miedo alguno. Había perdido la costumbre de moverse, de vivir, de ver gente. La parecía que se ahogaba en medio de la multitud; si tenía que embarcarse, temía a cada momento no poder alcanzar la orilla opuesta; si iba en coche, lo hacía con la angustia de que se desbocasen los caballos y el vehículo se estrellara. En ocasiones era víctima de ataques de terror nervioso y tenía alucinaciones; le producía miedo el silencio que le rodeaba y un escalofrío recorría todo su cuerpo. Entonces se refugiaba en un rincón del cuarto en busca de protección, o se echaba a temblar como un azogado.

De esta forma concluyó su vida de sociedad. Con un simple ademán de su mano se despidió de todos los sueños y esperanzas juveniles alimentados en otro tiempo y de los tiernos y ardientes recuerdos que hacen latir el corazón de muchos seres humanos incluso en las postrimerías de sus vidas.

VI

¿EN qué empleaba su tiempo? ¿En la lectura? ¿Escribiendo? ¿Dedicado al estudio? Si por azar caía en sus manos un libro o un periódico, los leía. Si alguien le hablaba de una obra interesante, trataba de procurársela, la pedía, y si el librero no tardaba mucho en remitírsela, empezaba a leerla en cuanto llegaba a sus manos, formándose entonces una ligera idea de su contenido. Un poco más de esfuerzo, y hubiera logrado formarse una cabal idea de ella. Pero no tardaba en abandonarla, y entonces permanecía tumbado, contemplando el techo con expresión extática e indiferente. Le era cien veces más fácil desalentarse que sentir entusiasmo; jamás volvía a coger un libro que hubiera dejado a la mitad. No obstante, había recibido la misma educación que muchas personas de su rango social y económico. Asistió a la escuela hasta los quince años y, más tarde, tras de profundas deliberaciones, sus padres le enviaron a Moscú para que prosiguiera sus estudios hasta el final.

Su carácter apocado y apático impidió que demostrara abiertamente a los extraños, en la escuela, su pereza y su manera de ser caprichosa, pues en estos lugares no se hacían excepciones en favor de los muchachos excesivamente consentidos. El joven tenía que permanecer sentado en su sitio, con la mayor formalidad y prestar atención a los profesores. No tenía otra alternativa, y Oblomov fue aprendiendo las lecciones, aunque con suma dificultad y esfuerzo.

Jamás se le ocurrió pasar más allá de la línea que el profesor señalaba con su uña al indicar la lección; jamás hizo la menor pregunta ni pidió que se le explicara nada. Se daba por satisfecho con lo que decía el libro, no demostrando el menor interés por saber algo más, aunque no acabara de comprender todo lo que leía o escuchaba. Cuando lograba hacerse con un libro de estadística, historia o economía política se sentía plenamente feliz. Por el contrario, si su amigo Stolz le llevaba otros libros para que los leyera, Oblomov solía mirarle en silencio con expresión de reproche: «¡Tú también contra mí, Bruto!», exclamaba acompañando sus palabras con un suspiro mientras abría los libros. Aquel afán de lectura le parecía morboso y antinatural.

«¿Qué utilidad tienen estos libros, en los que tanto tiempo, papel y tinta se ha gastado? ¿De qué me sirven a mí los seis o siete años de reclusión, castigos, disciplina, durante los que me he matado estudiando, privándome de correr y de trotar, de jugar y de divertirme, si aún tengo que continuar estudiando? ¿Cuándo viviré entonces? —se preguntaba el joven—. ¿Cuándo utilizaré al fin mis conocimientos, la mayor parte de los cuales no sirven de nada en la vida? Por ejemplo, de qué me serviría en Oblomovka la economía política, el álgebra o la

geometría?»

La lectura de la historia le descorazonaba y producíale una verdadera desazón. En ella podía verse que en tiempos de calamidades los hombres eran desgraciados; que luego reunían sus fuerzas y se ponían a trabajar y sufrían con la vista puesta en un futuro mejor. Éste llegaba al fin, pero cuando se creía que ya todo estaba resuelto, el cielo tornaba a nublarse, la estructura levantada poco antes se venía abajo estrepitosamente y la humanidad tenía que lanzarse de nuevo a la tarea y luchar... La felicidad no es duradera, se evapora y la vida continúa fluyendo. Todo pasa y se desconoce una y otra vez a lo largo del tiempo.

Las lecturas profundas le fatigaban. Los filósofos no lograron despertar en él la afición por la especulación pura. Por el contrario, los poetas le conmovieron desde el primer instante. La edad dichosa, que para todos llega y que a todos sonríe, apareció también para él; esa divina edad en que el ser humano rebosa de energías y esperanzas y en la que el hombre se siente impulsado hacia los caminos de la bondad y del trabajo y despierta en él el deseo de dejar sus propias huellas en el mundo; cuando el corazón late más de prisa y el pulso se acelera; la edad de los discursos entusiastas, de la emoción y de las lágrimas de felicidad. Su corazón y su inteligencia parecieron iluminados por un ardiente resplandor; se olvidó de su pereza innata y sintió la imperiosa necesidad de actuar y de moverse.

Stolz ayudó a prolongar esta etapa todo cuanto le permitió el carácter de Oblomov. Aprovechando su entusiasmo por la poesía, durante dieciocho meses consiguió mantener en él el interés y la curiosidad por las cosas del espíritu. Se valió del amplio vuelo de los años de juventud de su amigo para enseñarle a buscar algo más valioso que el sencillo goce de la poesía y fijó algunas metas ambiciosas para la vida de Oblomov y para la suya propia, que obligaba a ambos a pensar con afán en el futuro. Juntos se emocionaron, juntos derramaron lágrimas y juntos se hicieron solemnes promesas de caminar siempre y sin desmayo por los senderos de la luz y de la razón. El ardor juvenil de Stolz se contagió a Oblomov, quien sintió verdaderos deseos de trabajar y esforzarse, consagrándose a una tarea elevada y distante.

Pero las flores de la vida suelen marchitarse a veces sin dar el menor fruto. Oblomov fue perdiendo aliento poco a poco. De cuando en cuando, instigado por Stolz, leía algún que otro libro, pero sin prisas ni excesivo interés, limitándose a seguir las líneas con la vista. Sin embargo, por muy interesante que fuera el pasaje que leía, cuando llegaba el momento de acostarse o de comer, dejaba el libro boca abajo, y tomaba asiento ante la mesa o bien apagaba la vela para dormir. Si alguien le prestaba el primer tomo de una obra cualquiera, una vez concluida su lectura no pedía el segundo, pero si se lo llevaban, lo leía con idéntica indiferencia que el

primero. Con el transcurso de los años le pareció demasiado incluso el primer volumen, y se pasaba la mayor parte del tiempo con los codos sobre la mesa y la cabeza apoyada en las manos o bien sobre el libro que Stolz le había recomendado con tanto interés.

De este modo acabó la carrera de Oblomov como estudiante. El día que asistió a la última clase quedó fijado para siempre el límite del cual jamás debía pasar. La firma del director estampada en su certificado, al igual que la señal de la uña del maestro en la escuela, señaló la línea más allá de la cual nuestro héroe consideró que era inútil seguir haciendo acopio de conocimientos. Su cerebro era un confuso archivo de fechas, de nombres, de personajes, de épocas, de religiones, de matemáticas, de problemas y cuestiones. En resumen, una especie de biblioteca compuesta tan sólo por volúmenes dispersos.

Aquellos años de estudios ejercieron un curioso efecto sobre Ilia Illich Oblomov. Entre estos años y la vida se abrió para él un profundo bache, bache que jamás se le ocurrió transponer. A su juicio, estudiar era una cosa, y vivir otra muy distinta. Había estudiado las leyes vigentes y las caducadas, e incluso jurisprudencia práctica. Pero cuando tenía que escribir a la policía para denunciar un robo cometido en su casa, empezaba vacilando y acababa por llamar a su abogado. Las cuentas de sus propiedades tenía que llevarlas el administrador. «Pero ¿de qué sirve todo lo que he estudiado?», se preguntaba a veces.

Se recluyó sin poseer un caudal de conocimientos capaces de imprimir una determinada dirección a sus imprecisos y soñadores pensamientos. ¿En qué pasaba el tiempo, pues? Sencillamente, resiguiendo el patrón que había sido utilizado para dibujar su vida. En esto, y no sin motivo, descubría una ubérrima cosecha de ciencia y de poesía que le procuraba un inagotable trabajo, aparte de la lectura de algunos libros. Tras de retirarse de la vida de sociedad y de abandonar la oficina, comenzó a buscar un nuevo sentido a su vida. Pensó y pensó en cuál podría ser su destino, hasta que al cabo llegó a la conclusión de que era suficiente con que se dedicara a vivir su propia vida. Comprendió que su destino y felicidad estaban en la vida lugareña y en el cuidado de sus propiedades. Pese a esto, jamás se interesó de veras por sus asuntos. Stolz era el que tenía que cuidar de ellos. Oblomov desconocía por completo cuáles eran sus rentas y sus gastos y nunca se le ocurrió hacer el más simple presupuesto. En conclusión, jamás hizo nada.

El padre de Oblomov legó a su hijo la hacienda patrimonial en el mismo estado que el la recibió de su propio padre. El hombre vivió toda su vida en el campo sin hacer nada para incrementar el rendimiento de las tierras ni implantar nuevos sistemas y métodos de cultivo. Todo siguió realizándose de igual forma que en los tiempos del abuelo, tanto la siembra como la venta de los productos

cosechados. El viejo Oblomov saltaba de alegría si gracias a la buena cosecha o a una elevación de precios, los ingresos de un año superaban a los del anterior, que el hombre atribuía a una especial bendición de Dios. No le gustaba cambiar de forma de ganar dinero. «Si Dios quiere —solía decir—, tendremos bastante para comer.»

Ilia Illich era idéntico a su padre y su abuelo. Él había estudiado y vivido en la ciudad y por estas razones, tenía otras ideas. No se le escapaba que, si la propiedad es un robo, el deber de todo ciudadano consciente era el de aumentar el bienestar común por medio de su propio trabajo. Por este motivo, buena parte del patrón de vida que había elegido consistía en la confección de un nuevo plan de organización y administración de su propiedad, en el que se incluía un nuevo trato a los campesinos, de acuerdo con las necesidades del momento. Las partes esenciales de este plan estaban en su imaginación desde hacía bastante tiempo; pero sólo faltaban los detalles, los cálculos, los números.

Llevaba varios años pensando sin cesar en el plan, mientras yacía tumbado o paseaba, en casa o en la calle; redondeaba o modificaba algunos extremos, o bien intentaba recordar lo que había pensado el día anterior y olvidado en el curso de la noche. De cuando en cuando, una nueva idea iluminaba su mente y le infundía un deseo de actividad. No era un simple intérprete de las ideas de otros hombres; él creaba y realizaba las suyas propias. En cuanto se levantaba de la cama y había tomado el desayuno, se tumbaba en el sofá, con la cabeza apoyada en una mano, y allí reflexionaba, sin descanso, hasta que su cabeza se negaba a proseguir y su conciencia le decía:. «Hoy ya has hecho bastante por el bien común, Ilia Illich».

En cuanto dejaba de «trabajar», Oblomov se complacía en sumergirse en su interior y vivir en el exclusivo mundo de sus sueños. Entonces se dejaba llevar por sus pensamientos elevados y caritativos. En ocasiones sentía una verdadera tristeza y amargura al reflexionar sobre los grandes sufrimientos de la Humanidad. Otras veces experimentaba una secreta y vaga angustia, como si le acuciara un vivo anhelo de algo distante, de aquel mundo al que solía conducirle quiera que no su amigo Stolz. En tales instantes algunas suaves lágrimas afluían a sus ojos... En otros, se despertaba en él un profundo desprecio hacia los vicios humanos y le consumía el deseo de denunciar a los malvados; su excitación entonces le obligaba a cambiar de posición dos o tres veces cada minuto. Llegaba al extremo de sentarse en el lecho con los ojos relampagueantes... a punto de lanzarse a la acción... Pero de improviso todo se venía abajo; las exhaustas energías del joven requerían un descanso, la sangre reanudaba el curso normal en el interior de las venas. Pensativo, Oblomov volvía a acostarse de nuevo, clavaba su mirada en la ventana, contemplaba la majestuosa puesta del sol detrás de una casa de cuatro pisos... ¡Cuántas veces había presenciado aquel soberbio espectáculo!

A la mañana siguiente tornaba la excitación, la vida, el ensueño. Oblomov se complacía en imaginarse a sí mismo como a un conquistador invencible a quien ni Napoleón ni Eruslan Lazarevich eran capaces de derrotar; imaginaba una guerra y una causa de ella, por ejemplo, la invasión de Europa por los pueblos africanos; o bien, una nueva cruzada en la que él regía los destinos de las naciones, arrasaba ciudades, perdonaba o imponía castigos, cumpliendo maravillosos actos de virtud y magnanimidad. En otras ocasiones prefería representar el papel de un pensador o de un artista; el mundo entero le admiraba y le cubría de laureles, las multitudes corrían tras él gritando: «¡Mirad, mirad, por ahí viene Oblomov, nuestro gran Ilia Illich!»

Pero en los instantes de amargura se veía atormentado por las preocupaciones e inquietudes, se movía de un lado para otro, se arrojaba en la cama boca abajo, deprimido. Más tarde saltaba del lecho, se hincaba de rodillas y comenzaba a rezar con gran fervor a la Providencia, suplicando que alejase de él aquella tormenta. Al fin, luego de haber endosado el cuidado de su persona a la Providencia, recuperaba la serenidad perdida y se sentía indiferente a todo, sin que ya le preocupara la tormenta que le amenazaba poco antes.

De esta forma empleaba sus fuerzas espirituales, viviendo con frecuencia todo un día presa de la mayor emoción. Entonces no recobraba la paz y la serenidad hasta que el sol se ponía detrás de la casa de cuatro pisos.

Nadie consiguió conocer jamás la vida espiritual de Oblomov. Eran muchos los que opinaban que carecía de ella; que se limitaba a permanecer tumbado en la cama atracándose de apetitosos manjares. Nadie esperaba nada de él; gozaba fama de poseer una mente en extremo débil y de ser incapaz de coordinar sus ideas. Tan sólo Stolz, que le conocía a fondo, podía dar testimonio de sus cualidades, de la volcánica intensidad de sus pensamientos, de la ternura que albergaba en su corazón. Pero Stolz vivía poco tiempo en San Petersburgo. También Zajar le conocía bien, pero opinaba que su amo, al igual que él, vivían una vida completamente normal y que no había razón alguna para variarla en ningún sentido.

VII

ZAJAR, el criado de Oblomov, pasaba de los cincuenta. No era un descendiente de aquellos *kalebs* rusos que representaban una especie de nobleza dentro de la servidumbre, caballeros sin tacha ni miedo, que sentían una abnegada devoción hacia sus amos y que poseían todas las virtudes y ningún vicio.

Por el contrario, Zajar era un caballero con tacha y con miedo. Pertenecía a dos épocas distintas, y ambas habían impreso en él sus huellas. De la primera heredó una gran admiración y respeto por la familia Oblomov; de la última, unas costumbres corrompidas y en extremo vulgares. Aunque sentía una profunda devoción por su amo, no dejaba pasar día sin soltarle un embuste u otro. Los antiguos criados se esforzaban en que sus amos no fueran derrochadores ni viciosos. En cambio, a Zajar le producía un vivo goce poderse beber unas copas con sus amigos a costa de su amo. Los criados de otro tiempo eran castos como eunucos; Zajar, en cambio, visitaba con harta frecuencia a una amiga de moral más que dudosa. Los antiguos criados defendían con tesón el dinero de sus amos, mientras que Zajar procuraba sisar a su amo diez *kopeks* en la compra, e inevitablemente se apoderaba de toda la calderilla que Ilia Illich se dejaba sobre la mesa, y si éste no le reclamaba los cambios, a Zajar jamás se le ocurría devolvérselos.

Zajar no robaba grandes sumas de dinero, quizá porque con unos cuantos *kopeks* tenía suficiente para atender a sus necesidades, o tal vez por el gran afecto que sentía hacia su amo. Esto no quiere decir ni mucho menos que fuera escrupuloso en demasía. Un *kaleb* de los pasados tiempos, al igual que un perro bien amaestrado, se hubiera dejado morir de inanición antes de osar tocar un plato que no le correspondía. Zajar, por el contrario, siempre estaba esperando la oportunidad de poder comerse o beberse algo que le hubieran indicado expresamente que no debía tocar. El criado antiguo se sentía preocupado si su amo no tenía apetito. Zajar experimentaba un verdadero disgusto cuando Ilia Illich se comía todo lo que le habían servido.

Aparte de esto, Zajar era charlatán y chismoso. Tanto en la cocina como en la puerta de la calle no cesaba de lamentarse de su mala suerte, de la desgraciada vida que llevaba, añadiendo que no creía que en el mundo entero hubiera un amo peor que el suyo; qué Oblomov era un hombre caprichoso y de carácter violento, y que preferiría morir a seguir viviendo de aquel modo. Pero Zajar no decía todas estas cosas por maldad ni con deseos de injuriar a Oblomov, sino simplemente, porque había heredado de su padre y de su abuelo el hábito de insultar a su amo.

En ocasiones no tenía inconveniente en inventar infundios sobre su amo, pero lo hacía con el deseo de divertirse o de despertar el interés de sus oyentes. «Ayer estuvo a ver a la viuda —decía— y hoy le ha escrito una carta», murmuraba confidencialmente. O bien aseguraba que su amo era un borracho empedernido y un jugador que se pasaba las noches enteras bebiendo y jugando a las cartas. En todo esto no había ni una sola palabra de verdad: Ilia Illich jamás había ido a visitar a ninguna viuda, jamás tocó un naipe, y se pasaba las noches durmiendo a pierna suelta como un bendito.

Zajar, por otra parte, era extremadamente sucio. Sólo se lavaba de cuando en cuando, y el día que se decidía a hacerlo no se notaba la diferencia, pues el jabón era insuficiente para arrancar la costra de suciedad pegada a su piel. Cuando iba a un baño público sus manos se mantenían rojas durante un par o tres de horas para volver a ennegrecerse poco después.

Además, era de una torpeza inaudita. Cuando quería entrar por una puerta, se le cerraba una hoja mientras empujaba la otra, y cuando abría la segunda se le cerraba la primera. Tenía que agacharse dos o tres veces para recoger del suelo un pañuelo caído e incluso luego, con él ya en la mano, volvía a caérsele. Si llevaba en la mano una bandeja llena de cosas, al primer paso empezaba ya a deslizarse hacia el precipicio la que estaba más próxima al borde. Al ver que se le iba a caer uno de los objetos, intentaba detenerlo, pero con ello no conseguía otra cosa que se le cayeran dos más. Y mientras contemplaba lleno de asombro todo lo que había en el suelo, dejaba caer el resto de la bandeja. Siempre andaba tropezando con los muebles y las puertas, por lo que maldecía al carpintero que se los había construido a su amo.

Casi todos los objetos un poco delicados que había en la habitación de Oblomov estaban rotos o habían sido estropeados de una forma u otra por Zajar. Todo lo trataba de idéntica manera, sin hacer distingos. Para despabilar una vela o para llenar un vaso de agua empleaba la misma energía que para abrir la verja del jardín. Pero cuando se apoderaba de él la furia de limpiarlo todo rápidamente, entonces sí era para echarse a temblar. Un soldado de un ejército invasor que hubiera entrado a saco en la casa no hubiera causado tantos estropicios como era capaz de causar Zajar.

Por suerte, eran muy contadas las ocasiones que se sentía animado por un afán tal de actividad. Hacía tiempo que se había fijado unos límites para su trabajo y por nada ni por nadie los sobrepasaba. A primera hora de la mañana preparaba el samovar, limpiaba las botas y el traje de Oblomov —jamás los que debía ponerse aquel día— y luego barría, aunque no diariamente, el centro de la habitación y trataba de quitar el polvo de la mesa sin tocar las cosas que había encima de ella,

siempre pensando en no trabajar demasiado. Y cuando creía que ya tenía merecido un descanso, se acercaba a la estufa, o se iba a charlar con Anisia en la cocina o bien con los demás criados de la casa en la puerta de la calle.

Si se le ordenaba que hiciera algo más, lo hacía, sí, pero con verdadera repugnancia, y luego de haber intentado demostrar con una serie de argumentos que lo que se le mandaba era completamente inútil y, por ende, imposible de realizar. Y no había modo de hacerle aceptar una nueva obligación que añadir a las que él ya había aceptado como propias desde el principio.

Pese a que Zajar era gran aficionado al alcohol y a la chismografía, de que se quedaba con la calderilla de su amo, de que lo rompía todo y de que trabajaba sin entusiasmo alguno, quería de veras a Oblomov. Se hubiera arrojado a una hoguera o al agua sin pararse a reflexionar un segundo, de un modo instintivo, como se lanza contra la fiera el perro del cazador, sin pensar en su amo, sino obedeciendo a su instinto. Mas, si la salud de Oblomov hubiera precisado que Zajar le velase toda una noche, al poco rato de comenzada la guardia es seguro que se hubiera quedado dormido.

Tampoco se mostraba servil con su amo; por el contrario, le trataba con acusada brusquedad y familiaridad, discutía y se peleaba con él e incluso —antes lo hemos dicho— le ofendía e injuriaba cuando estaba de palique con los otros criados en la puerta de la calle, sin que para él esto representara la menor contradicción con el afecto que profesaba, no sólo a la persona de Oblomov, sino a todo cuanto concernía a su familia. Es muy posible que en la escala de su aprecio por la familia Oblomov y por todo lo que a ella se refería, la persona de Ilia Illich se encontrase en último lugar, pero lo cierto era que Zajar quería a su amo. Le trataba de igual modo que un campesino trata a sus iconos. En un acceso de ira es capaz de arrojarlos al suelo y pisotearlos, pero no por ello deja de reconocer su superioridad. La más pequeña circunstancia bastaba para recordarle a Zajar la reverencia que debía a su amo. Entonces, unas lágrimas de emoción aparecían en sus ojos.

Zajar acostumbraba a mirar a los demás caballeros con acusado desdén. Atendía a los visitantes de su amo con una condescendencia que se trasparentaba en la forma que tenía de servirles el vino o de llenarles el plato, como si quisiera hacerles sentir el honor que su amo les dispensaba al recibirles en su casa y darles de comer. A veces les negaba la entrada sin el menor miramiento. «Está descansando», respondía mirándoles de arriba abajo con manifiesto desprecio. En otras ocasiones, en lugar de criticar a su amo, le prodigaba inmerecidas alabanzas en la tienda o en la puerta de la calle. Detallaba las virtudes de Oblomov, su inteligencia, su amabilidad, su excelente carácter, su generosidad. Si tenía que

enfrentarse con el portero, con el administrador de la casa o con el mismo propietario, decía siempre: «Se lo diré a mi señor, y ya veremos lo que sucede». Estaba convencido de que por encima de Ilia Illich no existía ninguna otra autoridad superior.

No obstante, lo dicho, las relaciones externas entre amo y criado siempre eran de franca hostilidad. El vivir tanto tiempo juntos había acabado por cansar a uno y otro. Ésta suele ser la consecuencia de la estrecha y prolongada convivencia de dos personas.

Zajar, que en su juventud se había encargado del cuidado y vigilancia del señorito, se habituó a considerarse a sí mismo como un lujo de la familia y no como a un criado obligado a trabajar. Por esta causa, cuando se vio precisado a servir a su amo, a barrer los suelos y a cuidar y a ordenarlo todo, se sintió humillado en lo más profundo de su corazón y su carácter se agrió.

No obstante, Zajar era un hombre de excelente corazón y le gustaba jugar con los niños, y con frecuencia podía vérsele en el patio de la casa rodeado por un enjambre de chiquillos, jugando alegremente con ellos.

Oblomov privaba a Zajar de vivir su propia vida llamándole o solicitando sus servicios sin cesar. El hombre hubiera querido visitar a su amiga con mayor frecuencia, o bien ir a la tienda o, en último extremo, bajar al portal para charlar con los otros criados de la casa. Pero no siempre le era posible.

El caso es que Oblomov y Zajar habían vivido siempre juntos. Zajar le había tenido en sus brazos cuando era niño, y Oblomov le recordaba como a un muchacho de carácter dulce y cariñoso que gozaba de un apetito asombroso. El antiguo lazo que les había unido antaño no era fácil de desatar. Oblomov no hubiera podido levantarse de la cama, acostarse en ella, cepillarse el cabello, ponerse los zapatos ni comer sin la ayuda de Zajar. Zajar, por su parte, no podía imaginarse a sí mismo sirviendo a otro amo ni tampoco le era posible soñar con otra clase de vida en la que no tuviera que vestir a Oblomov, acostarle, darle de comer, decirle mentiras, gruñirle, sin dejar, empero, de reverenciarle ni un solo instante.

VIII

CUANDO Zajar cerró la puerta tras de Tarantiev y Alexeiev, no corrió a sentarse de nuevo sobre la estufa, pues había oído que su amo deseaba escribir. Escuchó con la mayor atención y comprobó que el cuarto de Oblomov permanecía tan silencioso como una tumba. Luego miró por una rendija de la puerta y vio que Oblomov estaba echado, con la cabeza apoyada en una mano y un libro abierto junto a él. Zajar entonces abrió la puerta.

—¿Por qué ha vuelto el señor a acostarse? —preguntó.

—No me molestes. ¿No ves que estoy leyendo? —contestó Oblomov secamente.

—El señor tiene que lavarse y escribir unas cartas —repuso Zajar.

—Ya lo sé —replicó Ilia Illich—. Voy en seguida. Pero ahora déjame en paz.

Zajar, mientras se instalaba de nuevo sobre la estufa, se preguntó: «¿Cómo habrá podido acostarse de nuevo tan rápidamente?»

Oblomov leyó una página del libro, que se había tornado amarillenta durante el mes que había mantenido abierto el libro. Pero en seguida lo dejó y lanzando un largo bostezo, comenzó a cavilar sobre las «dos desgracias» que le acosaban en aquellos momentos.

«¡Qué pesadilla.», dijo suspirando, y tras de estirar las piernas, volvió a recogerlas inmediatamente.

Anhelaba entregarse a sus ensueños. Lanzó una mirada al cielo en busca del sol poniente, que tanto le gustaba contemplar, pero descubrió que aún se encontraba en lo alto de la bóveda celeste, iluminando con toda su magnificencia la blanca pared de la casa detrás de la cual solía ponerse todos los días. «No, antes tengo que trabajar», se dijo muy convencido.

La mañana tocaba a su fin. Procedente del patio de la casa llegaba hasta Oblomov un confuso rumor de voces; unos cómicos ambulantes cantaban, acompañados por los ladridos de un perro; alguien anunciaba la exhibición de un monstruo marino; otros pregonaban sus distintas mercancías con variados gritos y voces.

Ilia Illich seguía acostado y ahora colocó sus dos manos bajo la cabeza. Estaba reflexionando sobre su plan de administración de la finca. Examinó mentalmente varios puntos importantes a estudiar que tenían relación con los

censos que deberían pagar los campesinos y la extensión del terreno cultivable; meditó acerca de las medidas que deberían adoptarse contra los holgazanes y los desertores, y de este modo continuó ordenando a su manera la aldea de que era propietario; más tarde pasó a pensar en la casa que quería construirse en el campo; se recreó imaginando la distribución de las habitaciones, resolvió el emplazamiento del comedor y de la sala de billar; llegó al extremo de concretar cómo serían las alfombras; planeó las habitaciones para los invitados; las cuadras, los establos, el departamento de la servidumbre, *etc.*

Terminado con la casa, pasó al jardín; tenía que conservar los viejos limoneros y las encinas y talar los manzanos y los perales, a fin de plantar acacias en su lugar. Se preguntó si debería construir un verdadero parque, pero desistió de la idea, pues le pareció que sería excesivamente caro; entonces se dedicó a los parterres y al invernadero. La tentadora imagen del rendimiento que podría dar su propiedad acudió a su mente, y dando un salto pasó a soñar en un futuro en el que él viviría permanentemente en la finca y la administraría de acuerdo con sus planes.

Se vio a sí mismo medio adormilado ante el servicio de té, en el porche de la entrada de la casa, bajo un frondoso dosel de árboles, fumando lentamente una larga pipa y disfrutando de un soberbio panorama, de la serenidad del ambiente y del aire puro; los campos, lejanos, amarilleaban; el sol se ponía tras del bosque de abedules, difundiendo una rosada luz sobre la superficie del estanque, liso y transparente como un espejo. Un suave perfume venía de los campos; empezaba a refrescar, y los campesinos regresaban de sus tareas formando alegres grupos. Los criados permanecían sentados, ociosos, junto a la puerta, y hasta él llegaban rumores de voces y el sonido de una balalaika; un grupo de muchachas jugaban y retozaban persiguiéndose unas a otras; sus propios hijos le rodeaban, persiguiéndose, trepaban hasta sus rodillas, y le pasaban un brazo alrededor del cuello. Y ante el samovar se encontraba sentada la reina de todo aquello, la diosa, la esposa soñada.

Mientras tanto, había sido encendida la luz del comedor, amueblado con elegante sencillez; Zajar, transformado en un elegante mayordomo, con sus patillas completamente blancas ya, ponía el mantel y los cubiertos. Al fin todos se sentaban a cenar.

Stolz, el viejo amigo, se encontraba también con ellos, así como otros rostros familiares. Más tarde se iban todos a la cama...

El semblante de Oblomov reflejaba la inmensa felicidad que sentía en aquellos instantes. ¡Aquel sueño era tan vivido, tan poético! De súbito sintió un vago anhelo de amar, de ser dichoso, de volver a ver su tierra, de poseer un hogar,

una esposa, de tener hijos.

Durante unos minutos permaneció con el rostro enterrado en la almohada. Luego se volvió de nuevo para mirar al techo. Se sentía feliz...

De pronto, procedentes del patio, se oyeron cien voces distintas.

—¡Patatas!

—¡Arena, arena para vender!

—¡Carbón barato!

De la calle llegaron los ruidos de las obras que estaban haciéndose en la vecindad, así como el rumor del tránsito.

—¡Oh! —suspiró Ilia Illich con acento de contrariedad—. ¡Cuántos ruidos hay en la ciudad! ¿Cuándo me iré a vivir a la aldea?

Le hubiera gustado encontrarse ya tendido sobre la hierba, bajo un árbol, contemplando el sol a través de las ramas donde saltaban y jugaban los pajarillos. Una criada jovencita y de rosadas mejillas le traía la comida y bajaba los ojos ruborizada. ¿Cuándo llegaría el tiempo deseado...?

«Pero ¿y mis proyectos, y el administrador, y el piso?», recordó inesperadamente.

«Sí, sí, Ilia Illich —se dijo a continuación—. En seguida voy. Un minuto más.» Se incorporó en la cama, e inmediatamente saltó de ella, permaneciendo un par de minutos de pie, sin resolverse a tomar ninguna decisión.

—¡Zajar, Zajar! —gritó por último, mirando en dirección a la mesa donde se encontraba el tintero.

—¿Qué hay? —se oyó preguntar, seguido por el ruido del salto acostumbrado—. Los pies ya no pueden llevarme...

—¡Zajar! —repitió Ilia Illich pensativo, los ojos todavía fijos en la mesa—. Tengo que decirte una cosa, amigo mío... —comenzó, pero no terminó la frase y sumiéndose de nuevo en sus cavilaciones, suspiró—. ¿Quedó un poco de queso ayer? —preguntó lentamente—. Y... tráeme también un poco de Madeira. Comeremos más tarde. Mientras tanto, tomaré un tentempié...

—No quedó nada de queso —repuso Zajar.

—¡Vaya si quedó! —exclamó Oblomov—. Lo recuerdo bien. Un pedazo así...

—No quedó nada —repitió Zajar, obstinado.

—Pues yo te digo que sí quedó —insistió Ilia Illich.

—No quedó nada —repuso Zajar una vez más.

—Bueno, pues ve a comprar ahora.

—Déme dinero para ello.

—Aquí hay un cambio. Cógelo.

—Sólo hay un rublo y cuarenta *kopeks* y el queso cuesta un rublo sesenta.

—También había calderilla.

—Pues yo no la veo —contestó Zajar—. Había monedas de plata, y aquí siguen estando. Pero no veo nada de calderilla.

—Sí la había. Me la entregó el buhonero.

—Yo estaba presente cuando le devolvió la plata, pero no vi que le diera calderilla —dijo Zajar.

—¿No se la habrá llevado Tarantiev? —preguntó Oblomov—. Pero no es posible. Se habría llevado también la plata. Bien, ¿qué más sobró ayer?

—Nada en absoluto. Quizás un poco de jamón. Ahora se lo preguntaré a Anisia —añadió Zajar—. ¿Se lo traigo al señor?

—Trae lo que haya. Pero ¿por qué razón no sobró queso?

—Pues no sobró. Ya lo he dicho antes al señor —repitió Zajar y salió de la habitación.

Oblomov comenzó a pasear lentamente por la habitación.

«¡Cuánto trabajo! —se dijo ahora—. ¡Sólo la puesta en práctica del plan es suficiente para marear a cualquiera! Pero estoy seguro de que sobró algo de queso —añadió titubeando—. ¿Se lo habrá comido Zajar? ¿Y dónde demontres habrá ido a parar la calderilla?», concluyó empezando a buscar encima de la mesa.

Un cuarto de hora más tarde Zajar empujó la puerta abierta con una bandeja, tratando luego de cerrarla con el pie. Pero falló, y se le cayeron al suelo un vaso, la tapadera del bote y un panecillo.

—¡No puedes hacer nada sin que rompas alguna cosa! —exclamó Ilia Illich—. ¡Vamos, recógelo! ¡No te quedes ahí como un pasmarote contemplando tu hazaña!

Con la bandeja en la mano, Zajar intentó recoger lo que se le había caído, pero entonces cayó en cuenta de que tenía ambas manos ocupadas y que le era imposible hacerlo.

—¡Vamos, recógelo! —insistió Ilia Illich en tono de burla—. ¿Por qué no

haces lo que te digo? ¿Qué es lo que te lo impide?

—¡Al diablo con todo! —exclamó Zajar refiriéndose a lo que se encontraba en el suelo—. ¿A quién se le ocurre comer un bocadillo antes de comer?

Luego de dejar la bandeja en lugar seguro, se inclinó para recoger las cosas; sopló el vaso y lo colocó sobre la mesa.

Ilia Illich comenzó a comer. Mientras tanto, Zajar permanecía mirándole de reojo, indudablemente deseoso de decirle algo. Pero Oblomov continuaba comiendo sin apercibirse de nada, hasta que al fin el criado tosió para llamar la atención de su amo.

—El administrador de la casa ha enviado otro recado —empezó a decir Zajar tímidamente—. El contratista de obras ha ido a verle y pregunta si puede echar un vistazo al piso. Es con motivo de las obras, ¿comprende el señor?

Ilia Illich siguió comiendo en silencio.

—¡Ilia Illich! —dijo ahora Zajar levantando la voz.

Pero Oblomov fingió no haber oído.

—Dice que tendremos que mudarnos la semana próxima sin falta.

Oblomov se bebió un vaso de vino y no contestó.

—¿Qué haremos, Ilia Illich? —continuó Zajar.

—¡Te prohibí que me hablaras de eso! —exclamó Ilia Illich en tono severo.

Y, poniéndose en pie, se dirigió hacia su criado. Zajar se apartó prudentemente.

—¡Eres un verdadero criminal, Zajar! —añadió Oblomov con voz expresiva.

—¿Un criminal, Ilia Illich? ¡Yo no he matado a nadie!

—¡Estás envenenando mi vida!

—Pero que conste que no soy un criminal —insistió Zajar.

—¿Por qué has venido a molestarme con lo del piso?

—¿Qué puedo hacer yo?

—¿Y yo? ¿Qué crees tú que puedo hacer yo?

—El señor iba a escribir al propietario, ¿no es cierto, Ilia Illich?

—Sí, le escribiré. Pero todo no se puede hacer al mismo tiempo.

—Podría escribirle en este momento, si quiere hacerlo.

—¡Ahora! Ahora tengo otras cosas mucho más importantes en que pensar. Imaginas que todo es tan fácil como cortar leña. ¡Mira, mira, ni tan siquiera tenemos tinta en casa! —exclamó Oblomov introduciendo la pluma en el tintero—. ¿Cómo puedo escribir sin tinta?

—Voy a llenarlo de *kvas* —repuso Zajar, y cogiendo el tintero salió del cuarto, mientras Oblomov buscaba una hoja de papel.

—¡Tampoco hay papel! —exclamó Ilia Illich montando en cólera—. ¡Este Zajar! ¡Será mi ruina! ¡Te repito que eres un criminal! —exclamó cuando le vio entrar—. ¡No te preocupas de nada! ¡En toda la casa es imposible encontrar una hoja de papel de escribir!

Zajar sacó de un cajón media hoja de papel gris.

—No sirve —repuso Oblomov—. Es el que utilizo para cubrir el vaso de noche.

Zajar guardó silencio.

—Bien, dámelo. Luego Alexeiev lo copiará. Ilia Illich tomó asiento ante la mesa e inmediatamente empezó a escribir: *Muy señor mío...*

—¡Vaya una tinta! —exclamó—. ¡Otra vez procura ocuparte de las cosas mejor, Zajar!

Transcurrieron unos segundos y continuó escribiendo:

El piso en el cual habito, en el segundo rellano de la casa en la cual se propone usted realizar obras, es muy adecuado para mi manera de vivir y a los hábitos que he ido adquiriendo durante mi larga estancia en esta casa. Pero habiéndome enterado por mi criado Zajar Trofimich, de que usted le había dicho que el piso que yo ocupo...

Oblomov se detuvo y releyó lo escrito.

—¡Qué calamidad! —exclamó en voz alta—. He puesto dos veces «el cual» y luego tres «ques» seguidos.

Corrigió la redacción, pero entonces parecía que «el cual» hiciera referencia al piso en vez de a la casa. Trató de arreglarlo y suprimió uno de los «ques». Tachó la palabra, pero tuvo que volver a escribirla, haciéndolo hasta tres veces, siempre sin el menor éxito.

«No hay modo de solucionarlo —murmuró lleno de impaciencia—. ¡Maldita carta! Pero no quiero romperme la cabeza por una tontería como ésta. Al parecer, he perdido el hábito de escribir cartas de negocios. Pero veo que están a punto de dar las tres.»

—¡Zajar!

Oblomov rompió en cuatro pedazos el papel y lo arrojó al suelo.

—¿Ves esto? —preguntó.

—Sí —repuso el criado recogiendo del suelo los pedazos de papel.

—¡Eso quiere decir que no quiero que me molestes más con lo del piso! Bien, y ahora, ¿a qué me dedico?

—A repasar facturas.

—¡Tú quieres matarme a disgustos! ¿A cuánto ascienden?

—Sólo la factura del carnicero importa ya ochenta y seis rublos con cincuenta *kopeks*.

Ilia Illich, desesperado, juntó las manos.

—¿Es que te has vuelto loco? ¿Tanto dinero sólo para el carnicero?

—No subiría tanto si el señor no esperase tres meses para pagar. Todo está anotado en la factura. No creo que le roben.

—¡Eres un verdadero criminal! —vociferó Oblomov—. ¡Gastar tanto dinero en carne! ¡Si al menos te aprovechara para algo!

—¡Yo no me la he comido! —repuso Zajar en tono de protesta.

—Por supuesto.

—¿Y ahora me reprende por la comida? ¡Tome, aquí tiene! —repuso Zajar entregando un montón de facturas a Oblomov.

—¿A quién más hay que pagar? —inquirió Ilia Illich apartando con un ademán de asco los papeles grasientos.

—Debemos ciento veintiún rublos y dieciocho *kopeks* al panadero y al verdulero.

—¡Es mi ruina! ¡Esto pasa de castaño oscuro! —gritó Oblomov—. ¡Comes más verde que una vaca! ¿O es que, en efecto, eres una vaca?

—¡No, soy un criminal, ya lo sabe el señor! —contestó Zajar con ironía—. Si no permitiera usted que Mijei Andreich viniera a comer tan a menudo, no gastaría tanto dinero... —concluyó Zajar.

—Bien, vamos a ver. ¿A cuánto asciende el total de esas facturas? ¡Cuenta! —ordenó Oblomov a su criado, al mismo tiempo que empezaba a contar él.

Zajar empezó a sumar con los dedos.

—¡Dios sabe a cuánto ascenderá! Cada vez que sumo me sale una cantidad distinta —murmuró Oblomov—. ¿Cuántos te salen a ti? Doscientos, ¿no?

—Un momento, que aún no he terminado —contestó Zajar con los ojos cerrados, mientras seguía contando entre dientes— Ocho dieces y diez dieces son dieciocho más dos dieces...

—¡Así no concluirás jamás! —dijo Ilia Illich—. Es mejor que te largues. Ya miraremos las facturas mañana. Ve a buscar papel y tinta... ¡Dios mío, qué montón de dinero! Te he dicho más de cien veces que lo pagues todo al contado...

—Doscientos cinco rublos con setenta *kopeks* —exclamó al fin Zajar, dando remate a sus complicados cálculos—. Déme el dinero, ¿quiere?

—Inmediatamente. Pero no, será mejor que aguardes a mañana. Mañana repasaré la suma.

—Pero Ilia Illich, es que los tenderos me están reclamando el dinero...

—¡Vamos, por favor, lárgate ya! Te he dicho que mañana, y mañana te lo entregaré. Vete a tu cuarto, que he de trabajar. Ahora tengo cosas más importantes en que pensar que no en ese cochino dinero...

Ilia Illich se arrellanó en el sillón, pero aún no había tenido tiempo de sumirse en sus vagos ensueños cuando una vez más sonó la campanilla de la puerta.

Instantes después penetraba en la habitación un caballero de agradable aspecto, aunque de escasa estatura. Tenía las mejillas sonrosadas y una tupida orla de cabello negro rodeando su calva, monda y lironda como una bola de billar. En sus ojos había una expresión de reserva, de discreción en su sonrisa, y una especie de artificiosa dignidad en la atención con que trataba de observarlo todo. Lucía una magnífica levita de corte perfecto, y su nítida camisa parecía competir en esplendor con su reluciente y pelada cabeza. En el dedo índice de la mano derecha mostraba un grueso anillo con una piedra de color oscuro.

—¡Doctor! —exclamó Oblomov apresurándose a estrechar la mano del recién llegado y ofreciéndole una silla—. ¿A qué se debe el honor de su visita?

—Como goza usted de tan envidiable salud, jamás manda a buscarme, y por esta razón he decidido venir sin esperar a que me llamase usted —contestó el médico sonriendo—. No —añadió tornándose serio—. Lo cierto es que he venido a visitar a su vecino del piso de arriba y se me ha ocurrido entrar a saludarle.

—Muchas gracias. ¿Y cómo está mi vecino?

—Quizá dure tres o cuatro semanas o hasta la entrada del próximo otoño...

Pero está mal del pecho y todos sabemos de sobras cómo suelen acabar estas cosas. Y usted, amigo, ¿cómo anda?

Oblomov movió la cabeza con expresión afligida.

—Nada bien. Precisamente estaba pensando en si enviaba a buscarle a usted o no. Ignoro lo que pueda ser. Digiero mal, siento el estómago repleto, sufro de ahogos y ardores... —murmuró Oblomov compadeciéndose a sí mismo.

—Déme la mano —pidió el médico, que cerró los ojos mientras tomaba el pulso a Oblomov—. ¿Tose usted? —inquirió a continuación.

—Por las noches, sobre todo después de cenar.

—Y... ¿palpitaciones y dolor de cabeza?

El médico hizo unas cuantas preguntas más e inclinando la cabeza, meditó durante un tiempo. Al cabo de unos instantes se irguió y dijo con repentina decisión: —Si continúa usted viviendo en este ambiente dos o tres años más, siempre tumbado en la cama y atracándose de cosas fuertes, desde ahora le prevengo que morirá de apoplejía.

Oblomov se estremeció ante aquel fúnebre anuncio.

—Entonces, ¿qué he de hacer? ¡Déme un consejo, por el amor de Dios! —suplicó.

—Pues haga usted lo que los demás. Váyase al extranjero de viaje.

—¡Al extranjero! —exclamó Oblomov de veras sorprendido.

—¿Por qué no?

—¡Por todos los santos, doctor! ¡Eso es imposible!

—¿Por qué es imposible?

Oblomov miró en silencio a su alrededor, acabando por repetir de un modo mecánico: —¡Al extranjero!

—¿Qué se lo impide?

—Sencillamente, todo...

—¿Qué entiende usted por todo? ¿Es que no tiene dinero?

—Eso es. No tengo dinero —repuso Oblomov aliviado ante aquella inesperada excusa—. Vea usted lo que me escribe mi administrador... Pero, ¿dónde está la carta? ¿Qué habré hecho de ella? ¡Siempre se está perdiendo! ¡Zajar!

—Es igual, es igual —murmuró el médico—. Eso no me interesa. Pero mi obligación es decirle a usted que debe cambiar cuanto antes de manera de vivir, de

alojamiento, de aire y de ocupaciones. De todo, vamos.

—Bien, ya lo pensaré —repuso Oblomov—. ¿Dónde cree usted que debo ir y qué debo hacer allí?

—Vaya a Kissingen —empezó a decir el médico— y pásese allí los meses de junio y julio tomando las aguas. Luego vaya a Suiza o al Tirol, para seguir un tratamiento a base de uva. En estos lugares puede pasar usted los meses de agosto y septiembre...

—¡Al Tirol nada menos! —murmuró Ilia Illich con voz apenas perceptible.

—Luego váyase a un país seco, a Egipto, por ejemplo...

—¿Nada más? —preguntó Oblomov en tono de chanza.

—Evite las preocupaciones y los disgustos...

—Eso se dice muy fácilmente —exclamó Oblomov—. ¡Cómo se ve que no recibe usted cartas de su administrador!

—Procure no pensar con exceso.

—¿Pensar?

—Sí. Realizar cualquier esfuerzo intelectual.

—¿Y qué hago con mis planes para la administración de mis propiedades? En modo alguno puedo permanecer mano sobre mano mientras...

—Eso es cosa suya. Mi deber es prevenirle. Evite el apasionarse, pues con ello puede retrasar y entorpecer su curación. Debe usted procurar distraerse montando a caballo, bailando, haciendo un ejercicio moderado al aire libre o bien charlando con la gente, sobre todo, con mujeres, de forma que su corazón «funcione» sin grandes excesos y goce sólo de sensaciones agradables.

—¿Qué más me prescribe usted? —preguntó Oblomov.

—También nada de escribir y de leer. Eso queda terminantemente prohibido. Alquile una casa al sur del país, donde haya muchas flores, haga vida de sociedad, tenga algunas mujeres a su alrededor...

—¿Y qué régimen cree usted que debo seguir en lo que respecta a la comida?

—Prescinda por completo de la carne y de toda clase de comidas fuertes. Tome sopas ligeras y verdura. Eso sí, cuidado con el cólera... Debe usted andar ocho horas al día. Cómprese un fusil...

—¡Dios mío! —no pudo por menos de exclamar Oblomov.

—Por último —terminó el médico—, en invierno haga por ir a París y

láncese al torbellino de la vida. Del teatro al baile o a cualquier otra fiesta. Haga excursiones al campo, asista a reuniones. Mantenga siempre a su alrededor amigos, viva en medio del bullicio y de la alegría...

—¿Queda algo más? —inquirió Oblomov en el colmo de su indignación.

El doctor meditó breves instantes.

—Acaso debería probar el aire del mar, y embarcarse para América... —y concluyó—: Si pone usted en práctica todo cuanto le he dicho...

—Claro que lo pondré en práctica. Inmediatamente —contestó Oblomov con acento sarcástico, despidiendo al médico.

Éste abandonó la estancia dejando a Oblomov en un estado de completa postración; el joven cerró los ojos, se cubrió el rostro con las manos y se dejó caer en el sillón, incapaz de ver ni de sentir nada.

Una tímida voz sonó detrás de Oblomov.

—¡Ilia Illich!

—¿Qué hay?

—¿Qué le digo al administrador de la casa?

—¿Qué le dices de qué? —preguntó Oblomov.

—De lo de la mudanza.

—¿Otra vez me vienes con eso? —exclamó Oblomov irritado.

—¿Qué puedo hacer? Juzgue el señor por sí mismo. Le aseguro que esta vida me está matando.

—Tú eres el que me está matando a mí con tanto venirme a hablar del piso —replicó Oblomov—. El médico acaba de decirlo ahora mismo.

Zajar no supo qué responder, limitándose a exhalar un profundo resoplido, lo que hizo que se levantara la punta del pañuelo que rodeaba su cuello.

—¿Es que quieres matarme? —preguntó de nuevo Oblomov—. Ya te has cansado de mí, ¿verdad?

—No, no. Por mí, el señor puede vivir cuanto quiera. Nadie quiere matarle —masculló Zajar, perplejo ante el trágico giro que había tomado la conversación.

—Pues tú no haces otra cosa —repuso Oblomov—. Antes te he prohibido que me hablaras del piso y, pese a ello, lo menos cinco veces has sacado a relucir el tema. Esto me desazona, me inquieta, y mi salud se resiente de ello.

—Yo creía... —murmuró Zajar con voz suave—. Yo creía... ¿Por qué no nos

mudamos de piso de una vez?

—¿Que por qué no nos mudamos? No lo sabes, ¿verdad? —exclamó Oblomov haciendo girar el sillón para dar la cara a Zajar—. ¿Tú sabes lo que significa mudarse? ¡No, no lo sabes!

—No, no lo sé —convino Zajar que, por encima de todo deseaba evitar una escena dramática con su amo.

—Pues si no lo sabes, escucha atentamente y aprenderás lo que significa cambiar de piso y por qué nosotros no podemos hacerlo. En primer lugar, supone que tu amo tendría que pasar todo el día fuera de casa y andar vestido desde primeras horas de la mañana...

—Bien —contestó Zajar—. ¿Y por qué no puede pasar el señor un día fuera de casa? No es bueno para la salud permanecer constantemente encerrado. Le aseguro que tiene usted muy mal aspecto. Antes estaba tan redondo como una calabaza. Pero desde que se encerró en casa ha cambiado por completo. El señor debería salir a la calle, ver gentes, cosas...

—¡Deja de decir estupideces y escucha! —repuso Oblomov—. ¡Salir a la calle! ¡Vaya ideas que se te ocurren!

—Pues sí —insistió Zajar con calor—. Dicen que ahí cerca hay unos que llevan un monstruo marino. El señor debería echarle una mirada. O bien ir al teatro o ver una mascarada... Mientras tanto, nosotros efectuaríamos la mudanza sin que el señor se diera cuenta de nada.

—¿Quieres callarte de una vez? ¡Ésa es la forma que tienes de cuidar de tu amo, enviándole a pasar el día fuera de casa, a la calle, sin saber dónde ni cómo comerá, si podrá echarse a dormir un rato después de la comida!... ¡Y harías la mudanza sin que yo me diera cuenta!... Si yo no me quedara aquí para vigilar, lo romperías todo. ¡Sé de sobras lo que representa mudarse de piso! —continuó Oblomov cada vez más enfadado—. Significa ruido, destrozos por doquier, todo amontonado en el suelo. El portamantas, el respaldo del sofá, los cuadros, las pipas, los libros, una serie de botellas y frascos que no se sabe de dónde han salido... Y hay que vigilar para que no se rompa ni se pierda nada... Quieres sentarte un momento y no encuentras dónde hacerlo. Todo está lleno de polvo. No puedes ni siquiera lavarte, y hay que andar con las manos sucias como tú...

—Yo llevo las manos limpias —protestó Zajar, mostrando a su amo lo que más parecían un par de suelas de zapatos.

—¡No me enseñes esas manos! —gritó Oblomov volviendo la cabeza—. Y si uno siente sed, no encuentra el jarro para beber agua, o bien el vaso, o las dos

cosas...

—También puede beberse directamente de la jarra —repuso Zajar tratando de dar ánimos a su amo.

—¡Así va todo! A ti te parece que se puede beber sin vaso, vivir sin barrer, sin quitar el polvo ni sacudir las alfombras. Pero en cuanto llegas al nuevo piso —prosiguió Ilia Illich, dejándose llevar por la viva descripción que estaba haciendo de la mudanza—, tienes que esperar por lo menos tres días antes de que todas las cosas hayan vuelto a ser colocadas en su sitio. Los cuadros se encuentran en el suelo, apoyados contra la pared, el té y la pomada juntos. Se ha roto la pata de un sillón y un jarrón se ha hecho cisco. No hay modo de encontrar lo que se busca. Puede que se haya perdido o bien se haya quedado olvidado en el otro piso y tenga que volverse a buscarlo...

—¡Oh! ¡Seguro que habría que volver al piso antiguo una docena de veces! —afirmó Zajar.

—Como podrás ver —continuó Oblomov—, la primera mañana en el piso nuevo también es muy agradable. En primer lugar, no encuentras agua, y si en invierno todo está helado, porque no hay un tronco para la chimenea, tiene que buscarse, leña...

—Eso depende de los vecinos que Dios nos depare —repuso Zajar—. Quizá los nuestros nos prestaran leña y agua por un día...

—¿E imaginas que por la noche ya todo estará listo? —preguntó Oblomov—. Pasarán al menos quince días antes de que las cortinas y los cuadros estén colgados en su sitio. Vamos, los suficientes para matar a cualquiera... ¡Además, está el gasto!

—La última vez, hace ocho años, la mudanza nos costó doscientos rublos. Lo recuerdo como si fuera ayer —afirmó Zajar.

—Ya ves que no se trata de una bagatela —repuso Ilia Illich—. Además, si supieras lo que cuesta acostumbrarse a un nuevo piso. Pasaría por lo menos cinco noches sin poder dormir. Y luego, al despertarme, echaría a faltar la tienda de ahí enfrente, y si antes de comer no veía a esa mujer que siempre está en la ventana, creería que me faltaba algo... ¿Te percatas ahora de lo que le estabas proponiendo a tu pobre amo? —dijo Ilia Illich en tono de reproche.

—Ya me percato —contestó Zajar humildemente.

—Pues bien, no vuelvas a hablar más de que tenemos que mudarnos de piso.

—Pero yo pensaba que puesto que otros lo hacen, también nosotros... —empezó Zajar.

—¡Cómo! —exclamó Ilia Illich—. ¿Qué dices, mentecato?

Zajar pareció confundido. No tenía la menor idea de qué podía haber molestado de aquel modo a su amo.

—«Pero yo pensaba que puesto que otros lo hacen» —repitió Ilia Illich horrorizado, rojo de indignación—. ¡Es lo que me faltaba por oír! ¡Que me compares con los demás, que me confundieras con la gente vulgar!

—¡Dios mío, Ilia Illich! —murmuró Zajar en tono de excusa—. Yo no he dicho que fuera usted un cualquiera...

—¡Basta, basta! ¡Cállate! ¡Apártate de mi vista! ¡Bien, hombre, bien! ¡Pero lárgate ya!

Zajar se encaminó a su refugio lanzando un profundo suspiro.

—¡Qué vida más perra! —masculló tornando a tomar asiento encima de la estufa.

—¡Dios mío! —gruñó a su vez Oblomov—. ¡Me había propuesto pasarme la mañana trabajando y este gaznápiro ha venido a sacarme de mis casillas con sus estupideces! ¿Y quién ha sido el culpable? ¡Pues mi propio criado! ¡Un criado fiel y que me estima! Pero ¿cómo ha podido decirme semejante cosa?

Oblomov se sentía fuera de sí. Se echó en la cama, volvió a levantarse para dar unos cuantos pasos por la habitación, y de nuevo se acostó en busca de descanso. Le resultaba muy cuesta arriba aquello de que su criado le hubiera medido con el mismo rasero que a la demás gente. Oblomov sentíase herido en su vanidad, y quería saber si Zajar había dicho aquello conscientemente o si las palabras habían brotado de sus labios sin él darse cuenta.

Al fin resolvió enseñarle a Zajar la diferencia que existía entre «él» y los «otros» y apostrofarle debidamente por la ruindad de su conducta.

—¡Zajar! —gritó, dando a su voz una cierta solemnidad.

Esta vez Zajar no murmuró ni saltó de la estufa. Se limitó a deslizarse en silencio hasta la puerta entreabierta, sin osar entrar en la habitación, igual que un perro que al oír la voz de su amo presiente le llaman para regañarle.

—Entra —dijo Oblomov.

La puerta podía abrirse sin la menor dificultad. Pero Zajar hizo como si le fuera difícil pasar por ella y se quedó en el umbral, sin avanzar un paso más.

Ilia Illich se encontraba sentado en la cama.

—¡Ven aquí! —ordenó.

Zajar se apartó de la puerta con dificultad, la cerró y se apoyó en ella.

—¡Aquí! —dijo Oblomov señalando con un dedo. Zajar avanzó un paso, pero de nuevo se detuvo.

—¡Más cerca!

Zajar movió el cuerpo, aunque sin dar un solo paso, haciendo un ruido en el suelo con los pies. Trataba de producir la sensación de que obedecía la orden de su amo. Al ver que no podía conseguir que Zajar se aproximase más, Oblomov se limitó a dirigirle una severa mirada. Confundido, Zajar intentó ahora hacer como que ignoraba la presencia de su amo y desvió la mirada hacia la izquierda.

—¡Zajar! —dijo Ilia Illich con expresión digna.

Zajar, sin embargo, no respondió. Parecía pensar. «¿Qué quiere? ¿A qué Zajar llama?» Y desvió la mirada hacia la derecha. Pero el espejo cubierto de polvo le recordó su negligencia al propio tiempo que su desaliñado aspecto, reflejado borrosamente en el espejo, parecía como si le reprochara algo.

Al fin, decidió mirar un momento a su amo. Sus ojos se encontraron entonces, y Zajar, incapaz de resistir el mudo reproche que leía en los de su amo, bajó los suyos. Sin embargo, en las manchas de la alfombra leyó otra acusación a sus cualidades como criado.

—¡Zajar! —repitió Ilia Illich con evidente sentimiento.

—¿Qué desea, señor? —masculló Zajar esperando oír otro discurso patético.

—Tráeme un poco de *kvas* —pidió Ilia Illich.

Zajar suspiró como si se hubiera quitado un peso de encima. Alegre, corrió a la cocina como un muchacho de quince años y volvió con el *kvas*.

—Bien, ¿qué es lo que te pasa? —preguntó amablemente Ilia Illich—. ¿Es que no eres feliz a mi lado?

La sombría expresión que había poco antes en el rostro de Zajar se trocó en otra de arrepentimiento que parecía emanar de todas sus facciones; luego clavó sus ojos en los de Oblomov.

—¿Estás arrepentido? —preguntó Ilia Illich.

«¿Qué ocurre? —se preguntó Zajar—. Esperaba que me riñera por lo que le he dicho y ahora me habla de un modo que casi me hace llorar.»

—Bien, Ilia Illich —empezó a decir con la voz más suave que le fue posible—, yo sólo pretendía decir...

—No corras —exclamó Oblomov, interrumpiéndole—. ¿Te das cuenta de lo

que has dicho? ¡Vamos, deja de una vez el vaso sobre la mesa y contesta!

Zajar no lo hizo, pues aún no había averiguado en qué estribaba su delito. No obstante, continuó mirando con el mayor respeto a su amo, acabando por bajar la cabeza en señal de arrepentimiento.

—¿Cómo puedes atreverte a decir que no eres un asesino? —inquirió Oblomov.

Zajar optó por seguir guardando silencio.

—Has ofendido e insultado a tu señor —prosiguió Oblomov gravemente, sin dejar de mirarle y divirtiéndose con su confusión—. Le has ofendido. «¿Sí o no?

—Sí, señor —murmuró Zajar conmovido de veras.

Y miró a derecha e izquierda una vez más, lleno de angustia al comprender que no podría escapar a la patética escena que tanto temía. Sintió que se enternecía por momentos y que las lágrimas acudían a sus ojos. Al fin no pudo por menos de decir: —¿En qué he podido ofenderle, señor?

—¿Cómo en qué? —exclamó Oblomov—. ¿Es que no has pensado en lo que son las demás personas, esos «otros» con los que has tenido la avilantez de compararme?

Oblomov calló, pero siguió mirando a Zajar.

—Quieres que te lo diga, ¿eh?

Zajar suspiró.

—Esos otros a los que tú te refieres —prosiguió Ilia Illich— son gentes abandonadas de la mano de Dios, gente inculta y soez que habitan en buhardillas miserables y en la mayor miseria. Son capaces de dormir en cualquier parte y nada les importa un ardite. Por ejemplo, Liagaiev no tendría más que hacer un paquete con su par de camisas y su pañuelo y ya estaría en condiciones de mudarse. Así son esos «otros» de que tú hablas. ¿Crees que son de mi agrado?

Zajar miró a su amo de reojo, cambió la posición de sus pies y siguió guardando silencio.

—¿Quién te parece que son esos «otros»? —continuó Oblomov—. Son personas que se limpian ellos mismos los zapatos, se visten ellos mismos y, aunque en ciertas ocasiones parecen caballeros, sólo lo son en apariencia. Jamás han tenido un criado y han de hacerse ellos la compra y atender a la limpieza y...

—Casi todos los alemanes son así —afirmó Zajar con aviesa intención.

—Exacto. Pero y yo, ¿crees que también soy así?

—¡Usted, señor, es muy distinto! —contestó Zajar, que al fin comprendía adonde quería ir a parar su amo—. ¡Dios sabe lo que hubiera sido de usted si...!

—Soy distinto, ¿no? Bien, pues fíjate en lo que dices. Piensa en cómo viven los «otros». Trabajan sin descanso, se pasan el día corriendo de un lado para otro —prosiguió Oblomov—. Si no trabajan, no comen... ¿Y yo? ¿Soy como ellos? Contéstame, vamos!

—¡Se lo suplico, señor, no me atormente más! ¡Me está tocando el corazón! —suplicó Zajar.

—¡Compararme con esos «otros»! ¿Es que yo tengo que trabajar y esforzarme en nada? ¿Estoy delgado y tengo la cara macilenta? ¿Vivo en la mayor penuria como viven ellos? Tú me has visto crecer entre cuidados y ternuras, sin que jamás haya padecido hambre, frío ni las más nimias necesidades. ¡Pero tú me has comparado con los demás! ¿Crees posible que yo pudiera aguantar lo que ellos aguantan y sufrir lo que ellos sufren?

Zajar ya no comprendía las palabras de su amo; sus labios, por otra parte, temblaban de emoción. La patética escena retumbaba sobre su cabeza como una furiosa tormenta, y le era imposible proferir una sola palabra.

—¡Zajar! —dijo Ilia Illich.

—Señor... —susurró el criado.

—Tráeme un poco más de *kvas*.

Zajar entregó el vaso de *kvas* a su amo y en cuanto éste se lo hubo bebido y le devolvió el vaso vacío, se encaminó con rápido paso hacia la puerta.

—No, no te vayas aún —ordenó Oblomov—. Te estoy preguntando cómo te ha sido posible insultar de ese modo a tu amo, a quien llevaste en tus brazos cuando era niño, a quien has servido durante toda la vida y que es tu bienhechor.

Era demasiado para el pobre Zajar. La palabra «bienhechor» le llegó directamente al corazón.

—Lo siento, señor —bisbiseó, sinceramente arrepentido—. Sólo mi estupidez ha podido...

Pero como seguía ignorando en qué consistía su falta, le fue imposible concluir su frase.

—Y aquí me tienes a mí, trabajando y preocupándome —continuó Oblomov en el tono de una persona cuyos esfuerzos y sacrificios no son debidamente apreciados—. Incluso me paso las noches en vela pensando en mejorar las cosas... ¿Y en beneficio de quién? Pues de los campesinos y, por supuesto, de ti. Quizá

cuando me ves tumbado en la cama y con la cabeza bajo la sábana supones que estoy durmiendo como un bendito. Pues no, estoy cavilando, cavilando en cómo conseguiré aliviar los sufrimientos de mis campesinos, a fin de que no me maldigan y cuando llegue la hora del Juicio Final se acuerden y aleguen en mi favor el bien que yo haya podido hacerles. ¡Ingratos! ¡Desagradecidos! —concluyó Oblomov con expresión amarga.

Zajar no tardó en empezar a llorar.

—¡Señor, por favor, no me diga esas cosas! —suplicó el hombre—. ¡El Señor le bendiga! ¡Virgen Santísima, qué cosas se le ocurren al señor!

—¡Deberías sentirte avergonzado de hablar como lo haces! —continuó Oblomov—. Eres una serpiente que he estado alimentando en mi propio lecho.

—¡Una serpiente! —exclamó Zajar juntando las manos devotamente—. ¡Yo no he dicho nada de una serpiente! —consiguió decir entre sollozos—. ¡Ni siquiera lo he soñado!

Habían dejado de comprenderse mutuamente y ya no volverían a entenderse.

—¡Cómo has podido decir eso! —prosiguió Ilia Illich—. ¡Y pensar que en mis proyectos te tenía asignado una casita en el jardín y un salario soberbio! ¡Ibas a ser mi ayudante, mi mayordomo y mi representante! ¡Los campesinos te harían reverencias y te llamarían Zajar Trofimich! ¡Pero tú no estás satisfecho aún y me comparas con los «otros»! ¡De ese modo correspondes a la benevolencia de tu amo!

Zajar continuaba sollozando, y Oblomov se sintió conmovido al hablar de los beneficios que pensaba otorgar a Zajar y a todos sus criados y sirvientes, poniendo fin a sus reproches con la voz rota por la emoción y los ojos arrasados en lágrimas.

—Vamos, vete tranquilo —concluyó en tono conciliador—. Espera, tráeme un poco más de *kvas*. Tengo la garganta reseca. Pero ya debiste suponerlo. Bien, confío que habrás comprendido tu falta y que jamás volverás a comparar a tu amo con los «otros». Pero lo menos que debes hacer para reparar tu falta es convencer al dueño de la casa para que no me obligue a marcharme de aquí. Me has dejado inútil para pensar en nada provechoso, y sólo así podrían traer a mi corazón y a mi espíritu la paz que tanto necesito. ¡Ya son las tres! Tan sólo faltan dos horas para la comida. En dos horas es imposible hacer nada. Dejaré la carta para el próximo correo y mañana acabaré de estructurar el plan de la finca. Ahora corre las cortinas y procura que nadie venga a molestarme. Estoy deshecho y necesito dormir un rato. No dejes de llamarme a las cuatro.

Zajar cubrió a su amo con la manta, corrió las cortinas, cerró la puerta y abandonó la estancia procurando no hacer ruido, —¡Ya podrías reventar! —rezongó Zajar tomando asiento junto a la estufa—. ¡Todo se le va en palabras tiernas y promesas! ¡Una casa, un jardín, un salario! ¡Ésta es y será mi casa y aquí estiraré la pata! —murmuró golpeando la estufa con ira—. En cuanto a lo del salario, si no me quedara con la calderilla, jamás podría invitar a mi amiguita. ¿Por qué no me moriré de una vez?

Oblomov estaba echado boca arriba, pero tardó en dormirse, pues no dejaba de reflexionar, preocupado de veras. «¡Dos desgracias a un tiempo! —se decía mientras se cubría la cabeza con la manta—. ¿Quién puede soportarlo?»

Pero no eran las dos «desgracias», sin embargo, lo que le inquietaba. Éstas estaban convirtiéndose en dos simples recuerdos desagradables. «Las desgracias que me anuncia el administrador aún se han de producir —pensaba—. Puede que la lluvia salve las cosechas, que se puedan cobrar los atrasos, que los campesinos retornen a sus casas. ¿Dónde pueden haber ido? —se decía y, de pronto, empezó a considerar la cuestión desde un punto de vista puramente literario—. Tal vez anden vagabundeando por esos mundos de Dios día y noche, sin tener nada que llevarse a la boca y sin un lugar donde cobijarse. ¿Por qué razón habrán abandonado sus lugares, donde por lo menos tenían un rincón caliente? Pero no debo preocuparme. Mi plan lo resolverá todo inmediatamente.»

La idea del cambio de piso le preocupaba mucho más, pues esta «desgracia» era más inmediata. Pero el gran poder acomodaticio del espíritu de Oblomov hizo que a no tardar considerase el problema como solucionado, al menos por una semana. «Y es posible que Zajar consiga que no tengamos que abandonar este piso. De una forma u otra, se arreglará la cosa. Después de todo, lo cierto e indubitable es que no puedo marcharme de aquí.» De este modo continuó preocupándose y tranquilizándose alternativamente, acabando por acogerse a las palabras de siempre: «Esperemos. Acaso se arregle por sí solo, etc.».

Estaba a punto de dormirse cuando se despabiló y abrió los ojos. «Pero ¿es posible que todavía no me haya lavado? ¡Tampoco he hecho nada! —masculló entre dientes—. Quería tomar unas notas sobre mi proyecto y aún no lo he hecho. No he escrito a la policía ni al gobernador; no he concluido la carta para el dueño de la casa; mucho menos he repasado las facturas y entregado el dinero a Zajar para que las pagase. He perdido lastimosamente toda la mañana. ¿Cómo ha sido posible? Otros habrían realizado ya todo eso —cruzó por su cerebro—. Otros... Pero ¿cómo eran esos otros?»

De nuevo tornó a compararse con aquellos «otros». Pero lo hizo de una manera muy distinta que la primera vez. Empezó reconociendo que aquellos

«otros» habrían encontrado tiempo para escribir las cartas, sin que los «que» y las «cuales» vinieran a entorpecer su tarea; los «otros» se habrían mudado de piso, llevado adelante el proyecto de nueva administración, ido en persona a visitar la finca...

«También yo podía hacerlo en otro tiempo. Entonces escribía cosas mucho más difíciles que esas cartas... ¿Qué se ha hecho de todo eso? Otros no se ponen una bata como yo... —se dijo, creyendo descubrir en esto una nota que le distinguía de los demás—. Los otros duermen a la hora en que se debe dormir, y luego salen, ven a la gente y todo lo que hay que ver, disfrutan de la vida... muestran interés por todo... ¿Y yo? —se preguntó bostezando ruidosamente—. Yo soy de otra manera», concluyó con tristeza, y volvió a entregarse a sus pensamientos tras de sacar la cabeza de debajo de la manta.

Fue aquél uno de los escasos momentos de lucidez que se producían en la vida de Ilia Illich Oblomov. En tales ocasiones sentía un terror especial, pues no se le escapaba lo distinta que era su vida de la que normalmente llevaban los demás hombres. Envidiaba a aquellos cuya vida era provechosa y fructífera, en tanto que la suya resultaba baldía e inmóvil como una piedra. Durante largo tiempo estuvo acusándose y apostrofándose por ser de aquel modo, hasta que al fin buscó alguien a quien cargar la culpa de que las cosas fueran así.

«¡La culpa es de Zajar, sólo de él!», murmuró entre dientes. De súbito recordó los detalles de la escena con su criado pocos momentos antes y el rostro se le cubrió de rubor. «¡Si alguien me hubiera oído! —pensó, sintiendo un escalofrío—. Suerte que Zajar no se lo dirá a nadie, y aunque lo dijera, nadie lo creería.»

Inquieto, dejó escapar un suspiro y continuó buscando a quien endosar la culpa de sus males y desgracias. Sus gruñidos y suspiros llegaron a Zajar, que no pudo por menos de decirse: «¡Lo que puede el *kvas*!»

«¿Por qué tiene que ser así? —se preguntó Oblomov a punto de llorar, volviendo a esconder la cabeza bajo la manta—. ¿Por qué?»

Luego de buscar inútilmente el origen de aquel extraño poder que le impedía vivir del mismo modo que los «otros», dejó escapar un nuevo suspiro, cerró los ojos, y algunos minutos más tarde sus pensamientos comenzaron de nuevo a divagar, en tanto que sus sentidos se adormecían. «También a mí me complacería... —pensó coordinando sus ideas con dificultad— ...realizar en la vida algo positivo... ¿Es que la naturaleza no ha querido ser generosa conmigo?... No. A Dios gracias no puedo quejarme...» Al cabo se oyó un suspiro de resignación. Estaba pasando del momentáneo estado de agitación al normal de apatía y calma.

«Debe de ser mi sino... ¿Qué puedo hacer yo entonces? —musitó, ya a punto de dormirse—. Unos dos mil menos que el año pasado —dijo ahora de pronto, en voz alta—. Ahora mismo, ahora mismo, espera... —añadió como si hubiera despertado—, daría cualquier cosa por saber por qué soy así... —masculló suspirando otra vez, y sus párpados tornaron a cerrarse—. Sí, ¿por qué?... Seguramente será... porque...» Intentó decirlo, pero le fue imposible.

Jamás llegó a decirlo. Sus labios y su lengua se detuvieron en mitad de la palabra y permanecieron abiertos. En vez de la palabra se oyó otro suspiro y acto seguido la respiración regular de un hombre que duerme pacíficamente.

El sueño interrumpió el lento y perezoso fluir de sus pensamientos e instantáneamente se trasladó a otros tiempos, a otros lugares, ante otra gente, que el lector conocerá en el siguiente capítulo.

IX
EL SUEÑO DE OBLOMOV

¿DÓNDE nos hallamos? ¿A qué rincón del mundo nos ha conducido el sueño de Oblomov? ¡En qué bello país nos encontramos ahora!

Aquí no hay altas cumbres, ni mar, ni riscos ni abismos, así como tampoco selvas vírgenes. No hay nada que sea enorme y selvático. Pero, en resumidas cuentas, ¿qué tiene de bueno lo enorme y lo extraordinario? El mar, por ejemplo, siempre se nos aparece triste. Su contemplación inspira tristes deseos de llorar. El corazón se nos encoge ante la gran extensión de agua en la que no se descubre nada donde pueda descansar la vista, fatigada por la inmensidad del panorama. El rumor de las olas, sus salvajes rugidos, no están hechos para el oído humano. Produce una melodía misteriosa, la misma desde que el mundo es mundo, siempre el mismo lamento, semejante al de un monstruo sometido a tortura, que profiriera gritos siniestros. En el mar no hay pájaros. Tan sólo gaviotas se agitan en silencio, sin alejarse demasiado de la orilla, trazando sus melancólicos vuelos.

El rugido de las fieras resulta débil en comparación con el de la naturaleza, y la voz humana se desvanece ante ella. El mismo hombre se siente débil y empequeñecido, perdido entre los infinitos detalles del vasto escenario. No; no me gusta el mar en absoluto. Su estado de calma y reposo tampoco es de mi agrado. En el plácido rumor de las olas se presiente el latente poder oculto bajo su fingida apariencia pacífica.

Tampoco los abismos y las montañas fueron creados para que complacieran al hombre. Son tan horribles y amenazadores como los colmillos de las fieras. Nos recuerdan con demasiada viveza nuestra fragilidad humana, y nos llenan de terror y angustia. Y por encima de ellos el cielo aparece más alto e inalcanzable, como si se hubiera olvidado de los hombres.

El tranquilo lugar adonde nuestro héroe fue transportado por sus sueños no se parecía en nada a todo esto. En aquel lugar el cielo producía la sensación de encontrarse más cerca de la tierra, aunque no con intención de dispararle sus flechas, sino para abrazarla con entrañable amor. Allí el cielo se extiende sobre las cabezas y los tejados como si quisiera protegerlos contra toda calamidad. Allí luce el sol en todo su esplendor durante seis meses, para luego irse apagando lentamente, como si se sintiera pesaroso por ello, no sin dedicar antes una o dos nostálgicas miradas a la tierra.

Las colinas que rodean el lugar parecen modelos en miniatura de las altas

montañas que asustan de lejos a los que las contemplan, y ofrecen sus suaves laderas al caminante para que pueda descansar en ellas contemplando la puesta de sol.

El río transcurre con gran mansedumbre, jugueteando libremente con todo lo que encuentra a su paso. Se extiende primero en toda su anchura y luego fluye con rapidez. El agua, remansada en algunos puntos, parece entregarse a profundas reflexiones y forma en las orillas plácidos remolinos cuyo murmullo es un placer para los oídos.

Todo el lugar está formado por una colección de sonrientes y alegres paisajes que se extiende diez o quince verstas alrededor. Las suaves riberas del río, la maleza que desciende hasta tocar el mismo borde del agua y el cauce por donde se desliza el riachuelo, parecen como pintados por unos pinceles de un bucólico pintor.

Un corazón acosado por las penas encuentra allí reposo y olvido. Todo allí promete serenidad y una larga vida, hasta que los cabellos se tornen blancos y llegue la muerte, una muerte inadvertida, como en un sueño.

Nada dificulta en aquel lugar el transcurrir regular de las estaciones y los años. Como dispuesto por el calendario, la primavera se presenta en marzo, los torrentes se precipitan desde las colinas, comienzan a verdear los prados y asciende de los campos un cálido vapor que es como una nube de humo. Los campesinos se desprenden de sus zamarras, se asoman a las puertas de sus casas en mangas de camisa y contemplan el brillo del sol con los ojos entornados. Luego se dirigen al arado, guardado bajo cobertizo, y que ahora volverá a hundir su reja en la tierra. En primavera no son frecuentes las tormentas imprevistas que cubren de nuevo de nieve los campos y derriban los árboles. Semejante a una belleza fría e inabordable, el invierno permanece inmóvil hasta que arriba el tiempo del calor; y luego prosigue el camino señalado por la naturaleza. En noviembre tornan las nevadas y los hielos; para la Epifanía las nevadas son tan intensas que si un campesino sale un momento al campo, vuelve a su casa con la barba cubierta de escarcha; y en febrero, una nariz sensible puede olfatear el arribo de la primavera.

El verano es especialmente delicioso en aquel país. Es en verano cuando el aire fresco y seco llega cargado de aromas de limonero o laurel, cuando no de cerezo silvestre y pino. En verano, los días son brillantes y transparentes, aunque no calurosos, y el cielo permanece invariablemente sin nubes durante tres meses. El tiempo mejor dura tres o cuatro semanas, los atardeceres son claros y las noches serenas. En el cielo, las estrellas despiden un fulgor amistoso. Si le da por llover, entonces cae un agua abundante y refrescante, en grandes gotas, que hacen pensar en las lágrimas de un hombre que acabase de recibir una alegría demasiado grande

para guardarla en su pecho. En cuanto cesa de llover, el sol sonríe de nuevo; y seca la empapada tierra; y, en justa correspondencia, la tierra le sonríe. Los campesinos dan la bienvenida a la lluvia. «La lluvia me mojará y el sol me secará», dicen exponiendo a la lluvia tibia sus rostros y sus espaldas.

Las tormentas con truenos y relámpagos no son terribles. Siempre estallan en días prefijados, sin olvidar jamás el día de san Ilia, con el fin de no desmentir la tradición. La intensidad y el número de los truenos son siempre los mismos, un año tras otro, como si alguien, quien fuere, hubiera destinado a aquel lugar una cantidad determinada de electricidad atmosférica y nada más. Jamás se ha leído nada referente a aquella región ni se ha escrito tampoco, salvo una noticia que trajeron los periódicos sobre la viuda de un campesino, Marina Kulkova, de veintiocho años, que dio a luz a cuatro niños en un solo parto.

El Señor jamás asoló aquellas tierras con las plagas de Egipto ni con ningunas otras. Ninguno de sus moradores logró contemplar jamás signos terribles en el cielo súbitas oscuridades ni luces misteriosas; allí no habitaban reptiles venenosos ni alimañas de ninguna clase; la región se encontraba libre de toda clase de fieras, leones, tigres, lobos u osos, pues no había en él selvas vírgenes. Tan sólo una enorme cantidad de vacas, ovejas y gallinas se paseaban por los campos y las aldeas.

Sólo Dios sabe si aquella región hubiera sido del agrado de un poeta o de un soñador. Como todos sabemos, esta clase de gente contempla la luna y escucha el canto de los ruiseñores. Prefieren, sobre todo, un tipo de luna coqueta, pálida y ojerosa, que se oculta detrás de las nubes y deja deslizar sus pálidos rayos hasta los ojos rebosantes de admiración de quien la contempla. Pero en aquel bello país, la luna era precisamente esto, la luna, y nada más. Miraba bondadosamente, beatíficamente, con los ojos muy abiertos, los campos y las aldeas, y hay que decir que parecía una sartén de cobre recién pulida. Era inútil que la contemplase un poeta con ojos extáticos; ella se habría limitado a devolverle la mirada con la mayor sencillez, del mismo modo que una belleza lugareña corresponde a las ardientes miradas que le dirige un donjuán de la ciudad.

Tampoco había ruiseñores en aquella región, quizá porque no crecían en el país arbustos lo bastante frondosos y oscuros para ellos. Pero, en cambio, ¡qué abundancia de codornices había por todas partes! En la época de la siega, los muchachos no tenían dificultad en cogerlas con ambas manos. No se crea, sin embargo, que las cogieran para matarlas y comérselas. No habían llegado a semejante depravación. Sencillamente, su canto les gustaba, y por esta razón en cada casa había un ejemplar encerrado en una bella jaula.

Tampoco les hubiera gustado a los poetas y soñadores el aspecto general del

lugar. Allí no hubieran podido disfrutar del espectáculo de un atardecer suizo o escocés, en el que la naturaleza entera, el bosque, el río, los muros de las casas y las colinas inmediatas arden con un vivo fuego, y sobre cuyo fondo desfila un cortejo de caballeros escoltando a una dama hacia las ruinas del castillo donde les espera un anciano que les contará historias de la guerra de las dos Rosas mientras la dama cantará, acompañada por el melodioso sonido de un arpa, escenas a las que nos tiene acostumbrados la pluma de sir Walter Scott. No, no había nada de todo esto en aquellos lugares.

¡Qué silencio y tranquilidad se gozaba en los cuatro pueblos que existían en aquella parte del país! Muy próximos entre sí, parecía como si la mano de un gigante los hubiera dejado caer allí y que desde entonces hubieran permanecido en la misma posición en que cayeron.

En la ladera de una de las colinas se alzaba una casa medio suspendida sobre el vacío, y en ella habían vivido, gozando de una suprema felicidad, tres o cuatro generaciones, sin que por un momento se les ocurriera cambiar de alojamiento. La casa parecía peligrosa incluso para una gallina. Pero, no obstante, en la casita vivía un hombre de enorme estatura, Onisim Suslov, junto con su esposa.

Otra cabaña estaba pegada a la ladera cual si fuera un nido de golondrinas y en el barranco que se encontraban dos o tres más.

En el pueblo, todo estaba sumido en el mayor silencio y calma. Las puertas de las casas se hallaban abiertas de par en par y no se veía un alma por parte alguna. Si alguien hubiera dado gritos llamando, le hubiera respondido el silencio más completo, o bien alguna vieja, sentada junto a la estufa, donde dejaba transcurrir los últimos años de su vida, le hubiera contestado con un gemido o un golpe de tos, o bien un niño cubierto de harapos se habría asomado a la puerta para contemplar en silencio al forastero y correr luego a ocultarse.

También en el campo se extendían el silencio y la soledad. Tan sólo aquí y allá hubiera podido descubrirse a algún campesino que hendía la reja de su arado en la feraz tierra.

La vida del pueblo se deslizaba en una atmósfera de absoluta paz. Allí no se cometían robos ni asesinatos, ni ocurrían accidentes de ninguna clase; los habitantes del lugar no sentían grandes pasiones ni acometían grandes empresas. Todos conocían sus propias limitaciones. Vivían lejos de la demás gente, puesto que los pueblos más cercanos y la capital del distrito se encontraban a unas veinticinco verstas. En algunas épocas del año, los campesinos transportaban el grano al embarcadero más próximo del Volga, y una vez al año iban a la feria.

Éstos eran todos los contactos que mantenían con el mundo exterior.

Sus intereses se concentraban en ellos mismos y no chocaban con la demás gente. Sabían que la capital de la provincia se encontraba a sesenta verstas, pero eran escasos los que habían estado en ella; sabían también que Saratov y Nizhni estaban en la misma dirección, poco más o menos; igualmente habían oído hablar de San Petersburgo y de Moscú y de los alemanes y de los franceses que vivían más allá de San Petersburgo. Pero, salvo esto, los restantes países les eran tan desconocidos como lo fueron a los pueblos antiguos. Más allá de lo que ellos conocían reinaba la oscuridad completa. Como muy pocos viajeros recorrían aquella parte del país, sus moradores difícilmente se enteraban de lo que sucedía en el mundo. Los comerciantes que vendían artículos de madera vivían tan sólo a veinte verstas y tampoco se preocupaban de otra cosa que de la marcha de sus propios asuntos.

Así, como no tenían el menor punto de referencia, no podían saber si vivían mal o bien, si eran ricos o pobres, si podían ambicionar lo que los demás poseían. Aquella gente afortunada vivía con el convencimiento de que las cosas no podían ni debían ser distintas, y suponían que todo el mundo vivía como ellos y que hubiera sido un horrendo pecado hacerlo de otro modo. Si alguien les hubiera, dicho que se conocía otra forma de arar, sembrar o recoger los frutos de la tierra, ellos se hubieran limitado a pensar que se las habían con un loco.

¿Qué pasiones o excitaciones podían sentir? Como le ocurre a todo el mundo, tenían sus preocupaciones y sus debilidades: el pago de los impuestos, la pereza, el amor y el sueño, pero todo esto sin el menor apasionamiento ni ardor. En los últimos cinco años no se había producido una sola defunción entre los habitantes de la aldea. Y cuando sucedía que alguien se moría de vejez o de alguna enfermedad crónica, la gente se sentía asombrada durante semanas enteras por lo insólito del acontecimiento. Por el contrario, no les pareció extraordinario que Taras, el herrero, sanara de unas quemaduras mortales simplemente con unos cubos de agua fría.

El único delito grave que se cometía en el lugar era el robo de guisantes, remolachas y zanahorias en los huertos; en una ocasión desaparecieron misteriosamente dos hermosos cerdos y una gallina, cuyo hecho puso en conmoción a todo el vecindario. Pero fue atribuido unánimemente a los comerciantes que el día anterior habían cruzado el pueblo en su camino hacia la feria. Mas, hablando en líneas generales, los accidentes de cualquier clase eran por demás raros. Sin embargo, en cierta ocasión se encontró a un hombre tendido en un barranco, junto al puente. Sin duda era un obrero que pasaba por él, camino de la ciudad. Los primeros en verle fueron los muchachos, que corrieron al pueblo

horrorizados y diciendo que un horrible dragón o un monstruo estaba tendido en el barranco, que les había perseguido, estando a punto de atrapar a Kuzka y devorarle. Un grupo de campesinos, los más valientes del lugar, se dirigieron al barranco armados con horcas y hachas.

—¿Dónde vais? —dijeron los más ancianos.

—¿Estáis seguros de que podréis con él? —añadieron otros.

—¿Para qué queréis ir? Dejadle, nadie os obliga a correr peligro.

Pero los hombres se dirigieron al barranco y a unos trescientos pasos empezaron a gritar para atraer la atención del monstruo. Pero no recibieron la menor respuesta y, en vista de ello, continuaron adelante. En el barranco se encontraron con un hombre tendido en el suelo, la cabeza apoyada en el talud. Junto a él había un paquete y un bastón con un par de zuecos atados. Los campesinos no se atrevían a acercarse ni a tocarle.

—¡Eh, buen hombre! —gritaron uno tras otro, alargando la cabeza—. ¿Cómo te llamas? ¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

El hombre entonces intentó levantar la cabeza. Pero no le fue posible. Debía encontrarse gravemente enfermo o cansado.

Uno de los campesinos, más osado que los otros, se atrevió a acercarse a él más y le tocó con la horca.

—¡No le toques, no le toques! —gritaron los demás—. No sabemos quién es y no dice nada. Acaso sea un indeseable. ¡No le toques! ¡Vámonos de aquí! No es de los nuestros. ¿Por qué buscarnos complicaciones?

Y acto seguido emprendieron el regreso al pueblo para comunicar a los viejos que en el barranco había tendido un forastero, que no hablaba y que sólo Dios sabía de quién podía tratarse.

—Dejadle solo si se trata de un forastero —respondieron los ancianos, y se sentaron ante las puertas de sus cabañas con los codos apoyados en las rodillas—. ¡Dejadle! —insistieron—. ¡No teníais que haber ido!

Este era el lugar adonde Oblomov había sido transportado por su sueño, Una de las tres o cuatro aldeas esparcidas por aquel lugar se llamaba Sosnovka, y otra, situada a cosa de una versta, Vavilovka. Ambas constituían el patrimonio familiar de los Oblomov, y por esta razón se les conocía por el nombre, común a ambas, de Oblomovka. La casa del dueño y señor de todo aquello se encontraba en Sosnovka. La aldea de Verhliovo, que en otros tiempos había pertenecido a los Oblomov y ahora se encontraba en otras manos, se hallaba a unos tres kilómetros de Sosnovka. De la administración de Verhliovo cuidaba un alemán, ya que el

propietario jamás se presentaba en sus posesiones. Ésta era, pues, la geografía del lugar.

Ilia Illich se despertó en su camita por la mañana. Sólo tenía siete años. El niño se sentía alegre y feliz. ¡Qué hermoso, colorado y rollizo estaba! Tenía los carrillos hinchados como si constantemente estuviera soplando. La niñera esperaba para vestirle. Primero le puso las medias. Pero él no quería y movía las piernecitas con toda intención para hacer rabiar a la buena mujer. Pero la niñera acababa logrando su propósito y ambos se echaban a reír.

Al cabo estuvo vestido. Entonces la niñera le lavó la cara y le peinó y le condujo a que le viera su madre.

A la vista de ésta, que había muerto hacía años, Oblomov sintió en sueños un estremecimiento de alegría; dos cálidas lágrimas se desprendieron de sus ojos y resbalaron por sus mejillas. Su madre le cubrió de besos y le miró llena de ansiedad a los ojos, preguntando a la niñera si el pequeño había dormido bien o si se había despertado por la noche. Después le cogió de la mano y le condujo hasta el icono. Ambos se arrodillaron ante la imagen, y con un brazo en torno a la cintura de su hijo, la madre hizo rezar al niño una oración. El pequeño repitió las palabras distraído, sin dejar de mirar al exterior a través de la ventana.

—Mamá, ¿vamos a dar un paseo? —preguntó de pronto.

—Claro, hijo mío —repuso rápidamente la madre sin apartar los ojos de la imagen y siguiendo su oración.

El muchacho rezaba de un modo rutinario. En cambio, la madre ponía en su rezo toda el alma. Cuando terminaron, fueron a dar los buenos días al padre, y más tarde, todos desayunaron.

En la mesa del desayuno, Ilia Illich encontró a su tía, una anciana de más de ochenta años que vivía con ellos, y que se pasaba la vida reprendiendo a su «muchacha», otra anciana como ella que le servía de doncella. Estaban también presentes tres señoritas ya mayores, parientas lejanas del padre; Chekmenev, cuñado de su madre y un tanto loco, propietario de siete siervos, que pasaba unos días con ellos; aparte de éstos, había unos cuantos viejos y viejas. Todos los presentes prorrumpieron en gritos de alegría al ver al pequeño Ilia Illich, que fue acariciado y besado por todos. Le colmaron de pasteles, crema y rosquillas.

Al cabo, su madre le dio otro beso y le envió a jugar al jardín y al patio, no sin dar antes severas instrucciones a la niñera para que en ningún momento le dejara solo, que cuidara de que no se acercara a los caballos ni a los perros, ni tampoco se alejara demasiado de la casa, y, sobre todo, que no se asomase al barranco, que era el sitio más temido por todos los vecinos del pueblo, pues gozaba

de muy mala fama. Una vez había sido encontrado en el barranco a un perro que fue calificado de rabioso simplemente porque echó a correr cuando vio que los vecinos se lanzaban tras él armados con garrotes y le tiraban piedras. Todas las basuras eran arrojadas al barranco, y se creía que en él vivían bandidos, alimañas y monstruos que jamás habían habitado en ninguna otra parte del mundo.

Pero el pequeño no esperó a que la madre hubiera dado fin a la lista de sus advertencias y salió corriendo al patio. Poseído por una sensación de agradable sorpresa, como si en aquel instante la viera por vez primera, contempló la casa de sus padres y dio una vuelta a su alrededor. Luego intentó subir a la galería medio derruida, pero la niñera se lo impidió.

—¡Dios mío, qué chiquillo! ¡Cuándo se estará quieto! —decía la buena mujer.

La niñera vivía con el temor de que el niño pudiera herirse o hacerse algún daño.

Pero en algunas ocasiones, Ilia Illich se sentaba gravemente en el suelo y contemplaba todo cuanto le rodeaba con expresión reflexiva.

La mañana era soberbia, el aire, fresco, y el sol se hallaba todavía bajo. La sombra que proyectaba la casa era muy alargada y tanto en el jardín como en el patio había lugares sombreados que incitaban a la meditación y al descanso. Tan sólo a lo lejos, en los campos, el sol parecía despedir llamas y el río brillaba en la distancia con un resplandor que hacía daño a los ojos.

—¿Por qué está aquí oscuro y allá no? —preguntaba el niño.

—Porque el sol se ha ido en busca de la luna, y como no la ha encontrado, ahora está disgustado.

El niño pensó atentamente en la respuesta de la niñera y continuó mirando a su alrededor; vio a Antip, que se dirigía en busca de agua y a otro Antip diez veces más largo que caminaba al lado del primero, sobre la hierba; y la sombra del caballo se extendía por todo el prado. El caballo desapareció al fin detrás de la colina, antes de que Antip saliera del patio, y el niño estaba a punto de echar a correr para ver adonde había ido el caballo, cuando desde una de las ventanas llegó la voz de la madre.

—¡Sasha! ¿No ves que al niño le está dando todo el sol? Llévalo a la sombra. Si dejas que tome el sol le entrará dolor de cabeza y luego no querrá comer nada. Y si no le vigilas, en un descuido se te irá al barranco.

—¡Vaya con el chiquillo! —masculló la niñera con acento afectuoso, llevando al muchacho al porche.

El niño miraba a su alrededor, observando lo que hacían las personas

mayores y en qué pasaban su tiempo durante el día. Nada se escapaba a su curiosidad. En su corazón iba grabándose con indelebles caracteres el cuadro de la vida que se desarrollaba en torno a él, y parecía como si estuviera tomando modelo de lo que sería su vida en aquel lugar.

No podía decirse que en casa de los Oblomov se malgastara el tiempo. Se oía claramente el ruido de los cuchillos que cortaban la carne y las verduras en la cocina. Del departamento de los criados llegaba sin cesar el rumor de las mujeres que estaban hilando y la voz de una de ellas que canturreaba una canción que parecía un sollozo penetrante y continuado.

Cuando Antip llegó con el agua, corrieron hacia él unos cuantos hombres y mujeres llevando cubos y recipientes de toda clase. Una mujer de cierta edad pasaba en aquel momento por el patio cargada con una cazuela llena de harina y una cesta con huevos. Desde la ventana de la cocina el cocinero arrojó un cubo de agua que fue a caer sobre el perro, Arepka, que no se movía del pie de la ventana, los ojos clavados en ella y moviendo la cola.

Tampoco el padre de Ilia Illich estaba con los brazos cruzados. Permanecía toda la mañana sentado ante una ventana, observando y vigilando lo que se hacía en el patio.

—¡Eh, Ignashka! ¿Qué llevas ahí? —preguntó el padre a un hombre que en aquel momento cruzaba el patio.

—Llevo los cuchillos de la cocina para que los afilen —repuso el hombre sin apenas atreverse a mirar a su amo.

—Conforme, adelante. Pero cuida de que los afilen bien.

Más tarde detuvo a una mujer.

—¡Eh! ¿De dónde vienes?

—De la bodega, señor —contestó la mujer—. He ido a buscar leche para la comida.

—Puedes seguir —dijo el amo—. Pero mucho ojo con derramarla. Y tú, Zajarka, ¿otra vez por aquí? ¡Ya es la tercera vez que pasas! ¡Vuelve al vestíbulo inmediatamente!

Y Zajarka, obediente, regresó al vestíbulo para continuar dormitando a su sabor.

Cuando las vacas volvían del campo, el amo era el primero en preocuparse de que les dieran de beber. Si veía al perro perseguir a una gallina, en el acto tomaba las medidas pertinentes para evitar que se repitiera el caso.

También su esposa andaba en extremo ocupada. Se pasaba tres horas explicando a Averka, el sastre, cómo debía de arreglárselas para transformar una levita de su esposo en una chaqueta para Iliushka, trazando las líneas con tiza y vigilando para que el hombre no se quedara con el más pequeño retal de la tela. Luego se dirigía al departamento de la servidumbre para destinar a cada criada la faena que debían hacer aquel día y, por último, tomaba consigo a Nastasia Ivanovna o a Stepanida Agapovna para dar un paseo por la huerta con propósitos utilitarios: cerciorarse de si ya estaban maduras las manzanas, si había que cortar alguna rama o bien hacer algún injerto. Pero su principal tarea estaba en la cocina, en la disposición de la comida. Y cada uno sugería un plato distinto: por ejemplo, sopa de menudillos, sopa de fideos, salsa blanca o roja. Cada plato era discutido a fondo hasta que al final, la dueña de la casa decidía. Nastasia y Stepanida se pasaban el tiempo yendo y viniendo de la cocina para recordar las órdenes al cocinero, para ordenarle un nuevo plato o suspender la confección de otro, para llevarle miel o azúcar, para comprobar si el cocinero empleaba todo de acuerdo con las instrucciones recibidas.

La comida constituía la primera y principal preocupación en la vida de Oblomovka. ¡Qué terneras se cebaban siempre para los días de fiesta! ¡Qué aves más formidables se criaban! ¡Cuántos esfuerzos y atenciones se dedicaban a todo aquello!

Hasta el mediodía, todos se afanaban y trabajaban como hormigas. Aquellos industriosos insectos tampoco descansaban ni los domingos ni los días festivos. En Oblomovka, los días de fiesta suponían sin duda una mayor actividad en la cocina, ya que la comida tenía que ser siempre algo de excepción. El ruido de cuchillos procedente de la cocina era más intenso que nunca; las mujeres no cesaban de pasar y repasar de la despensa a la cocina y de la cocina a la despensa, llevando doble cantidad de harina y de huevos, y la matanza que se hacía en el gallinero era realmente terrorífica.

Se preparaba un enorme pastel del que comía la familia durante dos días seguidos. Luego se bajaban los restos al cuarto de los criados, donde se comía durante otros dos días hasta que al final, lo último, seco y sin relleno, era entregado como un don especial a Antip, el cual lo saboreaba más que nada porque sabía que procedía del «pastel de los señores», de igual modo que un arqueólogo bebe con verdadera fruición un vino agrio en una vasija milenaria.

El niño continuaba observándolo todo con su despierta e infantil imaginación. Veía que a la mañana atareada y laboriosa sucedía el mediodía y la hora de comer. El día se encontraba en su máximo esplendor y en el cielo no se alcanzaba a ver ni una sola nube. El sol brillaba en lo más alto y calentaba la verde

hierba. No se estremecía una sola hoja de los árboles y el agua del río se deslizaba apacible y transparente. Una completa quietud reinaba por doquier, en los campos y en la aldea, como si todo se encontrara muerto. En el aire puro, las voces lejanas sonaban distantes y puras. El canto de los gallos se oía desde muchas verstas de distancia e incluso se percibía el ronquido de alguien que se había quedado dormido sobre la hierba.

Una paz completa, profunda, reinaba en la casa. Era la hora de la siesta. El niño veía que sus padres, su tía y todos los demás se dirigían a sus habitaciones, y los que no tenían habitación propia se iban al jardín o al patio para tumbarse un rato a la sombra. En aquellos momentos era fácil cruzar la casa sin encontrar a nadie.

Después de la comida, el niño salía a pasear en compañía de la niñera. Pero ésta, pese a toda su buena voluntad, no podía resistir al ambiente general y se quedaba dormida bajo la sombra de un árbol, no sin antes recomendar al niño encarecidamente que no se apartara de su lado. Pero Ilia estaba esperando lleno de impaciencia este momento, en el cual daba comienzo su vida de libertad. Entonces le parecía encontrarse completamente solo en el mundo, y se dedicaba con plena conciencia a llevar a cabo todo cuanto le estaba prohibido. Trepar a la galería ruinosa, pasearse por toda la casa. Cazaba una libélula, y le cortaba las alas o bien la atravesaba con una pajita para ver cómo volaba con aquel aditamento incorporado a su cuerpo. Se entretenía contemplando cómo una araña sorbía la sangre a una mosca, hasta que acababa matando a las dos. Se aproximaba al temido barranco. Sin embargo, el miedo que le habían infundido sobre aquel lugar podía más que su curiosidad y tras de acercarse a él, echaba a correr despavorido para arrojarse en los brazos de la niñera, que despertaba sobresaltada, fingiendo no haberse dormido, para escapar de esta manera a la reprimenda del ama.

Mientras tanto, el sol empezaba a descender y el calor a disminuir. El sol se encontraba entonces muy cerca del bosque. La casa comenzaba a despertarse poco a poco. Aquí se oía el rechinar de una puerta al abrirse; allá los pasos de alguien que bajaba a la cocina. Un criado aparecía de pronto con el samovar en la mano. La familia se reunía para tomar el té. Los rostros de todos aparecían como hinchados a consecuencia del sueño, y todos bostezaban, gruñían y se desperezaban. Aún estaban medio dormidos, y aunque llegaban a beberse cada uno hasta doce tazas de té, no por ello conseguían despabilarse. Algunos bebían *kvas* o aguas medicinales, para quitarse la sequedad de la garganta, como una caravana de sedientos viajeros que atravesara los desiertos de Arabia.

El niño tomaba asiento junto a su madre, contemplaba los rostros todavía llenos de sueño y escuchaba las perezosas y lentas conversaciones. Los más

simples comentarios le parecían rebosantes de interés. Luego del té, cada uno procuraba ocuparse de un modo u otro. Uno bajaba hasta el río, para pasear por la orilla y arrojar piedras al agua con el pie; otro se sentaba en la ventana y seguía con la vista a un gato que cruzaba el patio o el vuelo de una mosca, y movía la cabeza lentamente. La madre acariciaba a Ilshka los finos cabellos y llamaba a Nastasia y a Stepanida para que admirasen a su hijo. Las tres hablaban entonces del futuro del pequeño, imaginándoselo convertido en un héroe de novela o nadando en un mar de oro.

La tarde declinaba lentamente. Volvía a encenderse la cocina y tornaba a oírse el ruido de los cuchillos. Ahora preparaban la cena. Los criados se reunían en grupo ante la puerta. Desde allí llegaba un rumor de risas y el sonido de una balalaika. Estaban jugando al escondite. El sol comenzaba ya a ocultarse detrás de los abedules, despidiendo sus últimos y vacilantes fulgores. Los colores iban esfumándose, confundiéndose en un tono gris que lo cubría todo hasta llegar al negro. Poco a poco, los pájaros enmudecían; sólo uno dejaba oír de cuando en cuando su canto. Pero los intervalos eran cada vez más amplios, hasta que al fin él también callaba. Ya todo estaba sumido en el silencio. Ahora sólo se dejaban oír los grillos. Un vaho blanquecino se alzaba de la tierra y cubría los campos y los prados. También el rumor del agua parecía calmarse. Cada vez era más apagado. Las negras masas de árboles parecían ahora extraños monstruos; y de cuando en cuando se oía en el bosque un crujido, como si uno de aquellos seres fantásticos cambiara de posición y fuera rompiendo las ramas bajo sus pies. La primera estrella, como un ojo vivo, parpadeaba en lo alto y tras de las ventanas de la casa iban encendiéndose las luces.

Era el instante de la solemne calma de la naturaleza, cuando el espíritu creador trabaja más activamente, florecen los pensamientos poéticos y el corazón late rebosante de emoción... Oblomovka respiraba entonces envuelta en una paz y serenidad supremas.

—Vamos a pasear, mamá —decía entonces el niño.

—Pero ¿qué dices? ¿Ir a pasear a estas horas? —exclamaba la madre sorprendida por la ocurrencia de su hijo—. Por el campo hay mucha humedad y te mojarías los pies. Además, el demonio de los bosques podría llevarte.

—¿Adonde? ¿Cómo es ese demonio? ¿Dónde vive? —inquiría el niño.

La madre daba rienda suelta a su fantasía. El niño la escuchaba con la mayor atención, parpadeando sin cesar, hasta que el sueño le vencía. Entonces la niñera le llevaba a acostar, ya dormido, con la cabeza colgando.

—¡Al fin se acabó el día, gracias a Dios! —decían los habitantes de

Oblomovka, cuando, muertos de sueño y cansancio, se disponían a acostarse—. Hemos vivido en paz y gozado de salud. Pido a Dios que mañana sea igual. ¡Gracias te sean dadas, Señor!

Oblomov siguió soñando. Ahora fue una interminable velada de invierno. Él abrazaba estrechamente a la niñera, mientras ésta le explicaba interminables cuentos de hadas y le hablaba de países desconocidos en los que no había noche ni reinaba jamás el frío, donde sucedían cosas maravillosas, los ríos llevaban leche y mié!, y nadie estaba obligado a trabajar. En aquellos países, los niños como él podían pasarse el día entero jugando y divirtiéndose. Allí habitaba una amable y cariñosa hada que de cuando en cuando elegía a un hombre desgraciado o a un holgazán y le colmaba de regalos y atenciones, para acabar casándole con una mujer maravillosa, con la misma Militrisa Kirbitievna.

El niño escuchaba la narración con los ojos abiertos de par en par y los oídos atentos. La niñera —y a través de ella la tradición— evitaba con el mayor cuidado toda referencia o contacto con la realidad, de modo que la inteligencia y el espíritu del oyente se impregnara de fantasía y permaneciera esclavo de ella hasta la mayoría de edad. La niñera explicaba con suma sencillez el cuento de Emelia el Loco, esa aguda sátira contra nuestros antepasados y quizá contra nosotros mismos. Aunque cuando Ilia Illich fue mayor supo que no existían ríos de leche ni de miel, así como tampoco hadas, y si sonreía al escuchar a la niñera, su sonrisa no era franca y sincera y suspiraba en secreto. Pero a pesar de esto, la fantasía y la realidad habíanse mezclado de tal modo en su espíritu que en ciertos momentos se sentía defraudado al ver que los cuentos de hadas no compaginaban con la realidad. En algunos instantes no podía evitar el soñar con Militrisa Kirbitievna, sintiéndose atraído por el recuerdo de aquel país en que nadie tenía que trabajar y en el que todo el mundo se divertía jugando a todas horas, sin vivir acuciados por inquietudes ni preocupaciones.

La niñera le explicaba también las historias de nuestros Aquiles y Ulises, las hazañas y proezas de Ilia Muromets, de Dobrinia Nikitich, de Alejo Papovich, del gigante Polkan, del peregrino Koletchishtche, y le hablaba de la forma en que habían cruzado toda Rusia destruyendo las hordas de infieles.

Contaba también historias de aparecidos y de fantasmas, que hacían estremecer de terror al niño.

En Oblomovka todos creían en los duendes y en apariciones.

A continuación Oblomov se vio a sí mismo de trece a catorce años. Estaba estudiando en Verhliovo, en la escuela de Stolz, el administrador alemán. Éste tenía un hijo, Andrei, poco más o menos de la misma edad que él. Además estaba

otro muchacho que habían confiado al profesor y que casi siempre se encontraba enfermo. Aquel niño escrofuloso se pasaba el día llorando por los rincones, pues echaba de menos a su abuela, viéndose obligado a vivir con gente extraña que no le mimaban.

Hasta entonces ellos tres eran los únicos alumnos que tenía el alemán. Oblomov había sido conducido al colegio por sus padres, pese a sus lágrimas, ruegos y lamentaciones. El alemán era un hombre recto y trabajador como suelen serlo la mayoría de sus compatriotas. Sin duda, Oblomov hubiera aprendido algo bueno de él si Oblomovka se hubiese encontrado a trescientas verstas de Verhliovo. Pero ¿cómo había de aprender nada si el hechizo de Oblomovka, su atmósfera, costumbres y sistema de vida llegaba hasta Verhliovo, que en el pasado había pertenecido a los Oblomov? Todo el pueblo, salvo el hogar del alemán, estaba regido por la más completa pereza, sencillez, mansedumbre e inercia.

El entendimiento y el corazón del niño habían sido impregnados de tales sentimientos mucho antes de que sus ojos se posaran en las páginas de un libro. ¿Quién puede decir cuándo comienza a desarrollarse la inteligencia de un niño? ¿Quién anunciar el origen de las primeras impresiones y pensamientos de un espíritu infantil? Quizá ya antes de que comience a andar y a hablar, cuando se limita a mirar a su alrededor con esa torpe expresión que a las personas mayores parece estúpida, vaya percibiendo y asimilando el significado de lo que sucede a su alrededor, aunque nadie se dé cuenta de ello, ni siquiera él mismo.

Posiblemente, Ilia Illich se había percatado hacia mucho tiempo de lo que se hacía y decía a su alrededor. Quizás hubiera descubierto asimismo que su padre no hacía en todo el día otra cosa que pasearse por la habitación con las manos a la espalda, tomando rapé y sonándose, en tanto que su madre se limitaba a vegetar desde la hora del café a la del té, y desde la del té a la de la comida; que a su padre jamás se le había ocurrido comprobar el número de sacos de grano o de harina que se recogían, aunque todo el día se lo pasara gruñendo a la gente y le pareciera un desorden imperdonable que alguien no recogiera con la suficiente rapidez un pañuelo caído en el suelo. Sin duda Ilia Illich había decidido ya en su fuero interno que la vida de las personas era tal y como él la veía desarrollarse en torno suyo. No podía haber sacado otra conclusión de sus observaciones.

¿Cómo vivían las personas mayores en Oblomovka? ¿Se habían preguntado una sola vez en el transcurso de su existencia para qué les había sido concedida la vida? ¡Dios sabe! Pero ¿qué habrían contestado caso de preguntárselo? Probablemente de ninguna manera, ya que la respuesta les parecía clara y evidente. Jamás había llegado a sus oídos ni la más remota noticia de que la vida fuera dura, de que los hombres vivieran llenos de preocupaciones o de ansiedad,

condenados a cumplir tareas que jamás tenían fin. No creían que pudieran existir tales angustias e inquietudes, ni que nadie fuera capaz de fijar para su propia vida una lejana meta. Por otra parte, les asustaban los sentimientos violentos. Y mientras en otros pueblos y regiones los cuerpos de la gente se consumían rápidamente, devorados por la acción volcánica de un ardor espiritual, las almas de los habitantes de Oblomovka permanecían gozando de absoluta paz y reposo en sus confortables cuerpos.

La vida no les dejaba, como les sucede a otras personas, huellas prematuras, ni tampoco les proporcionaba sacudidas destructoras ni graves enfermedades. Los habitantes de Oblomovka concebían la vida como un estado de perfecto reposo, turbado de vez en vez por una enfermedad, una pérdida de dinero, una disputa y también por el trabajo. Consideraban el trabajo como un castigo que había sido infligido a sus antepasados, y no encontraban el menor placer en él. Lo eludían siempre que les era posible y creían que obraban bien al hacerlo.

Jamás eran inquietados por arduos problemas morales o espirituales. Por esta razón, vivan luengos años, gozando de una perfecta salud y de un envidiable buen humor. Los hombres de cuarenta años parecían muchachos, y en cuanto a los ancianos, morían porque ya no podían seguir viviendo más. Ésta es la razón de que ahora se oiga decir que en los pasados tiempos los hombres eran mucho más fuertes. Sí, es cierto, lo eran. No sentían ninguna prisa por explicar a los niños el significado de la vida ni hacerles entender que vivir es algo complicado y en extremo difícil. El modo de vivir había sido establecido de una vez para siempre, y ellos habían heredado tal concepto de sus padres, y éstos a su vez de sus abuelos, con idéntica fidelidad y cuidado que de generación en generación pasaba en otro tiempo el fuego sagrado de las vestales.

En semejante ambiente, ¿cómo era posible que se despertase el interés por el estudio? ¿Qué metas, qué horizontes podían imaginarse? No era necesario emprender nada nuevo, la vida seguía fluyendo como un río de apacible curso, y todo lo que debían hacer ellos era sentarse en espera de los acontecimientos inexorables de la vida, que venían por sí mismos, sin necesidad de que nadie los llamara.

Los tres acontecimientos principales de la vida de las familias, el nacimiento, el casamiento y la muerte, comenzaron a aparecer como escenas vividas ante la imaginación del dormido Ilia Illich. Vinieron luego todas las fiestas de segundo orden: las religiosas, los aniversarios, los banquetes, las reuniones con los parientes, las felicitaciones, *etc.* Todo se cumplía con gran minuciosidad y pompa. El ceremonial estaba establecido desde hacía años y años y jamás se producían incidentes sobre aquella cuestión.

En ocasiones, nada más cierto, surgían de pronto algunos desagradables acontecimientos. Pero la mayor parte de los habitantes de Oblomovka los recibían con el mayor estoicismo. Y la desgracia, luego de haber rondado por aquellos parajes, se alejaba al igual de una bandada de pájaros que se detienen un instante en su vuelo y, al no encontrar sitio adecuado donde posarse, prosigue su vuelo sin la menor tardanza.

Por ejemplo, en cierta ocasión se derrumbó parte de la galería de la casa, enterrando bajo sus ruinas a una gallina y a sus polluelos. Aksinia, la mujer de Antip, estaba trabajando bajo la galería un momento antes, y escapó por milagro de la muerte. En toda la Casa se produjo una enorme excitación. Todos, grandes y pequeños, se apresuraron a correr al lugar del suceso, sintiéndose horrorizados al pensar que en lugar de la gallina y de los polluelos, podían haberse encontrado bajo la galería el ama y el pequeño Ilia Illich. Unos a otros se reprocharon el no haber tomado las debidas precauciones para evitar aquella desgracia. Les produjo un verdadero asombro que se hubiera derrumbado la galería, cuando el día anterior se maravillaban de que aún se mantuviera en pie.

Luego, todo el mundo regresó a sus puestos y durante mucho tiempo la galería permaneció en el mismo estado, hasta que al fin, lo poco que de ella quedaba intacto empezó a derrumbarse también y el carpintero tuvo que repararla con el material sobrante de la parte hundida.

—¡Ha quedado como nueva! —decía el padre de Ilia Illich a su esposa—. ¡Ahora durará años enteros!

Alguien le recordó entonces que quizá fuera el momento de reparar la escalera de la puerta y el porche, ya que los agujeros que había allí eran tan grandes que los gatos e incluso los cerdos podían pasar a través de ellos.

—Conforme —repuso Ilia Ivanovich, y se dirigió apresurado a echar un vistazo a la entrada.

Los escalones que llevaban a la puerta de entrada se movían de un modo alarmante.

—Desde luego esto está muy mal —opinó el padre de Ilia Illich.

—Ya se movían así cuando se construyó la escalera —dijo entonces alguien.

—Tienes razón —afirmó el señor del lugar—. Y si no se ha hundido hasta hoy, ¿por qué tiene que hacerlo mañana? Luka fue un gran carpintero. Ninguno de los de ahora tendría la habilidad necesaria para construir una escalera como ésta.

Los escalones siguieron moviéndose a más y mejor, pero hasta la fecha no se han venido abajo.

Luka debió sin duda ser un gran carpintero.

De todos modos, hay que hacer justicia a los Oblomov. Cuando sobrevenía alguna desgracia o un accidente cualquiera, por ínfimo que éste fuera, se preocupaban enormemente e incluso llegaban al extremo de enojarse, lo que no era poco. «Hay que hacer algo», decían inmediatamente. No hablaban de otra cosa que de reparar el puentecillo que cruzaba el torrente, o bien de cercar la huerta para que los animales no estropearan los cultivos hortícolas. La vieja empalizada se encontraba en pésimo estado y la preocupación de Ilia Ivanovich llegó al extremo de levantar un día, con sus propias manos, la parte de cerca derribada y ordenar al jardinero que la afianzara mediante dos estacas empotradas en la tierra. De aquel modo permaneció durante todo el verano, hasta que las primeras nieves del año volvieron a derribarla. Al final, hasta el puente fue reparado con tres nuevas planchas, la vez que Antip se cayó con su caballo en el torrente.

En el sueño de Ilia Illich apareció también el enorme y oscuro salón de la casa paterna, amueblado con unos sillones anticuados cubiertos con viejas fundas, un sofá enorme y un sillón de cuero.

Era un largo anochecer de invierno. La madre se encontraba sentada en el sofá, con los pies encogidos, haciendo punto de media con lentos movimientos de sus manos, lanzando algún que otro bostezo y rascándose de cuando en cuando la cabeza con una de las agujas. Sentadas a su lado, Nastasia Ivanovna y Pelagea Ignatievna se dedicaban a coser. El padre de Ilia Illich se paseaba arriba y abajo de la estancia con las manos a la espalda, tomaba asiento de vez en cuando, para poco después reanudar su paseo, escuchando con atención el ruido de sus propios pasos. Más tarde, tomaba un poco de rapé y se sonaba ruidosamente. Una vela iluminaba la escena, lujo sólo permitido durante las veladas de otoño y primavera, pues en verano solían acostarse todos con la luz del día, en parte por costumbre, en parte por economía.

Los Oblomov eran en extremo ahorrativos en lo que respecta a los artículos que no se producían en la finca y se veían obligados a comprar. No tenían inconveniente en matar un enorme pavo o una docena de pollos para honrar a un huésped, pero jamás se les ocurría poner una pasa de más en el pastel, y palidecían si el invitado se llenaba él mismo la copa de vino. Aunque esto no sucedía jamás, pues quien osaba hacerlo tenía por fuerza que ser un sinvergüenza y un despreocupado, y esta clase de gente no era recibida en el hogar de los Oblomov. La costumbre establecida era muy otra. Nadie tocaba nada jamás hasta que se lo habían ofrecido tres veces. Todos sabían que si un plato determinado o un vaso de vino sólo les era ofrecido una vez, esto quería decir que se esperaba que lo rechazase.

A los Oblomov les horrorizaba tener que gastar dinero. Cuando una vez se supo que un vecino había gastado una gran cantidad de rublos en telas y zapatos comprados en Moscú, el padre se apresuró a manifestar que a un tipo como aquél deberían meterle en la cárcel. En resumen, sólo conocían una manera de hacer uso de su capital, y éste era mantenerlo escondido siete estados debajo de tierra.

Algunos habitantes de la casa y varios visitantes se encontraban también sentados en el salón. Entre ellos reinaba el silencio más completo. Se veían todos los días y hacía tiempo que habían agotado todos los posibles temas de conversación, ya que con dificultad llegaban hasta allí noticias del exterior. De este modo transcurrió cerca de una hora. De vez en cuando a alguien se le escapaba un bostezo y trazaba la señal de la cruz sobre su boca abierta, al tiempo que murmuraba: —Alabado sea Dios.

A continuación bostezaba el vecino, y luego el otro y el otro, y el bostezo iba brotando de boca en boca hasta hacer surgir lágrimas en los ojos. De vez en cuando, Ilia Ivanovich se acercaba a la ventana, miraba al exterior, y decía por ejemplo: —¡Tan sólo son las cinco y está oscuro como si ya fuera plena noche!

—Sí —respondía uno cualquiera—. Siempre está oscuro a esta hora. Las noches de invierno son muy largas.

Cuando arribaba la primavera, todos se alegraban de que los días fueran más largos. Ahora bien, si a alguien se le hubiese ocurrido preguntarles por qué razón les gustaba que lo fueran de seguro que no habrían sabido qué responder.

De nuevo se hizo el silencio. Alguien entonces intentó despabilar la vela, pero no consiguió más que apagarla. Todos dijeron entonces: —Tal cosa quiere decir que debe de estar a punto de llegar una visita inesperada.

Esto dio origen a una charla hasta un cierto punto animada.

—¿Quién podrá ser? —dijo la dueña de la casa—. ¿Quizá Nastasia Fadeievna? ¡Qué alegría me daría! Pero no, nunca se presenta antes de las Navidades. ¡Tengo unos deseos de verla! Charlaríamos un rato e iríamos a misa juntas... Pero no puedo competir con ella. Aunque yo soy más joven, no me es posible permanecer tanto tiempo de pie como ella.

—¿Cuándo se fue de aquí? —preguntó entonces Ilia Ivanovich—. Creo recordar que fue al día siguiente de San Ilia.

—¡Qué dices! ¡Todo lo confundes, Ilia Ivanovich! ¡Se fue antes de la Pascua de Pentecostés! —replicó la esposa del dueño de la casa.

—Pues creo recordar que para San Pedro todavía estaba con nosotros.

—¡No digas tonterías! —dijo su mujer en tono de reproche—. Te estás

poniendo en ridículo con eso que dices.

—Pues estoy seguro de que se encontraba aquí para San Pedro. Lo recuerdo muy bien. Comimos pastel de setas porque le gusta mucho a ella...

—A quien le gusta el pastel de setas es a María Onisimovna. Y no estuvo aquí para San Ilia, sino para San Prohor y San Nicanoro.

Su cronología se regía por las festividades de los santos, las estaciones del año, los acontecimientos familiares, y nunca por meses y días concretos y determinados. Esto era debido tal vez a que la mayor parte de ellos confundían los meses del año y apenas, si sabían contar.

Ilia Ivanovich, derrotado, no respondió a su esposa. El silencio se hizo de nuevo, y el pequeño Ilushka comenzaba a dormirse cuando uno de los invitados exclamó: —¡Qué hombre más fuerte era el marido de María Onisinovna! No llegó a los sesenta. ¡Sin embargo, cualquiera hubiese creído que iba a vivir cien años!

—Todos moriremos un día u otro —afirmó Pelagea Ivanovna, lanzando un suspiro—. Unos mueren y otros nacen. Por cierto, que me han dicho que Ana Andreievna ha tenido el sexto hijo.

—No es ella sola —añadió la dueña de la casa—. ¡Pronto se casará su hermano, y ya verán la de preocupaciones que tendrá en cuánto comience a tener hijos! Los chicos crecen de prisa y pronto estarán en edad de casarse y las muchachas querrán marido también. Pero cada día es más difícil encontrarlos, pues los hombres sólo buscan una buena dote...

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Ilia Ivanovich.

Repitieron cuanto habían dicho hasta entonces.

—¡Qué mundo! —exclamó Ilia Ivanovich sentenciosamente—. Unos mueren, otros nacen, otros se casan y todos vamos envejeciendo. Cada día es distinto al siguiente. ¿No habría sido cien veces mejor que todos fuesen exactamente idénticos? Da pena pensar...

—Los que son mayores envejecen y los jóvenes van creciendo —dijo una voz somnolienta desde un rincón de la estancia.

—Hay que rezar más y pensar menos —afirmó ahora la dueña de la casa.

—Nada más cierto —corroboró Ilia Ivanovich, reanudando sus paseos por la habitación.

Se hizo una nueva pausa durante la cual sólo se oyó el rumor que producían las agujas de hacer media. Hasta que, de pronto, a la dueña de la casa se le ocurrió decir: —¡Que oscuridad hay fuera! A Dios gracias, para Navidad vendrán los

amigos y los parientes, y entonces pasarán las veladas sin darnos cuenta. Si viene Malania Petrovna nos divertiremos mucho. Nadie como ella para imaginar juegos y diversiones...

—Sí, es muy divertida —afirmó alguien—. Hace dos años se le ocurrió aquello de dejarse deslizar por las laderas heladas. ¿Lo recuerdan? Fue cuando Luka Savich se partió la cabeza.

Todos se sintieron animados de pronto y comenzaron a mirar a Luka con expresión sonriente.

—¿Cómo sucedió, Luka Savich? Cuéntenoslo —pidió Ilia Ivanovich echándose a reír.

—¡Oh! No hay nada que contar —repuso Luka confundida—. Se lo inventó todo Alexei Naumich. Pero le aseguro que no ocurrió nada.

—¡Cómo! —exclamó uno cualquiera—. Lo vimos todos y, además, está la cicatriz que tiene usted en la frente.

Todos se echaron a reír.

—¿De qué se ríen ustedes? —trató de decir Luka Savich—. Me dieron un trineo viejo que se deshizo al momento... De no ser por esto no me hubiese caído...

Apenas si se alcanzaba a oír su voz entre las risas de los demás. La hilaridad se propaló por el resto de la casa, hasta llegar a las habitaciones de la servidumbre. Cuando la tempestad pareció amenguar, Ilia Ivanovich dijo: —¿Piensa usted patinar también este año, Luka Savich?

Las risas se repitieron, y la conversación se prolongó durante algunos minutos, hasta que de nuevo se hizo el silencio.

De súbito, Ilia Ivanovich se detuvo en medio del salón, y llevándose la mano a la nariz, dijo con acento de angustia: —¡Qué desgracia! Presiento que va a morir alguien. Me pica mucho la punta de la nariz.

—¡Pero hombre, qué cosas dices! —exclamó su esposa—. Lo que anuncia la muerte de alguien es cuando pica el hueso de la nariz, no la punta. Un día se te ocurrirá decir una de esas tonterías delante de un forastero y quedarás en ridículo.

—Entonces, ¿quieres decirme lo que pasa cuando a uno le pica la punta de la nariz? —inquirió. Ilia Ivanovich avergonzado—. Siempre lo confundo. ¿Cómo puedo recordar lo que significa una cosa u otra? A veces me pica en la punta, o bien a un lado...

—Si pica a un lado —respondió Pelagea Ivanovna—, significa que tendremos noticias. Si pican las cejas, significa lágrimas; si la frente, que tendremos

que inclinarnos ante alguien; si son las orejas, entonces es seña! de lluvia; si los labios, besos; si el bigote, comer dulces; las plantas de los pies, un viaje...

—¡Bien por Pelagea Ivanovna! —exclamó Ilia Ivanovich—. Y cuando pica la nuca quiere decir que la mantequilla bajará de precio, ¿no?

Las mujeres se echaron a reír y los hombres sonrieron. Estaba a punto de producirse otro ataque de risa cuando se oyó algo semejante al gruñido de un perro y el maullido de un gato que estuvieran peleándose. Sencillamente, era el reloj de péndulo, que se disponía a dar la hora.

—¡Las nueve ya! —dijo Ilia Ivanovich sorprendido—. ¡Pasa el tiempo sin darse uno cuenta! ¡Vaska! ¡Vanka! ¡Motka!

En el umbral de la puerta aparecieron tres rostros somnolientos.

—¿Por qué no ponéis la mesa ya? —preguntó Oblomov enfadado—. ¡Nunca os acordáis de vuestros amos! ¡Vamos, aprisa, y traed el vodka en seguida!

—Por esto le picaba a usted la punta de la nariz —dijo Pelagea Ivanovna con ironía—. Significaba que iba a beber vodka.

Terminada la cena, todos se besaron y, bendijeron mutuamente y el sueño no tardó en descender sobre sus cabezas libres de inquietudes y cuidados.

Ilia Illich soñaba, aunque no precisamente con aquella noche, sino con una interminable serie de días, semanas, meses y años que habían transcurrido de aquel mismo modo. Nada turbaba la monotonía de la vida de Oblomovka. Sus habitantes no se daban cuenta, pues ignoraban por completo que se pudiera vivir de otro modo, y de haber llegado a imaginarlo es seguro que se hubiesen sentido horrorizados.

Tan sólo una vez sucedió algo realmente excepcional. Un día, a la hora del té, apareció un campesino de Oblomovka que venía de la ciudad. El hombre entró súbitamente en el salón, y no sin esfuerzo, consiguió extraer de su pecho una carta dirigida a Ilia Ivanovich Oblomov. Se produjo un movimiento de sorpresa general. La dueña de la casa palideció y todos miraron fijamente la misteriosa carta.

—¡Qué raro! ¿De quién podrá ser? —dijo al cabo la señora volviendo de su sorpresa.

Su marido, mientras tanto, cogió la carta de manos del campesino y la dio una vuelta, sin saber a ciencia cierta qué hacer con ella, lleno de perplejidad.

—¿De dónde has sacado esto? —preguntó al campesino—. ¿Quién te la ha entregado?

—Fue así —comenzó a decir el campesino—. Un tipo de la oficina de correos

estuvo dos veces en la fonda para preguntar si se alojaba allí alguien de Oblomovka, pues había una carta para el amo.

—Sigue...

—La primera vez pude esconderme, y el oficial tuvo que largarse con su carta. Pero el sacristán de Verhliovo me vio y fue a buscar al empleado. Entonces volvieron los dos y me entregaron la carta. Yo pregunté qué tenía que hacer con ella y me contestaron que entregársela a su señoría.

—¡Pues no debiste tomarla! —dijo la señora muy enojada.

—Yo bien me negué —repuso el campesino—. Les dije que jamás había hecho una cosa así y que no quería tomarla. Pero entonces el oficial me contestó que se quejaría a su jefe, y yo entonces la tomé.

—¡Estúpido! —exclamó la señora.

—¿De quién podrá ser? —dijo Oblomov pensativamente, examinando el sobre—. La letra me parece conocida.

La carta fue pasando de mano en mano. Cada uno expuso su opinión acerca de quién podría ser el autor de la misma. Ilia Ivanovich pidió sus lentes y después de cerca de hora y media de buscarlos por todas partes se los puso, dispuesto a abrir el sobre.

—Yo que tú no la abriría, Ilia Ivanovich. —dijo su esposa llena de miedo—. ¡Dios sabe qué clase de carta será! A lo mejor nos trae algún disgusto. Puedes leerla mañana o pasado. No hay que apresurarse.

La carta fue abandonada junto con los lentes, y todos se sentaron a tomar el té. Durante el resto del día, ni tampoco en el que siguió se habló para nada de leerla. Al cabo, no pudiendo soportar más tiempo la incertidumbre que les devoraba, al cuarto día abrieron la carta con gran emoción de todos. Oblomov se apresuró a echar una ojeada a la firma.

—Radischev —leyó—. ¡Pero si es de Filip Matveich!

—¡Es de Filip Matveich! —dijeron uno tras otro—. De modo que vive todavía, ¿eh? ¡A Dios gracias no ha muerto aún! ¿Y qué dice?

Oblomov leyó la carta en voz alta. Filip Matveich pedía que le enviasen la receta de fabricación de la cerveza de Oblomov, que era famosa por su calidad.

—¡Envíasela! —dijeron todos—. Tienes que escribirle.

De este modo transcurrieron dos semanas.

—Tengo que escribirle —continuaba repitiendo Ilia Ivanovich—. Pero

¿dónde está la receta?

—¿Dónde estará? —se preguntaba también la dueña de la casa—. Veré de encontrarla, pero no corre prisa. Pronto estaremos en Navidad, luego vendrá la Cuaresma y después, si Dios quiere, podrás escribirle. Queda tiempo de sobra.

—Tienes razón. Será mejor que le escriba para Pascua —repuso Ilia Ivanovich.

Sin embargo, decidió escribirle ahora. El hombre se encerró en su despacho, se sentó a la mesa y se puso los lentes. En toda la casa reinaba un profundo silencio, pues se dio orden a los criados de no chillar ni de armar ruido. «El amo está escribiendo», decían todos hablando en voz baja, como si hubiera un muerto en la casa.

No había tenido tiempo de escribir más que las palabras «Apreciable amigo» con temblorosa mano y gran cuidado, cuando su esposa entró en la habitación.

—He buscado la receta por toda la casa y no la he encontrado —dijo—. Pero aún me queda por mirar en la cómoda de la alcoba. ¿Y cómo pensabas enviar la carta?

—Por correo —contestó Ilia Ivanovich.

—¿Cuánto costaría?

Oblomov consultó un viejo almanaque.

—Cuarenta *kopeks* —repuso.

—¡Qué despilfarro! —exclamó la dueña de la casa—. Sería mejor que esperásemos a que alguien del pueblo fuera por allá. Diles a los campesinos que lo busquen.

—Desde luego, sería mejor enviársela a mano —contestó Ilia Ivanovich, y cogiendo la pluma la guardó en un cajón y se quitó los lentes.

La historia no dice si Filip Matveich llegó a recibir alguna vez la receta.

De cuando en cuando, Ilia Ivanovich se hacía con algún libro. Jamás le había parecido que la lectura constituyera una necesidad esencial, sino que la consideraba como un lujo del que se podía muy bien prescindir, y por esta razón jamás se preocupaba de la clase del libro que tenía entre sus manos. Sencillamente, esperaba que fuera algo divertido para distraerle cuando estaba aburrido y no tenía nada que hacer. «Hace años que no leo un libro», solía decir con frecuencia, si bien a veces trocaba está frase por otra: «Me parece que voy a leer un libro». O, sencillamente, al ver el pequeño montón de libros que su hermano le había dejado, cogía uno de ellos al azar.

Lo mismo si se trataba de un libro de Golokov, del último tomo del Libro de los sueños, de la Rossiada de Heraskov, de las tragedias de Sumarokov o de un periódico de hacía dos años, lo leía todo con idéntico placer, haciendo notar de cuando en cuando. «¡Qué cosas! ¡Qué cosas escribe este bribón!» Tales expresiones estaban dedicadas a los autores, hacia los cuales no sentía el menor respeto. Muy al contrario, despreciaba a los escritores, cosa muy corriente entre las personas chapadas a la antigua. Al igual que mucha gente de nuestros días, tenía a la gente de pluma como una especie de payasos cuya única misión era divertir al público.

A veces leía los periódicos atrasados en voz alta o comentaba simplemente sus noticias. «Escriben desde La Haya que su Majestad el Rey ha regresado sano y salvo a su palacio después de un corto viaje», decía, y miraba por encima de las gafas a sus oyentes. O bien «El embajador de tal o cual país ha presentado sus cartas credenciales en Viena». «Y aquí dice —leía— que las obras de madame Genlis han sido traducidas al ruso.»

—Supongo que hacen esas traducciones con el único objeto de sacarles dinero a la gente —observó uno de los oyentes, un pequeño propietario.

Mientras tanto, el pobre Uiushka continuaba recibiendo las lecciones de Stolz. Las mañanas del lunes se levantaba completamente deprimido y en cuanto abría los ojos oía la voz estridente de Vanka que gritaba en el porche: —¡Antipka, ensilla el caballo pío para llevar al señorito a casa del alemán!

Al niño se le caía el alma a los pies. Se despedía de su madre lleno de tristeza. La buena mujer sabía de sobras lo que le sucedía a su hijo, y procuraba dorarle la píldora, aunque suspiraba en su interior al pensar que el pequeño iba a partir para pasar toda la semana fuera. Ninguna golosina le parecía lo bastante buena para las mañanas de los lunes; se hacían pasteles y dulces especiales para el niño; le daban bizcochos, mermelada, frutas, quesos y toda suerte de pastas de elaboración casera, impulsados por la idea de que el alemán no le daría bastante de comer.

—Allí comen poco —decía la gente de Oblomovka—. Para el almuerzo sirven sopa, asado y patatas, y mantequilla para el té. Pero a la hora de cenar, no comen nada.

Ilia Illich estaba siempre soñando con aquellos lunes en que no oía la voz de Vanka y en que su madre le decía a la hora del desayuno, con sonrisa complaciente: —Este lunes no irás. El jueves es una gran fiesta y no vale la pena de ir y volver sólo por tres días.

En otras ocasiones, no iba a la escuela porque se preparaba la conmemoración de los Fieles Difuntos y todo el mundo estaba ocupado en la

confección de los grandes pasteles para la fiesta.

A veces, su madre le miraba y decía:

—Esta mañana tienes mal aspecto. ¿Te encuentras bien?

El muchacho se sentía perfectamente, pero se callaba:

—Será mejor que te quedes en casa esta semana —decía su madre—. Luego ya veremos.

Todos en la casa estaban más que convencidos de que las clases del niño y la conmemoración de los Fieles Difuntos eran incompatibles, y que la fiesta del jueves era un impedimento para ir a la escuela el resto de la semana. Tan sólo alguna vez, un criado a quien habían regañado por culpa del muchacho, gruñía: —¡Ojalá estuvieras con el alemán!

Otras veces, Antipka, en el coche de la familia, iba a buscar al niño a la escuela del alemán para conducirlo a casa a principios o mitad de la semana, —¡María Savichna, o bien Natalia Fadeievna o los Kuzovkin con sus hijos han venido de visita!

E Iliushka permanecía en casa durante tres semanas. Semana Santa no se encontraba muy lejos y a continuación venía la Pascua, y entonces alguien decía que el niño no debía de trabajar durante la semana siguiente a la de Pascua. De forma que ya sólo faltaban un par de semanas para las vacaciones de verano, y las lecciones quedaban aplazadas durante aquellos seis meses. El muchacho iba creciendo y robusteciéndose y dormía siempre a pierna suelta. Su familia le observaba con verdadera sorpresa y atención cuando los sábados regresaba de casa del alemán, pálido y enflaquecido.

—Se ha de tener cuidado —comentaban sus padres—. Siempre queda tiempo para estudiar. En cambio, la salud no se adquiere con dinero. La salud es la cosa que más vale en el mundo. Ya lo veis, vuelve de la escuela como si acabara de salir de un hospital, flaco... y más travieso que nunca.

—Sí —añadía el padre—. Estudiar demasiado es perjudicial y puede llevarle a uno a la tumba.

Y los cariñosos padres seguían encontrando pretextos y más pretextos para hacer quedar a su hijo en casa; disponían de una larga serie de ellos. En invierno hacía demasiado frío, en verano no podía ir a causa del excesivo calor; otras veces era porque estaba lloviendo; en otoño, el tiempo era desagradable a más no poder. En otras ocasiones, Antipka, aunque no estaba bebido, tenía en los ojos un brillo raro que hacía temer que se estrellara con el coche en el primer recodo del camino.

En aquella época no se había llegado a la conclusión de que la instrucción

era necesaria, aunque no por sí misma, sino por los altos cargos y distinciones que podía proporcionar. Los Oblomov deseaban para su hijo todas estas ventajas externas y soñaban con verle vistiendo un uniforme cubierto de galones dorados, convertido en consejero y hasta en gobernador. Mas esperaban poderlo conseguir eludiendo las dificultades y los obstáculos que suponían los estudios, en vez de esforzarse en vencerlos atacándolos directamente. Querían que su hijo trabajara sólo un poco, sin agotar su inteligencia ni su cuerpo, cumpliendo únicamente con los requisitos que permiten obtener el título de bachiller en artes y ciencias.

Pero el sistema educativo de los Oblomov estuvo siempre en abierta oposición con el de Stolz. La insistencia y tozudez de éste, propias de su raza, le hubieran hecho triunfar de los Oblomov de no haber tenido entre sus propias filas a un gran enemigo. Su hijo echaba a perder a Ilia tanto o más que los propios padres del muchacho, ya que le preparaba las lecciones y le hacía los deberes.

Ilia Illich no había tardado en descubrir la diferencia que existía entre la vida que se llevaba en su casa y la que vivían los Stolz. En Oblomov, en cuanto se despertaba, tenía a su lado a Zajarka, el que andando el tiempo habría de convertirse en su criado Zajar. Éste le vestía, le lavaba, le peinaba y soportaba todas sus impertinencias de pequeño déspota. Al menor movimiento o signo suyo acudían presurosos tres o cuatro criados. Si se le caía cualquier cosa, inmediatamente se lo recogían del suelo, y si alguna vez intentaba hacer algo por sí mismo, sus padres y sus tías se apresuraban a decir: —¿Qué ibas a hacer? ¿Para qué están entonces Vanka y Zajarka?

Con este sistema, Ilia no pudo hacer jamás nada por sí mismo, y andando el tiempo descubrió que esto era mucho más cómodo, aprendiendo las maneras de sus parientes, es decir, a llamar a gritos a los criados por el menor motivo.

Los cuidados de los suyos le echaron a perder por completo.

No podía salir al patio o al campo, abrir una ventapa ni asomarse a un balcón sin que le hicieran una larga serie de recomendaciones, siempre temiendo que le sucediera algo malo. De este modo fue creciendo en el interior de su casa, de igual modo que una flor exótica en el interior de un invernadero. No hallando en qué emplearlas, sus energías flaquearon muy pronto, hasta que acabaron por desaparecer del todo.

A veces se despertaba en él el deseo de tomar parte en la vida que llevaban los demás muchachos de su edad. Una vez llegó a escaparse de su casa para irse a jugar con los muchachos al bosque y arrojarse unos a otros bolas de nieve. En la casa se produjo una confusión espantosa por tal motivo. Le creyeron perdido para siempre, y unos cuantos criados y campesinos salieron a buscarle acompañados

por dos perros. Cuando le encontraron, la emprendieron a golpes con los demás muchachos, como si le hubieran secuestrado ellos, y luego cogieron al señorito, lo arroparon con el mayor cuidado y se lo llevaron a casa.

Los padres, al verle llegar cuando ya le creían muerto o perdido para siempre, elevaron una ferviente acción de gracias al Dios Creador, le cubrieron de mimos e hicieron que permaneciera en la cama durante tres días. Sin embargo, lo que le hubiera convenido era volver a arrojar bolas de nieve con los otros muchachos de su edad.

X

EN cuanto el rumor de la respiración regular de Ilia Illich llegó a oídos de Zajar, éste saltó de la estufa y tras de echar una mirada a su dormido amo, dejó la puerta entornada y bajó al portal de la casa.

—¡Hola, Zajar Trofimich! ¡Cuánto tiempo sin vernos! —dijeron los cocheros, criados, mujeres y niños que se encontraban en aquel momento en el portal.

—¿Qué le ocurre a tu amo? ¿Ha salido? —preguntó el portero de la casa.

—Está durmiendo como un tronco —respondió Zajar.

—¿Cómo? —preguntó un cochero—. Si duerme a estas horas debe de ser que no se encuentra bien.

—¿Bien? ¡Está completamente «inundado»! —repuso Zajar muy convencido—. No lo creeréis, pero él solo se ha bebido una botella y media de Madeira y dos *kvas*. Ésta es la razón de que duerma ahora.

—¡Qué Suerte! —exclamó otro cochero, con visible envidia.

—¿Y qué fiesta celebraba hoy? —inquirió una mujer.

—Ninguna, Tatiana Ivanovna —repuso Zajar, acompañando sus palabras con una mirada de tristeza y conmiseración—. Todos los días ocurre igual. Ya no vale para nada. Incluso da pena hablar con él.

—¡Lo mismo que mi señora! —suspiró la mujer.

—¿Sabes si tiene que ir a alguna parte tu señora, Tatiana Ivanovna? —preguntó el cochero de antes—. Tengo que ir aquí cerca...

—¡Qué va a tener que ir! —contestó Tatiana—. ¡Está con su adorado, contemplándose mutuamente!

—La visita con gran frecuencia —añadió el portero—. Todas las noches me molesta, ¡maldita sea! Cuando todo el mundo ya está en sus casas, siempre queda él, y me arma un escándalo si encuentra la puerta de la calle cerrada. ¡Como si yo tuviera que estar de centinela ante la puerta, esperando que se vaya!

—¡Y hay que ver lo estúpido que es! —dijo ahora Tatiana—. Siempre le está regalando cosas. Y ella se pone como un pavo real. ¡Pero si vierais las enaguas y las medias que lleva, os avergonzaríais! A veces me entran ganas de decirla: «¡Vamos, mujer, ponte un pañuelo en la cabeza y sal a pedir limosna!»

Todos se echaron a reír menos Zajar.

—¡Qué gracia tiene esa Tatiana! —afirmaron todos.

—¡Pues si es la pura verdad! —siguió Tatiana—. No sé cómo algunos caballeros se atreven a ir con ella.

—¿Y dónde vas tú ahora? —preguntó uno de los presentes—. ¿Qué llevas en ese paquete?

—Voy a la modista para que le estreche este vestido. ¡Afirma que le está ancho! ¡Y cuando tenemos que apretarle el corsé, tanto a Duniacha como a mí nos duelen los brazos de tanta fuerza como tenemos que hacer! Pero me voy, que ya es tarde. ¡Adiós, muchachos!

—¡Adiós, Tatiana Ivanovna! —repuso el cochero—. ¿Saldrás esta noche?

—No sé si me será posible. Puede que sí y puede que no. De todas formas, adiós.

—Adiós —exclamaron todos.

—Adiós. Hasta luego —repitió la mujer mientras se iba alejando.

—¡Adiós, Tatiana Ivanovna! —repitió el cochero.

—¡Adiós! —dijo una vez más la voz femenina.

Cuando la mujer estuvo lejos, Zajar paseó su mirada en torno suyo como si hubiera estado esperando el turno para hablar. Luego tomó asiento en el poyo de hierro colado que había junto a la puerta, y, cruzando las piernas, se dedicó a contemplar a la gente que pasaba por la calle.

—Bien ¿y cómo está tu amo hoy, Zajar? —inquirió el portero.

—Pues se está volviendo loco de remate —contestó Zajar—. Y todo por tu culpa, es decir, por lo del piso. No quiere mudarse por nada del mundo y me está dando la lata todo el día...

—¿Y qué culpa tengo yo? —exclamó el portero sorprendido—. Lo que es por mí puede quedarse aquí hasta que se muera. Yo no soy el propietario de la casa. Yo digo lo que me han ordenado... Si la casa fuera mía... Pero como no lo es...

—¿Y por eso te regaña? —preguntó el cochero a Zajar.

—¿Que si me regaña, dices? ¡Pero si no sé ni cómo lo aguanto!

—Si sólo se limita a regañarte... —murmuró un lacayo sacando su cajita de rapé.

Todos menos Zajar, tomaron un pellizco.

—Los malos son los que no regañan y te pegan, como el mío —continuó el

lacayo—, que le atiza a uno un estacazo por menos de nada y sin que sepas por qué.

Zajar esperó desdeñosamente a que el lacayo terminase y entonces se volvió hacia el cochero.

—No tiene el menor reparo en insultarme, tenga o no motivos para ello —dijo en tono de lamentación.

—Es difícil de contentar, ¿eh? —preguntó el portero.

—¡Que si lo es! No lo sabes bien —repuso Zajar cerrando los ojos como para indicar lo difícil que era su amo en aquel terreno—. Esto está mal y esto no está bien, luego que no sé andar, ni servir a la mesa, y que lo rompo y lo pierdo todo, y robo el dinero y me como las golosinas que hay en casa... ¡Maldita sea! ¡Qué mala suerte tiene uno! Hoy me ha armado un terrible escándalo porque no ha encontrado un trozo de queso que hasta un perro hambriento no hubiera querido ni oler. Pues bien, un criado no puede tocarlo. Me lo ha pedido hoy, y cuando le he dicho que ya no estaba en casa, ¡cómo se ha puesto! «Deberían ahorcarte —me ha soltado—, cocerte en alquitrán hirviente, arrancarte la carne con unas tenazas al rojo vivo y traspasarte con un puntero de parte a parte.»

El cochero movió la cabeza y el portero comentó:

—¡Qué mal genio! ¡Por lo que dices no perdona nada!

—Si se limita a regañar, no es tan malo —insistió el lacayo—. Lo peor es cuando empieza a mirarte y acaba cogiéndote por el pelo antes de que hayas podido enterarte de qué se trata.

—Cualquier día es muy capaz de matar a alguien —continuó Zajar, sin hacer caso de la importuna interrupción—. Por el menor descuido me llama «calvo» y otras cosas que no me atrevo a repetir. Y hoy ha descubierto un nuevo insulto. Me ha llamado «asesino».

—Eso no es nada —continuó el lacayo—. Si regaña no puede ser malo, Dios le bendiga. Pero si no dice nada y cuando se pasa por su lado le agarra a uno por los pelos, como una vez me hizo a mí mi señor...

—Pues hizo perfectamente —replicó Zajar, enojado por la nueva interrupción—. Mucho más te hubiera hecho yo.

—Pero, Zajar Trofimich —dijo ahora un muchacho de quince años—. ¿Por qué dice usted que le insulta cuando le llama «calvo»? ¿No será que le llama «demonio calvo» o algo por el estilo?

—Ten cuidado, pequeño —contestó Zajar, dirigiendo al muchacho una

mirada amenazadora—. Veo que eres demasiado listo, y aunque estés en casa del general, puedo tirarte del pelo en cuanto se me antoje. ¡Así que ahueca el ala!

El muchacho se apartó y miró sonriente a Zajar.

—¿De qué te ríes? —grito Zajar enfurecido—. ¡Qué tirón de orejas te estás ganando, muchacho!

En aquel instante se abrió la puerta de enfrente y apareció un imponente lacayo que cogió al muchacho por un brazo y le dio un soberbio bofetón a la vez que le llamaba estúpido.

—¿Por qué me pega usted, Matvei Moseich? ¿Qué he hecho yo? —gritó el muchacho lloriqueando.

—¿Y aún te atreves a contestarme? —vociferó el lacayo—. ¡Te he andado buscando por toda la casa y tú aquí de palique!

Ahora cogió al chico por el pelo, le hizo bajar la cabeza y le propinó tres pescozones bien dados.

—El señor ha llamado tres veces —añadió por toda explicación— y me ha regañado por tu culpa, mocoso.

Y señaló imperativamente la puerta de la casa. El muchacho vaciló, miró al lacayo, y al descubrir en su rostro una expresión feroz e inflexible, optó por entrar en la casa.

—¡Qué triunfo para Zajar!

—¡Bien hecho, Matvei Moseich! ¡Aún es poco! —exclamó satisfecho Zajar—. Es un chico demasiado listo. ¿Conque «demonio calvo», eh?

Todos rieron, pues simpatizaban con el lacayo que había pegado al muchacho y con Zajar. En cambio, nadie compadeció al muchacho.

—Así es como lo hace mi amo —dijo ahora el lacayo que ya antes había interrumpido a Zajar—. Le suelta a uno un papirotazo sin darle tiempo de escapar. Si se limitara a regañar, nada me importaría. ¿Qué importancia tiene que le llamen a uno «demonio calvo»?

—A ti también te hubiera cogido por los cabellos el amo de Zajar —opinó el cochero—. Tienes una mata de pelo que provoca a cualquiera. En cambio, ¿cómo quieres que coja a Zajar, si el pobre tiene la cabeza tan pelada como una bola de billar? En todo caso, tendría que cogerlo por la barba. ¡Aquí sí que tendría donde agarrarse!

Todos volvieron a reír, y Zajar se sintió lastimado por la burla del cochero,

con quien hasta entonces había estado charlando amistosamente.

—¡Se lo diré a mi señor! —exclamó Zajar furioso—. ¡Ya sabrá mi amo cogerte por esa barba de estropajo que tienes!

—¡Que se busque un cochero propio si quiere pegarle! —contestó el cochero—. ¡Mientras tanto, tendrá que aguantarse!

—¡Jamás tomaría a un ladrón como tú —gritó Zajar fuera de sí—, a no ser que quisiera emplearte en lugar del caballo!

—¡Vaya un señor que tienes! —replicó el cochero con acento sarcástico—. ¿De dónde lo has sacado?

Y se echó a reír, siendo coreado por el portero, por el peluquero y el lacayo partidario de las regañinas.

—¡Reíd, reíd cuanto queráis! ¡Ya se lo diré a mi amo! —vociferó Zajar—. Y tú —continuó dirigiéndose al portero— deberías echar de aquí a patadas, a todos estos imbéciles en vez de estarte riendo como un idiota. ¿Cuál es tu deber? Mantener el orden en lugar de...

—Vamos, vamos, Zajar Trofimich —repuso el portero tratando de apaciguarle—, ¿qué te he hecho yo para que te pongas así?

—¿Cómo te atreves a hablar de ese modo de mi señor? —dijo ahora Zajar dirigiéndose al cochero—. ¿Quién de vosotros le conoce como yo? —añadió con entonación respetuosa— Ni en sueños has imaginado un señor como él, todo amabilidad, inteligencia y bondad. En cambio, el que tienes tú parece un rocín muerto de hambre. ¡Si da pena veros a los dos cuando salís en coche! No coméis más que rábanos y *kvas*, y llevas una levita que parece una criba de tantos agujeros como tiene.

Debemos hacer constar que la levita del cochero no tenía ni el más pequeño agujero.

—¡Ya la quisieras para ti! —replicó el cochero tirando del trozo de camisa que asomaba por el sobaco de Zajar.

—¡Vamos, vamos, señores! —gritó el portero intentando separar a los dos hombres.

—¡Ah! ¿De modo que intentas romperme el vestido? —gritó Zajar sacando un poco más de camisa fuera—. ¡Muy bien! ¡Se la enseñaré a mi señor! ¡Vosotros todos sois testigos de que me ha roto la levita!

—¿Que yo te la he roto? —exclamó el cochero sorprendido—. Quizás habrá sido tu amo mismo al pegarte una paliza.

—¿Él? —exclamó Zajar escandalizado ante tamaña ofensa—. ¿Un hombre como él hacer nada semejante? ¡Dios le bendiga! Jamás lo haría. En su casa me encuentro como en el mismo Paraíso. Tengo todo lo que necesito y nunca me ha dirigido una palabra desagradable. Vivo tranquilamente en paz, con toda comodidad; como lo mismo que él, salgo de casa cuando quiero, y en la finca de mi amo tengo una casa para mí solo, en medio de la huerta, y los campesinos se inclinan ante mí cuando me ven. Soy su secretario y su mayordomo. En cambio, tú, con tu señor...

La ira que Zajar sentía en aquel momento ahogó su voz y le fue imposible terminar la frase con que pensaba derrotar a su contrincante. Respiró unos segundos y buscó una palabra insultante para escupírsela a la cara, pero no dio con ella.

—¡Ya verás lo que te cuesta el haberme roto el traje! —pudo decir al cabo—. ¡Ya te enseñará mi amo a romperlos!

Un insulto dirigido a su dueño era un insulto dirigido a él. Su ambición y su vanidad se sentían heridas, y el afecto que sentía por su amo se despertaba entonces con toda su violencia. Estaba dispuesto a responder a su adversario no sólo con insultos, sino también a su amo y a todos sus parientes y amigos, los tuviera o no. Así, pues, repitió todos los insultos que el cochero había dirigido en otras ocasiones a su señor con maravillosa exactitud.

—¡Vosotros, tú y tu amo, no sois más que unos mendigos, unos judíos, algo peor incluso que los alemanes! —exclamó furioso—. Sé muy bien que el abuelo de tu amo fue dependiente de un ropavejero. Ayer por cierto, cuando las visitas salían de tu casa, creí que eran ladrones. Daba pena verlas, y su madre vendía prendas robadas.

—¡Bueno, basta ya, Zajar! —gritó el portero.

—Sí —continuó Zajar, sin hacer caso de nada—. En cambio, mi amo, gracias a Dios, es todo un caballero desde la cuna, y sus amigos son generales, condes y príncipes. Y no todos los condes pueden visitarle. Algunos tienen que hacer antesala. También vienen escritores...

—¿Qué son escritores, amigo? —inquirió el portero, con la esperanza de que su pregunta interrumpiera la discusión—. ¿Son oficiales especiales o qué demonio son?

—No, son gentes que viven echadas en un sofá, bebiendo jerez y fumando en pipa —repuso Zajar, pero al darse cuenta de que se estaban burlando de él, replicó—: ¡Y todos vosotros no sois más que un atajo de truhanes! ¡Ya os enseñarán a romper los vestidos de la gente! ¡Voy a contárselo todo a mi señor

inmediatamente! —concluyó haciendo un movimiento como para entrar en la casa.

—Espera, espera, Zajar —dijo el portero reteniéndole—. Zajar Trofimich, vamos a la cervecería un momento... Vamos...

Zajar se detuvo en seco y, dando media vuelta, sin mirar a los demás, cruzó la calle y se dirigió resueltamente a la cervecería, que estaba situada delante de la casa. Una vez ante la puerta, se volvió para mirar al grupo y entró con paso decidido en el establecimiento.

Los demás se dispersaron. Unos se encaminaron a la cervecería y otros a sus casas. Sólo se quedó el lacayo.

—Bien, ¿de qué se lamenta este tipo? —se dijo para sí—. A la legua se nota que su amo es una bellísima persona, puesto que se limita a regañarle. No es como el mío, que le mira a uno fijamente en silencio y acaba cogiéndole por el pelo...

XI

ERAN algo más de las cuatro de la tarde cuando Zajar, con el mayor tiento y sigilo, procurando no hacer el más leve ruido, empujó la puerta del piso de su amo. Luego miró por la puerta entornada hacia el despacho de Oblomov. Del interior venía una respiración regular y pausada.

—Está durmiendo todavía —murmuró—. Pero tengo que despertarle. Van a dar las cuatro y media.

Tosió y penetró en la estancia.

—¡Ilia Illich! ¡Ilia Illich! —dijo sin alzar la voz.

Le contestó un profundo ronquido.

«¡Cómo duerme! —se dijo Zajar—. ¡Parece un santo!»

—¡Ilia Illich! —repitió, tocando ligeramente en el hombro a su amo—. Levántese, por favor, señor. Son ya las cuatro y media de la tarde.

Ilia Illich dejó escapar un sonido inarticulado, pero no se despertó.

—¡Despierta, Ilia Illich! ¡Ha ocurrido una desgracia! —dijo Zajar levantando más la mano. Oblomov no respondió.

—¡Ilia Illich! —repitió Zajar sacudiéndole con gran cuidado.

Oblomov se volvió, al tiempo que dejaba escapar un suspiro, y abrió un ojo con expresión estúpida.

—¿Quién es? —preguntó, todavía medio dormido.

—¡Soy yo, señor! ¡Levántese ya, es tarde!

—¡Déjame! —masculló Oblomov, y cerrando el ojo que había abierto, se sumió de nuevo en el sueño.

Zajar golpeó ahora sobre la cómoda.

—¿Qué quieres? —preguntó Oblomov enojado, abriendo los dos ojos.

—El señor me ordenó que le llamara.

—Ya lo sé. Ya has cumplido con tu obligación. Ahora, déjame.

—No me iré —repuso Zajar tirando a Oblomov de la manga.

—No me molestes —dijo Ilia Illich suavemente, enterrando la cabeza en la almohada y empezando de nuevo a roncar.

—No, no, Ilia Illich —insistió Zajar—. Yo bien quisiera dejar en paz al señor, pero no puedo.

Y le tiró de la manga suavemente.

—Haz el favor de no molestarme más, te lo suplico —repuso Oblomov en tono persuasivo, abriendo los ojos.

—Sí, y si hago lo que el señor dice, luego se enfadará conmigo por no haberle despertado...

—¡Dios mio, qué hombre! —exclamó Oblomov enojado—. Déjame dormir un minuto, un minuto nada más. Déjame, por favor...

Ilia Illich no siguió. Se había vuelto a dormir.

—¡Qué habilidad tiene para dormirse! —dijo Zajar en voz alta, seguro de que su amo no podría oírle—. ¡No hay nadie como él! ¡Levántese! —insistió—. Tengo que decirle...

—¿Cómo? ¿Qué es eso? —exclamó Oblomov de súbito, con aire amenazador.

—¿Por qué no se levanta el señor?

—¿Qué has dicho antes?

—Nada, que se levante.

—¡Me has insultado groseramente!

—Debe usted de haberlo soñado... Sí, lo ha soñado...

—Creías que estaba durmiendo, ¿eh? Pues te engañas, lo he oído todo, todo...

Y de nuevo volvió a quedarse dormido.

—¡Dios mío! ¿Qué puedo hacer? —se lamentó Zajar—. Vamos, por favor, Ilia Illich, levántese. Hace poco ha sucedido una cosa que...

Oblomov levantó un instante la cabeza y luego lanzó un profundo suspiro. Pero, acto seguido, volvió a dejar caer la cabeza sobre la almohada.

—¡Déjame en paz! —dijo en tono imperioso—. Si antes te dije que me despertaras, ahora anulo la orden. ¿Me oyes? ¡Me despertaré yo mismo cuando me dé la gana!

En otras ocasiones, cuando llegaban a este extremo, Zajar le dejaba por imposible, pero en la presente creyó que no debía hacerlo.

—¡Levántese, levántese ya! —gritó, cogiéndole por la camisa.

Oblomov saltó del sofá y se arrojó sobre Zajar.

—¡Espera, ahora voy a enseñarte a molestar a tu amo! —exclamó poseído por una repentina furia.

Zajar se apartó rápidamente y Oblomov se lanzó tras él, pero al tercer paso se sintió de nuevo dominado por el sueño, lanzó un violento bostezo y se desperezó.

—Tráeme... un poco de *kvas* —logró decir entre dos bostezos.

En aquel preciso instante sonó una carcajada detrás de Zajar, y ambos se volvieron sorprendidos.

—¡Stolz! ¡Stolz! —exclamó Oblomov alegremente, corriendo al encuentro de su amigo.

—¡Andrei Ivanich! —dijo Zajar sonriendo.

Stolz continuaba riendo a mandíbula batiente. Había presenciado toda la escena que acababa de desarrollarse en aquella habitación.

SEGUNDA PARTE

I

STOLZ era alemán sólo a medias, por parte de padre. Su madre era rusa y él pertenecía a la Iglesia ortodoxa. Rusa era también su lengua natal, que aprendió de labios de su madre, en los libros, en las aulas universitarias, en sus juegos con los hijos de los campesinos y en las calles de Moscú. El alemán lo había aprendido de su padre y en otros libros.

Stolz había vivido de niño en la aldea de Verhliovo, de la que su padre era administrador. Ya a los ocho años tomaba asiento ante su padre y contemplaba los mapas, leía versículos de la Biblia y deletreaba las obras de Herder y de Wieland. Asimismo repasaba las facturas de los campesinos y obreros y leía a su madre la Historia Sagrada, las fábulas de Krilov e incluso se atrevía con el *Telémaco*.

Una vez dadas las lecciones, se iba con los hijos de los campesinos en busca de nidos de pájaros, y con frecuencia, en mitad de las oraciones rezadas en el seno de la familia o de las lecciones, se oía, procedente de sus bolsillos, el piar de una cría de chovas.

De vez en cuando, a la caída de la tarde, mientras el padre fumaba su pipa bajo un árbol del jardín y la madre hacía calceta o bordaba, se oía un rumor de voces y algunos fuertes gritos, y un grupo de gente penetraba en la casa.

—¿Qué pasa? —preguntaba la madre, poseída por una repentina angustia.

—Deben de traer otra vez a Andrei —respondía el padre sin perder la serenidad.

Casi siempre acertaba. Aquella gente traía a Andrei a casa. ¡Pero en qué lamentable estado, santo Dios! ¡Descalzo, con las ropas rotas y manchadas y sangrando por la nariz, él o algunos de sus compañeros. La madre sufría terriblemente cuando Andrei se encontraba fuera de casa, y de no habérselo prohibido terminantemente su esposo, hubiera obligado a su hijo a permanecer pegado a sus faldas. Ella le lavaba, le vestía y arreglaba, y hasta el mediodía, el muchacho aparecía limpio y bien peinado. Pero al anochecer, con frecuencia le traían a casa sucio, maltrecho y casi irreconocible. La madre lloraba de pena, pero el padre no concedía a todo aquello la menor importancia. Por el contrario, le hacía

gracia y se reía de buena gana.

—¡Con el tiempo será un gran tipo! —decía a veces el alemán, lleno de admiración.

—¡Pero, Iván Bogdanich! —exclamaba la madre—. No pasa día sin que venga con algún chichón, y la semana pasada echó sangre por la nariz.

—¿Y qué muchacho sería si alguna vez no sangrara por la nariz o él no hiciera sangrar a los demás? —contestaba el padre echándose a reír.

La madre sollozaba; luego tomaba asiento ante el piano para olvidar un poco sus inquietudes y las lágrimas caían sobre el teclado. Al cabo, aparecía Andrei y explicaba sus aventuras con tanta gracia y regocijo que la madre no podía por menos de reír, haciendo coro a su hijo. Muy pronto aprendió el muchacho a leer el *Telémaco* tan bien como su madre y a cantar a dúo con ella. Una vez, Andrei desapareció durante una semana. Su madre no dejó de gimotear en todo este tiempo. En tanto, el padre siguió paseándose tranquilamente por el jardín sin alterarse poco ni mucho y fumando su eterna pipa.

—Si se hubiera extraviado el hijo de Oblomov —decía el alemán a su esposa cuando ésta se sentía desesperada—, hubiéramos removido todo el pueblo y avisado a la policía. Pero Andrei volverá, no te preocupes. ¡Andrei es un gran muchacho!

A la mañana siguiente encontraron a Andrei durmiendo tranquilamente en su cama. Bajo ella tenía una escopeta de caza, una libra de pólvora y algunos perdigones.

—¿Dónde has andado? ¿De dónde has sacado esa escopeta? —preguntó la madre al muchacho—. ¿Por qué no me respondes?

El padre, por su parte, se limitó a preguntarle si ya había hecho la traducción alemana de Cornelio Nepote.

—No —respondió el muchacho.

Entonces el padre le cogió por el pescuezo, le sacó fuera de casa, le encasquetó la gorra hasta las orejas y dándole un puntapié en salva sea la parte, le dijo: —¡Anda, vete adonde has estado y no vuelvas por aquí hasta que tengas traducidos dos capítulos en vez de uno! Además, prepara el papel de la comedia que tu madre te dio para que te lo aprendieras. No quiero verte por aquí hasta que tengas hecho todo eso.

Andrei regresó al cabo de otra semana, con la traducción lista y el papel estudiado.

Cuando tuvo algunos años más, su padre se lo llevaba a menudo con él en el coche, le confiaba las riendas de los caballos y le ordenaba que le condujese a la factoría, a los campos, a la ciudad, a las tiendas o bien a las oficinas del Estado. Otras veces se dedicaba a enseñarle las distintas clases de tierras, cogiendo entre sus dedos un poco de barro, oliéndolo y dándoselo a oler al hijo. Muy pronto, el muchacho estuvo en condiciones de ir solo a la ciudad y llevar a cabo algún que otro encargo de su padre, y jamás olvidaba nada ni cometía la menor equivocación.

—*Recht gut, mein lieber Junge* 1 —decía el padre luego de oír las explicaciones de su hijo al regresar.

Y le regalaba dos o tres rublos, de acuerdo con la importancia de la misión realizada.

La madre, luego de cada uno de aquellos viajes, tenía que lavar y fregar durante un buen rato a su hijo hasta conseguir quitarle el polvo, el hollín y la grasa. No era de su agrado el tipo de educación práctica que el chico recibía del padre. La buena mujer temía que Andrei acabara convirtiéndose en un *bürger*[2] (2) alemán, como lo eran o lo habían sido todos los parientes de su esposo. A su juicio, el carácter alemán carecía de delicadeza, finura y modales, de todo, en suma, lo que hacía agradables a las personas y les permitía eludir una ley, prescindir de una costumbre general o esquivar los convencionalismos sociales alegremente.

Había servido como institutriz a una familia rica, lo que le permitió visitar Alemania; y los alemanes se le aparecían como gentes que fumaban en unas pipas cortas y escupían entre dientes, capaces sólo de realizar tareas rudas y groseras.

Pero ella ambicionaba que su hijo fuera un verdadero caballero, aunque su padre hubiera sido un plebeyo y ella una simple mujer rusa. Por desgracia, el muchacho poseía una gran habilidad para toda suerte de trabajos, y su padre le utilizaba para todos ellos.

Sin embargo, no había por qué preocuparse. El muchacho no había nacido en Alemania, sino en Rusia, y muy cerca de donde ellos vivían se alzaba la gran mansión de los Oblomov, donde nadie trabajaba, donde el señor no se levantaba de madrugada para ensuciarse las manos con el estiércol y la grasa. También en Verhliovo había un palacio, aunque permanecía cerrado casi todo el año. Algunas veces, el muchacho lograba penetrar en el vacío caserón y el jovencito se estremecía de placer y emoción al contemplar la galería de retratos que pendían de las paredes y todos los objetos que se guardaban en la mansión.

Cada tres años, el palacio se llenaba de una multitud alegre y bulliciosa; se organizaban fiestas y bailes y el palacio resplandecía de luz y colores. Llegaba el príncipe con toda su familia. El príncipe era un hombre calvo y entrado en años, de

ojos saltones y apagados, pero que vestía con gran elegancia y lujo. Su esposa, la princesa, era realmente una mujer impresionante; alta, bella y distante como una diosa, parecía imposible que nadie se hubiera aproximado a ella jamás, más aún, que nadie hubiese logrado besarla. Sin embargo, tenía cinco hijos.

Aparte de los príncipes, se encontraban en el palacio un enjambre de invitados y familiares, que constituían un incesante espectáculo para los ojos llenos de curiosidad de Andrei. En primer lugar, estaban los príncipes jóvenes, Pedro y Miguel. El primero enseñó a Andrei cómo se tocaba la diana en la infantería, le explicó la diferencia que existía entre los sables y los cascos de los dragones y de los húsares, la clase de caballos que tenía cada regimiento y cuál debía elegirse, al acabar los estudios, para no caer en la deshonra. El segundo, Miguel, en cuanto conoció a Andrei le hizo poner inmediatamente en guardia y comenzó a pegarle puñetazos en la nariz y el pecho, tras de lo cuál explicó que a aquello se le llamaba «boxear a la inglesa». Tres días más tarde, Andrei aplastaba la nariz del príncipe boxeando a la inglesa y a la rusa, hecho que le granjeó el completo respeto de ambos príncipes.

Estaban luego las dos princesitas, dos muchachas de once y doce años, gráciles y distinguidas, siempre vestidas con la mayor elegancia y que parecían sentir miedo de los campesinos. Además, entre el séquito de los príncipes figuraban la institutriz, el profesor alemán y el maestro de música, y un gran número de criados y pajes de todas las edades, cuyo conjunto llenaba el palacio de ruidos, risas, músicas y regocijo.

Por un lado, la influencia de Oblomovka, y, por el otro, el lujo entrevisto en el palacio del príncipe, contrarrestaron en Andrei el elemento germánico que existía en él y evitaron que se transformase, como temía su madre, en un clásico burgués alemán.

El padre de Andrei era agricultor, técnico y profesor a la vez. Había recibido lecciones prácticas sobre agricultura en la granja de su padre, estudiado tecnología en las factorías de Sajonia y adquirido en la universidad los conocimientos necesarios para poder enseñar a los demás.

El hombre había concebido para su hijo un camino semejante al seguido por él, sin percatarse de que la influencia de los cuentos que su madre le había contado siendo niño, y la no menor importante influencia de los príncipes y de la vida rusa, podían abrir al muchacho unos horizontes con los que ni tanto el padre como él mismo hubieran soñado jamás.

Cuando Andrei volvió de la universidad, su padre le dijo que no tenía nada que hacer en Verhliovo y que debía irse a San Petersburgo, del mismo modo que se

había ido Ilia Illich Oblomov. No sabía a ciencia cierta por qué enviaba a su hijo a la ciudad, pero recordó que cuando él terminó sus estudios, su padre también le había enviado lejos del hogar paterno.

El día de la marcha de Andrei, su padre entregó al muchacho un centenar de rublos.

—Vete a la ciudad —dijo—. Allí, Kilinnikov te entregará trescientos rublos que me debe, y puedes dejarle el caballo. Si no tiene dinero cuando tú te presentes, vende el caballo. La feria se celebrará pronto y siempre encontrarás quien esté dispuesto a darte cuatrocientos rublos por el animal. Te costará cincuenta rublos llegar hasta Moscú y setenta y cinco más a San Petersburgo. Te sobrará dinero, pues. Cuando se te haya acabado, haz lo que te parezca mejor. Has trabajado conmigo y sabes bien que disto mucho de ser rico. En cuanto a lo poco que poseo, no cuentes con ello hasta después de mi muerte, y te prevengo que tengo intención de vivir aún veinte años más si no tengo la desgracia de que me caiga encima una piedra y me parta la cabeza. Has recibido una excelente educación y puedes elegir entre entrar a servir al Gobierno, meterte en un negocio o dedicarte a escribir, lo que más te plazca...

—Procuraré hacerlo todo a la vez, papá —repuso Andrei.

El padre se echó a reír y cogiendo a su hijo por los hombros, empezó a sacudirle con tal fuerza que un caballo no hubiera podido soportarlo. Pero Andrei ni se movió siquiera: —Si todo te sale mal y no eres lo bastante digno para bandeártelas por ti solo, puedes ir a visitar a Reinhold, mi amigo. Es dueño de una casa de cuatro pisos y vive en...

—No te preocupes, papá —contestó Andrei—. Iré a verle cuando yo también sea dueño de una casa de cuatro pisos. Mientras tanto, procuraré arreglármelas de un modo u otro.

Una nueva y vigorosa sacudida por parte del padre.

Andrei saltó sobre su caballo. Llevaba dos maletas en las que guardaba todo su equipaje, en el que figuraban algunas prendas que su madre, ya difunta, había encargado para él en Moscú.

—Bien —exclamó el padre.

—Bien —repuso el hijo.

—¿Eso es todo? —inquirió el padre.

—Eso es todo —contestó Andrei.

Padre e hijo se miraron como si trataran de atravesarse con la mirada.

Mientras tanto, un grupo de vecinos se había reunido en torno al padre y al hijo para curiosear y contemplar la escena.

Padre e hijo se estrecharon la mano, y Andrei partió al trote.

—¡Vaya muchacho! —exclamó alguien—. Ni siquiera ha derramado una lágrima. En cuanto al padre, ahí le tenéis, tan fresco como si no pasara nada.

—¡Eh, Andrei, para, para! —gritó de pronto el alemán.

Andrei tiró de las riendas de su caballo.

—¡Hombre, al fin se ha conmovido su corazón! —dijo otro de los espectadores.

—¿Qué sucede, papá? —preguntó Andrei.

—El caballo lleva la cincha floja. Tienes que apretarla.

—Ya lo haré cuando llegue a Shamshevka. Ahora no puedo perder tiempo. Quiero estar allí antes de que anochezca.

—De acuerdo —repuso el padre haciendo un vago ademán con su mano.

—¡Perros! ¡Perros sin corazón! —masculló alguien.

Pero en aquel instante se oyó el sollozo de una vieja, que no había podido resistir a su propia emoción y murmuró: —¡Pobre hijo! ¡Su madre murió y no tiene quién le bendiga! ¡Ven, ven, hijo mío! —gritó a Andrei—. ¡Quiero bendecirte!

Andrei detuvo de nuevo a su caballo, saltó a tierra y se acercó a la mujer. Cuando estuvo a su lado, la anciana le abrazó, y el muchacho, inesperadamente, se echó a llorar, en tanto la mujer hacía el signo de la cruz sobre su frente. Las emocionadas palabras de la buena mujer le habían hecho pensar en su madre, que era ésta quien las pronunciaba, y el tierno recuerdo de la muerta conmovió por un instante su corazón.

Pero se apresuró a secarse los ojos, montó otra vez a caballo, picó espuelas y desapareció envuelto en una nube de polvo. Tres perros echaron a correr tras él ladrando furiosamente.

II

STOLZ tenía la misma edad que Oblomov, es decir, algo más de treinta años. Primero había estado al servicio del Gobierno, pero más tarde lo abandonó para dedicarse a los negocios, hasta que al fin había logrado hacerse con un capital y una casa propia. Pertenecía a una compañía dedicada a la exportación y andaba siempre de aquí para allá. Si la compañía necesitaba enviar a un agente a Bélgica o a Inglaterra, le enviaba a él; si había que preparar un nuevo proyecto o un nuevo plan, Stolz lo hacía. Sin embargo, no por esto dejaba de frecuentar la sociedad y de leer. Sólo Dios sabe cómo lograba disponer de tiempo para realizar tantas cosas.

Era todo huesos, músculos y nervios, semejante a un caballo de pura sangre.

Estaba muy delgado; tenía las mejillas descarnadas, pues aunque los músculos cubrían sus pómulos, no había el menor rastro de grasa en ellos. El color de sus ojos era de un verde expresivo y vivo, y el tono de su piel, moreno y sano, sin el menor asomo de color rosado. Sus movimientos eran mesurados y graves, sin nada superfluo en ellos. Si estaba sentado, permanecía inmóvil; si se movía, realizaba tan sólo los movimientos indispensables. De igual modo que en lo físico, su espíritu estaba equilibrado por un concepto práctico de la vida y las más delicadas inquietudes espirituales.

El joven avanzaba por el camino emprendido con paso firme y cauteloso al mismo tiempo. Vivía sometido a un plan fijado de antemano, empleando todos sus días eficazmente, con objeto de no desperdiciar uno solo de ellos. Lo mismo que otros suelen hacer con el dinero, a él no le gustaba despilfarrar el tiempo, así como tampoco su trabajo, sus energías morales y mentales. Parecía gobernar sus penas y alegrías del mismo modo que los movimientos de sus manos y de sus pies. Abría el paraguas cuando llovía, es decir, que sufría mientras duraba el calor, pero lo soportaba con buen ánimo y dignidad, buscando la causa del mal en sí mismo, no intentando colgarlo en la percha de otro, como se hace con un abrigo viejo. Gozaba de los placeres de la vida como de una flor recogida en el camino, sin marchitarla antes de tiempo ni tampoco apurar la última gota de placer, que siempre deja un sabor amargo. Su ideal era vivir una vida sencilla, y aunque a veces veíase obligado a reconocer que no era tan fácil conseguirlo, luchaba con todas sus fuerzas.

A lo que más temía era a los excesos de la imaginación, esa amiga hipócrita que nos adormece confiadamente y nos arrulla con su dulce murmullo. Huía de las fantasías, y si en alguna ocasión se dejaba arrastrar por ellas, lo hacía como quien

penetra en una oscura cueva en cuya puerta estuviera escrito: *Ma solitude, mon ermitage, mon repos*, seguro de que sabría salir de ella en el momento oportuno. En su alma no quedaba espacio para los ensueños, los enigmas y los misterios. Todo lo que no era factible de comprobación práctica, le parecía una simple ilusión óptica, una confusión de colores en la retina o, todo lo más, un hecho susceptible de comprobación.

Ejercía una vigilancia severa y permanente sobre su corazón y su imaginación. Con frecuencia se veía obligado a reconocer que los sentimientos eran para él una *terra incognita*. El joven daba gracias a Dios cuando lograba distinguir entre la pálida verdad y la bien pintada mentira, y se sentía contento cuando comprobaba que jamás se había dejado arrastrar por los sentimientos hasta llegar a cruzar la frontera que separa la emoción real del falso sentimentalismo.

Los amigos solían echarle en cara su aparente insensibilidad. «La pasión lo justifica todo», le decían. Pero él no por ello dejaba de pensar que era un craso error dejarse arrastrar por el sentimiento hasta la desgracia y la desventura.

Acostumbraba a decir que «el destino normal de los hombres era el de vivir a través de las cuatro estaciones del año sin dar grandes saltos, y apurar lentamente la copa de la vida hasta el último día, sin desperdiciar un solo sorbo», y que «un fuego que arde poco a poco y de un modo constante es mucho más útil que un voraz incendio, por muy poético y emocionante que éste pueda parecer».

Y concluía «que le gustaría probar sus teorías con la práctica, pero que era casi de todo punto imposible hacerlo, pues la humanidad estaba corrompida o, cuando menos, no había sido educada en tal sentido».

Y Andrei seguía sin la menor vacilación el camino emprendido. Nadie le pudo ver jamás poseído por la desesperación o por un sentimiento de morbosa contrariedad. Jamás perdió la cabeza ni se mostró turbado con exceso.

La cualidad que más apreciaba en los seres humanos era la constancia. A su juicio, constituía un signo infalible del carácter, y siempre había respetado a las personas que perseguían infatigables un determinado fin, por sencillo que este fuera.

Pero un carácter como el suyo quizá no hubiera podido formarse sin la mezcla de elementos dispares que intervinieron en su educación.

Ahora bien, ¿cómo podía un hombre como Stolz ser amigo íntimo de Oblomov, cuya vida era una contradicción viviente de todas las teorías del alemán? Al parecer, es un hecho inconcuso que los extremos se tocan y que dos caracteres diametralmente opuestos pueden llegar a congeniar. Por otra parte, habían convivido desde su infancia y estudiado juntos, lo cual representaba un

lazo muy fuerte. Además, en Ilia Oblomov había algo esencialmente puro e inocente que hacía que resultase en extremo agradable y simpático a las personas que amaban las cosas reales y sinceras.

Con frecuencia, alejándose de la vida de sociedad o de sus tareas, Andrei iba a visitar a Oblomov, siempre en su sofá, y en la perezosa charla con su amigo de la infancia encontraba como un alivio, un descanso para su agitado espíritu. En tales ocasiones experimentaba la agradable sensación del hombre que al regresar de un salón iluminado, se refugia bajo un humilde techo, o bien del que después de contemplar los deslumbrantes y cegadores paisajes del Sur, se pasea por el bosque de abedules donde transcurrió su infancia.

III

—**¿C**ÓMO te encuentras, Ilia? ¡Cuánto me alegro de verte! ¿Cómo marchan tus cosas? ¿Continúas bien? —inquirió Stolz.

—No muy bien, querido amigo —repuso Oblomov suspirando—. Mi salud no es muy buena que digamos.

—Pues, ¿qué te ocurre? —preguntó Stolz con súbita ansiedad.

—Acabarán matándome los orzuelos. La semana pasada tuve uno en el ojo derecho, y ésta tengo otro en el izquierdo. Stolz se echó a reír.

—¿Eso es todo lo que te pasa? —preguntó—. El mal que tú padeces es que duermes demasiado.

—¿Todo, dices? —replicó Oblomov en tono de protesta—. Sufro un ardor de estómago insoportable. Tendrías que haber oído esta mañana al médico. «Tiene usted que ir al extranjero —me ha dicho—, y si no lo hace, puede sufrir un ataque.»

—Bien, ¿y piensas ir?

—Ni pensarlo.

—¿Por qué no?

—No puedo, Andrei. Me ha dicho que debo ir a la montaña, y luego a Egipto y a América.

—¿Y qué? —repuso Stolz sin demostrar la menor sorpresa—. A Egipto puedes ir en quince días, y a América en tres semanas.

—¿Tú también me aconsejas eso? Hasta ahora eras la única persona razonable que conocía, pero veo que también has perdido la cabeza, como los demás. ¿Quién va a Egipto y a América? Eso está bien para los ingleses. Dios los hizo de esa manera y, además, no caben en su país. Pero, ¿quién de nosotros se le ocurriría ir allá? En todo caso, a un desesperado que no tenga dónde caerse muerto.

—Sí, en efecto, es demasiado para ti. Ir en coche o en barco, respirar los aires puros del campo, contemplar los paisajes desconocidos, las ciudades, conocer otras costumbres... tantas y tantas maravillas como existen por esos mundos de Dios... Nada, nada, es imposible. Bien, ¿y cómo marchan las cosas en Oblomovka?

—¡Oh! —exclamó Ilia Illich haciendo un ademán de desesperación.

—¿Qué ha ocurrido?

—La vida que no quiere dejarme en paz.

—¡Gracias a Dios!

—¿Gracias a Dios, dices? Sí, si se limitara a cruzar por encima de mi cabeza. Pero me atormenta como los chicos traviesos al alumno mimado por el maestro. Pellizcos, arañazos por todas partes, tierra a la cara y a los ojos...

—Pero, explícate. ¿Qué ha ocurrido?

—Dos desgracias.

—¿Dos? ¿Cuáles son?

—Primera, ¡que estoy arruinado!

—¿Cómo?

—Te leeré la carta de mi administrador. ¿Dónde está? ¡Zajar!

Zajar encontró la carta pedida por su amo. Stolz la leyó atentamente y al terminar se echó a reír alegremente, tal vez por culpa del estilo peculiar del administrador.

—¡Qué tipo es ese administrador! —dijo al cabo—. Ha perdido toda autoridad y ascendiente sobre los campesinos y ahora se lamenta. Lo mejor seria despedirle y que se fuera.

—¡Pero entonces se irían todos los demás! —exclamó Oblomov.

—¡Pues que se vayan! —replicó Stolz—. No temas. Los que se encuentren bien no se irán, y los que deseen marcharse, de nada te servirá el retenerles a la fuerza.

—¡Qué ocurrencia! —dijo Oblomov—. En Oblomovka, los campesinos eran antes sedentarios. ¿Por qué sentirán ahora ese empeño en marcharse?

—¿Es que no sabes que en Verhliovo está construyéndose un embarcadero y una carretera que pasará junto a Oblomovka, y que en la ciudad se celebrarán ferias?

—¡Esto nos faltaba! —murmuró Oblomov—. Oblomovka era un lugar apacible y apartado del mundo. Pero ahora... Los campesinos irán a la ciudad y los comerciantes a Oblomovka. ¡Qué desastre!

Stolz se echó a reír.

—¡Vaya si será un desastre! —repitió Oblomov—. Los campesinos vivían bien en las aldeas, sin saber nada de nada. Pero ahora comenzarán a desmoralizarse. Querrán beber té y café, vestir buenas ropas y calzar zapatos

relucientes... ¡Nada bueno puede salir de todo eso!

—Si esto fuera todo, realmente sería malo —convino Stolz—. Pero lo que tú tendrías que hacer es abrir una escuela en tu pueblo.

—¿No será demasiado pronto? —preguntó Oblomov—. La instrucción no es conveniente para la gente del campo. Si aprenden demasiado, luego no querrán trabajar en la tierra...

—¡En los libros aprenderán cómo se puede arar mejor! Sea lo que fuere, este año tienes que ir a visitar tus propiedades.

—Tienes razón. Pero es que aún no he acabado de estructurar mi plan... —objetó Oblomov con cierta timidez.

—Ni tienes necesidad de hacerlo —repuso Stolz—. Cuando estés allí, podrás ver mejor sobre el terreno lo que ha de hacerse. Llevas trabajando en ese plan desde hace años. ¿Por qué no lo has terminado aún?

—¡Ay, amigo mío! ¿Es que te figuras que no tengo otras cosas en qué pensar? ¿Y la otra desgracia que me aflige?

—¿Qué desgracia es ésa?

—¡Quieren echarme del piso!

—¿Y por qué?

—Han dicho que tengo que marcharme. Nada más.

—Bien, ¿y qué?

—¿Cómo puedes hablar tan fríamente, Andrei? He estado matándome con todo eso, con las facturas que hay que repasar y las cuentas de los tenderos y lo del piso, y nadie ha sido para echarme una mano. El dinero desaparece y no sé adonde va a parar. A veces me encuentro sin un *kopek*...

—¡Sigues siendo el niño mimado de siempre! ¡Cambiarte de piso te parecerá una montaña! —dijo Stolz sonriendo—. A propósito de dinero. ¿Podrías prestarme quinientos rublos? Tengo que enviarlos hoy, y mañana sacaré dinero de la oficina...

—Espera un momento... déjame pensar. El otro día recibí mil rublos de las fincas... y deben de quedarme... espera un momento...

Oblomov empezó a buscar en los cajones.

—Aquí hay diez... veinte... doscientos... otros veinte. También había un poco de calderilla... ¡Zajar, Zajar!

Zajar saltó de encima de la estufa y penetró en la habitación de su amo.

—¿Dónde está la calderilla que había encima de la mesa? Ayer la dejé aquí...

—¿Otra vez con la calderilla, Ilia Illich? Ya dije al señor antes que nunca estuvo ahí.

—¡Claro que estuvo! Acuérdate del cambio de las naranjas...

—Debió de dárselo usted a alguien y se le ha olvidado —repuso Zajar dirigiéndose a la puerta.

Stolz se echó a reír.

—¡Ay, Oblomov! ¡Ni siquiera sabes el dinero que tienes!

—Le ha dado usted dinero a Mijei Andreich, ¿no lo recuerda? —dijo Zajar.

—Sí, tienes razón. Tarantiev se ha llevado diez rublos —afirmó Oblomov dirigiéndose a Stolz—. Me había olvidado de eso.

—¿Por qué recibes a ese sinvergüenza?

—¿Recibirle, dice el señor? —contestó Zajar—. Entra en casa como si fuera la suya propia, y una vez se llevó la camisa mejor del señor y su chaleco, y aún no los ha devuelto. ¡Y esta mañana pretendía que le diese la levita nueva! ¿Por qué no le ajusta usted las cuentas, Andrei Ivanich?

—Eso no es asunto tuyo, Zajar. ¡Vete a tu cuarto! —repuso, Oblomov en tono de amonestación.

—Dame una hoja de papel —pidió ahora Stolz—. Tengo que escribir unas líneas.

—¡Zajar, Andrei Ivanich necesita papel! —gritó Oblomov.

—No hay. El señor mismo lo ha visto esta mañana —contestó Zajar desde el recibidor, sin molestarse en volver.

—Con un trozo bastará —dijo Stolz.

Pero no había ni un triste pedazo.

—Entonces dame una tarjeta —concluyó.

—No las uso desde hace meses —contestó Oblomov.

—Pero, ¿qué sucede, Ilia Illich? —preguntó Stolz a su amigo con ironía—. ¿Y tú eres el que hablas de cambiarte de casa y de que estás preparando un plan? ¿Es que no sales jamás de casa? ¿A qué personas visitas?

—¡Oh! Salgo muy raras veces. El plan de la finca me tiene muy ocupado. Además, está esto del piso... Por fortuna, Tarantiev ha prometido buscarme un nuevo alojamiento.

—¿Y quién viene a verte?

—Pues... Tarantiev y Alexeiev. Esta mañana ha venido el doctor... y también Penkin, Sudbinsky y Volkov...

—Veo que no hay libros por aquí.

—Sí, aquí hay uno —contestó Oblomov indicando uno que había sobre la mesa.

—¿De qué trata? ¡Ah, ya! *Un viaje a África* —leyó Stolz—. Pero la página donde dejaste de leer está amarillenta. ¿Y periódicos? No veo tampoco ninguno. ¿Es que no los lees nunca?

—No, la letra es demasiado pequeña y me duelen los ojos cuando leo un poco. Además, no tengo ninguna necesidad de leerlos. Si sucede algo, la gente no habla de otra cosa en todo el día.

—Pero, entonces —exclamó Stolz sorprendido—, ¿no haces más que permanecer ahí acostado, como un muerto?

—Sí... —reconoció Ilia Illich.

—Pero tú sabes de sobras que una confesión no es nunca una justificación.

—No. Me limito a contestar a tus preguntas. No trato de excusarme —repuso Oblomov lanzando un suspiro.

—Tienes que cobrar ánimos y hacer algo.

—Ya lo intenté, pero sin el menor resultado —murmuró Oblomov con cierta amargura—. Tengo el corazón como entumecido, y la mente adormilada. Pero dejemos esto. Dime: ¿de dónde vienes ahora?

—He estado en Kiev, y dentro de quince días me marcharé de nuevo. Vente conmigo, Ilia Illich.

—Hombre, quizá sí.

—Pues entonces siéntate y escribe la solicitud de pasaporte. Puedes tenerlo en dos días.

—¡Dos días! —exclamó Oblomov—. ¡Pero qué prisa tiene la gente, santo Dios! Ya lo pensaremos más despacio y hablaremos de ello. Tal vez primero tenga que ir a la aldea... y luego al extranjero.

—¿Por qué después? ¿No me has dicho que el médico te lo ha aconsejado? Necesitas un poco de ejercicio, tanto mental como físico.

—No, querido Andrei. Me cansaría demasiado. Mi salud es muy débil. No,

creo que lo mejor es que me dejes solo...

Stolz miró a Oblomov y éste devolvió la mirada a su amigo. Luego, Stolz movió la cabeza y Oblomov lanzó un suspiro.

—¡Parece como si te diera pereza vivir! —exclamó Stolz.

—Y creo que así es, Andrei.

Stolz empezó a pensar en la forma de arrancar a su amigo de la apatía en que vivía sumido. Le miró en silencio y luego rompió a reír.

—¡Pero si llevas un calcetín de lana y otro de algodón! —dijo señalando los pies de su amigo—. ¡Y la camisa te la has puesto del revés!

Oblomov se miró los pies y luego examinó su camisa.

—¡Es verdad! —dijo, avergonzado—. Este Zajar me está matando. Es un grosero y un respondón y...

—¡Ay, amigo Ilia! —exclamó Stolz—. No puedo permitir que continúes en este estado ni un día más. Dentro de una semana no te reconocerías ni a ti mismo. Esta noche te diré lo que vamos a hacer tú y yo. Entretanto, vístete. ¡Zajar! —gritó—, ¡La ropa de tu señor!

—Pero, Stolz... Espero a Tarantiev y a Alexeiev a comer...

—¡Zajar, la ropa! —insistió Stolz.

—Sí, Andrei Ivanich. Precisamente me disponía ahora a limpiarle los zapatos...

—¡Cómo! ¿Es que no te pones a limpiar los zapatos de tu amo hasta las cinco de la tarde?

—Se los limpié la semana pasada, pero como el señor no ha salido en todos estos días, se han cubierto de polvo, y ahora iba a...

—Es lo mismo. Tráelos como estén. Ahora lleva mi maleta al salón. Me quedaré aquí. Voy a vestirme en seguida. Mientras tanto, Ilia, comienza a arreglarte. Comeremos en cualquier parte y luego realizaremos un par de visitas...

—Espera, hombre, espera... Así, tan de sopetón... Déjame pensar... No me he afeitado aún...

—Es lo mismo. Entraremos en la primera peluquería que encontremos al paso...

—¿Y dónde quieres llevarme? —preguntó Oblomov de veras asustado—. ¿A visitar a gente desconocida? ¡Qué ocurrencia! Iremos a visitar a Iván Gerasimich.

Hace muchos días que no le veo.

—¿Quién es Iván Gerasimich?

—Un compañero de oficina.

—¿Aquel tipo del cabello gris? ¿Qué encuentras en él? ¿Qué placer puedes hallar en malgastar el tiempo en su compañía?

—¡Qué duro eres a veces con la gente, Andrei! Te aseguro que es un buen hombre, aunque no lleve camisas de hilo alemán.

—Pero, ¿de qué hablas con él? ¿Qué haces allí?

—Uno se siente en su casa como en la suya propia. Las habitaciones son pequeñas, los sofás tan mullidos que puedes sentarte en ellos y pasar inadvertido. Las ventanas están cubiertas de enredaderas, y tiene una docena de canarios y tres perros muy cariñosos. Siempre hay comida en la mesa. Las pinturas de la pared son escenas de familia. Te sientas allí sin pensar en nada, en silencio, y sientes que hay un hombre a tu lado... No es un hombre brillante, pero es amable y sincero, y sabes que no hablará mal de ti en cuanto vuelvas la espalda...

—Pero, ¿qué haces en su casa?

—¿Que qué hago? Pues llego, me tumbo en el sofá con los pies en alto y él se tiende en otro sofá, y empieza a fumar...

—¿Y tú?

—¿Yo? Pues también fumo y escucho el canto de los canarios. Luego María trae el samovar...

—¡Tarantiev, Iván Gerasimich! —exclamó Stolz encogiéndose de hombros—. ¡Vamos, vamos, date prisa! A Tarantiev, puedes decirle cuando se presente —añadió, dirigiéndose a Zajar— que hoy comemos fuera, que Ilia Illich comerá fuera todo el verano e incluso el otoño, que anda muy ocupado y que no podrá recibirle.

—¡Ya lo creo que se lo diré, y muy a gusto! No tema el señor que me olvide —repuso Zajar—. ¿Y qué hacemos con la comida que está preparada?

—Te la comes tú e invitas a tus amigos. Y que os aproveche.

—Gracias, señor.

Diez minutos más tarde, Stolz salió del cuarto inmediato vestido con otro traje, recién afeitado y peinado. Pero encontró a Oblomov sentado melancólicamente en el borde de la cama, abrochándose lentamente la camisa. Arrodillado a sus pies, Zajar sostenía en la mano un zapato no muy limpio, en

espera de que su señor acabara de abrocharse la camisa.

—¡Aún no estás calzado! —exclamó Stolz sorprendido—. ¡Date prisa, Ilia!

—Pero, ¿dónde vamos? —inquirió Oblomov preocupado—. ¿Qué sacaremos de ir de un lado para otro? ¿Qué obtendremos con ello? He perdido por completo la costumbre y no quiero...

—¡Vamos, vamos, apresúrate! —insistió Stolz.

IV

AUNQUE ya era algo tarde, fueron a hacer una visita de negocios. Más tarde, Stolz invitó a comer con ellos al propietario de unas minas de oro, y por la tarde fueron a tomar el té a su villa de verano, donde encontraron una animada reunión. De este modo, Oblomov pasó de la más completa soledad a la animación de una fiesta mundana, donde se vio rodeado por una multitud de gente. Aquella noche regresaron muy tarde a casa.

Al día siguiente, al otro y al otro hicieron lo mismo, de forma que la semana pasó rápidamente. Oblomov protestaba, se lamentaba, discutía, pero al final acababa siguiendo a su amigo. En cierta ocasión, al regresar a casa, ya muy avanzada la noche, las protestas de Oblomov fueron excepcionalmente insistentes.

—Ando desgastando las suelas de mis zapatos desde que me levanto hasta que me acuesto —gruñó—, y los pies me duelen de un modo terrible. No puedo soportar más esta clase de vida que me haces llevar.

—¿Qué clase de vida te gustaría llevar, entonces?

—Pues otra.

—Pero, concretamente, ¿qué es lo que te disgusta de ésta?

—Pues todo; el constante ir de un lado para otro, el juego incesante de las pasiones viles, en especial la avaricia, la maledicencia, la forma de mirarle a uno de arriba abajo que tiene la gente. Sus conversaciones son como para volverle a uno loco. A primera vista parecen personas inteligentes, pero a su alrededor no se oyen decir más que cosas de este jaez: «A Fulano le han dado esto y lo otro». «A Zutano le han ascendido.» «¿Y por qué ha tenido que ser él el agraciado?», protesta el otro. «Éste perdió en el juego.» «Éste de más allá ganó trescientos mil en el juego.» ¡Qué aburrimiento! ¿Dónde está el hombre de veras? ¿Qué se ha hecho de él? ¿Cómo ha podido empequeñecerse hasta ese extremo?

—Después de todo, la sociedad tiene que ocuparse de algo —dijo Stolz—. Cada cual tenemos nuestros propios intereses, nuestra vida...

—¡La sociedad! ¡Has hecho que volviera a ella para que la aborreciese aún más de lo que ya la aborrecía! ¡La vida! ¡Vaya una clase de vida! ¿Qué hemos encontrado en ella? ¿Intereses espirituales, sentimientos verdaderos? No existe nada en el centro de esa vorágine, nada vital, nada auténtico. Todos esos seres son personas muertas, hombres adormilados, mucho peores que yo. ¿En qué se cifran sus aspiraciones en la vida? No permanecen acostados en la cama como yo. Se

agitan y revolotean como moscas, pero, ¿para qué? Penetras en un salón y encuentras a la gente sentada con la mayor corrección ante las mesas de juego. ¿Por qué has de echarme tú en cara que yo permanezca en la cama y no me rompa los cascos con los ases y las espadas de la baraja?

—Todo eso que dices carece de valor. Ya ha sido dicho infinidad de veces —afirmó Stolz—. ¿No tienes nada nuevo que añadir?

—Y lo mejor de nuestra juventud, ¿qué hace en realidad? ¿No duermen también cuando pasean, bailan o van en coche a lo largo de la Perspectiva Nevski? ¡Y con qué orgullo y estúpida dignidad miran a los que no visten como ellos! Y no hay duda de que se consideran los mejores del mundo. «Tenemos los mejores empleos y nos sentamos en la primera fila de los teatros, y nos invitan al baile del príncipe N...» Y cuando se reúnen no hacen otra cosa que beber y emborracharse como cocheros. Y no sólo los jóvenes, sino también los mayores. Se reúnen, se invitan unos a otros a comer, pero ninguno tiene la menor idea de lo que es la hospitalidad, la cortesía y la amabilidad, la mutua simpatía. Asisten a un baile q a una comida como a la oficina, fríamente, sin la menor alegría, o dan un banquete para poder lucir su cocinero o su salón y criticarse unos a otros. El otro día, en aquella comida a la que asistimos, no sabía dónde poner los ojos, y faltó poco para que no me ocultase debajo de la mesa, cuando empezaron a criticar a los ausentes y unos a otros se miraban como diciéndose: «Cuando te marches, te tocará a ti el turno». Qué clase de vida es ésa, ¿eh? ¿Qué puedo aprender de ella?

—Filosofas como las personas anticuadas —dijo Stolz—. Así lo escribían antaño en sus libros. Pero, a fin de cuentas, ahora estás pensando, no durmiendo. Algo es algo. Bien, ¿qué más? Sigue, sigue, por favor.

—¿Qué más quieres que diga? Basta con mirarles a la cara. Ni uno solo de ellos tiene aspecto de gozar de buena salud.

—Eso es debido al clima —repuso Stolz—. Tú tampoco tienes mejor aspecto, a pesar de que te pasas acostado todo el día y que no das el más ligero paso.

—Ni uno solo de ellos tiene los ojos claros y límpidos —continuó Oblomov—. Se contagian unos a otros la melancolía y la inquietud que les corroe. ¡Si por lo menos todo lo que hacen fuera por el bien de todos o el suyo propio! Pero, ¡quia! El triunfo de un amigo les hace palidecer de envidia. Uno se lamenta porque tiene que ir todos los días a la oficina, el otro porque le fue negado el empleo.

—Eres todo un filósofo, Ilia —murmuró Stolz—. Todos nos agitamos en un sentido u otro. ¡Sólo tú pareces no necesitar nada!

—Aquel caballero del rostro amarillento y de los lentes —continuó

Oblomov— me ha preguntado si había leído el discurso de no sé qué diputado, y me ha contemplado, sorprendido y horrorizado, cuando le he dicho que jamás leía los periódicos. A continuación me ha empezado a hablar de Luis Felipe Como si fuera su propio padre, y al final ha terminado preguntándome por qué creía yo que el embajador francés había abandonado Roma. ¡Santo cielo! ¡Pasarse la vida condenado a hablar de todo lo que sucede en el mundo! Hoy, Mohamed Alí ha enviado un barco contra Constantinopla y debemos sentirnos horrorizados. Mañana, don Carlos sufre una derrota y tenemos que lamentarlo. En alguna parte se está abriendo un canal y se ha enviado un destacamento de tropas al Este, y esto hace que parezca como si se estuviera incendiando la casa. Discuten y vociferan a propósito de todas estas cosas, pero en el fondo se aburren, no les interesan de verdad. A la legua se nota que siguen durmiendo, no obstante el griterío que arman. Carecen de ocupaciones propias y, por esta razón, derrochan sus energías en todas direcciones. El interés que parecen sentir por todo, falso a más no poder, es síntoma de la más completa vaciedad mental. Para ellos, seguir un camino oscuro, honrado y de esfuerzo es estúpido y despreciable.

—Conforme, Ilia. Tú y yo no hemos malgastado nuestras energías. ¿Cuál es nuestro camino de trabajo? —preguntó Stolz.

Oblomov guardó silencio.

—Estoy rematando mi plan —acabó por decir—. Pero Dios les bendiga, no les acuso de nada. Sencillamente, me parece que su forma de vivir no es normal. No, eso no es vivir, digan ellos lo que digan. Es violar las normas de la vida, el ideal que la naturaleza ha enseñado a los hombres.

—¿Cuál es ese ideal? ¿Cuáles son esas normas?

Oblomov guardó silencio.

—Dime, ¿cómo dirigirás tu propia vida? —insistió Stolz.

—Ya lo tengo pensado.

—¿Qué te gustaría realizar?

—Me gustaría visitar mis propiedades.

—¿Y qué es lo que te lo impide?

—Mi plan no está listo aún. Además, me gustaría ir con una mujer, con mi esposa, no solo.

—¡Vamos! ¿Conque ésas tenemos? Pues entonces, ¿a qué esperas? Dentro de tres o cuatro años ya no habrá una mujer que quiera casarse contigo.

—Tienes razón. Soy demasiado pobre para casarme.

—¡Pero si eres el dueño de Oblomovka! ¡Trescientos siervos!

—Eso no da lo suficiente para vivir un matrimonio.

—¿Que no basta para vivir dos personas?

—¿Y los hijos?

—Si lo llevas al extremo, te responderé que los hijos deben de componérselas como mejor puedan. Así es como hay que educarles.

—No sería noble convertir en obreros a personas bien nacidas —observó Oblomov con acento seco—. Pero, prescindiendo de los hijos, apenas tendríamos suficiente para nosotros dos. Uno dice: «Solo con mi esposa», pero apenas te has casado se te llena la casa de mujeres. Pon la vista donde quieras y ya verás cómo en todas las casas hay siempre un determinado número de mujeres, parientas o amigos que viven en la casa o van a comer y a tomar el té todos los días. ¿Cómo es posible mantener a tanta gente con sólo trescientos siervos?

—Conforme. Pero supón que alguien te regalase trescientos mil rublos. ¿Qué harías con ellos? —preguntó Stolz interesado.

—Los depositaría en el Banco y viviría del interés que me dieran.

—En el Banco, el dinero produce muy poco. ¿Por qué no invertirlo en alguna sociedad, en un negocio?

—No, Andrei. A mí no me engañas.

—¿Te he engañado alguna vez en la vida?

—No, tú no me has engañado jamás. Pero podrían hacerlo otros. Tu compañía podría quebrar y entonces me quedaría sin un céntimo. El dinero está mucho más seguro en el Banco.

—Bien, ¿y qué se te ocurriría hacer entonces?

—Pues me iría a vivir a una casa más confortable que ésta. Tendría buenos vecinos... por ejemplo, a ti... No, a ti, no. Tú no puedes permanecer quieto en el mismo sitio.

—¿Y te quedarías allí para siempre? ¿No irías a ninguna otra parte?

—Jamás me movería de allí.

—Entonces, ¿para qué crees que la gente se toma la molestia de construir ferrocarriles y carreteras, si según tú el ideal de la vida es no moverse del sitio donde uno ha caído? Tendremos que enviarles un aviso urgente para que dejen de trabajar, ya que no pensamos en ir a ninguna parte.

—En el mundo hay otras muchas personas aparte de nosotros. Existe un sinnúmero de viajantes, agentes, administradores y empleados que carecen de un hogar. Pues bien, que viajen ellos, si ése es su gusto.

—¿Y tú qué eres?

Oblomov no contestó.

—¿En qué clase social te incluyes a ti mismo?

—Pregúntaselo a Zajar —respondió Oblomov. Stolz tuvo empeño en seguir la fantasía de su amigo.

—¡Zajar! —gritó.

Zajar, medio adormilado, apareció en la estancia.

—¿Quién está ahí tendido? —preguntó Stolz al criado.

Zajar despertó bruscamente y lanzó una mirada de desconfianza, primero a Stolz, luego a Oblomov.

—¿Qué quiere decir el señor? ¿Es que no le ve?

—No, no le veo, Zajar —repuso Stolz.

—¡Qué gracioso! Pues es el *barin* el señor, Ilia Illich —dijo Zajar.

—¡El *barin*! —exclamó Stolz echándose a reír—. Muy bien, Zajar. Puedes retirarte.

—Bien, un *gentleman* —corrigió Oblomov avergonzado.

—No, no. Tú no eres ni un *barin* ni un *gentleman* —insistió Stolz, que continuaba riendo.

—¿Qué diferencia existe entre ambos? —preguntó Oblomov amoscado—. *Gentleman* es lo mismo que *Barin*.

—Estás en un error. Un *gentleman* es un *barin* que se pone los calcetines y se descalza sin la ayuda de nadie —dijo Stolz.

—Los señores ingleses lo hacen ellos mismos porque no tienen bastantes criados; pero los señores rusos...

—Muy bien. Sigue explicándome tu concepto de la vida... ideal... Vivirías rodeado de amables vecinos... ¿Y qué más? ¿Cómo pasarías tus días?

—Pues me levantaría muy temprano —comenzó Oblomov colocando sus manos bajo la nuca, con la misma expresión de felicidad que si se encontrara ya en el campo—. El tiempo es magnífico, el cielo aparece sin nubes. En mis planes, la galería de un lado de la casa está orientada al este, dando frente a las huertas y a

los campos; y también hay otra que mira al pueblo. Mientras mi esposa se levanta, yo me pongo una bata y me voy a dar un paseo por el jardín, con el fin de respirar el aire puro de la mañana. Allí me reúno con el jardinero, y entre los dos regamos las flores y podamos los árboles, y más tarde me dirijo al cuarto de baño o al río para darme un baño. Cuando regreso, la puerta de la galería se encuentra abierta. Mi esposa me está esperando allí, ataviada con un vestido mañanero, bien peinada... «El té ya está a punto», me dice. Nos damos un beso. ¡Qué té me sirven! ¡Qué sillón más confortable! Me siento a la mesa, llena de golosinas caseras: rosquillas, crema, mantequilla fresca.

—¿Y luego?

—Luego me pongo una amplia chaqueta, muy holgada, y cogiendo a mi esposa por la cintura, nos vamos a dar un paseo por la alameda de árboles frondosos y sombríos. Ambos paseamos en silencio, lentamente, como en sueños, o bien charlamos de nuestras cosas y, sin casi darnos cuenta, descendemos hasta el río. Allí nos metemos en un bote y mi mujer rema lentamente, en silencio...

—¡Ilia, veo que eres todo un poeta! —exclamó Stolz, interrumpiendo a su amigo.

—Sí, tienes razón. Un poeta de la vida, pues la vida es poesía cuando la gente no se empeña en echarla a perder. Luego entraríamos en el invernadero —continuó Oblomov, subyugado por su descripción de la vida ideal.

Describía las escenas con que tantas veces había soñado y hablaba con inusitada animación, sin apenas concederse un respiro.

—Echaríamos una mirada a los melocotones y a las uvas —siguió diciendo—, con el fin de indicar cuáles debían ser servidos en la mesa. Más tarde regresaríamos a casa, tomaríamos un ligero refrigerio y esperaríamos la llegada de las visitas... Mientras, mi esposa habría recibido una cartita de María Petrovna con un libro de música, o bien alguien nos habría enviado una piña tropical, o en nuestra huerta habría un melón que yo tendría que enviar a un amigo para la comida del día siguiente, a la cual quizás asistiríamos nosotros... Al propio tiempo, en la cocina reinaría una gran actividad. El cocinero, con su gorro y un delantal blancos como la nieve, pondría al fuego una cacerola o retiraría otra, amasaría en la artesa, prepararía la verdura o haría un helado... No hay nada más agradable que meter las narices en la cocina un poco antes de la cena: levantar la tapa de una cacerola, oler lo que contiene, mirar cómo se hacen los pastelillos o se bate la nata, y luego ir al salón y recostarse en un sofá. Mi esposa estaría en aquellos momentos leyendo un libro en voz alta. De cuando en cuando haría alguna pausa en la lectura para comentar un párrafo sustancioso. Al final, llegarían los amigos, tú y tu esposa,

por ejemplo...

—¡Vamos! También a mí me has casado...

—¡Claro que sí! Tú y dos o tres amigos más, siempre los mismos. Iniciaríamos la charla por el tema que no habíamos tenido tiempo de concluir el día anterior; contaríamos varios chistes o nos gastaríamos algunas bromas y, de cuando en cuando, se produciría entre nosotros algún elocuente silencio, durante el cual no pensaríamos si Fulano o Mengano han perdido su empleo o en lo que el Senado ha decidido últimamente, sino en nuestra dicha... Nadie hablaría mal de los ausentes, ni miraría a los presentes pensando en lo que podría decir de ellos cuando se marcharan. No nos veríamos obligados a compartir la mesa con personas que no nos inspiraran el menor afecto. En los ojos de los amigos leeríamos la simpatía que sentían hacia nosotros, y por todas partes se oirían risas sinceras y agradables... ¡Todo sería verdadero, auténtico! ¡Todos sentirían de veras lo que dijeran! Terminada la comida, tomaríamos el café, fumaríamos unos excelentes habanos bajo el porche...

—Estás describiendo la forma de vivir de nuestros padres y de nuestros abuelos, Ilia.

—No lo creas, Andrei —contestó Oblomov poco menos que emocionado—. Es muy distinto. Mi esposa no se pasaría el día preparando la mermelada ni la conserva de setas, ni cortando tela, ni repasando la ropa. No pegaría bofetadas a los críos. Te digo que sería una cosa muy distinta: música, piano, muebles bellos y elegantes...

—¿Y tú?

—Yo no leería los periódicos de un año atrás ni iría en una vieja carroza, y en vez de comer fideos y pato asado, dispondría de un *chef* educado en un club inglés o bien en casa de algún embajador...

—¿Y qué más?

—Después, cuando el calor ya no fuera sofocante, enviaríamos el coche con el samovar y algunas golosinas al bosquecillo de abedules o a un campo recién segado, y haríamos colocar algunas alfombras entre los haces. Allí nos divertiríamos hasta el atardecer. Los campesinos regresarían entonces de los campos con sus guadañas al hombro; un carro cargado de heno pasaría lentamente; luego se aproximaría un grupo de mujeres descalzas, cantando y riendo, que al ver a los señores enmudecerían en el acto para saludarles con una reverencia. Una de ellas, regordeta y con los brazos desnudos, se defendería débilmente y sólo por guardar las apariencias de las caricias de su señor... «¡Cuidado! ¡Que no me vea mi marido!»

Oblomov y Stolz no pudieron por menos de echarse a reír.

—Ahora comienza a dejarse sentir la humedad en los campos —siguió Oblomov—. Está oscureciendo. Un mar de niebla se levanta de ellos. Ya es hora de regresar a casa. Comienzan a encenderse las luces tras de las ventanas de la casa, cinco grandes cuchillos trabajan en la cocina... Mientras llega la hora de la cena, hacemos un poco de música... ¡*Casta diva... Casta diva*! —cantó Oblomov—. No puedo escuchar esta aria sin sentirme emocionado. ¡Qué tristeza hay en ese canto! Nadie de cuantos la rodean sabe nada de ella... Está sola... Y la mujer canta su secreto a la luna...

—¿Te gusta esa aria? ¡Me alegro infinito! Olga Illinski la canta de una forma maravillosa. Te la presentaré. Tiene una voz magnífica, espléndida y canta como una cantante de veras. Además, es una joven encantadora... Aunque acaso sea un poco parcial en mi juicio, ya que siento una verdadera debilidad por ella... Pero bueno, sigue, sigue con tu relato...

—Eso es todo —contestó Oblomov—. Los invitados se retiran más tarde a sus habitaciones, y al día siguiente se repite la historia. Quizás algunos salgan a pescar o a cazar. Otros permanecerán simplemente descansando...

—¿Así, simplemente, sin nada entre las manos?

—¿Qué quieres? Bien, quizá tengan un pañuelo entre ellas. ¿No te gustaría gozar de una vida así? —preguntó Oblomov a su amigo—. ¿No te parece que esto es la vida? ¿La verdadera vida?

—¿Toda la vida?

—Hasta la vejez, hasta la muerte.

—Pues no, querido Ilia. Eso no es vida.

—¿No? ¿Y qué la encuentras de malo? No existirán preocupaciones ni caras pálidas, ni tampoco discusiones sobre el Senado, simplemente rostros dichosos y conversaciones sinceras. Sobre todo, nada de mudanzas de piso. ¿Y dices que esto no es vida?

—No, no lo es —repitió Stolz con obstinación—. Es —continuó buscando una palabra que pudiera definir aquel tipo de existencia humana— es algo así como una especie de «oblomovismo».

—¡O-blo-mo-vis-mo! —repitió Ilia Illich lentamente y separando las sílabas—. ¡O-blo-mo-vis-mo! Y miró a Stolz con extraña fijeza.

—En tal caso, ¿cuál será para ti la vida ideal? ¿Quién no es oblomovista en este mundo? —preguntó tímidamente, sin el menor asomo de entusiasmo—. ¿No

es esto con lo que sueña todo el mundo? —agregó ahora con más confianza—. ¿No es a esto hacia lo que tiende toda la inquietud humana, las pasiones, las guerras, los viajes, la política, vamos, todo? Todo cuanto el hombre hace, ¿no es un intento de recuperar el paraíso perdido?

—Esa utopía es también la de un oblomovista —contestó Stolz.

—Todos los seres humanos ambicionan la paz y el descanso —dijo Oblomov, esforzándose en defender su punto de vista.

—No, todos no. Hace diez años tú deseabas algo más.

—¿Yo? —exclamó Oblomov perplejo, tratando de volver su mirada hacia el pasado.

—Si, piensa, trata de recordar. ¿Dónde están tus libros, tus traducciones?

—Zajar debe de haberlos dejado en alguna parte —repuso Oblomov—. Estarán por algún rincón de la casa.

—¡En un rincón! —exclamó Stolz con acento de reproche—. En el mismo rincón en que se encuentran tus propósitos de «trabajar en tanto me quede el más pequeño asomo de energías, pues Rusia necesita manos y cerebros para poder utilizar las inagotables riquezas que posee». Tales fueron tus palabras, si no recuerdo mal. «Trabajar para poder descansar mejor, y descansar significa vivir otro aspecto de la vida, el artístico, el de la belleza, en suma, la vida de los poetas y de los artistas.» ¿Quizá también Zajar ha arrinconado estos viejos propósitos tuyos? ¿Recuerdas que cuando terminaste los estudios anhelabas conocer los países extranjeros, a fin de aprender a conocer y a estimar el tuyo propio? «Toda la vida es trabajo y pensamiento —acostumbrabas a decir— un trabajo oscuro, que nadie reconocerá, pero incesante. Morir sabiendo que uno lo ha dado todo.» ¿También esto ha ido a parar al cuarto de los trastos viejos?

—Si... sí —murmuró Oblomov, que escuchaba poseído por un doloroso desasosiego cada una de las palabras de su amigo—. Recuerdo que, en efecto, yo creía... Sí, desde luego—exclamó, recordando de pronto el pasado—. Teníamos proyectado hacer un viaje por toda Europa, visitar Suiza, el Vesubio y bajar hasta Herculano. ¡Nos faltaba poco para sentirnos locos de alegría ante la idea del viaje! ¡Cuántas tonterías se nos ocurrían entonces!

—¡Tonterías dices! —exclamó Stolz en tono de resignación—. Las reproducciones de las *Madonnas* de Rafael, de la *Noche* de Correggio, o del *Apolo* de Belvedere... «¿Seré tan afortunado que pueda contemplar algún día los originales de estas maravillas y pisar el suelo de Roma?», decías. «¿Podré ver en su tierra natal estos mirtos, estos cipreses, estos limoneros que ahora contemplo siempre en

los invernaderos? ¿Podré llenar mis pulmones con el aire de Italia y empaparme del azul de sus cielos?» ¡Qué elocuente te mostrabas en aquellos tiempos! ¡Y dices que eran tonterías!

—Si, sí. Lo recuerdo todo perfectamente —murmuró Oblomov, perdido ahora en el recuerdo del pasado—. Un día me tomaste de la mano y me dijiste: «Jurémonos no morir sin haber contemplado todo eso».

—Sí, lo recuerdo —respondió Stolz—. Y recuerdo también que un año, para mi santo, me regalaste una traducción de una obra de Say con una dedicatoria tuya. Aún conservo el libro. Te encerrabas con el profesor de matemáticas porque deseabas saberlo todo acerca de los círculos y de los cuadrados, aunque lo abandonaste cuando estabas a la mitad. Empezaste a estudiar inglés, y también te cansaste... Y cuando se me ocurrió planear un viaje al extranjero y te propuse echar una ojeada a las universidades alemanas, saltaste de alegría y dijiste: «Soy tuyo, Andrei, y te seguiré allí donde vayas». Eras un gran actor, lo admito. Pero, Ilia, yo he salido de Rusia en dos ocasiones, y luego de haber estudiado en nuestra universidad, no he tenido inconveniente en sentarme humildemente entre los estudiantes de Bonn, de Jena, de Erlangen, y ahora conozco a Europa como a mi tierra natal. Aunque, a fin de cuentas, hacer viajes al extranjero es un lujo que no todos pueden permitirse. Pero ¿y Rusia? Yo he recorrido todos sus rincones. Trabajo...

—Algún día dejarás de hacerlo —manifestó Oblomov.

—Jamás. ¿Cuándo crees que será eso?

—Cuando hayas conseguido doblar tu capital —repuso Oblomov muy convencido.

—No dejaré de trabajar aunque lo cuadruplique.

—¿Y para qué trabajas tanto si no es para asegurarte el futuro y poder ir al campo a descansar? —comenzó Oblomov después de un breve silencio.

—¡Oblomovismo en el campo! —exclamó Stolz.

—O bien para conseguir un alto rango y una posición social, y luego gozar de una honorable inactividad y de un descanso bien merecido.

—¡Oblomovismo en San Petersburgo! —replicó Stolz.

—¿Cuándo vivirás entonces? —inquirió Oblomov molesto por las interrupciones de su amigo—. ¿Por qué has de ser un esclavo durante toda tu vida?

—Por el simple placer de trabajar. El trabajo da forma, contenido y plenitud

de vida. Nada más que por eso. Tú, por el contrario, has alejado el trabajo de tu vida, ¿y cuál es el resultado? Trataré de hacértelo comprender, quizá por última vez. Si después de lo que voy a decirte continúas aquí sentado con tus Tarantiev y Alexeiev, puedes considerarte perdido irremisiblemente para siempre. ¡Ahora o nunca! —concluyó.

Oblomov tenía la vista clavada en el rostro de su amigo, experimentando la sensación de que Stolz se disponía a colocar ante él un espejo en el que se vería fiel y cruelmente reflejado.

—¡No me reprendas, Andrei, y ayúdame más bien! —murmuró lanzando un suspiro—. También yo sufro por esa causa. Si hubieras oído hoy cómo me lamentaba y cavaba mi propia fosa, no tendrías ánimos para reñirme. Lo sé todo muy bien y lo comprendo perfectamente. Pero carezco de fuerza de voluntad. Dame parte de la tuya y guíame a tu placer. Quizá me sea posible seguirte. Pero solo, jamás podré salir de aquí. Tienes razón: ahora o nunca. ¡El próximo año tal vez sea ya demasiado tarde!

—Pero ¿eres Ilia Illich? —preguntó Stolz—. Yo te recuerdo como un muchacho alegre y animoso, que todos los días iba a pie desde Prechistenka hasta Kudrino. ¿Te acuerdas del jardín? ¿Has olvidado a las dos hermanas? ¿Te has olvidado también de Rousseau, Schiller, Goethe, Byron y de que llevabas libros a aquellas dos muchachas y tratabas de apartarlas de sus Genlis y Cottin? ¿No recuerdas cómo les dabas explicaciones e intentabas mejorar su gusto?

Oblomov saltó ahora del lecho.

—¿También te acuerdas de eso, Andrei? ¡Oh, sí, tienes razón! Soñaba con ellas, murmuraba en sus oídos palabras de esperanza en el futuro, hacía planes maravillosos. Concebí ideas, alimentaba sentimientos, aunque yo te lo ocultaba para que no te burlases de mí. ¡Pero todo eso concluyó y jamás ha vuelto a repetirse! ¿Dónde fue? ¿Por qué se malogró todo? Jamás podré comprenderlo. No he sufrido en mi vida desgracias ni reveses de ninguna clase. No he perdido nada de cuanto tenía; nada pesa sobre mi conciencia, clara y transparente como un cristal. Ninguna helada ha agotado mis ambiciones. Sólo Dios sabe por qué mi vida se ha convertido en este erial. Y dicho esto lanzó otro suspiro.

—Tú lo sabes bien, Andrei —prosiguió—. Jamás ha ardido en mi vida una llama que me salvara o que me destruyese. Mi vida, al contrario de lo que suele suceder con la de los demás, no fue nunca como un amanecer que poco a poco va adquiriendo color hasta transformarse en un día radiante, cuando todo se mueve en la vivida luz del mediodía, para luego, de un modo gradual, ir declinando hacia el ocaso. No, mi vida comenzó apagándose. Es extraño, pero fue así. Desde el

instante mismo en que adquirí conciencia de mí mismo, tuve la sensación de que estaba perdido. Mi declinación comenzó en cuanto me senté en la oficina para copiar papeluchos, y cuando más tarde leí en los libros verdades que no sabía cómo aplicar a la vida. Siguió cuando, más tarde, comencé a oír entre los amigos murmuraciones, chismorreos y críticas despiadadas; me apagué con Minna, que gastó la mitad de mis rentas, y a quien creía amar, y cuando asistía a las reuniones o me paseaba, y todos me consideraban un joven por demás interesante porque era un excelente partido. Continué desperdiciando mis energías cuando me trasladé de la ciudad a la villa de verano, y de la villa de verano a la calle Gorojovaia. La primera significaba para mí la época de las ostras y de la langosta; el otoño y el invierno, las estaciones de los *jours fixes*, el verano, la vida en general, una perezosa y tranquila somnolencia, igual que para los demás... ¿Mi ambición a qué quedó reducida? A encargar los trajes al mejor sastre; en que me recibieran en las casas más distinguidas; en estrechar la mano del príncipe P. ¡Y la ambición es la sal de la vida! ¿Adonde fue a parar todo esto que antes existía en mi? No he sabido comprender la vida o bien ésta es algo completamente inútil, y nada ni nadie ha sido capaz de enseñarme algo mejor. Tú, mientras tanto, aparecías y desaparecías ante mi como un deslumbrante meteoro. ¡Yo lo olvidé todo y fui cayendo cada vez más bajo!

Stolz había dejado de interrumpir a Oblomov con sus contestaciones irónicas. Por el contrario, ahora le escuchaba con un compasivo silencio.

—Hace poco me dijiste que mi aspecto no era muy bueno —siguió Oblomov—. Tienes razón. Soy como un traje viejo y usado, y no por culpa del clima y del exceso de trabajo, sino porque durante doce años he mantenido en mi interior un fuego encerrado que, al no encontrar salida hacia el exterior, ha acabado por apagarse. Han transcurrido doce años, y no deseo despertar, querido Andrei.

—Pero ¿por qué no has hecho algo por liberarte? ¿Por qué no has huido, en vez de irte dejando morir en silencio? —preguntó Stolz dando síntomas de impaciencia.

—¿Huir? ¿Adonde?

—¿Adonde? Te bastaba con dirigirte al Volga, para reunirte con tus campesinos. Allí hay mucho quehacer. Allí, y en ellos, hubieras descubierto un nuevo interés en la vida, un fin, algo a lo que entregarte en cuerpo y alma. Podrías haberte ido a Siberia, a Sitja...

—¡Siempre recetas remedios heroicos! —exclamó Oblomov—. Pero piensa que yo no soy el único que se encuentra en este estado. Están Mijailov, Petrov,

Semionov, Stepanov... demasiados para contarlos...

Stolz se encontraba aún bajo el efecto de la confesión de Oblomov, y no dijo nada, hasta que al fin lanzó un suspiro.

—Sí, en efecto, ha llovido mucho desde entonces —murmuró—. Pero no quiero dejarte de este modo. Primero te llevaré conmigo al extranjero y luego iremos a tus propiedades. Adelgazarás, recobrarás el ánimo, encontrarás una ocupación...

—¡Oh, sí, Andrei, vámonos lejos de aquí! —exclamó Oblomov.

—Mañana mismo iremos a sacar tu pasaporte. No pienso volverte a dejar solo. Ilia, ¿me comprendes?

—¡Todo quieres hacerlo mañana mismo! —repuso Oblomov asustado.

—En cambio, a ti te gustaría dejar para mañana lo que puedes hacer hoy, ¿no es cierto? ¡Qué energía! Hoy ya es demasiado tarde —agregó Stolz—. Pero dentro de quince días estaremos muy lejos de aquí...

—Pero, ¿qué estás diciendo? ¡Tan pronto! ¡Dentro de quince días! —exclamó Oblomov sobrecogido de espanto—. Déjame pensarlo bien y prepararme... Tenemos que comprar un coche...

—Dentro de tres meses quizá...

—¡Comprar un coche! Iremos en el coche correo hasta la frontera o tal vez en barco hasta Lubeck. Lo que nos parezca mejor. Y en el extranjero hay ferrocarriles en muchos sitios.

—¿Y el piso? ¿Y Zajar? ¿Y Oblomovka? ¡Tengo que arreglar todo esto! —protestó Oblomov.

—¡Oblomovismo, oblomovismo! —dijo riendo Stolz, y cogiendo una vela, dio las buenas noches a su amigo y se retiró a su habitación—. ¡Ahora o nunca, recuérdalo! —añadió volviéndose hacia Oblomov y cerrando la puerta tras de sí.

V

«**A**HORA o nunca». Tales fueron las amenazadoras palabras que aparecieron en la mente de Oblomov en cuanto se despertó a la mañana siguiente. Saltó de la cama, empezó a pasearse por la estancia y lanzó una mirada al salón, donde Stolz estaba escribiendo ya.

—¡Zajar! —llamó.

Pero no oyó el ruido del conocido salto y Zajar no acudió a la llamada. Stolz le había enviado al correo.

Oblomov tomó asiento ante la polvorienta mesa y metió la pluma en el tintero. Pero en él no había ni una gota de tinta. Luego buscó papel, tampoco había. En vista de ello, se sumió en sus pensamientos, y sin darse cuenta empezó a escribir con un dedo en la superficie cubierta de polvo de la mesa, contemplando luego lo que había escrito: Oblomovismo. Inmediatamente borró la palabra con la manga. Por la noche había soñado con aquella palabra, escrita con letras de fuego, como en el festín de Baltasar.

Llegó Zajar de la calle y su sorpresa fue mayúscula cuando al entrar en la habitación encontró a su amo levantado. Oblomov sorprendió la mirada de su criado y también creyó leer en su rostro la misma palabra de antes. «Una simple palabra —pensó Ilia Illich—. Pero..., sin embargo, ¡qué daño puede llegar a hacer.»

Zajar fue en busca del cepillo, el peine y la toalla y se dispuso a peinar a su amo.

—¡Vete al diablo! —exclamó Oblomov enojado, y de un manotazo hizo caer el cepillo de las manos de Zajar, el cual, sorprendido y perplejo, dejó caer a su vez el peine.

—¿El señor va a acostarse otra vez? —preguntó Zajar—. Entonces voy a hacerle la cama.

—Deja eso y tráeme papel y tinta —replicó Oblomov.

Continuaba pensando en las palabras «¡Ahora o nunca!» Al conjuro de esta desesperada y angustiosa llamada, hizo un recuento de los despojos de su voluntad que le restaban y pensó en qué podría emplearlos con mayor eficacia.

Luego de unos instantes de dolorosa meditación, cogió un libro que había en un rincón, y en menos de una hora quiso leer, escribir y pensar todo lo que no había leído, escrito ni pensado en el transcurso de diez años. ¿Qué podía hacer?

¿Marchar adelante o seguir donde estaba? El dilema que tenía planteado era para él mucho más importante que el que se formulara Hamlet. Marchar hacia adelante suponía quitarse el *jalat* no sólo de los hombros, sino también del alma, limpiar de polvo y telarañas no sólo las paredes de su casa, sino su espíritu y su mente. ¿Cuál debía ser el primer paso que diera? ¿Cómo empezaría? «No lo sé, me es imposible decidir... Stolz se encuentra aquí y él puede decírmelo... Pero, a fin de cuentas, ¿qué me dirá? Pues me dirá que esta misma semana tengo que escribir instrucciones detalladas a mi administrador y enviárselas inmediatamente; hipotecar Oblomovka, comprar nuevas tierras, establecer un plan de construcciones, abandonar el piso, sacar el pasaporte y marcharme al extranjero durante seis meses. Coger con las manos las riendas de mi destino, alejar de mí toda rareza, refrescar y renovar mi espíritu con los aires que me hacían soñar en mi juventud; vivir sin mi *jalat*; sin Zajar ni Tarantiev; ponerme los calcetines y los zapatos yo mismo, sin ayuda de nadie; dormir sólo por la noche; ir adonde va todo el mundo, viajar en tren, en barco.»

«Por último, irme a vivir a Oblomovka; aprender algo de agricultura y saber por qué el campesino es pobre o rico; recorrer los campos, tomar parte en las elecciones, dirigir todos los trabajos: la siembra, la recolección, *etc.* A la vez, leer los periódicos y cuantos libros pueda; interesarme por la noticia de que los ingleses hayan enviado una escuadra a Oriente... ¡Esto es todo lo que él me dirá! Esto es lo que significa "marchar adelante"... ¡Y hacer esto durante toda la vida! ¡Adiós poético ideal de la vida que soñé...! ¿Y cuándo voy a vivir? ¿No sería cien veces mejor que me quedara como estoy? Quedarme como estoy significa volver a mi *jalat*, a oír otra vez el salto de Zajar cuando abandona la estufa, a comer con Tarantiev, a pensar menos cada día que transcurra; no acabar de leer nunca el *Viaje al África* y envejecer lentamente en casa de la amiga de Tarantiev... "¡Ahora o nunca! ¡Ser o no ser!..."» Oblomov se levantó bruscamente del asiento, pero al no encontrar en el acto las zapatillas con los pies, tornó a sentarse.

Quince días más tarde, Stolz partió para Inglaterra habiéndole prometido Oblomov que iría a reunirse con él en París. Tenía el pasaporte en regla y se había hecho hacer un traje de viaje. Hasta aquí llegó su actividad. Zajar refunfuñó que bastaba con comprar un par de zapatos nuevos y hacer arreglar los viejos. Pero Oblomov, compró una manta de viaje, un abrigo y una maleta, y estuvo a un paso de adquirir una maleta para llevar las provisiones de boca. Pero alguien le dijo que en el extranjero la gente no acostumbraba a llevarse la comida cuando viajaba. Zajar recorrió un sin fin de tiendas y aunque gracias a ello pudo recoger una buena cantidad de calderilla, el hombre no por eso dejó de maldecir a Stolz y a quienes habían inventado los viajes.

—¿Qué hará él solo? —preguntaba Zajar a sus compadres en la puerta, de la

casa—. Dicen que en el extranjero todos los criados son mujeres. No veo cómo una muchacha puede quitarle las botas a un caballero. Y menos aún ponerle a su señor los calcetines.

Oblomov, imponiéndose a su pereza, llegó al extremo de confeccionar una lista de cosas que tenía que llevarse y de las que dejaría. Tarantiev se encargó de trasladar los muebles y todos los enseres a casa de su amiga, donde alquilaría tres habitaciones hasta el regreso de Oblomov.

Los amigos de Oblomov comentaban la marcha, no muy convencidos de que se llevara a efecto el viaje, y algunos incluso sonreían incrédulos.

—No lo creeréis, pero Oblomov se marcha de viaje.

Pero transcurrió todo un mes, luego tres más, y Oblomov seguía en San Petersburgo.

La víspera de la marcha se le hinchó un labio.

—Me ha picado una mosca y no puedo viajar en barco con el labio así —dijo.

Y decidió aguardar, al próximo vapor. Estaban en el mes de agosto, y desde París Stolz escribía furiosas cartas a su amigo, cartas que no recibían respuesta alguna.

¿Por qué? Probablemente porque la tinta se habría secado en el tintero y no tendría papel a mano. O tal vez porque seguía enredándose con los «que» y los «cuales», o porque ante el amenazador dilema de «Ahora o nunca», habría optado por la última parte y yacía con las manos bajo el cogote, mientras Zajar trataba en vano de despertarle de su sueño.

Nada de esto. El tintero estaba ahora lleno de tinta; sobre la mesa había papeles de toda clase. Tras de haber escrito varias páginas, no había puesto dos veces aún «el cual» en la misma frase. Escribía con facilidad e incluso con relativa elocuencia, igual que en los tiempos en que, junto con Stolz, soñaba en una vida de trabajo y llenaba cuadernos enteros de prosa y poesías o bien derramaba lágrimas al leer las de otros.

Se levantaba a las siete, leía, devoraba los libros. Ahora ya no se le veía aburrido, cansado o adormilado. En sus mejillas tenía color, un brillo en sus ojos y no se ponía el viejo jalat, Tarantiev se lo había llevado a casa de su amiga, junto con todo lo demás. Para trabajar en casa se ponía una elegante chaqueta y un pañuelo en torno al cuello. Las puntas de su camisa asomaban blancas y tersas como la nieve. Y cuando salía a la calle llevaba una levita de magnífico corte y un sombrero en extremo elegante... Se mostraba contento y canturreaba a media voz... ¿A qué se debía este sorprendente cambio?

Se hallaba sentado junto a la ventana; a su lado tenía un ramo de flores y escribía febrilmente. De cuando en cuando, alzaba la cabeza y contemplaba el jardín de la casa en la que vivía ahora, e inmediatamente tornaba a escribir.

De pronto, se oyeron sobre la arena del sendero unos ligeros pasos, y Oblomov tiró la pluma, cogió el ramo que tenía junto a él y se asomó a la ventana.

—¿Es usted, Olga Sergeievna? ¡Bajo al instante!

Ilia Illich se apresuró a coger el sombrero y el bastón, bajó a toda prisa la escalera y tomando del brazo a una bella joven, se encaminaron ambos hacia el tupido bosque de pinos que había en los alrededores.

Zajar entonces entró en el cuarto, miró por la ventana y siguió con la vista a su amo, que se alejaba. Luego cerró la puerta y se dirigió a la cocina.

—Se ha marchado —dijo a Anisia.

—¿Vendrá a comer?

—Sólo Dios lo sabe —contestó Zajar somnoliento.

Zajar seguía siendo el mismo de siempre:, frondosas patillas, un aseo de su persona más que dudoso y la levita gris con el agujero de costumbre. Pero se había casado con Anisia, quizá por haber roto con su amiga o quizá porque había llegado a la conclusión de que todo hombre honrado tiene que acabar casado. Pero, al revés de lo que suele suceder, el matrimonio no le había hecho cambiar poco ni mucho.

Stolz había presentado a su amigo Oblomov a Olga y a su tía. El primer día que llevó a su amigo a casa de las damas, había en ella mucha gente y Oblomov se sintió tan cohibido y triste como de costumbre. «Me gustaría poder quitarme los guantes —se decía—. ¡Qué calor hace aquí y qué poco habituado estoy a todo esto!»

Stolz estaba sentado junto a Olga, recostada en un sillón junto a la lámpara de pie, y apenas si tomaba parte en lo que sucedía a su alrededor. Olga no cabía en sí de contenta al ver de nuevo a Stolz. Las mejillas de la joven no ardían ni sus ojos despedían chispas, pero en ellos había un tranquilo brillo y sonreía con expresión dulce. Apreciaba a Stolz, porque la distraía. Pero la joven sentíase un tanto cortada en su presencia, pues a su lado experimentaba la sensación de ser una niña. Cuando tenía una duda o deseaba hacerle una pregunta, titubeaba mucho antes de decidirse a formularla. Stolz se encontraba a cien codos por encima de ella en todos los sentidos, y su vanidad padecía precisamente debido a esta inferioridad en que se encontraba frente a Stolz.

Éste admiraba a la joven desinteresadamente, como a una criatura deliciosa

y admirable, por el frescor de su espíritu y de su corazón. Existían muy pocas mujeres que hablasen con la espontaneidad e ingenuidad con que solía hacerlo Olga. Jamás se la veía coqueteando con ningún hombre y quizás era ésta la causa de que fuera Stolz el único que la apreciaba. En más de una ocasión, durante un baile, había permanecido sentada aburriéndose por la sencilla razón de que los hombres la temían. Jamás sabían de qué hablarle ni en qué tono hacerlo. Algunos llegaban incluso a tildarla de tonta o por lo menos de simple, pues la muchacha no acostumbraba a hacer grandes frases acerca de la vida, el amor y los sentimientos, ni exponía profundas opiniones criticas sobre música o libros, que, por lo demás, los otros habrán extraído de sus lecturas.

Tan sólo Stolz conseguía hacerla reír, y ambos no encontraban jamás el momento de interrumpir la conversación iniciada. Olga era muy aficionada a la música, pero cantaba únicamente para su propio placer o para el de Stolz o algún amigo de la infancia. Y, como Stolz solía decir, cantaba mejor que muchos profesionales.

En cuanto Stolz se sentó a su lado, empezó a oírse la espontánea risa de Olga, tan contagiosa, que cuantos la oían acababan también riendo, aun sin saber por qué. Pero aquel día las risas no tardaron en enmudecer y durante más de media hora Stolz estuvo hablando en secreto con Olga y mirando de cuando en cuando a Oblomov. Éste, al percatarse de que él era el objeto de aquella conversación, con gusto hubiera desaparecido bajo tierra.

«¿Qué estarán diciendo de mí?», pensaba lleno de angustia, mirando a la pareja de reojo de cuando en cuando. Estaba a punto de marcharse cuando la tía de Olga le llamó a la mesa y le hizo sentarse a su lado, bajo el fuego cruzado de las miradas de todos los invitados.

Oblomov miró en torno suyo buscando a Stolz. Pero éste, al parecer, había desaparecido, y su mirada entonces fue a cruzarse con la de Olga, que le observaba con la misma fijeza que los demás. «Sigue mirándome», pensó Oblomov lleno de angustia, echando un vistazo a su ropa. Luego se pasó el pañuelo por la cara creído de que tal vez tenía alguna cosa en ella; a continuación se palpó la corbata para comprobar si la tenía en su sitio. No, todo estaba en orden. Sin embargo, la joven seguía mirándole. Un criado le sirvió una taza de té y un plato con bizcochos y pastas. Con el deseo de aparecer lo más desenfadado posible, cogió tantas pastas del plato que una muchacha que se encontraba a su lado no pudo por menos de echarse a reír. Otros le dirigieron también una mirada de interés. «¡Santo cielo! ¡También ella me está mirando! —pensó Oblomov—. ¿Qué haré con esté montón de pastas?»

Sin necesidad de mirar, se dio cuenta de que Olga se había levantado de la

mesa y se encontraba ahora en el otro extremo del salón. Oblomov experimentó un gran alivio. La muchacha que tenía a su lado continuaba observándole, deseosa, al parecer, de saber lo que haría con tantas pastas. «Tengo que darme prisa y comérmelas todas», pensó. Por suerte, se deshacían solas en la boca. Ya sólo le quedaban dos. Ahora respiró más tranquilo y se atrevió a mirar hacia el sitio donde se encontraba Olga. La vio junto al pedestal sobre el que había un busto, observándole con la mayor atención. Se hubiera dicho que la muchacha se había refugiado en aquel rincón al objeto de poderle observar a sus anchas.

Durante la cena, la joven permaneció sentada en el otro extremo de la mesa, hablando y, riendo como si no se diera cuenta de la presencia de Oblomov, pero en cuanto éste volvía la vista hacia ella, sus miradas se cruzaban.

Terminada la cena, Oblomov estuvo hablando con la tía de Olga, que le invitó a comer al día siguiente junto con Stolz. Pero de nuevo descubrió a Olga, sentada ante el piano, que le miraba con singular fijeza, e incluso le pareció que le sonreía.

«Andrei debe de haberle contado que ayer me encontró con un calcetín de cada clase y la camisa puesta al revés», se dijo Oblomov, y regresó a su casa en extremo nervioso ante semejante suposición, así como por la invitación a comer para el día siguiente, y a la que había correspondido con una inclinación de cabeza, esto es, aceptando.

A partir de aquel momento, la insistente mirada de Olga no se apartó del pensamiento de Oblomov. Aunque procuraba adoptar las posiciones más cómodas en el lecho, no le era posible conciliar el sueño. En primer lugar, le disgustaba el recuerdo de su *jalat*; Zajar le parecía estúpido y antipático, y las telarañas y el polvo insoportables. Al día siguiente ordenó que lo limpiasen todo; luego se tumbó en el sofá y durante una hora estuvo pensando en Olga.

Primero se entretuvo en el examen de su aspecto físico. Sin duda, Olga no era una auténtica belleza en el sentido exacto de la palabra. No tenía la piel completamente blanca ni sus ojos ni sus labios tan animados y coloreados como parecía exigir el ideal. Pero si en vez de ser una mujer, hubiera sido una estatua, sin duda habría representado un modelo de gracia y de armonía. Era alta, y tanto sus hombros como su espalda, así como el óvalo de su rostro y la forma de sus miembros guardaban una íntima proporción. Incluso el hombre más absorto en sus pensamientos no hubiera podido por menos de detenerse para admirar a una mujer tan gallarda y bien proporcionada. La joven tenía la nariz ligeramente aguileña, y casi siempre mantenía los labios apretados, lo que indicaba un pensamiento concentrado. También en la expresión de sus ojos, de un verde claro, se leía la activa vida de su ágil espíritu.

«¿Por qué me miraría con tanta fijeza ayer? —se preguntaba ahora Oblomov—. Andrei ha jurado que no le dijo una sola palabras de mis calcetines ni de mi camisa, sino que durante todo el tiempo se dedicó a ponerla al corriente de nuestra amistad, contándole que habíamos crecido juntos e ido a la escuela al mismo tiempo; de mi triste vida, que se está consumiendo en la más completa inactividad y de esa llama que se va apagando en mí lentamente. ¿Qué es lo que pudo hacerla reír de aquel modo? —continuaba diciéndose—. Si tuviera un poco de corazón habría sentido piedad de mí... Pero no quiero seguir pensando en ella. Hoy iré a comer a su casa porque me han invitado, pero jamás volveré a poner los pies allí.»

Pasaron los días, y no sólo volvió a poner los pies en aquella casa, sino que incluso parecía vivir en ella. Un día Tarantiev se llevó todos los trastos a casa de su amiga, y Oblomov estuvo tres días sin sofá donde tumbarse y comiendo en casa de la tía de Olga. Más tarde sucedió que cerca de la casa donde vivían los Illich había una quinta desalquilada, y Oblomov la alquiló sin ni siquiera verla. De este modo pasaba el día y la noche al lado de la joven; con ella iba de paseo al campo y a la ciudad, con ella leía y comentaba sus lecturas. ¿Él? ¿Oblomov? ¿Cómo pudo realizarse tal milagro?

Las cosas sucedieron del siguiente modo: Stolz y Oblomov comieron en casa de la tía de Olga, y Oblomov experimentó los mismos sufrimientos e inquietudes que en el curso de la fiesta del día anterior. Comió y conversó sin dejar de sentir sobre sí un solo instante la insistente mirada de Olga, lo que excitó en sumo grado sus nervios y su sangre. Tan sólo a la hora de fumar el cigarro en la galería pudo hurtarse por un tiempo a los verdes ojos de la muchacha.

«¿Por qué me mirará así? —se preguntaba Oblomov—. A nadie mira del mismo modo que a mí. No obstante, yo procuro en todo momento no llamar la atención de nadie. Tengo que buscar la ocasión de hablar con ella para decirle que no me atormente de este modo.»

De súbito, Olga apareció en la puerta de la galería. Oblomov entonces se apresuró a acercarle una silla y ambos se sentaron uno al lado de otro.

—¿Es cierto que la vida le parece a usted muy triste? —preguntó la joven de buenas a primeras.

—Si. Pero ahora... ahora ya tengo algo en qué ocuparme.

—Andrei me ha dicho que estaba usted redactando un proyecto.

—Sí. Deseo irme a vivir a mis propiedades y me estoy preparando para ello.

—¿Y piensa usted ir al extranjero?

—Sí. En cuanto Andrei Ivanich esté a punto para ello.

—¿Tiene deseos de viajar? —preguntó Olga.

—Por supuesto. Siento unos grandes deseos de hacerlo.

Oblomov la miró y en el rostro de la joven descubrió una expresión sonriente, que se transparentaba a través de sus verdes ojos. Sus labios, empero, permanecieron apretados.

—Bueno, lo cierto es que soy un tanto perezoso —murmuró, y en el acto se sintió enojado consigo mismo por haber hecho aquella confesión tan fácilmente.

«¿Qué representa esta mujer para mí? —pensó ahora—. ¿Es que le tengo miedo?»

—¿Perezoso? —preguntó Olga con ingenuidad—. ¿Cómo puede ser perezoso un hombre? Confieso que no lo comprendo.

—¿Qué es lo que no comprende usted? Sencillamente, lo que sucede es que me paso todo el santo día en casa y no salgo a la calle para nada. Por eso Andrei piensa que...

—Pero seguramente debe usted leer y escribir mucho durante todo ese tiempo —dijo Olga—. ¿Ha leído tal vez...?

—No, no lo he leído —se apresuró a responder en seguida Oblomov.

—¿Qué es lo que no ha leído? —preguntó la joven echándose a reír.

Oblomov la imitó.

—Supongo que iba usted a preguntarme si había leído determinada novela. No, nunca leo novelas.

—Pues se equivoca usted de medio a medio. Iba a preguntarle sobre un libro de viajes.

Oblomov la miró ahora. Olga seguía sonriendo, aunque sin despegar los labios.

«Mucho cuidado con ella», se dijo.

—¿Qué suele usted leer entonces? —preguntó la joven con curiosidad.

—La verdad es que me gusta leer libros de viajes...

—¿Al África? —inquirió Olga con suave acento.

Oblomov se ruborizó, pues pensó que ella no sólo sabía lo que él acostumbraba a leer, sino también la forma en que solía hacerlo.

—¿Le gusta la música? —preguntó Olga deseando sacarle del aprieto en que le había metido.

En aquel preciso instante Stolz se acercó a ellos.

—Ilia, le he dicho a Olga Sergeievna que te gustaba mucho la música y le he rogado que cante alguna cosa... *Casta diva*, por ejemplo.

—¿Por qué le has dicho eso? —masculló Oblomov—. Sabes de sobra que no soy ningún apasionado de la música...

—¡Qué hombre! —exclamó Stolz—. Parece como si le hubiera ofendido. Le he presentado como un hombre interesante y está haciendo todo lo posible para decepcionarla a usted, Olga.

—Sencillamente, no quiero que me hagas pasar por un apasionado de la música. Es un papel muy difícil de representar.

—¿Qué clase de música prefiere usted, Ilia Illich? —preguntó Olga.

—Es difícil decirlo. De toda clase. A veces me arroba el sonido de un organillo callejero. En cambio, no puedo soportar la orquesta de la ópera. En determinados momentos me siento hechizado por Meyerbeer, o bien por una canción cualquiera cantada desde la cubierta de un barco. En otras ocasiones me taparía los oídos para no oír a Mozart.

—Eso quiere decir que es usted un buen aficionado.

—Cante algo, Olga Sergeievna —suplicó Stolz.

—Pero ¿y si Ilia Illich tiene que taparse los oídos? —repuso Olga volviéndose hacia éste.

—Sé que debería decirle algún cumplido —contestó Oblomov—. Pero no sé decirlos. Además, no me atrevo...

—¿Por qué no?

—¿Y si luego resulta que canta usted mal? —dijo Oblomov con la mayor ingenuidad—. Esperaré a haberla oído. Podría colocarme en una situación en extremo violenta.

—Como ayer con las pastas —replicó Olga espontáneamente, pero en el acto se arrepintió de haberlo dicho—. Perdóneme usted, pero no quería decir esto.

Oblomov; pillado de sorpresa, se ruborizó.

—Eso es una traición —dijo a media voz.

—No. En todo caso, una pequeña venganza, por completo impremeditada,

por no haber querido dedicarme un cumplido.

—Puede que lo haga después de haberla oído.

—¿Quiere usted que cante? —demandó la joven.

—Él es el que lo desea —contestó Oblomov señalando a Stolz.

—¿Y usted?

Oblomov negó con un movimiento de cabeza.

—Yo no puedo desear lo que no conozco.

—Eres un mal educado, Ilia —manifestó Stolz—. Esto es lo que ocurre cuando se pasa uno la vida encerrado en casa, con los calcetines...

—Bueno, bueno, Andrei —se apresuró a decir Oblomov—. Ya sé que no cuesta nada decir: «Me encantaría. Estoy convencido de que canta usted maravillosamente bien», *etc.* Pero ¿es preciso decirlo? —concluyó volviéndose hacia Olga.

—Pero podría usted desear oírme, aunque tan sólo fuera por simple curiosidad.

—Pues no me atrevo. No es usted una cantante.

—Bien, cantaré para usted —dijo Olga a Stolz.

—Ilia, prepara tus cumplidos.

Olga cantó diversas canciones a petición de Stolz, y Oblomov no tardó en sentirse arrastrado por la voz dulce y llena de sentimiento de la joven.

Por último, Olga cantó Casta diva. Las sensaciones y sentimientos que despertó en Oblomov fueron demasiado para él, que se sintió transportado a otro mundo.

—¿Le ha gustado? —preguntó Olga a Stolz cuando terminó de cantar.

—Pregúnteselo a él —repuso Stolz.

—¡Oh! —exclamó Oblomov cogiendo la mano de la joven sin darse cuenta de lo que hacía, aunque la soltó inmediatamente, confundido—. Perdón...

—Dime la verdad, Ilia —preguntó Stolz ahora—. ¿Cuánto tiempo hacia que no experimentabas lo de hoy?

—Tal vez esta mañana, si ha pasado algún organillo bajo su ventana... —empezó Olga con ironía.

Pero Oblomov le dirigió una mirada cargada de reproche.

—No. Tiene las ventanas con cristales dobles y no puede oir nada —contestó Stolz.

Oblomov lanzó a su amigo una mirada de enfado y Stolz cogió la mano de Olga.

—Ignoro la causa, Olga, pero esta noche ha cantado usted mejor que nunca. He aquí mi cumplido —concluyó besándole uno de los dedos de la mano.

Stolz se disponía a marcharse, pues tenía algo que hacer y Oblomov quiso irse también. Pero entre Stolz y Olga procuraron disuadirle.

—Puedes quedarte —dijo Stolz—, aún es temprano.

—¡Andrei, Andrei! —imploró Oblomov—. ¡No puedo quedarme!

Al fin consiguió que le dejaran marchar.

Aquella noche no pudo conciliar el sueño. Empezó paseándose arriba y abajo de su cuarto, para terminar saliendo a la calle y caminar por la orilla del Neva y las calles más apartadas, lleno de inquietud, pues no conseguía desentrañar los sentimientos que le embargaban.

Tres días después volvió a presentarse en casa de Olga, y por la noche, cuando los demás invitados tomaron asiento para jugar a las cartas, se descubrió a sí mismo al lado del piano, junto a Olga. Su tía tenía aquella noche jaqueca y se había encerrado en su habitación con el pomo de sales.

—Le gustaría a usted ver la colección de dibujos que Andrei me ha traído de Odesa? —preguntó Olga—. ¿Se los ha enseñado él?

—Parece como si deseara usted cumplir con su deber de distraer a los invitados, ¿no es cierto? —repuso Oblomov—. Conmigo no tiene usted por qué hacerlo.

—¿Por qué no? No quiero que se aburra, deseo que se sienta usted aquí como en su propia casa, de un modo confortable, libre, a sus anchas, a fin de que no tenga que marcharse... para acostarse otra vez.

«¡Qué cruelmente se burla de mí!», se dijo Oblomov, admirando, a su pesar, los menores movimientos de la joven.

—¿Quiere usted que me sienta a mis anchas y que no me aburra? —preguntó Oblomov.

—Por supuesto —contestó la joven mirándole como solía hacerlo, aunque con mayor curiosidad y amabilidad.

—En ese caso, para empezar, tiene usted que dejarme de mirar como lo está

haciendo en este momento, y como lo hizo el otro día...

Olga le miró con mayor curiosidad aún.

—¿Ve usted? Precisamente son esas miradas suyas las que hacen que me sienta incómodo. ¿Dónde está mi sombrero?

—Pero, ¿por qué incómodo? —preguntó Olga con voz suave, mirándole ahora con simpatía.

—No sé. Pero cuando me mira usted de ese modo tengo la sensación de que trata usted de descubrir en mi todo cuanto yo desearía qué permaneciera oculto a los demás, a usted más que a nadie.

—¿Por qué? Es usted amigo de Andrei Ivanich y él lo es mío, de modo que...

—No hay motivo para que usted sepa de mi todo lo que sabe él —repuso Oblomov.

—No hay motivo, pero sí, en cambio, la oportunidad de ello.

—Gracias a las indiscreciones de mi amigo, que me está haciendo un pésimo favor, a lo que veo...

—¡Vamos! ¿Es que tiene usted secretos? —exclamó Olga—. ¿Algún crimen tal vez? —añadió sonriendo de un modo encantador.

—Quizá —repuso Oblomov lanzando un suspiro.

—Si, es un crimen muy grave llevar los calcetines cambiados —dijo Olga.

Oblomov se apresuró a coger su sombrero.

—No puedo continuar aquí —dijo—. ¿Cómo quiere usted que me sienta a mis anchas en su casa? Tengo la impresión de que acabaré odiando a Andrei... ¿También le ha contado eso?

—Y crea que me hizo reír mucho con ello —afirmó Olga—. Siempre me hace reir. Pero perdóneme usted, ya no volveré a mirarle de ese modo... —añadió Olga, intentando poner cara seria—. Esto para empezar —continuó—. Bien, puesto que ya no le miro a usted como le miraba el otro día, supongo que se sentirá mucho más cómodo. Y ahora, ¿qué debo hacer para que no se aburra usted?

Oblomov la miraba a los ojos.

—Ahora es usted quien me mira de un modo extraño —dijo Olga.

En efecto, Oblomov la miraba no sólo con los ojos, sino con su pensamiento, con toda su voluntad, con todo su ser, igual que si fuera un hipnotizador. «¡Dios mío, qué guapa es! pensó mirándola de nuevo con cierto temor—. Esa piel tan

blanca, esos ojos oscuros y profundos en los que brilla una luz que sin duda brota de su alma. En su sonrisa puede leerse lo mismo que en un libro abierto. ¡Qué dientes tiene! Y la cabeza, ¡qué bellamente descansa sobre sus hombros!... Hay algo en ella que afluye hacia mí. Los latidos de mi corazón empiezan a acelerarse... Experimento una sensación desconocida para mí... ¡Qué placer poderla contemplar de este modo!»

Estos pensamientos cruzaban por su mente mientras seguía mirándola con expresión abstraída de la misma forma que se contempla un horizonte lejano o un abismo sin fondo.

—¡Vamos, Oblomov! ¡Vaya una forma que tiene usted de mirarme! —murmuró Olga.

Oblomov no la oyó. Seguía con la vista fija en ella, tomando nota de lo que sucedía en su interior. De pronto se tocó la cabeza, en la que sentía agitarse un torbellino de pensamientos. Le era imposible apresarlos, pues revoloteaban como una bandada de pájaros, a la vez que sentía que algo le dolía en el lado del corazón.

—¡No me mire usted así, por favor! —pidió Olga de pronto—. Me siento azorada, y temo que esté usted tratando de leer en mi interior...

—¿Y qué leería si lo hiciera? —preguntó Oblomov sin darse cuenta de lo que decía.

—También yo tengo proyectos a los que jamás pongo fin.

Esta alusión a su plan inacabado devolvió a Oblomov a la realidad.

—Es curioso —murmuró—. Posee usted un espíritu irónico y, sin embargo, hay una gran amabilidad en sus ojos. No en vano se dice que las mujeres mienten intencionadamente con las palabras y sin intención en los ojos, con la sonrisa, con el rubor de sus mejillas y hasta con sus desmayos...

Olga quiso que el joven siguiera experimentando aquella sensación. Quitó a Oblomov el sombrero de la mano y se sentó.

—Lo lamento —dijo—. Perdóneme usted. Pero mi lengua es mi mayor enemiga. Eso sí, puedo jurarle que no me burlo de usted —acabó con voz temblorosa, tanto fue el sentimiento que puso en sus palabras.

Oblomov se tranquilizó.

—¡Este Andrei! —dijo en tono de reproche.

—Bien, y, en segundo lugar, dígame usted qué puedo hacer para que no se aburra.

—Cantar —repuso Oblomov.

—¡Gracias a Dios! ¡Era el cumplido que estaba esperando! —exclamó Olga con sincera alegría y ruborizándose—. ¿Sabe usted? —continuó con repentina animación—. Si no hubiera usted proferido aquel «¡oh!» después que me oyó cantar la otra noche, creo que me hubiese sido imposible conciliar el sueño, e incluso tal vez habría llorado.

—¿Por qué? —preguntó Oblomov perplejo.

—Pues no lo sé —repuso Olga después de pensar brevemente.

—Tal vez sea porque es usted muy orgullosa.

—Sí, tal vez sea eso —murmuró Olga pensativa—. Pero supongo que todo el mundo debe de tener su orgullo. Andrei sostiene que el orgullo es lo que hace progresar a la gente. Y supongo que usted debe carecer de él. Por esta razón...

—¿Por qué razón?

—Nada —repuso Olga cambiando súbitamente de tema—. Creo que quiero a Andrei no sólo porque me divierte, pues a veces también me hace llorar; tampoco porque él también me aprecia, sino porque me quiere más que a las demás personas... ¿Es esto orgullo?

—¿Quiere usted a Andrei? —preguntó Oblomov mirando a la joven fijamente a los ojos.

—Claro que le quiero; puesto que me quiere más que a los demás, es muy lógico, que yo le corresponda —contestó Olga con gran seriedad.

Oblomov miró a la joven en silencio, y ella le correspondió con una mirada tranquila y silenciosa.

—Ya sé que también quiere a Ana Vasilievna y a Zinaida Mijailovna, pero no las estima tanto como a mí —continuó—.

Nunca charla con ellas más de dos horas seguidas. Les habla de sus negocios, del teatro, comenta las noticias. Pero a mi me habla como a una hermana, mejor dicho, como a una hija. A veces me regaña si no le comprendo o no estoy de acuerdo con él, y a ellas nunca las regaña, y creo que por esto le prefiero a todos. ¡Orgullo! —exclamó ahora con expresión meditabunda—. No sé cómo puede entrar el orgullo en mi afición por el canto. Pero si usted se hubiera ido sin decirme una palabra amable, o si yo no hubiese podido leer en sus ojos que le había gustado, creo que hubiese enfermado del disgusto... ¡Sí, sí, ahora estoy segura de que era orgullo! —concluyó con decisión.

—¿Y qué fue lo que usted leyó en mis ojos? —preguntó Oblomov.

—Lágrimas, aunque usted trataba de disimularlas. Pero es una fea costumbre esa de los hombres que se avergüenzan de sus sentimientos. Estaría mucho mejor que se avergonzasen de su intelecto, que tantos errores les lleva a cometer. También Andrei Ivanich se avergüenza de sus sentimientos. Una vez se lo dije, y él reconoció que era cierto. ¿Usted se avergüenza o no?

—Mirándola a usted, uno admitiría lo que fuera —repuso Oblomov.

—Otro cumplido, y por cierto que muy... Olga buscó la palabra adecuada.

—Muy vulgar —concluyó Oblomov sin apartar la mirada de la joven.

Olga sonrió en prueba de asentimiento.

—Esto era precisamente lo que me temía cuando me negué a rogarle a usted que cantase. ¿Qué puede decirse después de haber oído a una cantante por primera vez? Sin embargo, es necesario decir algo. Es muy difícil ser inteligente y sincero al mismo tiempo, en especial cuando se trata de expresar los propios sentimientos y cuando se siente uno tan emocionado como yo me sentía en aquel momento...

—La otra noche canté como hacía años que no lo hacía, o quizá como nunca lo había hecho hasta entonces... Es más, temo que jamás volveré a cantar de ese modo. Pero espere usted, voy a cantarle una cosa... —dijo.

El rostro de Olga pareció iluminarse de repente y sus ojos brillaron. Luego pulsó ligeramente las teclas y empezó.

¡Cuántas cosas contenía su canción! Esperanza, vagos temores de tormenta, la tormenta estallando al fin, el dolor de la desesperación... Todo esto se percibía no en la canción, sino en su voz.

Olga continuó cantando, volviéndose de cuando en cuando para mirar a Oblomov, como para preguntarle cual si fuera un niño: «¿Tiene usted ya bastante?» Sus mejillas y sus breves orejas ardían. A veces su rostro de niña dejaba transparentar las emociones de una pasión presentida, para luego tornar su voz a sonar fresca y juvenil. Oblomov pasaba por idénticos estados de espíritu. Las lágrimas acudían a la vez a los ojos de ambos. Cuando terminó de cantar, Olga le cogió una mano.

—¿Qué le sucede a usted? —musitó—. ¿Por qué me mira de ese modo?

Pero lo sabía perfectamente, y en su interior gozaba de la alegría de la victoria, al comprobar la fuerza de su poder.

—Mírese usted al espejo —continuó Olga—. Sus ojos brillan de un modo extraño. ¡Pero si hay lágrimas en ellos! ¡Cómo siente usted la música!

—No, no es la música —dijo Oblomov con voz suave—. Creo que... creo que es el amor.

Olga soltó la mano de Oblomov inmediatamente y palideció. Sus ojos se encontraron. No era Oblomov el que la miraba, sino su pasión. La joven comprendió que aquellas palabras se le habían escapado a Oblomov muy a pesar suyo y que eran sinceras.

Oblomov volvió al cabo en sí y cogiendo su sombrero, abandonó apresuradamente el salón sin volver la cabeza ni despedirse de la joven. Olga no le siguió con la mirada. Permaneció unos minutos junto al piano, inmóvil, cual si fuera una estatua, los ojos clavados en el suelo y respirando afanosamente.

VI

SIEMPRE que Oblomov yacía tendido en el sofá, entregado a sus vagos ensueños, en su imaginación aparecía la figura de una mujer, su esposa, nunca su amante. Esta mujer era esbelta, deliciosa, de ojos de mirar dulce, a la vez que orgullosa, y permanecía sentada en la galería cubierta con los brazos cruzados sobre el pecho o bien caminaba suavemente por la arena de la avenida central del jardín: una ideal encarnación de la paz y del bienestar.

Primero la veía como novia ruborosa al pie del altar o junto al lecho conyugal, y más tarde como una madre rodeada por un grupo de chiquillos.

Oblomov soñaba con una sonrisa, no una sonrisa de pasión, sino de comprensiva simpatía hacia él, el esposo, y de indulgencia para con los demás. No deseaba que su esposa fuera una mujer ardiente ni de extremados sentimientos. Nada de lágrimas repentinas y de desmayos de felicidad. «Esta clase de mujeres suelen echarse un amante —se decía—, y, además, dan mucho quehacer; médicos, balnearios, y otras fantasías. ¡Con ellas no hay modo de dormir en paz!»

Por el contrario, un hombre puede dormir apaciblemente al lado de una mujer sencilla, orgullosa y serena. Puede meterse en la cama con la seguridad de que al despertarse encontrará la misma mirada amable», y todo transcurrirá del mismo modo durante veinte o treinta años. «¿Acaso no es la secreta aspiración de todos, hombres y mujeres, el encontrar en su compañero un descanso y un sentimiento constante, sin variaciones de ninguna clase? Ésta es la norma del amor, y si se produce alguna desviación de la norma, una cierta frialdad o un cambio cualquiera, padecemos como consecuencia de ello. Así, pues, yo no aspiro a nada más que a lo que aspiran todos —se decía—. ¿Acaso el ideal no consiste en encontrar una suprema armonía en las relaciones de ambos sexos? Dar a la pasión una salida legitima, dejarla fluir en determinada dirección como un río, en beneficio de toda la tierra, éste es el problema de la Humanidad entera.»

«La solución de esta aspiración es la cima del progreso hacia el cual intenta abrirse camino la gente de ideas avanzadas, aunque una y otra vez se desvíe de él. Pero en cuanto se logra, ya no hay olvidos ni agravios, sino que el corazón late de un modo sosegado, sin interrupciones ni sobresaltos. Existen algunos casos de este tipo de vida infeliz, pero hay que reconocer que son extremadamente raros. La gente suele comentarlos con auténtico asombro. Incluso suelen decir que hay que haber nacido para ello. Pero... ¿no se podría conseguir por medio de la educación...?»

«¡La pasión! Está muy bien en la poesía y en el teatro, donde actores y actrices, después de andar envueltos en capas y con los puñales en la mano, se van a cenar juntos el asesino y su víctima.

»Todo estaría perfectamente si las pasiones concluyeran siempre de ese modo, mas, por lo general, no dejan tras de sí más que recuerdos amargos y desastres sin fin... Sí, es preciso limitar, ahogar, destruir la pasión construyendo el matrimonio.»

Oblomov habría huido corriendo de la mujer que le hubiera mirado de pronto con pasión o se le hubiese arrojado al cuello... Hubiera sido como unos fuegos de artificio, como la explosión de un barril de pólvora, que deja tras de sí la muerte, la destrucción y el dolor.

Pero veamos ahora qué clase de mujer era Olga.

Oblomov y Olga no se vieron a solas durante los días que siguieron a la espontánea declaración de él. Oblomov se escondía de Olga cual un tímido colegial, y la joven había modificado su actitud hacia él, aunque no le evitaba ni se mostraba desdeñosa. Sencillamente, procuraba aparecer más tranquila, más pensativa. Parecía como si lamentara el que hubiera sucedido algo que le impedía atormentar a Oblomov con sus miradas inquisitivas y zaherirle a propósito de su indolencia, de su afición a permanecer tumbado, *etc.* La divertía burlarse de él, pero sus burlas eran como las de una madre que no puede evitar el reírse al ver a su hijo disfrazado cómicamente.

Stolz se encontraba ya fuera de Rusia y ella ya no tenía a nadie para quien cantar. El piano permanecía cerrado, y Olga y Oblomov se sentían por demás incómodos. ¡Tan felices como habían sido al principio! ¡Con la facilidad que habían llegado a conocerse y entablar amistad!

Oblomov era mucho más sencillo y amable que Stolz. Sin duda carecía de gracia para divertirla, aunque lo hacia sin pretenderlo, con su manera de ser y por su facilidad de perdonar las burlas que ella le gastaba.

Antes de partir, Stolz le había pedido que le relevase en sus cuidados cerca de Oblomov, y que, sobre todo, procurara evitar por todos los medios que volviera a encerrarse en su casa. En la bella e inteligente cabecita de Olga comenzó a madurar un plan para no dejarle dormir la siesta, y no sólo esto, sino conseguir su promesa de no echarse en el sofá en todo el día. Esperaba lograr también que Oblomov leyera todos los libros que Stolz le había prestado, que leyera asimismo los periódicos y le contara las noticias del día, que diera remate al plan de organización de sus propiedades y escribiera a su administrador dándole instrucciones. En suma, no dejarle dormir un solo momento en todo el día.

¡Ella, la dulce y tranquila Olga, que hasta, ahora no había empezado a vivir, realizaría el milagro! ¡Ella conseguiría la total transformación de Oblomov en otro hombre! Ya había empezado a hacerlo en realidad. Oblomov había cambiado desde el momento en que la oyó cantar. Viviría, trabajaría y la bendeciría a ella y a la vida. ¡Devolver un hombre a la vida! ¡Qué satisfacción siente un médico cuando vuelve a la vida a un enfermo ya sin esperanzas! ¿Y no tenía aún más mérito salvar una inteligencia y un espíritu que se estaban muriendo moralmente?

¡Veía ya a Oblomov convertido en su secretario y en su bibliotecario! Mas de repente todo había concluido. Ahora ya no sabía qué hacer y, por esta razón, cuando vela a Oblomov, permanecía silenciosa y ensimismada.

Por su parte, Oblomov vivía atormentado por la idea de que había sorprendido a la joven con su declaración, ofendiéndola gravemente, y, temeroso de descubrir en los ojos de Olga una fría mirada de reproche, procuraba ocultarse cuando la veía a lo lejos. En el entretanto, se mudó a su villa de verano, y durante los tres primeros días estuvo paseando solo por el bosque del pueblo, sentándose en el portal para ver cómo jugaban los niños o nadaban los patos. Muy cerca del pueblo había un lago y un parque, pero temía ir allí y encontrarse con Olga.

«¿Por qué le diría aquello?», se preguntaba. Y ni siquiera trataba de saber si las palabras las habían pronunciado sus labios porque correspondían a la verdad, a un sentimiento auténtico y profundo, o si tan sólo habían sido efecto de la emoción del momento. «¿Qué he hecho? —se decía en tono de lamentación—. Lo he logrado todo. Menos mal que Stolz no se encuentra aquí. Olga se hubiera apresurado a contárselo y yo hubiese tenido que ocultarme bajo tierra. Amor, lágrimas... Esto no es para mí. La tía de Olga no ha vuelto a invitarme. ¡Olga debe de habérselo explicado también...! ¡Oh, Dios mío!» Pensando en esto, había llegado a la linde del bosque y comenzó a adentrarse por éste.

Por su parte, Olga no había decidido aún qué actitud adoptaría el día que se encontrara a solas con Oblomov. ¿Tendría que hablarle de aquello, o fingir que no había oído nada? ¿Y qué le diría? ¿Debía mirarle a la cara con gesto de orgullo, y decirle: «Jamás hubiera esperado de usted tamaña impertinencia?» Esto es lo que Sonichka había dicho precisamente a un lugarteniente mientras, bailaba con él una mazurca. «Pero ¿dónde está la impertinencia? —se demandaba la joven—. Si realmente sentía lo que dijo, ¿por qué no podía decirlo?... Mas ¿cómo podía sentirlo tan de súbito, sin apenas conocernos?... Nadie en el mundo habría dicho aquello a una mujer a la tercera vez de verla. Oblomov...»

Pero más tarde recordaba que había leído en alguna parte algo acerca de que el amor, en algunos casos, despierta, nace de sopetón. «Se sintió arrastrado por sus sentimientos y no ha vuelto a verme. Esto quiere decir que no fue una

impertinencia. ¿Y quién tuvo la culpa de ello?» Andrei Ivanich, por supuesto, al obligarla a cantar. Al principio Oblomov no deseaba oirla y ella —no podía recordarlo sin sonrojarse— se propuso arrancarle de su apatía, y cantó como jamás lo había hecho hasta entonces.

«¡Pobre! ¡Fue mía toda la culpa! Debo suplicarle que me perdone... Pero ¿por qué? —se preguntó—¿Qué podría decirle? "Señor Oblomov, tiene usted que perdonarme por haber intentado conquistarle..." ¡Pero si no era cierto! No, no lo era en absoluto. ¿Cómo podía ella suponer que Oblómov...?

El caso es que aquellos días, su excitación llegó a tal punto que el médico diagnosticó «irritación nerviosa y ligera fiebre».

«¿Qué ha hecho Oblomov? ¡No me es posible pensar en volver a verle! ¿Cómo se atrevió a faltarme al respeto de ése modo? ¡Le pediré a mi tía que no vuelva a recibirle!», iba diciéndose la joven mientras paseaba por el parque.

De pronto, oyó que alguien se acercaba adonde ella estaba, y sin darse cuenta, ambos se encontraron frente a frente.

—¡Olga Sergeievna! —exclamó Oblomov temblando como una hoja.

—¡Ilia Illich! —murmuró Olga con tímida entonación. Ambos se detuvieron.

—Buenos días —dijo Oblomov.

—Buenos días —respondió Olga.

—¿Adonde va usted? —inquirió Oblomov.

—A ningún sitio concreto —repuso Olga sin levantar los ojos del suelo.

—¿No la molesto?

—De ninguna manera —contestó Olga, dirigiéndole una rápida mirada llena de curiosidad.

—¿Puedo acompañarla? —preguntó Ilia Illich, de súbito.

Comenzaron a pasear en silencio por la avenida. Ni la regla del maestro ni las cejas fruncidas del jefe de la oficina habían conseguido intimidar a Oblomov. Pero ahora deseaba decir algo y su lengua se negaba a obedecerle.

—¿Ha recibido usted carta de Andrei Ivanich? —preguntó la joven de pronto.

—Sí, he recibido una carta.

—¿Y qué cuenta nuestro amigo?

—Me conmina a que vaya inmediatamente a París.

—¿Y usted piensa ir?

—Sí, más tarde... Bueno, mañana... en cuanto esté preparado.

—¿Por qué tan pronto? —preguntó Olga. Oblomov guardó silencio.

—¿No le gusta a usted la villa?... Respóndame: ¿por qué quiere marcharse?

«¡El muy insolente! ¡Y, además, quiere marcharse!», se decía Olga.

—No me encuentro muy bien... Hay algo que me duele —repuso Oblomov con un murmullo de voz, sin atreverse a mirar a la joven.

Olga guardaba silencio. Luego cogió una ramita de lilas y la acercó a su rostro, aspirando su delicioso perfume.

—¡Qué bien huelen! —exclamó acercando la ramita a la cara de Oblomov.

—¡Oh, aquí hay muguete! ¡Espere, voy a coger un poco! —exclamó Oblomov inclinándose—. El muguete huele mejor; despide un perfume a campo y a bosque. Es más natural. Las lilas crecen junto a las casas y su perfume es demasiado dulce. ¡Mire, están aún cubiertos de rocío!

Y entregó a la joven un ramito.

—¿Le gusta la reseda? —preguntó Olga.

—No mucho. Tiene un perfume demasiado fuerte. No me gustan las resedas ni las rosas. En general, no me gustan las flores. En el campo están bien, pero en el interior de las casas son un verdadero estorbo... e impiden que se haga bien la limpieza.

—¿Le gusta a usted que las habitaciones estén limpias? —preguntó Olga en tono malicioso—. No puede usted soportar la suciedad, ¿verdad?

—No. Pero tengo un criado... —dijo Oblomov en tono de lamentación.

«¡Qué mala es!», se dijo.

—¿Piensa usted ir directamente a París? —preguntó Olga de pronto.

—Sí. Stolz me espera allí desde hace tiempo.

—¿Podrá usted llevarle una carta mía? Pienso escribirle.

—Tendría usted que dármela hoy, pues mañana pienso mudarme a la ciudad.

—¿Mañana? —preguntó Olga sorprendida—. ¿Por qué tan pronto? Parece como si le estuvieran persiguiendo.

—Pues, sí, en efecto, me persiguen.

—¿Quién?

—La vergüenza— murmuró Oblomov.

—¡La vergüenza! —repitió Olga de un modo maquinal.

«Ahora se lo diré —pensó—. Señor Oblomov, jamás hubiera creído que...»

—Si, Olga Sergeievna —continuó Oblomov—. Tengo el presentimiento de que está usted muy enojada conmigo...

«Ahora es el momento indicado... Ahora es el momento —se dijo la joven con el corazón saltándole dentro del pecho—. Pero me es imposible.»

Oblomov espiaba el rostro de Olga tratando de descubrir lo que la joven pensaba. Pero ésta se escondía detrás de las lilas y los muguetes y ni ella misma sabía qué sucedía en su interior. Sonichka hubiera encontrado ya una palabra adecuada. «¡Pero yo soy tan tonta!», se decía la joven presa de la desesperación.

—Lo he olvidado por completo —dijo al fin.

—Le suplico que me perdone, no pude evitarlo... Se me escapó —empezó a decir Oblomov en tono de excusa—. Aunque hubiera caído un rayo sobre mi cabeza lo habría dicho. Ninguna fuerza habría podido hacerme retroceder... Sin embargo, un segundo después, hubiese dado cualquier cosa por poder recoger mis imprudentes palabras...

Olga seguía caminando con la cabeza inclinada, aspirando el aroma de las flores.

—Olvídelo todo —susurró Oblomov—, olvídelo, puesto que no es cierto...

—¿Que no es cierto? —exclamó Olga de súbito, levantando la cabeza y dejando caer las flores que tenía en la mano.

Sus ojos se abrieron de par en par por efecto de la sorpresa.

—¿Que no es cierto? —repitió.

—Olvídelo usted, por favor, y no siga enojada conmigo. Puedo asegurarle que si me sentí arrastrado durante un momento... fue por la música.

—¡Sólo por la música!

Olga palideció. El rojo de sus mejillas se desvaneció de pronto y se apagó la luz que segundos antes brillaba en sus ojos.

«¡Bien, ya ha pasado! —se dijo—. Ha retirado sus palabras y ahora ya no hay motivos para que siga enojada. Ahora podremos charlar y bromear como antes.» Y mientras pensaba esto siguió andando, cogiendo aquí una rama, allí una hojita,

que luego arrojaba al suelo.

—¿No está usted enojada conmigo? —preguntó Oblomov una vez más—. ¿Lo ha olvidado ya todo?

—Pero ¿qué le sucede a usted? ¿Qué pretende de mí? —replicó Olga nerviosa, casi irritada—. Lo he olvidado todo... ¡Ya no me acuerdo de nada!

Oblomov guardó silencio. Percibió el enfado de la joven, mas no supo a qué achacarlo.

«¡Dios mió! —pensaba Olga—. Todo está arreglado y, sin embargo...»

—Bien, me voy a casa —dijo de súbito, deteniéndose en seco y adentrándose por otra avenida.

Sentía un nudo en su garganta y temía romper a llorar de un momento a otro.

—No es por ahí. Por aquí está más cerca —murmuró Oblomov.

«¡Imbécil! —pensó mientras tanto—; Has querido darle una explicación y tan sólo has conseguido ofenderla más todavía. No debí recordárselo, sino dejar que lo olvidase por sí misma.»

«Ha de suponer que estoy disgustada porque no me ha dado tiempo para decirle: "Señor Oblomov, jamás pude creer que fuera usted..."», pensaba Olga por su parte.

—¿De veras lo ha olvidado usted? —insistió Oblomov con un hilo de voz.

—Todo, absolutamente todo —replicó Olga apresuradamente, deseosa de llegar a su casa cuanto antes.

—Déme usted la mano para demostrarme que no está enfadada.

Sin mirarle, Olga le ofreció las puntas de sus dedos, retirando la mano a toda prisa en cuanto él la rozó.

—No, todavía sigue usted disgustada —insistió Oblomov dejando escapar un suspiro—. ¿Cómo podría demostrarle que todo fue debido a un instante de extravío? Bien; me doy cuenta de que esto es el final de todo y que jamás volveré a oírla cantar...

—No tiene usted por qué excusarse... —murmuró Olga— y creo que de ahora en adelante ya no volveré a cantar para nadie.

—Bien, no diré nada más. Pero, se lo suplico por Dios, no me deje usted así...

Olga seguía andando con paso lento, escuchando las palabras de su

acompañante.

—Si es cierto lo que dijo usted el otro día, es decir, que hubiera llorado de no haber oído una palabra mía después que cantó... yo... Si se marcha usted sin sonreír, sin darme la mano como una buena amiga... ¡Tenga compasión de mí, Olga Sergeievna! ¡Caeré enfermo si usted no me dice nada! Me tiemblan las rodillas y apenas puedo tenerme en pie...

—¿Por qué? —preguntó Olga de pronto, mirándole al fondo de los ojos.

—No lo sé —contestó Oblomov—. ¡Pero ya no siento vergüenza! No me avergüenzan ya mis palabras... y creo que fueron...

De nuevo sentía la sensación de que ardía todo su cuerpo, en tanto que Olga, vuelta hacia él, esperaba llena de ansiedad el final de la frase.

—Cree que fueron... ¿qué? —preguntó llena de impaciencia.

—No me es posible decírselo. Volvería a enojarse conmigo.

—¡Dígamelo! —exclamó Olga en tono imperioso.

Oblomov siguió guardando silencio.

—Y bien...

—Siento ganas de llorar, Olga... Nada me importa el orgullo, no me avergüenzo de mis sentimientos...

—Pero, ¿por qué siente usted deseos de llorar? —preguntó Olga con acento suave, y el color volvió a sus mejillas.

—Porque escucho su voz... y de nuevo siento...

—¿Qué es lo que siente usted? —preguntó Olga con voz vibrante de expectación.

En aquel instante llegaron ante la puerta de la casa de Olga.

—Siento..., —comenzó a decir Oblomov, pero se detuvo al ver que la joven ascendía los escalones de su casa—. La misma música... la misma emoción... los mismos sentimientos. ¡Perdóneme, perdóneme, pero no puedo evitarlo...!

—Señor Oblomov —empezó la joven suavemente, pero de súbito apareció una sonrisa en sus ojos y en sus labios—. No estoy enojada con usted y le perdono... —añadió con dulce entonación—. Pero en el futuro...

Sin volverse, estrechó la mano de Oblomov. Éste la cogió y le besó la palma. Olga oprimió ligeramente los labios de Oblomov con sus dedos y desapareció rápidamente detrás de la puerta de cristales, en tanto que él permanecía como si se

hubiera convertido en una estatua de piedra o estuviera sumido en el sueño.

VII

OBLOMOV permaneció allí unos instantes, con los ojos desmesuradamente abiertos, sin mirar a ninguna parte. Por su lado pasaron unos desconocidos y voló un pájaro. Una campesina se le acercó para preguntarle si deseaba fresas, pero él continuaba inmóvil, sin saber lo que le sucedía.

Luego recorrió lentamente la avenida por donde había pasado momentos antes en compañía de Olga y encontró en el suelo los muguetes y las lilas que ella había arrojado allí. «¿Por qué lo habrá hecho? —pensó—. ¡Imbécil! —exclamó recogiendo las flores del suelo—. Le he pedido que lo olvidase siendo así que ella... ¡Oh! Pero... ¿puede ser verdad?»

Feliz y radiante, corrió a su casa, tomó asiento en el sofá y escribió rápidamente en la superficie cubierta de polvo, con letras muy grandes: «¡Olga!»

«¡Cuánto polvo!», se dijo, volviendo de su éxtasis.

—¡Zajar! ¡Zajar! —gritó.

Tuvo que llamar varias veces a su criado, pues Zajar estaba de palique con los cocheros en la puerta que daba a la carretera.

—¡Sube en seguida! —dijo Anisia a su marido, agarrándole por una manga—. El señor está llamándote hace rato.

—Bien, Zajar, mira esto —dijo Ilia con amabilidad, pues en aquellos instantes le era imposible sentirse enfadado—. ¿También quieres que tengamos aquí polvo y telarañas? Luego, Olga Sergeievna me dice que me gusta la suciedad.

—¡Oh! ¡Ella puede hablar! ¡En su casa tienen cinco criados! —repuso Zajar dirigiéndose a la puerta.

—¿Dónde vas? Corre a buscar una escoba y un plumero y quita el polvo a todo esto. Uno no puede sentarse en el sofá ni apoyarse en la mesa. Es muy desagradable... Esto es... puro oblomovismo...

Zajar se volvió y miró a su amo de reojo. «¡Vamos! —se dijo—. Ya ha encontrado otra palabreja ofensiva. Pero me suena a algo familiar.»

—De prisa. Haz lo que te digo —insistió Oblomov.

—¿Para qué? Hoy ya he barrido el suelo —contestó Zajar con su tozudez habitual.

—¿Pues de dónde ha salido este polvo? ¡No quiero verlo más! ¡Hazme el

favor de limpiarlo inmediatamente!

—Antes lo he limpiado todo —repitió Zajar—. ¡No puedo hacer la limpieza diez veces cada día! El polvo entra de la carretera. Los campos están cerca y hay mucho polvo por todas partes.

—Atiéndeme, Zajar Trofimich —dijo Anisia asomando la cabeza por la puerta—. No debes barrer el piso y luego quitarle el polvo a los muebles, pues el suelo vuelve a llenarse de polvo otra vez, sino...

—¿A qué vienes tú aquí? ¿A darme lecciones? —vociferó Zajar—. ¡Anda, márchate a tu sitio!

Anisia iba a replicar, pero una furiosa mirada de su marido la hizo salir a escape del cuarto. Luego, Oblomov despidió también a Zajar y se quedó solo, con la cabeza apoyada en una almohada bordada y una mano sobre el corazón, escuchando sus violentos latidos.

«Esto me hará daño —se dijo—. Debería llamar al médico. Pero éste me dirá que me marche a Abisinia.»

Antes de que Zajar contrajera matrimonio con Anisia, cada uno realizaba su trabajo sin invadir el terreno del otro. Anisia cocinaba y hacía la compra y sólo tomaba parte en la limpieza de la casa una vez al año. Pero luego de su matrimonio, con Zajar, Anisia tenía fácil acceso a las habitaciones del señor. Ayudaba a su marido, y la casa estaba más limpia. Tomó sobre sí algunas de las obligaciones de su esposo, en parte por voluntad propia, en parte, porque Zajar, con todo su despotismo, se las confirió: «¡Vamos, sacude la alfombra! —le gritaba con acento imperioso—. Recoge todo esto y llévalo a la cocina.» Mas este feliz estado de cosas no duró más de un mes. Durante este plazo de tiempo todo apareció limpio y reluciente, el señor no tenía que echar discursitos conmovedores y Zajar no hacía absolutamente nada. Pero esta felicidad fue muy breve.

En cuanto Zajar empezó a trabajar al lado de Anisia, no tardó en descubrir que era un perfecto estúpido. Cosa que hacía, cosa que era mal hecha. Llevaba viviendo cincuenta y cinco años, convencido de que nada de cuanto realizaba podía ser mejorado. Pero de pronto Anisia le demostró que no servía para nada, y la mujer se lo decía con gran condescendencia y amabilidad, como si él fuera un niño o un tonto de remate.

—Es un error, Zajar Trofimich, abrir las ventanas después de cerrar la chimenea. Entonces todo se enfría.

—En ese caso, ¿cuándo crees que debo abrirlas?

—Cuando enciendes la estufa. De este modo se marchará todo el humo

—contestaba la esposa con la mayor amabilidad.

—¡Llevo haciéndolo así desde hace veinte años y no voy a cambiar ahora de costumbres porque tú lo digas! —gritaba Zajar, furioso.

Solía guardar en el mismo cajón el té, el azúcar, el jabón, los limones, los cubiertos, el betún y los cepillos. Pero un día descubrió que el jabón se encontraba en la fregadera, los cepillos y el betún en el alféizar de la ventana de la cocina, y el té y el azúcar en un cajón aparte.

—¿Por qué lo has revuelto todo? —gritó a su mujer—. ¡Yo lo tenía todo a mano y tú has ido esparciéndolo por ahí!

—Así el té no sabrá a jabón —repuso Anisia amablemente.

Otro día, cuando Zajar, llevando una bandeja, dejó caer un par de vasos, Anisia le enseñó a sostener la bandeja y se estuvo paseando por el cuarto con la bandeja en la mano sin que se moviera ni una sola de las cosas que llevaba en ella. Esto fue demasiado para Zajar, que comprendió al fin, que Anisia era mucho más inteligente que él.

—Pero ¿qué te has figurado que eres tú, campesina estúpida? ¿No sabes que en Oblomóvka tenía a cincuenta lacayos a mis órdenes y que allí las mujeres eran tantas que no podía acordarme ni de sus nombres? ¡Anda, vete a la cocina, que ése es tu sitio, no las habitaciones del señor!

El orgullo de Zajar sufría a consecuencia de la manifiesta superioridad de Anisia. No obstante, en cuanto Ilia Illich se quejaba de algo, o reclamaba alguna cosa que se había perdido o roto, Zajar llamaba a su mujer, y Anisia lo solucionaba absolutamente todo.

A no ser por Anisia, toda habría vuelto al mismo estado de antes. Pero la buena mujer, en cuanto Zajar desaparecía, quitaba el polvo y barría las habitaciones, colgaba de las perchas los trajes del señor, arreglaba los papeles, corriendo apresuradamente a la cocina en cuanto oía los pasos de Zajar.

Anisia contaba alrededor de cuarenta y siete años y era una mujer ágil, limpia y dispuesta, y en sus ojos brillaba constantemente el deseo de complacer a los demás.

Existen muchos maridos como Zajar en el mundo. Un diplomático escucha con expresión distraída, mientras se pone las zapatillas, los consejos de su esposa, pero luego escribe a escondidas cuanto ella le ha dicho. Un alto funcionario finge no prestar atención a las opiniones que le expone su esposa sobre un importante asunto de Estado, pero al día siguiente repite esas mismas opiniones como suyas ante sus superiores y logra con ello un buen tanto a su favor. Sin embargo, los dos,

al igual que Zajar, tratan a sus mujeres con manifiesta superioridad y ligereza, teniéndolas como un descanso de sus horas de trabajo.

El brillante sol del mediodía inunda los senderos y avenidas del parque. La mayor parte de las personas están sentadas a la sombra y tan sólo las niñeras, con los niños, pasean bajo el ardiente sol.

Oblomov continúa tumbado en el sofá, pensando en Olga y en la conversación que ha sostenido con ella aquella misma mañana.

«Me quiere, siente interés por mí. ¿Es posible? Cantó como lo hizo sólo por mí, y los dos experimentamos los mismos sentimientos.»

Su corazón rebosaba de felicidad y la vida empezaba a aparecérsele rebosante de luz y color. Se veía a sí mismo, en compañía de Olga, viajando por el extranjero, en los lagos de Suiza, en Italia, recorriendo las ruinas de Roma, por los canales de Venecia, perdidos entre la multitud, en Londres y París, y más tarde... más tarde en su paraíso terrenal, en Oblomovka. Olga se muestra sencillamente adorable; los campesinos no han visto jamás una belleza como la suya y caen rendidos a los pies de la joven. Olga le acompaña en su paseo por el bosquecillo de abedules y más tarde canta para él... Oblomov tiene plena conciencia del dulce fluir de la vida, y goza con la completa realización de todos sus deseos...

Pero de súbito su rostro se ensombreció.

—No, no puede ser —exclamó en voz alta, incorporándose de un salto y empezando a pasear, por el cuarto—. ¡Irse a enamorar de un tipo como yo, con los ojos soñolientos y las mejillas pálidas! ¡No, se está burlando de mí!

Oblomov se miró en el espejo e hizo un gesto de desaprobación, aunque pronto sus ojos se iluminaron y sonrió.

«Tengo mucho mejor aspecto que antes, cuando vivía en la ciudad... —se dijo—. El aire del campo me conviene. No bebo tanto ni duermo de día. Ya no es necesario que vaya a Egipto...»

Un criado de la tía de Olga le trajo una invitación para comer.

—Iré —contestó Oblomov.

El criado se dispuso a marcharse.

—Espera, no te vayas. Toma.

Y entregó al hombre unas monedas.

Se sentía profundamente feliz. El día era soberbio. Todo el mundo parecía contento y dichoso, salvo Zajar, que miraba a su amo con expresión malhumorada

y de reojo.

«Me compraré un perro —se dijo Oblomov—. O mejor un gato. Los gatos son más cariñosos...»

A poco se encaminó con paso apresurado a casa de Olga.

«Eso quiere decir... que Olga me quiere —se decía por el camino—. ¡Ella, tan joven, tan delicada...! Debería soñar con un joven alto, y apuesto, de cabello ondulado y negro y voz melodiosa. Aunque es muy cierto que Olga dista mucho de ser una mujer vulgar, de esas que no pueden resistir la vista de un bigote o el rumor de una espada que choca con las espuelas. También las mujeres pueden enamorarse de una inteligencia o de un artista... Pero, en definitiva, ¿qué soy yo? Oblomov, simplemente. Stolz es muy distinto; Stolz es un hombre inteligente, todo un carácter, sabe vivir y ordenar su vida e incluso la vida de los demás. Allí donde aparece se adueña de la voluntad de la gente y parece jugar con ella y hacerla vibrar como un instrumento musical... En cambio, yo no puedo gobernar siquiera a Zajar... y mucho menos a mí... ¡Soy un Oblomov! ¡Stolz! ¡Dios mío! ¡Sin duda está enamorada de Stolz! —pensó, repentinamente aterrorizado—. Me lo dijo sin darse cuenta, me dijo que le quería como a un amigo. Pero esto era mentira, una mentira inconsciente sin duda... No, no puede existir una amistad de esa índole entre un hombre y una mujer.»

Dominado ahora por la duda, el ritmo de su andar disminuyó. «¿Y si sólo estuviera divirtiéndose conmigo? —se detuvo—. Pero sería una burla cruel, diabólica, un complot tramado quizá de acuerdo con Andrei... Pero no, Andrei es incapaz de hacer una cosa semejante... Ni Olga tampoco, Olga es tan... ¡Aquí está!», se dijo con repentina alegría, al verla aparecer en la avenida, caminando a su encuentro.

Olga sonrió maliciosamente y le tendió una mano. «No, no puede engañarme —se dijo Oblomov ahora—. Las mujeres engañosas no suelen mirar de este modo, ni sonríen de una manera tan candida... Pero... aún no me ha dicho que me quiere —pensó de pronto, de nuevo alarmado—. Aunque si no es así, ¿por qué se habría molestado entonces? ¡Oh, Dios mío, qué confusión!»

—¿Qué trae usted aquí? —preguntó Olga.

—Un ramo.

—¿Un ramo de qué?

—Ya lo ve, de lilas.

—¿Dónde lo ha cogido usted? Por el camino que ha venido usted no crecen lilas.

—Usted las cogió antes y luego las ha tirado al suelo.

—¿Y por qué lo ha recogido usted?

—Porque me encantó que en su enfado las tirara usted.

—¿Le gustó que me enfadara? ¿Por qué?

—Me es imposible decírselo.

—Por favor, dígamelo.

—No se lo diré por nada del mundo.

—¡Se lo suplico!

Oblomov negó con un movimiento de cabeza.

—¿Y si cantara para usted?

—Entonces... tal vez...

—¿Así que sólo la música ejerce poder sobre usted? —dijo Olga frunciendo el entrecejo.

—Sí, la música interpretada por usted.

—Bien... pues entonces cantaré... Casta diva —y la joven inició las primeras notas de la romanza—. Casta diva... ¡Vamos, dígamelo ya!

Oblomov vacilaba.

—No, no —dijo con mayor resolución que antes—. No se lo diré por nada del mundo. Jamás se lo diré. ¿Y si luego resulta que no es cierto, que tan sólo han sido figuraciones mías? ¡Jamás, jamás!

—¿De qué se trata? ¿Es algo terrible? —dijo la joven coqueteando y mirando a Oblomov inquisitivamente.

En su rostro empezó a brillar la comprensión, y lentamente, sus facciones fueron iluminándose hasta que al fin todo su rostro pareció un sol que surgiera de detrás de las nubes, después de una tormenta. La joven había comprendido al fin lo que sucedía en el espíritu de Oblomov.

—No, no puedo decírselo —insistió Oblomov—. Es inútil que insista usted.

—¡Pero si no insisto! —repuso Olga con indiferencia.

—Ahora mismo... hace un instante...

—Vamos a casa —dijo Olga repentinamente seria, sin prestarle atención—. Mi tía nos está esperando.

La joven echó a andar delante de Oblomov y luego de dejarle a solas con su

tía, se fue inmediatamente a su habitación.

VIII

PARA Oblomov fue un día de decepción progresiva. Lo pasó con la tía de Olga, una mujer muy inteligente, de gran tacto y de excelente gusto en el vestir, que llevaba siempre vestidos de seda admirablemente cortados, cuellos de encaje y un coquetón gorrito que enmarcaba deliciosamente su rostro, terso y fresco a pesar de sus cincuenta años. De una cadena que rodeaba su cuello pendían unos impertinentes de oro. Su gestos y ademanes estaban llenos de dignidad. La dama solía envolverse en un chal y permanecía sentada como una reina en el sofá, apoyada ligeramente en un cojín de bordados muy historiados. Jamás se la sorprendía haciendo algo. Ninguna clase de trabajo hubiera armonizado con su rostro y su imponente porte. Daba las órdenes a los criados brevemente, con acento seco.

Algunas veces leía algo, pero jamás escribía. Hablaba muy bien, aunque por lo común lo hacía en francés. Pero no tardó en darse cuenta de que Oblomov no se sentía a sus anchas lidiando con el idioma galo y, luego de la primera visita, le habló ya siempre en ruso.

No le gustaba dejar volar la imaginación ni sostener conversaciones demasiado elevadas. Aquella dama producía la sensación de que se había trazado a sí misma una línea imaginaria, al otro lado de la cual no deseaba pasar jamás. Se echaba de ver que el amor y los sentimientos ocupaban un lugar en su corazón, aunque no más importante que el que ocupaban otras cosas, lo contrario de lo que suele suceder con muchas mujeres, para las que el amor lo es todo, si no en los hechos, cuando menos en las palabras.

Lo que más le interesaba a aquella dama era el arte de vivir, el ser dueña de sí misma, el saber mantener el equilibrio entre la mente y la intención, y entre la intención y la ejecución. Cual un enemigo que espía con ojos alertas, era de todo punto imposible sorprenderla desprevenida en ningún momento.

La vida de sociedad era su único elemento, y el tacto y la reserva inspiraban todos sus pensamientos, sus palabras, sus movimientos y ademanes. Jamás abría su corazón a nadie ni confiaba sus pensamientos a nadie. Tampoco se la sorprendía murmurando con otra dama ante una taza de té.

La única persona con la que sostenía a menudo largas conversaciones a solas era el barón de Langwagen, durante las veladas de invierno; el barón solía quedarse en casa hasta medianoche y a veces Olga asistía a aquellas reuniones. Por lo general, permanecían todos callados, pero guardaban un inteligente silencio,

repleto de sentido, como si todos supieran algo que el resto de las personas desconocían. Los maliciosos, que siempre los hay, dieron en criticar aquella vieja amistad, pero nadie pudo sorprender jamás entre ellos un especial modo de comportarse que pudiera abonar tan malintencionadas sospechas.

El barón cuidaba de una pequeña finca de Olga sobre la que pesaba una hipoteca, y que era objeto de un pleito. El barón llevaba el pleito, esto es, hacía que un escribiente preparara los documentos, los leía a través de su monóculo, y los firmaba, remitiéndolos a los tribunales por medio del mismo empleado. Y, debido a sus buenas amistades, el pleito marchaba por buen camino, esperándose conseguir un fallo favorable de un momento a otro. Al saberse esto, las críticas maliciosas enmudecieron y se acostumbraron a ver al barón en casa de la tía de Olga cual si se tratara de un miembro más de la familia.

El barón tendría unos cincuenta años, pero estaba admirablemente bien conservado. El hombre se comportaba siempre con una corrección extremada. Nunca se le ocurría fumar delante de las damas ni cruzaba las piernas, y criticaba severamente a los jóvenes que se arrellanaban en los sillones, y colocaban sus rodillas a la altura de la nariz. Siempre conservaba puestos los guantes y tan sólo se los quitaba al sentarse a la mesa.

Vestía siempre a la última moda y llevaba muchas cintitas en el ojal. Viajaba siempre en coche cerrado y prestaba sumo cuidado a sus caballos. Antes de subir al coche, daba una vuelta a su alrededor, examinaba los arneses, las cinchas y, a menudo, pasaba su blanco pañuelo por el lomo de los animales para comprobar si los habían cepillado bien. Saludaba a los conocidos con sonrisa afable, y se mostraba frío e indiferente ante las personas que no le habían sido presentadas. Pero en cuanto ocurría esto, trocaba su frialdad por la sonrisa adecuada, que en lo sucesivo debería dirigir al que ya era conocido suyo. Hablaba con idéntica precisión acerca de la virtud, de los precios altos, de las ciencias, de la sociedad, y expresaba sus opiniones con palabras concisas y bien coordinadas que hubieran podido figurar en un libro de texto y servir para la educación de la gente.

Las relaciones de Olga con su tía manteníanse en el mismo plano desde el primer día. Sentían una por la otra un afecto moderado, uniforme, que jamás era alterado por nada. Esto se debía en gran parte al carácter de María Mijailovna y, en parte, a que jamás se producían entre ellas verdaderos motivos de disensión. La tía nunca exigió a su sobrina nada que ella comprendiera que le sería demasiado desagradable dar o hacer, y a Olga nunca se le ocurrió desobedecer los consejos o los deseos de su tía. Tales deseos se circunscribían, por lo general, a la elección de un vestido o de un peinado, o bien a la conveniencia de ir a la ópera o al teatro francés. Olga obedecía hasta allí donde alcanzaba el deseo de su tía, pero jamás iba

más allá, y, por su parte, María Mijailovna nunca traspasaba los derechos de tía que le correspondían.

Sus relaciones estaban tan faltas de color, que no había modo de averiguar si la tía reclamaba afecto y obediencia de su sobrina ni tampoco si ésta sentía este afecto y obediencia hacia ella. Por lo demás, a la primera mirada se advertía que ambas eran tía y sobrina, no madre e hija.

—Voy de compras. ¿Necesitas algo? —preguntaba la tía.

—Sí, *ma tante*. Tengo que cambiar mi traje lila —respondía Olga, y tía y sobrina salían juntas o bien—: No, *ma tante*. Ya salí el otro día a comprar.

La tía rozaba las mejillas de Olga con las puntas de sus dedos y besaba a la muchacha en la frente. Olga, por su parte, besaba la mano de su tía, y la una salía y la otra se quedaba en casa.

—¿Alquilaremos la misma villa este verano? —decía la tía sin preguntar ni afirmar, como si tan sólo deseara oír su propia voz al objeto de aclarar sus ideas.

—Sí; el año pasado lo pasamos muy bien.

Y alquilaban la villa. Pero si, por ejemplo, a Olga se le ocurría decir:

—¡Oh, *ma tante*! ¿No le aburrió demasiado el bosque? Tratemos de encontrar otro lugar más agradable.

—Vamos a ver si es posible —respondía la tía.

—Iremos al teatro, Olenka —decía la tía—. Esa comedia está dando mucho que hablar.

—Encantada —respondía Olga, sin obsequiosidad ni obediencia excesivas.

En ciertas ocasiones se producía entre ellas un ligero desacuerdo.

—Las cintas verdes no te sientan bien, *ma chére* —decía la tía—. Póntelas de color amarillo.

—¡Oh, *ma tante*! Las amarillas ya las he llevado seis veces. La gente debe estar cansada de vérmelas.

—Entonces ponte las *pensée*.

—Y éstas, ¿no le gustan a usted?

La tía miraba con atención a su sobrina y denegaba con un simple movimiento de cabeza.

—Como gustes, *ma chére*. Pero yo en tu lugar me pondría las amarillas o las *pensée*.

—No, *ma tante*, me pondré éstas —concluía Olga amablemente, y hacía lo que deseaba.

Olga acostumbraba a pedir consejo a su tía, no como a quien hay que obedecer a ciegas, quieras que no, sino del mismo modo que hubiera podido hacerlo a otra cualquier mujer con más experiencia que ella.

—*Ma tante*, usted que ha leído este libro, ¿qué le parece?

—¡Horrible! —contestaba la tía apartando el libro con un movimiento de su mano, pero sin esconderlo ni tomar medida alguna para impedir que su sobrina lo leyera.

Y Olga no lo leía. Si ninguna de las dos conocía el libro, entonces preguntaban al barón de Langwagen o a Stolz, y su veredicto era adoptado sin la menor discusión.

—*Ma chére* Olga —decía la tía—. Ayer me contaron algo muy desagradable sobre ese joven con quien hablas a veces en la Perspectiva Zavadski.

Nada más. Sin embargo, era suficiente para que Olga resolviera no hablar más con aquel joven.

La aparición de Oblomov en la casa no provocó preguntas ni suscitó cuestiones de ninguna clase por parte de la tía de Olga, el barón de Langwagen ni Stolz. Éste había deseado que su amigo entrara en una casa de cierta importancia, donde no le ofrecerían un sitio para dormir la siesta después de comer y donde se vería obligado a permanecer sentado sin cruzar las piernas.

Por otra parte, a Stolz se le había ocurrido la idea de que para la somnolienta vida de su amigo, una muchacha joven, alegre y adorable como Olga sería como iluminar una habitación oscura con una potente lámpara. Esto fue todo lo que se propuso al presentar Olga a Oblomov. Jamás se le ocurrió pensar que acercaba una mecha encendida a un castillo de fuegos artificiales. Ni tampoco lo pensaron Oblomov ni Olga.

Durante su primera visita, Ilia Illich permaneció sentado sin cruzar las piernas durante varias horas al lado de la tía de Olga, hablando correcta y animadamente de todo, y cuando le presentaron al barón, los tres sostuvieron una animada y agradable charla.

La tía juzgaba los paseos de Olga con Oblomov y sus conversaciones a solas como... mejor dicho, no las juzgaba de ningún modo. Ahora bien, si la muchacha hubiera salido de paseo con un joven dandy, ya hubiese sido otro cantar. Probablemente, con su tacto habitual, hubiese hecho por encontrarse con ellos en el paseo o habría enviado a alguien para que los vigilara. Pero Oblomov era ya un

hombre maduro, y la tía estaba segura de que no diría necedades a Olga ni le prestaría libros poco convenientes. Por otro lado, la tía había oído cómo Soltz, antes de partir de viaje, había rogado a Olga que no abandonara a Oblomov por nada del mundo, y el mismo Stolz le había pedido a ella que hiciera el favor de invitar a su amigo a menudo.

Olga no se dejó ver ni un instante durante todo el tiempo que Oblomov permaneció sentado al lado de su tía. Mientras tanto, el tiempo iba pasando lentamente. Oblomov sentía frío y calor, al mismo tiempo. A veces creía adivinar los motivos del comportamiento de Olga y se compadecía a sí mismo. Temía haber dejado entrever su esperanza de que ella le quisiera, y esto representaba a todas luces un insulto mucho mayor que el primero.

Al fin apareció Olga en la estancia, y Oblomov la contempló maravillado. Casi no la reconocía. Su rostro era distinto e incluso su voz había cambiado. En sus labios no apareció ni una sola vez la ingenua sonrisa de antes ni tampoco le miró con aquellos ojos tan abiertos que parecían preguntar infinitas cosas. Parecía como si ahora no deseara preguntar nada. Los ojos de la joven no le seguían como en otros días. Al contrario, le miraban como si le conocieran desde hacía ya muchos años. Era indudable que Olga había tomado la resolución de hacer como todo el mundo, y esto le hacía parecer falsa y muy poco natural, a pesar de que hablaba y reía como si todo fuera natural en ella.

Después de comer, Oblomov le preguntó si quería dar un paseo con él. Antes de contestarle, Olga se volvió hacia su tía invitándola a ir con ellos.

—¿Vamos a dar un paseo, *ma tante*?

—Bien, pero no muy largo —repuso la tía—. Que me traigan la sombrilla.

Salieron los tres y lentamente fueron paseando hasta el bosquecillo y luego regresaron a casa.

—¿No le gustaría cantar un poco? —preguntó Oblomov a Olga, confiando que el canto rompería el maleficio.

—Hace demasiado calor —repuso la tía.

—No importa. Lo intentaré —dijo Olga, que cantó una canción.

Oblomov escuchaba, negándose a dar crédito a sus oídos. No era ella. ¿Dónde estaban las notas apasionadas y vibrantes del otro día? La joven cantaba con gran limpidez, con suma corrección, pero como... suele cantar una joven a quien se obliga a hacerlo delante de las visitas, sin el menor sentimiento. Olga no puso esta vez el alma en su canción.

¿Estaría jugando con él? Imposible decirlo, pues continuaba mirándole con

la mayor amabilidad, y respondía a sus preguntas con toda corrección, si bien lo hacía como hubiera podido hacerlo cualquier otra persona.

Sin esperar el té, Oblomov se despidió de la tía y de la sobrina.

—Venga usted más a menudo —dijo María Mijailovna—. Durante la semana estaremos solas, si teme usted aburrirse. Pero los domingos siempre tenemos invitados, así que no se aburrirá.

El barón se puso en pie y se inclinó para saludar a Oblomov.

Olga, por su parte, le estrechó la mano como a un viejo amigo, y cuando Oblomov estuvo fuera, se acercó a la ventana y escuchó con la mayor indiferencia el rumor de sus pasos, que se alejaban de la casa.

Aquellas dos horas y los tres o cuatro días siguientes produjeron un gran efecto en Olga y la hicieron adelantar mucho. Tan sólo las mujeres son capaces de desenvolver con tanta rapidez sus poderes y de florecer tan súbitamente como lo hacen. Lo que el hambre sólo logra a fuerza de estudios y viajes, la mujer lo alcanza a veces con sólo bailar unas cuantas mazurcas con un hombre y pasar luego unas cuantas noches en blanco. En ellas se produce un repentino y profundo cambio, de forma que el joven primo que regresa de servir al emperador y sueña con encontrarlas como antes, y jugar y correr con ella, descubre sorprendido que mientras él continúa siendo aún un chiquillo, ella se ha transformado en una mujer hecha y derecha. En efecto, en la expresión de su rostro hay algo nuevo; ahora mira a las personas con indiferencia, ya no ríe en voz alta, ni se come una fruta de un bocado ni dice, como antaño a cada momento: «También en el colegio...» La muchacha, en fin, ha terminado sus estudios.

Al día siguiente y al otro, como al primo de marras, le costó a Oblomov reconocer a Olga. Miraba con tímida expresión a la joven en tanto que ella le correspondía con suma sencillez, como si se tratase de otra persona cualquiera, sin la menor curiosidad ni animadversión. «¿Qué ha sucedido? ¿Qué debe de pensar y sentir?», se preguntaba Oblomov desorientado.

«Esto no puede ser más pesado y aburrido —concluyó al tercer día—. Me mudaré a Viborg, y allí trabajaré y leeré... Y luego me iré a Oblomovka... solo —añadió con súbita tristeza—. Sin ella, ¡adiós paraíso soñado, brillante ideal de mi vida!»

Ni el cuarto ni el quinto día visitó a Olga; tampoco leyó ni escribió. Más tarde salió a dar un paseo, pero se encontró en la polvorienta carretera, bostezó y se dijo que no valía la pena de pasear con aquel calor. Así que regresó a su casa y tendiéndose en el sofá, se sumió en un profundo sueño semejante al que solía apoderarse de él cuando vivía en la calle Gorojovaia.

Sus sueños fueron confusos. Al levantarse vio la mesa puesta y empezó a comer lentamente. Luego tomó asiento junto a la ventana y le pareció que todo el mundo era estúpido y aburrido. De nuevo sentíase sin fuerzas para ir a ninguna parte ni tampoco para hacer hada.

—Escuche, señor. Los vecinos nos han traído un gatito. ¿Nos quedamos con él? Como decía usted que... —murmuró Anisia a fin de distraerle, colocándole el gato ante las mismas narices.

Oblomov acarició al animalito, pero a poco comenzó a aburrirle.

—¡Zajar! —dijo.

—Sí, señor —respondió el criado con acento distraído.

—Vamos a mudarnos a la ciudad.

—¿Adonde? Recuerde el señor que no tenemos piso.

—A la orilla del Viborg.

—¿Y qué ventaja tiene eso de mudarse de una villa a otra?

—Aquí todo es tan aburrido...

—¿Mudarnos otra vez? ¡Dios santo! Aún no nos hemos repuesto del traslado ni hemos encontrado las dos tazas... Si no las tiene Mijei Andreich, seguro que las hemos perdido.

Oblomov guardó silencio. Zajar salió del comedor y regresó arrastrando una maleta y un saco de viaje.

—¿Y qué hacemos con todo esto? ¿No sería mejor venderlo?

—¿Estás loco, Zajar? ¡Pienso marcharme al extranjero dentro de unos cuantos días! —exclamó Oblomov irritado.

—¡Al extranjero! —masculló Zajar en tono despectivo—. ¡El señor lo ha dicho tantas veces ya!

—¿Y qué que lo haya dicho? Esta vez va de veras. Tengo el pasaporte en regla.

—¿Y quién le quitará las botas allí? —preguntó Zajar con ironía—. Las camareras, ¿no? Estará usted perdido sin mi ayuda.

—No dices más que estupideces, Zajar. Retira esto de aquí y vete —gritó Oblomov enojado.

A la mañana siguiente, en cuanto Oblomov se despertó alrededor de las nueve, Zajar le entró el desayuno y le dijo que cuando se dirigía a la panadería se

había encontrado con la señorita.

—¿Con qué señorita?

—¿Con cuál va a ser? Con la señorita Illinski, con Olga Sergeievna.

—Bien, ¿y qué ha pasado? —inquirió Oblomov impaciente.

—Me ha dado muchos saludos para el señor y me ha preguntado cómo estaba y qué hacía.

—¿Y qué le has contestado tú?

—Pues que estaba bien —repuso Zajar—. ¿Qué le podía pasar?

—¿Por qué tienes que añadir siempre algún comentario por tu cuenta propia? —gruñó Oblomov—. ¿Qué podía pasarme? ¡Tú qué sabes, estúpido! ¡Vamos! ¿Y qué más habéis hablado?

—También me ha preguntado dónde comió ayer el señor.

—¿Y tú qué le has contestado?

—Pues que había comido y cenado en casa. «¿Pero ha cenado?», me preguntó la señorita, y yo le he contestado: «Solamente dos pollos».

—¡Imbécil! —repuso Oblomov fuera de sí.

—¿Por qué soy un imbécil? ¿No es verdad? —exclamó Zajar—. Puedo enseñarle los huesos si quiere...

—Repito que eres un imbécil. ¿Y qué dijo ella?

—Se sonrió y contestó: «¿Por qué comió tan poco?»

—¡Oh, idiota! —exclamó Oblomov—. ¿Por qué no le contestaste también que me había puesto la camisa al revés?

—No me lo preguntó y por esto no se lo dije —contestó Zajar.

—¿Y qué más te ha preguntado?

—Pues me ha preguntado qué hacia el señor estos días.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Le he dicho que no hacia más que permanecer acostado.

—¡Oh! —gritó Oblomov en el colmo de la desesperación—. ¡Márchate! ¡Que no te vea! ¡Si continúas explicando todas esas patrañas sobre mí, me veré en la necesidad de ajustarte las cuentas!

—¿Quiere el señor que me ponga a mentir ahora a mi vejez? —preguntó Zajar.

—¡Fuera! —repitió Ilia Illich.

—Le dije también que el señor pensaba irse a vivir a Viborg.

—¡Márchate ya! —gritó Oblomov exasperado.

Zajar salió exhalando un suspiro. Oblomov entonces empezó a tomar el té. Pero en lugar de comer de acuerdo con el apetito que sentía, se limitó a coger una pasta, temeroso de una indiscreción de Zajar. Luego encendió un cigarro y sentándose a la mesa, abrió un libro. Leyó una página e iba a volverla, cuando vio que el libro estaba aún sin abrir. Intentó entonces cortar las páginas con el dedo, pero temió estropearlas. El libro no era suyo, sino de Stolz, que tenía un gran cuidado con todo lo suyo. Hubiera debido buscar un cortapapeles o pedir un cuchillo, pero prefirió dejar el libro. En el instante en que acababa de acostarse de nuevo, entró en el cuarto Zajar.

—La señorita me ha dicho que fuera usted a... bueno, a... ¿Cómo se llama? —dijo.

—¿Por qué no me lo has dicho antes, hace dos horas? —preguntó Oblomov montando en cólera.

—El señor me echó de la habitación y no me dejó acabar —repuso Zajar.

—¡Zajar, eres mi perdición! —dijo Oblomov con expresión trágica.

«¡Vaya, ya estamos otra vez! —se dijo Zajar—. Ahora comenzará con los discursitos enternecedores!»

—¿Dónde te ha dicho que fuera? —inquirió Oblomov.

—¿Cómo se llama? Bueno, al jardín o a...

—¿Al parque? —insinuó Oblomov.

—Eso es, al parque, «a dar un paseo; si quiere venir, yo estaré allí». Me ha dicho la señorita.

—¡Tráeme la ropa en seguida!

Oblomov se apresuró a correr al parque y empezó a buscar por todos los rincones. Pero Olga no estaba. Al fin se adentró por la avenida donde había tenido lugar la explicación, y la encontró allí, sentada en un banco, junto al lugar donde ella había cogido y arrojado el ramito de lilas.

—Temía que no viniera usted —dijo Olga en tono amable.

—He andado buscándola por todo el parque —repuso Oblomov.

—Sabía que me buscaría usted y por esto me he sentado en esta avenida.

Estaba segura de que pasaría por aquí.

Oblomov estuvo a punto de decir: «¿Por qué estaba usted tan segura?» Pero se limitó a mirarla en silencio. Olga conservaba la misma expresión ambigua de la última vez que se vieron, una expresión concentrada que hizo comprender a Oblomov que había pasado para siempre el tiempo de las expresiones ingenuas y los jugueteos de enamorado.

—¿Por qué no le hemos visto en todo este tiempo? —preguntó Olga.

Oblomov no contestó. Hubiera querido producir a Olga la sensación de que el secreto encanto de sus relaciones se había evaporado para siempre, que se sentía oprimido por el reflexivo continente de ella, que parecía como si se ocultara tras de una nube, sin que él pudiera saber lo que tenía que hacer para alcanzarla. Pero comprendía bien que la menor alusión podía provocar en ella una mirada de sorpresa y frialdad, y que quizás acabaría por extinguirse del todo la chispa de simpatía que él parecía empeñado en apagar casi desde el principio.

Debía reconquistarla con medios suaves y persuasivos, pero no tenía la menor idea de cómo hacerlo.

Olga, por su parte, comprendía la importancia de su papel en la escena, y no podía sustraerse al deseo, tan femenino, de jugar un poco con su víctima.

—¿Ha estado usted muy ocupado? —preguntó, dando unos puntos al bordado de cañamazo en que trabajaba.

Oblomov masculló para sus adentros: «De no ser por la charlatanería de Zajar, ahora podría decirle que sí».

—Sí, he estado leyendo un poco —dijo con indiferencia.

—¿Una novela tal vez? —exclamó Olga, levantando los ojos para descubrir la expresión de Oblomov en el instante de decir la mentira.

—No, casi nunca leo novelas —contestó Ilia Illich sin alterarse—. He leído la *Historia de los inventos y descubrimientos*. «Por suerte —pensó— hoy he leído una página.»

—¿En ruso? —inquirió Olga.

—No. En inglés.

—¿Usted entiende el inglés?

—Sí, aunque con bastante dificultad. ¿Y no ha estado usted en la ciudad? —se apresuró a preguntar deseoso de variar de tema de conversación.

—No, he permanecido en casa todo el tiempo. Por lo general, me vengo a

trabajar aquí.

—¿Aquí?

—Sí; esta avenida me gusta mucho, y le estoy a usted muy agradecida por habérmela hecho conocer. Apenas pasa gente.

—No, yo no se la he hecho conocer —exclamó Oblomov—. Nos encontramos aquí por casualidad. ¿Recuerda?

—Tiene usted razón. Ambos guardaron silencio.

—¿Ya se ha curado usted los orzuelos? —preguntó Olga mirándole a los ojos.

—Sí, a Dios gracias —repuso Oblomov ruborizándose.

—Cuando le piquen los ojos, dése un baño de vodka y evitará que le salgan orzuelos. Mi niñera, me lo enseñó.

«¿Por qué tendrá este empeño en hablar de los orzuelos?», se preguntó Oblomov.

—Además, no coma nada para cenar —añadió Olga con gran seriedad.

«¡Zajar!», exclamó Oblomov mentalmente, dirigiendo un cordial insulto a su criado.

—Una opípara cena —continuó Olga, sin apartar la vista de Oblomov— y dos o tres días de permanecer echado, especialmente sobre la espalda, es lo que mayormente predispone a los orzuelos.

«¡Imbécil!», tronó Oblomov su interior, tornando a pensar en Zajar.

—¿En qué está usted trabajando? —preguntó ahora Oblomov, tratando una vez más de cambiar de conversación.

—En un regalo para el barón —repuso Olga desenrollando el cañamazo y enseñándole el modelo—. ¿Le gusta a usted?

—Es precioso. Representa una ramita de lilas, ¿verdad?

—Sí, creo que sí —contestó Olga con aparente indiferencia. Pero se sonrojó, mientras tornaba a enrollar el cañamazo—. Elegí el primer modelo que me vino a las manos.

«Bien, esto no resulta muy divertido que digamos. Si no consigo hacer que me explique lo que le sucede... —pensó Ilia Illich—. Stolz lo hubiera conseguido ya. Pero yo...»

Oblomov frunció las cejas y dirigió una mirada somnolienta en torno suyo.

Pero Olga lo advirtió y se apresuró a guardar la labor en la cestita.

—Vamos a dar un paseo hasta el bosque —se le ocurrió proponer a Olga, y entregando a Oblomov la cesta para que la llevara, se puso en pie, abrió la sombrilla y echó a andar.

—¿Por qué está usted deprimido, Ilia Illich? —preguntó la joven.

—Pues no lo sé, Olga Sergeievna. Pero ¿qué motivos tengo para sentirme feliz? ¿Y qué puedo hacer para serlo realmente?

—Trabaje usted; pase el tiempo entre la demás gente.

—Se puede trabajar cuando se tiene una aspiración. Pero... ¿cuál es la mía? Yo no tengo ninguna aspiración.

—La aspiración tiene que ser, simplemente, vivir.

—Cuando no se sabe qué hacer con la propia vida, se vive día tras día, alegrándose de que termine uno y llegue la noche, a fin de poder borrar mediante el sueño reparador la enojosa pregunta de siempre: «¿Para qué he vivido hoy y para qué viviré mañana?»

Olga le escuchaba en silencio, con las cejas fruncidas y, una expresión de disconformidad y desprecio en su rostro.

—¿Para qué ha vivido usted? —repitió—. ¿Es que acaso existe alguna vida que no tenga su utilidad?

—Pues sí, la hay. La mía, por ejemplo.

—¿Usted ignora aún cuál es el fin de su vida? —preguntó Olga deteniéndose un momento—. No es posible, se calumnia usted, pues si así no fuera no merecería usted la vida.

—He traspuesto ya la línea en que debía encontrar esa finalidad y ante mi no aparece más que el vacío más absoluto.

Oblomov lanzó un suspiro y Olga sonrió.

—¿Nada más que el vacío delante de usted? —repitió la joven en tono humorístico, como si no le creyera y estuviera viendo ante sí lo que le esperaba.

—Puede usted reírse cuanto quiera, pero así es —prosiguió Oblomov. Mientras tanto, Olga caminaba lentamente, con la cabeza ladeada—. ¿Para quién tengo que vivir? ¿Con qué fin? —añadió Oblomov—. ¿Para qué soñar, sentir, desear? Las flores de mi vida se han marchitado y ya no quedan más que espinas.

En aquel instante, Olga cogió una ramita de lilas y se la entregó a Oblomov sin mirarle.

—¿Qué es esto? —preguntó Oblomov cogiendo la ramita.

—Una ramita.

—¿Qué ramita? —preguntó Oblomov mirando a la joven con los ojos abiertos de par en par.

—Una ramita de lilas.

—Ya lo sé... Pero ¿qué significa?

—La flor de la vida... y...

Oblomov se detuvo y la joven también.

—¿Y...? —repitió Oblomov.

—Mi enfado —repuso Olga, mirándole ahora abiertamente, con una sonrisa en sus labios que indicaba claramente que sabía bien lo que estaba haciendo.

La impenetrable nube que había ocultado hasta ahora a la joven se disipó entonces. El lenguaje de sus ojos era transparente, como si acabara de abrir un libro y se dispusiera a leer un pasaje determinado.

—Entonces, ¿puedo esperar?... —murmuró Oblomov ruborizándose.

—Sí. Pero...

Olga no dijo más. Oblomov pareció volver a la vida de pronto. Ahora fue Olga la que no le reconoció a él. Tenía los ojos muy abiertos, los colores habían asomado a sus mejillas, y en su mirada brillaban cientos de deseos y resoluciones. Olga comprendió, por la expresión que se reflejó en todos los rasgos de su rostro, que Oblomov acababa de encontrar una finalidad para su vida.

—La vida se abre ante mí nuevamente —dijo Oblomov con una especie de éxtasis—. Aquí está todo, en sus ojos, en su sonrisa, en esta ramita de lilas, en la Casta diva...

Olga hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No, no todo... Tan sólo la mitad.

—La mejor parte.

—Tal vez —contestó la joven.

—¿Y cuál es la otra mitad? ¿En qué ha de consistir esa otra mitad?

—Tiene usted que buscarla por sí mismo.

—¿Para qué?

—Para no perder la primera —contestó Olga, y, cogiéndole del brazo,

emprendió el camino de regreso hacia su casa.

Oblomov caminaba a su lado sin dejar de contemplar el cabello de la joven, su torso y su linda cabecita, en tanto que con la otra mano apretaba la ramita de lilas.

«¡Vida y esperanza de nuevo!», se repetía en su interior, como en sueños, sin acabar de creerlo del todo.

—¿No piensa usted mudarse a Viborg? —preguntó Olga al llegar a casa.

Oblomov se echó a reír y ni siquiera se le ocurrió llamar imbécil a Zajar.

IX

A partir de aquel instante, no volvieron a producirse nuevos cambios en el modo de ser de Olga. La joven se mostraba tranquila y constante en su trato con la tía y sus amigos, pero sólo vivía plenamente y se sentía vivir a sí misma cuando se encontraba al lado de Oblomov. Ya no preguntaba qué debía hacer ni cómo tenía que actuar, ni tampoco apelaba a la autoridad de Sonichka, sino que examinaba por sí misma la situación y elegía el terreno que debía pisar.

Por otro lado, no tenía a nadie a quien poder consultar. Su tía acostumbraba a responder a esta clase de preguntas con tanta sutileza, que Olga jamás lograba poner en claro el sentido de sus palabras. Además, Stolz no se encontraba presente. ¿Y Oblomov? Éste representaba para ella una especie de Galatea, correspondiéndole a ella el papel de Pigmalión.

Su vida se deslizaba tan en silencio, tan imperceptible para todos los demás, que vivía en su nuevo mundo sin atraer la atención de nadie, sin dar señales de sentir la menor crisis emocional ni la menor ansiedad.

Llevaba a cabo exactamente las mismas cosas que antes, aunque, en cierto sentido, las ejecutaba de un modo distinto. Asistía al teatro francés, y la comedia que representaban le parecía que hacía referencia a su propia vida. Al leer un libro cualquiera, invariablemente encontraba en él reflejos de su propio estado de ánimo. Los árboles del bosque eran los mismos, pero su rumor tenía un sentido peculiar para ella: existía una especie de armonía viviente entre ella y los árboles. Los pájaros ya no se limitaban a cantar o a trinar, sino que parecían hablarse unos a otros. Todo, en suma, había adquirido una nueva vida a su alrededor.

También sus sueños se habían poblado de imágenes y visiones nuevas con las que a veces hablaba en alta voz. Recordó que Stolz solía decirle a menudo que ella aún no había empezado a vivir, cosa que le molestaba sobre manera. Pero ahora comprendía que su amigo tenía razón y que, en efecto, no había vivido hasta ahora. «Cuando todas sus potencias se despierten al fin, la vida adquirirá un nuevo sentido para usted. Verá muchas cosas para las cuales está ciega en la actualidad; oirá lo que ahora le es imposible oír; sus nervios entonarán extrañas melodías, escuchará la música de las esferas y el crecer de la hierba. ¡Espere usted, no tenga la menor prisa, todo vendrá por sus pasos contados!», solía decirla. Pues bien, ya había llegado lo anunciado.

«Mis potencias y toda mi naturaleza debe de haber despertado», se repetía en su interior, escuchando atentamente el temblor que dentro de ella producía el

despertar de sus sentidos. No quiso entregarse al placer de soñar despierta, ni tampoco se dejó dominar por el rumor de las hojas, así como por las visiones nocturnas que parecían inclinarse sobre ella y murmurar en sus oídos frases ininteligibles y misteriosas.

«Son los nervios», solía decirse cuando despertaba a medianoche, sonriendo entre lágrimas. Entonces saltaba de la cama, bebía un vaso de agua, abría la ventana y se abanicaba con un pañuelo hasta que sus visiones se esfumaban.

En lo que respecta a Oblomov, cada mañana al despertarse veía la imagen de Olga con una ramita de lilas en la mano. Pensaba en ella cuando se acostaba y la sentía junto a él cuando leía o paseaba. Día y noche sostenía con ella conversaciones imaginarias y a la *Historia de los inventos y descubrimientos*, tenía que añadir constantemente los que hacía por sí mismo sobre el carácter y el temperamento de Olga. Todos los días encontraba una excusa u otra para visitarla, preparándole una pequeña sorpresa o un regalo.

Luego de haber charlado con ella de regreso a su casa, proseguía mentalmente la charla, y en ocasiones, cuando entraba Zajar, le hablaba con la misma voz suave y dulce que había hablado a Olga en sus imaginarios diálogos: «¡Vamos, demonio calvo! ¡Nuevamente has olvidado de limpiarme los zapatos! Ven aquí, que voy a ajustarte las cuentas...»

Su abulia se había evaporado desde el instante mismo en que oyó a Olga cantar por primera vez. Ya no vivía como en otra época, cuando le era lo mismo estar echado de espaldas o vuelto hacia la pared, o que se encontrase en casa de Gerasimovich o recibiese la visita de Alexeiev. Ahora, por el contrario, cada hora y cada día poseían sus propias características, y eran tan luminosos como arcos iris o grises y nublados, dependiendo esto de si los vivía en compañía de Olga o bien solo. Su cerebro se hallaba en perpetua agitación. «¿La veré hoy? ¿Qué le diré? ¿Cómo la encontraré? ¿Qué le pediré que haga? ¿Se mostrará satisfecha o no?» Esta serie de preguntas eran vitales para él. «¡Oh! ¡Si se pudiera gozar de los dulces placeres del amor sin experimentar sus crueles ansiedades! —se decía—. Pero no. El amor es como el fuego. La vida no concede sosiego a nadie y no hay modo de hurtarse a ella. ¡El amor es una difícil escuela de la vida!»

Oblomov leía algunos libros y Olga le obligaba a explicar de qué trataban, escuchándole con increíble paciencia. También escribió diversas cartas a sus propiedades, sustituyó al administrador, y, por mediación de Stolz, se puso en contacto con uno de sus vecinos. Incluso es posible que hubiera ido a Oblomovka de haber podido separarse de Olga.

Desde hacía ya quince días, no cenaba y no se echaba a dormir la siesta.

Olga, su tía, el barón y él recorrieron todos los alrededores y concurrieron a todas las fiestas. Si Oblomov parecía dispuesto a quedarse, Olga se apresuraba a decir que era necesario emprender la excursión. No había una colina en las inmediaciones a la que Oblomov no hubiera subido ya varias veces.

El amor había embellecido a Olga. Se lo decía con frecuencia su tía y se lo confirmaba la sonrisa del barón.

Un día en que los dos enamorados convinieron en encontrarse al pie de una colina, Oblomov llamó a la joven al llegar al sitio convenido.

—¡Olga, Olga!

Pero no recibió respuesta. Oblomov tornó a gritar, pero tampoco esta vez le contestaron.

Olga estaba sentada en la cumbre y desde allí oía a Oblomov perfectamente. Pero guardaba silencio y hacía esfuerzos para contener la risa. Quería hacerle subir hasta donde ella estaba.

—¡Olga Sergeievna! —gritó Oblomov de nuevo, ya a mitad de la ladera—. ¡Dijo usted a las cinco y media! —murmuró en voz alta.

La joven no pudo evitar que se le escapara una carcajada.

—¡Olga, Olga! ¿Está usted aquí? —y Oblomov siguió trepando—. ¡Uf! —exclamó cuando llegó a lo alto de todo—. ¿Cómo se le ha ocurrido a usted esconderse aquí arriba? ¡Sólo para atormentarme ha subido hasta aquí!

Oblomov, respirando con dificultad, se dejó caer al lado de la joven.

—¿De dónde viene usted? ¿Directamente de su casa? —preguntó Olga.

—No. He pasado por la suya. Pero me han dicho que ya había salido.

—¿Y qué ha hecho usted hoy?

—Pues hoy...

—Peleándose con Zajar, ¿eh? —acabó la joven.

Oblomov se echó a reír como si tal suposición fuera un imposible.

—No, he estado leyendo *La Revue*. Escúcheme, Olga...

Pero no dijo más. Guardó silencio y permaneció al lado de la joven contemplando su perfil y el movimiento de la mano que hacia pasar la aguja a través del cañamazo. Le era imposible apartar la vista de ella. No se movía; tan sólo sus ojos se desplazaban siguiendo el movimiento de la mano. En su interior todo se hallaba en movimiento; la sangre ardía en sus venas y el corazón le latía

con acelerado ritmo.

De cuando en cuando, Olga le lanzaba alguna rápida mirada, leía sus pensamientos y pensaba: «¡Cómo me quiere! ¡Qué tiernamente me ama!» Y contemplaba llena de orgullo y admiración a aquel hombre tendido a sus pies, al que su poder de seducción había sojuzgado por completo.

La época de las alusiones simbólicas, de las sonrisas llenas de significado y de las ramitas de lilas habían pasado para siempre. Ahora el amor era dueño y señor de todo, y cada uno poseía sus derechos sobre el otro. Las dudas y titubeos iban desapareciendo lentamente, y todo era ahora más transparente y seguro. Olga continuaba burlándose de Oblomov por los años que había malgastado en su perezosa indolencia, y comenzaba a imponerle su despótica voluntad y a recordarle sus deberes para con la vida. Y Oblomov lo cumplía todo al pie de la letra para no desmerecer a los ojos de ella.

Si por casualidad descubría Olga en él algún asomo de su pasada indolencia, en el acto le abrumaba con sus cariñosos reproches, preguntándole no sólo lo que había hecho durante el día, sino también lo que pensaba hacer al siguiente. Pero lo que más impulsaba a actuar a Oblomov era que su indolencia cansaba a Olga y hacía que la joven se mostrase fría e indiferente. Entonces Oblomov reaccionaba y la corriente de mutua simpatía fluía de nuevo, limpia y serena.

Pero su actividad tomaba un sesgo totalmente negativo. Ya no dormía tanto, leía un poco y paseaba y cabalgaba mucho. Pero en cuanto a planes para el futuro con miras a organizar su vida sobre otras bases, todo se quedaba reducido a meros proyectos.

«¿Qué clase de vida y de trabajo desea Andrei para mí? —se preguntaba Oblomov, mientras hacia esfuerzos para mantener abiertos los ojos después del almuerzo—. ¿Es que acaso esto no es vivir? ¿No vale el amor tanto como el trabajo? ¡Me gustaría que lo probase! Anoche dormí en una posada de la ciudad, después de haber recorrido a pie siete kilómetros, sin quitarme la ropa, excepto las botas, y lo hice sin la ayuda de Zajar. ¡Y todo por el amor de Olga!

Sufría cuando Olga le preguntaba por cosas para las que se requerían conocimientos especiales, esperando que él la diera una respuesta exacta y concreta, como si fuera un profesor de la materia. Un día, la joven se dedicó a acosarle con preguntas sobre las estrellas errantes. Oblomov cometió entonces la imprudencia de citar a Herschel y, de resultas de ello, se vio precisado a ir a la ciudad, comprar un libro y leerlo, para después poder explicárselo a ella. Otra vez, hablando con el barón, se le ocurrió citar las escuelas pictóricas, y también tuvo que procurarse la documentación necesaria para dar algunas lecciones a Olga. El

pobre se vio precisado a pasarse noches enteras en vela, leyendo y estudiando con el fin de poder al día siguiente contestar a una pregunta de su amada, adoptando el aire de quien acaba de recordar una cosa olvidada, de puro sabida.

Olga le hacía preguntas, no con femenina indiferencia, ni por simple capricho, sino con insistencia y gran seriedad, y si Oblomov no le respondía o simplemente titubeaba, ella le castigaba con una larga y acusadora mirada que hacía sufrir horrores a Oblomov.

—¿Por qué permanece usted callado? ¿Es que se aburre usted a mi lado?

—¡Oh! —exclamó Ilia Illich, como si volviera de un éxtasis de felicidad—. ¡Cuánto la quiero a usted!

—¿De veras? Pues si no se lo pregunto, no hubiera habido modo de notarlo.

—Entonces, ¿es que no se percata usted de lo que me está sucediendo? —preguntó Oblomov—. No sé cómo explicarle... Déme su mano. Siento aquí como un peso, y experimento unos deseos tan grandes de llorar como si estuviera sufriendo una gran desgracia. ¡Qué extraña es la naturaleza humana! ¡Reacciona del mismo modo ante el dolor que ante la alegría!

Olga le miró en silencio, como si tratara de confrontar el sentido de sus palabras con la expresión de su rostro, y luego sonrió. El resultado de su examen no podía ser más satisfactorio.

—¿Qué es lo que siento? ¿Qué me sucede? —preguntó Oblomov como para sí mismo.

—¿Se lo digo, Ilia Illich?

—Sí, se lo suplico.

—Pues que está usted... enamorado.

—Es cierto —repuso Oblomov cogiendo la mano de la joven.

No se la besó, pero la retuvo fuertemente apretada contra sus labios, como si quisiera mantenerla allí para siempre.

Olga trató de retirar la mano con suavidad, pero él se lo impidió.

—¡Basta, basta, suélteme la mano! —suplicó la joven.

—¿Y usted? —preguntó Oblomov—. ¿No está usted también enamorada?

—¿Enamorada?... No lo sé... ¡Me da mucho miedo! ¡Le quiero! —concluyó Olga lanzándole una mirada con la que parecía quererle decir lo mucho que le quería.

—¿Me quiere? —balbució Oblomov—. Pero se puede querer a la madre, al padre, a la niñera, y hasta al perro. Todo esto se viste con la misma palabra, con la palabra «amor», como con un viejo...

—¿Batín? —terminó Olga echándose a reír—. Por cierto, ¿dónde está su viejo batín?

—¿A qué batín se refiere usted? ¡Jamás he tenido un batín!

Olga le dirigió una sonrisa de reproche.

—¿Por qué me habla usted del batín cuando estoy esperando que me hable de sus sentimientos? Le repito que estoy enamorado, y que creo que esto es lo que distingue mi amor del que se pueda sentir por los padres.

—Yo no sé si estoy enamorada —contestó Olga buscando en su interior—. Pero sé bien que jamás he querido así a mis padres.

—Y ¿cuál es la diferencia? —insistió Oblomov—. ¿Siente usted algo especial?

—¿Desea usted saberlo de veras?

—Claro que deseo saberlo. Y usted misma, ¿no anhela expresarlo mediante palabras?

—Pero ¿para qué quiere saberlo?

—Pues para vivir de ellos hoy, esta noche, mañana, hasta que volvamos a vernos otra vez. Para vivir de ello toda mi vida.

—¿Ve usted? Usted necesita renovar cada día sus reservas de ternura. Ésta es precisamente la diferencia que existe entre amar y estar enamorado. Yo...

—¿Usted qué? —preguntó Oblomov.

—Yo quiero de otro modo —repuso Olga, recostándose en su asiento y mirando las nubes que pasaban lentamente por encima de ellos—. Yo le echo a faltar, me hace sufrir tenerme que separar de usted y me produciría un verdadero dolor si nuestra separación se prolongara mucho tiempo. Sé que me quiere usted, y lo he sabido de una vez para siempre. Le creo y me sentiré feliz aunque no vuelva a decírmelo más. Nunca podré quererle más ni mejor.

«Parece como si estuviera hablando Cordelia»3, pensó Oblomov mirando a Olga con ojos apasionados.

—Si usted muriera —continuó la joven con un nuevo temblor en su voz— no volvería a sonreír en toda mi vida. Si se enamorara usted de otra mujer, sufriría atrozmente, pero en el fondo de mi corazón le desearía la mayor felicidad... Para

mí, el amor es como... como la vida, y la vida es...

Se detuvo buscando la palabra justa.

—¿Qué es la vida para usted?

—La vida es deber, obligación. También el amor es un deber. Esto es lo que Dios me ha enviado —concluyó elevando los ojos al cielo— y así es como me ha ordenado amar.

—¡Cordelia! —exclamó Oblomov—. ¡Y sólo tiene usted veintiún años! Así que esto es lo que el amor significa para usted... —añadió con expresión pensativa.

—Sí. Y creo que tendré fuerzas para amar toda mi vida.

«¿Quién le habrá enseñado estas cosas? —pensó Oblomov contemplándola con profunda reverencia—. No ha sido mediante la experiencia, el dolor, el fuego ni el humo que ha logrado esa comprensión tan diáfana de la vida y del amor.»

—Pero hay alegrías, hay pasiones... —murmuró Oblomov.

—Lo ignoro —repuso Olga—. Jamás me han avasallado y no sé lo que son.

—Pues ¡yo sí lo sé.

—Tal vez también llegue yo a saberlo un día y al mirarle a usted sin verle, como usted me mira a mí... ¡Serla gracioso! —añadió la joven con alegre sonrisa—. Me mira usted de un modo... No sé por qué tengo la impresión de que mi tía ya se ha dado cuenta.

—Entonces, ¿qué es lo que le hace sentir su amor, si no es este júbilo que yo experimento?

—¿Que qué siento? Pues esto —repuso Olga señalando la soledad que les rodeaba—. ¿No es esto la felicidad? ¿Había vivido nunca como vivo ahora? En otro tiempo no hubiera podido permanecer sentada aquí durante un cuarto de hora sin tener un libro entre las manos o sin hacer música. Me aburre soberanamente hablar con los hombres, salvo con Andrei Ivanovich. Jamás se me ocurre nada que decirles... Por el contrario, ahora... ¡Hasta permanecer silenciosos, si estamos juntos, constituye para mí un delicioso placer!

La joven paseó la mirada en torno, por los campos, por los árboles, por la hierba, y, sonriendo, entregó su mano a Oblomov.

—¿No sabe que me producirá un vivo dolor tener que separarme de usted? —añadió la joven—. ¿Que me acostaré en seguida para dormirme cuanto antes y no encontrar la noche larga y aburrida? ¿Que en cuanto despierte mañana le dedicaré un recuerdo y le enviaré un recado?

Olga pudo observar que a cada una de sus palabras, el rostro de Oblomov resplandecía de felicidad y que sus ojos brillaban cada vez más.

—Sí, lo sé —murmuró Oblomov emocionado—. También a mí se me hace larga y pesada la noche, también yo pronunciaré su nombre por la mañana y preguntaré a mis criados para saber noticias de usted y sentiré envidia de ellos si ya la han visto. Ambos pensamos, vivimos y tenemos las mismas esperanzas. Perdóneme usted por mis dudas, Olga. Estoy plenamente convencido de que me quiere como jamás ha querido a sus padres, a su tía... o a...

—O a mi perrito, ¿no? —añadió la joven—. Créame como yo le creo a usted. No vuelva a dudar, pues eso empaña nuestra felicidad. Durante todo este mes he reflexionado mucho, y es como si hubiera ido leyendo en un libro abierto... No dude más de mí...

—No. Me es imposible dejar de dudar —se apresuró a responder Oblomov—. Ahora, mientras me encuentro aquí, a su lado, me siento plenamente seguro de todo; el timbre de su voz suena a verdadero y sus ojos rebosan de ternura; no necesito siquiera que me lo diga, pues lo leo en ellos. Pero cuando me quedo solo vuelvo a dudar y tengo que correr a usted para recuperar la confianza perdida. ¿Por qué tengo que ser así?

—¿Y por qué no dudo yo de usted?

—No lo sé. Quizá porque ve usted en mi a un loco, a un hombre dominado por la pasión. En mis ojos puede leer con la misma claridad que en un espejo. Y es usted tan joven y tan bella, que quien la contempla no puede por menos de enloquecer, y mucho más si se encuentra a su lado y le habla y la escucha. Pero si transcurren dos o tres días sin que me diga usted que me quiere, mi corazón comienza entonces a sentirse inquieto de nuevo.

—¡Le quiero, le quiero, le quiero! —exclamó Olga poniéndose en pie—. Ahora ya tiene usted reservas para tres días...

—No se burle usted de mí. A mí me es imposible bromear con mi amor —repuso Oblomov lanzando un suspiro y siguiendo a la joven colina abajo.

Conversaciones como éstas se repetían muy a menudo entre ellos. Sus entrevistas, sus diálogos eran como una melodía ininterrumpida, una única llama ardiente, cuyos reflejos tiñeran de rosa, verde y ámbar cuanto les rodeaba. Cada día y cada hora que transcurría aportaba nuevos colores y nuevos sonidos, mas la canción y la llama eran siempre las mismas. Los dos escuchaban con suma atención, procurando percibir todos los sonidos, y se cantaban uno al otro lo que habían oído, sin sospechar que el día siguiente oirían otros nuevos, contemplarían distintos colores y olvidarían lo que habían escuchado y visto el día anterior.

Olga revestía sus emociones con los colores que le pintaba la imaginación en aquel instante, y con inconsciente coquetería se mostraba así ataviada a su enamorado. Oblomov creía también en la verdad de aquellos sonidos seductores y aparecía ante ella con todo el ardor pasional que consumía su alma.

Ni el uno ni el otro se mentían a sí mismos. Expresaban mediante las palabras lo que el corazón les susurraba y su voz era inspirada por la imaginación.

A Oblomov le importaba muy poco que Olga se le apareciera un día como Cordelia y al siguiente asumiera otro papel; él seguía contemplándola aureolada por los deliciosos colores y continuaba sintiéndose feliz.

Tampoco a Olga le importaba saber si su enamorado sería capaz de arrancar un guante de la boca de un león o saltar un abismo, mientras siguiera observando en él los síntomas de la pasión y se le apareciera como el ideal del hombre soñado, mientras pudiera continuar pensando que ella constituía la finalidad de toda su vida.

La viva imagen de Cordelia, el fuego de la pasión de Oblomov, eran tan sólo reflejos de un instante del amanecer del amor, su efímero resplandor, un modelo caprichoso del mismo. ¡Acaso mañana brillase otra luz, tan bella como la primera sin duda, pero que ya no sería la misma!

X

OBLOMOV era algo así como el hombre que contempla la puesta de sol de un atardecer de verano, la vista fija en los últimos rayos de luz, pero se niega a observar que la noche avanza por el otro lado del horizonte.

Ahora estaba tumbado en el sofá, gozando del recuerdo de su última entrevista con Olga. Las palabras de la joven: «¡Le quiero, le quiero, le quiero!» resonaban en sus oídos aún más dulcemente que las canciones que ella cantaba. Pensaba en estas palabras, intentando medir por ellas el grado alcanzado por el amor de Olga cuando, ya a punto de dormirse...

A la mañana siguiente Oblomov amaneció pálido y ojeroso. En su rostro se marcaban las huellas de una noche de insomnio; su frente estaba surcada de arrugas y sus ojos aparecían mortecinos y sin brillo. Bebió lentamente el té y se dejó caer en el sofá para encender un cigarrillo. En otro tiempo se hubiera vuelto a echar sin duda, pero ahora ya había perdido la costumbre y ni siquiera le seducía la blancura de la almohada. No obstante, apoyó en ella el codo, en recuerdo de sus antiguas tendencias. Se sentía completamente deprimido, de cuando en cuando dejaba escapar un suspiro y movía la cabeza con desaliento. Algo le atormentaba, aunque, al parecer, no se trataba del amor. La imagen de Olga aparecía en su imaginación, pero muy lejana y como si fuera la de una mujer extraña. Oblomov la contempló con expresión triste y tornó a suspirar.

«Vivir como Dios manda y no como uno desea es una regla excelente, pero...» De nuevo se sumió en sus cavilaciones. «No, no se puede vivir como uno desea —empezó a decirle una voz rebelde—. Uno es impelido por un caos de contradicciones que ninguna inteligencia humana, por muy profunda que sea, es capaz de desentrañar. Uno deseaba algo ayer, lucha desesperadamente por ello durante todo el día, y al siguiente se sonroja por haberlo conseguido y maldice el momento en que se le ocurrió la idea. ¡Tal es lo que sucede cuando uno se deja arrastrar por la propia voluntad e impulso! Tenemos que caminar a tientas, con los ojos cerrados la mayoría de las veces, no soñar con la felicidad, y no lamentarse si la perdemos. ¡Tal es la vida! ¿Quién dijo que la vida significaba placer, felicidad? ¡Qué estupidez más grande! La vida es simplemente eso, vida, deber, como dice Olga, obligación, y todos los deberes son duros. Cumplamos, pues, con nuestro deber —suspiró—. No volver a ver a Olga... ¡Dios mió, me has abierto los ojos y señalado el camino del deber! —murmuró ahora levantando los ojos al cielo—. Pero, ¿cómo conseguirlo? ¿Marchándome de aquí? Aún estoy a tiempo de hacerlo, aunque se me parta el corazón. Pero de esta forma no tendré que maldecirme

jamás por haberme quedado... De un momento a otro me enviará un recado... Dijo que lo haría... Y ni siquiera sospecha...»

¿Qué había sucedido? ¿Qué vientos habían soplado sobre Oblomov? ¿Qué negros nubarrones se hallaban suspendidos sobre él? ¿Por qué estaba dispuesto a infligirse a sí mismo tan duro castigo, a producirse tamaño dolor? El día antes le había sido dable contemplar el fondo del corazón de Olga y ver en él al mundo y a su propia vida bañados en luz, y leído su horóscopo y el de ella. ¿Qué había sucedido entonces? Luego de cenar, debió echarse, y de súbito la sensación de felicidad que experimentaba fue anulada por una larga serie de horrores.

En las claras noches de verano sucede con frecuencia que uno se acuesta pensando en lo bellamente que brillarán los campos al día siguiente bajo la radiante luz del sol, y lo agradable que será permanecer bajo la densa sombra del bosque, huyendo del calor... Pero de pronto uno se despierta y oye el rumor de la lluvia que repiquetea en el tejado y ve el cielo cubierto de nubes y siente frío y humedad...

Aquella noche, como de costumbre, Oblomov comenzó a analizar los latidos de su corazón, pensando en su felicidad que le embargaba, cuando de improvisó cayó sobre él una gota de amargura que lo envenenó todo. El veneno actuó rápida y violentamente. En un instante recorrió toda su vida pasada, y por centésima vez se sintió arrepentido, experimentando un vivo dolor ante el tiempo perdido. Pensó en lo que podría ser en la actualidad si hubiera dedicado todo aquel tiempo a trabajar y a formarse, y se vio tal como era en la actualidad. ¿Cómo podía quererle Olga? ¿No estaría cometiendo un error? Esta idea iluminó su cerebro como un relámpago, y el rayo, al caer, hendió su corazón, destrozándolo instantáneamente. «Un error, sí, un error», se repitió.

«¡Le quiero, le quiero, le quiero!», recordó de pronto, y su corazón se sintió confortado por un instante, pero al siguiente tornó a él la más cruel desesperación. ¿Qué valor tenía en realidad el «le quiero» de Olga? Se trataba, con toda probabilidad, de una ilusión óptica; el suspiro de un corazón virginal que hasta entonces nadie había ocupado. No era amor, sino simplemente el presentimiento del amor. Su voz sonaría un día tan fuerte y poderosa, que todo el mundo la oiría. ¡La oirían la tía y el barón, y el eco la llevaría lejos, muy lejos! No sonaría como ahora, parecida a un arroyuelo que se desliza como cohibido bajo la hierba, sin apenas dejarse oír...

Olga le quería del mismo modo que ejecutaba sus bordados: la joven iba preparando lentamente el modelo, con manifiesta pereza, lo ejecutaba con mayor pereza aún, para luego abandonarlo todo en un rincón y olvidarlo. Si, aquello era para la joven una simple preparación para el amor, una simple experiencia, y él

había sido el primero en pasar junto a ella en aquel instante crítico... Era obra de la casualidad el que se hubieran encontrado. Olga ni siquiera se hubiera apercibido de que existía de no ser porque Stolz le habló de él, le describió con simpatía. Olga había sentido compasión hacia él y se hizo el propósito de despertarle a la vida, pero una vez conseguido esto, no dudaría en abandonarle.

«¡No es más que esto! —se dijo Oblomov horrorizado. Inmediatamente saltó de la cama y con mano temblorosa encendió una vela—. ¡No he sido ni soy para ella más que esto! Olga estaba a punto para el amor y al pasar yo accidentalmente ante ella... Pero en cuanto surja un hombre de verdad, el soñado, Olga reconocerá su error. ¡Cómo me contemplará entonces! Es seguro que se apartará de mí horrorizada. Ahora estoy usufructuando lo que no me pertenece. Soy un verdadero ladrón. ¿Qué estoy haciendo? ¡Qué ciego he vivido hasta este momento, Dios mío!»

Oblomov se miró al espejo. Estaba pálido y demacrado y tenía los ojos hundidos. Ahora trató de imaginarse al otro, al que se presentaría más tarde o más temprano. Se trataría de un joven afortunado, de agradable aspecto, encantadora sonrisa y paso firme y seguro, que le lanzaría una mirada de desprecio y se reiría de él en su propia cara.

Tornó a contemplarse en el espejo: «No es posible que nadie pueda quererme», se dijo.

Luego se arrojó sobre el sofá y enterró su rostro en la almohada. «¡Adiós, Olga, que seas muy feliz!», exclamó.

Por la mañana llamó a Zajar.

—Zajar —empezó—, si viniera algún criado de las Illinski con una invitación para mí, dile que no estoy en casa, que me he ido a la ciudad.

—Si, señor.

—Bien... no. Será mejor que le escriba. A Olga le extrañaría mi repentina desaparición, y debo explicarle las causas.

Oblomov tomó asiento ante la mesa y empezó a escribir rápidamente, con ardor inusitado, de un modo muy distinto a como había escrito al propietario de la casa el día primero de mayo. Ni por casualidad coincidieron una sola vez dos «el cual» ni dos «ques».

Oblomov escribió:

Sin duda le sorprenderá a usted, Olga Sergeievna, recibir una carta mía siendo así que nos vemos tan a menudo. Léala hasta el final y confío que comprenderá que no me es posible obrar de otro modo. Debí de haberla escrito ya al principio. Pero haciéndolo ahora

aún estamos a tiempo de evitarnos muchos remordimientos de conciencia en el futuro. Nos hemos enamorado tan súbita e inesperadamente que ha sido como si hubiéramos contraído una enfermedad grave, y esto ha impedido que yo volviera en mí hasta ahora. Por otra parte, ¿quién podría comprender, viéndola y escuchándola durante horas enteras, el duro esfuerzo que representa recobrar el juicio? ¿Quién tendría la fuerza de voluntad suficiente para detenerse al borde del precipicio y no dejarse atraer por él vencido por la seducción? Todos los días pasados he venido diciéndome: «No iré más allá. Debo detenerme aquí». Sin embargo me sentía arrastrado; mas ahora ha llegado el momento en que preciso de su ayuda. Hasta anoche no conseguí ver claro en el fondo del abismo hasta el que me he dejado deslizar, y resolví detenerme en el acto. Me refiero a mi exclusivamente, pues, en lo que respecta a usted, continúa volando por sobre el abismo y acaso ni siquiera se digne lanzar una mirada al profundo lugar donde yo me encuentro.Présteme atención, Olga Sergeievna, pues quiero hablarle lisa y llanamente, sin tapujos ni circunloquios. Usted no me quiere ni puede quererme. Haga caso de mi experiencia y créame. Mi corazón ya ha latido otras veces, aunque sus latidos fueron falsos y engañosos, pero precisamente por esta razón sé distinguir bien los auténticos de los que no lo son. Usted no puede, pero yo, en cambio, sí puedo y tengo la obligación de distinguir la verdad del error, y es mi deber advertir a quien no ha tenido aún tiempo de aprender a hacerlo. Por esto se lo advierto y le digo: está usted en un error, retroceda ahora que todavía es tiempo.Mientras nuestro amor ha sido una luminosa y sonriente visión, sonaba parecido a las notas de Casta diva, o se ocultaba en las ramitas de lilas, no creía que fuera verdadero amor, sino tan sólo un divertido juego de la imaginación y acaso también de la vanidad. Pero todo cambió de pronto y el juego concluyó. Yo entonces experimenté los sintomas indudables del auténtico amor; usted, por su parte, se tornó seria y reflexiva, empezó a dedicarme sus horas libres, sus nervios se alteraron y perdió la serenidad de espíritu, y ahora comprendo que es mi deber detenerla y explicarle lo que significa todo eso.Yo la he dicho que la quiero y usted me ha contestado que también me quiere a mí. ¿No cree que en estoy hay una disonancia? ¿No la perciben sus oídos? Tal vez la oiga más tarde, cuando ya se encuentre en el fondo del abismo, sin salvación posible. Míreme usted bien; piense fríamente en lo que soy. ¿Puede usted quererme, me quiere usted en realidad? Usted me dijo ayer: «¡Le quiero, le quiero, le quiero!» Pero yo le respondo categóricamente: «¡No, no y no!» Usted no me quiere. Pero no me miente al decirlo, me apresuro a decirla, ni siquiera me engaña. Es incapaz de decir «sí» cuando piensa «no». En resumidas cuentas, lo que trato de hacerle comprender es que lo que usted siente no es realmente amor, sino tan sólo un presentimiento, una anticipación del mismo, una inconsciente necesidad de amar, una llama que arde sin calor, un ardor y anhelo que otras mujeres apaciguan acariciando a un niño, entregando su afecto a otra mujer, o bien resuelven en lágrimas y ataques de histerismo.Desde un principio tenía que haberle dicho: «Está usted en un error, amiga mía. Este hombre que se encuentra ante usted no es el hombre que espera, el hombre con el que ha soñado. Aguarde un poco, no tardará en presentarse cuando vuelva en sí, y entonces se arrepentirá y avergonzará de su error, y esta

vergüenza y arrepentimiento me lastimará a mí profundamente». Tal es lo que debí decirla y lo que sin duda hubiese dicho de poseer una más firme voluntad de la que poseo, y también si hubiese sido más sincero. Se lo dije, es cierto, pero con un gran miedo de que me creyera usted y de que sucediese en realidad. Se lo dije con el único afán de adelantarme a los demás, para que usted no les escuchara ni les creyera. Al propio tiempo hacía todo lo posible para verla de nuevo y me decía: «El hombre soñado no ha aparecido aún; mientras tanto, yo soy feliz». ¡Tal es la lógica de la pasión y de la seducción!Pero en la actualidad pienso de modo muy distinto. ¿Qué sucederá cuando esté más atado a usted que nunca, cuando su presencia no sea para mi un mero lujo, sino una auténtica necesidad, cuando el amor hunda sus garras en este pobre corazón mío en el que no en mano albergo unos sentimientos? ¿Cómo me será posible separarme de usted cuando llegue el momento de hacerlo? Creo que será terrible para mí. Aun ahora no puedo pensar en ello sin sentir un vivo dolor. Si usted hubiera tenido más años, más experiencia, le habría ofrecido mi mano para siempre...¿Por qué le escribo todo esto? ¿Por qué no he ido a decirle personalmente que, aunque de día en día aumenta en mí el deseo de verla, no debemos volver a encontrarnos nunca más?No hubiera tenido el valor necesario para decírselo de palabra. Ya en otras ocasiones lo he intentado y siempre he terminado por decir todo lo contrario. En su rostro podría reflejarse una honda expresión de tristeza o tal vez interpretar mal mis intenciones y ofenderse y disgustarse. Yo no podría soportarlo entonces y todas mis buenas intenciones se vendrían abajo, y probablemente acabaríamos concertando otra cita para el día siguiente.Pero al no tenerla a usted delante resulta más fácil todo. Sus expresivos y dulces ojos no me miran, su bello rostro no se encuentra ante mí, y el papel soporta sin protestas todo lo que quiera decir y puedo escribir tranquilamente —esto, por supuesto, no es cierto—: «No volveremos a vernos» —esto sí que es cierto—. Otro hubiera añadido: «Mientras escribo no dejo de verter lágrimas de dolor». Pero yo no quiero adoptar ante usted una postura así, no quiero exhibir mi dolor, pues no es mi intención aumentar su pena. Esta clase de actitudes, por lo general, revelan el claro deseo de hacer aún más profundo el amor, mientras que lo que yo anhelo es arrancarlo de raíz de su corazón y del mío. Además, las lágrimas sólo son buenas para los conquistadores profesionales, que suelen sorprender con frases hechas la incauta vanidad de las mujeres.Ahora permítame que me despida de usted como un buen amigo que se dispone a partir para un largo viaje. Dentro de tres o cuatro semanas hubiera sido demasiado tarde y demasiado difícil. El amor crece con rapidez increíble, es una especie de gangrena del alma. En la actualidad vivo como un loco, sin contar los días ni las horas. Tan sólo puedo pensar: «La he visto, no la he visto; la veré, no la veré; ha venido, no ha venido; vendrá...» Esto está bien para los jóvenes, que saben soportar admirablemente lo mismo las emociones agradables que las desagradables. Pero a mi edad sólo deseo paz y tranquilidad. Esto es lo que conozco y a lo que estoy habituado. Me sería imposible soportar una tormenta.Muchos se mostrarán sorprendidos ante mi actitud. «¿Por qué huye?», se dirán algunos; otros se burlarán de mí. Pero todo lo soportaré. Si estoy resuelto a no verla a usted nunca más, eso quiere decir que estoy resuelto a todo.En

*mi dolor, representa un gran consuelo para mí pensar que este breve episodio de nuestras vidas dejará para siempre tras de sí un recuerdo puro y fragante, el cual impedirá que me sumerja de nuevo en mi amodorramiento, y a usted le servirá de guía cuando surja ante usted el verdadero amor.Adiós, ángel adorado. Huya rauda, igual que el asustado pajarillo que se posó por error en una rama, con un vuelo alegre, suave y ligero.*Oblomov se sentía inspirado. La pluma volaba sobre el papel, mientras que sus ojos despedían vivos destellos y las mejillas le ardían. La carta le salió extremadamente larga, como son las de los enamorados, que, como ya se sabe, son todos unos terribles charlatanes.

«¡Qué extraño! —se dijo al terminar—. ¡Ya no me siento desgraciado! Incluso me parece que hasta cierto punto soy feliz. ¿Por qué motivo? Quizá porque he volcado en la carta toda la angustia de mi alma.»

Luego de releer la carta, la dobló y cerró el sobre.

—¡Zajar! —llamó—. Cuando venga el criado, dale esta carta para la señorita.

—Bien, señor —repuso Zajar.

En efecto, a Oblomov le faltaba muy poco para sentirse dichoso. Tomó asiento en el sofá y encogiendo las piernas preguntó si había algo para comer. Le trajeron un par de huevos y, luego de haber comido, encendió un cigarro. Su corazón latía rápidamente, su mente trabajaba con gran actividad: en suma, estaba viviendo.

Imaginó el instante en que Olga recibiría la carta, su sorpresa al leerla y la actitud que la joven adoptaría. ¿Qué sucedería después?

Le producía un vivo goce las posibilidades que ofrecía aquel día, la novedad de la situación... Escuchaba con el corazón alerta, por si oía llamar a la puerta, y se preguntaba si habría llegado ya el criado y si Olga estaría leyendo la carta en aquellos instantes... Pero en el recibidor no se Oía el menor murmullo.

«¡Es raro que no venga el criado! —se dijo lleno de ansiedad, pero una voz interior le susurró—. No te preocupes. Es lo que tú deseas precisamente, acabar con esas relaciones.»

Pero hizo callar a aquella voz. Media hora más tarde llamó a Zajar, que se hallaba en la puerta charlando con el cochero.

—¿Ha venido alguien? —preguntó a su criado.

—Sí, ya han venido.

—¿Qué les has dicho?

—Que el señor no estaba en casa y que había ido a la ciudad. Oblomov se quedó de una pieza.

—¿Por qué has dicho eso? —inquirió—. ¿Qué te dije que hicieras cuando se presentara el criado?

—Es que no ha venido ningún criado, señor, sino la doncella —contestó Zajar.

—¿Y le has dado la carta?

—No, señor. El señor me dijo primero que dijera que había ido a la ciudad y después que diera la carta. Cuando venga el criado, se la daré.

—¡Idiota! ¿Dónde tienes la carta? ¡Tráela inmediatamente!

Zajar fue en busca de la carta, en cuyo sobre había varias manchas de grasa.

—¡Lávate las manos! —gritó Oblomov, señalando la marca de los dedos de Zajar que habían quedado impresos en el sobre.

—Las tengo limpias —contestó Zajar apartando la mirada.

—¡Anisia! ¡Anisia! —gritó Oblomov exasperado—. ¡Mira lo que ha hecho Zajar! —dijo Oblomov a la mujer en tono de queja—. Toma esta carta y entrégasela al criado de las Illinski o a la doncella. Es para la señorita, ¿comprendes?

—Sí, señor. Déme la carta. Cumpliré su encargo inmediatamente.

Pero cuando Anisia salió de la habitación, Zajar le arrancó la carta de las manos.

—¡Ocúpate de lo que te importa! —gritó a su mujer.

La doncella de Olga llamó a la puerta otra vez. Zajar abrió la puerta y Anisia corrió tras él.

—¿Á qué vienes aquí? —preguntó Zajar a su mujer.

—Quería oír lo que decías...

—¡Fuera! ¡Márchate de aquí! —gruñó Zajar exasperado.

Anisia sonrió y salió, pero se quedó espiando por la rendija de la puerta para ver si Zajar cumplía las órdenes del señor.

Al oír un rumor en el vestíbulo, Ilia Illich se dirigió a la puerta.

—¿Qué quieres, Katia? —preguntó a la doncella de Olga.

—Olga Sergeievna me envía a preguntar dónde ha ido el señor. Pero veo que está aquí. Voy corriendo a decírselo —dijo la muchacha disponiéndose a marcharse a toda prisa.

—Estoy en casa, como puedes ver. Zajar siempre miente —afirmó

Oblomov—. Toma, entrega esta carta a Olga Sergeievna.

—Sí, señor.

—¿Dónde está ahora?

—Ha ido al pueblo, y ha dicho que si ya había acabado usted el libro, podía ir a reunirse con ella en el parque hacia las dos —repuso Katia, que se alejó a toda prisa.

«No, no iré... ¿Para qué volver a despertar el amor cuando todo está acabado?», se dijo Oblomov mientras se encaminaba con lento paso hacia el pueblo.

Desde lejos vio a Olga que ascendía por la falda de la colina. Katia la alcanzó y le entregó la carta. Olga se detuvo un instante, contempló el sobre y, despidiendo a Katia se internó por una de las avenidas del parque.

Oblomov dio la vuelta a la colina y adentrándose por el otro extremo de la misma avenida, avanzó por ella; al llegar a la mitad se sentó sobre la hierba, entre los arbustos.

«Pasará por aquí sin verme —se dijo— y podré comprobar su estado de ánimo y dejarla para siempre.»

Permaneció esperando oír los pasos de la joven con el corazón en vilo. En apariencia reinaba una perfecta calma, pero toda la naturaleza hervía de vida. Los insectos corrían de un lado para otro entre la hierba, mientras que dos mariposas revoloteaban en el aire como si bailaran un vals.

No se percibía el más leve rumor de pasos. Al fin, Oblomov creyó oír que la joven se aproximaba, y apartó sin hacer ruido las ramas que le impedían ver. «Sí, aquí viene... Pero ¡está llorando!»

Olga avanzaba lentamente, secándose las lágrimas con el pañuelo. Pero no había hecho más que secárselas, cuando nuevas lágrimas acudían a ellos. La joven intentaba ocultar su llanto, pero le era imposible dominarlo. Oblomov no había visto llorar a Olga nunca. No esperaba presenciar una escena así, y sintió que sus propias lágrimas le escocían en los ojos, produciéndole un tibio calor que le penetraba hasta lo más profundo del corazón.

Sin saber bien lo que hacía, se dirigió rápidamente al encuentro de la joven.

—¡Olga, Olga! —dijo suavemente detrás de ella.

Olga se volvió, le miró sorprendida y continuó andando sin decir nada.

Oblomov siguió tras ella.

—¡Llora usted! —murmuró.

Olga lloraba ahora con mayor desconsuelo que antes. Le era imposible evitarlo y, cegada por las lágrimas, tuvo que sentarse en un banco próximo.

—¿Pero qué he hecho, Dios mío? —masculló Oblomov horrorizado, intentando coger a Olga la mano y apartársela de los ojos.

—¡Suélteme! —exclamó Olga—. ¡Márchese! ¡Váyase de mi lado! ¿Por qué ha venido? Sé que no debería llorar. Tiene usted razón.

—¿Qué puedo hacer para que no llore usted más? —preguntó Oblomov hincando una rodilla en tierra—. Mándeme, ordéneme lo que desea y lo haré en el acto.

—Ha conseguido usted hacerme llorar, pero no podría contener mis lágrimas. No posee usted bastante fuerza para ello. ¡Déjeme, por favor, se lo suplico! —exclamó Olga cubriéndose el rostro con el pañuelo.

Oblomov contempló a la joven y se maldijo en su interior.

—¡Esa estúpida carta! —murmuró lleno de remordimientos.

Olga abrió la cestita, sacó de ella la carta y se la entregó.

—¡Tómela! —dijo—. ¡Y llévesela para que no vuelva a llorar al contemplarla!

Oblomov se guardó la carta en el bolsillo y se sentó en el banco en silencio, con la cabeza baja.

—Por lo menos, tiene usted que hacer justicia a mis buenas intenciones —murmuró Oblomov con voz suave—. Esta carta es una prueba de lo mucho que me interesa su felicidad, de lo mucho que deseo que sea usted feliz.

—¡Mucho! —exclamó Olga en tono despreciativo—. No, Ilia Illich. Lo que sucede es que usted ha sentido envidia de mi felicidad y se ha apresurado a perturbarla.

—¡Perturbarla! Entonces, ¿es que no ha terminado de leer mi carta? Permítame que le repita...

—No la he leído hasta el final porque las lágrimas me han cegado. Pero he adivinado lo que me he dejado por leer. No me lo repita usted si no quiere volverme a ver derramar lágrimas.

Pero éstas volvieron a brotar de sus ojos.

—Todo lo he hecho pensando en su felicidad —empezó a decir Oblomov—. Me he sacrificado a mí mismo sólo con ese objeto. ¿Es que cree usted que lo he hecho sin sufrir y sin llorar yo también? ¿Por qué le parece que lo he hecho?

—¿Por qué? —repitió Olga, dejando de pronto de llorar y volviéndose hacia Oblomov—. ¡Por la misma razón que ahora se ha ocultado usted entre los arbustos para ver si lloraba y cómo lo hacia! ¡Si hubiera usted deseado realmente lo que ha escrito en su carta, se habría ido al extranjero sin volver a verme más!

—¡Qué idea! —exclamó Oblomov en tono sorprendido.

Pero se detuvo al comprender que la joven estaba en lo cierto.

—Sí —continuó Olga—, ayer deseaba usted que le dijera que le quiero, hoy quería hacerme llorar, y mañana querrá verme morir.

—¡No diga usted esas cosas, Olga! Daría la mitad de mi vida por verla reír, en lugar de estar contemplando como vierte lágrimas.

—Tal vez ahora sí, ahora que ya me ha visto llorar por usted... No —añadió la muchacha—, no tiene usted corazón. Afirma que no quiere verme llorar, pero si eso fuera cierto no habría hecho...

—¿Y cómo podía saberlo? —contestó Oblomov oprimiéndose el pecho con ambas manos.

—Los corazones que quieren de veras lo presienten todo —replicó Olga—. Ayer no me era posible acudir a la cita con usted porque tenía visitas en casa, pero sabía que sufriría usted por ello y lo abandoné todo... Por el contrario, usted ha querido disfrutar del placer de verme llorar... ¡Bien, disfrute, diviértase a sus anchas!

Y de nuevo rompió a llorar.

—Esta noche me ha sido imposible dormir, Olga, he pasado unas horas...

—Y le molestó que yo estuviera descansando tranquilamente ¿no es cierto? Y si no me hubiera visto usted llorar hoy, tampoco esta noche habría podido descansar bien...

—¿Qué debo hacer? ¿Pedirle perdón? —preguntó Oblomov sumiso.

—Tan sólo los niños piden perdón, o los mayores cuando pisan a alguno en una aglomeración de gente. Pero en nuestro caso es inútil.

—Pero Olga, ¿y si todo lo que la he escrito fuera cierto? ¿Y si más tarde se enamora usted de otro y mi simple presencia le hace a usted sonrojarse de vergüenza?

—Bien, ¿y qué? —preguntó la joven, mirándole con manifiesta ironía, y tan intensamente que Oblomov se sintió confundido.

«Cuidado, Ilia Illich —se dijo—. Trata de conseguir algo.»

—¿Qué sucedería entonces? —repitió Oblomov mirando a la joven con gran atención, intentando descubrir adonde quería ir a parar.

Olga le miró abiertamente, segura de lo que iba a decir.

—Usted tiene miedo —dijo recalcando las palabras—, tiene miedo de precipitarse en el «fondo del abismo» y de empezar a sufrir si yo dejara de quererle.

Oblomov seguía sin comprender.

—En cambio, no se da cuenta de que si me enamorase de otro yo sería feliz, a pesar de todo. ¡Y afirma que no desea más que mi felicidad, y que estaría usted dispuesto a dar su vida por mí!

Oblomov miraba a Olga fijamente, sin dejar de pestañear.

—¡Qué lógica! —exclamó—. Yo no esperaba esto...

Olga le miró de arriba abajo, con ofensiva ironía.

—¿Y qué me dice usted de esa felicidad que le hace enloquecer? —continuó—. ¿De esas mañanas y esas tardes del parque, de mis «le quiero»? ¿Es que todo eso no vale nada? ¿No vale un poco de sacrificio?

«Me gustaría que me tragase la tierra», pensó Oblomov al comprender el pensamiento de Olga.

—¿Y qué sucederá si se cansa usted de mi amor —siguió la joven en apasionado ardor— lo mismo que se ha cansado de los libros, del trabajo y de la sociedad? ¿Y si aunque no aparezca un solo rival llega un momento en que se duerme usted a mi lado y mi voz pierde todo su poder para despertarlo? ¿Si llega a preferir no a otra mujer, sino a su batín, en vez de a mí?

—¡Olga, eso es de todo punto imposible! —replicó Oblomov.

—¿Por qué ha de ser imposible? Usted asegura que con el tiempo acabaré enamorándome de otro, y yo me limito a pensar que puede usted dejar de quererme. Entonces, ¿qué? ¿Cómo podré justificarme a mí misma por lo que estoy haciendo ahora? Y no hablo de justificarme ante los demás. También estos pensamientos me han desvelado a mí muchas noches. Pero jamás he querido hacerle compartir mis sufrimientos, pues, después de todo, sentía confianza en el porvenir. ¡Mi felicidad vence a mis temores! Sé apreciar cuando sus ojos brillan por mí, cuando sube a una colina conmigo, cuando olvida su pereza y su abulia y corre al otro extremo de la ciudad en busca de un libro o de un ramo de flores con que obsequiarme, en suma, cuando le veo vivir por mí. Si me equivoco, si más tarde tengo que llorar, no me dolerán las lágrimas, ya que con ellas habré podido

adquirir algo, la felicidad que he disfrutado... hasta hoy...

—Vuelva usted a ser feliz, Olga —suplicó Oblomov.

—No ve usted más que sombras en el porvenir. La felicidad del presente no le interesa... Pero esto es ingratitud—continuó Olga—. Esto no es amor. Es...

—¡Egoísmo! —concluyó Oblomov sin atreverse a mirar a Olga ni a pedirla perdón.

—Váyase adonde deseaba ir —murmuró Olga con voz suave.

Oblomov posó la mirada en ella. La joven, ahora que tenía secos los ojos, se entretenía en dibujar en la arena del paseo con la contera de su sombrilla.

—Vuelva a acostarse —añadió la joven—, y así no habrá peligro de que cometa ningún error ni de que caiga en el «fondo del abismo».

—Me he envenenado a mí mismo y a usted en lugar de procurar ser dichoso... —murmuró Oblomov.

—Beba *kvas*. Esto no le envenenará —replicó Olga en tono burlón.

—Olga, esto no es generoso por su parte —repuso Oblomov—. Cuando he estado atormentándome por usted...

—Sí, sí. Se atormenta usted de labios para fuera, se arroja a un abismo, me da la mitad de su vida. Pero luego vienen las dudas y las noches de insomnio, y entonces, ¡cuánto cuidado tiene con usted, con qué ternura cuida de sí mismo!

«Es la pura verdad» pensó Oblomov, pero le daba vergüenza confesarlo en voz alta. ¿Cómo no lo había descubierto él, cuando era tan sencillo que había podido hacerlo una mujer que apenas si acababa de empezar a vivir? ¡Qué rápidamente había crecido la que poco antes parecía aún una chiquilla!

—No tenemos más que decirnos —concluyó Olga poniéndose en pie—. Adiós, Ilia Illich, y que sea... que viva usted tranquilo; esto es lo que significa la felicidad para usted.

—¡Por favor, Olga! No, no me aparte usted cuando se ha hecho la luz en mí —se apresuró a responder Oblomov cogiéndola una mano.

—Pero ¿qué pretende usted de mí? Quisiera saber si mi amor es un error. Pues no puedo responderle; no lo sé ni yo misma.

Oblomov soltó la mano de la joven.

—Pero ¿no lo sospecha siquiera? ¿No lo siente en su interior? —preguntó una vez más.

—No. Ayer le dije lo que siento, pero me es imposible decirle lo que sentiré dentro de algunos años. Ahora bien; ¿puede una felicidad seguir a otra y luego a otra? —preguntó Olga mirando a Oblomov con los ojos muy abiertos—. Dígamelo usted, que tiene más experiencia.

—No; el amor sólo llega una vez —dijo Oblomov como si repitiera una lección.

—También yo pienso lo mismo —añadió Olga—. Pero si no fuera así, tal vez dejaría de quererle, tal vez mi error me haría sufrir, tal vez nos separaríamos... Querer dos veces... tres veces... No, no... ¡No quiero ni pensar en ello!

Oblomov suspiró. Aquellos «tal vez» llenaban de inquietud su alma y siguió a Olga en silencio, sumido en sus pensamientos. Pero sentía que su corazón se iba aligerando a cada paso; el «error» inventado por él le parecía ahora muy lejano. «Después de todo, no es sólo el amor, sino la vida entera la que está expuesta en estos errores —pensó—, y uno rechaza todas las oportunidades como posibles errores, ¿cuándo vendrán las realidades? ¿Qué me ocurre? Parece como si me hubiera quedado ciego de pronto.»

—¡Olga! —exclamó rozando a la joven con la punta de los dedos.

Olga se detuvo.

—Usted es mucho más inteligente que yo.

Olga denegó con un movimiento de cabeza.

—No; lo que soy es más sencilla y más valiente. ¿Es posible que piense usted en serio que se puede dejar de querer? —preguntó con orgullosa seguridad.

—Ya no estoy asustado. Al lado de usted ya no temo al futuro.

—He leído esa frase en alguna parte, no hace mucho en un libro de Sue, creo —repuso Olga en tono burlón—. Pero allí era la mujer quien la pronunciaba.

Oblomov se sonrojó.

—Olga, dejémoslo todo como estaba ayer —suplicó—. Ya no volveré a temer los «errores». La joven no contestó.

—¿Si? —inquirió Oblomov tímidamente—. Bien, si no quiere decírmelo de viva voz déme algún signo para que yo pueda... Una ramita de lilas, por ejemplo...

—Las lilas... Ya no es el tiempo de esas flores... —repuso Olga—. Vea, las que quedaron... están todas marchitas.

—¡Marchitas! —exclamó Oblomov de pronto—. ¿También mi carta está marchita?

Olga negó con la cabeza y Oblomov siguió tras ella reflexionando en las lilas marchitas, en la felicidad de ayer y en la carta.

«Las lilas están marchitas —pensó—. ¿Por qué se me ocurriría escribir esta carta? ¿Qué es lo que me ha obligado a permanecer toda la noche en vela y a escribir esa carta esta mañana? Ahora tengo la sensación de estar en paz —bostezó—. ¡Y tengo un sueño! Si no hubiera escrito la carta no hubiese sucedido nada de todo esto. Ella no habría llorado y todo seguiría como ayer. Hubiéramos venido a sentarnos en esta avenida, nos hubiéramos mirado el uno al otro y habríamos hablado de nuestra felicidad. Y lo mismo mañana y pasado mañana...» De nuevo bostezó.

De súbito se le ocurrió pensar en lo que habría sucedido si la carta hubiese logrado su finalidad, si Olga se hubiese mostrado de acuerdo con él y se hubiese sentido asustada ante las tormentas que preveía. ¡Dios mío! ¡Decirse adiós para siempre, volver a la ciudad, cambiar de piso, y tener que pasar los días aburrido, sin experimentar alegría de ninguna clase!... «¿Por qué se me ocurriría escribir esa carta?», se preguntó una vez más.

—Olga Sergeievna —dijo de pronto.

—Diga usted.

—Tengo que confesarle algo más...

—¿De qué se trata?

—Quiero decirle que esta carta no era necesaria...

—Sí, sí era necesaria.

Olga se volvió en redondo, y al ver el rostro medio adormilado de Oblomov no pudo por menos de echarse a reír. Oblomov, sorprendido, fue a mirarla otra vez, pero ya no pudo ver más que su espalda.

—¿Era necesaria? —repitió.

«Entonces, ¿por qué ha llorado y me ha hecho tantos reproches? ¿Todo eso no ha sido más que una burla?» Pero Olga no era coqueta, lo sabía bien. Tan sólo las mujeres poco inteligentes echan mano a la coquetería. Y Olga era por demás inteligente. Lo había demostrado al descubrir el verdadero sentido de la situación y exponerla claramente, sin el menor rodeo. ¿Qué significaban entonces sus palabras?

—¿Por qué era necesaria la carta? —preguntó ahora.

—¿Que por qué? —repitió Olga con súbita alegría, volviéndose hacia él y disfrutando de la sensación de poder que sentía en aquel momento—. Porque

—empezó a decir lentamente—, porque ha estado usted desvelado toda la noche y ha escrito todo eso para mí. ¡También yo soy egoísta! Ésta es la primera razón.

—En ese caso, ¿por qué me ha echado en cara que la escribiera si está usted de acuerdo conmigo? —exclamó Oblomov interrumpiendo a la joven.

—Pues porque había preparado usted ese disgusto y gozado con él por anticipado sin que yo supiera nada. Esto es no tener corazón, y es lo que le reprocho. Aparte de ello, en su carta hay muchos sentimientos y muchas ideas. Esta noche y esta mañana usted ha vivido no de la manera usual en usted, sino como su amigo y yo queríamos que viviese. Ésta es la segunda razón. Y la tercera...

Olga caminaba tan junto a él que Oblomov sintió que la sangre se le subía a la cabeza.

—La tercera razón es que esa carta refleja, lo mismo que un espejo, su ternura, su solicitud, su inquietud por mi felicidad, su clara y limpia conciencia... todo cuanto Andrei Ivanich me anunció de usted y que hizo que le quisiera y le perdonase su indolencia y su apatía... En esa carta se me ha entregado usted, Ilia Illich. No es usted un hombre egoísta, no me ha escrito usted porque realmente quiere separarse de mí, sino porque temía estar engañándome... Y he podido comprobar que realmente le quiero y que no sufro ningún error...

Mientras la joven hablaba Oblomov creyó ver una aureola en torno a su cabeza. El triunfo del amor, la conciencia de su propio poder, hacía que sus ojos despidieran chispas y sus mejillas ardieran. ¡Y él era la causa de todo aquello! ¡Un noble impulso de su corazón había encendido aquel inmenso fuego en el alma de Olga!

—¡Olga... es usted la mejor de todas las mujeres del mundo! —exclamó Oblomov en un rapto de entusiasmo y, olvidado de todo, la tendió sus manos y se inclinó hacia ella—. ¡Por el amor de Dios, un beso como prenda de nuestra felicidad...!

Olga se detuvo sorprendida. En sus ojos brilló de pronto una chispa de indignación y de su rostro desapareció instantáneamente todo asomo de alegría.

—¡Nunca! ¡Nunca! ¡No se me acerque usted!

Oblomov vio ante sí, no a la amable Olga de siempre, sino a una diosa altiva e irritada.

—Perdón —murmuró confundido.

La joven echó a andar de nuevo y miró por encima de su hombro para ver lo que hacía Oblomov. Pero no había nada que temer. Éste la seguía como un perrito al que acabaran de regañar y fuera con el rabo entre piernas. Su aspecto hizo que

Olga sintiera lástima de él. Empezaba a lamentar aquel «nunca» que había pronunciado con tanto calor, y trataba de encontrar un pretexto para poderle hablar y suavizar la situación.

«¡Todo lo he echado a perder! ¡Ahora sí que he cometido un error de verdad! ¡Nunca! ¡Oh, se han marchitado las lilas! —reflexionaba Oblomov contemplando las mustias flores—.«También el ayer se ha marchitado, y mi carta, en el instante, el más bello de toda mi vida, en el que una mujer me revelaba lo poco bueno que hay en mí... Todo, todo se ha marchitado en mi vida.» Y miró a Olga, que continuaba espiándole con los ojos entornados.

—Déme la carta —dijo la joven a poco.

—Se ha marchitado —contestó Oblomov con triste entonación, entregándosela.

Olga se le acercó un poco más, con la cabeza inclinada y los ojos medio cerrados. Temblaba toda ella.

—¡Me ha asustado usted! —susurró con voz suave.

—Perdóneme, Olga —musito Oblomov.

La joven no respondió.

—¡Ese terrible nunca! —suspiró tristemente Oblomov.

—Se marchitará —murmuró Olga ruborizándose.

Posó en Oblomov una suave mirada, cogió sus dos manos y se las acercó al corazón.

—¿No oye usted cómo late? —dijo—. ¡Me ha asustado usted, Ilia Illich! Déjeme marchar.

Y sin volverle a mirar, dio media vuelta y echó a correr, recogiéndose una punta del vestido.

—¿Dónde va usted? —gritó Oblomov—. ¡Estoy cansado! ¡Me es imposible seguirla!

—¡Déjeme, voy a cantar, a cantar, a cantar! ¡El corazón me rebosa de alegría y casi me duele!

Oblomov se detuvo y contempló cómo se alejaba la joven, semejante a un ángel en pleno vuelo.

«¿Se marchitará también este momento?», se preguntó a sí mismo lleno de melancolía, sin darse clara cuenta hacia dónde se dirigía ni por dónde caminaba.

«Las lilas se han marchitado —se dijo de nuevo— y también el ayer, y la pasada noche poblada de fantasmas y pesadillas. ¡Sí, y este instante también se marchitará al igual que las lilas! Pero cuando la abrumadora noche iba alcanzando su fin, amanecía ya la nueva mañana luminosa...»

«¿Qué significa todo esto? —murmuró en alta voz, tan abstraído estaba—. ¿Eso quiere decir que también el amor...? Yo imaginaba que el amor se alzaría sobre los amantes como un espléndido mediodía, en ese momento en que parece que nada se mueve ni respira. Pero ahora me doy cuenta de que tampoco en el amor hay paz, sino que significa también cambios y alteraciones, mudanzas, movimiento hacia adelante... "como toda la vida", sostenía Stolz. Y aún no ha nacido el Josué que pueda decirle: "¡Detente!" ¿Qué sucederá mañana», se preguntó Oblomov lleno de ansiedad e inquietud, cuando ya regresaba a su casa, paseando lentamente.

Al pasar bajo las ventanas de Olga oyó una melodía de Schubert con la que la joven desahogaba su corazón, cantada con una voz en la que parecían percibirse los sollozos de la felicidad recuperada.

—¡Dios mío! ¡Qué bella es la vida!

XI

CUANDO Oblomov llegó a su casa, encontró otra carta de Stolz que empezaba y concluía con las palabras: «Ahora o nunca» y a lo largo de la cual su amigo le echaba en cara su abulia. Stolz insistía para que fuera a reunirse con él en Suiza, adonde se dirigía. Luego irían a Italia.

Pero por si esto no le seducía, Stolz sugería que se fuera a sus propiedades, atendiera sus asuntos, impusiera orden entre los campesinos y comenzase la construcción de la nueva casa. «Recuerda nuestro pacto —decía—. ¡Ahora o nunca!» «¡Ahora, ahora, ahora! —se repetía Oblomov—. Andrei no sabe aún nada de la novela que estoy viviendo en estos momentos. ¿Qué más quiere de mí? ¿Es que no puedo estar más ocupado de lo que estoy? ¡Me gustaría verle a él en mi situación! Todo el mundo afirma que los ingleses y los franceses son muy trabajadores, pero todos ellos se pasan la vida realizando viajes de placer por Europa, Asia y África, so pretexto de tomar apuntes del natural, desenterrar antigüedades y cazar serpientes o leones. O bien se quedan en sus hogares, donde dan grandes comilonas a sus amistades. ¡Éste es todo el trabajo que realizan! ¿Por qué, en cambio, se me ha condenado a mí a un trabajo tan duro? ¡Andrei es la única persona en el mundo que cree que el hombre tiene que trabajar como un caballo de carga! ¿Por qué habría de hacerlo yo? Me basta con tener para comer y vestirme. Sin embargo, Olga me ha preguntado si pienso ir a Oblomovka...»

Oblomov pasó algunas horas escribiendo febrilmente y trazando planes. Más tarde se fue a visitar a un arquitecto. Pronto tuvo sobre la mesa el plano de la casa y del jardín. Se trataba de una gran casa familiar con dos balcones.

«Aquí mi cuarto, aquí el de Olga, éste será el dormitorio, éste el cuarto de los niños —se dijo sonriendo complacido—. Pero los campesinos... los campesinos... —la sonrisa desapareció de sus labios y frunció el ceño—. En su carta mi vecino expone toda suerte de detalles; habla de los campos arados, de la recolección... ¡Qué aburrimiento! Y sugiere que entre los dos deberíamos pagar la construcción de una carretera hasta la ciudad y un puente sobre el río; me pide tres mil rublos y me aconseja que hipoteque Oblomovka... Pero ¿cómo puedo saber yo si es necesario emprender esas obras? ¿Pueden reportar algún beneficio? ¿No tratará de engañarme? Ya sé que es un hombre honrado; Stolz le conoce bien. ¡Pero pudiera ser que se equivocara y entonces yo perdería todo mi dinero! Tres mil rublos es una suma muy importante. Además, ¿de dónde los saco? ¡No, sería arriesgar demasiado! También me dice que deberían trasladarse algunos campesinos a la parte de tierra inculta, y que le conteste en seguida. ¡Siempre con prisas! Asimismo

promete enviarme todos los documentos necesarios para la hipoteca. ¡Tengo que enviarle poderes para que pueda actuar ante los tribunales, pero ni siquiera sé dónde están los tribunales!»

Oblomov dejó pasar toda una semana sin contestar la carta. Durante todo aquel tiempo, Olga le estuvo preguntando si ya había ido a la Cámara a formalizar la escritura de poderes. Stolz, por su parte le escribió otra carta e igualmente envió otra a Olga pidiendo noticias de lo que hacía Oblomov.

Pero Olga sólo podía contar a Stolz lo que tenía relación con su propia esfera. Le veía feliz, podía afirmar que acudía a las citas a la hora convenida, que iba a todas partes con ella, que se interesaba lo bastante en las noticias diarias y podía tomar parte en una conversación general. Preguntaba a Oblomov acerca de la Cámara para poder informar a Stolz, ya que lo único que le interesaba realmente era que no perdiese de vista el fin primordial de su vida.

El verano se encontraba en su punto culminante; finalizaba el mes de julio y el tiempo era espléndido. Oblomov muy raras veces se separaba de Olga. Los días buenos iban al parque, y en las horas de calor se cobijaban bajo la sombra de los pinos. Él se sentaba a sus pies y le leía en voz alta, y ella había empezado ahora otra obra de bordado destinada a Oblomov.

También el sol brillaba en sus corazones. Si alguna que otra vez una nube cruzaba su firmamento, pronto se desvanecía sin dejar el menor rastro. Si Oblomov sufría pesadillas durante su sueño o si la duda daba aldabonazos en su corazón, Olga, mirándole al fondo de los ojos, descubría sus pensamientos y lo solucionaba todo, y la corriente del sentimiento fluía de nuevo sosegada y apacible, como un río que refleja las cambiantes nubes.

Las opiniones de Olga sobre la vida, el amor y todo lo demás se hacían cada día más diáfanas y concretas. Sentía más confianza en sí misma y no le daba miedo el futuro. Su espíritu se iba desarrollando en nuevas direcciones y su carácter revelaba cualidades desconocidas hasta entonces.

Poseía una especie de tenacidad que la hacía triunfar no sólo sobre el destino, sino sobre la indolencia y la apatía de Oblomov. Cuando la joven trazaba un plan, su labor progresaba rápidamente. Entonces no se la oía hablar de nada más, y hasta cuando guardaba silencio se presentía que continuaba pensando en la misma cosa.

Oblomov no acababa de comprender dónde estaba la fuente de su fortaleza, de su instintivo conocimiento de lo que debía hacerse en cada circunstancia y momento. «Sin duda se debe a que tiene una ceja más alta que la otra, lo que le forma una pequeña arruga, y es ahí donde radica precisamente su perseverancia»,

se decía. Aunque el rostro de la joven permaneciera tranquilo, la arruguita nunca desaparecía ni las cejas se nivelaban jamás. Pero, no obstante su carácter tenaz, no era una mujer dominante ni perdía un ápice de su femineidad. No era su aspiración convertirse en una leona, ni producir asombro en las gentes por su inteligencia, sus ideas u ocurrencias.

A pesar de todo esto, y como le sucede a muchas mujeres, era en extremo miedosa. No le sobrecogía un ruido sospechoso ni dejaba escapar un grito cuando se caía una silla, pero no le gustaba alejarse demasiado de su casa, y volvía a ella en cuanto veía a un campesino de aspecto sospechoso. Al llegar la noche, cerraba los postigos de las ventanas de su cuarto.

Sentía una marcada propensión a la piedad y a la compasión. Era fácil hacerla llorar y el camino que conducía a su corazón estaba siempre expedito. Tierna para el amor, se mostraba amable y cariñosa con todo el mundo. En suma, era una verdadera mujer.

En ocasiones, daba un asomo de ironía a sus palabras, pero lo hacía con tal gracia y encanto, que constituía un plaper convertirse en blanco de sus pullas.

No tenía miedo a las corrientes de aire, gozaba de una magnífica salud y comía con excelente apetito, sobre todo, los manjares que le gustaban, y que solía prepararse ella misma. Cierto que esto también podría decirse de otras muchas mujeres. Mas éstas, por lo general, ignoran por qué hacen las cosas y siempre han de referirse a la autoridad que se las enseñó: la prima o la tía. Muchas de ellas ignoran hasta qué es lo que desean, y cuando adoptan una resolución cuesta saber si les interesa de veras.

Entre Olga y Oblomov existía una mutua y secreta comprensión, la cual pasaba inadvertida a los demás. Cada palabra, cada mirada que cambiaban entre sí tenía para ellos un significado especial, aunque se encontraran en presencia de extraños. En todo descubrían una referencia a su amor. A pesar de la seguridad que sentía en sí misma, Olga se ruborizaba cuando alguien contaba una historia de amor, aunque tuviera un remoto parecido con la suya; y como sea que las historias de amor se asemejan todas bastante, a menudo se veía obligada a ruborizarse. Por su parte, Oblomov se azoraba y confundía de tal modo al oír la simple palabra amor, que cogía un trozo enorme de pastel, lo que provocaba la hilaridad de su vecino de mesa. Ambos enamorados se habían tornado extremadamente cautos y sensibles. Algunas veces Olga no le decía a su tía que había estado con Oblomov, y en cuanto a éste, contaba a Zajar que se dirigía a la ciudad, cuando en realidad iba a reunirse con Olga.

A pesar de su salud y de sus energías, Olga comenzó a dar señales de una

cierta inquietud morbosa, que se apoderaba de ella de cuando en cuando. Mientras paseaba del brazo de Oblomov, cualquier mediodía caluroso, sentía de súbito una opresión en el pecho, y aunque se quitaba la manteleta, seguía sintiéndose sofocada. Entonces se echaba a la sombra de un árbol, y Oblomov, fuera de sí, intentaba abanicarla, pero ella le hacía un ademán para que no se molestase y permanecía un buen rato con los ojos perdidos en el vacío. Luego, de repente, lanzaba un suspiro y cogiendo una mano de Oblomov, ya vuelta en sí, tornaba a sentirse alegre y segura de sí misma.

Un atardecer, Olga se mostró más inquieta de lo habitual. Hacía un intenso calor y el cielo estaba cubierto de nubes. Oscurecía lentamente.

—Va a llover —dijo el barón, y se marchó a su casa.

María Mijailovna se retiró a sus habitaciones. Olga estaba tocando el piano con aire soñador, cuando de pronto se detuvo.

—Me es imposible seguir. Me tiemblan las manos. No me siento bien —dijo a Oblomov—. Vamos un rato al jardín.

Ambos estuvieron paseando por las avenidas con las manos cogidas. Luego penetraron en el parque. La oscuridad era casi completa y Olga se estrechó contra Oblomov.

—Tengo miedo —dijo de súbito.

—¿De qué? No se asuste, Olga. Estoy aquí.

—También tengo miedo de usted —repuso la joven—. Pero es un miedo delicioso. Escuche usted cómo late mi corazón —acabó cogiéndole una mano.

—¿No oye usted? —añadió a continuación, mirando en torno suyo asustada—. ¿No ve usted algo que se desliza en la oscuridad?

—No hay nadie, Olga —repuso Oblomov, que sintió que una corriente fría se deslizaba por su espalda.

—Tápeme los ojos para que no pueda ver —murmuró Olga—. Es cosa de mis nervios. Pero ya estoy mejor. Ahora sentémonos un rato.

—¡Otra vez está aquí! —murmuró Olga asustada apretándose contra él.

—¡Vámonos a casa, Olga! —susurró Oblomov—. No se siente usted bien.

—No, aquí el aire es mucho más fresco —suspiró Olga, apoyando la cabeza en el hombro de Oblomov.

Éste notó que el aliento de la joven ardía y que sus mejillas parecían despedir fuego.

—¿No seria mejor que nos fuéramos a casa? —susurró Oblomov inquieto—. Tendría usted que meterse en la cama.

—No, espere unos momentos. En seguida me encontraré mejor.

Guardaron silencio durante unos minutos, hasta que de pronto Olga empezó a sollozar, primero en silencio, luego con profundos sollozos.

—¡Por favor, Olga, vámonos a casa! —insistió Oblomov alarmado de veras.

—¡No, déjeme! Llorar un poco me hará bien. Siento que me arde el corazón y las lágrimas me desahogarán.

En la oscuridad, Oblomov percibía el ardiente aliento de la joven y las cálidas lágrimas que caían sobre su mano. Pero no osaba acercar sus labios a aquella mejilla que sentía tan cerca de la suya...

A poco se normalizó la respiración de Olga y Oblomov creyó que la joven se había dormido.

—Olga —dijo con un susurro de voz.

—¿Qué quiere? —murmuró ella, y tras de lanzar un nuevo suspiro, añadió—: Ya me siento mejor.

—Vámonos —insistió Oblomov.

—Vámonos —contestó Olga poniéndose en pie de mala gana.

Cuando entraron en el salón, Oblomov miró a Olga. La joven parecía en extremo fatigada y sonreía como en sueños. Entonces hizo que tomara asiento en el sofá y arrodillándose a sus pies comenzó a besarla las manos. Olga le dejó hacer.

Luego la siguió con la mirada mientras se dirigía hacia la puerta. Oblomov, antes de salir, se volvió, pudiendo ver que la joven le seguía mirando con la misma expresión lánguida y la misma sonrisa.

Camino de su casa, Oblomov reflexionó sobre lo ocurrido. Aquella sonrisa él la había visto en alguna parte. Intentó recordar algún retrato de mujer que sonriera de aquella manera... Pero tan sólo sabía que no era el de Cordelia.

Al día siguiente envió a preguntar por el estado de Olga. La respuesta fue que se encontraba perfectamente bien, que le esperaban a comer y que a la caída de la tarde irían a ver los fuegos artificiales que habría a cinco verstas de allí.

Oblomov se negó a creerlo y quiso comprobarlo con sus propios ojos. Olga se le apareció tan fresca como una rosa, pero la joven se ruborizó intensamente cuando vio que Oblomov se le acercaba, y estuvo a punto de echarse a llorar cuando él le preguntó cómo se sentía después de lo de la noche anterior.

—Fue simplemente un ataque de nervios —se apresuró a responder Olga—. *Ma tante* dice que debería acostarme más temprano. Me viene sucediendo de un tiempo a esta parte...

Se interrumpió y volvió el rostro como si pidiera gracia. Pero le era imposible saber por qué experimentaba aquella confusión. ¿Por qué le atormentaba el recuerdo de lo de la noche anterior? Se sentía avergonzada e incluso irritada, aunque no sabía con exactitud si era consigo misma o con Oblomov... A veces tenía la sensación de que éste se le había hecho más íntimo y más querido, como si la noche pasada les hubiera unido de un modo misterioso...

A Olga le fue imposible dormir durante varias horas, y al día siguiente anduvo paseando por la avenida del parque, reflexionando llena de inquietud, aunque sin lograr llegar a ninguna conclusión. «Sonichka ya lo tendría resuelto», se decía.

¿Y Oblomov? ¿Por qué había permanecido callado e inmóvil la noche anterior, cuando el aliento de Olga ardía junto a su mejilla y las cálidas lágrimas de ella caían sobre sus manos; a pesar de que casi la había llevado en brazos a la casa y escuchó los latidos de su corazón? Otro en su lugar...

Aunque la juventud de Oblomov había transcurrido junto a otros jóvenes que estaban perfectamente enterados de todo y no creían en nada, que habían resuelto de una vez para siempre todos los problemas vitales y los habían analizado fríamente, él seguía creyendo en la amistad, en el amor, en el honor, y aunque infinitas veces se había equivocado en sus juicios y sufrido las consecuencias, jamás le fue posible prescindir de su bondad natural y de su fe. Respetaba profundamente la castidad de la mujer, reconocía sus derechos y su poder, y estaba dispuesto a sacrificarse por ella. Pero no poseía el suficiente carácter para defender en público los principios de la bondad y de respeto a la inocencia.

Disfrutaba de su perfume en secreto, pero en sus charlas con la gente cínica se sumaba a las palabras irrespetuosas, como si temiera hacerse sospechoso de castidad. No sabía que una palabra dictada por la bondad y el buen gusto es suficiente a veces para cambiar el rumbo de tales conversaciones y que, en último extremo, siempre encuentra una concha donde cobijarse cual una perla preciosa. Ignoraba asimismo que las palabras libertinas encuentran siempre terreno abonado y dejan un rastro maléfico tras sí.

En el fondo, era muy distinto de como pretendía aparecer ante los demás. No pesaba sobre él ningún remordimiento de conciencia, ni una mancha siquiera. No le era posible oír el relato de un hecho poco honroso sin que se alterara, ni

escuchar tranquilo a los que contaban cómo habían hecho un cambio de caballos, de mobiliario o de mujer.

Sentía una profunda pena cuando se enteraba de que un hombre se había deshonrado o una mujer perdido su honra. Pero, por temor a la opinión de los demás, jamás decía nada. Era preciso adivinar su verdadero modo de sentir, y Olga lo había conseguido.

Los hombres suelen tomar a burla esta clase de caracteres, pero las mujeres, los reconocen en el acto. Las mujeres castas y honestas los quieren por afinidad, mientras que las depravadas desean gozar de su intimidad para limpiarse de su depravación.

El verano se acercaba a su fin. Las mañanas y los atardeceres eran ahora más oscuros y húmedos. NO sólo las lilas, sino también las flores de los limoneros se habían marchitado, así como las fresas y los fresones.

Olga y Oblomov continuaban viéndose todos los días. Oblomov se sentía de nuevo en paz con la vida, y volvía a prestar atención a lo que había dejado abandonado durante tanto tiempo. Ahora conocía el motivo de por qué el embajador francés había salido de Roma, por qué los ingleses enviaban una flota a Oriente, y se interesaba vivamente por la construcción de un nuevo ferrocarril en Francia y Alemania. Eso sí, aún no se había ocupado de la carretera de Oblomovka, de la Cámara ni tampoco contestado a Stolz. Tan sólo estaba perfectamente enterado de lo que constituía el tema diario de las conversaciones en casa de Olga, de lo que leía en los periódicos que se recibían allí y de unas cuantas cosas más que Olga le obligaba a conocer.

Todo lo demás quedaba sumergido en la rosada atmósfera del amor, jamás enturbiada por nada, aunque con frecuencia inquietada por algunos cambios inexplicables. Es cierto que a veces Olga se preguntaba, ante la falta de apasionamiento de que daba prueba Oblomov, si hacía bien en quererle. Pero el amor era justificado por su fe en la bondad de Oblomov, en su amabilidad y, sobre todo, en su ternura, ternura que jamás había podido sorprender en los ojos de otros hombres. ¿Qué importancia tenía, pues, si en ocasiones parecía como si Oblomov no comprendiera la expresión de sus ojos, o si su voz no sonaba exactamente como soñaba en sueños? Todo debía de ser efecto de sus nervios o de su imaginación, y no había por qué conceder la menor importancia a todo aquello que la conturbaba. Y en el supuesto que hubiera anhelado dejar de querer a Oblomov ¿cómo podría conseguirlo? Estaba de veras enamorada, y no es posible desprenderse del amor como de un sencillo vestido. «No se debe querer dos veces —pensaba la joven—. Dicen que es inmoral.»

De este modo iba aprendiendo a amar y avanzaba paso a paso por este camino, unas veces con lágrimas en los ojos, otras con una sonrisa prendida de los labios, pensando siempre profundamente en todo ello. Éste era el origen de la expresión concentrada que Oblomov sorprendía en ella y que no dejaba de preocuparle. Pero Oblomov no meditaba sobre el amor. Sencillamente, se dejaba mecer por una especie de dulce sueño, y pensaba en los días en que vivía en Oblomovka, gozando de una perfecta paz y tranquilidad, sin experimentar disgustos ni inquietudes de ninguna clase. Y en ocasiones; mientras esperaba a Olga, se dormía beatíficamente sobre el césped. Pero de improviso surgió una nube en el horizonte...

Cierto día, cuando ambos regresaban caminando lentamente de un paseo por los alrededores, coincidieron en la carretera con un coche que se acercaba envuelto en una nube de polvo. En el coche viajaban Sonichka y su marido y otra pareja más...

—¡Olga, Olga Sergeievna! —gritaron los viajeros al ver a la joven.

El coche se detuvo. Los ocupantes del coche saltaron a tierra y rodearon a Olga. Todos empezaron a hablar a un tiempo, sin darse cuenta de la presencia de Oblomov. Pero de repente le miraron, y uno de los caballeros lo hizo a través de sus impertinentes.

—¿Quién es? —preguntó Sonichka.

—Ilia Illich Oblomov —repuso Olga presentando a su acompañante.

Decidieron ir todos a casa andando. Oblomov se sentía a disgusto en compañía de aquella gente y los seguía a corta distancia. Incluso tuvo tentaciones de saltar una cerca y escapar corriendo hacia su casa, pero una mirada de Olga le contuvo.

No le importaba que la gente le mirase con extrañeza. Tiempo atrás ya le habían mirado del mismo modo por su aspecto, torpe y desaliñado. Lo malo era que también miraban a Olga con cierto recelo, y aquellas miradas, dirigidas a ambos, le producían una gran desazón. Ni que decir tiene que aquel día regresó a su casa pensativo y malhumorado.

Al día siguiente, ni la amabilidad ni la ternura de Olga tuvieron fuerza suficiente para hacerle recobrar la serenidad. Se excusó diciendo que tenía un fuerte dolor de cabeza para no contestar a sus preguntas, y se dejó verter setenta y cinco *kopeks* de agua de colonia en la cabeza.

Al tercer día de aquello regresaron del paseo un poco más tarde que de costumbre, y la tía les miró, en especial a él, con ojos inquisitivos que perforaron

sus párpados cuando Oblomov bajó los suyos.

Oblomov padecía en silencio y no se atrevía a confesar sus dudas y temores a Olga, a fin de no disgustarla y destruir su felicidad presente.

Ahora no se trataba de saber si ella se había enamorado de él por error, sino de reflexionar si su amor, sus citas a solas en el bosque, a veces hasta bien entrada la noche, no constituían una grave falta.

«¡Estuve a punto de besarla! —pensó horrorizado—. Y esto es un crimen según el código moral. Hay muchos peldaños antes de llegar a esto: cogerle una mano, la declaración amorosa, las cartas... Ya hemos pasado por todo eso. Pero, a fin de cuentas —añadía Oblomov para su coleto— mis intenciones son honradas. Yo...»

De repente la nube se desvaneció y ante su vista surgió una brillante visión de Oblomovka, por cuyos paseos deambulaba del brazo de Olga. Toda la gente con la que se cruzaban se inclinaba respetuosamente ante ella... En suma, lo que había descrito con tanto detalle a Stolz.

«Sí, sí, pero tengo que comenzar por aquí —se dijo con repentina inquietud—. Todo esto de las citas, las declaraciones de amor y las lilas son el preludio de lo inevitable. Pero no debe repetirse con una mujer honesta. Entonces, ¿qué soy yo? ¿Qué soy yo? —se demandó—. ¡Soy, sencillamente, un seductor, un conquistador de mujeres! Debería hacer como aquel viejo de la nariz colorada, y llevar en el ojal de la solapa una rosa robada a una mujer y contárselo al oído al compañero de aventuras... ¡Dios mío, en qué ser me he transformado! ¡En qué abismo de iniquidad me he sumergido! Y Olga no vuela por encima de él, sino que también yace en el fondo. ¿Por qué, Dios mío, por qué lo habré hecho?»

Se sentía apesadumbrado y lloraba como un chiquillo al pensar que el delicioso arco iris de su vida había palidecido y que Olga era su víctima. El amor que sentía por ella era un crimen, una mancha que pesaba sobre su conciencia.

Pero de súbito se serenó, pues acababa de ocurrírsele la idea de que aquello tenía una salida leal y honrosa. Ofrecerle su mano a Olga y entregarle el anillo de prometida.

«Si, sí —se dijo entusiasmado—, y su respuesta será una tímida mirada de asentimiento. No dirá una palabra, pero se sonrojará, me sonreirá con toda su alma y sus ojos se inundarán de lágrimas...»

Lágrimas y sonrisas, una mano de ella entre las suyas, y luego la felicidad, la felicidad, las confidencias susurradas al oído y los votos de unir para siempre sus vidas en una sola. El amor brillaría, sin que nadie más que ellos lo advirtiera, por

encima de todo, hasta de las charlas más insignificantes y triviales. Y nadie osaría ahora insultarles con su mirada.

Pero de improviso, su rostro asumió una expresión de suma gravedad.

«Sí —se dijo—, un mundo de honesta y bien ganada felicidad. Ahora me avergüenzo de haber dejado transcurrir todo este tiempo, escondiendo estas flores, procurándome citas, paseando a la luz de la luna, escuchando los latidos de su corazón y buceando en sus sueños más íntimos como un muchacho. ¡Dios mío!»

Oblomov enrojeció violentamente.

«Esta misma noche Olga sabrá que el amor impone los más grandes deberes; será nuestra última cita a solas...»

Se llevó la mano al corazón. Le latía con acelerado ritmo, pero del modo que debe latir el corazón de un hombre honrado.

De nuevo pensó en el dolor que experimentaría Olga cuando le dijera que no debían seguir viéndose a solas; descubriría sus pensamientos, disfrutaría con su confusión y, al final, con voz tímida, le declararía sus intenciones.

Luego pensó en el tímido consentimiento de ella, en su sonrisa, en sus lágrimas, en la mano que le cogería en silencio, en los suspiros que se les escaparían a ambos y en los besos que le daría a la vista de todo el mundo.

XII

OBLOMOV se apresuró a correr en busca de Olga. Pero en su casa le dijeron que la joven había salido. Entonces la buscó por el pueblo, pero tampoco la encontró. Desde lejos la vio subir a la Colina, cual un ángel que ascendiera al Paraíso, con andar ligero y elástico y unos movimientos llenos de gracia y armonía. Oblomov echó en pos de ella, pero Olga no parecía tocar el suelo con los pies, como si, en efecto, volara. Cuando llegó a la mitad de la cuesta, Oblomov comenzó a llamarla.

Olga le esperó, mas cuando él llegó a unos veinte pasos de ella, la joven reemprendió la marcha; esto lo hizo varias veces, siempre manteniendo cierta distancia entre ellos. Al cabo se detuvo y se echó a reír. También Oblomov se paró y entonces ella se le acercó y le tendió la mano, y echándose a reír, tiró de él. Pronto entraron en el bosquecillo, y cuando Oblomov se quitó el sombrero, luego de tomar asiento, Olga le secó la frente con un pañuelo y le abanicó con su sombrilla.

Olga se mostraba muy animada y alegre; experimentaba repentinos accesos de ternura, luego de los cuales permanecía pensativa.

—¿A que no adivina usted lo que estuve haciendo ayer? —preguntó de pronto a Oblomov.

—¿Leyendo tal vez?

Olga dijo que no con la cabeza.

—¿Escribiendo?

—Tampoco.

—¿Cantando?

—No. ¡Me dijeron la buenaventura! —exclamó la joven—. Ayer vino el ama de llaves de la condesa, que entiende mucho de estas cosas, y le rogué que me leyera mi destino por medio de las cartas.

—Bien, ¿y qué le anunció?

—Nada de particular. Un viaje, luego mucha gente y un hombre rubio... Me ruboricé enormemente cuando me dijo delante de Katia que un rey de oros estaba pensando en mí. Pero al irme a decir en quién pensaba yo, revolví las cartas y escapé corriendo. Piensa usted en mí, ¿verdad, Ilia Illich?

—Me gustaría pensar menos de lo que pienso —contestó Oblomov.

—Y yo... —repuso Olga pensativa—. Yo parezco haber olvidado que existe algo más en la vida. La semana pasada, cuando se enfadó usted conmigo y no vino a verme durante dos días, me puse de un humor terrible. Me peleé con Katia como usted con Zajar. La muchacha se echó a llorar, pero no sentí la menor compasión de ella. No contestaba a mi tía y ni tan siquiera prestaba atención a lo que me decía. No hice nada ni fui a ninguna parte... Pero cuando usted apareció, cambié por completo. Entonces le regalé a Katia mi vestido lila...

—¡Así es el amor! —exclamó Oblomov en tono patético.

—¿Cómo? ¿El amor es como el vestido lila?

—Eso mismo me sucede a mí. Tampoco para mí brilla la luz sin usted. Cuando la veo todo me parece bien y me entran deseos de actuar, de hacer cosas, de moverme. Pero si no la tengo a mi lado, se apodera de mí la pereza y me tumbo en el sofá, sin querer pensar en nada... Quiérame usted, no se avergüence de su amor...

Oblomov se interrumpió de pronto. «Pero ¿qué estoy diciendo? No he venido para esto», se dijo frunciendo el ceño y tosiendo levemente.

—¿Y qué sucedería si me muriera? —preguntó Olga.

—¡Qué ocurrencia! —exclamó Oblomov con expresión absorta.

—Sí —insistió Olga—. Puedo pillar un resfriado y caer enferma de fiebre. Entonces usted vendría aquí y no me encontraría. Iría a mi casa y le responderían que estaba enferma, y lo mismo ocurriría al día siguiente. Los postigos de mi habitación estarían cerrados; el médico movería la cabeza preocupado; Katia saldría a verle a usted llorando y susurraría: «Está grave, se está muriendo».

—¡Oh! —exclamó Oblomov.

Olga se echó a reír.

—¿Qué sería de usted entonces? —inquirió la joven mirando fijamente a Ilia Illich.

—Me volvería loco o me pegaría un tiro, y cuando estuviera muerto, usted se repondría rápidamente.

—No, no lo haga —dijo Olga nerviosa—. ¡Oh! ¿De qué estábamos hablando? Pero le suplico que si se me muere no venga a verme en espíritu, pues me dan mucho miedo los fantasmas.

Oblomov sonrió y Olga le imitó.

—¡Qué chiquillos somos! —exclamó Olga.

Oblomov se limpió la garganta de nuevo.

—Bien... tengo que decirle...

—¿Qué? —preguntó Olga volviéndose hacia él.

Oblomov guardaba silencio, dominado por cierta aprensión.

—Siga, siga usted —instó la joven tirándole de la manga.

—No, no es nada —repuso Oblomov presa de un repentino pánico.

—Sí está usted pensando algo.

Oblomov siguió guardando silencio.

—Si es algo terrible no me lo diga —pidió Olga—. Pero sí, dígamelo, sea lo que fuere —se apresuró a añadir.

—Le digo que no es nada, nada...

—Sí, está usted pensando en algo. ¡Tiene que decírmelo! —insistió Olga, cogiendo a Oblomov tan fuertemente por las solapas de la chaqueta que éste tuvo que volver la cabeza a un lado para no besarla sin querer. Con gusto lo hubiera hecho, pero el terrible «nunca» de la otra vez resonaba aún en sus oídos.

—¡Dígamelo! —repitió Olga.

—No puedo, no vale la pena —contestó Oblomov.

—Entonces, ¿por qué dice usted que la confianza es la base de la felicidad y que ni el más ínfimo pensamiento debe ocultarse a la persona querida?

—Tan sólo quería decirle —empezó a decir Oblomov lentamente— que la quiero tanto, tanto, que si...

Oblomov titubeó antes de proseguir.

—¿Si...? —preguntó Olga impaciente.

—Que si se enamorara usted de otro que pudiera hacerla más dichosa que yo, yo... yo me guardaría el dolor dentro de mí y le cedería mi puesto.

Olga le soltó.

—¿Cómo? —exclamó sorprendida—. No le comprendo a usted. Yo, por mi parte, no le cedería a usted a nadie. ¡No quiero que sea feliz con otra mujer! Eso que usted dice es demasiado profundo para mí, me es imposible comprenderlo.

La mirada de la joven se perdió entre el follaje.

—Entonces, ¿es que no me quiere usted? —preguntó.

—Todo lo contrario, la quiero a usted con verdadera devoción, y estoy dispuesto a sacrificarme a mí mismo por usted.

—Pero ¿por qué? Nadie se lo exige.

—Me refiero al caso de que usted se enamorase de otro.

—¿De nuevo sale usted con el «otro»? Pero ¿es que está usted loco? ¿Cómo es posible que pueda enamorarme de otro si le quiero a usted? ¿Es que usted piensa enamorarse de otra mujer?

—Bien, dejémoslo, dejémoslo. No me haga usted caso. Dios sabe lo que quiero decir. Pero no era esto lo que pretendía hacerla comprender...

—¿Qué era entonces?

—Quería decirla que durante todo este tiempo he estado engañándola...

—¿Qué dice usted? ¿Es que no me quiere? ¿Se trataba de una broma? Hable, dígamelo inmediatamente.

—No, no es esto —repuso Oblomov súbitamente inquieto—. Usted ya sabe... —continuó indeciso—. Nos encontramos... a escondidas...

—¿A escondidas dice usted? ¡Pero si casi siempre que le veo se lo explico a *ma tante*!

—¿Siempre? —preguntó Ilia Illich con gran ansiedad.

—¿Qué ve usted de malo en ello?

—La culpa es mía. Tenía que haberla dicho hace mucho tiempo que esto no se hace...

—Ya me lo dijo usted otra vez.

—¿Que se lo dije? Ahora creo recordar que sí... que le hice alguna indicación. Entonces he cumplido con mi deber.

Oblomov respiró aliviado al ver que Olga le había relevado con tanta facilidad de su responsabilidad.

—¿Y qué más hay? —preguntó ella.

—¿Qué más? Nada más.

—No es cierto —insistió Olga—. Hay algo más que no quiere usted decirme.

—Bien, yo había pensado —empezó, procurando hablar con cuidado— que...

Se detuvo. Olga esperaba.

—Que no deberíamos vernos tan a menudo... —soltó al fin dirigiendo una tímida mirada a la joven. Olga tardó en responder.

—¿Por qué? —preguntó al cabo.

—No me dejan vivir los remordimientos... Pasamos muchas horas juntos a solas. Yo me excito, mi corazón se agita y también usted se emociona... Tengo miedo —concluyó hablando con dificultad.

—¿Miedo de qué?

—Usted es joven y desconoce los peligros, Olga. Un hombre puede perder el dominio de sí mismo. En ocasiones se apodera de él un espíritu demoníaco, su corazón se oscurece y los ojos le relampaguean. La mente se le nubla; su respeto por la pureza y la inocencia es arrastrado por el vendaval, no sabe lo que se hace, deja de ser dueño de sí mismo y un abismo se abre a sus pies...

—Bien, ¿y qué? ¡Que se abra! —exclamó Olga con los ojos muy abiertos.

Oblomov guardaba silencio. No tenía más que decir o tal vez no lo juzgaba necesario.

Olga le dirigió una mirada escudriñadora y mentalmente repasó toda la historia de su amor hasta llegar al recuerdo de aquel atardecer en el jardín, y la joven se ruborizó.

—¡No dice usted más que tonterías! —afirmó con gran calma, mirando a lo lejos—. Jamás he visto relampaguear sus ojos... Usted me mira lo mismo que podría hacerlo mi niñera Kuzminichna —añadió echándose a reír.

—No se burle de mi, Olga. Estoy hablándole muy seriamente... Además, no se lo he dicho todo.

—¿Qué más quiere usted decirme? —inquirió la joven—. ¿Es que quiere hablarme del abismo?

Oblomov suspiró.

—Me parece que no deberíamos seguir viéndonos... a solas.

—¿Por qué?

—No es correcto.

Olga adoptó un aire pensativo.

—Sí, la gente dice que no es correcto —murmuró no muy segura—. Pero ¿por qué?

—¿Qué pensarán, qué dirán cuando sepan, cuando empiece a correr el

rumor...?

—¿Quién puede decir nada? No tengo madre, sólo ella hubiera podido preguntarme por qué voy con usted, y si lo hubiese hecho, yo la habría contestado echándome a llorar y diciéndole que no hacíamos nada malo. Y estoy segura de que me hubiera creído. ¿Quién más podría preguntarme?

—Su tía.

—¿Mi tía? Jamás me hará la menor pregunta. Si me fuera de casa, al regresar no me preguntaría siquiera adonde había ido ni qué había estado haciendo. ¿Quién más podría hacer preguntas?

—Otras personas, todo el mundo... El otro día su amiga Sonichka me miraba sonriendo, y los demás le hicieron coro.

Y Oblomov explicó lo desazonado que se había sentido en aquellos momentos.

—Si sólo me hubiera mirado a mí —continuó—, no me habría importado, pero nos miraba a ambos de la misma manera y...

—¿Y qué?

—Pues que he estado sufriendo terriblemente desde aquel momento, devanándome los sesos para evitar que lo nuestro sea del dominio público. Temía asustarla... Y hace muchos días que deseo hablar de esto con usted.

—No tenía usted por qué atormentarse —contestó Olga—. Lo sabía desde el primer momento.

—¿Cómo es posible? —preguntó Oblomov sorprendido.

—Sencillamente. Sonichka estuvo hablando conmigo. Me acorraló a preguntas y me dio consejos sobre la forma que debía proceder con usted.

—¿Y no me ha dicho usted una palabra de todo eso hasta ahora, Olga? —murmuró Oblomov en tono de reproche.

—Tampoco me ha hablado hasta ahora de sus tormentos.

—¿Y qué le contestó a Sonichka?

—Nada. ¿Qué podía decirle? Sencillamente, me limité a ruborizarme.

—¡Dios mío! ¡Adonde hemos llegado! ¡Usted se ruborizó! ¡Qué poco precavidos somos! Y ahora, ¿qué sucederá?

Olga le miró con ojos interrogadores.

—Pues no lo sé —se limitó a contestar.

Oblomov había esperado encontrar descanso desahogándose con Olga, pero al observar que tampoco ella tenía una respuesta práctica para sus inquietudes, se sintió descorazonado instantáneamente. La expresión de su rostro era de titubeo y su mirada vagaba extraviada. Sentía una especie de fiebre. Había olvidado casi la presencia de Olga, pensando salo en Sonichka, en su esposo y en los demás, y ahora le parecía estar oyendo sus risas y sus murmuraciones.

Oblomov había enmudecido; sus ideas y sus intenciones no conseguían cuajar sin la ayuda de otra persona; eran como manzanas que no caen al suelo de puro maduras, sino que tienen que ser recogidas del árbol por alguien.

Olga miró un instante a Oblomov; luego se echó sobre los hombros la manteleta y cogió la sombrilla.

—¿Dónde va usted? ¡Es muy temprano aún! —exclamó Oblomov volviendo en sí.

—No, es tarde. Tiene usted razón —dijo con tristeza—. Hemos ido demasiado lejos y no tenemos escapatoria. Hemos de separarnos cuanto antes y enterrar el pasado. ¡Adiós! —añadió con voz seca y acento amargo y volviéndose, emprendió el camino de descenso.

—¡Por favor, Olga! ¿Qué dice usted? ¿Cómo podemos separarnos? ¿Por qué, Olga? ¡Olga!

La joven apresuró su paso, sin prestar atención a lo que decía Oblomov.

—¡Olga Sergeievna! —gritó Oblomov.

Olga continuó andando.

—¡Vuelva usted, por todos los santos! —gritó Oblomov con la voz empañada por las lágrimas—. ¡Hasta a los criminales se les escucha cuando suplican e imploran! ¡Dios mío, no tiene usted corazón! ¡Así son todas las mujeres!

Se sentó y enterró su rostro entre las manos. Ya no oía el rumor de los pasos de Olga.

—¡Se ha ido! —exclamó dolorido, y levantó la cabeza.

Pero Olga se encontraba ante él.

Oblomov, loco de alegría, le cogió la mano.

—No se ha ido ni se irá, ¿verdad? —murmuró—. ¡No se vaya usted! ¡Piense que si se marcha soy hombre muerto!

—Pero si no me marcho soy una pecadora. Recuérdelo, Ilia.

—¡Oh, no, de ningún modo!

—¿Cómo que no? ¡Si Sonichka y su marido nos vuelven a encontrar de nuevo, mi reputación quedará muy mal parada!

—Escúcheme usted —se apresuró a decir Oblomov—. Antes no se lo he dicho todo...

Pero se interrumpió; Lo que en su casa le había parecido tan fácil, natural y necesario, lo que creyó el colmo de la felicidad, ahora se abría ante él como la boca de un abismo. No tenía el valor necesario para expresarlo. El paso aquel era muy grave y decisivo.

—Viene alguien —murmuró Olga.

En efecto, del camino llegaba un rumor de pasos.

—¿Será Sonichka? —preguntó Oblomov horrorizado.

Dos hombres y una mujer pasaron cerca de ellos, y Oblomov dejó escapar un suspiro de alivio.

—Olga, vamos más arriba —dijo cogiendo la mano de la joven—. Allí no nos verá nadie y nos sentaremos.

Oblomov hizo que Olga tomara asiento en un banco y él lo hizo en sus pies, sobre la hierba.

—Se ha ruborizado usted, Olga, y quería irse antes de que hubiera terminado de decirla lo que deseo.

—Y volveré a marcharme para no volver más si sigue usted jugando conmigo. Una vez se divirtió viéndome llorar, y tal vez ahora desea verme a sus pies, convertida en su esclava, tener caprichos, moralizar, derramar lágrimas, asustarse y asustarme al propio tiempo a mí, para al final acabar preguntándome como siempre: «¿Qué puedo hacer?» Medítelo, Ilia Illich —añadió la joven poniéndose en pie con aire orgulloso—. He crecido mucho desde que le conocí, y conozco muy bien la clase de juego que está usted practicando conmigo... ¡Pero le prometo que no me verá llorar más!

—¡Le juro, Olga Sergeievna que no estoy jugando con usted! —repuso Oblomov con acento sincero.

—Tanto peor para usted —contestó ella con acento seco—. A sus temores y titubeos, voy a contestar del siguiente modo: Hasta hoy le he querido e ignoraba qué debía hacer. Pero ahora lo sé perfectamente —concluyó haciendo como si se fuera a marchar— y no pienso pedirle el menor consejo.

—También yo sé muy bien lo que me corresponde hacer —contestó Oblomov, apretando la mano de Olga y obligándola a sentarse de nuevo, y

reuniendo sus fuerzas, empezó—: Créame, Olga Sergeievna, mi corazón rebosa de un único deseo, mi mente de un solo pensamiento. Pero mi voluntad y mi lengua se niegan a obedecerme. Sin embargo, es tan sumamente sencillo... Ayúdeme, Olga.

—Ignoro cuál pueda ser su pensamiento.

—Por favor, se lo suplico, no me hable usted en ese tono. Su mirada de orgullo me mata; cada palabra que pronuncia hace que me estremezca como si por mi espalda se deslizase un trozo de hielo...

Olga no pudo por menos de echarse a reír.

—¡Qué loco y absurdo es usted! —dijo apoyando una mano en la cabeza de Oblomov.

—Así está bien. Ahora, al fin, he recobrado el uso del habla —murmuró Oblomov, y arrodillándose ante Olga, añadió—: Cásese usted conmigo, Olga.

Olga no contestó y volvió la cabeza.

—Olga, concédame su mano —continuó Ilia Illich.

Olga no parecía escucharle. Oblomov entonces le cogió una mano y se la llevó a los labios, intentando descubrir en el rostro de la joven lo que sentía y pensaba en aquellos instantes, pero Olga volvía la cabeza cada vez más.

—¿Silencio? —musitó Oblomov con profunda ansiedad, besándole la mano.

—Señal de consentimiento —repuso Olga sin mirarle, con un hilo de voz.

—¿Qué sensación experimenta? ¿Qué piensa? —inquirió Oblomov intentando reconstruir la escena imaginada a base del tímido consentimiento y de las lágrimas de emoción.

—Lo mismo que usted —repuso la joven, con la vista todavía fija en el bosque.

Tan sólo su agitada respiración revelaba que estaba haciendo ímprobos esfuerzos para dominar su emoción.

«¿Estará llorando?», se preguntó Oblomov.

—¿Se siente usted tranquila, indiferente? —preguntó Ilia Illich, ahora intentando aproximarse a la joven.

—Indiferente no, pero sí tranquila.

—¿Por qué?

—Pues porque esperaba esto desde hace mucho tiempo y ya me había

habituado a pensar en ello.

—¿Hace mucho tiempo? —repitió Oblomov inquieto.

—Sí. Desde el instante mismo que le entregué la ramita de lilas.

Olga se interrumpió.

—¿Desde aquel momento?

Oblomov abrió los brazos para abrazarla.

—¡El abismo sigue abierto... tenga cuidado! —repuso Olga con ironía, esquivando los brazos de Oblomov.

Ilia Illich recordó el terrible «Nunca» de la otra vez y desistió de su empeño.

—¡Pero tú nunca me dijiste nada ni dejaste entrever lo que pensabas! —dijo Oblomov tuteándola por primera vez.

—Las mujeres no nos casamos, sino que nos dan o nos toman en matrimonio.

—¿Desde aquel momento? ¿Es posible? —repitió Oblomov pensativo.

—¿Es que crees que de no haber comprendido tus intenciones desde el primer instante hubiera salido a solas contigo ni te hubiese prestado atención? —repuso Olga con expresión altiva, tuteándole también.

—Entonces... —empezó a decir Oblomov palideciendo y soltando la mano de la joven.

Por su mente acababa de cruzar un terrible pensamiento. Esperaba una tímida aceptación, acompañada por abundantes lágrimas y un éxtasis de felicidad, mas por el contrario, sólo descubría orgullo y seguridad. ¿Estaría verdaderamente enamorada de él, o lo que deseaba en realidad era casarse fuese con quien fuese?

—Pero hay otros caminos para alcanzar la felicidad —dijo Oblomov inopinadamente.

—¿Qué caminos son ésos?

—A veces el amor no espera, no tiene paciencia, no calcula... La mujer arde de amor, tiembla toda ella, experimenta tal éxtasis que...

—No sé a qué te refieres...

—Me refiero a los casos en los que la mujer lo sacrifica todo. La paz de su espíritu, su propio respeto, la opinión pública, a cambio de encontrar la recompensa de todo eso en el amor... Éste sustituye a todo.

—Pero, ¿nosotros necesitamos seguir ese camino?

—No.

—¿Te gustaría encontrar la felicidad a costa de mi paz de espíritu, del respeto que me debo a mí misma?

—¡Oh, no! ¡Ni pensarlo! —exclamó Oblomov con el mayor calor.

—Pues entonces, ¿por qué has hablado de ello?

—No lo sé...

—Pues yo sí lo sé. Tú querías saber si yo estaría dispuesta a seguir ese camino, si sería capaz de sacrificarme hasta ese punto por ti...

—Sí, creo que ésa debía de ser mi intención... ¿Lo harías?

—Jamás, por nada del mundo —repuso Olga con firmeza.

—Si, es un camino terrible y hay que querer mucho para atreverse a seguirlo.

Oblomov lanzó una mirada inquisitiva a la joven, pero no pudo descubrir nada en la expresión de su rostro.

—Piensa en Sonichka, que no valiendo tu dedo meñique, pasaría por tu vera sin reconocerte —continuó Oblomov.

Olga sonrió y en sus ojos brilló la misma serenidad del principio. La vanidad le exigía a Oblomov obtener de Olga algún sacrificio.

—Imagínate que los hombres no bajarían la mirada ante ti, sino que clavarían sus ojos en los tuyos significativamente.

Oblomov volvió a mirarla. Olga se entretenía en empujar una piedrecita con la contera de su sombrilla.

—Entrarías en un salón, y algunos sombreros se agitarían a impulsos de la indignación. Las señoras tratarían de cambiar de lugar para alejarse de ti... Tu orgullo continuaría siendo el mismo, y sabrías que continuabas siendo superior a las demás...

—¿Por qué me hablas de todos esos horrores? —preguntó Olga con la mayor calma—. Jamás seguiré ese camino.

—¿Nunca? —preguntó Oblomov decepcionado.

—Nunca —repitió Olga.

—No —añadió Oblomov pensativo—. No tendrías fuerzas para soportar tanta vergüenza. No temerías a la muerte; no es la ejecución lo que atemoriza, sino los preparativos del tormento. No lo resistirías y perecerías, ¿verdad?

Oblomov la miró fijamente una vez más, intentando descubrir en ella lo que sentía.

Olga parecía feliz. Los horrores descritos por Oblomov no le habían producido el menor efecto. Una sonrisa de beatífica felicidad vagaba por sus labios.

—¡No quiero tener que resistir nada en la vida ni tampoco morir! ¡Todo eso es malo, perverso y cruel! —dijo al cabo—. Se puede seguir otro camino y querer con más pasión aún.

—Pero ¿por qué no lo seguirías? ¿Es que te produce miedo ese camino? —insistió Oblomov poco menos que irritado.

—Porque por ese camino... la gente acaba siempre separándose —repuso Olga— y para mí... separarme de ti...

Hizo una pausa y apoyando una mano en el hombro de Oblomov, le miró fijamente a los ojos, hasta que de súbito, soltando la sombrilla, le rodeó el cuello con los brazos y le besó rápida y ardientemente, ruborizándose y concluyendo: —¡Nunca! ¡Nunca!

Oblomov lanzó un grito de júbilo y cayó a sus pies, sobre la hierba.

TERCERA PARTE

I

OBLOMOV, radiante de felicidad, se dirigió hacia su casa. Se sentía profundamente excitado, los ojos le brillaban como nunca y parecía como si hasta el cabello le ardiera. Pero al entrar en su habitación toda la alegría que experimentaba se desvaneció como por ensalmo y sus ojos se clavaron, sorprendidos y coléricos, en su sillón, donde estaba sentado Tarantiev.

—¡Cuánto me ha hecho esperar usted! ¿Dónde estaba? —preguntó el visitante ásperamente, tendiendo su peluda mano a Oblomov—. Y ese viejo diablo de Zajar está más intratable que nunca. Le he pedido algo de comer y me ha contestado que no tenían nada en casa; también le he dicho que me diera un poco de vodka y se ha negado en redondo.

—Estaba paseando por el bosque —respondió Oblomov en tono de indiferencia, aunque sin conseguir reaccionar ante el desagradable efecto que le había producido la inesperada visita de su paisano.

Había logrado olvidar el sofocante ambiente en que había vivido en tiempos pasados, pero la presencia de Tarantiev venía a traerle los recuerdos de antaño. Era como si desde el cielo le hubieran arrojado en una cenagosa charca.

Oblomov se preguntó preocupado por qué habría ido Tarantiev a visitarle y cuánto tiempo permanecería en casa, estremeciéndose a la simple idea de que tal vez quisiera quedarse a comer, lo que le impediría a él ir a casa de las Illinski. Deseaba librarse del importuno fuera como fuese, y guardó un sombrío silencio en tanto el visitante hablara.

—Bien, amigo, ¿por qué no va usted a echar un vistazo a su nuevo alojamiento? —dijo Tarantiev.

—Ya no lo necesito —repuso Oblomov sin mirarle—. No pienso ir a vivir allí.

—¡Cómo! ¿Que no piensa usted ir a vivir allí? —exclamó Tarantiev poco menos que en tono de amenaza—. ¡He alquilado el piso a nombre de usted y ahora no quiere mudarse! ¿Y el contrato?

—¿Qué contrato?

—Lo ha olvidado usted, ¿eh? Pues firmó usted un contrato de alquiler por un año. Déme ochocientos rublos en billetes de banco y luego váyase, adonde le plazca. Había otras cuatro personas que deseaban el piso, pero no se lo dieron por guardárselo a usted. Y una de ellas quería alquilarlo por tres años.

Oblomov recordaba tan sólo que el día que se trasladó a la villa de verano, Tarantiev le había llevado un papel que firmó sin ni siquiera leerlo.

«¡Dios mío! ¿Qué hice?», pensó para sí.

—Pero es que no necesito el piso —respondió—. Pronto voy a salir de viaje al extranjero.

—¡Al extranjero! —replicó Tarantiev—. ¡Con los alemanes! ¡No, no irá usted!

—¿Por qué no puedo ir? Tengo el pasaporte en regla. Se lo enseñaré a usted si gusta. Y también me he comprado una maleta.

—¡No irá! —repitió Tarantiev—. Y será mejor que me pague seis meses por adelantado.

—No tengo dinero.

—Pues búsquelo. El hermano de la patrona, Iván Matveich, no es un hombre para andar con bromas. Recurrirá a la ley si es preciso, y entonces será peor para usted. Además, yo le he pagado con dinero mío, de manera que tiene usted que darme el dinero a mi.

—¿Y de dónde ha sacado usted el dinero?

—Esto no le importa a usted. He cobrado una vieja deuda. Déme el dinero: Sólo he venido a verle para esto.

—Bueno, hombre, bueno. Cualquier día de éstos iré por allí y subarrendaré el piso. Ahora tengo prisa.

Y empezó a abrocharse la levita.

—¿Qué casa puede usted encontrar mejor que ésa? ¡Ni siquiera la ha visto usted!

—Ni deseo verla. ¿Por qué razón he de ir allí? Queda muy lejos...

—¿Lejos de dónde? —preguntó Tarantiev con su voz más ruda.

Oblomov optó por no responder.

—Del centro —dijo al cabo.

—¿Y para qué desea usted estar cerca del centro? ¿Para acostarse en el sofá o

en la cama?

—No; ahora ya no me acuesto.

—¿Es posible?

—Y tan posible. Ahora yo... —empezó Oblomov.

—¿Qué? —exclamó Tarantiev.

—Ahora no como en casa.

—¡Déme el dinero y váyase al diablo!

—¿Qué dinero? —replicó Oblomov con súbita irritación—. Iré a ver el piso y entonces hablaré con la patrona.

—¿Con la patrona, con mi amiga? ¿Y ella qué sabe? Es una simple mujer. No, hable con su hermano, y ya verá lo que le responde.

—Conforme, hablaré con él.

—¿Cuándo? Vamos, déme el dinero y no hablemos más del asunto.

—No tengo dinero. Me veré precisado a pedirlo prestado.

—Bien, pero por lo menos, págueme el coche —repuso Tarantiev—. Tres rublos de plata.

—¿Dónde está el coche? ¿Y por qué tres rublos?

—Le he despedido. Y son tres rublos porque no quería llevarme por el camino, que dice que es muy arenoso. Y la vuelta, tres rublos más. En total, veintidós rublos en papel.

—De aquí parte un coche que le llevará a usted por medio rublo —replicó Oblomov—. Tome, aquí tiene.

Sacó tres rublos de plata, que Tarantiev se apresuró a guardarse en el bolsillo.

—Me debe usted siete rublos en papel —añadió—. Y déme algo para comer.

—¿Para comer?

—Llegaré a la ciudad demasiado tarde ya. Tendré que detenerme en alguna posada por el camino. ¡Y son tan caras todas! Al menos me cobrarán cinco rublos, o quizá más.

Sin despegar los labios, Oblomov sacó del bolsillo otro rublo de plata y se lo entregó a Tarantiev. Luego permaneció de pie, sin querer sentarse, a fin de que Tarantiev se marchara cuanto antes. Pero éste no parecía tener prisa.

—Dígales que me den algo de comer —pidió.

—Pero ¿no ha dicho usted que comería en una fonda? —clamó Oblomov perplejo.

—A la hora de comer. Pero ahora no son más que la una de la tarde.

Oblomov ordenó a Zajar que trajera cualquier cosa de comer.

—No tenemos nada, no hemos preparado nada —contestó Zajar secamente, mirando a Tarantiev con insolencia—. ¿Y cuándo nos devolverá usted la camisa y el chaleco del señor, Mijei Andreich?

—Se los devolví hace mucho tiempo —contestó Tarantiev.

—¿Cuándo?

—Se los puse en la mano, el día que se mudaron aquí. Usted debió de guardarlos en algún baúl y ahora me lo reclama.

—¡Qué poca vergüenza! —exclamó Zajar dirigiéndose a su amo.

—Ya sabemos lo que ocurre —continuó Tarantiev sin inmutarse—. Los habrás vendido para comprarte bebida y ahora me los reclamas...

—¡Jamás vendí nada de mi amo! —gritó Zajar indignado.

—¡Basta, Zajar! —dijo Oblomov con acento severo.

—¿Fue usted quien se llevó nuestra escoba y las dos tazas que faltan? —preguntó Zajar.

—¿Qué escoba? —rugió Tarantiev—. ¡Ladrón, más que ladrón! ¡Tráeme inmediatamente algo de comer!

—¿No oye cómo me está insultando, Ilia Illich? —exclamó Zajar—. No hay nada en casa, ni un trozo de pan, y Anisia ha salido —concluyó Zajar saliendo de la habitación.

—¿Dónde va usted a comer entonces? —preguntó Tarantiev—. Todo esto es muy raro. Oblomov se va de paseo por el parque, no come en casa... ¿Cuándo se cambiará de casa? Pronto estaremos en otoño y tendría que ir usted a echar un vistazo a su piso.

—Iré a verle cualquier día de éstos.

—Y no se olvide de llevar el dinero.

—Conforme, conforme —repuso Oblomov impaciente.

—¿Necesita usted algo más en el piso? Lo han pintado todo, paredes, techos, para usted. Todo eso ha costado más de cien rublos.

—Bien, bien... Pero ahora recuerdo lo que quería decirle —dijo Oblomov de pronto— Tendría usted que acercarse a la Cámara para certificar la autorización de unos poderes.

—¿Es que cree usted que me voy a convertir en su secretario?

—Le daré más dinero para comer.

—Gastaré más zapatos de lo que me pueda usted dar.

—Tome un coche. Se lo pagaré.

—No puedo ir a la Cámara —repuso Tarantiev sombrío.

—¿Por qué no?

—Tengo muchos enemigos allí que están planeando arruinarme.

—Bien, ya iré yo —concluyó Oblomov.

—Cuando se cambie usted de piso, Iván Matveich le podrá ayudar en todo eso. Es un hombre que no tiene precio, no como cierto alemán que yo me sé. Es un verdadero ruso, un empleado que se sienta en la misma silla desde hace treinta años, lleva el peso de toda la oficina donde trabaja, y tiene dinero sobrado. Sin embargo, jamás alquila un coche, y la levita que lleva no es mejor que la mía. Es un hombre muy humilde y habla con un susurro de voz que apenas se le oye. Además, no va al extranjero como ese amigo suyo...

—¡Tarantiev! —gritó Oblomov dando un puñetazo sobre la mesa—. ¡No se atreva usted a hablar de quien se encuentra a mil codos por encima de usted!

Tarantiev, sorprendido por la reacción de Oblomov, olvidó el ofenderse por aquella ofensa.

—¡Cómo ha cambiado usted, hermano! —exclamó cogiendo el sombrero—. ¡Qué energías me gasta ahora!

Frotó el sombrero con la manga y lo miró; luego dirigió una mirada al de Oblomov, que estaba en un estante.

—Veo que no usa usted ya el sombrero. Ahora lleva gorra —dijo cogiendo el sombrero de Oblomov para probárselo—. ¡Déjemelo para el verano, amigo mío!

Sin decir una palabra, Oblomov le arrancó el sombrero de las manos y lo volvió a colocar en su sitio, y cruzando los brazos, esperó a que Tarantiev se marchara.

—Bien, quédese con él y que le aproveche —exclamó Tarantiev dirigiéndose a la puerta—. Hoy está usted un poco... Bueno, hable con Iván Matveich, y ya verá lo que le ocurre si no lleva el dinero...

II

TARANTIEV se fue al fin, y Oblomov, turbado aún, se dejó caer en el sofá. Transcurrieron algunos minutos antes de que pudiera librarse de la desagradable impresión que le había producido la inesperada visita de su paisano. Pero al cabo, al recuerdo de la mañana que había vivido, la sonrisa volvió a sus labios. Luego se miró al espejo y estuvo contemplándose la corbata, sonriéndose a sí mismo y mirando si se notaba en su mejilla el ardiente beso de Olga.

—Dos «nuncas» —dijo suavemente—. ¡Pero qué diferentes uno de otro! Uno se marchitó ya, mientras que el otro está floreciendo en todo su esplendor.

A poco se sumió en sus pensamientos. Experimentaba la sensación de que la luminosa fiesta del amor había llegado a su fin y que ahora el amor se transformaría en un deber, que a partir de ahora llenaría su vida entera, formando parte de todos sus actos de cada día, para poco a poco ir perdiendo sus colores de arco iris.

Tal vez aquella mañana había contemplado el último rayo luminoso, pero ya no brillaría más, sino que entibiaría, invisible, toda su vida. ¡Sus manifestaciones serían en adelante tan simples, tan usuales y corrientes!

Se había concluido la poesía y comenzaba la historia seria; habría que ir a la Cámara y más tarde a Oblomovka; construir la casa, hipotecar la finca. Le esperaba el trabajo, el rostro preocupado del administrador, las cuentas difíciles y embrolladas, las sesiones del tribunal...

De vez en cuando los ojos de Olga brillarían... las melodías de Casta diva sonarían de nuevo, se darían un beso... Pero habría que regresar cuanto antes a los campos, a la ciudad, al administrador, a las cuentas embrolladas y sin embrollar. «Si vienen visitas tampoco será muy divertido que digamos. Hablarán de la cosecha de alcohol, de la tela vendida al Estado...» ¿Y esto era lo que se había prometido a sí mismo? ¿Era esto vivir? ¿Esto era lo que le gustaba tanto a Andrei?

El casamiento, la boda, esto sí que formaba parte de la poesía de la vida. Se imaginó a sí mismo conduciendo a Olga al altar; la joven llevaría un largo velo y luciría un ramo de azahar en la cabeza. La multitud dejaría escapar exclamaciones de asombro al contemplarla, en tanto que ella suspiraría emocionada, con la cabeza ligeramente ladeada.

«No, debo ir a verla, no puedo seguir pensando solo —decidió—. Se lo diré a todos, a todo el mundo... Primero a la tía, luego al barón. Más tarde se lo diré a

Zajar. Éste se arrojará a mis pies llorando de alegría y yo entonces le daré veinticinco rublos. Después gritaré con todas mis fuerzas para que todo el mundo me oiga y me diga: "¡Oblomov es feliz, va a casarse!" Ahora voy corriendo a ver a Olga, y nos susurraremos en secreto nuestros juramentos de felicidad.»

Corrió a casa de la joven, que escuchó sonriendo sus sueños, pero cuando Oblomov hizo intención de levantarse para ir a hablar a su tía, la joven le detuvo alarmada.

—¡No digas una palabra a nadie! —dijo llevándose un dedo a los labios para que no la oyera su tía desde la habitación inmediata—. ¡Aún no es el momento!

—¿Que no es el momento cuando ya lo hemos decidido todo? —preguntó Oblomov lleno de asombro—. ¿Qué hemos de hacer entonces? ¿Por dónde tenemos que empezar? ¡No podemos permanecer con los brazos cruzados! Vamos a iniciar una vida más seria y llena de deberes...

—Sí, es cierto —repuso Olga mirándole con atención.

—Por eso quiero dar el primer paso y hablar con tu tía...

—Pero si esto debe ser el último paso.

—¿Cuál es el primero entonces?

—El primero es ir a la Cámara. Tienes que firmar ese documento, ¿no es así?

—Sí... Iré mañana.

—¿Por qué no hoy?

—Hoy... ¿Cómo separarme de ti en un día como éste?

—Bien, pues mañana. Después, ¿qué harás?

—Después hablaré con tu tía y escribiré a Stolz.

—No. Luego tienes que ir a Oblomovka... Andrei Ivanich te escribió que fueras. Creo que tienes que hacer algo en tus propiedades. Construir una casa, ¿no es cierto? —dijo Olga mirando fijamente a Oblomov.

—Pero si en todo seguimos los consejos de Stolz —replicó Oblomov—, jamás llegaré a hablar con tu tía. Según su criterio, primero tengo que hacer construir la casa, explanar la carretera, fundar escuelas... Lo suficiente para llenar toda una vida. A mi juicio, deberíamos ir los dos, y, una vez allí...

—¿Y dónde nos alojaríamos? ¿Tienes casa allí?

—Es demasiado vieja para que podamos habitar en ella.

—Entonces, ¿dónde viviríamos?

—Podemos buscar un piso en la ciudad.

—Un motivo más para que vayas a la ciudad —afirmó Olga—. Éste es el segundo paso que debes dar.

—¿Y después?... —empezó Oblomov.

—Primero haz ésas dos cosas y luego...

«¿Cómo es esto? —pensó Oblomov entristecido—. ¡Nada de murmullos en secreto, nada de pactos mutuos para convertir nuestras vidas en una sola! ¡Qué extraña es Olga! ¡Nunca está tranquila ni se sume en dulces sueños, como si careciera del más ligero asomo de imaginación! ¡Ve a la Cámara, busca piso! ¡Exactamente igual que Andrei! ¡Parece como si ambos vivieran a un ritmo acelerado!»

Al día siguiente Oblomov se dirigió a la ciudad sin el menor entusiasmo, llevando consigo una hoja de papel sellado. Por el camino no dejó de bostezar y de mirar perezosa y distraídamente a su alrededor. No sabía con exactitud dónde se encontraba la Cámara y lo primero que hizo fue visitar a Iván Gerasimovich para preguntarle a qué departamento debía dirigirse con el papel. El anciano sintió una gran alegría al verle y se negó a dejarle marchar antes de comer. Luego Iván Gerasimovich envió a buscar a un amigo que podía explicarles cómo debía llevarse a cabo aquella gestión, ya que él no estaba al corriente de tales asuntos. La comida y la consulta terminaron a las tres de la tarde, y a aquella hora ya no podía irse a la Cámara, al día siguiente era sábado y la Cámara estaba cerrada, de modo que habría que esperar hasta el lunes para presentar la instancia.

Oblomov aprovechó la ocasión para ir a ver su nuevo piso en Viborg. Para llegar a su destino tuvo que cruzar una serie de callejuelas desiertas. Al fin encontró a un policía, el cual le dijo que la casa que buscaba se encontraba en la calle inmediata, y diciendo esto le señaló otra calle en la que sólo se veían vallas y cuyo arroyo estaba cubierto de hierba. Oblomov continuó su camino contemplando las ortigas y los abrojos que asomaban por encima de las tapias. Al cabo, el policía señaló una vieja casita y dijo: —Allí es.

«Viuda del Secretario Colegiado Pshenitsin», leyó Oblomov en la verja, y ordenó al cochero que entrase en el patio.

Éste tenía las dimensiones de una habitación corriente, de modo que la lanza del coche fue a chocar con la esquina y asustó a algunas gallinas, que escaparon en todas direcciones, cacareando e intentando volar. Un enorme perrazo sujeto con una cadena saltaba a derecha e izquierda ladrando con verdadera desesperación e intentando alcanzar la cabeza de los caballos.

Oblomov, sentado en el interior del coche, se encontraba a la altura de las ventanas de la casa y se preguntó cómo se podría apear del carruaje. En la ventana, llena de macetas de claveles y margaritas, aparecieron unas cabezas que observaron con curiosidad al recién llegado. Oblomov pudo apearse del coche y el perro comenzó a ladrar aún con mayor violencia. Oblomov se dirigió entonces a la puerta de entrada en la casa, saliéndole al paso una anciana decrépita que llevaba un *safarán*.

—¿A quién desea usted ver? —preguntó la vieja.

—A la propietaria de la casa, a la señora Pshenitsin.

La anciana, perpleja, ladeó la cabeza.

—Seguramente a quien quiere usted ver es a Iván Matveich —repuso—. Pero no está en casa. Aún no ha regresado de la oficina.

—Quiero ver a la propietaria —insistió Oblomov.

Mientras tanto, en la casa seguía la excitación; algunas cabezas asomaron a las ventanas y a través de la puerta alguien espió también. Oblomov paseó la mirada a su alrededor. En el patio había un niño y una niña que le contemplaban con infantil interés. De alguna parte salió un campesino que miró a Oblomov y al coche con la mano sobre los ojos a guisa de visera para protegérselos del sol. El perro continuaba ladrando, aunque ahora lo hacía más espaciadamente. Pero en cuanto Oblomov se movía o un caballo piafaba, sus ladridos se recrudecían y saltaba con nuevos bríos, intentando romper la cadena que le sujetaba. Al otro lado de la valla, hacia la derecha, Oblomov vio un gran huerto plantado de coles, y a la izquierda un grupo de árboles y una casa de verano pintada de color verde.

—¿Quiere usted ver a Agafia Matveievna? —preguntó la vieja—. ¿Para qué?

—Diga a la señora que deseo verla. Tengo alquiladas unas habitaciones aquí...

—¿De modo que es usted el nuevo inquilino, el amigo de Mijei Andreich? Espere usted un instante, corro a decírselo.

La vieja empujó la puerta para entrar y varias personas escaparon corriendo hacia el interior de la casa. Oblomov logró ver también a una mujer gruesa, de piel muy blanca, que le sonrió y escapó también corriendo.

—Entre —dijo la anciana al volver, y acompañó a Oblomov hasta un salón muy limpio y ordenado—. Agafia Matveievna saldrá dentro de unos instantes.

«El perro continúa ladrando», pensó Oblomov mirando a su alrededor. Sus ojos se detuvieron de pronto en algunos objetos que le eran familiares. La

habitación estaba llena de cosas de su propiedad; las mesas aparecían cubiertas por una capa de polvo, las sillas se hallaban amontonadas sobre la cama y por todas partes se veían esparcidas mil chucherías.

«¡Qué desorden! —se dijo para sí—. ¡Qué desagradable es todo esto!»

De pronto se abrió la puerta detrás de él y la mujer gruesa de piel blanca que había visto poco antes penetró en la estancia. Tendría unos treinta años y la expresión de sus ojos era cándida y humilde, como el resto de su rostro. Tenía unas manos muy blancas, aunque bastas, con abultadas venas azules. La mujer vestía sin el menor artificio y para recibir a Oblomov se había limitado a echarse sobre el vestido el chal que debía llevar los domingos y a cubrirse la cabeza con un gorro.

La mujer entró con paso quedo y tímido y se detuvo para mirar a Oblomov.

Éste se puso en pie al verla y la saludó con una inclinación de cabeza.

—¿Tengo el placer de saludar a la señora Pshenitsin? —preguntó.

—Sí, señor —repuso la mujer—. ¿Desea usted hablar con mi hermano? —preguntó tras de breve vacilación—. Está en la oficina y no vendrá hasta las cinco.

—No, es con usted con quien deseo hablar —comenzó Oblomov, cuando la mujer hubo tomado asiento en el sofá, tan lejos de él como le fue posible.

La mujer empezó a mirar las puntas de su chal, que le llegaba hasta los pies, y luego ocultó las manos bajo el mismo.

—Hace un tiempo alquilé unas habitaciones aquí, pero ahora las circunstancias han variado y me propongo buscar un piso en otra parte de la ciudad. Por esta razón he venido a decirle...

La señora Pshenitsin le escuchaba con expresión estúpida.

—Mi hermano no está aún en casa —dijo después de un silencio.

—Pero usted es la propietaria, ¿no? —preguntó Oblomov.

—Si —respondió la mujer.

—Entonces supongo que puede usted decidir por sí misma.

—Es que mi hermano no está en casa. Él es el que se ocupa de todo —contestó la mujer monótonamente, mirando a Oblomov a los ojos por primera vez y bajando los suyos inmediatamente.

«Tiene una casa sencilla, pero agradable —pensó Oblomov con una cierta condescendencia—. Debe de ser una buena mujer.»

En aquel instante asomó la cabeza de una niña por la puerta. Agafia Matveievna la amenazó con un ademán y la niña desapareció.

—¿En qué trabaja su hermano?

—En una oficina del Gobierno.

—¿En cuál?

—En el registro de campesinos... Jamás recuerdo cómo se llama esa oficina.

Sonrió bondadosamente, pero al instante adoptó su expresión habitual.

—No vive usted sola con su hermano, ¿verdad? —preguntó Oblomov.

—No. Tengo dos hijos de mi difunto marido, un niño de siete años y una niña de cinco —dijo Agafia Matveievna y su rostro se animó—. También vive con nosotros la abuelita, que está inválida y apenas puede andar, si no es para ir a la iglesia. Solía ir al mercado con Akulina, pero no lo ha hecho desde la última primavera. Las piernas se le hinchan, ¿comprende usted? Y en la iglesia tiene que permanecer sentada casi todo el tiempo. A veces mi cuñada viene a pasar algunos días con nosotros, y también Mijei Andreich.

—¿Viene muy a menudo Mijei Andreich?

—A veces pasa un mes con nosotros. Es un buen amigo de mi hermano y siempre están juntos.

La mujer se detuvo, pues había agotado todas sus reservas de ideas y palabras.

—¡Qué tranquilidad se respira aquí! —exclamó Oblomov a continuación—. De no ser por ese perro que está ladrando, se diría que aquí no habita alma viviente.

Por toda respuesta, Agafia Matveievna se limitó a sonreír.

—¿Sale usted muy a menudo?

—Algunas veces, durante el verano. El otro día fuimos a las factorías de pólvora.

—¿Había mucha gente? —preguntó Oblomov dirigiendo una mirada indiscreta a través de una abertura del chal y experimentando una viva sensación.

—No, este año no fue mucha gente. Por la mañana llovió, aunque por la tarde mejoró el tiempo. Pero va mucha gente.

—¿Y a qué otros sitios suele usted ir?

—Apenas a ningún otro. Mi hermano y Mijei Andreich van a la pesquería a

comer sopa de pescado. Pero nosotros nos quedamos siempre en casa.

—¿De verdad?

—Sí. El año pasado fuimos a Kolpino, y algunas veces vamos a un bosquecillo que hay muy cerca de aquí. El veinticuatro de junio es el santo de mi hermano y vienen a comer a casa todos sus compañeros de oficina.

—¿Y no hace usted nunca visitas?

—Mi hermano sí. Pero los niños y yo sólo vamos a comer con los parientes de mi difunto marido para Navidad y Pascua.

Se habían agotado todos los temas de conversación.

—Veo que tiene usted flores aquí. ¿Es que le gustan? —preguntó Oblomov.

La mujer sonrió.

—No —repuso—. No tengo tiempo para las flores. Los niños han estado en el jardín del conde con Akulina, y el jardinero les ha regalado éstas. En cuanto a los geranios y los áloes los teníamos ya en vida de mi esposo.

En aquel momento Akulina penetró bruscamente en la habitación sosteniendo por las patas un gallo enorme que se debatía desesperadamente queriendo escapar.

—¿Es éste el gallo que tengo que llevar al tendero, Agafia Matveievna? —preguntó.

—¡Vete, mujer! —repuso Agafia ruborizándose intensamente—. ¿No ves que tengo visita?

—Yo sólo quería preguntar —dijo Akulina tratando de dominar al gallo—. Nos dará setenta *kopeks*.

—¡Vete, vete a la cocina! —insistió Agafia Matveievna—. Pero no es éste, sino el gris con manchas —añadió rápidamente la dueña de la casa y tornándose a ruborizar, ocultó las manos otra vez bajo el chal y bajó los ojos.

—¡Cuánto trabajo da el llevar una casa! —murmuró Oblomov.

—Tenemos muchas gallinas y vendemos huevos y pollos. Los que habitan en las villas de verano y en la casa del conde nos compran muchas cosas —contestó Agafia Matveievna, mirando a Oblomov más confiadamente que al principio.

El rostro de la mujer adquirió una expresión sensible y pensativa.

Su mirada de estupidez desaparecía cuando hablaba de un tema que le era familiar. Pero si la pregunta que se le dirigía no tenía la menor relación con una

cosa concreta que ella conociera a fondo, se limitaba a responder con una simple sonrisa.

—Habría que poner en orden todo esto —dijo Oblomov de pronto, señalando las cosas que tenía a su alrededor.

—Queríamos hacerlo, pero mi hermano no nos lo permitió —repuso Agafia mirando a Oblomov, esta vez sin timidez alguna—. «Dios sabe lo que guarda en los cajones de la mesa y en los anaqueles —dijo mi hermano— y si se perdiera algo se enfadaría...»

La mujer se detuvo y sonrió.

—¡Su hermano es un hombre muy cauto! —observó Oblomov.

Agafia Matveievna sonrió de nuevo y adoptó su expresión habitual.

Por lo general, su sonrisa quería decir que no sabia qué decir ni qué hacer.

—No puedo esperarle más —afirmó Oblomov—. Usted tendrá la bondad de decirle de mi parte que, como sea que han cambiado las circunstancias, ya no necesito el piso y que, por lo tanto, puede alquilarlo a otra persona. Por mi parte, les buscaré un inquilino apropiado.

Pero la mujer le escuchaba con expresión distraída, pestañeando de cuando en cuando.

—Ahora no se encuentra en casa —repitió—. Sería mejor que volviera usted mañana. Es sábado y no tiene que ir a la oficina.

—Estoy enormemente ocupado y no puedo perder un minuto —aseguró Oblomov—. Si tuviera usted la bondad de decirle que el depósito que entregué queda de ustedes y que les buscaré un nuevo huésped...

—Mi hermano no está en casa —repitió la mujer una vez más con su monótona cantinela—. No le veo venir —añadió mirando hacia la calle—. Acostumbra a pasar por delante de la ventana antes de entrar. Pero no le veo.

—Bien, tengo que marcharme —dijo Oblomov.

—¿Y qué debo decirle cuando llegue? ¿Cuándo vendrá usted a vivir entre nosotros? —preguntó la mujer poniéndose en pie.

—Dígale usted lo que ya le he contado —insistió Oblomov—, que las circunstancias han cambiado...

—Sería mucho mejor que volviera usted mañana y hablase directamente con mi hermano —insistió Agafia.

—Mañana no puedo venir.

—Entonces pasado mañana, el domingo. Después de misa solemos tomarnos un refrigerio. Mijei Andreich acostumbra a venir también.

—¿De veras?

—Si.

—No. Pasado mañana tampoco puedo venir —se apresuró a responder Oblomov.

—¿De veras? Entonces la semana próxima. ¿Y cuándo piensa usted venirse a vivir aquí? Fregaríamos los suelos y quitariamos el polvo.

—Ya le he dicho que no pienso venir a vivir aquí.

—¡Cómo! Entonces, ¿qué haremos con todo esto?

—Tenga usted la amabilidad de decirle a su hermano —tornó a comenzar Oblomov, clavando los ojos en Agafia Matveievna— que las circunstancias...

—Parece que hoy se retrasa. No le veo venir aún—repitió la dueña de la casa, mirando hacia la tapia que separaba el patio de la calle—. Conozco el ruido de sus pisadas sobre el pavimento de madera. Como no transita mucha gente por aquí...

—¿Querrá usted darle mi recado? —solicitó Oblomov haciendo una inclinación de cabeza y saliendo de la habitación.

—No puede tardar más de media hora... —insistió Agafia Matveievna con ansiedad poco frecuente en ella, en un intento de retener a Oblomov.

—Lo siento, señora. Pero no puedo esperar más —decidió Ilia Illich abriendo la puerta.

El perro comenzó a ladrar dando tirones de la cadena que le sujetaba al ver a Oblomov en lo alto del tramo de escalones. El cochero, que se había dormido sobre el pescante, despabiló a los caballos. Las gallinas, asustadas de nuevo, echaron a correr despavoridas y algunas cabezas se asomaron a las ventanas.

—¿Entonces le diré a mi hermano que ha venido usted? —dijo Agafia Matveievna cuando Oblomov ya estuvo sentado en el coche.

—Si, y añada que las circunstancias actuales de mi vida no me permiten conservar el piso, que se lo traspasaré a otra persona, a no ser que él prefiera buscar un inquilino por su cuenta.

—Siempre suele llegar a esta hora —repuso la mujer escuchando a Oblomov distraída—. Yo le diré que piensa usted volver.

—Sí, sí; volveré uno de estos días.

Escoltado por los desesperados ladridos del perro, el coche salió del patio y empezó a rodar sobre el barro seco de la calle sin empedrar.

Un hombre de mediana edad, con un abrigo muy usado, llevando un abultado fajo de papeles bajo el brazo y un grueso bastón en la mano, calzado con chanclos, a pesar del buen tiempo, apareció en un extremo de la calle. Caminaba con rápidos pasos, mirando a izquierda y derecha; pisaba con tanta energía como si pretendiera romper el pavimento de madera. Oblomov se volvió para observarle y vio que entraba en casa de la señora Pshenitsin.

«Debe de ser el hermano —se dijo—. Pero es lo mismo. Tendría que pasarme ahora otra hora charlando con él y estoy hambriento y siento calor. Además, Olga me está esperando... ¡Otro día será!»

—¡De prisa! —ordenó al cochero.

«Pero, ¿y el otro piso que tengo que buscar? —recordó de pronto—. Tendría que volver a la Avenida Morskaia y a la calle Koniushenni... ¡Ya lo haré otro día!», decidió.

Y de nuevo dio prisa al cochero.

III

A últimos de agosto cayeron las primeras lluvias y el humo empezó a salir de las chimeneas de las casas que disponían de estufas. Los ocupantes de las que carecían de calefacción se marcharon temblando de frío, y poco a poco las casas de veraneo fueron cerrándose. Oblomov no había vuelto a la ciudad. Una mañana vio, a través de la ventana de su habitación, los muebles de las Illinski. Aunque ya no consideraba como un acto heroico el salir de casa, comer en un restaurante y no acostarse en todo el día, no sabía cómo pasar las noches. Le venía muy cuesta arriba permanecer solo en la villa de verano cuando tanto el parque como el bosquecillo se hallaban ahora desiertos y los postigos de la casa de Olga cerrados.

Se paseaba por las solitarias habitaciones y por el parque, subía a la colina, sintiendo su corazón oprimido por una profunda melancolía. Entonces ordenó a Zajar y Anisia que se fueran a Viborg, donde había decidido instalarse hasta que encontrara otro piso, y finalmente fue a la ciudad, comió rápidamente en un restaurante y pasó la tarde en compañía de Olga.

Sin embargo, las tardes otoñales en la ciudad eran muy distintas de los largos días soleados y de los atardeceres en el parque y en el bosquecillo. En la ciudad no podía ver a la joven tres veces al día; Katia no iba a llevarle recados ni él tampoco enviaba a Zajar.

El deslumbrante poema veraniego de sus amores parecía haberse desvanecido. A veces Olga y él permanecían callados durante media hora. Olga se abstraía en su labor, contando mentalmente los cuadros del modelo con la aguja, en tanto que Oblomov se sumía en un caos de pensamientos, viviendo con la imaginación en un lejano futuro. Sólo de cuando en cuando, al mirar a la joven, un estremecimiento recorría todo su cuerpo, o bien ella le sonreía al mirarle, sorprendiendo entonces en la mirada de Oblomov un destello de rendida sumisión y de completa felicidad.

Oblomov fue a la ciudad y comió en casa de Olga tres días seguidos con el pretexto de que su casa aún no estaba en condiciones de ser habitada, y como su intención era mudarse aquella misma mañana, no valía la pena de tomar ninguna decisión.

Pero al cuarto le pareció violento volver a casa de la joven y después de permanecer un rato paseando ante la casa de las Illinski, lanzó un suspiro y regresó a la suya. El quinto día, las damas comieron fuera de casa. Al sexto, Olga le dijo que fuera a determinada tienda donde ella tenía que ir, y el regreso lo hicieron a

pie, mientras el coche seguía lentamente tras ellos.

Pero todo aquello resultaba en extremo violento. Se encontraban a cada momento con personas conocidas que les saludaban e incluso a veces se detenían para cambiar algunas palabras con ellos. «¡Dios mío, es terrible!», se repetía Oblomov, dándose cuenta de lo falso de su posición. La tía de Olga le miraba con sus lánguidos y grandes ojos, aspirando las sales pensativamente como si sufriera de jaqueca. Esto aparte de lo que tenía que viajar para llegar hasta allí. Entre la ida y la vuelta tenía que pasarse por lo menos tres horas en coche.

—Déjame hablar con tu tía —insistía Oblomov— y entonces podré pasar contigo todo el día y nadie podrá decir nada.

—¿Has ido ya a la Cámara? —contestaba Olga.

Oblomov sentía tentaciones de decir: «Sí, ya lo he hecho todo», pero sabía que la penetrante mirada de Olga descubriría en su rostro el embuste. Por toda contestación, se limitó, pues, a suspirar.

—¡Ah, si supieras qué difícil es! —exclamó.

—¿Has hablado ya con el hermano de la dueña de la casa? ¿Has encontrado piso? —preguntó Olga sin mirarle.

—Jamás se encuentra en casa por las mañanas y por las noches ya estoy aquí —respondía Oblomov, satisfecho de contar con tan excelente excusa.

Olga dejaba escapar un suspiro, pero no decía nada.

—Hablaré con él mañana —afirmó Oblomov—. Mañana es domingo y no irá a la oficina.

—Hasta que no esté todo arreglado —dijo Olga pensativamente—, no podremos hablar con *ma tante* y ahora tendremos que empezar a vernos con menos frecuencia.

—Sí, sí. Tienes razón —admitió Oblomov.

—Ven a comer con nosotras los domingos, nuestro día de recibo, y los miércoles, cuando no hay extraños —resolvió Olga—. También podremos vernos en el teatro. Procura enterarte cuándo vamos nosotras y ve tú también.

—Sí, tienes razón —repitió Oblomov contento de que Olga tomara sobre sí la tarea de organizar sus encuentros.

—Y si hace buen tiempo —concluyó la joven—, iré a los jardines de verano. Tú también puedes ir. Nos recordará nuestro parque... ¡El parque! —repitió con súbita emoción.

Oblomov besó la mano de Olga en silencio y se despidió de ella hasta el domingo siguiente. Olga le dirigió una larga mirada impregnada de tristeza y a continuación, sentándose ante el piano, se entregó a la música. Su corazón lloraba sin saber por qué y también lloraban las notas. La joven hubiera querido cantar, pero le era imposible hacerlo.

Cuando Oblomov se levantó a la mañana siguiente, lo primero que hizo fue ponerse la levita ligera que solía llevar en verano. No había vuelto a usar la bata y dio orden de que la guardasen en el guardarropa.

Zajar servía a la mesa llevando en las manos la vacilante bandeja con el café y las pastas, mientras que Anisia, como de costumbre, miraba a través de la rendija de la puerta para ver si su marido conseguía colocar las tazas en la mesa sin romper ninguna. Si lo conseguía, Anisia se apresuraba a ocultarse sin hacer ruido. Por el contrario, si Zajar dejaba caer algo, aparecía inmediatamente con la intención de salvar el resto de la bandeja. En tales momentos, Zajar comenzaba a maldecir de todo, incluso de su esposa, y amenazaba con darle una bofetada.

—Estupendo café, ¿quién lo ha preparado? —preguntó Oblomov.

—La dueña —repuso Zajar—. Los últimos cinco días lo ha preparado ella porque dice que yo pongo demasiada achicoria y no lo hiervo bastante.

—¡Excelente! —repitió Oblomov sirviéndose otra taza—. Dale las gracias de mi parte.

—Está aquí —repuso Zajar, señalando una habitación contigua, cuya puerta estaba entreabierta—. Es el cuarto de los armarios y siempre está ahí. Guarda en él el té, el azúcar, el café y la vajilla.

Oblomov sólo alcanzaba a ver la espalda de Agafia Matveievna, su cabello, su blanca nuca y sus desnudos codos.

—¿Y qué hace que mueve los codos con tanta rapidez? —preguntó.

—No lo sé. Pero creo que está planchando encajes. Oblomov no apartaba la vista de la espalda de la dueña ni de sus codos.

Cuando la mujer se inclinaba hacia delante, Oblomov podía ver sus limpias enaguas, sus medias y sus bien torneadas pantorrillas.

«Es la viuda de un simple oficinista, pero sus codos son de condesa. ¡Vaya hoyuelos que tiene en ellos!», se dijo.

A mediodía, Zajar entró a preguntarle si le gustaría probar el pastel que estaba haciendo la dueña.

—Hoy es domingo y están preparando un gran pastel.

—Ya me lo figuro —exclamó Oblomov—. Relleno de cebolla y de zanahorias, ¿no?

—Pues no es peor que los de Oblomovka —contestó Zajar—. Con gallina y setas frescas.

—¡Hombre, no está mal! ¡Tráeme un poco! ¿Quién lo ha cocido? ¿Esa mujer tan sucia?

—No —repuso Zajar—. Lo ha cocido ella misma. Agafia Matveievna siempre está en la cocina, y Anisia le ha ayudado.

Cinco minutos más tarde aparecía por la puerta un brazo desnudo, apenas cubierto por el chal, que sostenía en un plato una buena ración de pastel.

—Muchas gracias —dijo Oblomov amablemente, cogiendo el plato, y con inusitada osadía contempló a través de la abertura de la puerta el opulento seno y los hombros desnudos de la mujer, pero la puerta se cerró bruscamente ante sus narices.

—¿Quiere usted un poco de vodka? —se oyó preguntar desde el otro lado de la puerta.

—No, gracias, nunca bebo —contestó Oblomov con mayor amabilidad aún—. ¿De qué clase es?

—Uno de fabricación casera, con mezcla de hojas de grosella —repuso la voz.

—Nunca he bebido de esa clase. ¿Me dejará usted probarlo?

El brazo desnudo volvió a aparecer, esta vez con un vaso de vodka colocado sobre un plato. Oblomov se bebió el vodka, que le pareció excelente.

—Muy agradecido —dijo intentando echar otra mirada a través de la abertura de la puerta, pero ésta se cerró de golpe—. ¿Por qué no se deja usted ver, Agafia Matveievna, para que pueda darle los buenos días? —dijo Oblomov en tono de reproche.

Agafia Matveievna sonrió al otro lado de la puerta.

—No estoy arreglada aún. Me vestiré en seguida, pues mi hermano no tardará en volver de la iglesia.

—¡Oh, a propósito de su hermano! —exclamó Oblomov—. Me gustaría hablar con él. Dígaselo cuando venga.

—Así lo haré.

—¿Quién tose de esa manera? ¡Qué tos más seca!

—Es la abuelita. Hace siete años que no deja de toser. Y la puerta se cerró definitivamente.

«¡Qué... sencilla es! —pensó Oblomov—. Pero tiene algo... y es, además, tan limpia.»

Oblomov aún no había visto al hermano de la dueña de la casa. En una o dos ocasiones, encontrándose todavía en la cama, entrevió a un hombre que con un gran fajo de papeles bajo el brazo, cruzaba la verja para salir a la calle. Y a las cinco de la tarde podía vérsele de nuevo ante las ventanas, de regreso a su hogar. Pero cuando se encontraba en casa no se le oía rechistar.

Oblomov ocupaba las cuatro mejores habitaciones de la casa. La dueña y su familia vivían en dos habitaciones posteriores, mientras que el hermano se alojaba en el piso de arriba. La alcoba y el despacho de Oblomov daban al patio, el cuarto de vestirse al jardín, y el salón al huerto, sembrado de coles y patatas.

El hermano de Agafia Matveievna entró andando de puntillas y se inclinó tres veces ante Oblomov para corresponder al saludo de éste. Su levita de uniforme, abrochada hasta el cuello, no permitía ver si llevaba o no camisa. La corbata era un simple nudo, con los extremos metidos bajo la levita.

Se trataba de un hombre de unos cuarenta años, con un espeso mechón de cabellos sobre la frente y otros dos a ambos lados de la cabeza, que ondeaban al viento como las orejas de un perro perdiguero.

Sus ojos, de color gris, no miraban directamente las cosas. Primero se posaban sobre el objeto, como si le espiasen, y sólo más tarde se clavaban en él definitivamente.

Parecía avergonzarse de sus manos y constantemente estaba intentando ocultarlas a la espalda o dentro de las mangas de su levita.

Cuando tenía que entregar algún documento al jefe de su oficina, se llevaba una mano a la espalda y con el dedo corazón de la otra señalaba la línea o la palabra que importaba, retirando en el acto la mano, quizá porque tenía unos dedos gruesos y rojos y pensaba que no debía presumir por ello.

—¿Desea usted hablar conmigo? —preguntó lanzando una breve mirada a Oblomov.

—Sí, quería hablarle de nuestro contrato de alquiler. Siéntese, por favor —repuso Oblomov con entonación amable.

Luego de una segunda invitación, Iván Matveich se decidió a tomar asiento, echando el cuerpo hacia delante y ocultando las manos en el interior de las mangas de su uniforme.

—Las circunstancias actuales de mi vida me obligan a buscar otro alojamiento —empezó Oblomov— y por esta razón me gustaría subarrendar éste.

—Sería bastante difícil ahora —contestó Iván Matveich, que tosió y se llevó una mano a la boca, que inmediatamente volvió a ocultar en la manga—. Me hubiera hecho usted un señalado favor diciéndome eso a finales de verano, cuando aún había mucha gente que buscaba casa.

—Vine a verle a usted, pero no se encontraba en casa.

—Sí, ya me dijo mi hermana —repuso Iván Matveich—. Pero no se preocupe usted por el piso. Estará usted muy bien aquí. ¿Tal vez le molestan los pájaros?

—¿Qué pájaros?

—Quiero decir las gallinas.

Aunque Oblomov oía constantemente el cloqueo de las aves, ni tan siquiera había reparado en ello, sumergido como vivía en el recuerdo de Olga.

—No, no me molestan —dijo—. Creí que se refería usted a los canarios que empiezan a cantar desde que sale el sol.

—Los echaremos —se apresuró a responder Iván Matveich.

—No vale la pena. Ya le he dicho a usted que las circunstancias me impiden continuar viviendo aquí.

—Como usted guste —contestó Iván Matveich—. Pero si encuentra usted otro inquilino, ¿qué haremos con nuestro contrato? ¿Nos indemnizará usted? Perderá dinero si lo hace.

—¿A cuánto ascendería esa indemnización? —inquirió Oblomov.

—En seguida le haré la cuenta.

Iván Matveich trajo el contrato y un trozo de papel para hacer los cálculos.

—El alquiler son ochocientos rublos y usted sólo ha pagado hasta la fecha cien. Quedan, pues, setecientos a nuestro favor —dijo.

—¿Es que quiere usted que le pague un año de alquiler por vivir aquí dos semanas? —preguntó Oblomov sorprendido.

—No estaría bien que mi hermana sufriera pérdidas —repuso Iván Matveich humildemente—. Es una pobre viuda que vive gracias al alquiler de estas habitaciones: Las gallinas y los huevos apenas le producen para vestir y calzar a sus pequeños.

—Desde luego, lo comprendo. Pero yo no puedo pagar esa suma por las dos

semanas que he pasado aquí —contestó Oblomov.

—Vea usted lo que dice el contrato —dijo Iván Matveich, señalando con su dedo corazón dos líneas del contrato y ocultando la mano inmediatamente—. «Si yo, Oblomov, abandonara el piso antes de concluir el plazo estipulado en el contrato, me obligo a buscar otro inquilino en las mismas condiciones establecidas o a pagar toda la anualidad hasta el mes de junio del próximo año.»

—Pero, ¿cómo es esto? —exclamó Oblomov—. ¡Eso es a todas luces injusto!

—Es completamente legal —observó Iván Matveich—. Está firmado por usted. Aquí tiene la firma.

El dedo señaló la firma y desapareció en el acto.

—¿Y a cuánto asciende el total? —inquirió Oblomov.

—A setecientos rublos —empezó Iván Matveich— y otros ciento cincuenta por la cuadra y el cobertizo...

—Pero si yo no tengo caballos, ¿por qué razón he de pagar por la cuadra y el cobertizo?

—El contrato lo estipula así —repuso Iván Matveich señalando otra línea del contrato—. Mijail Andreich dijo que traería usted caballos.

—¡Pues mintió! —exclamó Oblomov enojado—. Déme el contrato.

—Aquí tiene usted una copia. El contrato lo tiene mi hermana —respondió Iván Matveich cogiendo el documento con ambas manos—. Además, si calculamos los productos del huerto para una persona a doscientos cincuenta rublos...

—Pero ¿qué está usted diciendo, hombre de Dios? —dijo Oblomov en tono de amenaza.

—Está también en el contrato. Mijei Andreich dijo que querría usted disfrutar de los productos del huerto.

—¿Y nada más? ¿Cómo no se le ocurrió decidir también lo que me gustaría comer? ¿Para qué quiero yo sus coles y remolachas? —gritó Oblomov poniéndose en pie con ademán airado.

Iván Matveich se apresuró a saltar también de su asiento.

—¿Por qué dice que no le consultamos? ¡Ahí está su firma! —arguyó el oficinista.

Y de nuevo el grueso dedo señaló la firma estampada al pie del documento.

—Bien, ¿en total a cuánto sube todo eso? —preguntó Oblomov impaciente.

—Por pintar las puertas y las ventanas, arreglar las ventanas de la cocina, poner nuevas cerraduras en las puertas... ciento cincuenta y cuatro rublos y veintiocho *kopeks*.

—¡Cómo! ¿También quiere usted que pague todo eso? —exclamó Oblomov más sorprendido cada vez—. ¡Todo esto lo paga siempre el dueño de la casa!

—Pues el contrato dice que lo pagará usted —replicó Iván Matveich—. En total, son mil doscientos cincuenta y cuatro rublos con veintiocho *kopeks* —terminó.

—¿Y de dónde saco yo todo ese dinero? —masculló Oblomov empezando a pasearse arriba y abajo de la habitación—. Pero sepa usted que me importan un comino sus coles y sus remolachas!

—Como usted guste —repuso Iván Matveich con voz suave—. Pero no se preocupe. Si se queda, estará usted aquí muy bien atendido. En cuanto al dinero, mi hermana podría esperar.

—Ya le he dicho a usted que me es imposible. No puedo quedarme debido a las circunstancias, ¿comprende?

—Bien, señor, como usted guste —concluyó Iván Matveich, y tras de inclinarse tres veces, abandonó la estancia.

Oblomov cogió su monedero de bolsillo y contó el dinero. Sólo disponía de trescientos cinco rublos.

«Pero ¿qué he hecho del dinero? —se preguntó, poco menos que aterrorizado—. ¡A principios de verano recibí mil doscientos rublos y sólo me quedan trescientos!»

Empezó a recordar sus gastos, pero sólo pudo llegar hasta doscientos cincuenta rublos. «¿Qué he hecho del resto?», se preguntó.

—¡Zajar! ¡Zajar!

—Señor...

—¿Qué hemos hecho del dinero? ¡No me queda nada!

Zajar empezó a rebuscar en sus bolsillos, de los que extrajo medio rublo y diez *kopeks*, que depositó sobre la mesa.

—Tome el señor. Aquí tiene lo que me sobró de la mudanza. Me olvidé de devolvérselo.

—¿Y de qué me sirve la calderilla? ¡Lo que a mí me gustaría saber es lo que he hecho de mis ochocientos rublos!

—¡Y yo qué sé! Jamás he preguntado al señor en qué gasta su dinero ni

cuánto paga por el alquiler de su coche.

—Sí, el coche costó un buen pico —recordó Oblomov mirando a Zajar—. ¿Recuerdas cuánto le pagué este verano al cochero?

—¿Cómo puedo recordarlo? Lo único que sé es que una vez me ordenó el señor que le entregase treinta rublos.

—Tenías que haberlo apuntado —dijo Oblomov—. Es una lástima que no sepas leer ni escribir.

—Jamás he sabido hacerlo, y gracias a Dios no soy peor que los demás —replicó Zajar.

«Stolz tiene razón. ¡Tendría que abrir escuelas en la aldea!», se dijo Oblomov.

—Las Illinski tienen un criado que sabe leer y escribir y se lleva toda la plata de la cómoda —añadió Zajar.

«¡Es cierto! —pensó Oblomov perplejo—. Los hombres instruidos a medias son perniciosos: No hacen nada y se pasan el día entero en la taberna bebiendo y tocando el acordeón. ¡No, no; es aún demasiado pronto para abrir escuelas!

—Bien, ¿y qué más hemos gastado? —preguntó a Zajar.

—No lo sé... Pero creo que el señor le dio dinero a Mijei Andreich cuando vino este verano...

—¡Es cierto! —repuso Oblomov contento de recordar el incidente—. Así, pues, treinta rublos al cochero, veinticinco, si no recuerdo mal, a Tarantiev... ¿Qué más?

Oblomov y Zajar se miraron pensativamente.

—¿Crees que Anisia recordará algo más? —preguntó Oblomov.

—¿Qué quiere el señor que sepa una mujer de estas cosas? —dijo Zajar con acento despreciativo.

—Pues no lo entiendo —concluyó Oblomov perplejo—. ¿Habrán entrado, ladrones en casa?

—No, se lo habrían llevado todo —repuso Zajar saliendo.

Oblomov se sentó en su sillón, donde permaneció con expresión meditabunda. «¿De dónde podré sacar dinero ahora? —pensó, sintiéndose de súbito bañado en un frío sudor—. ¿Cuándo me lo enviarán de Oblomovka y cuánto me enviarán?»

De pronto echó una ojeada al reloj. Eran las dos de la tarde, la hora de ir a ver a Olga. Aquel día estaba invitado a comer con ella. Esta perspectiva le animó un tanto, fue a buscar un coche y se dirigió a la calle Morskaia.

IV

CONTÓ a Olga que había hablado con el hermano de la dueña de la casa, añadiendo que posiblemente aquella misma semana encontraría un subarrendatario. Antes de comer, Olga tuvo que salir con su tía para hacer una visita, y él estuvo buscando un piso por los alrededores. Visitó dos casas. En la primera había un piso de cuatro habitaciones, por el que pedían cuatro mil rublos, y en la segunda, uno de cinco, por el que pedían seis mil.

«¡Es terrible, es terrible!», repitió ante los sorprendidos porteros. Al añadir estas sumas al millar de rublos que tenía que pagar a la señora Pshenitsin, la cantidad global resultaba descorazonadora, y corrió a reunirse con Olga. Había varios invitados, y Olga se mostraba excitada; reía, hablaba, cantaba; y tan sólo Oblomov la escuchaba distraído.

—Ven mañana al teatro. Tenemos un palco —dijo Olga.

«¡Por la noche y con tanto barro!», pensó Oblomov, pero la miró a los ojos y contestó con una sonrisa de aceptación.

—Toma un abono semanal —añadió Olga—. La semana que viene llegan los Maevski y mi tía los ha invitado a venir a nuestro palco.

Y miró a su novio a los ojos para ver si estaba contento. «¡Dios mío! —pensó Oblomov horrorizado—. ¡Y tan sólo me quedan trescientos rublos!»

—Habla con el barón. Él conoce a todo el mundo y encontrará una butaca para ti.

Se sonrieron mutuamente y Oblomov habló con el barón, quien le prometió enviar a buscar una butaca.

—De momento estarás en tu butaca, y cuando todo se haya solucionado, tendrás tu sitio en nuestro palco —agregó Olga.

Y la joven sonrió como acostumbraba a hacerlo cuando sentíase feliz.

Una ráfaga de felicidad envolvió a Oblomov ahora que Olga había levantado el velo del ansiado futuro.

Oblomov concluyó olvidando todos sus problemas económicos. Al día siguiente vio pasar ante la ventana a Iván Matveich y le rogó que se ocupara de llevar la escritura de poderes a la Cámara. El funcionario leyó el documento y dijo que había una cláusula poco clara, ofreciéndose a redactarlo de nuevo.

Oblomov, orgulloso de sí mismo, explicó a Olga que todo estaba en marcha, y en el fondo se sintió contento de no tener que andar buscando casa hasta que hubiera recibido contestación de Oblomovka. Mientras tanto, podía continuar viviendo en su actual alojamiento, por el cual, en último extremo, tendría que pagar una anualidad.

«Realmente se vive muy bien aquí —se decía—. ¡Todo está en perfecto orden y muy limpio!»

Agafia Matveievna era una excelente ama de casa. Aunque Oblomov comía solo también Agafia se ocupaba de sus comidas. Un día Oblomov entró en la cocina y encontró a Agafia Matveievna y a Anisia casi abrazadas. Si como se afirma existe eso que llamamos afinidad espiritual, jamás se dio mejor prueba de ello que la simpatía mutua entre Agafia Matveievna y Anisia.

Las dos mujeres se comprendieron y se estimaron desde el instante que se vieron por vez primera.

Agafia Matveievna intuyó a las primeras de cambio que Anisia podría representar para ella una inapreciable ayuda al ver que la mujer se remangaba y ponía manos a la obra, empezando a limpiar una cocina que hacía medio año que no se utilizaba y quitando el polvo de todo en un momento. Anisia, por su parte, miraba a Agafia Matveievna con admiración y respeto poco menos que temerosos al verla vigilar a la perezosa Akulina, poner la comida en los platos, comprar en el mercado, *etc.* Ambas mujeres se comprendieron y se hicieron inseparables, ayudándose en todo momento con verdadero desinterés.

Ilia Illich solía levantarse alrededor de las nueve. Entonces veía pasar al hermano de la dueña de la casa por delante de la ventana siempre con el rollo de papeles bajo el brazo, y luego tomaba el café. Éste era siempre excelente, la mantequilla fresca y los pasteles estaban perfectamente cocidos.

Luego encendía un cigarro y permanecía escuchando el cloquear de las gallinas y el canto de los canarios. Todo cuanto le rodeaba le recordaba la vida de Oblomovka. Más tarde tomaba asiento para acabar de leer los libros comenzados en verano y de cuando en cuando se echaba un poco. Todo era paz y tranquilidad en torno suyo. Tan sólo alguna que otra vez pasaba un grupo de soldados o de campesinos por la calle.

En otros momentos, un vendedor ambulante pregonaba sus mercancías; luego entraba Masha, la hija de Agafia Matveievna, para preguntarle si deseaba alguna cosa. A veces Oblomov llamaba a Vania, el hijo de la dueña de la casa, para preguntarle qué había estudiado y hacerle leer y escribir un poco a fin de comprobar sus progresos. Si el pequeño, al salir de la habitación, no cerraba bien la

puerta, Oblomov podía ver la nuca y los codos desnudos de Agafia Matveievna. Ésta estaba siempre atareada y ya no hacía cumplidos a Oblomov. Aunque se daba cuenta de que él la miraba, ya no se cubría con el chal y se limitaba a sonreírle a través de la puerta entreabierta. En ocasiones, Oblomov se acercaba a la puerta y le dirigía la palabra.

—¡Usted siempre tan atareada! —le dijo una vez.

Ella sonrió y empezó a dar vueltas al molinillo del café, haciéndolo con tanta energía que Oblomov se sintió impresionado.

—Se va usted a cansar —añadió.

—No, estoy acostumbrada —contestó Agafia Matveievna haciendo chirriar el molinillo.

—Y cuando no tiene usted trabajo, ¿qué hace?

—Siempre hay algo que hacer en casa. Por la mañana hay que preparar la comida, por las tardes coso un poco y cuando llega la noche tengo que preparar la cena.

—¿Cenan ustedes todos los días?

—Sí. No podríamos pasar sin cenar. Las vísperas de fiesta vamos a la iglesia.

—Eso está bien —dijo Oblomov en tono de aprobación—. ¿A qué iglesia van?

—A la de la Natividad. Es nuestra parroquia.

—¿Y nunca lee nada?

Agafia Matveievna le miró con expresión estúpida y no respondió.

—¿No tiene usted libros? —insistió Oblomov.

—Mi hermano tiene algunos, pero yo no leo ninguno. A veces trae un periódico de la taberna y me lee algo en voz alta... Vania sí tiene muchos libros.

—¿Y nunca se toma usted un poco de descanso?

—Nunca.

—¿Tampoco va al teatro?

—Mi hermano suele ir para Navidad.

—¿Y usted no?

—Yo no tengo tiempo. ¿Quién cuidaría de la cena? —contestó Agafia Matveievna dirigiendo a Oblomov una larga mirada.

—La cocinera podría...

—¿Akulina? —exclamó la mujer—. Sería incapaz de hacer nada sin mí. La cena no estaría lista ni al día siguiente. Yo tengo las llaves de todo.

Se produjo un silencio, que Oblomov aprovechó para admirar los rollizos codos de la mujer.

—¡Qué brazos más hermosos tiene usted! —dijo de pronto, casi sin darse cuenta de lo que decía—. Podrían servir de modelo a un dibujante.

Agafia Matveievna sonrió y se ruborizó ligeramente.

—Las mangas molestan mucho —repuso—. Los vestidos de ahora son muy molestos, en seguida se ensucian las mangas.

No dijo más y Oblomov también guardó silencio.

—Después de moler el café —añadió la dueña de la casa como para sí misma— tengo que cortar el azúcar y acordarme de enviar a buscar canela.

—Tendría usted que casarse —dijo Oblomov de pronto—. Veo que es usted una excelente ama de casa.

La mujer sonrió y empezó a guardar el café en un bote de cristal.

—Se lo digo en serio —añadió Oblomov.

—¿Quién querría casarse conmigo teniendo dos hijos? —contestó Agafia Matveievna y empezó a contar algo mentalmente—. «Dos docenas. ¿Las pondré todas?»

Y dejando el bote del café en la alacena, corrió a la cocina. Oblomov se metió entonces en su habitación y empezó a leer.

«¡Qué joven y fuerte es esta mujer! ¡Y qué ama de casa! Querría casarse...», se dijo, e inmediatamente empezó a pensar en Olga.

Cuando hacía buen tiempo, Oblomov se ponía la gorra y se iba a pasear por los alrededores. Se metía en el barro, tenía que escapar a los perros que le ladraban y volvía a su casa. Entonces comía espléndidamente bien, y a veces un brazo desnudo pasaba a través de la puerta entornada ofreciéndole un trozo de pastel en un plato.

«Esto no puede ser más tranquilo y apacible, aunque resulta un poco aburrido», pensaba Oblomov mientras se dirigía a la ópera.

Cierta noche, al regresar del teatro, ya muy avanzada la noche, estuvo llamando a la puerta más de una hora, en tanto el perro enronquecía de tanto ladrar. Entonces decidió cambiarse de alojamiento al día siguiente. Pero

transcurrieron tres días, una semana, y siguió en el mismo sitio.

Oblomov echaba de menos a Olga cuando no le era posible verla ni hablar con ella, leer en sus ojos su amor inalterable, su ternura y su felicidad. Los días que la veía vivía como en pleno verano, extasiado por sus canciones y mirándola a los ojos. Aunque en la casa hubiera visitas, tenía suficiente con observar que Olga miraba a todos con expresión de indiferencia y que sólo se mostraba dulce y amable con él. Pero a medida que avanzaba el invierno, las visitas de gente extraña menudeaban más y muy pocas veces podía verla a solas o cambiar dos palabras con ella. Una o dos veces Oblomov se sintió francamente aburrido, y otro día, terminada la comida, cogió el sombrero.

—¿Adonde vas? —preguntó Olga acercándosele.

—Querría irme a casa...

—¿Por qué? —inquirió la joven sorprendida—. ¿Qué has de hacer?

—Nada de particular —contestó Oblomov, a quien le costaba mantener los ojos abiertos.

—Deseas echarte una siestecita, ¿no? —murmuró Olga mirándole con expresión severa.

—¡Ni mucho menos! ¡Dormir en pleno día! Simplemente, es que me estoy aburriendo aquí.

Y entregó el sombrero a Olga.

—Esta noche vamos a la ópera —dijo la joven.

—Sí. Pero no estaremos juntos en el palco —contestó Oblomov.

—¿Qué más da? ¿No significa nada para ti poder verme toda la noche, hablar conmigo en los entreactos y acompañarme luego a casa en el coche?... ¿Vendrás, verdad?

No le quedó otra solución. Oblomov tuvo que ir a la ópera, donde se pasó la noche bostezando y cruzando las piernas, más aburrido que nunca.

«¡Oh! Quisiera tenerlo ya todo resuelto y poderme sentar a su lado —se decía—. ¡Tener que hacer estos papeles después del verano que hemos pasado juntos! Por ejemplo, esta noche, si hubiéramos estado casados, no habríamos venido a la ópera. ¡Esta obra la he visto ya seis veces!»

En el entreacto, fue al palco ocupado por Olga y su tía y para llegar a la joven tuvo que pasar por entre dos jóvenes a los que no conocía. Cinco minutos después regresó al patio de butacas, pues iba a comenzar el segundo acto. También

los dos jóvenes salieron del palco y mientras avanzaba por el pasillo pudo oír lo que decían.

—¿Quién era ése que estaba en el palco de las Illinski? —preguntó uno de los dos jóvenes.

—Un tal Oblomov —contestó el otro con indiferencia.

—¿Quién es?

—Un propietario amigo de Stolz.

—¡Ah! —exclamó el otro en tono significativo—. ¡Un amigo de Stolz! ¿Y qué hacía en el palco?

—*Dieu sait*! —repuso el otro.

Y ambos jóvenes ocuparon sus localidades.

Pero Oblomov se sintió inquieto y turbado por aquella ligera conversación.

«¿Quién era?... Un tal Oblomov... ¿Qué hacía en el palco?... *Dieu sait*! —se repetía Oblomov—. ¡Un tal Oblomov! ¿Qué hacía allí? ¡Pero si quiero a Olga! ¡Si soy su...! Todos se han apercibido de mi presencia. Tengo que hacer algo, sea como sea. ¡Dios mío! ¿Pero qué puedo hacer yo?»

Ni veía lo que sucedía en el escenario ni oía la música. Oblomov paseaba la mirada a su alrededor e iba contando a los conocidos. «¿Quién era el caballero que estaba en el palco de Olga?...» «Un tal Oblomov», respondían todos. «Sí, esto es lo que soy —se decía sintiendo un vivo desprecio contra sí mismo—. La gente me conoce porque soy amigo de Stolz. ¿Y por qué estoy con Olga?... *Dieu sait*! La gente me mira a mí y luego mira al palco de Olga. ¡Y ella me mira con sus impertinentes de teatro! ¡Dios mío! —pensó ahora estremeciéndose—. ¡No me quita ojo! ¿Qué puede haber visto en mí? Ahora me ordena que mire al escenario. ¡Y todo el mundo se está burlando de mí! ¡Oh, Dios mío!»

Olga invitó a los dos jóvenes de antes que fueran a tomar el té a su casa después de la ópera y les prometió que cantaría la Cavatina. Por supuesto, Oblomov tenía que ir también.

«No, hoy no iré a su casa. Deseo arreglarlo todo cuanto antes. ¿Por qué no me contestarán de Oblomovka?»

Olga seguía mirándole, y Oblomov, sin esperar a que terminase la representación, se levantó de su butaca y se fue a casa. Una vez solo, comenzó a serenarse poco a poco hasta que se apaciguó del todo.

Otro día, la tranquilidad y el silencio que reinaban en su casa le parecieron

perfectos. No llegaba el más leve ruido del exterior; tan sólo se oía el tictac del reloj que había en el zaguán, cuando entró Zajar y se detuvo ante su amo.

—¿Qué quieres? —preguntó Oblomov.

Zajar no contestó al pronto y miró a su amo, no de reojo como solía hacerlo, sino abiertamente, a la cara.

—¿Qué ocurre? —inquirió Oblomov sorprendido—. ¿No está listo aún el pastel?

—¿Ha encontrado el señor piso? —inquirió Zajar a su vez.

—Aún no. ¿Por qué deseas saberlo?

—Todavía no hemos arreglado las cosas. ¿Tenemos que hacerlo sí o no?

—Aguarda un poco —repuso Oblomov con indiferencia—. Espero la llegada de una carta de Oblomovka de un momento a otro.

—Entonces la boda será después de las Navidades, ¿no? —preguntó Zajar.

—¿Qué boda? —exclamó Oblomov sorprendido.

—¡La del señor! —contestó Zajar con la mayor tranquilidad, muy seguro de lo que decía—. El señor va a casarse.

—¿Que voy a casarme? ¿Y con quién, si puede saberse? —preguntó Oblomov aterrorizado, mirando a Zajar con ojos inquisitivos.

—Con la señorita Illinski —empezó Zajar, pero no pudo concluir.

—¿De qué estás hablando? ¿Quién te ha metido esa estupidez en la cabeza, desgraciado? —exclamó Oblomov fuera de sí acercándose a Zajar con intenciones amenazadoras.

—¡Yo no he dicho nada malo! —masculló Zajar retirándose hacia la puerta—. Pero todos los criados de las Illinski lo decían este verano.

—¡Cállate! —rugió Oblomov—. ¡No digas una palabra más, si no quieres...!

—¡Yo no me lo he inventado! —insistió Zajar.

—¡Cállate! —repitió Oblomov en el mismo tono de voz de antes, señalando la puerta.

Zajar salió y dejó escapar un suspiro que se oyó en toda la casa.

Oblomov no conseguía recobrarse de su sorpresa. Durante un tiempo estuvo contemplando el lugar donde había permanecido Zajar, hasta que al final se dejó caer en un sillón.

¡Los criados lo saben ya! —empezó a decirse—. ¡Hablan de ello en las cocinas y en las dependencias de la servidumbre! ¡Adonde hemos llegado! ¡Zajar se ha atrevido a preguntarme cuándo será la boda! Y la tía no sospecha nada, y si sospecha, debe de pensar lo peor... ¡Oh! ¿Qué pensará de mí? ¿Qué he hecho, desgraciado de mí? —exclamó en su interior y tumbándose en el sofá, se cubrió la cabeza con el almohadón—. ¡La boda! ¡Este poético momento de la vida anda en labios de los criados y de los cocheros, cuando no se ha decidido aún nada, cuando todavía no he recibido contestación de Oblomovka y no tengo dinero ni he encontrado piso!»

Acto seguido comenzó a analizar el «poético momento», el cual había perdido todo su encanto desde el instante que oyó pronunciar la palabra a Zajar. Oblomov empezó a ver el reverso de la medalla y no pudo permanecer quieto un momento. De pronto se ponía en pie, paseaba unos minutos, volvía a dejarse caer en el sofá, tornaba a sentarse, se paseaba de nuevo.

«¿Cómo lo saben? —se preguntaba—. Olga no ha dicho nada y yo no me he atrevido ni siquiera a pensarlo en voz alta. A esto es a lo que conducen las citas a solas, las poéticas puestas de sol, las canciones y todo lo demás. Primero hay que casarse y luego dejarse mecer por las rosadas nubecillas del amor... Tengo que ver a Olga, cogerla de la mano y presentarme ante su tía y decirle: "Es mi novia, mi prometida". Pero nada está dispuesto aún. No he recibido contestación de Oblomovka, no tengo dinero ni piso... No, no. Primero he de arrancar esa idea estúpida de la cabeza de Zajar, apagar el rumor como se apaga una llama, hasta que no quede humo... ¡La boda! ¿Y qué es una boda?»

Sonrió al recordar su antigua idea de la ceremonia: el largo velo, la flor de azahar... Pero ya no lo veía así. Pensaba en lo que dirían Zajar y los demás criados, en la curiosidad malsana de la gente y en la expectación...

«¡Tengo que arrancarle esto de la cabeza y hacerle comprender que es absurdo!», decidió excitado.

Una hora después llamó a Zajar. Éste fingió no haberlo oído y se deslizó en silencio hacia la cocina, pero tropezó con la puerta.

—¡Zajar! —gritó Oblomov con acento imperioso.

—¿Qué desea? —contestó Zajar desde el vestíbulo.

—¡Ven aquí inmediatamente!

—¿Quiere el señor que le lleve algo? ¡Dígame qué desea y se lo llevaré en seguida! —repuso el criado.

—¡Ven aquí! —repitió Oblomov con gran energía.

—¡Dios mío! ¡Qué tormenta se avecina! —suspiró Zajar decidiéndose a entrar.

—¡Acércate! — insistió Oblomov con entonación solemne, señalando un lugar tan próximo a él que Zajar hubiera tenido que sentarse en sus rodillas.

—No me es posible acercarme tanto. No hay sitio. Puedo oir al señor perfectamente desde aquí —repuso Zajar, que siguió junto a la puerta.

—¡Ven aquí, te digo! —ordenó Oblomov en tono amenazador—. ¿Cómo has podido hacer a tu señor una pregunta tan absurda?

«¡Ya la tenemos armada!», se dijo Zajar. Oblomov repitió la pregunta. Pero Zajar no contestó.

—¿Es que no me has oído? ¿Cómo te has atrevido no sólo a pensar, sino a hablar de esas cosas?

—Será mejor que el señor llame a Anisia, Ilia Illich... —contestó Zajar dirigiéndose a la puerta.

—Es contigo con quien quiero hablar, no con Anisia. ¿Por qué se te ha ocurrido inventar esa ridícula historia?

—Yo no me la he inventado. Me lo contaron los criados de las Illinski.

—¿Y quién se lo contó a ellos?

—Pues no lo sé. Katia se lo dijo a Semion, Semion a Nikita, Nikita a Vasilisa, Vasilisa a Anisia, y Anisia me lo dijo a mí...

—¡Dos mío! ¡Todos, todos! —exclamó Oblomov haciendo un gesto de horror—. Es una completa ridiculez, una mentira, ¿comprendes? —añadió dando un puñetazo sobre la mesa—. ¡No puede ser!

—¿Por qué no? —replicó Zajar—. Una boda no es un acontecimiento extraordinario. Todo el mundo se casa...

—¡Todo el mundo! —repitió Oblomov—. ¡De nuevo comparándome con los demás! ¡No puede ser! ¡Es y ha sido siempre completamente imposible! ¿No sabes lo que significa una boda?

Zajar miró a Oblomov, pero al ver a su amo de veras enojado, apartó la mirada y la posó en un rincón de la habitación.

—Voy a explicarte lo que significa una boda. La gente que se encuentra en la calle, hombres y mujeres empiezan a decirse unos a otros: «¡Una boda, una boda!» Uno deja de ser Ilia Illich o Piotr Petrovich para convertirse en «el novio». El día antes nadie se dignaba reparar en él, pero al siguiente todos le contemplan como si

fuera un fenómeno. «¡Mírale, mírale!», se dicen unos a otros. Y esto es sólo al principio. Luego hay que ir todos los días a ver a la novia, no comer y beber como todo el mundo, sino vivir de aire y de flores. ¿Crees que esto está hecho para mí?

Oblomov hizo un alto para ver si Zajar se sentía afectado por las enojosas y molestas situaciones que lleva aparejadas una boda.

—¿Puedo marcharme, Ilia Illich? —preguntó Zajar dirigiéndose a la puerta.

—¡No, aguarda! ¡Tú has andado por ahí propalando el rumor y tienes que saber hasta qué punto es falso!

—¿Qué es lo que me falta por saber? —repuso Zajar mirando a la pared.

—¿No sabes la cantidad de cosas que tienen que hacer dos novios? ¿Y a quién podría enviar al sastre, al zapatero, a la tienda? ¿A ti tal vez? No puedo estar en todas partes a un mismo tiempo. En la ciudad todo el mundo andaría diciendo: «Oblomov va a casarse». «¿Es eso verdad?» «¿Con quién?» «¿Cuándo es la boda?» —dijo Oblomov cambiando de voz a cada pregunta—. La gente no haría más que hablar de ello. Lo bastante para hacerme enfermar. ¡Y vienes a mí y te atreves a hablarme de boda!

De nuevo miró a Zajar.

—¿Llamo a Anisia, señor? —preguntó Zajar.

—¿Para qué? Has sido tú y no Anisia quien me ha hablado de ello.

—¿Por qué me habrá castigado Dios Nuestro Señor de este modo? —suspiró Zajar.

—¡Además, está el gasto que representa una boda! —continuó Oblomov sin hacer caso de la interrupción de Zajar—. ¿De dónde sacaría yo tanto dinero? ¡Tú sabes de sobras que no tengo nada! ¿Y el piso? ¡Tengo que pagar un millar de rublos aquí y otros tres mil por un piso nuevo! ¿Y el coche? ¿Y el gasto de cada día? ¿De dónde sacaría yo tanto dinero?

—¿Y cómo hacen para casarse los otros que también poseen trescientos siervos? —preguntó Zajar, que en el acto se arrepintió de haber hecho la pregunta, pues vio que su amo saltaba del asiento como impulsado por un resorte.

—¿De nuevo se te ocurre compararme con los «otros»? ¡Ten mucho cuidado con lo que dices, Zajar! —exclamó Oblomov amenazándole con un dedo—. Los «otros» pueden vivir de sobras en dos o tres habitaciones; el comedor y la habitación de estar son la misma pieza, e incluso pueden dormir en el mismo sitio. Los niños se encuentran en la habitación de al lado, al cuidado de una muchacha. ¡La señora sale a hacer la compra por sí misma! Pero ¿puedes imaginarte a Olga

Sergeievna yendo al mercado?

—No es imposible —manifestó Zajar.

—¿Sabes lo que recibo de Oblomovka? —continuó Oblomov—. ¿Has leído lo que me ha escrito el administrador: «unos dos mil menos»? Y hay que construir la carretera y crear escuelas. Tengo que ir a Oblomovka. Pero allí no hay una casa donde se pueda habitar decentemente y por esta razón tengo que construir una nueva casa... ¡La boda! ¿Cómo puede habérsete ocurrido semejante idea?

Oblomov se interrumpió. El cuadro que acababa de trazar a Zajar había acabado por asustarle a él mismo. Las rosas, el azahar, la fiesta, todo, estaba marchito. Palideció y se sumió en sus cavilaciones. A poco, lentamente, fue volviendo en sí, miró a su alrededor y vio a Zajar.

—¿Qué quieres? —preguntó al hombre.

—El señor me dijo que me quedara...

—¡Vete! —exclamó Oblomov con súbita irritación.

Zajar se dirigió rápidamente hacia la puerta.

—¡No, espera! —gritó Oblomov.

«¡Márchate! ¡Espera!», gruñó Zajar en su interior.

—¿Cómo te has atrevido a propalar semejantes infundios sobre mí? —preguntó Oblomov.

—No he sido yo, Ilia Illich, sino los criados de las Illinski, que dijeron que usted había ofrecido su mano a...

—¡Basta! —gritó Oblomov exasperado—. Ni una palabra más, ¿entiendes?

—Sí, señor —repuso Zajar con tímido acento.

—No seguirás propalando ese absurdo, ¿verdad?

—No, señor —contestó Zajar, suavemente, sin comprender la mitad de las palabras que le había dicho su amo, pero seguro de que eran «enternecedoras».

—Y desde ahora en adelante, cuando alguien te hable de esto, diles que todo es un absurdo, que no hay nada de cierto y que es imposible —agregó Oblomov.

—Sí, señor —musitó Zajar en voz tan baja que casi no le oyó el cuello de su camisa.

Oblomov se volvió en redondo y apuntó al criado, con un dedo. Zajar se dirigía ya hacia la puerta andando de puntillas.

—¿Quién fue el primero que habló de esto? —preguntó Oblomov.

—Katia se lo dijo a Semion, Semion a Nikita, Nikita a Vasilisa... —empezó Zajar.

—Y tú a todos los demás. ¡Ya te ajustaré yo las cuentas!

—¿Por qué dice eso el señor? Llamaré a Anisia. Ella lo sabe todo...

—¿Qué es lo que sabe? ¡Dímelo, dímelo al instante!

Zajar corrió a la cocina.

—¡Deja inmediatamente la sartén, Anisia! ¡El señor quiere verte! —dijo a su mujer señalándole la puerta.

Anisia tranquilizó a Ilia Illich en un instante. Le juró que no había nada de todo aquello, que era la primera vez que oía hablar de la boda del señor, que lo que la gente decía era que el barón había declarado su amor a la señorita...

—¡El barón! —exclamó Oblomov saltando de su asiento y experimentando la sensación de que se le helaban los pies y las manos.

—¡Otra estupidez! —se apresuró a decir Anisia, comprendiendo que había escapado del fuego para caer en las brasas—. Lo que sucedió fue que Katia se lo dijo a Semion, Semion a Marfa, Marfa se confundió al decírselo a Nikita y Nikita dijo que «estaría bien que tu señor se declarase finalmente a mi señorita...»

—¡Qué estúpido es ése Nikita! —manifestó Oblomov.

—Sí, lo es, y mucho, señor —admitió Anisia—. Siempre parece estar dormido cuando conduce el coche. Vasilisa tampoco lo creyó —se apresuró a añadir—. El día de la Asunción me dijo que la niñera le había dicho que la señorita ni siquiera pensaba en casarse, y que cuando se lo comunicó a Samoilo, éste se echó a reír y exclamó: «¡Qué boda! Parecería un funeral. ¡La tía con dolor de cabeza y la señorita llorando! Y no se ha hecho el *trousseau* ¡Si la semana pasada tuvieron que empeñar hasta la plata!»

«¿Empeñar la plata? ¿Así que tampoco ellas tienen dinero?», pensó Oblomov.

—Vamos, no digas tonterías —dijo Oblomov amenazando a la mujer con el dedo.

—¿Decir tonterías, señor? ¡Ni siquiera pensarlas! —continuó Anisia—. ¡Es la primera vez que oigo hablar de todo eso! ¡Me he quedado tan sorprendida cuando me lo ha dicho el señor! Incluso estoy temblando de la impresión. ¿Cómo podría ser cierto? ¿Una boda? Ni pensarlo, señor, ni pensarlo. Siempre estoy en la cocina y no hablo jamás con nadie. No veo a los criados de las Illinski desde el mes pasado, ni tan siquiera recuerdo cómo se llaman. Incluso me he olvidado de la cara que

tiene la señorita...

—¡Basta, basta! —exclamó Oblomov impaciente, despidiendo a la mujer con un ademán.

—¿Quién podría decir una cosa semejante? —concluyó Anisia dirigiéndose hacia la puerta—. Si lo dijo Nikita es porque es un tonto y los tontos son capaces de decirlo todo. Pero yo... si no tengo tiempo para hablar con nadie de nada... El icono es testigo de lo que digo, señor...

La mujer desapareció, pero su voz continuó oyéndose en el pasillo.

«¡Eso es! Anisia, lo mismo que yo, cree que no es posible —murmuró Oblomov estrujándose las manos—. ¡Oh, felicidad, qué frágil e incierta eres! —añadió con amargura—. ¡El velo, el azahar, el amor! Pero ¿dónde encontrar el dinero para todo esto? ¡También a ti hay que comprarte, puro y honesto amor.

A partir de aquel momento, Oblomov se sintió lleno de zozobra. Dormía mal, comía poco, y miraba en torno suyo con expresión melancólica, no sintiendo el menor interés por nada. Había intentando asustar a Zajar con el relato del lado incómodo del matrimonio. Pero, en realidad, lo que consiguió con ello fue asustarse a sí mismo y percatarse de que, a pesar de su poesía, el matrimonio, la boda, suponía un paso más hacia una realidad mucho más importante y llena de penosos deberes.

Había imaginado su conversación con Zajar de un modo muy distinto. Recordó su intención de soltar a Zajar la noticia, para verle caer a sus pies llorando de alegría. Había pensado dar veinticinco rublos a él y diez a Anisia... Lo recordaba todo perfectamente; la sensación de felicidad que había experimentado al contacto de la mano de Olga, su apasionado beso... Pero continuaba sintiendo que el frío se apoderaba de él.

«Se ha marchitado, se ha pasado también», murmuró una voz en su interior. ¿Qué sucedería ahora?

V

OBLOMOV no sabía ahora cómo mirar a Olga ni tampoco qué decirle, por lo que resolvió no visitarla el miércoles y aplazar su entrevista hasta el domingo, cuando la casa estuviera llena de extraños y no hubiera la menor posibilidad de hablar con ella a solas. No deseaba contarle las estúpidas murmuraciones de los criados para no inquietarla con cosas que ya no tenían remedio. Pero comprendía que resultaría difícil no decirle algo, y estaba más que convencido de que Olga conseguiría sonsacarle todo lo que ocultaba en lo más profundo de su corazón.

Tras de haber tomado esta decisión, Oblomov se sintió mucho más tranquilo, y empezó a escribir una carta al vecino que se encargaba de su propiedad, suplicándole que arreglara las cosas como mejor le pareciera y le contestara cuanto antes.

Después empezó a pensar en la forma de llenar el largo día, que tan repleto hubiera estado con la presencia de Olga, sus canciones y la invisible comunicación de sus espíritus.

Entonces acordó visitar el miércoles a Iván Gerasimovich para pasar el día lo mejor posible. El domingo estaba aún lejos y quizá para entonces ya habría recibido carta de Oblomovka.

Al día siguiente le despertaron los ladridos y los saltos desesperados del perro atado a su cadena. Alguien había entrado en el patio y preguntaba no se sabía qué. El portero llamó a Zajar, y Zajar entregó a Oblomov una carta con el matasellos de la ciudad.

—De la señorita Illinski —dijo Zajar al entregársela.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Oblomov con voz áspera—. No es de ella.

—Las cartas que Olga Sergeievna le escribía este verano eran todas como ésta.

«¿Estará enferma? ¿Qué habrá sucedido?», se preguntó Oblomov mientras abría el sobre. Olga escribía: *No quiero esperar hasta el miércoles. Te he echado tanto de menos estos días, que te esperaré mañana, hacia las tres de la tarde, en el Jardín de Verano.*

Esto era todo. La ansiedad se apoderó de nuevo de Oblomov. Le conturbaba la idea de que no sabría qué decir a Olga ni cómo mirarla. «¡No puedo! ¡Me es imposible! ¡No sabría qué hacer», se dijo.

Pero se sintió tranquilizado al pensar que probablemente Olga acudiría a la

cita acompañada por su tía o bien alguna otra persona, María Semionovna, por ejemplo. Esperaba que delante de otras personas le sería fácil disimular su turbación y mostrarse galante y hablador.

«¡Y precisamente a la hora de comer!», se dijo al siguiente día mientras con ánimo deprimido se dirigía al Jardín de Verano.

En cuanto se adentró por la avenida principal vio a una dama que se levantaba de un banco y se dirigía hacia él. La dama se cubría la cara con un velo y Oblomov no pensó que pudiera ser Olga. ¿Sola? ¡Imposible! ¡No se habría atrevido ni encontrado una excusa para salir de casa! Sin embargo, es su manera de andar. Sus pies se mueven con tanta ligereza que parece como si anduviera deslizándose sobre la arena. Otro hombre la hubiera reconocido por el vestido o el sombrero, pero Oblomov, aún después de haber pasado toda una mañana con ella, hubiera sido incapaz de decir qué vestido llevaba.

Había poca gente en el parque. Una pareja de viejecitos que paseaban muy despacio, hablando probablemente del estado de su salud... Dos mujeres y dos niñeras con unos niños de caritas amoratadas por el frío.

La mujer del velo se acercaba... «¡Es ella!», se dijo Oblomov horrorizado, deteniéndose en seco y negándose a creer lo que veían sus ojos.

—¿Cómo estás? ¿Qué ocurre, Olga? —dijo Oblomov estrechando la mano de la joven.

—¡Cuánto te agradezco que hayas venido! —repuso Olga sin contestar a sus preguntas—. Empezaba a temer que no vendrías.

—¿Cómo has podido venir tú? ¿Cómo te las has arreglado para conseguirlo? —preguntó Oblomov perplejo.

—¿Por qué me haces esas preguntas? ¿Qué importancia tiene? Sencillamente, deseaba verte y he venido. Eso es todo.

Olga estrechó la mano de Oblomov con efusión, mirándole con expresión feliz, gozando profundamente de aquellos instantes robados al destino. La joven estaba encantadora.

—¡Si supieras qué contenta estoy! ¡Qué contenta! —repitió Olga sonriendo y mirando a su novio—. ¡Ayer pensé que no podría verte hoy y me sentí en extremo deprimida! Por eso te escribí. ¿Estás contento?

Y al decir esto miró atentamente a Oblomov.

—¿Por qué tienes ese talante tan sombrío? ¿Por qué permaneces callado? ¿No estás contento? Parece como si estuvieras adormilado. ¡Despierte, caballero,

que Olga está aquí!

Y, con ademán decidido, le cogió por un brazo.

—¿No te encuentras bien? ¿Qué te sucede? —insistió.

—Sí, me encuentro perfectamente, y estoy contento de verte —se apresuró a decir Oblomov—. Sólo que me preocupa el que hayas venido sola...

—Esto es asunto mío —replicó Olga enojada—. ¿Hubieras preferido que me acompañase mi tía?

—Acaso hubiera sido mejor.

—De haber sabido que pensabas así, se lo hubiese pedido —exclamó Olga ofendida, soltándole la mano—. Yo, tonta de mí, creía que nada sería tan de tu agrado como poder permanecer a solas conmigo.

—Y es cierto. Pero... ¿cómo te las compusiste?

—Poco importa cómo me las haya compuesto. Hablemos ahora de otra cosa. Escucha... ¿Qué iba a decirte? Lo he olvidado...

—Tal vez ibas a decirme cómo has podido venir sola... —sugirió Oblomov mirando con inquietud a su alrededor.

—¡Otra vez con lo mismo! No... ¿Qué quería decirte? Bien. Ya me acordaré después. ¡Qué hermoso es todo esto! Las hojas han caído... *feuilles d'automne*... ¿Recuerdas a Víctor Hugo? El sol cae sobre el Neva. Vamos al río a remar un poco.

—Pero ¿qué dices? Hace un frío terrible y sólo llevo la levita.

—Tampoco yo llevo más que el vestido. Pero ¿qué más da?

Olga corrió arrastrando a Oblomov tras ella. Éste se resistía. Pero al cabo no le quedó más remedio que subir a una barca.

—Pero, ¿cómo has podido venir sola? —repitió Oblomov inquieto.

—¿Te lo digo al fin? —dijo Olga cuando llegaron al centro del río—. Ahora ya puedo decírtelo, pues no puedes ir corriendo; de otro modo, eso es lo que harías...

—¿Por qué? —preguntó Oblomov alarmado.

—¿Vendrás mañana? —preguntó a su vez Olga, en lugar de contestar a la pregunta de Oblomov.

«Cualquiera diría que ha adivinado mi intención de no venir», pensó Oblomov.

—Sí —contestó en voz alta.

—¿Vendrás por la mañana y permanecerás todo el día?

Oblomov titubeó.

—Entonces no te diré todo lo que tengo que decirte.

—Me quedaré todo el día.

—Está bien —empezó Olga con expresión seria—. Te he rogado que vinieras por que quería pedirte...

—¿Qué querías pedirme? ¡Dios mío! —exclamó Oblomov lleno de impaciencia—. Pero ¿cómo has logrado venir?

—¿Hoy? ¿Que cómo he conseguido venir? Pues... espera un momento... Pero ¿a qué viene hablar de eso ahora?

Olga, metiendo la mano en el agua, salpicó el rostro de Oblomov, que cerró los ojos mientras ella se echaba a reír.

—¡Qué fría está el agua! ¡Se me ha helado la mano! ¡Oh, qué divertido es! ¡Qué contenta me siento! —continuó—. Ven mañana otra vez, pero tienes que ir directamente a casa.

—Y tú, ¿has venido de casa? ¿Adonde has ido?

—A una tienda.

—¿A qué tienda?

—¡Pero si ya te lo he dicho en el jardín!

—No, no me lo has dicho.

—¿No? ¡Qué raro! Me habré olvidado. He ido con el lacayo a la joyería.

—¿De veras?

—Sí. ¿Y qué iglesia es ésa? —preguntó Olga al barquero señalando a lo lejos.

—¿Cuál? ¿Aquélla? —inquirió el hombre.

—Es Smolny —contestó Oblomov sin poder dominar su inquietud—. Bien, fuiste a la joyería. ¿Y luego?

—Luego... ¡Oh, había algunas cosas tan preciosas! ¡Qué pulsera!

—¡No estamos hablando de pulseras! —exclamó Oblomov irritado—. ¿Qué hiciste luego?

—Pues, nada... —repuso Olga distraída, mirando a su alrededor.

—¿Y dónde has dejado al lacayo? —preguntó, impaciente, Oblomov.

—Se fue a casa —repuso Olga mientras contemplaba los edificios de la orilla opuesta.

—¿Y tú?

—¡Qué bello es todo esto! ¿No podemos ir allí? —preguntó Olga señalando con la sombrilla la otra orilla del río—. Tú vives allí, ¿verdad?

—Si.

—¿En qué calle? Enséñamela.

—Bien. Pero ¿qué has hecho del lacayo?

—Nada —contestó Olga con la misma indiferencia de antes—. Le envié a buscar mi pulsera a casa y yo me vine aquí.

—¿Cómo pudiste hacerlo? —inquirió Oblomov mirándola fijamente a los ojos, pues cada vez se sentía más alarmado—. Estoy hablando en serio, Olga. ¡Basta de bromas!

—No bromeo. Es la pura verdad. Dejé la pulsera en casa con toda intención, cuando *ma tante* me pidió que fuera a la joyería. ¡A ti no se te hubiera ocurrido! —añadió la joven con orgullo, como si hubiera realizado una gran proeza.

—¿Y si vuelve el lacayo?

—He dicho en la joyería que me esperase, que había ido a otra tienda. Pero en vez de ir a ella, he venido a verte a ti.

—¿Y si María Mijailovna pregunta a qué otra tienda has ido?

—Le contestaré que he ido a ver a la modista.

—¿Y si pregunta a la modista?

—¿Y si el Neva se desborda, y si la barca zozobra, y si la calle Morskaia y nuestra casa quedaran sepultadas, y si de pronto dejaras de quererme...? —dijo Olga lanzando algunas gotas más de agua a la cara de Oblomov.

—El lacayo debe de haber vuelto ya y estará esperándote —insistió Oblomov protegiéndose el rostro—. ¡Eh, barquero, a la orilla!

—¡No, no! —gritó Olga al hombre de los remos.

—Regresemos, Olga. El lacayo debe de haber vuelto ya —repitió Oblomov.

—Déjale. ¡Que espere!

Pero, Oblomov consiguió con su insistencia hacer que la joven regresara al parque, que él empezó a cruzar a grandes zancadas.

Olga, por el contrario, intentaba andar lentamente, apoyándose en su brazo.

—¿Por qué tienes tanta prisa? —decía de vez en cuando Olga—. Espera, no corras. Quiero estar a tu lado todavía un poco más.

Olga caminaba con gran lentitud, apretándose contra él, su mejilla pegada a la de Oblomov, escuchándole distraída, en tanto él hablaba de deberes y obligaciones.

—Escucha, Olga —dijo Oblomov en tono solemne—. Aún a riesgo de que te disgustes conmigo, tengo que repetirte una vez más que hemos ido demasiado lejos. Creo que es mi deber decírtelo.

—¿Decirme qué?

—Que no está nada bien que nos andemos viendo a escondidas.

—Ya me dijiste eso el verano pasado.

—Sí. Pero entonces me dejé convencer y arrastrar de nuevo. Con una mano te empujaba y con la otra te retenía... Tú me creíste y yo... te engañé. El sentimiento era nuevo para mí...

—Y ahora no lo es y comienzas a aburrirte, ¿no es eso?

—¡Oh, no, Olga! Eres muy injusta conmigo. Quise decir que el sentimiento era nuevo para mí y que por esta razón no supe comportarme de un modo razonable. Mi conciencia me atormenta. Tú eres joven, no conoces a la gente. Además, eres tan pura, tu amor es tan sagrado, que ni por asomo se te ocurre pensar que alguien pueda criticar nuestro comportamiento.

—Pero ¿cuál es nuestro comportamiento? ¿Quieres decírmelo?

—Engañas a tu tía al salir de casa a escondidas, al verte a solas con un hombre... Prueba a explicar todo esto el domingo, delante de las visitas...

—¿Por qué no? —repuso Olga sin alterarse—. Lo haré... Ya verás...

—Entonces verás cómo tu tía se avergüenza de ti —continuó Oblomov—, y cómo las damas abandonan la casa y los hombres te lanzan miradas provocativas.

Olga pareció reflexionar.

—Si, querida —murmuró Oblomov apretándole las manos—. Pero por eso mismo debemos tener aún mayor cuidado con lo que hacemos. No anhelo más que poder acompañarte por esta avenida sin tener que ocultarnos de nadie, y quiero que toda la gente baje la mirada respetuosamente delante de ti, en lugar de mirarte con ojos provocativos. Anhelo que nadie pueda sospechar que una joven orgullosa como tú haya perdido la cabeza, olvidado el pudor y el honor, abandonando el

camino del recto deber...

—Pero ¿es que yo he olvidado el pudor y el honor? —exclamó Olga con altanería, retirando su mano.

—Ya lo sé que no, mi inocente angelito. No soy quien lo dice, sino el mundo; la gente será quien lo dirá. Jamás te lo perdonarían. Trata de comprender, por favor, lo que te pido. Quiero que seas tan pura y sin tacha a los ojos del mundo como lo eres en realidad.

Olga continuó andando pensativa.

—Esfuérzate en comprender por qué te digo todo esto. Puedes ser desgraciada, y entonces yo tendría la culpa de ello. La gente aseguraría que yo te he conducido al abismo con toda intención. Tú eres pura y crees en mí, pero no podrás hacer que todos crean del mismo modo.

—Es cierto —dijo Olga de súbito—. Escúchame —añadió con resolución—, mañana mismo se lo diremos todo a *ma tante*, y le pediremos su bendición.

Oblomov palideció intensamente.

—¿Qué te ocurre, Ilia Illich? —preguntó Olga al verle.

—¡Espera, espera! ¿A qué tanta prisa? —se apresuró a murmurar Oblomov.

—¿No eras tú el que me dabas prisa hace dos semanas? —preguntó Olga con labios temblorosos, mirando a su novio con expresión de indignación.

—Entonces no tenía en cuenta los preliminares imprescindibles. ¡Pero éstos son tantos! —exclamó Oblomov dejando escapar un suspiro—. Esperemos a que reciba carta de Oblomovka.

—Pero ¿por qué tenemos que esperar esa carta? ¿Es que tal vez la respuesta que recibas puede hacerte cambiar de intención? —preguntó Olga mirándole atentamente y tratando de leer en su rostro.

—¡Qué ocurrencia! No, de ningún modo. Pero he de tener en cuenta la respuesta que me den, antes de poder hablar con tu tía. No quiero hablarle de amor, sino de negocios, y aún no estoy en condiciones de hacerlo.

—Le hablaremos de negocios en cuanto recibas la carta. Pero en el entretanto, todo el mundo sabrá que estamos prometidos y así podremos vernos todos los días. Te echo mucho de menos, Ilia Illich. Los días se me hacen interminables sin ti —añadió—. Todos se dan cuenta de lo que me sucede, y me acosan a preguntas, refiriéndose a ti de un modo velado... ¡Estoy cansada de todo esto!

—¿Se refieren a mí? —inquirió, Oblomov, tan asustado que apenas si pudo pronunciar las palabras.

—Sí, gracias a Sonichka.

—¿Lo ves? ¿Lo ves? ¡No quisiste escucharme e incluso te enojaste conmigo!

—Pero ¿qué es lo que tengo que ver? Yo sólo veo que eres un completo cobarde... A mí no me da miedo que se refieran a mi...

—No. No soy un cobarde. Lo que ocurre es que soy cauto. ¡Pero, por Dios santo, vámonos de aquí, Olga! Mira, por ahí viene un coche. ¿Será de algún conocido? ¡Vámonos, vámonos de aquí!

—Sí, vámonos —repuso Olga, sugestionada por los temores de Oblomov.

Y ambos jóvenes abandonaron el parque casi corriendo. Oblomov miraba aterrorizado a su alrededor, y Olga se cubrió el rostro con el velo.

—Entonces, hasta mañana —dijo Olga cuando llegaron ante la tienda donde esperaba el lacayo.

—No, será mejor pasado mañana, o el otro... el viernes o el sábado...

—Pero ¿por qué?

—Pues... porque supongo que para entonces ya habré recibido la carta...

—Es posible. Pero ven mañana a comer, ¿entendidos?

—¡Bien, bien, muy bien! —murmuró Oblomov apresuradamente, y Olga entró en la tienda.

«¡Oh, querida mía! ¡Adónde hemos llegado! ¡Qué peso ha caído sobre nosotros! ¿Qué puedo hacer ahora? ¡Sonichka! ¡Zajar! ¡Los dos jóvenes aquellos!»

VI

NI siquiera notó que Zajar le servía la comida completamente fría. Y luego de comer se encontró, casi sin advertirlo, echado en el sofá, donde a poco se sumió en un profundo sueño.

Al día siguiente se estremeció al simple pensamiento de que tenía que ir a ver a Olga e imaginar las miradas intencionadas que le lanzarían todos.

El portero le recibía siempre en el tono más amistoso del mundo; Semion corría a buscarle un vaso de agua en cuanto indicaba su deseo de beber, y tanto Katia como la niñera le sonreían amistosamente. En todos los ojos podía leer: «¡Piensa casarse con ella!». Y esto que aún no había hablado con la tía. Carecía de dinero, no sabía cuándo podría tenerlo ni cuánto se le remitiría de Oblomovka, e incluso ni casa tenía aún. ¡Bella perspectiva para pensar en el matrimonio!

Al cabo decidió que mientras no recibiera dinero de Oblomovka, tan sólo vería a Olga los domingos, en presencia de los invitados de su tía y de ella. En consecuencia, al día siguiente no se preparó para la visita a Olga. No se lavó ni se vistió, y permaneció tumbado, leyendo unos periódicos franceses que le habían prestado en casa de las Illinski. Luego anunció a Zajar y a Anisia que en lo sucesivo comería todos los días en casa, excepto algún que otro domingo, y Anisia tuvo que apresurarse a ir al mercado para comprar comida para el señor.

Los hijos de la dueña de la casa entraron a verle, y durante un rato Oblomov estuvo corrigiendo las cuentas del niño, y escribiendo modelos de caligrafía en el cuaderno de la niña. Luego escuchó los trinos de los canarios, contemplando de cuando en cuando, a través de la puerta entornada, los fascinadores codos de la dueña de la casa.

Hacia la una, Agafia Matveievna le preguntó, desde el otro lado de la puerta, si deseaba comer algo. Acababa de sacar del horno unos apetitosos pastelitos. Inmediatamente le trajeron unos cuantos y un vaso de vodka. La agitación de Ilia Illich fue apaciguándose y poco a poco se adueñó de él un sopor en el que permaneció sumido hasta la hora de la comida. Después de comer, cuando ya estaba a punto de dormirse en el sofá, se abrió la puerta y apareció la dueña de la casa, cargada con dos montones de calcetines, que depositó sobre dos sillas. Ilia Illich le ofreció la tercera para que la mujer se sentara. Pero Agafia Matveievna estaba acostumbrada a trabajar de pie.

—Hoy me he ocupado de sus calcetines —empezó a decir la dueña de la casa—. Cincuenta y cinco pares y casi todos agujereados.

—¡Qué amable es usted! —repuso Oblomov acercándose a ella y cogiéndola por un codo, como si bromease. Agafia Matveievna sonrió.

—¿Por qué se toma esas molestias por mí? Hace usted que me sienta avergonzado.

—No tiene la menor importancia. Es mi deber. Usted no tiene a nadie que le cuide y a mí me gusta hacerlo —continuó la mujer—. Entre todos hay veinte pares inservibles. Seria inútil zurcirlos.

—Pues tírelos, no pierda el tiempo con ellos. ¿Por qué ha de entretenerse con esa porquería? ¡Me compraré otros nuevos!

—¿Tirarlos? ¿Por qué? Éstos se pueden zurcir muy bien.

—Pero siéntese, por favor. No permanezca usted de pie —rogó Oblomov.

—No, gracias. Se lo agradezco, pero no tengo tiempo —repuso Agafia rechazando la silla de nuevo—. Hoy tenemos colada.

—¡Es usted un ama de casa maravillosa! —exclamó Oblomov mirando el escote de Agafia Matveievna.

Ésta sonrió.

—Bien, entonces, ¿zurzo los calcetines? Tendré que comprar algodón o hilo. Me lo trae una mujer de la ciudad, pues el que venden aquí es muy malo.

—Hágalo, puesto que se empeña y es tan amable... Sólo lamento que tenga usted que molestarse tanto por mi...

—En absoluto, Ya le digo que me gusta hacerlo. Éstos los remendaré yo misma. Estos otros se los entregaré a Granni. Mañana mi cuñada vendrá a pasar unos días con nosotros, y como por la noche no tendremos nada que hacer, nos dedicaremos a remendarlos. Mi Masha empieza a aprender a hacer calceta. Pero todavía se le escapan las agujas. Son demasiado grandes para sus manos.

—¿De veras está aprendiendo?

—Si.

—¡No sé cómo agradecerle todo lo que hace usted por mí! —dijo Oblomov mirándola con el mismo placer que por la mañana había mirado los pastelillos calientes—. Le estoy profundamente agradecido y deseo pagar mi deuda. Compraré un vestido de seda para Masha y la vestiremos como una muñequita.

—¡Oh, no tiene usted por qué hacerlo! No tiene nada que agradecerme. ¿Y qué haría Masha con un vestidito de seda? Si todo lo que se pone lo echa a perder en seguida.

La mujer recogió los calcetines y se dispuso a marcharse.

—¿Por qué tiene usted tanta prisa? —dijo Oblomov—. Quédese un poco más conmigo. No tengo nada que hacer.

—Otro rato, un día de fiesta. Y venga a tomar café con nosotros. Hoy es el día de la colada y tengo que ir a ver si Akulina ha empezado ya.

—Bien, no quiero molestarla —contestó Oblomov mirándola cuando la mujer se volvió de espaldas.

—¡Ah, he cogido su *jalat* del cuarto de los armarios! —continuó Agafia—. Lo puedo lavar y remendar y aún puede servirle muchos años. La tela es bonísima.

—No es necesario. Ya no lo uso. He perdido la costumbre de ponérmelo, y tampoco quiero volverlo a hacer.

—Bueno, es lo mismo. Yo lo arreglaré por si algún día cambia usted de idea. ¡Tal vez cuando se case usted! —concluyó la dueña sonriendo y cerrando la puerta.

«¡También ella lo sabe! ¡Todo, todo el mundo lo sabe!», se dijo Oblomov dejándose caer en la silla que había ofrecido a la dueña.

De nuevo tornó a colmar de reproches a Zajar y a Anisia, repitiéndose los juramentos y las excusas por parte de ellos.

Al día siguiente Zajar le pidió permiso para ir a la calle Gorojovaia a visitar a sus antiguos amigos. Pero Oblomov se lo denegó.

—¡Allí todavía no lo saben, y tú estás pensando en írselo a comunicar! —dijo en tono amenazador.

Pasó el miércoles, y el jueves recibió una carta de Olga preguntándole por qué no había ido a verla como habían convenido. En la carta, la joven afirmaba que se había pasado toda la tarde llorando y que apenas le fue posible dormir por la noche.

«Llora y no duerme. ¡Pobre ángel mío! —exclamó Oblomov—. ¿Por qué habrá de quererme así? ¿Por qué tengo que quererla yo? ¿Por qué nos conocimos? Andrei es el culpable. Esto no es vivir. ¿Cuándo conseguiré finalmente la tranquilidad y la paz?»

Escribió a Olga diciéndola que había atrapado un resfriado en el Jardín de Verano y que de resultas de él había permanecido, en la cama dos días.

Olga contestó que deseaba que se cuidase mucho y que no fuera el domingo, si aún no se encontraba perfectamente bien.

Oblomov disponía ahora de una excusa para no ir a visitarla. Se pasó todo el

domingo en casa y tomó café con la familia de Agafia Matveievna. Luego mandó a Zajar a comprar helados y bombones. Pero el criado apenas si pudo regresar. El Neva se había helado ya y los puentes no estaban montados aún. Otra excusa para no presentarse el miércoles.

Entretanto, Olga le envió algunos libros para que los leyera y los comentase en la primera entrevista que tuvieran. Oblomov llegó a leer quince páginas de uno de ellos, y luego se lo prestó a Agafia Matveievna, quien tras de deletrear el título, dijo que ya se lo pediría para Navidad a fin de que Vania lo leyera en voz alta.

Habían puesto algunas tablas sobre el Neva, y Nikita apareció con otra carta de Olga y otro libro. Oblomov se escondió de Nikita, e hizo que le entregasen una carta para Olga en que comunicaba a la joven que tenía la garganta hinchada y no podía ir. «Es muy aburrido esperar —se decía—. Pero será mejor que no te vea hasta que pueda hablar con tu tía.»

Cuando Nikita se alejaba, Oblomov le estuvo siguiendo con la vista para evitar que hablase con sus criados, e incluso amenazó con el dedo a Anisia, que se había asomado con la intención de dirigir la palabra al criado de Olga.

VII

DE este modo transcurrió una semana entera. Todos los días, al levantarse, Oblomov preguntaba lleno de ansiedad si ya habían montado los puentes sobre el Neva.

—Todavía no —le contestaron aquel día. Oblomov se pasó el día escuchando el tictac del reloj, el ruido del molinillo de café y los trinos de los canarios. Las gallinas, por el contrario, no daban señales de vida, pues se habían escondido en el gallinero.

No había tenido tiempo de leer los libros que Olga le envió. Tan sólo había leído un centenar de páginas de uno de ellos, que luego abandonó.

La mayor parte de las horas se las pasaba con los hijos de la patrona. Vania era un muchacho muy inteligente y en tres lecciones se aprendió las capitales de Europa, e Ilia Illich le prometió regalarle un globo terráqueo la próxima vez que cruzara el río para ir a la ciudad.

Masha le bordó tres pañuelos, muy mal por cierto. ¡Pero era tan divertido ver a la niña correr hacia él para enseñarle cada puntada que daba en la tela!

Oblomov charlaba con la patrona siempre que a través de la puerta entornada veía moverse unos blancos y gordezuelos codos. Por el movimiento de ellos pronto aprendió a saber si molía café, planchaba o cosía.

Varias veces intentó hablar con la abuelita, pero le fue imposible entablar una verdadera conversación con ella. La anciana se detenía en medio de una palabra y comenzaba a toser.

El hermano de la patrona era la única persona de la casa a la que no veía jamás, salvo cuando cruzaba ante la ventana, siempre llevando bajo el brazo el gran fajo de papeles.

Un día Oblomov entró en la habitación donde estaban todos comiendo juntos. Pero el hermano desapareció en el acto hacia su habitación del piso superior.

Al fin una mañana, cuando Oblomov se encontraba tomando el café matinal, Zajar le anunció que los puentes sobre el Neva ya habían sido instalados. Al oír la noticia el corazón de Zajar experimentó una fuerte sacudida. «¡Mañana es domingo! —pensó inmediatamente—. Ahora tendré que ir a casa de Olga, soportar las maliciosas miradas que me lanzará todo el mundo, y decirle a ella cuándo pienso hablar con su tía, siendo así que continúo en el mismo *impasse*.

Imaginó el momento en que su noviazgo sería del dominio público, las felicitaciones de todo el mundo, la comida de gala... Por otra parte, tendría que hacer un regalo a Olga. ¡Un regalo, Dios mío! ¡Pero si solamente disponía de doscientos rublos! No recibiría dinero de Oblomovka hasta después de Navidad, o quizá mucho más tarde, una vez recogida la cosecha.

Todos estos pensamientos luchaban abiertamente con su deseo de volver a contemplar el bello e interesante rostro de Olga, sus bellos ojos, sus finas y bien arqueadas cejas... Pero ¿qué podría decirla? ¿Cómo solucionar lo del noviazgo? ¿Cómo hacerse con dinero?

«Aguardaré un poco más. Tal vez llegue la carta mañana o pasado mañana.» Hizo cálculos sobre cuándo habrían recibido la suya, cuánto tiempo necesitaría el vecino para contestarle, y cuándo podría llegar la respuesta. «Estará aquí dentro de tres o cuatro días a lo sumo. No iré a ver a Olga hasta entonces —decidió—: Probablemente ella no sabe que ya han montado los puentes...»

—Katia, ¿han montado ya los puentes? —preguntó aquella misma mañana Olga en cuanto abrió los ojos.

Hacía la pregunta todas las mañanas. Pero Oblomov ni lo sabia ni lo sospechaba.

—No lo sé, señorita. Aún no he visto al portero ni al cochero esta mañana, y Nikita no lo sabe tampoco.

—¡Nunca sabes nada de lo que te pregunto! —contestó Olga enojada.

—Espere, señorita. Ahora mismo voy a enterarme. No he ido antes porque temía que la señorita se despertara mientras yo estaba fuera. En seguida me enteraré —repuso Katia saliendo con gran diligencia.

Olga abrió su secreter y leyó una vez más la última carta de Oblomov. «Está enfermo el pobre —pensó llena de angustia—. Se encuentra solo y deprimido. ¡Dios quiera que pueda venir pronto.»

Katia regresó en aquel momento con las mejillas arreboladas.

—¡Esta noche los han montado! —dijo alegremente.

Olga se apresuró a saltar del lecho. Katia la tomó en sus brazos y la cubrió con una bata, calzándola luego con unas lindas zapatillas. Olga entonces abrió el escritorio de nuevo, sacó un sobre y se lo entregó a Katia. Todo esto fue hecho en menos de un minuto. «¡Oh, mañana es domingo y se apresurará a venir!», pensó Olga. La joven se vistió rápidamente, desayunó en menos tiempo y salió de compras con su tía.

—¡Mañana iremos a misa a Smolny, *ma tante*! —suplicó la joven a su tía.

—Bien, si quieres... —murmuró la tía enarcando las cejas sorprendida—. Pero está tan lejos...

Olga deseaba ir a aquella iglesia porque Oblomov se la había señalado. Deseaba ir allí para rezar por la salud de Oblomov, para que no dejara de quererla y para que se acabasen de una vez tantas inquietudes y vacilaciones... ¡Pobre Olga!

Al fin llegó el domingo. Olga cuidó de que la comida fuera del agrado de Oblomov. La joven se puso un vestido blanco y la pulsera que él le había regalado bajo los encajes; se peinó como a él le gustaba, y tomando asiento ante el piano empezó a cantar Casta diva. Desde el verano su voz no había sonado con un timbre tan dulce y agradable. Luego se dispuso a esperar.

A poco apareció el barón, que dijo a Olga que estaba mucho más guapa que durante el pasado verano, aunque un poco más delgada.

—El aire de la ciudad no le sienta bien —dijo el hombre—. Necesita usted el aire del campo, Olga Sergeievna.

—¡Oh, sí, el campo! —repuso Olga pensativa.

—Hablando del campo —continuó el barón—. El mes que viene será fallado su pleito y en abril ya podrá usted ir a sus propiedades. No son muy extensas, pero su emplazamiento es magnífico. Le gustará, ya verá. La casa y el jardín son encantadores. Hay un pabellón en la cumbre de la colina. La vista es maravillosa... Seguramente no recuerda usted nada, pues tenía sólo cinco años cuando su padre abandonó la propiedad y la sacó a usted de allí...

—Qué alegría me da usted! —exclamó Olga.

Al mismo tiempo pensó: «Todo está arreglado. Iremos a vivir allí. Pero no quiero que sepa nada hasta que...»

—¿El mes que viene, barón? —preguntó a continuación en voz alta—. ¿Seguro?

—Tan cierto como que es usted muy bonita, hoy en especial —contestó el barón, yéndose a saludar a la tía.

Olga permaneció soñando en su felicidad futura. No diría nada a Oblomov de lo de su propiedad hasta ver cómo se sacudía el yugo de la pereza y de la abulia. O quizá sí se lo diría. Lo haría cuando se presentara triste y compungido para despedirse de ella por un mes, con objeto de ir a Oblomovka. Tal vez entonces le diría que ya no era necesario que se fuera, que podrían casarse e ir en verano, juntos, a Oblomovka... Pero no, sería mejor no decirle nada en absoluto.

Entonces corrió en busca del barón para rogarle que no dijera «a nadie» lo de sus propiedades. En este «nadie» incluía tan sólo a Oblomov.

Olga estuvo esperando toda la mañana, y hacia las tres de la tarde su belleza empezó a marchitarse. ¿Qué sucedía? ¿Por qué no se presentaba Oblomov?

La joven se sentó a la mesa afligida por una tal tristeza, que fue extraño que nadie se apercibiera de ello. Permaneció esperando a Oblomov hasta las diez de la noche, hasta que al cabo, desesperada, se encerró en su cuarto. Primero empezó haciendo a Oblomov toda suerte de reproches, pero al final, arrepentida, se dijo: «¡Pobrecillo! Debe de estar enfermo. ¡Y se encuentra tan solo! ¡Ni siquiera puede escribirme!»

Olga tardó bastantes horas en conciliar el sueño, y cuando lo consiguió fue de una manera inquieta, soñando en alta voz. Por la mañana se despertó tranquila y decidida, aunque estaba bastante pálida.

El lunes por la mañana, Agafia Matveievna se asomó a la habitación de Oblomov y le anunció: —Ahí fuera hay una señorita que desea verle.

—¿A mí? ¡Imposible! —contestó Oblomov apresuradamente—. ¿Dónde está?

—Ahí. Ha llamado a nuestra puerta por error. ¿La hago pasar?

Oblomov no había tomado aún una decisión cuando Katia surgió ante él. La patrona entonces les dejó solos.

—¡Katia! —exclamó Oblomov más que sorprendido—. ¿Qué vienes a hacer aquí?

—La señorita ha venido —contestó la doncella en voz baja—. Y me envía a preguntarle...

Oblomov palideció.

—¡Olga Sergeievna! —masculló horrorizado—. ¡No es posible! ¡Katia, te estás burlando de mi! ¡No vengas a atormentarme!

—¡Le juro que es cierto! Está en un coche de alquiler, junto al salón de té, y quiere venir aquí. Dice que haga usted salir a Zajar inmediatamente. Piensa estar aquí dentro de poco.

—Será mejor que vaya yo. Ella no puede venir aquí.

—No le dará tiempo. Puede llegar de un momento a otro. Cree que se encuentra usted enfermo. Adiós, me voy corriendo. Está sola y me espera.

Y la doncella se alejó rauda.

Oblomov se puso los zapatos, la corbata y la levita y llamó a Zajar.

—Zajar, el otro día me dijiste que querías ir a visitar a tus amigos de la calle de Gorojovaia, ¿verdad? Pues ahora te doy permiso para que vayas —dijo al criado presa de una agitación febril.

—Hoy no tengo en absoluto ganas de ir —contestó Zajar resueltamente.

—¡Sí, tienes que ir sin falta! —insistió Oblomov.

—¿Por qué he de ir en un día de trabajo? No quiero ir —repuso Zajar con gran obstinación.

—Ve y diviértete, hombre. No seas terco. Cuando tu amo te da permiso para que salgas... ¡Anda, vete y diviértete con tus amigos!

—¡Vaya unos amigos!

—¿No deseas verles?

—Son todos tan estúpidos que prefiero no verlos.

—Bien, de todos modos márchate —repitió Oblomov obstinado.

—No. Hoy me quedaré en casa. Ya iré el domingo —contestó Zajar impasible.

—¡Vete en seguida, inmediatamente! —dijo Oblomov en tono conminatorio.

—Pero ¿por qué tengo que ir tan lejos porque sí?

—Vete a dar un paseo de dos horas. Te conviene, es un consejo de tu amo. Estás medio dormido —afirmó Oblomov.

—Creo que tengo la cara de siempre.

«¡Dios mío! ¡Y Olga puede llegar de un momento a otro!», se decía Oblomov sudando de pánico.

—Vamos, vete a dar una vuelta. Ahí tienes veinte *kopeks*, por si quieres tomar algo con un amigo.

—Bien, me quedaré en la puerta. No hace tiempo para andar por el hielo...

—No. Tienes que irte más lejos, al otro lado del río. «¡Qué curioso! Me envía a pasear. Jamás lo había hecho hasta la fecha», pensó Zajar.

—Ya estuve el domingo, Ilia Illich...

—Quieres irte de una vez, ¿si o no? —gritó Oblomov acercándose a su criado con expresión amenazadora.

Zajar desapareció asustado y Oblomov llamó a Anisia.

—Vete al mercado —dijo— y compra algo para la comida.

—Ya lo he comprado todo, señor. La comida estará a punto dentro de poco —repuso Anisia.

—¡Cállate y escucha! —gritó Oblomov—. Bien —añadió dulcificando su tono—. Compra unos espárragos... —agregó tratando de buscar algo que la mujer pudiera comprar.

—¡Pero si no es la época de ellos! ¡Ahora es imposible encontrarlos!

—¡Vete inmediatamente! —gritó Oblomov fuera de sí— y no te dejes ver por aquí hasta dentro de dos horas por lo menos. Anisia, asustada, escapó a toda prisa.

—¡Qué extraño! —dijo Zajar a Anisia cuando se encontraron en la puerta—. El señor me ha regalado veinte *kopeks* y me ha dicho que me fuese a pasear.

—Él sabrá lo que desea —contestó Anisia con buen criterio—. Tú convida al cochero que siempre te convida a ti y yo iré al mercado como me han ordenado.

—Ocurre una cosa rara, Artemio —dijo Zajar al cochero, mientras tomaban unas copas—. Mi señor me ha ordenado que fuera a dar una vuelta y me ha entregado veinte *kopeks* para que me divirtiese...

—¡Seguramente quiere emborracharse también, y no quiere que tú sientas envidia! ¡Vamos allá!

Y ambos hombres se encaminaron a una calle próxima.

Anisia, por su parte, se dirigió a una encrucijada desde donde podía observar la casa de su amo, y se ocultó allí para ver lo que pasaba.

Oblomov esperó lleno de impaciencia y ansiedad. De súbito, el perro comenzó a ladrar.

—¡Maldito perro! —exclamó Oblomov, y corriendo hacia la puerta la abrió en el mismo instante en que Olga llegaba al umbral.

La joven venía sola, pues Katia se había quedado esperándola en el coche.

—¿Te encuentras bien? ¿No estás en la cama? ¿Qué te ha pasado? —inquirió Olga entrando en el despacho de Oblomov.

—Estoy mejor. Ya casi no me duele la garganta —repuso Oblomov, tocándosela ligeramente y tosiendo levemente.

—¿Por qué no fuiste ayer a casa? —pregunto Olga mirándole tan fijamente que Oblomov no supo qué responder.

—Pero ¿por qué te has atrevido a venir, Olga? —dijo al cabo, asustado—.

¿Es que no te das cuenta de lo que has hecho?

—Luego hablaremos de eso —dijo Olga impaciente—. Ahora te estoy preguntando qué significa tu actitud.

Oblomov guardó silencio.

—¿Has vuelto a tener algún orzuelo?

Oblomov continuaba sin despegar los labios.

—No has estado enfermo ni te ha dolido la garganta —afirmó más bien que preguntó Olga.

—No —murmuró Oblomov con el aire de un colegial sorprendido en falta.

—Me has engañado. ¿Por qué, si puede saberse?

—Te lo explicaré todo, Olga —repuso Oblomov—. Una razón en extremo importante me ha mantenido alejado de ti durante estos quince días... Temía...

—¿Qué era lo que temías? —preguntó Olga, sentándose y quitándose el sombrero y el abrigo.

Oblomov cogió ambas prendas de manos de la joven y las depositó en el sofá.

—A las murmuraciones...

—¿Y no temías por mí? ¿Por mis noches en vela, imaginando toda suerte de desgracias, y a punto casi de enfermar por tu culpa? —repuso Olga mirándole con inquietud a los ojos.

—Tú no puedes imaginar lo que yo sufro —contestó Oblomov—. Me devora la ansiedad. No sabes lo que ha sucedido.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Olga fríamente.

—¡Que los rumores sobre nosotros han llegado muy lejos! No quería asustarte y hasta temía presentarme ante ti.

Entonces explicó a Olga lo que le habían dicho Zajar y Anisia, el retazo de conversación de los dos jóvenes del teatro y concluyó afirmando que desde entonces no había podido dormir y que en todos los ojos parecía leer una pregunta, un reproche o una alusión a sus citas.

—Bien. Pero hemos decidido hablar con *ma tante* esta semana —dijo ella—. Entonces esos rumores carecerán de fundamento, caerán por su base.

—Si. Pero yo no quería hablar con tu tía hasta haber recibido la carta de Oblomovka. Sé que me hará preguntas no sobre el cariño que siento por ti, sino

sobre mis propiedades, y me pedirá detalles que no me será posible darle hasta que haya recibido contestación de la aldea. Olga lanzó un suspiro.

—¡Si no te conociera bien —murmuró la joven con entonación pensativa—, Dios sabe lo que pensaría de ti! ¡Temiste disgustarme con las murmuraciones de los criados, pero, en cambio, no has tenido inconveniente en producirme la ansiedad que he sufrido durante todos estos días! No lo comprendo, Ilia Illich.

—Temía que las murmuraciones te afectasen demasiado. Katia, María, Semion y ese loco de Nikita han andado por ahí diciendo toda suerte de estupideces.

—Lo sabía desde hace mucho tiempo —repuso Olga con indiferencia.

—¡Cómo! ¿Lo sabías?

—¡Pues claro! Katia y la niñera me hablaron de ello hace meses, me acosaron a preguntas e incluso me felicitaron...

—¿Que te felicitaron? ¿De veras? —preguntó Oblomov lleno de horror—. ¿Y qué les respondiste tú?

—Nada. Me limité a darles las gracias. Regalé a la niñera un chal y ella prometió ir en peregrinación a la capilla de San Sergio. Yo, por mi parte, prometí arreglar su boda con el pastelero. También la pobre tiene sus problemas amorosos...

Oblomov miró a su novia entre asustado y sorprendido.

—Vienes a casa todos los días y es muy natural que los criados hablen —añadió Olga—. Siempre son los primeros en hacerlo. Y lo mismo sucedió con Sonichka. ¿Por qué te alarmas tanto?

—¿De modo que los rumores provienen de ahí? —dijo Oblomov lentamente.

—Pero tienen una base, ¿no es cierto?

—Desde, luego —respondió Oblomov en un tono que no era propiamente de interrogación ni de negación—. Sí —dijo a renglón seguido—, tienes razón. Sólo que yo no quería que se supiera nada de nuestras citas y por este motivo me sentía asustado.

—Estás asustado, tiemblas como un niño... ¡No acabo de comprenderlo! ¿Es que estás engañándome?

Oblomov sentíase intranquilo ante la mirada inquisitiva de Olga.

—Escúchame, Ilia Illich —dijo la joven—. En lo que me estás diciendo hay algo que suena a falso... Vamos, dime de una vez qué es lo que piensas. Podías

haberte quedado en casa un día, dos a lo sumo, incluso toda una semana por simple precaución. Pero tenías que haberme avisado, haberme escrito. No soy ninguna chiquilla y no es tan fácil engañarme. ¿Qué significa todo esto?

Oblomov reflexionó unos momentos y luego besó la mano de Olga.

—Voy a decirte lo que pienso, Olga —murmuró—. Después de tantas inquietudes y cuidados me siento agotado. Preciso un descanso, aunque sólo sea de unos cuantos días...

—¿Y cómo es que a mí no me sucede nada de eso y únicamente me siento tranquila y en paz en los momentos en que estoy a tu lado?

—Tú eres joven y fuerte, me quieres con un amor sereno y tranquilo, mientras que yo... ¡No puedes saber cómo te quiero! —murmuró Oblomov deslizándose hasta el suelo y besándole la mano a la joven.

—No estoy muy segura de saberlo. Pero eres tan extraño que no sé qué pensar, y mucho me temo que pronto dejaremos de comprendernos.

Ambos guardaron silencio.

—¿Y qué te has dedicado a hacer durante todos estos días? —pregunto Olga de pronto, paseando la mirada en torno suyo—. Esta habitación es muy desagradable. ¡Qué baja de techo es! Las ventanas son muy pequeñas y el papel de las paredes está descolorido... Supongo que tendrás otras habitaciones, ¿no?

Oblomov se apresuró a enseñarle el piso, deseoso de no tener que explicar a la joven lo que había estado haciendo aquellos días. Luego Olga tomó asiento en el sofá y Oblomov lo hizo a sus pies.

—Bien, ¿en qué has estado ocupado durante estos quince días? —insistió Olga.

—Pues... He leído, he escrito un poco y he pensado mucho en ti...

—¿Has acabado de leer los libros que te he enviado? ¿Qué te han parecido? Quisiera llevármelos a casa.

Olga cogió un libro que se encontraba sobre la mesa y miró la página por la que estaba abierto, la cual aparecía cubierta de polvo.

—¿No has acabado de leerlo aún? —preguntó.

—No —repuso Oblomov.

Olga contempló los cojines bordados, las ventanas cubiertas de polvo, el escritorio; introdujo la pluma en el tintero, que tenía la tinta seca, y lanzó una mirada amenazadora a Oblomov.

—Estoy segura de que no has leído ni escrito una sola palabra —dijo con acento seco.

—Es que casi no he tenido tiempo —murmuró Oblomov en tono de excusa—. Por las mañanas, cuando me levanto, limpian las habitaciones y me molestan. Luego comienzan a hablar de la comida, los hijos de la patrona vienen a pedirme que les corrija los deberes. Y de este modo llega la hora de comer. Luego de comer... ¿cuándo se puede leer?

—Luego de comer echarás la siesta, ¿no? —dijo Olga más en tono de afirmación que de pregunta, y lo hizo con tanta seguridad, que Oblomov repuso en voz baja: —Sí.

—¿Por qué?

—Para no darme cuenta del transcurso del tiempo. Tú no estabas a mi lado y sin ti la vida es gris, monótona, insoportable.

Oblomov se detuvo. Olga le miraba con ojos severos.

—Ilia Illich —empezó ahora la joven—. ¿Recuerdas aquel día en el parque en que me dijiste por primera vez que la vida te parecía agradable, me aseguraste que yo representaba para ti el mayor anhelo de tu vida, me cogiste de la mano y me dijiste que era tuya...? ¿Recuerdas aún cómo te correspondí?

—¿Cómo podría olvidarlo? ¿No has transformado toda mi vida? ¿No ves lo feliz que soy en el presente?

—No, no lo veo —replicó Olga con frialdad—. Me has engañado. Te estás tornando perezoso otra vez...

—¿Engañado dices? No lo creas. Me arrojaría a un abismo en el acto...

—Sí, si el abismo se encontrase aquí, bajo tus plantas exactamente, en este preciso instante —replicó Olga—, pero si tuvieras que aguardar tres días, empezarías a sentirte asustado y cambarías de pensamiento, sobre todo, si Zajar y Anisia comenzaban a hablar de ello... ¡Esto no es amor, Ilia!

—¿Es que pones en duda mi amor? —dijo Oblomov con acento apasionado—. ¿Es que te figuras que si me siento asustado es por mí, no por ti? Velo por tu buen nombre, como lo haría una madre, vigilo a fin de que las murmuraciones no lleguen a alcanzarte... ¡Ay, Olga! ¡Pídeme cuantas pruebas se te ocurran! Te lo repito, si hubieras de ser más feliz con otro hombre, le cedería mi puesto sin vacilar; si necesitaras mi vida, moriría gustoso por ti —acabó con lágrimas en los ojos.

—¡No necesito nada de todo eso, nadie te lo pide! ¿Para qué necesito tu

vida? Lo que yo quiero es que hagas lo que tienes que hacer. Es muy propio de la gente poco honrada ofrecer sacrificios innecesarios o irrealizables a fin de ahorrarse así lo que realmente exigen de ellos. Tú eres honrado, lo sé de sobras, pero...

—No puedes imaginarte lo que he llegado a sufrir por ti —continuó Oblomov—. Desde que te conocí no pienso en otra cosa... Sí, te lo repito. Tú eres todo mi anhelo en esta vida. Me volvería loco o moriría si llegara a perderte. Sólo por ti aliento, pienso y siento. ¿Cómo te sorprende entonces que cuando no te tengo delante de mí pierda los ánimos y prefiera dormir? Todo me disgusta, todo me sirve de aburrimiento. Soy como un autómata. Camino y lo realizo todo sin darme cuenta de lo que hago. ¡Tú eres el fuego y la fuerza motriz de esta máquina que soy yo! —murmuró cayendo de rodillas a los pies de la joven.

Sus ojos brillaban ahora como no habían brillado desde los lejanos días de los paseos por el parque. De nuevo centelleaba en ellos la confianza en sí mismo y la decisión.

—Estoy resuelto a ir ahora mismo adonde me digas, a hacer todo lo que desees. Cuando me miras, me hablas o cantas para mí, me siento renacer...

Olga escuchaba las apasionadas palabras de su novio con expresión grave y pensativa.

—Escucha, Ilia —dijo al fin la joven—. Sigo creyendo en tu amor y en el poder que ejerzo sobre ti. Pero ¿por qué te empeñas en asustarme con tu indecisión? ¿Por qué quieres obligarme a que dude de ti? Dices que represento todo tu anhelo y, aunque muy lentamente, progresas para conseguirme. Pero aún te queda un buen trecho por recorrer. Tienes que ir mucho más lejos y adelantarme a mí. ¡Esto es lo que espero de ti! He visto a otros, les he visto amar, —añadió exhalando un suspiro— y he podido ver que eran todo actividad, vida. Su descanso es muy distinto del tuyo. Permanecen siempre despiertos y con los ojos muy abiertos. En resumen, actúan. Tú, por el contrario... No, nadie diría que el amor y yo somos el objeto de tu vida...

Olga movió la cabeza con ademán dubitativo.

—Pues sí, lo eres, lo eres tú sola —murmuró besando de nuevo las manos de la joven, presa de una profunda emoción—. ¡Dios mío, qué felicidad! —repitió casi con expresión delirante—. Puedes creer que nadie te decepcionará ni caerá dormido después de semejante despertar, ni dejar de convertirse en un héroe. ¡Ya lo veréis tanto tú como Andrei! —continuó hablando como un iluminado—. ¡Veréis hasta qué alturas puede elevar a un hombre el amor de una mujer como tú! Mírame bien: ¿no he resucitado, no estoy viviendo en este momento? ¡Vámonos

lejos de aquí! ¡Vámonos lejos de este lugar! ¡No puedo permanecer aquí ni un solo instante más! ¡Odio todo esto! —dijo mirando a su alrededor con verdadera repugnancia—. ¡Dios mío, quisiera que este fuego que ahora está ardiendo en mí siguiera ardiendo mañana y siempre! Pero cuando tú no te encuentras a mi lado, el fuego se apaga en mi interior y me desplomo desalentado. ¡Olga, querida Olga! Eres la mujer más maravillosa del mundo, estás por encima de todas las demás mujeres, tú... tú...

Oblomov apretó su rostro contra la mano de la joven y enmudeció. Le era imposible continuar hablando. «¡Qué emocionado está!», se dijo Olga.

—Ya es hora de que me marche —añadió en alta voz, con acento suave.

Oblomov volvió en sí instantáneamente.

—¿Estás aquí, en mi cuarto? —murmuró.

Pero pareció asustarse ante esta idea y no pudo pronunciar una sola palabra más.

A toda prisa cogió el sombrero y el abrigo de Olga, y en su apresuramiento casi le puso el abrigo en la cabeza.

Olga sonrió.

—No te preocupes por mí —dijo la joven intentando tranquilizarle—. *Ma tante* permanecerá todo el día fuera de casa. Tan sólo Katia y la niñera saben que he salido. Acompáñame hasta la puerta.

Cogió del brazo a Oblomov y convencida por completo de su propia inocencia, cruzó con toda calma el patio, mientras el perro ladraba a más y mejor, subió al coche y partió.

Algunas cabezas se asomaron a las ventanas de la casa; Anisia seguía espiando desde su escondrijo. Cuando el coche dio la vuelta a la esquina, la mujer regresó a casa y dijo que había recorrido todo el mercado sin encontrar espárragos. Zajar regresó a casa después de tres horas y se pasó durmiendo tres días seguidos.

Oblomov paseó arriba y abajo de la habitación durante unos minutos, sin sentir el suelo bajo sus pies ni oír el ruido de sus pisadas. Cuando el ruido de las ruedas del coche que se había llevado a su vida y a su felicidad fue ahogado por la nieve, de nuevo sintió una ola de inspiración y los ojos se le nublaron de dicha y emoción. En todo su cuerpo experimentaba una sensación de calor, de energía y ligereza. De nuevo deseó marchar a toda prisa adonde fuera, abandonar aquel lugar, reunirse con Stolz en el extranjero y en compañía de Olga; correr a sus propiedades, volver a contemplar los campos y los bosques, encerrarse en su despacho y entregarse en cuerpo y alma al trabajo; hacer construir la nueva

carretera, leer el último libro aparecido; asistir a la Ópera... Aquella misma noche... sí, puesto que ella había ido a verle a su casa, él iría aquella noche a verla a la ópera.

¡Qué día tan repleto! ¡Qué agradable resultaba respirar aquella atmósfera, vivir en la órbita de Olga, en los rayos de su esplendor virginal, de su joven pero sutil y profunda inteligencia! Le parecía volar en lugar de andar. Seguiría adelante, y cada vez volaría más alto hasta alcanzar a Olga en su maravillosa concepción de la vida, tan diáfana, tan simple y tan natural como la vida misma.

«¡Qué horrible es este lugar! —se dijo luego mirando a su alrededor—. ¡Pero ese ángel ha descendido a esta ciénaga para purificarla con su presencia!»

Ahora Oblomov contempló con expresión acariciadora la silla donde había estado sentada Olga, y de repente sus ojos parecieron despedir vivos fulgores: junto a la silla, en el suelo, había un diminuto guante.

«¡Un guante! ¡Su mano! ¡Es un signo profético! ¡Oh!», exclamó con acento apasionado, besando el guante.

A poco, la patrona se asomó a la puerta y preguntó a Oblomov si quería ver unas camisas que traía un vendedor. Pero Oblomov se limitó a darle las gracias fríamente y ni tan siquiera se acordó de mirarle los codos.

Luego se puso a recordar el verano pasado en todos sus detalles; los árboles, los arbustos, los bancos del jardín, cada una de las palabras que había pronunciado. Y todo le pareció mucho más encantador y agradable que en los instantes en que había gozado de cada uno de aquellos momentos.

Le era imposible dominarse. Cantaba y se dirigía en tono amistoso a Anisia, se burlaba de ella porque no tenía hijos, le prometió apadrinar el primero que tuviera. Luego comenzó a jugar con Masha tan ruidosamente, que la patrona se asomó y ordenó a la niña que saliera inmediatamente del despacho para no «distraer de su trabajo» al señor.

Para que la dicha fuera completa, encontró a Olga contenta y feliz en la ópera. Luego fue a tomar el té con ella y, durante el mismo, la tía, el barón y Oblomov estuvieron charlando tan íntimamente que Oblomov se sintió como un miembro más de la familia. Su vida de hombre solitario había concluido para siempre: desde aquel momento tenía un hogar.

Aquella noche durmió muy poco. Quiso acabar de leer los libros que le había dejado Olga y se leyó un tomo entero y parte de otro.

«De seguro que mañana recibiré carta de Oblomovka —se decía con el corazón alborozado...—. ¡Al fin!»

VIII

AL día siguiente, mientras limpiaba la habitación, Zajar encontró un pequeño guante sobre la mesa escritorio: el criado lo examinó atentamente y luego se lo entregó a Oblomov haciendo una mueca.

—Sin duda debió de olvidársele a la señorita Illinski —dijo.

—¡Imbécil! —tronó Ilia Illich arrancándole el guante de las manos—. ¡Te equivocas! ¿De qué hablas? ¡Es de la mujer que ayer vino a remendarme las camisas! ¿Cómo ha podido ocurrírsete semejante idea?

—¿Por qué imbécil? ¿Qué idea se me ha ocurrido? Me han dicho...

—¿Qué te han dicho?

—Pues que la señorita Illinski y su doncella estuvieron aquí ayer...

—¡Dios mío! —exclamó Oblomov despavorido—. ¿Y qué saben ellos de la señorita Illinski? Tú y Anisia les habréis ido con el cuento...

De pronto Anisia penetró en la habitación.

—¿No te da vergüenza decir esas estupideces, Zajar Trofimich? No le haga caso, señor —dijo—. Nadie dice nada ni sabe nada...

—¡Lárgate de aquí! —gritó Zajar dándole un empujón con el codo—. ¡Y no te metas donde no te importa!

Anisia desapareció. Oblomov amenazó a su criado con el puño y luego abrió la puerta que comunicaba con las habitaciones de la patrona. Agafia Matveievna estaba sentada en el suelo arreglando el contenido de un cajón. La mujer se hallaba materialmente rodeada de montones de retales, ropa vieja, botones y trozos de piel.

—Bien —empezó Oblomov en tono amable, aunque no exento de cierta agitación—; mis criados andan diciendo por ahí una sarta de estupideces. Confío que no les hará usted el menor caso.

—A mí no me han contado nada —repuso Agafia Matveievna—. ¿Qué es lo que andan diciendo?

—Sobre la visita que recibí ayer —prosiguió Oblomov—. Dicen que vino una señorita.

—A nosotros nos tienen sin el menor cuidado la clase de visitas que reciben nuestros huéspedes —repuso la patrona.

—Sin embargo, ruego a usted que no crea nada de lo que dicen. ¡Es absurdo! No era ninguna señorita, sino la camisera que me está haciendo unas camisas. Vino a probarme...

—¿Y dónde ha encargado usted las camisas? ¿Quién se las hace? —preguntó Agafia Matveievna con interés.

—En la tienda francesa.

—Enséñemelas usted cuando se las traigan. Yo conozco a dos muchachas que cortan y cosen mejor que ninguna francesa. Me enseñaron algunas cuando trabajaban para el conde Metlinski, y puedo asegurarle a usted que nadie es capaz de hacerlo mejor. Las camisas que lleva usted ahora no tienen punto de comparación con ésas de que le hablo...

—Muy bien. Ya lo tendré en cuenta. Por favor, no crea usted que ninguna señorita...

—Le vuelvo a repetir a usted que no es asunto mío. Y aunque hubiera venido una señorita...

—No, no —protestó Oblomov—. Además, la señorita a que se refiere Zajar es muy corpulenta y tiene la voz muy gruesa. En cambio, la camisera habla con voz suave. Posee una voz muy dulce y agradable. Por favor, no vaya a suponer...

—No es asunto mío —repitió Agafia—. Pero no se olvide usted de decírmelo cuando quiera encargar otras camisas. Mis amigas cosen de un modo maravilloso... Se llaman Lizabeta Nikolavna y María Nikolavna.

—Muy bien, no lo olvidaré. Pero, por favor, no vaya a pensar...

Dicho esto regresó a sus habitaciones, se vistió y encaminóse a casa de Olga.

Cuando regresó a la suya por la noche encontró sobre la mesa una carta del vecino de Oblomovka que cuidaba de sus propiedades. Oblomov se apresuró a acercarse a la luz, leyó la carta y cuando terminó la lectura permaneció con los brazos caídos a lo largo del cuerpo.

El vecino escribía:

Le suplico a usted encarecidamente que encargue del cuidado de sus fincas a otra persona. Es tanto el trabajo que pesa sobre mi, que no puedo, en conciencia, cuidar de Oblomovka como yo querría. Seria mucho mejor que viniera usted en persona y lo solucionase todo sobre el terreno. Su propiedad es una finca soberbia, pero está muy abandonada. En primer lugar, tendría que distribuirse mejor el trabajo y los censos. Pero esta distribución no puede hacerse sin estar usted presente. Los campesinos se han desmandado, no obedecen al nuevo

administrador y el antiguo es un bribón de siete suelas al que hay que vigilar estrechamente. Por el momento es imposible averiguar a cuánto ascienden sus ingresos. Si todo sigue como hasta ahora, no se extrañe si no recibe más allá de tres mil rublos, y esto en el supuesto de que venga usted mismo a ocuparse de sus asuntos. Esa suma constituye los beneficios que reportará la venta del grano, pues no debe contarse con los censos que tendrían que pagar los campesinos.

La cosecha fue excelente y los precios están muy altos, y si se ocupa usted mismo de vender el grano, podría tener dinero en marzo o abril. Pero en este momento la caja está completamente vacía. En cuanto al puente y la carretera, ha tardado usted tanto en contestar a mi carta, que decidí construir la carretera conjuntamente con Odontsov y Velovodov, desde mi propiedad a Nelki, de modo que pasará a bastante distancia de Oblomovka. Resumiendo, le ruego una vez más que venga usted en persona lo antes posible. Dentro de tres meses le será posible calcular los beneficios que podrá obtener el próximo año. A propósito, ahora estamos en época de elecciones. ¿Le gustaría presentarse para magistrado del distrito? Dése prisa y venga. Su casa está en pésimo estado. Les dije a la lechera, al viejo cochero y a las dos muchachas del servicio que se instalasen en la isba más próxima, de lo contrario se exponen a un grave accidente.

En la carta se incluía la cuenta del número de sacos recogidos y destinados a la venta, juntamente con algunos otros detalles.

«La caja está vacía; tres meses; ir allí; ocuparme de la finca y demás asuntos; establecer los ingresos del próximo año; presentar mi candidatura», todo esto producía a Oblomov el efecto de un tropel de fantasmas que le rodearan. Sentíase como perdido en un bosque en plena noche, cuando nos parece ver en cada árbol o en cada matorral, un ladrón, un cadáver o una alimaña. «Pero no tengo intención de ceder», se repetía intentando hacer frente a la situación del mismo modo que los cobardes tratan de mirar a los fantasmas a través de sus párpados cerrados.

¿Qué esperaba, pues? Había creído que la carta le informaría de la cantidad que cobraría aquel año y que, por supuesto, ésta sería respetable, algo así como seis mil o siete mil rublos; que la casa aún seguía en buen estado, de forma que, en caso necesario, podría vivirse en ella, en tanto se construía la nueva; que podría cobrar inmediatamente tres mil o cuatro mil rublos. En suma, esperaba que aquella carta le proporcionaría el mismo consuelo y energías que le proporcionaban las canciones que cantaba Olga.

Ahora ya no le parecía volar sobre el suelo ni se chanceaba de Anisia, ni le sería posible hacerlo hasta dentro de tres meses.

Mejor dicho, hasta después de transcurridos los tres meses, pues en este

primer período de tiempo sólo habría conseguido poner en orden sus asuntos y enterarse de la marcha de sus propiedades.

En cuanto a la boda... «Generalmente nadie se casa antes de un año —se dijo muy convencido—. ¡Nunca, nunca antes de un año! Primero tendría que concluir de redactar sus planes, luego ponerse de acuerdo con el arquitecto. Después... después...» Suspiró.

«¡Un crédito! —cruzó por su imaginación, pero en el acto rechazó la idea—. ¡Imposible, de todo punto imposible! ¿Y si luego no puedo pagarlo? Si las cosas van mal, los acreedores acudirán a la ley, y el nombre de Oblomov, hasta ahora sin mancha... ¡Dios no lo quiera! Perdería definitivamente la tranquilidad y el completo respeto de mí mismo... ¡No, no! Otros toman dinero a préstamo y luego trabajan y se preocupan, no descansan ni duermen, como si estuvieran poseídos por el demonio. En efecto, una deuda es un demonio, un avieso espíritu al que no se puede exorcizar más que con dinero! Existen, es cierto, algunas personas que viven a costa de los demás, derrochan el dinero a manos llenas, y jamás lo reintegran. ¿Cómo pueden vivir en paz? ¡Es inconcebible! ¡Una deuda! Sólo podía acarrear el deshonor o una condena de trabajo sin fin. ¿Y la hipoteca de Oblomovka? Pero una hipoteca es como una deuda que no puede aplazarse ni cancelarse.» Oblomov sentíase descorazonado y al fin se derrumbó sobre el sofá. Pero en el acto se enderezó. Olga había depositado su confianza en él y no podía defraudarla. Tenía que hacer algo, fuese lo que fuese.

Inmediatamente salió de su habitación y fue a ver a la patrona.

—¿Está su hermano en casa? —preguntó a Agafia Matveievna.

—Sí. Pero ya se ha acostado.

—Por favor. Dígale que venga a verme mañana sin falta —dijo Oblomov—. Me gustaría hablar con él.

IX

EL hermano de Agafia Matveievna entró de la misma forma que lo hizo la primera vez, esto es, tomó asiento en una silla con gran cuidado, escondió las manos en las mangas de su uniforme y permaneció esperando a que Ilia Illich hablase.

—He recibido una carta muy desagradable en relación con mis fincas, en respuesta a la que yo escribí enviando los poderes, ¿recuerda usted? —empezó Oblomov—. Léala, por favor.

Iván Matveich leyó la carta rápidamente y tras de dejarla sobre la mesa, se llevó las manos a la espalda.

—¿Qué cree usted que debo hacer ahora? —preguntó Oblomov al funcionario.

—Su amigo le aconseja que vaya usted cuanto antes —repuso Ivári Matveich—. Mil doscientos kilómetros no son muchos, y la semana que viene los caminos estarán ya en condiciones y podrá hacer el viaje con facilidad.

—No tengo el hábito de viajar y menos en invierno. Además, es muy aburrido vivir solo en el campo.

—¿Tiene usted muchos campesinos que le paguen rentas? —inquirió Iván Matveich.

—Pues no lo sé... Hace mucho tiempo que no he estado en el pueblo.

—Pues debería saberlo usted. Es condición primordial. ¿Cómo puede usted administrarse sin saber cuáles son sus ingresos?

—Sí, tiene usted razón. También lo dice mi vecino. Pero ahora se nos ha echado encima el invierno...

—¿Y cuánto le pagan, más o menos?

—¿Cuánto? Creo que... Espere... yo tenía una lista en alguna parte... Me la hizo Stolz, pero no la encuentro ahora. Zajar debe de haberla escondido. Cuando la encuentre se la enseñaré a usted... Me parece que son treinta rublos por familia.

—¿Cómo son sus campesinos? ¿Cómo viven? —continuó preguntando Iván Matveich—. ¿Son ricos o pobres? ¿Cuántos son los que trabajan para usted?

—Escúcheme —dijo Oblomov acercándose al funcionario y cogiéndole por los hombros amistosamente—.

—Escúcheme usted. Yo no sé nada en absoluto sobre el trabajo de mis campesinos, ni cuándo se les puede considerar ricos o pobres. Ignoro lo que significa un cuarto de cebada, ni cuánto vale, ni cuándo hay que sembrar, recoger la cosecha y venderla. Ignoro igualmente si soy pobre o rico, así como si al año que viene tendré dinero o me veré convertido en un mendigo —acabó Ilia Illich avergonzado de sí mismo, soltando a Iván Matveich—. De forma que puede usted hablarme y aconsejarme como si fuera un chiquillo...

—Pues, tendrá usted que aprender todo eso o, de lo contrario, no podrá poner en orden sus asuntos —repuso Iván Matveich con sonrisa de comprensión—. Un propietario —continuó poniéndose en pie e introduciendo una mano en la abertura de su levita mientras ocultaba la otra en la espalda— un propietario debe conocer sus propiedades y saber administrarlas —afirmó en tono de reconvención.

—Bien. Pero ya le he dicho que no sé nada. Enséñeme usted.

—Yo no he estudiado ese asunto y tendría que consultar con los que lo han hecho. Pero en la carta le piden —prosiguió Iván Matveich— que se presente usted a las elecciones. Yo creo que es una excelente idea. Tendría usted que vivir allí y de este modo conocería a su gente y su propia finca.

—¡Pero si yo no sé lo que es un tribunal de distrito ni lo que se hace en ellos! —replicó Oblomov.

—No tardará en saberlo. A fin de cuentas, usted ha trabajado en una oficina, y el trabajo es lo mismo en todas partes. Además, si dispusiera de un buen secretario, no tendría que hacer nada en absoluto, salvo firmar... Si sabe usted cómo funciona un departamento de Estado...

—El caso es que tampoco sé cómo funciona un departamento de Estado... —masculló Oblomov.

Iván Matveich miró a Oblomov con expresión ambigua y no dijo nada.

—Supongo que se pasa usted el día leyendo, ¿no? —dijo a poco en el mismo tono de antes.

—¡Leyendo! —exclamó Oblomov con entonación amarga, pero se contuvo.

No deseaba desnudar su alma delante de aquel hombre. No tenía motivos para ello.

—¡Pero algo debe usted hacer durante el día! —afirmó Iván Matveich, que había leído la verdad en los ojos de Oblomov—. No es posible pasarse la vida...

—Sí lo es, Iván Matveich. Soy una magnífica prueba de ello. ¿Quién soy yo?

¿Qué soy? Pregúnteselo usted a Zajar y le responderá: «Un caballero». ¡Un caballero! Sí, pero no sé hacer nada en absoluto. Ayúdeme usted, si puede hacerlo y sabe, y cobre por ello lo que guste, pues considero que la ciencia y los conocimientos deben recompensarse...

Oblomov comenzó a medir la habitación a grandes zancadas, en tanto que Iván Matveich, sentado en su silla se volvía cada vez para seguir sus movimientos.

—¿Dónde estudió usted? —preguntó Oblomov deteniéndose.

—Empecé mis estudios en el colegio. Pero al sexto año mi padre me hizo entrar en una oficina, Nunca pasé, pues, de los estudios elementales. En cambio, creo que usted estudió ciencias en una universidad...

—Sí —admitió Oblomov lanzando un suspiro—. Es cierto. Yo estudié matemáticas superiores, economía política y derecho, pero no sé nada de todo eso. A pesar de las matemáticas que estudié, ignoro cuáles son mis ingresos. Tanto en mi casa como en las de los vecinos he visto cosas muy distintas de como yo las había estudiado... Se me aseguró que los conocimientos me servirían para conseguir más tarde un buen empleo... Sea lo que fuere, lo cierto es que ha llegado el momento de la verdad y ahora no sé cómo componérmelas para salir adelante...

—Todo se arreglará, no se preocupe usted —repuso al cabo Ivan Matveich.

Oblomov escuchaba atentamente, en espera de que el funcionario dijera algo más.

—Habría que ponerlo todo en manos de una persona conocedora de la administración de fincas rústicas y traspasarle los poderes.

—¿Y dónde encuentro yo a ese hombre?

—Tengo un compañero, Isai Fomich Zatiorti, que es tartamudo, pero se trata de un hombre de negocios con gran experiencia. Estuvo de administrador de una gran propiedad durante tres años. Pero el propietario le despidió a causa de su tartamudez, y desde entonces está trabajando en mi oficina.

—Pero, ¿se podría confiar en él?

—Le aseguro a usted que es la honradez personificada. Perdería su propio dinero para complacer a su amo. Hace once años que trabaja en mi oficina.

—¿Cómo podría ir al campo si trabaja en su oficina?

—Podría solicitar una licencia por cuatro meses. Si lo desea usted, puedo hacer que venga. Así le conocerá. Por supuesto, no creo que quiera trabajar de balde...

—Desde luego —admitió Oblomov.

—Podría usted pagarle los gastos de viaje y manutención y luego, al acabar su trabajo, abonarle la suma global que convinieran.

—Se lo agradezco sinceramente, Iván Matveich. No sabe usted qué peso me quita de encima —dijo Oblomov estrechando la mano del funcionario—. ¿Cómo ha dicho usted que se llama su amigo?

—Isai Fomich Zatiorti —repitió Iván Matveich—. Hablaré con él mañana y haré que venga conmigo por la tarde.

—Sí, vengan a comer y hablaremos. ¡Se lo agradezco mucho, muchísimo! —repitió Oblomov, en tanto Iván Matveich se dirigía a la puerta.

X

LA noche de aquel mismo día, Iván Matveich y Tarantiev se encontraban sentados en una de las habitaciones del piso alto de una casa de dos plantas, una de cuyas fachadas daba a la calle donde habitaba Oblomov y la otra al malecón.

En la planta baja, destinada sólo a taberna, los cocheros bebían alegremente. Ante la puerta de la taberna se alineaban sus coches. El piso superior estaba reservado a las «señoras» de Viborg.

Iván Matveich y Tarantiev tenían ante ellos una botella de ron medio vacía.

—¡Ron de Jamaica auténtico! —exclamó Iván Matveich, sirviendo a su amigo con mano temblorosa—. No lo desprecies, hermano.

—Creo que lo merezco —repuso Tarantiev—. Jamás podrás esperar tener un huésped como el que te he proporcionado.

—Tienes razón, tienes razón —contestó Ivan Matveich—. ¡Y si todo sale bien y Zatiorti va a la finca, sacaremos también una buena tajada!

—Eres un cochino avaro, compadre. Tendré que regatear un poco contigo —afirmó Tarantiev—. ¡Cincuenta rublos por una pieza como ésta!

—Sí, pero temo mucho que se marchó. Siempre está hablando de cambiarse de casa —manifestó Iván Matveich.

—¡No seas tonto! ¿Dónde quieres que vaya? Supongo que no le harás caso.

—Pero, ¿y la boda? He oído decir que piensa casarse.

Tarantiev se echó a reír.

—¿Casarse dices? Apuesto lo que quieras a que no lo hace —contestó—. ¡Pero si no puede acostarse sin la ayuda de Zajar! ¿Cómo quieres que se case? Yo soy su bienhechor. De no ser por mí, hace ya tiempo que le habrían desvalijado y metido en la cárcel. Si un inspector de policía le hace la menor pregunta, es hombre perdido, y entonces tengo que correr para sacarle del atolladero! No sabe nada de nada.

—En esto tienes razón. No sabe lo que se hace en un departamento de Estado ni tiene la menor idea sobre los campesinos. ¡Qué tipo más extraño! ¡Cómo me ha hecho reír hoy!

—¿Y el contrato, el contrato que le hicimos firmar? —prosiguió Tarantiev—; Amigo, eres un mago pergeñando documentos de esa clase. Me recuerdas un poco

a mi padre. Yo también sabía hacerlo antes, pero he perdido la costumbre. ¡Pensar que lo firmó sin siquiera echarle un vistazo, y que incluiste en el contrato la cuadra, el huerto, el gallinero!

—Sí, amigo. Mientras en Rusia queden tipos dispuestos a firmar documentos sin leerlos, no tenemos por qué asustarnos. De no ser por esto... ¿Qué es lo que he ganado con tantos años de servicio que llevo? Desde luego no carezco de lo imprescindible, Pero ya no es como antaño. Ahora los «niños bonitos» lo han echado a perder todo. Ellos son los que ocupan los mejores puestos y no hay modo de ascender...

—Además, que no saben nada de su oficio —agregó Tarantiev,

—Sí saben, pero todo lo quieren más sencillo, sin tantas complicaciones como antes. Dicen que escribiendo así perdemos el tiempo. ¡Pero lo echan a perder todo!

—¡Pero el contrato está firmado y no pueden anulárnoslo! —afirmó Tarantiev.

—Desde luego, no hay nadie que pueda variar las cosas. Pero bebamos, amigo. Cuando Zatiorti vaya a la aldea, chupará un poquito, que heredarán de menos los herederos.

—Pero si apenas los tiene —repuso Tarantiev—. Algunos primos terceros y algún que otro pariente lejano.

—¡Pero esa boda me da miedo! —murmuró Iván Matveich.

—No tengas miedo. Créeme, no pasará nada en absoluto.

—¿Tú crees? —respondió Iván Matveich contento—. ¿No sabes que mira a mi hermana con ojos de cordero degollado?

—¿De veras?

—Te doy mi palabra.

—¡Vamos, hombre! —exclamó Tarantiev en el colmo del estupor—. ¡Jamás lo hubiera imaginado! ¿Y ella, cómo lo toma?

—¿Ella? Ya la conoces.

Y diciendo esto dio un terrible golpe sobre la mesa.

—¡Si ella fuera capaz de velar por sus intereses! ¡Pero es una vaca, una verdadera vaca! Tanto si le pegan como si le abrazan, sólo sabe sonreír y enseñar los dientes como un caballo ante un puñado de cebada verde... Otra en su lugar... Pero ya andaré con cuidado. Piensa en lo que podría significar.

XI

¡CUATRO meses! ¡Cuatro meses de citas secretas y de miradas sospechosas! —pensó Oblomov mientras ascendía la escalera de casa de las Illinski—. ¿Cuándo acabará todo esto? Y Olga me dará prisas. Hoy, mañana... ¡Es tan resuelta, tan tenaz en todas sus cosas!»

Oblomov llegó hasta las habitaciones de Olga sin encontrar a nadie por el camino. La joven se encontraba en un pequeño saloncito, entregada a la lectura de un libro. Oblomov apareció ante ella tan de improviso que la joven se sobresaltó al verle. Inmediatamente, sin embargo, le tendió la mano, sonriéndole con expresión afectuosa. Pero sus ojos parecía como si aún siguieran fijos en las páginas del libro.

—¿Estás sola? —preguntó Oblomov.

—Sí. *Ma tante* ha ido a Tsarskoe Selo. Me ha dicho si quería acompañarle, pero yo he preferido quedarme en casa. Comeremos poco menos que solos. Sólo vendrá María Semionovna. De no ser así, no habrías podido quedarte. No podrás hablar con mi tía hasta mañana —dijo Olga con expresión de tristeza, pero, rehaciéndose, sonrió y dijo—: ¿Te hubiera gustado que no se hubiera ido a Tsarskoe Selo?

Oblomov no respondió.

—¿Hay algo nuevo que te preocupa? —continuó Olga.

—Al fin he recibido la carta que esperaba.

—¿Dónde está? ¿La has traído? Oblomov entregó la carta a Olga.

—No entiendo una palabra —dijo Olga contemplando el papel.

Oblomov leyó la carta en voz alta y Olga permaneció pensativa.

—¿Y qué piensas hacer?

—Esta mañana he consultado con el hermano de mi patrona —contestó Oblomov— y me ha recomendado a un tal Zatiorti como administrador. Le pediré que se ocupe de todo y...

—¿Es que piensas encargar a un extraño, a un desconocido, el cuidado de cosas tan delicadas?

—Mi vecino afirma que Zatiorti es la honradez personificada, que hace doce años que trabajan juntos... Sólo que el hombre tartamudea un poco.

—Y ese hermano de tu patrona, ¿qué tal es? ¿Le conoces acaso?

—No. Pero me parece un hombre práctico en sus cosas y muy entendido. Además, viviendo en casa, no creo que trate de engañarme.

Olga no respondió y permaneció contemplando el suelo.

—De lo contrario, tendría que ir personalmente a Oblomovka —dijo Oblomov en son de excusa—y he perdido por completo el hábito de viajar, sobre todo, en invierno... Bien, en realidad no he viajado nunca.

Olga seguía sin levantar la vista.

—Y aun en el supuesto de que hiciera el viaje, no sabría cómo proceder y los campesinos me engañarían. ¡Qué lástima que no esté aquí Andrei! Él lo solucionaría todo.

Olga sonrió, aunque sólo de labios para afuera, pues sentía una gran congoja en su corazón. Luego miró a través de la ventana, viendo pasar los coches y la gente.

—A lo que parece, ese tal Zatiorti administró antes una gran propiedad —continuó Oblomov—, aunque el propietario le relevó del cargo por culpa de su tartamudez. Mi intención es concederle amplios poderes para que haga construir la casa, cobre las rentas, *etc.* ¡Cuánto me alegro, Olga, de no tener que dejarte! —exclamó besándole la mano—. ¡Hubiera sentido tanto tener que marcharme solo...! Eso sí, tendremos que andar con mucho cuidado...

Olga le miró con los ojos abiertos de par en par, esperando que acabase de hablar.

—Sí —empezó Oblomov lentamente, poco menos que tartamudeando—. A partir de ahora tendremos que vernos sólo de vez en cuando... Ayer empezaron a hablar de nosotros en casa de la patrona, y eso no me gusta nada... En cuanto todo esté solucionado, lo que no puede tardar más de un año, ya no tendremos que volver a separarnos, se lo diremos a tu tía y... y...

Oblomov miró a Olga. La joven se había desmayado. Pero Oblomov no se dio cuenta de ello hasta aquel instante.

—¡Katia! ¡Katia! ¡La señorita! ¡La señorita se encuentra mal! —gritó Oblomov fuera de sí.

Katia apareció con el frasquito de sales y un poco de agua, y Olga no tardó en volver en sí. La joven se puso en pie con ayuda de Katia y de Oblomov y se dirigió a su habitación.

—No es nada —murmuró—. Son los nervios. He dormido muy mal esta noche pasada. Cierra la puerta, Katia, y déjame. Y tú espérame —ordenó a

Oblomov—. En seguida estaré bien y saldré.

Oblomov permaneció solo por espacio de media hora. De cuando en cuando acercaba el oído a la puerta y miraba por el ojo de la cerradura, pero no conseguía oír ni ver nada. Al fin fue a preguntar a Katia.

—Se encuentra mejor —repuso la doncella—. He entrado a verla y estaba sentada en un sillón.

Oblomov regresó al salón dispuesto a seguir esperando. Mientras lo hacía, los pensamientos acudieron a su mente. No, sería mucho mejor hablar con la tía inmediatamente, casarse, e irse luego a la finca para arreglarlo todo. Podía pedir prestado el dinero necesario para la boda y devolverlo con lo que sacara de la cosecha... ¿Por qué se sentía tan profundamente descorazonado? En último extremo, podía escribir a Stolz, que le prestaría el dinero y...

De súbito se sintió tan contento, que llamando a la puerta del cuarto de Olga, gritó: —¡Olga, Olga, tengo que decirte una cosa! ¡Hablaré con tu tía hoy mismo y me iré a casa siendo ya tu prometido oficial!

La puerta se abrió lentamente y en el umbral apareció Olga. Al verla, Oblomov sintió que toda su alegría se desvanecía como por ensalmo. La joven parecía haber envejecido, en sus ojos se leía una decisión que Oblomov, aunque estaba lejos de suponerla, sintió que llenaba de angustia su corazón.

—¡Olga, por favor, no me mires así! ¡Me asustas! —murmuró—. He cambiado de idea. He decidido —continuó bajando progresivamente la voz e intentando descubrir el pensamiento de Olga—, he decidido ir personalmente a la finca y arreglarlo todo cuanto antes... a fin de poder... —concluyó con voz casi imperceptible.

Olga le miraba en silencio, como pudiera hacerlo un fantasma. Oblomov comenzó a sospechar el sentido de aquella muda expresión de la joven, pero sintió miedo de saberlo. Al cabo, tembloroso, preguntó: —¿Lo has comprendido bien, Olga?

Olga hizo un movimiento de afirmación con la cabeza. Oblomov adivinó el veredicto y palideció intensamente.

—¿No me odiarás? —preguntó.

—¿Por qué? —repuso Olga con voz débil.

—Por todo lo que te he hecho.

—¿Qué me has hecho?

—Te he querido: ¡Es una ofensa!

Una sonrisa de compasión apareció en aquel momento en los labios de Olga.

—Por tu error —continuó Oblomov bajando la cabeza—. Pero quizá con el tiempo puedas llegar a perdonarme si recuerdas que un día anuncié que acabarías avergonzándote de mí, que te arrepentirías...

—No me arrepiento de nada... Tan sólo estoy dolida... muy dolida... —murmuró Olga deteniéndose unos instantes para tomar aliento.

—Tanto peor —contestó Oblomov—. Pero ¿por qué razón has de sufrir tú?

—Sufro por mi orgullo —murmuró Olga—. He sido castigada justamente. Confié excesivamente en mi poder. Éste fue mi verdadero error, no el que tú suponías. Creía que lograría resucitarte. Pero veo que estás muerto desde hace mucho tiempo. No quise ver mi error, y ahora... —terminó lanzando un suspiro, incapaz de seguir hablando.

Se interrumpió unos instantes.

—No puedo mantenerme en pie —dijo a continuación sentándose—, pues me tiemblan las piernas. Ahora ya me sería imposible hacer nada de lo que he hecho por ti. Estás muerto, Ilia. ¿No lo crees tú también? ¿No me acusarás nunca de haberte abandonado por orgullo o por capricho?

Oblomov dijo que no con un movimiento de cabeza.

—¿Estás convencido de que no queda ninguna esperanza?

—Sí, tienes razón —repuso Oblomov—. Pero quizás... —añadió sin excesiva convicción—, quizá dentro de un año...

—¿Crees efectivamente que en un año eres capaz de poner en orden tus asuntos y tu vida entera? —preguntó Olga—. Piénsalo bien.

Oblomov reflexionó; en su espíritu se había entablado una dura lucha.

—Atiéndeme —prosiguió Olga, que adivinó la lucha que tenía lugar en el interior de Oblomov—. Mientras estaba en mi cuarto me ha parecido que el retrato de mi madre me daba consejos y fuerzas. Si me dices... Pero ten presente que no somos niños, y que de lo que digas depende toda nuestra vida... Si puedes prometerme, con toda sinceridad, que estás dispuesto a vivir toda la vida a mi manera, y a ser para mí lo que yo quiero que seas... Si puedes decirme plenamente convencido de ello, «sí», me volveré atrás en mi decisión, nos casaremos e iremos adonde sea juntos, al extranjero, si quieres, a Oblomovka, incluso a Viborg.

Oblomov guardó silencio.

—¡Si supieras cómo te quiero!

—No es preciso que me lo digas. Ahora no deseo más que una breve respuesta a mi pregunta —contestó Olga, en tono marcadamente seco.

—¡No me atormentes, Olga! —suplicó Oblomov.

—Bien, Ilia. ¿Tengo o no tengo razón?

—Si —contestó Oblomov, con súbita resolución—. La tienes.

—Entonces debemos separarnos antes de que nadie nos vea aquí y pueda darse cuenta de mi turbación.

—Como quieras, Olga.

—Cada día irás durmiéndote más profundamente, ¿no es cierto? Me conoces de sobras y sabes cuál es la clase de vida que ansío vivir. Tú no podrías seguirme, y en cuanto a mí, acabaría muriéndome de dolor.

Oblomov deseaba huir, escapar de allí cuanto antes, pero las piernas se negaban a obedecerle. Trataba de hablar, pero la lengua no quería moverse.

—Bien, entonces... —empezó penosamente, pero se interrumpió y sus ojos acabaron la frase comenzada: «¡Adiós!»

Tampoco a Olga le era posible hablar. Ahora no era más que una mujer derrotada por el dolor.

—¡Adiós, adiós! —suspiró entre dos sollozos.

Oblomov no se movía de su sitio y Olga se dejó caer en el sillón, donde empezó a sollozar desconsoladamente, no como la noche del parque, sino con un dolor amargo y desolado, semejante a la lluvia otoñal sobre los desnudos campos.

—Olga —logró decir al fin Oblomov—, ¿por qué te atormentas de ese modo? ¡Yo no merezco nada! ¡Pero, por favor, ten piedad de ti misma! Me quieres y no podrás separarte de mí. ¡Tómame como soy, ama lo bueno que hay en mí!

—No, no... —pudo decir al fin Olga—. No temas por mí. Me conozco bien. Te lloraré una vez por todas y luego se secarán mis lágrimas. Vete... No, espera... Dios me está castigando... ¡Cómo me duele... aquí... en el corazón!

Tornó a sollozar.

—¿Y si no consigues consolarte? —murmuró Oblomov—. ¿Y si tu salud se resiente? Estas cosas son muy traicioneras. Olga, ángel mío, no llores... Olvídalo todo...

—No, te lo suplico, déjame llorar. No estoy llorando por el futuro, sino por el pasado —murmuró la joven con dificultad—. No soy yo quien llora, sino mis recuerdos. El verano... el parque... ¿Recuerdas, Ilia? Ahora estoy pensando en la

avenida, en las lilas... ¡Oh, cómo me duele el corazón! ¡Cómo me duele!

—¿Y si murieras? —preguntó Oblomov horrorizado—. Olga, Olga, piensa que...

—No —contestó Olga tratando de mirar a Oblomov a través de sus lágrimas—. Muy tarde he comprendido lo que amaba en ti, lo que Stolz me había contado de ti, no existía en realidad. Eres cariñoso, dulce, bueno, es cierto... Pero hay algo que no puedes darme y que ni yo misma sé exactamente de lo que se trata... En cuanto a ternura... Todos pueden dármela...

Las piernas se negaban a sostener a Oblomov. Tuvo que dejarse caer en un sillón, donde permaneció un rato pasándose el pañuelo por su frente sudorosa.

Las palabras de Olga le habían herido cruelmente. En la expresión de sus ojos podía leerse: «Sí, soy un desgraciado, no valgo para nada. ¡Puedes decírmelo a la cara y avergonzarme, si ése es tu deseo!»

De pronto, Olga se dio cuenta de la dureza y crueldad de sus últimas palabras.

—Perdóname, Ilia —dijo con ternura, la voz empañada por las lágrimas—. No sé lo que me digo. ¡Estoy como loca! Olvídalo todo y seamos como antes. Que todo continúe del mismo modo...

—No —repuso Oblomov, levantándose con repentina decisión—. Ya no es posible. No te reproches nada por haberme dicho la verdad. Lo merezco de sobras...

—¡Soy tan extraña, tengo unas ideas tan raras! —añadió Olga—. Pero ¿por qué las otras mujeres, Sonichka, por ejemplo, pueden ser dichosas?

De nuevo rompió a llorar.

—¡Vete! —dijo al cabo—. ¡No puedo soportarlo más! ¡El pasado me es todavía demasiado querido!

Y Olga enterró su rostro en el pañuelo, intentando ahogar los sollozos que subían a su garganta.

—¿Por qué habrá salido todo mal? —preguntó de pronto—. ¿Quién te maldijo, Ilia? Eres amable, inteligente, cariñoso, noble. Sin embargo, estás perdido... irremisiblemente perdido... ¿Qué es lo que te está aniquilando? ¿No tiene nombre esa enfermedad?

—Sí la tiene —murmuró Oblomov.

Olga le dirigió una mirada de interrogación, los ojos empañados de

lágrimas.

—¡Se llama oblomovismo! —suspiró Oblomov. Dicho esto, cogió la mano de Olga e intentó besarla. Pero no pudo. Se limitó a estrecharla contra sus labios y unas ardientes lágrimas cayeron sobre los dedos. Inmediatamente, sin dejar ver su rostro, giró sobre sus talones y abandonó la estancia.

XII

SÓLO Dios sabe por dónde anduvo vagando Oblomov y lo que hizo durante el resto de aquel día. Pero lo cierto es que regresó a su casa muy entrada la noche ya. La patrona fue la primera en oírle llamar y avisó a Zajar y a Anisia que su amo acababa de llegar.

Ilia Illich casi no se dio cuenta de que Zajar le desnudaba, le quitaba los zapatos y le ponía sobre los hombros el viejo *jalat*.

—¿Qué ocurre? —preguntó finalmente.

—La patrona lo ha traído. Es la bata del señor, lavada y remendada —repuso Zajar.

Al entrar, Oblomov se había desplomado en un sillón y allí seguía inmóvil. A su alrededor todo estaba sumido en la mayor oscuridad. Mantenía la cabeza apoyada en una mano, sin darse cuenta de la oscuridad ni oír el tictac del reloj. Un caos de pensamientos, vagos e imprecisos, cruzaban por su cerebro como nubes dispersas.

De este modo pasó la noche. Permanecía despierto, sí, pero su espíritu se hallaba ausente. No advirtió que el día apuntaba ya ni oyó la tos seca de la abuela, ni los distintos rumores de la casa, que comenzaba a despertarse.

A las nueve entró Zajar con una bandeja con el desayuno y se acercó al lecho.

—¿Dónde está? —exclamó al ver el lecho vacío, dejando caer en el suelo lo que llevaba en la mano.

Al ver a su señor sentado en el sillón, corrió hacia él.

—¿Por qué ha pasado la noche en el sillón, Ilia Illich?

Oblomov miró a su criado con expresión abstraída y murmuró:

—¿Por qué has tirado el café y roto la taza? Y poniéndose en pie se aproximó a la ventana. Estaba nevando.

—¡Nieve, nieve, nieve! —repitió con expresión ausente—. Todo ha quedado enterrado —murmuró para sí.

Luego se dejó caer en el lecho, sumiéndose en un profundo sueño del que no despertó hasta el mediodía.

Poco después de las doce le despertó el ruido que hizo la puerta del

departamento de la patrona: un brazo desnudo, sosteniendo un plato, pasó a través de la puerta entornada. En el plato había un trozo de pastel.

—Hoy es domingo —dijo una voz de tono amistoso—. Hemos hecho pastel. ¿Quiere usted probarlo?

Pero Oblomov no contestó. Se había adueñado de él una violenta fiebre.

CUARTA PARTE

I

HABÍA transcurrido un año desde la enfermedad de Ilia Illich. Este año produjo muchos cambios en diversas partes del mundo. Un país se hallaba en plena agitación mientras otro recobraba la paz. Algunas de las lumbreras que iluminaban el mundo se habían apagado, pero otras nuevas surgieron para sustituirlas. Aquí se entronizaban nuevos ídolos, allí se derrumbaban convertidos en polvo ciudades y pueblos. Donde desaparecía una vieja vida, nacía otra nueva, como la hierba en la primavera...

En Viborg, en casa de la viuda Pshenitsin, los días y las noches seguían de un modo pacífico, sin que se produjeran cambios violentos e inesperados en su monótono curso; las cuatro estaciones se sucedieron como en el año anterior, aunque la vida jamás permanece quieta. Sus formas varían de continuo, pero de un modo gradual, como los movimientos geológicos que dan forma a nuestro planeta, del mismo modo que una montaña va derrumbándose lentamente o como avanza el mar y retrocede, siglo tras siglo, sumergiendo tierras y formando otras nuevas.

Ilia Illich se había restablecido de su enfermedad. Su administrador, Zatiorti, había ido a la aldea y en su día le remitió el total cobrado por la venta del grano, cuya suma sirvió a Oblomov para pagar a su nuevo empleado los gastos, la manutención y una gratificación adecuada.

En cuanto a las rentas, Zatiorti escribió diciendo que no tenía modo de cobrarlas. La mayor parte de los campesinos se habían marchado con rumbo desconocido, y él estaba intentando averiguar dónde habían ido a parar.

Por lo que respecta a la carretera y a los puentes, aseguraba que no corrían la menor prisa y que los campesinos preferían ir a la ciudad campo a traviesa a tener que trabajar en las obras necesarias para su construcción.

En suma, tanto la cantidad de dinero que recibió como las noticias fueron del agrado de Oblomov. Se dijo que ahora ya no tenía necesidad de ir a la finca, y quedó tranquilo al respecto.

También el administrador cuidaba de la construcción de la casa. Con ayuda del arquitecto municipal, Oblomov calculó las cantidades de materiales que se

necesitarían y ordenó al administrador que en cuanto llegara la primavera hiciera llevar a la finca los ladrillos y la madera necesarios para la construcción del edificio; mientras, debería levantar un cobertizo para guardar aquellos materiales. De este modo, cuando el señor fuera a la aldea, al llegar la primavera, podría ver el comienzo de las obras. Suponía que para entonces ya habría tenido tiempo de cobrar las rentas e hipotecar la propiedad, de modo que dispondría de dinero suficiente para pagar todos los gastos.

Durante mucho tiempo, luego de la enfermedad, Oblomov fue presa de una gran melancolía y tristeza. Se pasaba las horas con la mirada extraviada, no respondía a las preguntas de Zajar, no notaba cuándo dejaba caer una taza ni se apercibía del polvo que lo cubría todo. La patrona, cuando entraba en el cuarto para llevarle un trozo de pastel, le sorprendía a menudo con los ojos anegados en lágrimas.

Pero, gradualmente, la indiferencia fue sustituyendo al dolor. Ilia Illich se pasaba los días enteros contemplando caer la nieve, viendo cómo el blanco lienzo helado cubría el patio, la calle, el gallinero, el jardín, el huerto y formaba pirámides alrededor de las estacas de la cerca. Asimismo se pasaba horas enteras escuchando el ruido del molinillo de café, los ladridos del perro y el tictac del reloj.

Agafia Matveievna entraba como de costumbre a preguntarle si quería comprar o comer algo; también sus hijos le visitaban, y Oblomov hablaba con Agafia Matveievna en tono amable, aunque indiferente, preparaba las lecciones para los niños, les oía leer y sonreía con risa desvaída ante su charla infantil.

Pero la montaña iba desmoronándose lentamente, el mar retrocediendo y Oblomov readaptándose a la vida normal. El verano, el otoño, y el invierno transcurrieron en un ambiente de inalterable monotonía. Mientras tanto, Oblomov aguardaba la aparición de la primavera para ir a sus propiedades. Al llegar el mes de marzo, hicieron pasteles con forma de golondrina, de acuerdo con la costumbre, en abril se quitaron las dobles ventanas, no tardando en llegar la noticia de que el Neva se estaba deshelando y que la primavera se había presentado al fin.

Oblomov paseaba por el jardín. Plantaron verduras en el huerto, llegaron las fiestas de primavera, Pascua de Pentecostés, el primero de mayo, y todas estas fiestas fueron celebradas con las tradicionales guirnaldas y coronas. A principios de verano, se empezó a hablar de las dos grandes fiestas que se aproximaban, el día de San Juan, santo de Iván Matveich, y el día de San Ilia, el santo de Oblomov.

Cuando la patrona contemplaba en una carnicería un estupendo cuarto de ternera o cocía un pastel especialmente sabroso, no podía por menos de decirse: «¡Ah, si yo pudiera comprar carne como ésta o cocer un pastel así el día de los

santos!»

Hablaban sin cesar del viernes de San Ilia, y del paseo anual a las factorías de pólvora y de la fiesta en el cementerio Smolenski de Kolpino. Al pie de las ventanas se oía el incesante cacareo de las gallinas y el piar de una nueva generación de polluelos; en la mesa aparecían pasteles de pollo y setas, pepinos salados y fresones. «Los menudillos de ave no son buenos en este tiempo —decía la patrona a Oblomov—. Ayer pedían setenta *kopeks* por ellos. Pero hay salmón fresco, y si le gusta, podremos comer cada día sopa de pescado.»

La comida en casa de Agafia Matveievna era excelente, no sólo porque la mujer poseía las dotes de una verdadera ama de casa —era su vocación—, sino porque a su hermano le gustaba comer, y comer bien. El hombre no se preocupaba en absoluto de sus trajes, que solía llevar años y años, y le dolía tener que gastar dinero en ellos. Jamás se le ocurría colgarlos de una percha o perchero; los arrojaba en el primer rincón que le venía a mano. Se cambiaba de ropa interior solamente los sábados. Pero jamás escatimaba el dinero cuando se trataba de comida. En esto se regía por una norma que había descubierto por sí mismo cuando entró a trabajar en la oficina del Estado: «Lo que lleva uno dentro del estómago nadie puede verlo ni servir de pasto a las murmuraciones. En cambio, una gruesa cadena de reloj, una levita nueva o unos zapatos relucientes dan lugar a críticas importunas e innecesarias».

Por este motivo, en la mesa de los Pshenitsin se servía siempre la mejor carne, el esturión más fino y las más delicadas aves. Incluso en ocasiones el mismo Iván Matveich iba al mercado, dándose una vuelta por él, husmeando como un perro de caza, y se llevaba a casa, bajo la levita, al mejor capón que encontraba. No le dolía pagar cuatro rublos por un pavo. Compraba el vino en la lonja y lo guardaba bajo llave. Tan sólo él lo probaba, encerrado en su habitación del piso alto. Pero en la mesa bebía solamente el vodka destilado en casa. Cuando se marchaba de pesca con Tarantiev, llevaba siempre consigo, oculta bajo la levita, una botella de excelente Madeira, y cuando tomaba café en la taberna bebía siempre de su propio ron.

La gradual sedimentación de los aluviones y el desmoronamiento progresivo de la montaña seguía realizándose en todas partes y lo mismo sucedió por lo que respecta a Agafia. La simpatía que sentía por la patrona se transformó con el tiempo en un lazo indisoluble y en una completa e íntima unión con ella. Al ver el interés con que Agafia se tomaba sus cosas, Oblomov le rogó una vez, medio en broma, medio en serio, que se hiciera cargo de todo lo suyo, evitándole de esta suerte toda clase de preocupaciones. El rostro de Agafia Matveievna se iluminó y su sonrisa llegó incluso a parecer la de una persona inteligente. Su campo de

acción aumentaba. A partir de aquel instante administraría dos casas en vez de una, o lo que era lo mismo, una sola doblemente grande. En consecuencia, Anisia pasó a sus órdenes.

Agafia Matveievna habló de ello con su hermano, y al día siguiente todo lo que había en la cocina de Oblomov fue trasladado a la suya; los cubiertos y la vajilla de Ilia Illich se guardaron en su alacena y Akulina fue degradada de cocinera a granjera, quedando a su cargo el cuidado de las aves del corral y el huerto. A partir de entonces, todo se hizo al por mayor; el té, el azúcar y las provisiones se compraban en grandes cantidades y la confección de mermeladas, ensaladillas y conservas de manzanas y cerezas adquirió proporciones asombrosas.

Agafia Matveievna parecía haber crecido de talla. Anisia, por su parte, puso gran empeño en hacerse útil, y la actividad y el trajín eran incesantes en aquella casa. Oblomov comía a las tres con la familia. Tan sólo el hermano de la patrona lo hacía más tarde, por lo general en la cocina, cuando regresaba de la oficina. La patrona servía personalmente el té y el café a Oblomov, en vez de Zajar. Éste quitaba el polvo de las habitaciones, si tenía ganas de hacerlo, de lo contrario, Anisia corría como un ciclón, y con sus manos, y hasta se hubiera dicho que con la nariz, barría, fregaba y lo arreglaba todo en un periquete, dejando la habitación en perfecto orden y desapareciendo con la misma rapidez que había entrado y trabajado.

En último extremo, si Oblomov salía al jardín, la propia Agafia echaba un vistazo a su cuarto, y si le parecía que algo no estaba en su sitio, meneaba la cabeza y murmuraba algo entre dientes, luego sacudía las almohadas hasta que crecían como una montaña, echaba un vistazo a las fundas, se decía que era preciso cambiarlas y lo hacía en el acto; o bien limpiaba las ventanas y, antes de salir, dirigía una última mirada al sofá.

En la vida de Agafia Matveievna se iba produciendo esa clase de lentos y profundos cambios, semejantes a la sedimentación de los fondos submarinos y al desmoronamiento de las montañas. Pero nadie, y ella menos que nadie, se percataba de ello. Tan sólo se hicieron visibles a través de sus numerosas e inesperadas consecuencias.

¿Por qué razón había cambiado tanto durante aquel año? En otro tiempo, si se quemaba el asado, el pescado hervía demasiado o se olvidaba de añadir las verduras a la sopa, regañaba a Akulina severamente, aunque siempre con gran calma y dignidad, e inmediatamente lo olvidaba todo. En la actualidad, si por casualidad sucedía alguna de estas cosas, se levantaba bruscamente de la mesa, corría a la cocina, hacia una serie de agrios reproches a Akulina, se peleaba incluso con Anisia, y al día siguiente ella en persona vigilaba si echaban las verduras en la

sopa y comprobaba si el pescado estaba en su punto.

¿Cuál era la causa u origen de este cambio? Tal vez se diga que, como ama de casa, en lo que se cifraba todo su orgullo y dignidad, le daba vergüenza quedar mal delante de un forastero. Es muy posible que fuera así. Pero entonces ¿por qué en otras épocas de su vida no había podido mantener abiertos los ojos a partir de las ocho de la noche, y a las nueve, después de acostar a los niños y comprobar que estaban apagados la luz y el fuego de la cocina, cerradas las ventanas y, ya todo en orden, se iba corriendo a la cama y ni un cañonazo hubiera sido capaz de despertarla antes de las seis de la mañana siguiente? Ahora, en cambio, si Oblomov iba al teatro o a casa de Iván Gerasimovich y regresaba tardé a casa, Agafia Matveievna no conseguía conciliar el sueño. La mujer comenzaba a dar vueltas en el lecho, suspiraba, cerraba los ojos, pero el sueño seguía negándose a acudir a ellos. Si oía una llamada en la calle, alzaba la cabeza e incluso a veces llegaba a levantarse para abrir la ventana y ver quién era el que llegaba.

Si llamaban a la puerta, se ponía una falda y corría a la cocina para avisar a Zajar o a Anisia y enviarles a abrir. Se dirá que esto sólo prueba que se trataba de una mujer muy de su casa, consciente de sus deberes como tal, a quien no gustaba que en su hogar hubiera desórdenes de ninguna clase, ni tampoco mantener a sus huéspedes esperando en la calle por la noche hasta que el borracho del portero les oyera. También esto era posible. Pero entonces, ¿por qué cuando Oblomov se ponía enfermo no permitía que nadie entrara en la habitación, alfombraba el piso para evitar los ruidos, cerraba los postigos y montaba en cólera, ella siempre tan amable y gentil con todos, si Masha o Vania dejaban escapar el menor grito o reían demasiado fuerte? ¿Por qué, no sintiendo bastante confianza en Zajar y en Anisia, velaba toda la noche junto a la cabecera de la cama de Oblomov, sin quitarle ojo?

Cuando las campanas llamaban a misa primera, Agafia se vestía rápidamente, escribía en un pedazo de papel el nombre de «Ilia» y corría a la iglesia. Al llegar al templo, entregaba el papel al pope para que rogara por la salud de Oblomov, se arrodillaba en un oscuro rincón y permanecía largo tiempo con el rostro a la altura del suelo. Luego corría al mercado y regresaba a su casa llena de ansiedad. Una vez en su hogar, dirigía una rápida mirada a la puerta de la habitación de Oblomov y preguntaba a Anisia con un murmullo de voz: —¿Cómo se encuentra?

Se dirá que todo esto tenía su origen en la compasión y en la simpatía, dos rasgos predominantes del carácter femenino.

Es muy posible. Pero ¿por qué entonces, cuando Oblomov, convaleciente aún de su enfermedad, se pasó todo el invierno sumido en una profunda melancolía, sin apenas hablar con ella ni interesarse por lo que le decía, ella

adelgazó enormemente y experimentó de pronto una gran indiferencia hacia todo? La mujer molía el café sin darse cuenta de lo que hacía y echaba en él tal cantidad de achicoria que no había quien lo tomara. Sin embargo, ella se lo bebía, como si hubiera perdido por completo el sentido del gusto. Akulina podía servir el pescado crudo; Iván Matveich se levantaba de la mesa disgustado, pero su hermana permanecía como petrificada, sin ver ni oír nada de lo que sucedía a su alrededor.

En otros tiempos nadie la había visto jamás pensativa, ni era propio de su carácter mostrarse así. Andaba siempre atareada, velando por la buena marcha de todo. Pero en el curso de aquellos días permanecía a veces sentada inmóvil, con el mortero entre las rodillas, como si no hubiera dormido, hasta que de repente empezaba a golpear con la mano del mortero tan enérgicamente que el perro se ponía a ladrar furioso, creyendo que llamaban a la puerta.

Pero en cuanto Oblomov comenzó a animarse, a sonreír amablemente y a mirarla del mismo modo que antes, espiándola por la puerta entornada y dirigiéndole inocentes bromas, Agafia Matveievna recobró el peso perdido y se entregó de nuevo alegremente al trabajo, con una única diferencia. En el pasado su actividad se había desarrollado siempre de un modo suave y regular, como la de una máquina bien construida; caminaba lentamente; hablaba con un tono de voz ni demasiado alto ni excesivamente bajo, molía el café, partía el azúcar o rallaba el queso y luego tomaba asiento y empezaba a mover las agujas con un movimiento tan acompasado como el de un péndulo; se levantaba de su asiento sin la menor precipitación; a mitad del camino se detenía, abría la alacena, cogía alguna cosa y se la llevaba, todo de un modo automático y reposado.

Ahora, por el contrario, cuando ya Oblomov se había convertido en un miembro más de la familia, su manera de moler o de colar cambiaron. Casi había abandonado por completo los bolillos. Se sentaba a coser y a poco Oblomov llamaba a Zajar para que le trajera el café. Entonces Agafia Matveievna corría a la cocina, miraba a su alrededor, cogía una cuchara y hacía el café con un cuidado y una ligereza de movimientos maravillosa. Si preparaban el plato preferido de Oblomov, vigilaba la cazuela, levantaba la tapadera, olía el guiso, lo probaba y lo dejaba de nuevo al fuego o lo retiraba, según los casos. Cuando molía o amasaba algo para él, lo hacia con tal vigor y energía que acababa bañada en sudor. Todas sus tareas caseras, planchar, coser, moler, etc., adquirieron para ella un nuevo sentido: El cuidado de la comodidad y bienestar de Ilia Illich. Antes lo consideraba como un deber, ahora era para ella un placer. A su modo, comenzó a vivir una vida mucho más rica y variada.

Pero ignoraba la causa de todo aquello. En realidad, ni siquiera se había formulado la pregunta. Sencillamente, aceptaba el dulce yugo sin ofrecer

resistencia alguna, ni apartarse, sin temblar, sin sentir la menor pasión, vagas añoranzas ni presentimientos, sin que sus nervios se alterasen en absoluto. Era algo así como si de pronto se hubiera convertido a otra religión y la siguiera sin reflexionar en qué consistía su fe ni en cuáles eran sus dogmas, obedeciendo ciegamente a sus leyes. Todo había sucedido sin que ella lo buscase. Tampoco lo rechazaba. Sencillamente, se enamoró de Oblomov sin más ni más, de la misma forma que se pilla un resfriado o se contrae una enfermedad incurable. Pero ella ni lo sospechaba siquiera. Si se lo hubieran hecho ver, es muy posible que hubiese experimentado una gran sorpresa, y lo más probable es que a sus labios asomase una sonrisa y un ligero rubor cubriera sus mejillas.

Aceptaba en silencio sus deberes para con Oblomov; llegó a conocer el aspecto de cada una de sus camisas, contaba los agujeros de sus calcetines, sabía cuál era el pie que ponía primero en el suelo, adivinaba cuándo iba a tener un orzuelo, sabía cuáles eran sus platos preferidos y cuándo se sentía contento o deprimido, cuándo había dormido mucho o demasiado poco, como si le hubiera estado observando con la mayor atención durante toda su vida. Pero jamás se preguntó por qué hacía todo aquello, qué significaba Oblomov para ella, por qué se tomaba tanto trabajo por él. Si alguien la hubiera preguntado si le quería, ella hubiese sonreído y respuesto que sí, aunque seguramente no habría dado la misma contestación cuando Oblomov no hacia más que una semana que se encontraba en su casa.

¿Por qué se había tenido que enamorar precisamente de él? ¿Por qué se había casado sin amor y vivido sin amor hasta los treinta años, y ahora éste se había adueñado de ella de pronto? Aunque se dice que el amor es un sentimiento caprichoso e ingobernable que le ataca a uno cual si fuera una enfermedad, posee también sus causas y sus leyes propias. Estas leyes han sido poco estudiadas hasta la fecha, puesto que el hombre sometido al poder del amor no puede malgastar sus pensamientos escrutando con la mirada de un hombre de ciencia como el sentimiento se apodera de su alma y domina sus sentidos, entorpeciéndole la vista; cuándo y cómo su pulso y su corazón empiezan a latir con mayor rapidez; cómo comienza a desarrollarse en él de súbito una devoción que ha de durar toda la vida, seguida de un deseo de autosacrificio; cómo desaparece gradualmente su propio yo para fundirse en uno solo con el de la persona amada y cómo su mente se torna extraordinariamente incapaz o extraordinariamente sutil; cómo su voluntad se rinde a la del otro, inclina su cabeza y tiemblan sus rodillas, cómo se apodera de él la fiebre y las lágrimas acuden a sus ojos...

Agafia Matveievna no había visto muchas personas como Oblomov antes de conocer a éste, y las pocas que vio lo fueron a distancia. Podían incluso haberle gustado. Pero vivían en un ambiente distinto al suyo y jamás había tenido ocasión

de aproximarse a ellos. Ilia Illich no caminaba con pasos rápidos e inquietos como su marido, el difunto secretario colegiado Pshenitsin; no copiaba documentos interminables ni temblaba de miedo a la simple idea de llegar tarde a la oficina; no miraba a la gente como si tuviera que domarlos, sino abiertamente y sin el menor temor, seguro de que le obedecerían al primer instante.

Su piel no era áspera ni rojiza; sus manos no eran como las de su hermano, rojas y temblorosas, sino pequeñas y blancas. Lo mismo si estaba sentado con las piernas cruzadas o apoyaba la cabeza en una mano, lo hacía con una cierta gracia natural. Por otra parte, hablaba de una manera muy distinta a como lo hacían su hermano, Tarantiev y su difunto marido; Agafia Matveievna no entendía la mayor parte de las cosas que decía Oblomov, pero tenía la sensación de que eran algo maravilloso, inteligente y bello, e incluso las cosas que ella alcanzaba a comprender, Ilia Illich las decía de un modo muy distinto que los demás.

Vestía ropa blanca muy fina, se cambiaba todos los días, se lavaba con jabón perfumado, se limpiaba las uñas...

Y no tenía nada que hacer jamás. Todo se lo hacía Zajar y otros trescientos Zajares que existían por el mundo... ¡Era, sencillamente, un caballero, un brillante y soberbio caballero! Además, era muy bueno. Andaba con gran suavidad y el tacto de la piel de sus manos era como el mismo terciopelo, en tanto que el de la piel de su marido parecía de papel de lija. Hablaba y miraba a todos con expresión amable, con suma cortesía.

Agafia Matveievna no pensaba en nada de todo esto, no tenía la menor conciencia de ello. Pero si a alguien tuviera que explicar la impresión que Oblomov le había producido, tendría que hacerlo del modo que lo hemos hecho nosotros.

A Ilia Illich no se le escapaba la influencia que su presencia ejercía en todos, desde el hermano de su patrona hasta el perro del guarda, el cual recibía ahora el triple de huesos que antes. Pero ignoraba hasta qué punto había conquistado el corazón de su patrona. Consideraba su solicitud por todo lo que a él atañía, la comida, la ropa y las habitaciones, sencillamente como el rasgo más acusado del carácter de aquella mujer, lo primero que él había descubierto en ella el día que Akulina penetró en el salón con el pollo, y ella dijo que debía llevar a vender el gris en vez del otro.

Agafia era incapaz de coquetear con Oblomov y ni siquiera de insinuarle lo que sentía, tanto más que, como ya hemos dicho, ella misma lo ignoraba. Incluso había llegado a olvidar que poco antes no sentía nada de lo que en la actualidad llenaba todo su ser. Su amor se expansionaba en una devoción sin límites, completamente desinteresada. En cuanto a Oblomov, permanecía por completo

ciego a la naturaleza de aquel sentimiento, atribuyéndolo por completo al carácter peculiar de aquella mujer. Los sentimientos de Agafia Matveievna continuaron, pues, siendo un secreto para él, para la propia Agafia y para todos cuantos les rodeaban. Su devoción hacia Oblomov era, en efecto, desinteresada. Lo demostraba hasta cuando iba a la iglesia a rezar por él o a encender un cirio por su salud. Oblomov jamás se enteraba de ello. Agafia Matveievna se había pasado noches enteras a la cabecera de su cama, sin que después hiciera la menor referencia a ello.

En cuanto a la actitud de Oblomov en relación con ella, no podía ser más transparente y sencilla. Agafia Matveievna, con sus brazos en constante movimiento, sus solícitas miradas, sus continuas idas y venidas de la cocina a la bodega y de la bodega a la despensa y sus conocimientos de la vida del hogar, representaba para él el ideal de una vida casera rebosante de comodidades, paz y sosiego, el cuadro que para siempre había quedado grabado en su mente infantil desde los tiempos en que vivía bajo el techo paterno.

Su padre, su abuelo, los hijos, los nietos y los forasteros invitados gozaban de una perfecta tranquilidad de espíritu, sabedores de que en la casa había unos ojos vigilantes que cuidaban de ellos, y unas manos, nunca fatigadas, que coserían sus ropas, les darían de comer y de beber, les vestirían, les acostarían y les cerrarían los ojos cuando murieran.

También ahora Oblomov permanecía sentado en el sofá, contemplando cómo la gente se movía a su alrededor en provecho de él, convencido de que al día siguiente, aunque el sol no se levantara y una tormenta arrasase el mundo, no le faltarían la sopa ni el asado, tendría la ropa limpia y a punto, quitarían el polvo y las telarañas de las paredes, sin que él ni siquiera se apercibiera de cómo lo habían hecho; de que antes de que empezara a pensar lo que deseaba, sus deseos serían satisfechos, y colocarían ante él lo que deseaba, y no con la brusquedad de Zajar, sino con unas manos limpias, unos brazos desnudos hasta el codo, acompañado todo con una mirada cariñosa y una sonrisa de devoción.

De este modo, Oblomov fue encariñándose con la patrona; la idea del amor no cruzó por su mente ni una sola vez, al menos esa clase de amor que tantos sufrimientos le había producido y cuyo simple recuerdo le hacía enfermar. Se arrimaba a la compañía de Agafia Matveievna como a un fuego que calienta y al cual a nadie se le ocurre amar.

Terminada la comida, solía quedarse en el comedor de la patrona fumando su pipa y contemplando cómo la mujer quitaba la mesa, guardaba los cubiertos y servía el café. Para esto Agafia limpiaba una taza con singular cuidado y atención, le servía antes que a nadie y permanecía con los ojos fijos en él para ver si le

gustaba.

Oblomov miraba con verdadero placer los ojos, los desnudos codos y la blanca nuca de la mujer a través de la puerta entornada, y si ésta permanecía demasiado tiempo cerrada, la abría lentamente con la punta del pie, gastaba alguna broma a Agafia o bien jugaba con los niños.

Pero no la echaba de menos si no la veía en toda la mañana, y por la tarde solía dejarla un par de horas para dormir la siesta, seguro de que cuando se levantara encontraría a punto el té.

Y lo mejor de todo era que nada de esto le conturbaba su espíritu lo más mínimo. Jamás sentía que se aceleraran los latidos de su corazón al pensamiento de si vería o no a la patrona, ni se preocupaba pensando en los sentimientos que experimentaría ella, en lo que diría, cómo contestaría a sus preguntas ni cómo le miraría. Se habían terminado para siempre las noches de insomnio, las lágrimas, dulces o amargas. Permanecía sentado, fumando plácidamente y mirándola coser; a veces le dirigía la palabra, otras veces guardaba silencio, y en todo momento se sentía en paz, sin desear nada más, ni querer ir a ninguna parte, ya que tenía a su alcance cuanto pudiera desear.

Agafia Matveievna no le incitaba a la acción, no le exigía nada. Oblomov ya no experimentaba impulsos ni deseos ambiciosos, así como tampoco aspiraba a llevar a cabo nada meritorio ni heroico; asimismo tampoco sentía remordimientos por el tiempo y las energías perdidas ni por vivir del modo que vivía, sin hacer nada, simplemente vegetando. Era algo así como si una mano invisible le hubiera colocado delicadamente en un lugar a cubierto de lluvias y vientos, y donde se le alimentaba y cuidaba amorosamente.

—¡Con qué rapidez maneja usted la aguja, Agafia Matveievna! —dijo un día Oblomov a su patrona—. Temo que una vez se cosa la nariz a la falda. ¡Pasa tan cerca la aguja de su nariz!

Agafia Matveievna sonrió.

—Déjeme terminar este pespunte y cenaremos en seguida —repuso la dueña de la casa.

—¿Qué tenemos esta noche de cena?

—Coles acidas y salmonete —repuso—. No hay esturión. Lo he buscado por todas las pescaderías y mi hermano también. Pero no tenían en ninguna. Un tendero de Karetny me ha prometido que si conseguía un poco me lo enviaría. Luego tenemos ternera y papilla fritas.

—¡Soberbio! Le agradezco mucho que se haya acordado. Espero que Anisia

no se olvidará...

—¡Ya verá si se le olvida! Pero ¿no oye usted el ruido de freír que viene de la cocina? —añadió Agafia Matveievna entreabriendo la puerta de la cocina.

Acabó el pespunte que estaba haciendo, cortó el hilo con los dientes, dobló apresuradamente la labor y se la llevó a su cuarto.

De este modo vivía Oblomov, pegado a aquella mujer como a un fuego acogedor, y un día se acercó tanto que estuvo a punto de quemarse.

Oblomov estaba paseándose arriba y abajo de la habitación cuando al volverse una de las veces vio por la rendija de la puerta entornada que los codos de la patrona se movían con velocidad realmente asombrosa y excepcional.

—¡Siempre trabajando! —dijo Oblomov pasando a la otra habitación—. ¿Qué está usted haciendo ahora?

—Moliendo canela —repuso Agafia mirando al fondo del mortero como si fuera un abismo y machacando furiosamente.

—¿Y si no la dejara trabajar? —dijo Oblomov cogiéndola por los codos e impidiéndola moverse.

—Déjeme, por favor. Tengo que cortar el azúcar también y sacar un poco de vino para el pastel.

Oblomov continuaba manteniéndola cogida por los codos y su rostro casi rozaba la nuca de Agafia Matveievna.

—Dígame... ¿Si yo la quisiera...?

La patrona sonrió.

—¿Me querría usted? —preguntó Oblomov.

—¿Por qué no? Dios nos ha mandado amarnos los unos a los otros.

—¿Y si la besara? —murmuró Oblomov a continuación, inclinándose sobre ella hasta que la mujer sintió su cálido aliento en la mejilla.

—No estamos en Pascua —respondió Agafia sonriendo.

—¡Bien, pero déme un beso ahora!

—Si Dios quiere y vivimos para Pascua, entonces nos besaremos —repuso Agafia Matveievna sin denotar la menor sorpresa, alarma y confusión, esperando, rígida como un caballo cuando van a ponerle el aparejo.

Oblomov entonces la besó ligeramente en la mejilla.

—¡Cuidado, que voy a tirar la canela y luego no tendré para su pastel!

—observó la mujer.

—Es lo mismo —contestó Oblomov.

—¿Qué es esto? — exclamó Agafia Matveievna cogiendo una manga de la bata de Oblomov—. ¿Otra mancha? Parece de aceite. ¿Cómo se la ha echado usted? A lo mejor le ha caído una gota de la lámpara del icono.

—No sé cómo me habrá caído.

—Tal vez con la puerta. Ayer engrasaron las bisagras. Quítese la bata y démela. Le quitaré la mancha y se la lavaré, y mañana no se notará nada.

—¡Querida Agafia Matveievna! —exclamó ahora Oblomov despojándose de la bata con perezoso movimiento—. Se me ocurre una idea. ¿Por qué no nos vamos a vivir a la aldea? Allí todo es distinto; siempre se encuentran setas frescas, mermeladas, fruta, aves, leche...

—No. ¿Por qué habríamos de irnos? —contestó Agafia Matveievna con un suspiro—. Aquí nací, aquí he vivido hasta ahora y aquí moriré algún día.

Oblomov la miró ligeramente emocionado. Pero en sus ojos no había lágrimas, ni su espíritu sentíase inclinado a acometer grandes empresas ni a realizar actos heroicos. Todo lo que ambicionaba era sentarse en el sofá y contemplar los bellos codos de Agafia Matveievna.

II

EL día de San Juan se organizó una gran fiesta. El anterior, Iván Matveich, en vez de ir a la oficina, anduvo recorriendo la ciudad, y cada vez que regresaba a su casa lo hacía cargado con una cesta o un saco. Por su parte, Agafia Matveievna vivía de café solo desde hacía tres días y toda la familia comía mal y a cualquier hora. Sólo a Oblomov le servían los tres platos de costumbre.

Anisia no se había acostado tampoco la noche anterior. Zajar, por el contrario, durmió por los dos, y contemplaba todos aquellos preparativos con una especie de orgulloso desprecio.

—En Oblomovka —decía a los cocineros del conde, que habían sido invitados—, todas las fiestas se daban comidas como ésta. Solíamos comer cinco clases de dulces y más salsas de las que un hombre puede contar. Los invitados comían todo lo que querían el día de fiesta y el siguiente, y aún sobraba para seguir comiendo los cinco restantes, hasta que empezaba de nuevo. ¡En cambio, aquí sólo se hace una vez al año!

A la hora de comer, Zajar sirvió primero a Oblomov y no a un caballero que llevaba una gran cruz en el pecho.

—¡Mi señor es un caballero de nacimiento —comentó más tarde con acento de orgullo— y estos invitados son todos unos patanes!

A Tarantiev, sentado al final de la mesa, no le sirvió de todo, y cuando lo hacía le ponía en el plato la cantidad que él consideraba conveniente. Los camaradas de Iván Matveich eran una treintena. Comieron una gran trucha, pollos rellenos, codornices, helado y un vino excelente, todo ello digno de la gran fiesta anual.

Terminada la comida, los invitados se abrazaron unos a otros, alabaron el excelente gusto de su anfitrión, y se sentaron a jugar a las cartas. Iván Matveich se inclinó para darles las gracias, afirmando que había sacrificado gustosamente un tercio de sus ingresos anuales con el fin de poder ofrecer aquel banquete a sus queridos invitados. Éstos se retiraron hacia la madrugada, casi sin poderse sostener en pie, y la casa recuperó la paz en espera del día del santo de Oblomov.

Este día, los únicos invitados de Oblomov fueron Iván Gerasimovich y Alexeiev, el silencioso e inofensivo Alexeiev que al principio de nuestro relato invitó a Ilia Illich a ir con él a Ekaterinhof el día primero de mayo. Oblomov no quiso ser menos que Iván Matveich y procuró dar a sus invitados platos

desconocidos en aquella región.

En lugar de pastel, se sirvieron delicadas pastas, tan ligeras como el aire. Antes de la sopa comieron ostras. Luego, los pollos fueron presentados a la papillote, con trufas. Comieron, además, las carnes más delicadas y verduras especialmente apetitosas. En el centro de la mesa podía verse una enorme piña rodeada de albaricoques, melocotones y cerezas. Además, la mesa estaba adornada con flores.

Acababan de empezar a tomar la sopa y Tarantiev estaba riñendo a los cocineros por no haber rellenado los pastelillos, cuando oyeron los furiosos ladridos del perro. Instantes después un coche entraba en el patio rozando la cerca y alguien se apeó de él, preguntando por Oblomov. Todos escucharon atentamente.

—Algún amigo del año pasado se habrá acordado de que hoy es mi santo —manifestó Oblomov—. Oye, Zajar. No estoy en casa, diles que no estoy, que he salido.

La mesa había sido colocada bajo los árboles del jardín. Zajar corrió hacia el patio para despedir al recién llegado, cuando de pronto apareció Stolz.

—¡Andrei Ivanich! —gritó Zajar con una súbita explosión de alegría.

—¡Andrei! —exclamó Oblomov poniéndose en pie para abrazar a su amigo.

—¡Magnifico! —dijo Stolz—. ¡Veo que estáis comiendo!

Haz que también me den a mí algo. Estoy hambriento. ¡Creía que nunca iba a llegar!

—¡Ven, ven conmigo, siéntate! —dijo Oblomov señalándole una silla a su lado.

En cuanto apareció Stolz, Tarantiev se levantó rápidamente y desapareció camino del piso superior, seguido por Iván Matveich. También la patrona se puso en pie.

—He venido a interrumpirles —dijo Stolz poniéndose también en pie.

—¿Adonde van ustedes? ¡Iván Matveich! ¡Michei Andreich! —gritó Oblomov.

E hizo que Agafia Matveievna se sentara de nuevo, pero los otros ya no volvieron.

—¿De dónde vienes? ¿Cómo te encuentras? ¿Cuánto tiempo permanecerás aquí? —empezó Oblomov.

Stolz había venido por unas dos semanas y se disponía a partir para sus propiedades. Más tarde iría a Kiev y a muchos otros lugares. En la mesa habló poco, pero comió en abundancia. Sin duda, tal como él había afirmado, estaba hambriento. Los demás, como es de suponer, fueron comiendo en silencio. Terminada la comida, cuando la mesa quedó despejada, Oblomov pidió champaña y agua de seltz y se quedó solo con Stolz.

Ambos amigos permanecieron en silencio un buen rato. Mientras, Stolz miraba a Oblomov con singular insistencia.

—Y ¿bien, Ilia...? —murmuró al cabo en tono severo, obligando a Oblomov a bajar los ojos—. ¿Eso quiere decir que «nunca»?

—¿Qué quieres decir con «nunca»? —repuso Oblomov negándose a comprender el sentido de la pregunta de su amigo.

—¿Es que lo has olvidado? ¡Ahora o nunca!

—Ahora ya no soy el mismo de antes, Andrei... He cambiado mucho —repuso Oblomov al fin—. Todos mis asuntos están en perfecto orden, a Dios gracias. Mi plan está casi concluido, estoy suscrito a dos revistas y he leído casi todos los libros que me prestaste...

—Entonces, ¿por qué no has ido al extranjero? —inquirió Stolz.

—Me lo ha impedido...

Pero, confundido, se interrumpió.

—¿Olga? —preguntó Stolz mirándole con intención.

Oblomov se tornó rojo como una amapola.

—¡Cómo! ¿Cómo... lo sabes...? ¿Dónde se encuentra? —preguntó Oblomov apresuradamente, mirando a Stolz.

Éste no repuso, pero continuó mirando a su amigo como si quisiera traspasarle el alma.

—Me han dicho que se fue al extranjero con su tía poco después de... —continuó Oblomov.

—Poco después de comprender su error —concluyó Stolz.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Oblomov.

—Lo sé todo —contestó Stolz—, incluso lo del ramito de lilas. ¿No te da vergüenza? ¿Y no te sientes desgraciado? ¿No te atormentan los sufrimientos?

—¡No me hables de eso, no me lo recuerdes, por favor! —exclamó

Oblomov—. Tuve un ataque de fiebre cerebral cuando descubrí el terrible abismo que me separaba de ella, cuando comprendí que no era digno de su amor... ¡Andrei, si me aprecias algo, no me atormentes, no me recuerdes nada de eso! Con tiempo le advertí el error que estaba cometiendo, pero no quiso escucharme, no me hizo caso... Creo que no puede reprochárseme nada...

—Nada te reprocho, Ilia —repuso Stolz en tono cariñoso—. He leído tu carta. Yo soy el principal culpable, Olga el segundo, y tú sólo el tercero, y en una proporción muy reducida.

—¿Cómo se encuentra ahora? —osó preguntar Oblomov.

—¿Que cómo está? Sigue inconsolable, llora y te maldice.

En el rostro de Oblomov fueron reflejándose, a medida que Stolz hablaba, la alarma, la pena, el terror y los remordimientos.

—¡Oh, Andrei! —exclamó Oblomov poniéndose en pie de súbito—. Vamos en su busca inmediatamente. Quiero arrojarme a sus pies, pedirle perdón y...

—Tranquilízate, Ilia —se apresuró a responder Stolz echándose a reír—. Ahora es muy dichosa, e incluso quería escribírtelo. Pero yo la pedí que no lo hiciera, pues temía que pudiera producirte algún trastorno.

—¡Dios sea alabado! —murmuró Oblomov casi con lágrimas en los ojos—. ¡Cuánto me alegro de que sea así! ¡Déjame que te bese y que bebamos a tu salud!

Los dos amigos bebieron una copa de champaña.

—¿Dónde se encuentra ahora?

—En Suiza. A fines de verano se trasladarán a su propiedad. Por esto me encuentro yo aquí, para resolver algunos puntos que han quedado sueltos, ya que el barón ha abandonado sus gestiones. Al hombre se le ocurrió la idea de casarse con Olga...

—¿Sí? ¡Entonces era cierto! Y Olga, ¿qué hizo? —preguntó Oblomov.

—Por supuesto, le rechazó. El barón se disgustó, y ahora yo me encargo de sus asuntos. La próxima semana quedará todo solucionado. Bien, y tú ¿cómo estás? ¿Por qué has decidido enterrarte aquí en vida?

—Vivo completamente tranquilo. Aquí nadie me molesta.

—¿Nadie te molesta de qué?

—De mi trabajo...

—¡Pero si esto no es más que una especie de Oblomovka, aunque bastante peor, Ilia! —exclamó Stolz paseando la mirada en torno suyo—. ¿Por qué no nos

vamos allá?

—¿A la aldea...? Quizá. Pronto empezaremos a construir la casa. Pero no me gusta partir inmediatamente, Andrei. Déjame reflexionar...

—¿Otra vez? Te conozco bien, Ilia. Reflexionarás y pensarás como lo hiciste con tu viaje al extranjero de hace dos años. Está decidido, iremos la semana que viene.

—¿La semana que viene? ¡Imposible! —repuso Oblomov colocándose a la defensiva—. Tú ya estás en plan de viaje, pero yo tendría que prepararlo todo... Todas mis cosas se encuentran aquí, y no puedo abandonarlas. Carezco de todo lo que se precisa para emprender un viaje.

—Pero si no necesitas nada. ¿Qué quieres?

Oblomov no respondió.

—No me encuentro muy bien, Andrei —murmuró—. Además, me canso mucho. He tenido orzuelos otra vez, primero en un ojo, después en el otro. Y las piernas me duelen en cuanto ando un poco. Y a veces, cuando estoy durmiendo, me despierto sobresaltado, como si alguien me estuviera golpeando en la espalda o en el corazón.

—Escúchame, Ilia. Te hablo en serio. Si no cambias de sistema de vida acabarás sufriendo un ataque. No siento la menor confianza en tu futuro. Si un ángel como Olga no consiguió elevarte con sus alas, es que no hay nada que hacer contigo. De todas formas, tienes que buscarte un pequeño campo de actividad, poner en orden tus propiedades, ocuparte de tus campesinos, construir, plantar árboles... No quiero dejarte en paz. Al hacerlo obedezco a mis deseos y también a los de Olga. Ella está inquieta, ¿lo oyes?, pensando que te vas dejando morir y que estás enterrándote a ti mismo, y yo le he hecho la promesa de sacarte de la tumba...

—¡Eso quiere decir que no me ha olvidado! ¡Pero no lo merezco! —exclamó Oblomov emocionado.

—No, no te ha olvidado, ni creo que te olvide jamás. No es de esa clase de mujeres. Tienes que irla a ver a sus propiedades.

—Pero no ahora, Stolz. Me sería imposible. Siento todavía aquí...

Y se señaló el corazón.

—¿Qué sientes? ¿Amor tal vez?

—No. ¡Vergüenza y dolor! —exclamó Oblomov exhalando un suspiro.

—Bien, pues iremos entonces a tu finca. Tienes que empezar a edificar ahora

en el verano. Estás perdiendo un tiempo precioso...

—No, ahora tengo un buen abogado que en la actualidad se encuentra en Oblomovka y volverá cuando pueda ir yo.

Y empezó a contar a Stolz cómo había solucionado el problema sin moverse de allí; el abogado estaba haciendo averiguaciones acerca del paradero de los campesinos fugitivos y se ocupaba también de vender el grano, con muy buenos resultados por cierto. Ya le había enviado mil quinientos rublos y aquel mismo año probablemente le enviaría el importe de los censos.

Stolz juntó sus manos.

—¡Dios mío! ¡Eso es un robo! ¡Mil quinientos rublos de una propiedad de trescientos siervos! ¿Quién es ese abogado? ¿Qué clase de hombre es?

—Fueron más de mil quinientos rublos —corrigió Oblomov—. Se cobró su parte por los trabajos que había realizado por mi cuenta...

—¿Cuánto cobró?

—No lo recuerdo. Pero te lo enseñaré. Debo tenerlo por alguna parte.

—Bien, Ilia. ¡Ahora sí que me doy perfecta cuenta de que estás realmente perdido! —concluyó Stolz—. Vamos, vístete y ven conmigo.

Oblomov comenzó a discutir, pero Stolz le condujo casi a la fuerza adonde deseaba, le obligó a que le otorgase poderes y le anunció que tomaría en arriendo Oblomovka hasta que pudiera ir él mismo y aprendiera a llevar la administración de la propiedad.

—Recibirás tres veces más dinero —aseguró Stolz—. Pero piensa que no puedo mantener el arriendo de Oblomovka mucho tiempo, pues ya tengo bastantes cosas en que ocuparme. Ahora iremos allí o, si lo prefieres, ve tú más tarde. Me encontraré en la finca de Olga, que está a unas dos mil verstas de la tuya. Iré a Oblomovka en tu lugar, despediré a tu abogado y lo arreglaré todo hasta que vayas. No pienso dejarte tranquilo.

Oblomov exhaló un suspiro.

—¡Ay, la vida! —exclamó.

—¿Qué pasa con la vida?

—¡Que la vida le molesta a uno y no le deja tranquilo! Me gustaría dormirme para siempre...

—Ya lo sé. Quisieras apagar la luz y quedarte a oscuras para siempre. ¡Vaya una vida agradable la tuya! ¡La vida vuela como un suspiro y dices que te gustaría

dormirte para siempre! ¡Yo, en cambio, quisiera poder vivir doscientos o trescientos años! ¡Cuántas cosas podría hacer en ese tiempo!

—Tú eres muy distinto, Andrei —repuso Oblomov—. Tú tienes alas. No vives, vuelas. Posees dotes extraordinarias, ambiciones. No estás gordo, no tienes orzuelos... En resumen, estás construido de otro modo...

—¡Tonterías! El hombre ha sido creado para construirse su propia vida e incluso puede llegar a modificar su modo de ser si se lo propone: ¡Tú te has hecho con una buena barriga y dices que la naturaleza te la ha dado! En otro tiempo disponías de alas, pero tú mismo te las has cortado...

—¿Dónde están las alas? —preguntó Oblomov con acento despectivo—. Jamás he sabido hacer nada.

—Ni deseas saberlo —contestó Stolz—. Pero en el mundo no hay un solo hombre que no sirva para nada. Te lo aseguro, Ilia, no hay uno solo.

—Yo —contestó Oblomov con expresión convencida.

—Si alguien te oyera en este instante, creería que no eres capaz de escribir una carta. Sin embargo, pudiste escribir a Olga, ¿verdad? ¿Te hiciste entonces un lío con los «que» y con los «cuales»? Encontraste un papel excelente en la papelería inglesa y buena tinta para escribir. Esto también es verdad, ¿no?

Oblomov se ruborizó.

—Cuando querías, te sobraban las ideas y el buen estilo para escribir incluso novelas. Pero cuando no lo deseas, no sabes hacer nada; tus ojos se cierran y tus brazos penden a lo largo de tu cuerpo. Perdiste tu habilidad en Oblomovka, cuando vivías rodeado de tías y de niñeras. Empezaste por no aprender jamás a ponerte los calcetines por ti mismo y has terminado por no saber vivir.

—Todo eso es muy cierto, Andrei. Pero ya no hay modo de corregirlo. Es imposible retroceder —repuso Ilia Illich plenamente convencido de lo que decía.

—¿Cómo que no se puede retroceder? —exclamó Stolz—. ¡Qué tontería! Escucha lo que te digo, y ya verás cómo retrocedes.

Pero Stolz tuvo que ir solo a Oblomovka y Oblomov se quedó en San Petersburgo, tras de prometer a su amigo que iría en otoño.

—¿Qué quieres que le diga a Olga? —preguntó Stolz antes de partir.

Oblomov bajó la cabeza y suspiró.

—No le digas nada de mí —dijo al cabo—. Dile que no me has visto...

—No me creerá.

—En ese caso puedes decirle que estoy perdido, muerto...

—Llorará y se desconsolará. ¿Por qué disgustarla?

Oblomov permaneció reflexionando un momento, muy conmovido. Tenía los ojos húmedos de lágrimas.

—Bien, entonces le diré una mentira. Le contaré que vives de su recuerdo —dijo Stolz— y que estás buscando seriamente una misión para tu vida. Pero date cuenta, Ilia, de que la finalidad de la vida no es ninguna mujer, sino la vida misma. Este fue el error que ambos cometisteis. ¡Cómo se alegrará cuando se lo diga!

Y con estas palabras, los dos amigos se despidieron.

III

AL día siguiente de San Ilia, Tarantiev e Iván Matveich se encontraron en la taberna.

—¡Té! —pidió Iván Matveich con expresión sombría. Y cuando el camarero le trajo el té y el ron, devolvió el ron con ademán despectivo.

—¡Eso no es ron! —exclamó, sacando la botella que llevaba escondida debajo de la levita, la cual destapó y dio a oler al camarero—. En lo sucesivo no me traigas esa porquería de ron —dijo al camarero, y cuando éste se alejó, añadió dirigiéndose a Tarantiev—: Las cosas marchan mal, amigo.

—Sí; el demonio le envió —contestó Tarantiev indignado— ¡Ese bribón de alemán ha conseguido poderes de Oblomov y ha tomado en arriendo la finca! ¡Ahora encomendará él las ovejas al lobo!

—Sí, es un tipo listo y mucho me temo que haya jaleo. Cuando se entere de que las rentas las cobramos nosotros, nos llevará a los tribunales...

—No tengas miedo, compadre, Zatiorti no es un novato en estas lides y ya se las habrá arreglado para disimular sus trampas. ¿Crees que habrá extendido su recibo a los campesinos? Él alemán montará en cólera y pondrá el grito en el cielo, pero le será imposible recurrir a los tribunales.

—¿Tú crees? —dijo Iván Matveich sintiéndose más tranquilo—. Vamos, echemos un trago.

Se sirvió un poco de ron e hizo lo mismo con Tarantiev.

—¡A veces, la vida parece una mala broma que nos han gastado, pero después de un buen trago, uno se siente mucho mejor!

—Bien, voy a decirte ahora lo que debemos hacer —continuó Tarantiev—. Prepara unas facturas por suministro de coles o lo que mejor te parezca, puesto que Oblomov ha encargado de su manutención a tu hermana, y cuando regrese Zatiorti, le diremos a Oblomov que ha cobrado las rentas, pero que las hemos invertido en su manutención.

—¿Y si mira las cuentas y se las enseña al alemán? En el acto descubrirá éste...

—¡No temas nada! Dejará las cuentas en un cajón y ya no volverá a acordarse de ellas. El alemán, por otra parte, tardará en volver...

—¿Tú crees? Bebamos un trago, compadre —dijo Iván Matveich, sirviéndose de nuevo—. Es una lástima gastar este ron con el café. ¿Qué te parece si pidiéramos un poco de pescado con coles?

—De acuerdo.

—¡Eh, camarero!

—¡Qué canalla! —siguió Tarantiev refiriéndose al alemán—. «Entrégamela en arriendo», ha dicho a Oblomov. Esto no lo hubiera hecho jamás un verdadero ruso. Huele a alemán a la legua. Allí todo son arriendos. ¡En buen lío le meterá con sus acciones!

—¿Qué es eso de acciones? Nunca he podido entenderlo bien —afirmó Iván Matveich.

—¡Un truco de los alemanes! —repuso Tarantiev con desprecio—. Supongamos, por ejemplo, que uno de esos ladrones inventa unas casas a prueba de incendios y desea construir una ciudad; en tal caso, necesitará mucho dinero para llevar adelante su proyecto. Entonces empieza a vender unos papeles, a quinientos rublos o más, y una multitud de locos que se los compran y se los venden entre sí. Si se corre la voz de que será un buen negocio, esos papeles comienzan a subir de precio; pero, por el contrario, si el asunto va mal, todo se viene abajo. Te quedas con los papeles y no te sirven de nada. «¿Dónde está la ciudad?», preguntarás. Te responderán que se ha incendiado y que el inventor ha escapado con el dinero. Esto son las acciones. Estoy más que convencido de que el alemán engañará a Oblomov, y ya lo habría hecho antes de no ser porque yo he velado por él.

—Sí, esto se ha acabado. Sea lo que fuere, lo cierto es que se ha terminado el asunto y que podemos archivarlo. No percibiremos más rentas de los campesinos de Oblomovka —dijo Iván Matveich, ya ligeramente embriagado.

—Bien, ¿y qué importa? ¡Tienes dinero de sobras! —replicó Tarantiev un tanto alegre también—. Dispones de una fuente segura de ingresos. No tienes motivos para lamentarte.

—¡Vaya fuente! Te pasas la vida reuniendo billetes de rublo uno a uno...

—Pero ya hace veinte años que estás haciéndolo, compañero. ¡No te quejes!

—¡Veinte años! —exclamó Iván Matveich hablando con dificultad—. Olvidas que sólo llevo diez años de secretario. Antes de serlo acostumbraba a llevar en los bolsillos diez o veinte *kopeks* y a veces, me da vergüenza confesarlo, tenía hasta que aceptar la calderilla. ¡Esto no es vida, compadre! Pero hay tipos en el mundo que no tienen más que murmurar una palabra en el oído de otro o dictar

unas líneas o escribir su nombre en un papel, para que los bolsillos se les hinchen como almohadas. ¡Oh, si yo pudiera hacerlo! —continuó, cada vez más borracho—. Los clientes ni siquiera les ven ni se atreven a aproximarse a ellos. Un tipo de éstos sube a un coche y ordena al cochero: «Al círculo», y allí le estrechan las manos caballeros condecorados y se juegan fuertes sumas. ¡Y sus comilonas! Si les hablan de pescado salado se tapan las narices con repugnancia. Estos tipos cifran todo su orgullo en comer pollos primaverales en invierno y fresas en abril. Su esposa luce encajes auténticos, sus hijos tienen una institutriz, y andan siempre con el cabello limpio y bien cepillado... ¡Eso sí que es un paraíso, compadre! ¡Bebamos, bebamos! ¡Aquí llega nuestro pescado!

—No te quejes, compadre, no te quejes. Sé que ya tienes reunida una buena fortunita —dijo Tarantiev completamente borracho ya, con los ojos enrojecidos—. ¡Treinta y cinco mil rublos en plata no son moco de pavo!

—Bien, bien, compadre —exclamó Iván Matveich—. Hace tiempo que no paso de los treinta y cinco mil y dudo que consiga llegar a los cincuenta. Y en el caso de que llegue, cincuenta mil no suponen el paraíso. Si contrajera matrimonio, tendría que andar con mucho tiento y administrar con sabiduría el ron de Jamaica. Te digo que esto no es vida.

—Pero es seguro. Un rublo aquí, otro allá. Cada día te es posible ahorrar seis o siete rublos. En cambio, si firmas un papel importante, puede que más tarde tengas que arrepentirte durante el resto de tu vida. No, amigo, sería pecado quejarse de tu situación.

Iván Matveich no le escuchaba. Parecía estar pensando en otra cosa.

—Escucha —empezó a decir de pronto, hablando como si se hubiera serenado repentinamente—. Pero no, tengo miedo, no quiero decírtelo. Es una idea demasiado buena... ¡Bebamos, amigo!

—Me niego a beber más, si no me lo dices —repuso Tarantiev apartando el vaso con un movimiento de su insegura mano.

—Es un asunto muy importante, compadre —masculló Iván Matveich dirigiendo una cautelosa mirada a la puerta.

—¿Sí? —preguntó Tarantiev lleno de curiosidad.

—Creo que he dado con algo magnífico. Se trata de algo así como de echar una firma en uno de esos papeles de negocios.

—Bien, ¿de qué se trata? Suéltalo de una vez.

—¡Qué idea más estupenda!

—¡Vamos, habla! —rugió Tarantiev.

—Espera un momento. Déjame que lo medite bien. Si no hay pegas de ninguna clase, es absolutamente legal. Te lo voy a contar porque te necesito y no podría llevarlo a la práctica sin ti. De no ser por esto mantendría los labios sellados, pues se trata de uno de esos negocios en los que es mejor que no meta la nariz nadie.

—Pero supongo que no me considerarás un «nadie» cualquiera... Creí haberte hecho bastantes favores para que tuvieras plena confianza en mí. ¡Eres un cerdo, compadre!

—¡Cierra el pico, imbécil! ¡Estás gritando como un energúmeno!

—¿Y quién quieres que nos oiga? —replicó Tarantiev sintiéndose repentinamente ofendido—. Vamos, no me hagas esperar más. Habla de una vez.

—Escucha: Ilia Illich se asusta con suma facilidad y no sabe nada de nada. Le tuve como sobre ascuas con el famoso contrato, y cuando el vecino de su finca le devolvió los poderes se quedó sin saber qué hacer. No sabe ni siquiera a cuánto ascienden sus ingresos y siempre está diciendo: «Yo no sé nada...»

—Bueno, ¿y qué hay con eso? —exclamó Tarantiev impaciente.

—Pues es el caso que Oblomov va muy a menudo, casi demasiado a menudo, a las habitaciones de mi hermana. El otro día se estuvo casi hasta las doce, y al salir tropezó conmigo y fingió no haberme visto. Bien, ahora veremos si podemos aprovecharnos de esto. Tú le hablas y le dices que no está nada bien atraer la desgracia y las murmuraciones sobre una familia honrada, que mi hermana es una viuda decente y que la gente ya empieza a murmurar, por lo que ya no habrá quien quiera casarse con ella; que tenía un pretendiente, un rico comerciante, pero que cuando supo que él pasaba las noches con ella, se ha esfumado.

—Bien, ¿y qué? Se asustará, empezará a temblar como un azogado, se tumbará en la cama suspirando y empezará a dar vueltas en ella como un cerdo. Nada más —respondió Tarantiev—. ¿Qué sacaremos nosotros de todo eso?

—¡Qué idiota eres! Tienes que añadir, además, que yo estoy a punto de presentar una denuncia contra él; que tengo testigos de lo que ha hecho, que le he andado espiando...

—Y bien...

—Si se asusta demasiado, puedes insinuarle que acaso podría llegarse a un arreglo si estuviera dispuesto a sacrificar una pequeña cantidad de dinero...

—¡Pero si no tiene un cuarto! —exclamó Tarantiev—. Impulsado por el miedo es muy capaz de prometerlo todo, hasta diez mil rublos. Pero... ¿qué adelantaremos si no puede pagarlos?

—Entonces tú me haces una seña y yo entonces aparezco con el pagaré preparado, extendido a nombre de mi hermana, y redactado en los siguientes términos: «Yo, Oblomov, he tomado a préstamo de la viuda Pshenitsin diez mil rublos que me comprometo a pagar dentro del plazo de...», *etc.*

—¿Y qué sacaremos con ello, compadre, quieres explicármelo? No comprendo tu intención. El dinero iría a parar a manos de tu hermana y de sus hijos...

—Mi hermana, a su vez, firmará un pagaré a mi nombre por la misma cantidad. Ya haré yo que me lo firme.

—¿Y si se niega? ¿Y si no quiere?

—¿Quién no va a querer, mi hermana?

Iván Matveich se echó a reír con expresión de suficiencia.

—Firmará, compadre, no te preocupes. Firmaría su propia sentencia de muerte sin preguntar qué era lo que firmaba, sonriendo como una tonta. Escribirá: «Agafia Pshenitsin» con su letra torcida, y nunca sabrá lo que ha firmado. ¿Comprendes ahora? Ni tú ni yo intervendremos para nada en el asunto. Mi hermana tiene una reclamación que ejercer contra Oblomov y yo contra ella. El alemán podrá enfadarse cuanto guste. Todo será perfectamente legal —dijo, y entusiasmado por su idea, añadió—: ¡Echemos otro traguito, amigo!

—¡Perfectamente legal! —afirmó a su vez Tarantiev entusiasmado—. ¡Echemos otro traguito, compadre!

—Y si la cosa sale bien, dentro de dos años podremos repetir la operación. Estamos dentro de la ley.

—¡Completamente dentro de la ley! —corroboró Tarantiev—. ¡Vamos, bebamos un poco más!

—¡Bebamos!

Ambos compinches levantaron sus vasos y bebieron.

—Pero ¿y si Oblomov se niega a firmar y escribe al alemán? —preguntó Iván Matveich de pronto, con súbito temor—. Entonces todo se iría a paseo, pues no podríamos pleitear contra mi hermana. Es viuda, no soltera.

—¿Cómo quieres que escriba? En todo caso lo haría al cabo de dos años

—afirmó Tarantiev—. Y si se negara a firmar, le daría...

—¡No, eso sí que no! ¡Lo echarías todo a perder! Entonces diría que le hemos coaccionado, tal vez pegado, y podrían seguirnos una causa criminal. No, eso no. Te diré lo que has de hacer. Lleva contigo algo de comer y un poco de vodka. Le gusta el vodka, ¿sabes? Cuando ya esté un poco turbio, me llamas, y yo entonces me presento con el pagaré. No se le ocurrirá mirar la suma, firmará el papel del mismo modo que firmó el contrato, y luego que el notario haya certificado el pagaré, de nada servirán sus protestas. Un caballero como él se avergonzaría de confesar que había firmado estando borracho. ¡Nada, nada, no te preocupes! ¡Todo será perfectamente legal!

—¡Muy bien! ¡Aprobado! —exclamó Tarantiev.

—En cuanto a sus herederos, les quedará Oblomovka.

—Esto mismo digo yo. ¡Bebamos, compadre!

—¡A la salud de los idiotas! —gritó Iván Matveich.

Y los dos hombres bebieron una vez más.

IV

AHORA debemos retroceder un poco, a una época anterior a la visita de Stolz a Oblomov el día del santo de éste, y trasladarnos a otro lugar.

Allí encontraremos a personas conocidas, de las que Stolz no habló a Oblomov por razones particulares, o bien porque Oblomov no le preguntó por ellas, quizá porque tenía sus razones para no hacerlo.

Cierto día, Stolz se paseaba por un bulevar de París, contemplando distraídamente a los transeúntes y los escaparates de las tiendas, sin prestar atención a nada de lo que veía. Hacía algún tiempo que no recibía noticias de Rusia, tanto de Kiev, como de Odesa, así como tampoco de San Petersburgo. Se sentía aburrido y regresaba lentamente a su casa después de haber echado otras tres cartas al correo.

De pronto, sus ojos se clavaron, sorprendidos, en algo que tenía ante él, aunque acto seguido recobraron su expresión habitual. Dos señoras acababan de entrar en una tienda. «¡No, es imposible! —se dijo—. ¡Las hubiera reconocido en el acto! ¡No pueden ser ellas!»

No obstante, se aproximó al escaparate de la tienda y examinó a las damas a través del cristal. «No puedo verlas bien; están de espaldas al escaparate.» Stolz entonces entró en la tienda y pidió que le enseñaran algo. Una de las damas volvió la cara hacia la luz y Stolz reconoció a Olga Illinski. ¡Pensar que no la había reconocido en el primer instante! Hizo intención de dirigirse a ella, pero se detuvo para contemplarla mejor. ¡Dios mío, qué cambio se había operado en ella! Era Olga y no lo era. Sus facciones seguían siendo las mismas, pero estaba muy pálida y tenía los ojos hundidos. Por otro lado, sus labios ya no sonreían con la sonrisa ingenua e infantil de otro tiempo. En sus cejas podía observarse que la ocupaban serios y tristes pensamientos, y la expresión de sus ojos era completamente nueva en ella. Un velo de dolor e incertidumbre velaba por completo su rostro.

Stolz se aproximó a las damas. Olga frunció el ceño y le miró con expresión perpleja durante unos instantes. Al cabo le reconoció y sus ojos brillaron de alegría, no una alegría impetuosa y entusiasta como la de antaño, sino sosegada y profunda, como una hermana miraría a un hermano querido. De este modo miró Olga a Stolz al reconocerle.

—¡Dios mío! ¿Es usted de verdad?, —exclamó Olga con una voz que llegó a lo más profundo del corazón de Stolz.

La tía se volvió rápidamente y los tres comenzaron a hablar al mismo tiempo. Stolz se lamentó de que no le hubieran prevenido de su llegada, y ellas se apresuraron a excusarse. Tan sólo hacía dos días que se encontraban en París y habían estado buscándole por todas partes. En una de las casas en que Stolz había estado alojado les dijeron que se encontraba en Lyón y ellas no habían sabido qué hacer.

—Pero... ¿por qué han venido a París? —preguntó Stolz—. ¡Y sin anunciármelo siquiera!

—Se nos ocurrió de pronto emprender el viaje y no quisimos escribirle. Olga deseaba darle una sorpresa.

Stolz miró a Olga. La expresión del rostro de la joven estaba muy lejos de confirmar las palabras de su tía. Miró a la joven con mayor intensidad, pero parecía impenetrable e inaccesible a toda observación.

«¿Qué le sucede a esta muchacha? —se preguntó Stolz—. Antes me bastaba con mirarla a la cara para saber lo que sentía, en tanto ahora... ¡Qué cambio se ha producido en ella!»

—¡Cómo se ha desarrollado usted, querida Olga! —dijo en voz alta—. Se ha hecho usted toda una mujer y ahora apenas si la reconozco. ¡Y pensar que hace tan sólo un año la vi por última vez! ¡Cuénteme, cuénteme cosas de su vida!

—No tengo nada especial que contar —repuso Olga mientras examinaba un objeto que el dependiente le había entregado.

—¿Cómo va el canto? —preguntó Stolz, empeñado en leer en la expresión que flotaba ahora en el rostro de Olga.

Pero la expresión se esfumó como por parte de magia antes de que Stolz pudiera interpretarla.

—Hace tiempo que no canto. Dos meses, o tal vez más —repuso Olga con indiferencia.

—¿Y cómo anda Oblomov? ¿Qué hace? ¿Vive todavía? —preguntó Stolz de pronto—. ¿Le escribe a usted?

Quizás entonces Olga hubiera revelado sus secretos, pero la tía acudió en su ayuda.

—No lo creerá usted —dijo la dama encaminándose hacia la puerta de la tienda—, pero durante mucho tiempo estuvo visitándonos, hasta que de repente desapareció sin saber cómo. Cuando decidimos venirnos al extranjero, le envié un recado, pero me contestaron que se encontraba enfermo y que no recibía a nadie.

Desde entonces no le hemos vuelto a ver.

—¿Y no han tenido más noticias suyas? —preguntó Stolz a Olga.

Olga miraba con sus impertinentes un coche que pasaba en aquel momento ante ellos.

—Cayó enfermo de gravedad —repuso contemplando el coche con fingida indiferencia—. *Ma tante* me parece que son nuestros compañeros de viaje!

—Tiene usted que explicarme cosas de Ilia y rendirme cuentas de su misión —insistió Stolz—. ¿Qué ha hecho usted con él? ¿Por qué no le ha traído con usted?

—*Mais ma tante vient de diré...* —contestó Olga.

—Es un hombre terriblemente perezoso —manifestó la tía—, y tan insociable, que cuando recibimos a dos o tres invitados más se encerró de nuevo en su casa. ¡Imagine que tomó un abono semanal para la ópera y apenas si asistió a la mitad de las representaciones que se dieron!

—Ni siquiera fue a oír a Rubini —añadió Olga.

—¿Y han venido ustedes a París por mucho tiempo? —preguntó Stolz—. ¿Cómo es que se les ocurrió hacer este rápido viaje?

—Debido a Olga —contestó la tía—. Nos lo aconsejó el médico. San Petersburgo no le sentaba bien y hemos salido de la ciudad para todo el invierno, aunque no hemos decidido aún si lo pasaremos en Niza o en Suiza.

—En efecto, veo que ha cambiado usted mucho —murmuró Stolz con expresión pensativa, mirando a Olga a los ojos.

Las Illinski pasaron seis meses en París y Stolz fue su guía y su compañero constante durante todo el tiempo. Olga se rehacía a ojos vistas. Al menos, en apariencia, su tristeza se transformó en serenidad e indiferencia. En cuanto a lo que sucedía en su espíritu, tan sólo Dios era capaz de saberlo.

Poco a poco, la joven comenzó a confiarse en Stolz como en otros tiempos, si bien ahora ya no reía como una chiquilla cuando él le gastaba alguna broma. Limitábase a sonreír suavemente. Incluso a veces parecía como si le molestara no poder sostener más tiempo la sonrisa en sus labios.

Stolz no tardó en descubrir que Olga ya no deseaba que la divirtieran como antaño. En ocasiones correspondía a sus bromas con un fruncimiento de cejas y le miraba como si le reprochase su frivolidad y ligereza. O bien, en lugar de responder a lo que él le había dicho en tono humorístico, le hacía una pregunta seria y le miraba con tanta insistencia, que Stolz se sentía avergonzado de su frívola y vacía charla.

A menudo parecía Olga cansada de todo, en especial de las conversaciones triviales, y entonces Stolz veíase precisado a hablarle de temas importantes y serios que, por cierto, no le gustaba tratar nunca con las mujeres.

¡Cuánto ingenio, cuánta sutileza tuvo que derrochar Stolz para serenar y apaciguar la profunda e inquisitiva mirada de Olga y contenerla en su morboso deseo de profundizar más en las cosas!

¡Cómo sufría cuando, debido a una explicación suya poco precisa, observaba que Olga fruncía el entrecejo y parecía enojada con él y consigo misma! Luego tenía que emplear dos días enteros, haciendo uso de todo su conocimiento de las mujeres y de la naturaleza humana, para recuperar la simpatía de la joven y hacer desaparecer el ceño adusto. A veces llegó a acostarse completamente agotado por tales esfuerzos, aunque contento y satisfecho si había logrado la victoria.

«¡Dios mío! ¡Cómo ha madurado en tan poco tiempo! ¡De qué forma se ha desarrollado su espíritu! ¿Quién habrá sido su maestro? ¿Dónde ha aprendido la ciencia de la vida? ¿Del barón? Imposible. Se trata de un hombre bastante obtuso y no puede extraerse la menor enseñanza de sus vulgares sentencias. ¡Pero no puede haber sido Ilia quien se lo haya enseñado!»

No conseguía comprender a Olga, y cuando al día siguiente iba a visitarla, la miraba con la mayor atención a los ojos, experimentando un invencible temor ante lo que creía leer en ellos. Con frecuencia se encontraba en verdaderos apuros, y tan sólo su inteligencia y conocimiento de la vida le ayudaban y le permitían en algunas ocasiones poder contestar a las preguntas y las dudas que leía en la mirada de Olga. Con la lámpara de la experiencia en la mano, se aventuraba a través del laberinto del espíritu y del carácter de la joven, descubriendo a cada día que pasaba nuevas facetas y cualidades en Olga, aunque sin llegar jamás al fondo de su corazón, comprobando alarmado que no se cansaba de pedir más y más respuestas sobre la vida.

De este modo, la vida de Olga se estaba convirtiendo en una parte de la existencia y de las actividades de Stolz. Luego de haber rodeado a Olga de flores, libros, música y álbumes, Stolz, plenamente convencido de que había proporcionado bastantes distracciones a la joven, se iba a trabajar, a visitar unas minas o a una granja modelo, o bien acudía a reuniones de sociedad donde conocía a nuevas personalidades. Más tarde regresaba junto a ella, agotado, tomaba asiento a su lado cerca del piano y descansaba oyéndola cantar. Pero de súbito descubría en los ojos de Olga nuevas y obstinadas preguntas, y poco a poco se fué acostumbrando a explicarle todo cuanto había visto y hecho durante el curso del día. En ocasiones Olga expresaba el deseo de acompañarle, y Stolz la llevaba a visitar una fábrica o un edificio, reconstruyendo para la joven los hechos históricos

que aparecían grabados en las viejas piedras o en los muros de los edificios. Al propio tiempo adquirió el hábito de pensar y de sentir en voz alta y en presencia de Olga, y un día, tras de escrutarse a sí mismo concienzudamente, descubrió que ya no estaba solo en la vida, y que ésta había comenzado realmente para él en el instante en que conoció a Olga.

Casi de un modo inconsciente, como si hablara consigo mismo, discutía en presencia de Olga el valor del tesoro adquirido por él, y después miraba a la joven intensamente para comprobar si aún quedaba alguna pregunta en su mente, y si le miraba o no como a un vencedor. Si ocurría así, entonces retornaba a su casa rebosante de orgullo y satisfacción, temblando de contento, y se pasaba buena parte de la noche preparándose para el día siguiente.

Lo más pesado de su trabajo no le parecía abrumador, sino simplemente inevitable; formaba parte del conjunto de su vida. Sus pensamientos, sus observaciones y los acontecimientos de toda clase; no quedaban archivados silenciosamente en el recuerdo, sino que prestaban un deslumbrante colorido a todos los días transcurridos.

¡Qué sensación de felicidad se reflejaba en el rostro de Olga cuando, sin que ella le hubiera importunado con sus preguntas, Stolz comenzaba a explicarle con el mayor entusiasmo sus cosas y le proporcionaba un nuevo material con el que enriquecer su espíritu! Y él se sentía profundamente feliz cuando el espíritu de Olga, con encantadora sumisión, recogía lleno de ansiedad cada una de sus palabras y cada una de sus miradas. Los dos se examinaban con la mayor atención, él a Olga para ver si le quedaba alguna pregunta por formular, y ella a Stolz para comprobar si le había dicho todo, si no se había olvidado de algo, si, ¡Dios no lo quisiera!, le había ocultado con toda intención una parte de su pensamiento.

Cuando más interesante y complicado era el problema, con tanta mayor atención y detalle se lo explicaba Stolz, y con mucha mayor atención le escuchaba Olga, y de este modo iba creciendo su amistad y su intimidad.

«¡Esta muchacha se está apoderando de mí», se decía Stolz no sin asombro. Y pensaba en ella como jamás había pensado en otra mujer en toda su vida.

Al llegar la primavera se fueron todos a Suiza. Cuando aún se encontraba en París, Stolz tuvo que reconocer, quieras que no, que le era imposible vivir sin Olga. Luego de haber llegado a esta conclusión, comenzó a preguntarse si Olga podría vivir sin él. Pero no era tan fácil responder a esta pregunta. Examinaba a la joven con suma atención, observaba a su alrededor, meditaba y a veces creía que estaba a punto de resolver la cuestión. Un signo inequívoco, una mirada, una palabra, cualquier detalle, un suspiro o un fruncimiento de tejas de Olga, hubieran bastado

para contestar a la pregunta y hacerle comprender que ella le quería también.

En el rostro de Olga podía leer que la joven sentía en él una confianza ilimitada, que le miraba como no miraba a nadie más, como quizás hubiera mirado a su madre de haber vivido. Al parecer, la joven consideraba aquello de que Stolz le dedicara todo su tiempo libre, no como un favor ni como una prueba de amor o amabilidad, sino como un deber, como si Stolz fuera su padre, su hermano o su esposo. Esto era ya mucho, por no decir todo.

Cuando Olga se encontraba al lado de él, en cada una de sus palabras y miradas había tal candidez y espontaneidad, que saltaba a la vista la total autoridad que Stolz ejercía sobre ella. Olga misma lo reconocía así, diciendo que sólo en él confiaba y creía.

Stolz se sentía orgulloso, pero su orgullo era muy semejante al que hubiera podido sentir un tío maduro e inteligente, o, pongamos por caso, el barón, de haber sido más discreto. Pero siempre quedaba en pie la pregunta: Esta autoridad, ¿provenía del amor? ¿No existiría en todo ello un poco de ese espejismo que hace que una mujer se sienta dichosa aún habiéndose equivocado?

No. Olga se le sometía con plena conciencia de lo que hacía. Es cierto que sus ojos despedían un singular brillo cuando él desarrollaba alguna idea en su presencia o mostraba al desnudo su alma para que ella pudiera conocerla, imitándole entonces la joven con expresión de profundo cariño. Pero este fenómeno tenía una clara y evidente explicación, que ella misma admitía. Por el contrario, en el amor, la autoridad es injustificada e inconsciente, y aquí radica precisamente su poder para proporcionar la felicidad a los que lo experimentan.

Si Olga se irritaba, la razón de ello estaba siempre a la vista. Jamás le fue posible a Stolz sorprender en la joven un rubor repentino, una mirada ardiente o una explosión de alegría. Lo único parecido a esto que Stolz logró captar fue una mirada de tristeza que nublaba los ojos de Olga cada vez que él anunciaba que muy pronto tendría que marcharse a Italia. Pero en el acto, Olga decía con la mayor ingenuidad: «¡Qué lástima que no pueda ir con usted. Sin embargo, usted me lo explicará todo con tantos detalles y exactitud, que me parecerá como si también hubiera ido yo».

El encanto se evaporaba ante aquel deseo, tan claramente expresado, y con la vulgar referencia a su habilidad narrativa. Stolz recogía todos los detalles, tejía con ellos una labor tan fina como un encaje, y cuando no faltaba más que el último punto, todo se deshacía.

«¿Me quiere o no me quiere? —seguía preguntándose Stolz poseído por la mayor ansiedad—. Si me quiere, ¿por qué se muestra tan callada, tan reservada,

tan sumamente prudente?»

Stolz tuvo que ir a pasar una semana a Londres, y antes de marcharse fue a comunicárselo. ¡Si ella palidecía y se trastornaba al oír la noticia, habría descubierto al fin lo que deseaba y podría ser dichoso! Pero Olga se limitó a estrecharle la mano tristemente...

—Le echaré mucho de menos —dijo—. Creo que incluso voy a llorar. Me siento como una huérfana. ¡*Ma tante*, mira, Andrei Ivanich se nos marcha! —añadió con acento quejumbroso.

La desesperación de Stolz subió de punto.

«¡Dirigirse en estos momentos a su tía! ¡Es lo único que faltaba! —pensó—. Comprendo que lamente el que tenga que marcharme, que tal vez me quiere. Pero esta clase de amor puede adquirirse del mismo modo que se adquiere en el mercado, a base de mucho tiempo y constancia, atenciones y cortesías... Pero no volveré —decidió en su fuero interno—. ¡Vamos con la muchacha! Antes bien se dejaba guiar por mi... Pero ahora... ¿qué le sucede?»

¿Que qué le sucedía a Olga? Stolz ignoraba un detalle de capital importancia. Que Olga ya había amado, que ya había pasado por la crisis del rubor y de la pérdida del propio dominio y de las febriles angustias e inquietudes que acompañan a todo primer amor. De haberlo sabido, tal vez hubiera comprendido que le quería o, por lo menos, habría intuido por qué era tan difícil averiguar lo que sentía la joven.

En Suiza visitaron todos los lugares adonde suelen acudir los turistas. Pero ellos preferían quedarse en los sitios menos concurridos. Estaban, o al menos Stolz estaba tan preocupado con sus propios problemas, que el viaje en sí mismo pasó a segundo término. Seguía a Olga por todas partes, a las cumbres de las montañas o a los abismos, viéndola siempre recortada contra el fondo del paisaje. La seguía por estrechos senderos en tanto que la tía permanecía en el coche, y cuando llegaban a la cumbre estaba seguro de que Olga le miraría a él antes que a nada. Todo esto era en extremo agradable y alentador. Pero de súbito, Olga paseaba la mirada en torno suyo y se sumía en un éxtasis en el cual él no tenía arte ni parte. Entonces parecía como si él hubiera dejado de existir para ella. En tales momentos, Stolz le dirigía la palabra para recordarle su presencia, y Olga se sobresaltaba y en algunas ocasiones llegó incluso a proferir un grito. Era indudable que se había olvidado de la presencia de la persona que tenía a su lado, y quizá de que existía en el mundo.

Luego, ya de regreso, sentados junto a la ventana o en la galería, Olga le iba comunicando, sin embargo, todas sus impresiones, con palabra viva, emocionada,

haciendo alto de cuando en cuando para buscar la palabra justa, agradeciendo con una cálida mirada la que él le sugería. Otras veces se dejaba caer en un sillón, pálida y fatigada, en silencio, y sus ojos expresaban su deseo de que Stolz le hablara.

Entonces le escuchaba Olga con concentrada atención, sin hacer el menor movimiento ni ademán de pronunciar una sola palabra. Stolz se interrumpía, pero ella seguía escuchándole e interrogándole con la mirada, hasta que Stolz proseguía sus explicaciones con renovado ardor y entusiasmo. Todo aquello era por demás agradable y Stolz sentía que los latidos de su corazón se aceleraban por momentos, hasta que, de pronto, Olga se ponía de pie, cansada, y con los ojos le decía que deseaba quedarse sola, o bien que estaba hambrienta, y entonces comía con gran apetito.

Quizá bastara con esto. Stolz distaba mucho de ser un soñador y no deseaba en modo alguno ser objeto de una pasión violenta, lo mismo que le acontecía a Oblomov, aunque por causas bien distintas. Pero anhelaba que antes de que el amor siguiera su lento y pacífico curso, la fuente brotara con un cierto ímpetu, para poder beber en ella y saber de una vez para siempre de dónde fluía aquella corriente de felicidad.

«¿Me quiere o no me quiere?», se preguntaba con la mayor ansiedad, próximo a las lágrimas. Esta pregunta le asediaba cada vez más estrechamente, ardiente como si fuera una llama, paralizando todos sus propósitos e intenciones. Era una pregunta esencial, no para su amor, sino para su vida toda. En su espíritu no quedaba ya lugar para otra cosa. En aquellos seis meses se había sumido en los abismos y angustias que hasta el momento había conseguido eludir en sus relaciones con las mujeres. Temía que su constitución, aunque extraordinariamente fuerte y resistente, acabaría resintiéndose de aquel esfuerzo a que estaban sometidos su cerebro, su voluntad y sus nervios. Empezaba a comprender algo que hasta entonces había ignorado por completo, es decir, que las potencias todas del hombre son destruidas por la lucha secreta del alma con la pasión, abriéndose en su corazón esas heridas incurables que hacen llorar, sufrir y perder las ganas de vivir.

Stolz perdió buena parte de la confianza que sentía en su propio poder. Ya no se reía cuando veía a una persona fuera de sí por una razón cualquiera... y mucho menos si el motivo de ello era el amor. Sentía miedo. «No, tengo que poner fin a esto —dijo al cabo—. Observaré el fondo de su alma, como acostumbro a hacerlo, y mañana me sentiré feliz o bien me marcharé de aquí. Pero de ningún modo puedo continuar de este modo —agregó mirándose en el espejo—. ¡Qué aspecto tengo! ¡Basta ya!»

E inmediatamente se dirigió en línea recta hacia su meta, esto es, hacia Olga.

En cuanto a la joven, ¿es que no se había dado cuenta de lo que Stolz sentía por ella, o era que no le importaba poco ni mucho lo que pudiera sentir? Sin duda tenía que haberlo notado. Otras mujeres, mucho menos sutiles e inteligentes que ella, saben distinguir a las primeras de cambio la diferencia que existe entre una devoción amistosa y la tierna expresión de otro sentimiento. No podía creerse que estuviera coqueteando con él, pues Olga era por instinto sincera y honrada en todos sus sentimientos. Se encontraba a cien codos por encima de esta vulgar debilidad.

La única alternativa posible que cabía admitir era, aparte de cualquier otro designio ulterior, que anhelaba seguir disfrutando de la inteligente compañía y de la devoción de un hombre como Stolz. Claro que lo deseaba. Esta devoción iba sanando las heridas infligidas a su orgullo, y poco a poco la elevaban hasta el pedestal del cual había caído. El respeto por sí misma renacía paulatinamente. Pero ¿se le había ocurrido pensar adonde podría conducirla aquella devoción? Desde luego no podría seguir asumiendo durante un tiempo indefinido, la forma de un combate entre la pregunta de Stolz y Su silencio. ¿No comprendía que Stolz estaba empeñado en ganar la batalla en la cual había puesto su voluntad y decisión? ¿Acaso estaría desperdiciando todo aquel fuego inútilmente?

Olga lo ignoraba, no comprendía en absoluto nada de todo aquello, y la joven se atormentaba sin cesar haciéndose aquellas preguntas y sumergiéndose cada vez más en una completa confusión. Un día, más pronto o más tarde, la desesperada lucha entablada entre sus encontrados sentimientos saldría al exterior, y cuando esto sucediera, ¿cómo lo explicaría todo, qué nombre daría al pasado, así como a lo que ahora sentía por Stolz? ¿Qué había sido lo de Oblomov? ¿Coquetería, frivolidad... o tal vez algo peor? Al pensar en ello no podía por menos de ruborizarse de vergüenza. No, no podía acusarse de aquello.

Pero entonces, si aquello había representado su primer amor, ¿cómo explicar su actitud para con Stolz? ¿Era tal vez un juego, una táctica para atraerle al matrimonio y borrar con la boda el testimonio de su frívola conducta anterior? Semejante suposición la hacía palidecer. Y si no se trataba de un engaño, de un juego, ni de una táctica preconcebida, ¿era amor también, amor por segunda vez? La confusión de Olga iba en aumento. ¡Un segundo amor después de siete u ocho meses del primero! ¿Cómo podría explicarlo sin provocar la sorpresa y quizá también el desprecio de la gente? Olga no se atrevía ni a pensar en ello ni tenía el derecho a hacerlo.

La joven buscaba entre sus recuerdos una experiencia de un segundo amor. Consultaba los autores, el testimonio de la gente juiciosa, pero en todas partes se

tropezaba con idéntica sentencia irrevocable: «La mujer quiere de verdad, pero sólo una vez». También Oblomov lo había dicho. Hubiera querido saber lo que Sonichka pensaba de ello. Pero cuando aparecieron unos amigos de Rusia, supo con gran estupor que Sonichka se encontraba ya en su tercer amor...

¡No, no era posible que quisiera a Stolz! ¡Había querido a Oblomov y su posibilidad de amar estaba ahora marchita para siempre jamás! Por Stolz sentía tan sólo una gran amistad, que tenía como base sus brillantes cualidades, sus atenciones y amabilidades para con ella... Por lo tanto, rechazaba en absoluto la idea del amor y la posibilidad de amar a su viejo amigo.

Era ésta la razón de que Stolz no pudiera sorprender en Olga, ni en sus palabras ni en la expresión de su rostro, un solo signo de completa indiferencia, así como tampoco el destello de un sentimiento algo más cálido que el de la amistad, todo lo sincera que se quisiera, pero amistad al fin y al cabo.

Olga sólo había tenido una oportunidad de evitar todo aquello. Al darse cuenta de que Stolz comenzaba a enamorarse de ella, debía de haberse alejado de él a fin de no continuar alimentando el fuego y evitar que fuera creciendo. Pero había dejado pasar la ocasión; tenía que haber previsto que el sentimiento primero concluiría transformándose en pasión y que Stolz no era otro Oblomov, por lo que no le sería posible escapar a su poder.

Pero aunque le hubiera sido posible apartarse de Stolz en lo físico, no lo hubiera sido moralmente. Al principio experimentó un gran placer al recobrar la amistad de Stolz, que era un compañero inteligente, irónico y reflexivo, y un gran observador de la vida. Pero a medida que fueron estrechando su amistad, su intimidad espiritual fue creciendo, y Stolz pasó imperceptiblemente, de hacerle observar las cosas y los acontecimientos, a explicárselos y a ser su guía.

De modo imperceptible, Stolz se había convertido en su razón y en su conciencia, y esto hizo que adquiriera sobre ella nuevos derechos, que envolvían toda su vida, toda salvo un rinconcito que seguía manteniendo oculto a las miradas de Stolz.

Olga había aceptado la influencia moral de Stolz sobre su corazón y su mente, pero al propio tiempo se daba cuenta de que ella había adquirido una gran influencia sobre él. Ejercían derechos uno sobre otro. ¿Cómo podía, pues, destruirlo ella todo en unos instantes? Por si esto fuera poco, existía en aquello un tan gran interés, una variedad y una vida de la que era imposible prescindir...

Además, cuando la idea de escapar de Stolz se le ocurrió a Olga era ya demasiado tarde. Carecía de fuerzas ni para intentarlo siquiera. Un día pasado lejos de él, un pensamiento que le había ocultado, perdían su color y se convertían

en algo insignificante y sin valor. «¡Ojalá fuera su hermana! —pensaba— ¡Qué felicidad sería tener unos derechos sobre este hombre, no sólo sobre su espíritu, sino también sobre su corazón, disfrutar de su presencia abiertamente y conforme a la ley, sin tener que hacer por ello duros sacrificios y, sobre todo, la confesión de un pasado tan poco honroso! En cambio, ahora, ¿qué soy para él? Si desea marcharse, no tengo el menor derecho a retenerle, y debo desear que también nosotros nos marchemos. Y si intentara retenerle a mi lado, ¿qué habría de decirle? ¿Qué derecho tengo a desear verle y oírle en todo momento?... Sólo porque me aburro y él me instruye, me divierte, está habituado a mi presencia y a mí me gusta encontrarme cerca de él... Esto puede constituir una razón, es cierto, pero en modo alguno representa un derecho... ¿Y qué le concedo yo a cambio? El derecho a admirarme desinteresadamente, sin que pueda atreverse a esperar que su amor sea correspondido, cuando tantas otras mujeres se sentirían más que dichosas...»

La joven se atormentaba buscando en vano la solución a aquel dilema, y preveía, presa de un gran terror, que llegaría un instante en que él se cansaría y la dejaría sola para siempre.

Algunas veces, sin embargo, Olga se decía que seria mejor explicárselo todo, toda la lucha interior que tenía lugar en su alma, pero siempre le faltaba el coraje necesario para hacerlo.

Lo más curioso de todo era que desde que se había hecho inseparable de Stolz empezó a sentirse avergonzada de su pasado. Si el barón o cualquier otra persona le hubiera echado en cara la vieja historia de Oblomov, no habría sufrido el tormento que experimentaba ahora al pensar que Stolz podía acabar enterándose de todo. Imaginaba la expresión de su rostro, la forma en que la miraría, lo que diría y lo que pensarla de ella. La juzgaría una mujer débil, insignificante y despreciable. ¡No, no y no! ¡Por nada del mundo debía saber nada! Olga comenzó a analizarse a sí misma y entonces descubrió con profundo terror que se avergonzaba no sólo de su amor, sino también de su protagonista... Al propio tiempo sentía remordimientos de conciencia por su comportamiento con él.

Quizás hubiera concluido por habituarse a su vergüenza, puesto que a todo se acostumbra uno con el tiempo, si su amistad con Stolz no se hubiera transformado en otra clase de sentimiento. Pero la imagen de la felicidad que podría alcanzar al lado de Stolz surgía cada vez con mayor frecuencia en su imaginación, una imagen completa y rutilante, en franco contraste con el recuerdo de la indolencia de Oblomov. Entonces rompía en lágrimas por su pasado y por no poderlo hacer desaparecer de un solo trazo.

Más tarde recuperaba el dominio de sí misma, y entonces se escondía con mayor afán tras de la muralla de indiferencia y silencio que tanto exasperaba a

Stolz.

En otros instantes intentaba olvidarlo todo y se dejaba arrastrar por sus sentimientos, mostrándose ante Stolz tan dulce y cariñosa como lo era en sus sueños. Pero de nuevo acudía a su memoria el pensamiento de que el futuro le estaba vedado y que sus sueños se habían marchitado para siempre.

Quizá con el tiempo hubiera podido irse acostumbrando a aquella idea y, como suelen hacer las solteronas, entregarse a una apatía sin límites o bien dedicarse a la filantropía. Pero de cuando en cuando unas palabras de Stolz resucitaban de nuevo sus ilícitos ensueños, y entonces comprendía que había perdido en Stolz a un buen amigo para convertirlo en un hombre que la quería apasionadamente. La amistad de antaño se había transformado en el amor de ahora.

Cuando descubrió esto, se levantó por la mañana pálida y ojerosa, y se negó a salir de casa en todo el día. Al mismo tiempo sentíase agitada por el temor y la alegría; luchaba tratando de averiguar qué debía hacer, cuál era su deber, si bien no conseguía llegar a ninguna conclusión. Se maldecía por no haber sido capaz de superar su sensación de bochorno desde un principio y habérselo contado todo a Stolz. Pero ahora, a la vergüenza se unía el temor de perderle para siempre. En ciertos instantes de desesperación, cuando el dolor del corazón le era verdaderamente insoportable y las lágrimas acudían a sus ojos, le entraban unos feroces deseos de correr hacia él y contárselo todo, no por medio de palabras, sino de un modo que le permitiera ver, por sus sollozos y su dolor, el cruel precio que estaba pagando por ello. Pero no se sentía con fuerzas bastantes. ¿Qué le quedaba, pues, por hacer? ¿O es que tendría que proceder como otras mujeres en semejantes casos? Sonichka, por ejemplo, le había contado que lo del subteniente no fue más que una simple broma, que se trataba de un simple niño, que muchas veces le había hecho esperar expresamente de pie en la nieve...

Sonichka no hubiera vacilado en decir que se había limitado a divertirse a costa de Oblomov, que, era un tipo por demás ridículo y que no existía mujer capaz de querer a aquel «costal de harina». Pero aunque el marido de Sonichka y sus amigos hubiesen justificado este proceder, Stolz no lo habría soportado. Olga hubiera procedido cien veces mejor diciéndole a Stolz que todo lo que se propuso fue arrancar a Oblomov del abismo en que se hallaba sumergido, resucitar a un muerto, y luego abandonarle. Pero esto hubiera mostrado visos de algo demasiado elaborado, de excesivamente pensado... y, por otra parte, era a todas luces falso... ¡No, no, no había solución posible! «¡Dios mío, en qué situación me encuentro —se decía Olga más atormentada que nunca—. ¡Decírselo! ¡Oh, no quiero que lo sepa jamás! Pero si se lo oculto, será peor que robar. Sería engañarle. ¡Ayúdame, Dios

mío!»

Pero nadie acudía en su ayuda. Por mucho que le gustara la presencia de Stolz, a veces deseaba no haberle conocido siquiera, pues sentía en lo más profundo del alma haber ensombrecido con una pasión como aquélla su vida serena y racional, con una pasión a la que en modo alguno ella podía corresponder.

En lo sucesivo, toda su vida sería una eterna lamentación por su desgraciado amor, lloraría por el pasado, pero al fin acabaría por enterrar su alma y su recuerdo, y luego... Luego tal vez contrajera matrimonio, «una boda de conveniencia», convirtiéndose entonces en una esposa y madre solícita; olvidaría el pasado como un sueño de muchacha y, en vez de vivir, se limitaría a soportar la vida. Esto es lo que acostumbran a hacer todas las mujeres.

Pero no se trataba de ella sola. Había otra persona a quien interesaba la cuestión y que había depositado sus mejores esperanzas en ella. «¿Por qué me enamoraría entonces?», se decía, recordando la mañana del parque, cuando Oblomov quiso romper las relaciones y ella temió que si lo hacían el libro de su vida se cerraría para siempre. ¡Con qué facilidad y osadía resolvió entonces el problema del amor y de la vida! Ahora, por el contrario, se encontraba perdida y sin esperanzas. Había sido demasiado inteligente, había supuesto que bastaba con mirar las cosas de un modo sencillo, caminar hacia delante con paso firme para que la vida se extendiera a sus pies tan suave y obediente como una mullida alfombra. Pero lo peor de todo era que no podía achacar la culpa más que a sí misma.

Sin la menor sospecha sobre las intenciones que aquel día llevaban Stolz a su casa, Olga se levantó del sofá con inusitada animación, abandonó el libro que leía y salió a su encuentro.

—¿No la molesto a usted? —preguntó Stolz sentándose junto a la ventana de la habitación de Olga que daba sobre el lago—. ¿Estaba leyendo?

—No. Ya no leía. Está oscureciendo. Le estaba esperando a usted —repuso la joven con suave acento.

—Mejor que mejor, pues he venido con intención de hablarle —dijo Stolz con gran seriedad, acercando otra silla a la ventana para que Olga se sentara.

Olga se estremeció, dejándose caer en la silla con la cabeza inclinada y los ojos bajos. Hubiera dado cualquier cosa por encontrarse lejos de allí. En aquel instante, el pasado cruzó por su memoria como un relámpago. «¡Me ha llegado el momento de ser juzgada! No se puede jugar con la vida del mismo modo que se juega con las muñecas —parecía decirle una voz interior—. No te hagas ilusiones: tendrás que pagar tu deuda.» Ambos guardaron silencio durante varios minutos.

Stolz, evidentemente, estaba concentrando sus dispersos pensamientos. Olga, mientras tanto, mantenía los ojos fijos en su rostro y veía sus cejas fruncidas y su grave expresión. «¡Némesis!», pensó la joven. Al verlos en aquel momento, en aquella actitud, se hubiera dicho que ambos se preparaban para sostener un duelo.

—Supongo que ya se imagina usted de qué quiero hablarle, Olga Sergeievna —dijo Stolz dirigiendo a la joven una mirada de interrogación.

Stolz estaba sentado de espaldas a la ventana y debido a esto su rostro quedaba en la sombra, en tanto que la luz iluminaba el rostro de Olga, de forma que Stolz podía leer en él todos sus sentimientos y pensamientos.

—¿Cómo puedo suponerlo? —murmuró Olga con voz quebrada por la emoción.

Ante aquel peligroso adversario, Olga se sentía falta de penetración, perdido el dominio de sí misma, de la fuerza de voluntad y del carácter que había desplegado ante Oblomov. Reconocía ahora que si había conseguido ocultar hasta aquel instante su pasado a Stolz esto se debía no a su poder, sino al obstinado silencio y a la resistencia de Stolz. En campo abierto se encontraba en desventaja ante él, y si formuló la pregunta fue tan sólo para ganar tiempo y ver en qué terreno planteaba el enemigo la lucha.

—¿No lo supone usted? —dijo Stolz con expresión ingenua—. Pues bien, se lo diré inmediatamente.

—¡Oh, no! —se le escapó a Olga.

La joven cogió la mano a Stolz y le miró a los ojos como pidiéndole gracia.

—¿Lo ve usted? ¡Ya me figuraba que lo supondría! —murmuró Stolz—. Pero ¿por qué ese «no»?

Olga no respondió.

—Si ha podido usted prever lo que un día u otro acabaría por decirle, supongo que igualmente habrá previsto su respuesta, ¿no es cierto?

—Sí, la he previsto. Y al mismo tiempo sé que he sido muy perversa —repuso Olga apartándose de la luz para que Stolz no pudiera contemplar su confusión y su vergüenza.

—¿Perversa ha dicho usted? Creo que esa palabra es exagerada —dijo Stolz casi con un murmullo de voz—. Esto equivale o poco menos al «Abandonad toda esperanza», de Dante. No tengo más que añadir, es el final. Pero, de todos modos, se lo agradezco infinito —añadió exhalando un profundo suspiro—.

He salido de la oscuridad en que me encontraba y ahora ya sé lo que debo

hacer.

Stolz se levantó para marcharse.

—¡No, por el amor de Dios, no se vaya! —exclamó Olga asustada y tomándole la mano, añadió—: ¡No me abandone usted! ¿Qué será de mi?

Ambos volvieron a sentarse.

—La quiero a usted, Olga Sergeievna —murmuró Stolz con emocionado acento—. Usted ha tenido que darse perfecta cuenta de lo que ha venido sucediendo en mí durante estos últimos seis meses. ¿Qué es lo que pretendía usted entonces? ¿Verme completamente destruido y regodearse con la seguridad de su triunfo? Le doy a usted mis más rendidas gracias por ello...

Olga palideció.

—¡Márchese entonces! —replicó sintiéndose súbitamente ofendida.

—Perdóneme, Olga —murmuró Stolz—. Nos enfadamos por una nadería. Sé que no lo desea, pero póngase en mi lugar, y comprenderá éste mi primer impulso de marcharme. Los hombres somos egoístas a menudo, sin percatarnos de ello...

Olga cambió de posición en su asiento, pero no dijo nada.

—Bien; supongamos que me quedo. ¿Qué obtendríamos con ello? —continuó Stolz—. Usted, por supuesto, me ofrecerá su amistad. Pero es el caso de que ya la tengo, y aunque me fuera, dentro de uno o dos años continuaría contando con ella. La amistad, Olga Sergeievna es una gran cosa cuando se establece entre dos personas jóvenes que se estiman o bien entre dos ancianos que se han querido. Pero es terrible cuando por parte de uno es amor y por la del otro sólo amistad. Sé que siente usted simpatía hacia mí, pero yo no tengo bastante con eso.

—Pues si es así, márchese, Andrei Ivanich —murmuró Olga con voz casi imperceptible.

—Si me quedara —prosiguió Stolz—, sería como pasear por el filo de una navaja... ¡Tal sería nuestra amistad!

—¿Y supone usted que sería mucho mejor para mí? —repuso Olga inesperadamente.

—¿Por qué no? —se apresuró a replicar Stolz—. Usted no me quiere...

—¡No lo sé! ¡Le juro que no sé si le quiero o no! Pero si usted... si mi vida actual sufriera algún cambio, ¿qué sería de mí? —añadió Olga casi para sí misma.

—¿Cómo debo interpretar sus palabras, Olga Sergeievna? Acláremelas, por

favor, se lo suplico —exclamó Stolz acercando su silla a la de Olga, conmovido por el tono sincero y emocionado con que ella había pronunciado aquellas palabras.

Stolz hizo esfuerzos para interpretar la expresión del rostro de la joven. Mientras tanto, Olga guardaba silencio. Deseaba retirar la palabra «perversa» o explicarla de modo distinto a como Stolz la había interpretado. Pero no sabía cómo hacerlo. Comprendía que ambos se hallaban en una posición falsa, que habían incurrido en un error, y que sólo él, o ella, con ayuda de él, podían aportar orden y luz al pasado y al presente. ¡De qué modo anhelaba escuchar su veredicto y cómo lo temía al propio tiempo!

—Tampoco yo lo entiendo. ¡Crea que me siento tan confundida y a oscuras como usted mismo! —murmuró Olga.

—Míreme usted. ¿Cree en mí, Olga Sergeievna? —dijo ahora Stolz cogiéndole una mano.

—Tan firmemente como en una madre —repuso Olga con acento convencido—. Lo sabe usted de sobras.

—Cuénteme entonces, por favor, todo lo que le ha sucedido desde que nos separamos. No consigo adivinarlo, cuando antes me era posible leer todos sus pensamientos. Estoy seguro de que es la única manera de que podamos comprendernos mutuamente. ¿No es usted de mi misma opinión?

—Sí, también yo opino... Sí, tenemos que acabar con esto de un modo u otro —murmuró Olga, que comprendía que la confesión era de todo punto inevitable.

«Némesis», pensó una vez más bajando la cabeza.

Olga bajó la vista y guardó silencio, y una ráfaga de temor cruzó por el espíritu de Stolz ante aquel silencio.

«¡Está sufriendo de veras! Dios mío, ¿qué le habrá sucedido?», pensó estremeciéndose de pies a cabeza. Por la imaginación de Stolz cruzaron escenas trágicas y horrorosas. Pero Olga continuaba guardando silencio, sin duda luchando consigo misma.

—Hable... Olga Sergeievna... —insistió Stolz.

Olga no respondió. Pero, sin embargo, hizo un nervioso movimiento, que Stolz no pudo distinguir en la penumbra que les envolvía, aunque oyó el roce de la seda del vestido.

—Estoy intentando reunir mis fuerzas —dijo Olga al cabo—. ¡Si supiera usted lo difícil que me resulta! —añadió.

Deseaba que Stolz lo supiera todo, pero sin que ella tuviera que decírselo,

por una especie de milagro. Por suerte había oscurecido casi por completo y su rostro permanecía en la sombra. Tan sólo su voz podía traicionarla. Sin embargo, no se decidía a hablar, como si no supiera por qué nota debía de comenzar: «¡Dios santo, qué culpable debo de ser cuando siento tanta vergüenza y reparo en hablar!», se dijo la joven compadeciéndose a sí misma.

¡Pensar que poco tiempo antes gobernaba con tanta seguridad y dominio de sí misma su propia vida y la de los demás, en tanto que en la actualidad, sentada allí, en la sombra, temblaba como una niña!

El bochorno que experimentaba ante su pasado, su vanidad herida y su falsa posición en aquel instante la atormentaban de veras... ¡Era un sufrimiento insoportable!

—Quisiera ayudarle. Olga... Dígame usted... ¿Es que se enamoró de alguien? —consiguió decir Stolz con gran esfuerzo, sintiendo que sus propias palabras le herían en lo más vivo de su ser.

Olga confirmó su suposición guardando un absoluto silencio. Stolz volvió a sentir que otra ola de terror se infiltraba en su alma.

—¿Quién fue? ¿O prefiere no decírmelo? —preguntó a continuación, procurando mantener el mismo tono de voz, aunque sentía que sus labios temblaban.

Pero esto hizo que Olga sufriera aún más. La joven hubiera deseado poder decir cualquier otro nombre, poder inventar una historia cualquiera. Vaciló durante unos breves instantes, pero inmediatamente exclamó, lo mismo que quien se arroja al fuego en un momento de peligro: —Oblomov...

Stolz se quedó sin respiración y durante unos minutos reinó en la estancia un profundo silencio.

—¡Oblomov! —repitió al cabo, profundamente asombrado—. ¡Es imposible! —añadió ahora con más seguridad—. En eso hay un error. Usted no ha debido comprender la naturaleza de sus propios sentimientos, o quién es Oblomov o bien lo que es el verdadero amor.

Olga siguió guardando silencio.

—¡No fue amor! ¡Fue otra cosa cualquiera! ¡Se lo aseguro! —insistió Stolz.

—Sí; estuve coqueteando con él, le até una soga al cuello, le hice desgraciado... y ahora, a su juicio, trato de hacer lo mismo con usted —repuso Olga esforzándose en mantener el dominio de sí misma.

Pero su voz sonó como si estuviera empañada por lágrimas de

resentimiento.

—Por favor, se lo suplico, querida Olga Sergeievna, no me hable usted así, no se enfade. No armoniza con su carácter. Sabe usted de sobras que no es esto lo que pienso de usted. Lo que no alcanzo a comprender, lo que no me cabe en la cabeza, es que Oblomov...

—Oblomov es un hombre digno de su amistad, ¿no? Se pasa usted la vida elogiándole. Entonces, si es como usted dice y asegura, ¿por qué razón no ha de ser digno de amor? —repuso Olga, tratando de justificarse.

—Sé bien que el amor es menos exigente que la amistad y que con frecuencia es completamente ciego —repuso Stolz—. Sé también que no se ama a las personas por sus méritos. Todo esto es muy cierto, certísimo. Pero para el amor se necesita algo más, algo que no es posible definir ni designar con palabra alguna, tal vez algo de naturaleza deleznable, pero esto es precisamente lo que no posee mi incomparable pero torpe amigo —continuó Stolz—. Escuche usted, Olga, así no iremos a ninguna parte ni conseguiremos entendernos. No se avergüence de contarme todos los detalles; concédame media hora y cuéntemelo todo. Luego creo que me será posible decirle lo que sucedió y quizá también lo que va a suceder ahora... Sigo pensando que debe de haber habido en ello un error... ¡Oh, si fuera cierto! —añadió con súbita animación—. ¡Si hubiera sido Oblomov y nadie más! ¿No comprende que esto significaría que no pertenece usted al pasado, al amor, sino que es completamente libre?... ¡Hable, por favor, se lo suplico, Olga Sergeievna! —terminó Stolz casi alegre.

—¡Oh, sí! —murmuró Olga agradecida por que le hubieran librado de algunas de las cadenas que la maniataban—. ¡Si me dejara usted sola, creo que me volvería loca! ¡Si supiera usted qué insignificante me siento! No sé si debo censurarme, si tengo que avergonzarme del pasado o echarlo de menos, si puedo esperar del futuro o no... Ha hablado usted de sus sentimientos, pero no ha pensado en los míos. Escúcheme usted, pero no sólo con la inteligencia, sino también con el corazón. Recuerde que no tengo madre y que soy algo así como una chiquilla perdida en el bosque —continuó con voz temblorosa—. No —añadió a continuación—; no me compadezca usted y dígame la verdad. Si fue efectivamente amor, apártese de mí... —Olga se detuvo un instante y luego prosiguió—. Pero vuelva más tarde, cuando sus sentimientos hacia mí hayan vuelto a ser de pura amistad. Y si todo fue pura coquetería de mujer, abandóneme, castígueme y olvídeme para siempre. Escuche...

Por toda respuesta, Stolz le cogió ambas manos y se las apretó con emoción.

Olga entonces dio comienzo a su confesión, una confesión larga y detallada.

Con sumo tiento, palabra por palabra, fue trasladando desde su espíritu al de Stolz todo cuanto le había atormentado durante los últimos tiempos y que, esto también era cierto, la había hecho feliz hasta que se sumergió en las dudas y vacilaciones.

Olga habló de sus paseos, del parque, de sus esperanzas, de la regeneración y caída de Oblomov, de la ramita de lilas e incluso del beso. Sólo pasó por alto la noche aquella en el jardín, probablemente porque aún no había conseguido averiguar por sí misma lo que le sucedió.

Al principio su voz fue como un confuso murmullo, pero a medida que avanzaba en su confesión, fue haciéndose más clara y distinta, a la vez que se elevaba de tono, y concluyó hablando con tanta tranquilidad de espíritu como si contara la historia de otra persona, no la suya propia.

Cuando Olga acabó su relato, permaneció esperando el veredicto. Pero como respuesta, tan sólo recibió un silencio de muerte. «¿Qué pensará?» Olga no oía ni una sola palabra, ni el más leve movimiento, ni siquiera la respiración de Stolz, como si se encontrara sola en el cuarto.

Aquel silencio la produjo gran alarma. ¿Qué significaba? ¿Qué sentencia estaba elaborando el juez más amable y justo del mundo? Cualquier otro hombre la hubiera condenado sin remisión, y ella entonces le hubiera elegido a él como defensor. Él la comprendería y hubiera solucionado el asunto mucho mejor de lo que hubiese podido hacerlo ella misma. Pero Stolz continuaba encerrado en su mutismo. ¿Es que acaso estaba perdido el pleito? Olga se sintió dominada de nuevo por el terror...

De pronto se abrió la puerta y entró una camarera con dos velas encendidas, que colocó junto a ellos.

Olga entonces dirigió una tímida a la vez que penetrante mirada a Stolz. Éste permanecía con los brazos cruzados y la mirada con expresión de ternura, disfrutando de su confusión. Olga suspiró aliviada, casi a punto de echarse a llorar de alegría. De nuevo sintió piedad hacia sí misma y confianza en él. Se sentía feliz como un chiquillo a quien acaba de perdonársele una travesura y es completamente rehabilitado.

—¿Eso es todo? —preguntó Stolz con voz suave.

—¡Sí! —respondió Olga.

—¿Y la carta?

Olga sacó la carta de la mesa escritorio y se la entregó. Stolz la cogió, se acercó a una de las velas y la leyó atentamente. Luego miró a la joven con una expresión en los ojos que hacía tiempo Olga no sorprendía en ellos. De nuevo tenía

ante sí al viejo amigo que acostumbraba a burlarse cariñosamente de ella, con una expresión ligeramente irónica y seguro de sí mismo. No había el menor asomo de pena o de tristeza en su rostro. Stolz le cogió ambas manos, se las besó una tras otra y pareció reflexionar.

Luego se puso en pie.

—De haber sabido que se trataba de Oblomov, no me hubiera atormentado de este modo —dijo mirando a Olga, como si nada hubiera sucedido.

Olga sintió que su corazón rebosaba de alegría. ¡Tanto como había temido la reacción de Stolz! Ahora comprendió que toda su sensación de vergüenza era inspirada por el temor de que Stolz se enterara de ello; el parecer y la opinión de los demás no le importaban.

Stolz estaba contento de nuevo. Pero esto no era suficiente para Olga. Comprendía que había sido absuelta. Sin embargo, como acusada, deseaba oír el veredicto. Stolz cogió el sombrero para marcharse.

—¿Adonde va usted? —preguntó Olga angustiada.

—Hoy está usted muy excitada —repuso Stolz—. Mañana continuaremos hablando.

—¿Es que quiere usted que me pase la noche en vela? —exclamó Olga cogiéndole por el brazo y obligándole a sentarse otra vez—. ¿Pretende usted marcharse sin decirme qué fue... qué será de mí ahora? ¡Tenga compasión de mí, Andrei Ivanich! ¿Quién podría decírmelo si no lo sabe usted? ¿Quién me aplicará el castigo que merezco? O bien... ¿quién podrá perdonarme? —añadió con tanta ternura que Stolz arrojó el sombrero sobre una silla y estuvo a punto de caer de hinojos a los pies de la joven.

—Ángel, permíteme que te llame ángel mío —dijo—. No te atormentes. No existen motivos para condenarte ni para perdonarte. Por mi parte, no tengo nada que añadir a tu historia. ¿En qué consisten tus dudas? ¿Quieres saber qué fue todo aquello, qué nombre puede dársele? Alguien te lo dijo hace mucho tiempo... ¿Dónde está la carta de Oblomov? —preguntó al tiempo que la cogía de encima de la mesa.

—Escucha esto, Olga —dijo empezando a leer—. «Lo que usted siente no es realmente amor, sino tan sólo un presentimiento, una anticipación del mismo, una inconsciente necesidad de amar, una llama que arde sin calor, un ardor y anhelo que otras mujeres calman acariciando a un niño, entregando su afecto a otra mujer, o bien resuelven sencillamente en lágrimas y ataques de histerismo... Está usted en un error amiga mía —leyó Stolz, dando un relieve especial a estas palabras—. Este

hombre que se encuentra ante usted no es el hombre que espera, el hombre soñado. Aguarde un poco, no tardará en presentarse cuando vuelva usted en sí, y entonces se arrepentirá y avergonzará de su error...» ¡Qué profético ha sido! —afirmó Stolz—. Efectivamente, te sentías avergonzada de tu error. Oblomov estaba en lo cierto, pero tú no le creíste. En esto estriba tu equivocación. Debiste apartarte de él inmediatamente... Pero Oblomov se sentía hechizado por tu belleza, y en cuanto a ti, apreciabas su ternura como si fuera la de un palomo —concluyó Stolz no sin ironía.

—No le creí... Yo ignoraba que el corazón puede equivocarse...

—Puede equivocarse, querida, y algunas veces lo hace de forma irreparable. Pero en tu caso el corazón no llegó a intervenir. Fue todo cuestión de imaginación, junto con la vanidad por una parte y la debilidad por la otra... Además, temías que ya no se presentara ante ti una nueva ocasión de sentir el júbilo que proporciona el sentimiento, y tenías miedo de sumergirte en la oscuridad tras de haber gozado de aquel pálido rayo de sol...

—Pero mis lágrimas... —murmuró Olga—, ¿tampoco brotaban del corazón? Yo no le engañé ni un solo momento, era completamente sincera...

—Las mujeres acostumbráis a llorar por cualquier cosa... Existían una serie de razones que justificaban el llorar. Tú misma has dicho que te daba lástima el ramito de lilas y el banco del parque. Añade a esto el orgullo herido, el fracaso en tu papel de salvadora y, ¿por qué no? la costumbre adquirida...

—Y nuestros paseos, y nuestras citas, ¿fueron también un error? Recuerda que estuve en su... habitación —acabó Olga presa de gran confusión, deseando borrar sus últimas palabras.

En el fondo, sin percatarse de ello, se acusaba a sí misma para dar lugar a que Stolz la defendiera y así poderse sentir plenamente justificada.

—Por lo que has dicho, he podido colegir que durante vuestros últimos encuentros ya no sabíais qué deciros. Vuestro amor carecía de materia suficiente y no podía ir más lejos. En cierto modo, os habíais separado ya antes de que hubierais roto vuestras relaciones, y guardabais fidelidad no al amor, sino a su fantasma, creado por vosotros mismos. En esto reside el secreto de todo.

—¿Y el beso? —musitó Olga en voz tan baja que Stolz tuvo que adivinarlo más que oírlo.

—¡Oh, eso no es muy grave! —repuso con cómica severidad—. Bien, no tendrás postre a la hora de comer.

Stolz miraba a Olga cada vez con mayor y más profunda ternura.

—¡Una respuesta graciosa no justifica un error como ése! —replicó Olga con cierta severidad, un tanto ofendida por la indiferencia de Stolz y su tono ligero—. Hubiera preferido que me castigaras con una palabra dura, llamando a las cosas por su verdadero nombre...

—¿Es que crees que me hubiera burlado de no tratarse de Oblomov? Si hubiera sido otro... —repuso Stolz— tu error podría haber terminado mal. Pero conozco bien a Oblomov...

—¿Otro? ¡Jamás! —exclamó Olga—. He conseguido conocerle mucho mejor que tú.

—¿Lo ves?

—Pero si hubiera cambiado de modo de ser... si hubiese hecho lo que yo deseaba, ¿no habría acabado por quererle al fin? ¿Hubiera continuado siendo todo un error? —murmuró Olga, que anhelaba contemplar el asunto desde todos los puntos de vista, al objeto de no dejar nada en la duda ni en la sombra.

—Quieres decir que si se hubiera convertido en otro hombre —dijo Stolz—. Entonces quizás... quizás hubieras llegado a quererle. Pero esto ya es otra historia, con un protagonista distinto, y ni a ti ni a mí nos atañe eso.

Olga lanzó un suspiro, libertada también del último peso que la abrumaba, y ambos permanecieron durante un tiempo silenciosos.

—¡Oh, qué felicidad volver a la vida! —exclamó Olga, mirando a Stolz con tanta ternura que al fin él creyó sorprender en los ojos de la joven la señal tanto tiempo esperada.

Un estremecimiento de felicidad recorrió todo el cuerpo del joven.

—¡Yo, yo soy el que vuelve a la vida! —dijo con expresión meditabunda—. ¡Si hubiera sabido que el héroe de la aventura era mi amigo! ¡Cuánto tiempo hemos perdido! ¿Y por qué? ¿Para qué? —dijo poco menos que enojado, pero en el acto recuperó el dominio de sí mismo—. Mas, por lo visto, tenía que ser así. Y ahora me siento tan feliz...

—Ha sido algo así como un sueño, como si no hubiera sucedido nada en realidad —añadió Olga en tono pensativo, como si hablara para sí misma—. Me has librado no sólo de la vergüenza y del remordimiento, sino también del dolor y de la amargura. ¿Cómo has conseguido hacerlo? —musitó Olga con voz suave—. Y este error, ¿pasará?

—Tengo la impresión de que ha pasado ya —repuso Stolz lanzando a la joven una tierna y apasionada mirada.

—Y esto de ahora, lo nuestro... ¿no será otro error, Andrei?

—Aquí está escrito —se apresuró a responder Stolz cogiendo la carta de nuevo—. «Este hombre que se encuentra ante usted no es el hombre que espera, el hombre soñado. Aguarde un poco, no tardará en presentarse»... y entonces te enamorarás de un modo, añado yo por mi parte, que no será suficiente un año ni una vida entera para agotar este amor. Sólo que no sé quién será el afortunado... —concluyó clavando los ojos en Olga.

Ésta bajó los ojos y apretó los labios, pero en ellos se dibujó una sonrisa que le fue imposible disimular. Luego, alzando la mirada, contempló a Stolz y se echó a reír con tal alegría que las lágrimas acudieron a sus ojos.

—Ya te he explicado lo que te ocurrió y lo que te va a suceder, Olga Sergeievna —terminó—. Pero no contestas nada a mi pregunta, que no me has dejado concluir.

—¿Qué puedo decirte? —murmuró Olga confusa—. Y aunque pudiera, ¿tendría el menor derecho a decir lo que tanto pareces desear y tanto mereces? —añadió bajando los ojos tímidamente.

Stolz creyó descubrir en aquello un nuevo signo de su felicidad.

—No tengas prisa, deja que tu corazón se serene —dijo Stolz—. Pero eso sí, dime una cosa, ¿debo marcharme o tengo que quedarme?

—Ahora me parece que tratas de coquetear conmigo —repuso Olga con súbita alegría.

—¡Oh, no! —exclamó Stolz—. No es la misma pregunta que te formulé al principio. Ahora tiene otro sentido. Si me quedo... ¿en qué condiciones ha de ser?

Olga no pudo por menos de ruborizarse.

—¿Comprendes ahora que no trato de coquetear? —dijo Stolz sonriendo—. Luego de la conversación que hemos sostenido esta tarde, tenemos que tratarnos de un modo distinto. Ahora ya no somos los mismos de antes.

—No sé... —musitó Olga.

—¿Me permites que te dé un consejo?

—Si. Lo seguiré a pies juntillas —repuso Olga con apasionada sumisión.

—Pues esto, que te cases conmigo mientras esperas que llega «él».

—No me atrevo aún... —murmuró Olga, ocultando su rostro entre las manos, dominada por la emoción.

—¿Por qué no te atreves? —preguntó Stolz con un hilo de voz, atrayendo la

cabeza de la joven hacia él.

—Pero ¿y el pasado? —murmuró Olga de nuevo, apoyando la cabeza en el pecho de Stolz como lo hubiera hecho en el de una madre.

Stolz separó las manos de la joven y depositó un beso en sus cabellos, mientras contemplaba extasiado su rostro, lleno de confusión, y sus ojos, que se iban llenando de lágrimas.

—Se mustiará como las lilas —concluyó—. Ahora ya has aprendido la lección y no debes hacer más que ponerla en práctica. La vida comienza de nuevo. Confíame tu futuro y deja la demás a mi cargo. Vamos a hablar inmediatamente con tu tía.

Stolz regresó a su casa muy avanzada la noche. «¡Ya tengo lo que deseaba! —se decía, contemplando arrobado los árboles, el firmamento, el lago, la niebla que se alzaba del agua—. ¡Al fin lo he logrado! ¡Tantos años de espera y al cabo soy el hombre más feliz de la tierra!»

Olga le siguió con la mirada un buen trecho de camino, y luego abrió la ventana para aspirar el aire perfumado y contemplar el lago, y de súbito, casi sin darse cuenta, murmuró: —¡Soy su prometida!

V

¡SANTO cielo, qué aspecto más tenebroso ofrecía la casa de Oblomov año y medio después del día de su santo en que recibió la inesperada visita de Stolz!

Ilia Illich parecía haber envejecido varios años, y el tedio se asomaba a sus ojos semejante a los estigmas de una enfermedad. Se paseaba arriba y abajo de la habitación, más tarde, se tumbaba y permanecía contemplando el techo; luego cogía un libro del estante, lo abría por cualquier página, leía unas cuantas líneas, dejaba escapar un bostezo y empezaba a tabalear con sus dedos sobre la mesa.

Zajar andaba ahora más sucio y roto que nunca, ofreciendo un aspecto desastroso, como si no comiera ni durmiera lo suficiente y trabajara por tres.

La bata de Oblomov estaba hecha jirones. Aunque se la remendaban sin cesar y con el mayor cuidado, hacía ya tiempo que tenía que haberse comprado otra. También la ropa de la cama estaba muy usada, y las cortinas, aunque nítidas, ofrecían un aspecto deplorable.

Zajar entró en la habitación llevando una bandeja con la comida y un jarro de vodka, colocó sobre la mesa un viejo mantel y un trozo de pan y abandonó la estancia. A poco; se abrió la puerta de la patrona y Agafia Matveievna entró trayendo una sartén en la que se veía una pequeña tortilla.

También en ella se había operado un cambio sorprendente. Estaba mucho más delgada, el color de sus mejillas había desaparecido y sus codos ya no eran redondos y brillantes como en otro tiempo. Lucía un vestido de algodón por demás sencillo, y tenía las manos rojas y ásperas debido al calor, al agua o a ambas cosas a la vez.

Akulina ya no estaba en la casa. Anisia cuidaba ahora del huerto, de la cocina, del gallinero y del jardín, fregaba los suelos y lavaba la ropa. Pero le era imposible hacerlo todo sola, y Agafia había tenido que meterse definitivamente en la cocina. En pocas ocasiones se la veía ahora moliendo, partiendo azúcar o tamizando, pues tanto el café como la canela y todo lo demás andaba muy escaso ahora en la casa. Y en cuanto a los encajes, ya no pensaba en ellos. Ahora se dedicaba a picar cebollas, majar rábanos u otras cosas por el estilo, en tanto que su mirada estaba empañada por una profunda tristeza. Pero no era por causa de ella, que ya no podía tomar café como en otro tiempo, sino de Oblomov, que se veía obligado a tomarlo de la peor clase, comprado en el almacén; porque la mantequilla que le servía no procedía de la granja finlandesa, sino también del almacén, y porque en vez de comer chuletas, tenía que contentarse con tortillas

hechas con un poco de jamón, tan duro como cuero.

¿A qué debíanse todos estos cambios? Sencillamente, a que la renta de Oblomovka que le era enviada puntualmente a Oblomov era destinada íntegra a satisfacer el pagaré que Oblomov había firmado a la patrona. El «negocio perfectamente legal» ideado por Iván Matveich le había salido a éste a las mil maravillas.

A la primera alusión de Tarantiev a un posible escándalo, Ilia Illich se ruborizó violentamente. Luego se reunieron los tres como buenos amigos, bebieron un trago y Oblomov firmó a favor de Agafia Matveievna un pagaré a cuatro años vista. Un mes después, Agafia Matveievna firmó otro pagaré a su hermano, sin sospechar ni por asomo de lo que se trataba. Cuando su hermano le pidió que firmara, la mujer se excusó y propuso que lo hiciera Vania, ya que el niño tenía mucho mejor letra que ella. Pero el hermano insistió en que tenía que ser ella quien firmara, y Agafia firmó con su letra grande y desigual. Y ya no se habló más del asunto.

Al firmar el pagaré, Oblomov se consoló pensando que con el tiempo el dinero iría a parar a los huerfanitos, y al día siguiente, cuando recobró la lucidez mental, perdida por culpa del alcohol, decidió olvidar el incidente y no pensar en aquello que le producía una viva sensación de vergüenza. Procuraba evitar al hermano de Agafia Matveievna, y cuando veía a Tarantiev, salía de casa y se iba a pasear por los campos.

Más tarde, cuando recibió el primer dinero de Oblomovka, Iván Matveich entró a verle y le aconsejó que empezara a pagarle, pues de este modo la deuda quedaría saldada en tres años. Si esperaba al vencimiento del pagaré, probablemente no tendría dinero bastante entonces y tendría que venderse la finca en pública subasta. Oblomov comprendió que Iván Matveich le había conducido al borde del precipicio cuando después de haberle pagado vio que no le quedaba sino una pequeña cantidad para atender a su subsistencia.

Iván tenía prisa en cobrar la cantidad total, si ello era posible, en un par de años, pues temía que las cosas fueran de mal en peor y Oblomov no pudiera pagar al final.

Al pronto, Oblomov tardó en darse cuenta completa de la dificultad en que se encontraba, ya que jamás había sabido el dinero que tenía en casa. Pero cuando a Iván Matveich se le ocurrió la idea de casarse con la hija de un tendero, y antes de hacerlo alquiló un piso y abandonó la casa de su hermana, la administración doméstica de Agafia Matveievna se resintió de ello; tanto el esturión como la ternera y los pavos pasaron de su cocina a la de su hermano. Los amigos,

incluyendo también a Tarantiev, se trasladaron asimismo al nuevo piso, y Agafia Matveievna y Anisia se encontraron de improviso sin nada que hacer y con toda la batería de cocina sin la menor utilidad.

Agafia Matveievna supo por primera vez en su vida que todo lo que poseía era la casa, el huerto y las gallinas. Pero la canela y la vainilla no crecían en el huerto. Tuvo que soportar que los tenderos dejaran de sonreírle como antes y que fingieran que no la veían cuando pasaba ante ellos, mientras ahora todas sus atenciones eran para la nueva cocinera de su hermano.

Oblomov entregó a la patrona todo el dinero que le quedó después de pagar al hermano, y durante unos tres o cuatro meses Agafia continuó comprando como siempre, es decir, café, pollos y canela, hasta que gastó los últimos setenta *kopeks*. Entonces fue a pedirle más dinero a Oblomov. Éste dio tres vueltas sobre sí mismo en la cama, miró en el cajón del escritorio y comprobó que él tampoco tenía un céntimo. Luego empezó a hacer esfuerzos para recordar en qué lo había gastado, y llamó a Zajar, pero éste no tenía la menor idea sobre la cuestión. Entonces Agafia Matveievna se dirigió a su hermano y le dijo, con la mayor ingenuidad del mundo, que no había dinero en la casa.

—¿Y qué habéis hecho del millar de rublos que entregué a tu «gran señor» para vivir? —exclamó el hermano—. Me es imposible darle más dinero. Ya sabes que voy a casarme y no puedo mantener a dos familias. Procurad arreglaros como podáis.

—¿Por qué criticas al señor? —replicó Agafia—. ¿Qué daño te ha hecho? Es todo un caballero, y a fin de cuentas, no fui yo quien lo trajo a casa, sino tú.

Iván Matveich entregó diez rublos a su hermana y le dijo que no tenía más dinero. Pero tras de celebrar consulta con Tarantiev, ambos consideraron más prudente no abandonar del todo a su hermana y a Oblomov, ya que Stolz podía enterarse y echar a rodar todo antes de que se hubiera podido cobrar el pagaré. «Es un alemán y, por lo tanto, no podemos fiarnos de él ni tanto así.»

En consecuencia, Iván Matveich decidió pasarle cincuenta rublos todos los meses. Pero advirtió a su hermana que no contara con nada más, y le aconsejó lo que debía comprar y comer para que el dinero les llegara hasta final de mes. Por otro lado, pensaba que le sería posible recuperar aquel dinero por mediación de Oblomov, valiéndose de una forma u otra.

Por primera vez en su vida, Agafia Matveievna dejó de pensar y preocuparse de las cosas de la cocina y de la casa para llorar por Ilia Illich, que iba a verse privado de todo lo que más le gustaba.

Al fin, la mujer, tomó una decisión. Se vistió rápidamente, alquiló un coche y

se fue a visitar a los parientes de su difunto esposo. Estaba convencida de que cuando les dijera que necesitaba dinero para Ilia Illich no se lo negarían. Si se hubiera tratado de ella o de sus mismos hijos, seguramente no se habría atrevido a mendigar nada. Pero era de todo punto necesario que Oblomov comiera espárragos, pavo y todo cuanto le gustaba. Los parientes la escucharon muy sorprendidos, pero no le dieron el menor dinero. Sin embargo, le dijeron que si Ilia Illich poseía objetos de plata y oro, le sería muy fácil encontrar a alguien que le prestara por ellos una tercera parte de su valor, a devolver más tarde. Entonces Agafia Matveievna decidió empeñar su collar de perlas. Al día siguiente de esto, Oblomov pudo beber vodka, se comió un excelente salmón ahumado y una perdiz tierna y suculenta. Por su parte, Agafia Matveievna y sus hijos comieron coles y sopa, y tan sólo para acompañar a Oblomov, Agafia se permitió tomar un poco de café.

Al collar de perlas siguió un broche de diamantes, y más tarde la plata de la casa y el abrigo de pieles. Cuando llegó el dinero de Oblomovka, pudo desempeñar las perlas y pagar los intereses de las otras cosas. Pero más tarde tuvo que desprenderse nuevamente de las perlas, vender su chal y sus vestidos, quedándose sólo con el de algodón.

Esto era el motivo de que ahora apareciera más delgada, con los ojos hundidos, y sirviera la comida a Oblomov personalmente. Y aún tenía el suficiente valor para sonreír si él le decía que al día siguiente irían a comer Tarantiev, Alexeiev o Iván Gerasimovich.

La comida era entonces perfecta y nadie se enteraba de nada. ¡Pero cuántas lágrimas, noches en vela, discusiones y peleas con los tenderos significaban aquellas comidas para Agafia Matveievna!

Sin embargo, pese a todo, ella prefería esta vida a otra en que no hubiera conocido a Oblomov, y aunque hubiera podido vivir en la mayor opulencia.

Aquel día, después de comer, Ilia Illich estuvo escuchando a Masha, que leía en voz alta un libro en francés, sentado en la habitación de Agafia Matveievna, mientras contemplaba cómo volvía ésta el chaleco de Vania por décima vez. La patrona se levantaba a cada instante para ir a la cocina a ver si el cordero estaba ya a punto y quedaba tiempo para preparar la sopa de pescado.

—¿Por qué se molesta usted tanto? —dijo Oblomov—. No se mueva, hágame usted el favor.

—¿Quién lo hará si no lo hago yo? —repuso Agafia—. Acabaré esto en un momento y luego me iré a preparar la sopa. ¡Qué destrozón es este chiquillo! ¡La semana pasada le remendé el chaleco y ya lo tiene otra vez roto! —y mirando a su

hijo le amenazó con el dedo—. ¡De seguro que has estado peleándote con tus amigos y han sido ellos los que te le han roto!

—No, mamá, se ha roto solo —repuso Vania.

—Vamos, suénate —dijo su madre tendiéndole un pañuelo.

—Espere usted a que llegue el dinero de Oblomovka —dijo Oblomov— y entonces le compraremos un chaleco nuevo. Y el año que viene, una chaqueta azul marino para que pueda ir a la escuela superior.

—¡Oh, no es necesario! Ésta le servirá aún. Necesitamos el dinero para la casa, Ilia Illich —repuso Agafia Matveievna, y poniéndose en pie, añadió—: Voy a la cocina a ver cómo sigue todo.

—¿Qué tenemos hoy para comida? —preguntó Oblomov.

—Sopa de pescado, cordero asado y *vareniki.*

Oblomov no contestó. De pronto se oyó el ruido de un coche y una llamada en la puerta exterior, seguida de los ladridos del perro. Oblomov se retiró entonces a sus habitaciones, suponiendo que seria una visita para la patrona: el panadero, el tendero u otro cualquiera. Por lo general, estas visitas eran seguidas por peticiones de dinero, y una violenta discusión en la que también intervenía el perro enfurecido. En suma algo en extremo desagradable.

Pero de súbito apareció la patrona presa de gran excitación.

—¡Hay una visita para usted, Ilia Illich! —dijo.

—¿Quién es? ¿Tarantiev o Alexeiev?

—No, es aquel caballero que vino a comer el día de su santo.

—¡Stolz! —exclamó Oblomov asustado, mirando a su alrededor como si intentase escapar—. ¿Qué dirá cuando vea todo esto? ¡Dígale usted que he salido, que no me encuentro en casa!

Agafia Matveievna dio la orden a Anisia y ésta transmitió la noticia al visitante. Stolz la creyó, aunque no sin sorpresa.

—Bien. Cuando venga dígale que vendré más tarde a comer con él —dijo antes de irse a pasear por el parque próximo.

—¡Vendrá a comer! —repitió Anisia alarmada.

—¡Vendrá a comer! —dijo Agafia Matveievna a Oblomov.

—Pues tendrá usted que preparar otra comida —decidió Oblomov después de una breve pausa.

La patrona miró horrorizada a Oblomov. Tenía sólo cincuenta *kopeks* y aún faltaban diez días para primero de mes, fecha en que su hermano le entregaría los cincuenta rublos convenidos. Además, ya nadie quería fiarle en las tiendas.

—No sé si tendremos tiempo, Ilia Illich —murmuró—. Podría comer lo que tenemos preparado.

—No es posible, Agafia Matveievna. No le gustan ni la sopa de pescado, ni el esturión, ni el cordero...

—Puedo ir a buscar una lengua a la tienda próxima —dijo Agafia Matveievna, con súbita inspiración.

—Eso es. Y encargue también verdura fresca, judías...

«Las judías van a ochenta *kopeks* la libra», estuvo a punto de decir la mujer, pero se contuvo.

—Bien, voy allá —dijo, y por el camino decidió comprar coles en vez de judías.

—Compre también una libra de queso de Gruyere —gritó Oblomov—. Yo ya me excusaré diciendo que no le esperábamos.

Y se dirigió hacia la puerta.

—¿Y el vino? —recordó de pronto.

Agafia le contestó con otra mirada de terror.

—Envíe a buscar una botella de Laffitte —acabó.

VI

STOLZ se presentó un par de horas más tarde.

—¿Qué te pasa, Ilia? ¡Cómo has cambiado! ¡Estás palidísimo! ¿Es que no te encuentras bien? —preguntó al entrar.

—No, no me encuentro muy bien, Andrei —repuso Oblomov abrazándole—. La pierna izquierda sigue doliéndome.

—¡Qué habitación más espantosa tienes! —exclamó Stolz paseando la mirada en torno suyo—. ¿Y por qué llevas este *jalat*? ¡Si está hecho un trapo!

—Estoy acostumbrado. No puedo desprenderme de él.

—¡Y la colcha de la cama y las cortinas! —continuó Stolz—. ¿Es que también estás acostumbrado a eso? ¿Puedes dormir en esa cama? Pero ¿qué es lo que te pasa, Ilia?

Stolz tornó a mirar inquisitivamente a su amigo y de nuevo volvió a posar la mirada en la cama y en las cortinas.

—Nada —repuso Oblomov confundido—. Ya sabes que nunca he concedido importancia a esas cosas. Pero anda, vamos a comer. Zajar, pon la mesa en seguida. ¿Y qué tal? ¿Te propones permanecer aquí mucho tiempo? ¿De dónde vienes ahora?

—¿Te interesa saber lo que hago y de dónde vengo? —preguntó Stolz—. Supongo que aquí no deben de llegar noticias del mundo de los vivos.

Oblomov le miró con interés, esperando que hablara.

—¿Cómo está Olga? —preguntó al fin.

—¡Ah! ¿De modo que no la has olvidado? Creía que ya no te acordabas de ella.

—No, Andrei. ¿Cómo podría olvidarla? Sería tanto como olvidar que viví un tiempo, que estuve viviendo en el paraíso... Por lo contrario, ahora... —dijo suspirando—. ¿Dónde está?

—En sus fincas, al frente de ellas.

—¿Con su tía?

—Y con su marido.

—¿Se ha casado? —preguntó Oblomov sin poder evitar un estremecimiento.

—¿Por qué te asustas? ¿A causa de tus recuerdos? —dijo Stolz con singular dulzura, casi con expresión de ternura.

—¡Oh, no! —protestó Oblomov recobrándose—. No me he asustado. Pero me sorprende. ¿Hace tiempo que se casó? ¿Es feliz? ¡Dímelo, por favor! ¡No sabes el peso que me has quitado de encima! Aunque has dicho que me había olvidado... no estaba tranquilo; te lo aseguro. Querido Andrei, cuánto me alegro.

Se sentía tan contento, que casi se levantó del sofá. Stolz le miraba complacido y emocionado.

—¡Qué bueno eres, Ilia! —dijo—. Tu corazón es digno de ella. Se lo explicaré todo.

—No, no se lo digas —exclamó Oblomov—. Creerá que carezco de sentimientos si sabe que la noticia de su matrimonio me ha alegrado.

—¿Es que en este caso la alegría no es un sentimiento y, por cierto, completamente desinteresado? Después de todo, la alegría que experimentas es porque ahora es feliz.

—Tienes razón —dijo Oblomov—. Pero es que no sé lo que me digo... ¿Y quién es el marido? ¿Quién ha sido el afortunado? Me olvidaba de preguntártelo.

—¿Qué quién es? —dijo Stolz—. ¡Qué lento eres de comprensión, Ilia!

Oblomov miró a su amigo, asombrado y con los ojos abiertos de par en par.

Durante unos instantes pareció haberse convertido en una estatua de piedra, a la vez que palidecía intensamente.

—¿Eres... tú? —murmuró.

—¡Otra vez vuelves a asustarte! ¿Por qué? —preguntó Stolz sonriendo.

—¡No te burles de mi, Andrei, y dime la verdad! —dijo Oblomov, más emocionado que nunca.

—Te juro por mi honor que no me burlo de ti. Me casé con Olga hace más de un año.

El efecto de la sorpresa fue desapareciendo gradualmente del rostro de Oblomov, que miró a Stolz con expresión afectuosa y con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Querido Andrei! —exclamó abrazando a su amigo—. ¡Querida Olga... Sergeievna! —añadió dominando su entusiasmo—. ¡Dios os bendiga! ¡Si supieras lo feliz que me siento en este momento! Dile...

—Le diré que no hay en el mundo otro Oblomov —murmuró Stolz

profundamente conmovido.

—¡No! Dile, recuérdale que intervine en su vida para orientarla hacia el buen camino, que bendigo el día en que la conocí y que igualmente la bendigo a ella y a su nueva vida. Cuando pienso que habría podido ser otro hombre... —añadió—. En cambio, ahora... —concluyó con entonación alegre—, ya no me avergüenzo del papel que representé, ni tampoco me siento culpable. Me has quitado un gran peso de encima, Andrei. Todo vuelve a estar claro a mi alrededor y me siento feliz, muy feliz. ¡Dios sea loado!

De nuevo estuvo a punto de levantarse del sofá en un arranque de entusiasmo, llorando y riendo al mismo tiempo.

—¡Zajar, trae champaña para la comida! —gritó, olvidándose de que no tenía un miserable rublo.

—Se lo contaré todo a Olga, todo —dijo Stolz—. Ahora comprendo que no pueda olvidarte. No, eras digno de ella. Posees un gran corazón.

Zajar asomó la cabeza por la puerta.

—Venga un instante, señor —dijo Zajar haciendo un signo a su amo,

—¿Qué ocurre? —preguntó Oblomov irritado—. ¡Déjanos!

—¡Necesito dinero, por favor! —susurró el criado. Oblomov no supo qué contestar.

—Bien, es lo mismo —repuso en voz baja dirigiéndose a Zajar—. ¡Di que lo has olvidado, que no has tenido tiempo! ¡Vete, por favor! ¡No, ven aquí un momento! —añadió en voz alta—. ¿No sabes la noticia, Zajar? ¡Felicita a Andrei Ivanich! ¡Se ha casado!

—¡Cuánto me alegro, señor! Le felicito de todo corazón. ¡Dios le conceda muchos años de dicha y muchos hijos!

Zajar hizo una reverencia y Stolz le entregó un billete de banco.

—Toma, cómprate una levita nueva —dijo Stolz—. Con esa que llevas pareces un mendigo.

—¿Y con quién se ha casado el señor? —inquirió Zajar, intentando besar las manos de Stolz.

—Con Olga Sergeievna. ¿No te acuerdas de ella? —dijo Oblomov.

—¡La señorita Illinski! ¡Cuánto me alegro! ¡Es tan agradable y amable! ¡Con razón me regañó el señor! Lo siento. Yo fui el culpable de todo. Yo fui quien habló del asunto con los criados de las Illinski y no Nikita. ¡Pero ahora resulta que era

una vil calumnia! —masculló al tiempo que abandonaba la estancia.

—Olga te invita a pasar una temporada en sus propiedades. Vuestro pasado amor ya no es un peligro y no creo que sientas celos. Vente conmigo.

Oblomov dejó escapar un suspiro.

—No, Andrei —contestó—. No iré, pero no porque tema al amor o a los celos.

—¿Qué es lo que temes entonces?

—Sentir envidia de vosotros. Vuestra mutua felicidad podría ser como un espejo en el que viera reflejada mi vida amarga e inútil. Y tú sabes bien que yo no puedo cambiar.

—¡Vente conmigo, Ilia! Aun contra tu propia voluntad empezarás a vivir como la gente que tendrás a tu alrededor. Aprenderás a administrar tu propia finca, leerás, escucharás música. ¡No tienes idea de lo que ha mejorado su voz! ¿Te acuerdas aún de *Casta diva*?

Oblomov hizo un ademán con la mano, intentando impedir que su amigo Stolz continuara avivando sus recuerdos que tan tristes resultaban.

—¡Ven! —insistió Stolz—. Olga lo desea. No quiere dejarte solo. Es muy posible que yo comprenda las razones que tú tienes para no ir, pero ella no las comprenderá. Posee tal vitalidad, que a veces me da bastante quehacer. El pasado resurgirá para ti de nuevo, y recordarás el parque, las lilas, y sacudirás de ti la apatía que te consume.

—No, Andrei, no insistas —dijo Oblomov con resolución—. No me serviría de consuelo, sino que, por el contrario, me heriría aún más. Los recuerdos son muy bellos cuando lo son de una felicidad que todavía perdura. En cambio, resultan muy amargos cuando recuerdan una herida no cicatrizada del todo...

Pero cambiemos de tema, si te parece. Aún no te he dado las gracias por las molestias que te has tomado con Oblomovka. Pero me es imposible agradecértelo lo bastante.-Mi gratitud tienes que buscarla en tu propio corazón, en tu felicidad, en Olga Sergeievna. ¡A mí... a mi me es imposible! Perdona que aún no te haya descargado de este peso. Pero en cuanto llegue la primavera iré a Oblomovka.

—No reconocerás la finca —repuso Stolz—. No te he escrito nada sobre ella porque jamás has contestado a mis cartas. El puente ya está construido y la casa quedará terminada este verano, salvo el tejado. Pero tienes que amueblarla a tu gusto. En esto sí que yo no puedo reemplazarte. Y en cuanto a la administración, se ocupa de ella un hombre de toda confianza. Has comprobado las cuentas, ¿no?

Oblomov no contestó.

—¿Las has visto?, ¿sí o no? —insistió Stolz mirando atentamente a su amigo—. ¿Dónde las tienes?

—Espera. Ya las buscaré después de comer. Tengo que preguntárselo a Zajar...

—¡Ay, Ilia! ¡No sé si echarme a reír o a llorar!

—Las examinaremos después de comer. ¡Ahora, a la mesa! —dijo Oblomov.

Stolz frunció el ceño cuando estuvo sentado. Recordó el día del santo de Oblomov en que había visitado a su amigo: las ostras, las piñas americanas... Por el contrario, el mantel que ahora cubría la mesa no podía ser de peor calidad; las vinagreras estaban tapadas con trozos de papel en vez de con corchos y junto a los platos había dos trozos de pan negro. Oblomov comió sopa de pescado y Stolz sopa de avena y gallina hervida, luego un poco de lengua, muy dura, y cordero. El vino era tinto. Stolz se sirvió medio vaso, se lo llevó a los labios para probarlo y ya no volvió a tocarlo en toda la comida. En cuanto a Oblomov, se bebió dos vasos de vodka de grosella y atacó el cordero como si se sintiera hambriento.

—Este vino no vale nada —dijo Stolz.

—Lo siento. Pero con las prisas no han tenido tiempo de irlo a buscar a otra parte —repuso Oblomov—. ¿Quieres probar el vodka de grosella? Es excelente —añadió sirviéndose otro vaso, que apuró de un trago.

Stolz miraba a su amigo lleno de asombro, si bien guardó silencio.

—Lo destila la propia Agafia Matveievna. ¡Te aseguro que es una mujer como hay pocas! —afirmó Oblomov—. Te confieso que no sé cómo podría vivir aquí sin ella. No hay mujer que la supere como ama de casa.

Stolz seguía escuchando con el ceño fruncido.

—¿Creías que era Anisia la que cocinaba? Nada de eso —continuó Oblomov—. Anisia está al cuidado del huerto y de las gallinas y friega los suelos. Agafia Matveievna hace todo lo demás de la casa.

Stolz no probó el cordero ni el *vareniki*. De pronto dejó el tenedor y miró a Oblomov, que comía con gran apetito.

—Ahora ya no llevo la camisa puesta al revés —continuó Oblomov mientras mondaba un hueso con singular placer—. Ella se cuida de todo y no llevo ni un agujero en los calcetines. ¡Si vieras qué café hace! Lo probarás después de comer.

Stolz seguía escuchando a su amigo con una expresión de disgusto.

—Ahora su hermano ya no vive con nosotros, pues va a casarse. Ésta es la razón de que nos hayamos visto precisados a reducirnos un poco. Pero antes de que ocurriera esto daba gusto ver cómo trabajaba esa mujer de la mañana a la noche... Te diré una cosa, Andrei —añadió Oblomov, cuya lengua ya no le obedecía del todo—. Si me dieras dos mil o tres mil rublos no te obligaría a comer lengua y cordero. Te serviría un esturión entero y una trucha, y el mejor filete de buey que hubiera en el mercado. Y Agafia Matveievna haría maravillas en la cocina, mejor que el más experto *chef*. ¡Ya lo creo que lo haría! ¡No la conoces!

Y Oblomov bebió otro vaso de vodka.

—Bebe un poco, Andrei. ¡Te aseguro que es un vodka estupendo! Olga Sergeievna no hará nunca para ti un vodka como éste —dijo hablando con visible dificultad—. Puede que cante muy bien la *Casta diva*, pero no tiene la menor idea del vodka, ni de las gallinas ni del pastel de setas. ¡Esta clase de pasteles sólo se hacían en Oblomovka en otro tiempo! ¡Ahora los hacemos aquí! Y yo prefiero que no los haga un *chef*, pues por lo menos sé que Agafia Matveievna lleva siempre las manos muy limpias.

Stolz escuchaba a su amigo con concentrada atención, sin dejar escapar una sola palabra de cuanto decía.

—¡Antes tenía unas manos tan blancas! —continuó Oblomov ahora ya saturado de vodka—. ¡Hasta le entraban a uno ganas de besárselas! Pero ahora las tiene muy rojas, pues la pobre ha de hacerlo todo por sí misma. ¡Almidona mis camisas con sus propias manos! —afirmó Oblomov, emocionado y a punto de echarse a llorar—. ¡Ya lo creo que lo hace, lo he visto con mis propios ojos! ¡Te aseguro que muchas esposas no cuidan de sus maridos como ella a mi! ¡Agafia Matveievna es una mujer admirable! ¡Ay, Andrei, creo que sería mejor que Olga Sergeievna y tú vinierais a vivir aquí y alquilaseis una villa de verano! ¡Sería tan agradable y divertido! Tomaríamos el té en el bosque y el día de San Ilia iríamos a las factorías de pólvora en un carro cargado de provisiones y con un samovar. Agafia Matveievna le enseñaría a Olga Sergeievna a llevar la casa. ¡Vaya si lo haría! Sólo que las cosas andan un poco mal por aquí. Su hermano nos ha dejado, pero si tuviéramos tres o cuatro mil rublos, te invitaría a comer pavos...

—¡Pero si te envío cinco mil rublos al año! —exclamó Stolz sorprendido—. ¿En qué los empleas?

—¿Y la deuda? —dijo Oblomov de pronto.

Stolz se levantó de un salto.

—¿La deuda? —repitió—. ¿Qué deuda?

Y miró a Oblomov como un maestro severo miraría a un alumno que intentara pasar inadvertido ante él.

Oblomov se calló y Stolz se sentó a su lado en el sofá.

—¿A quién debes dinero, Oblomov? —preguntó.

Oblomov se serenó un poco y recobró la lucidez.

—A nadie, a nadie. No era cierto lo que he dicho...

—¡No, ahora es cuando mientes, y muy mal, por cierto! ¿Qué te ocurre, Ilia? ¡No tienes dinero! Pero... ¿en qué lo gastas?

—Verás... debo algo de dinero... a mi patrona... por la manutención —masculló Oblomov.

—Por este cordero y esta lengua! ¡Ilia, dime de una vez lo que sucede aquí! ¿Qué significa todo esto? El hermano de la patrona se ha cambiado de casa, todo marcha de mal en peor. En todo esto veo algo raro. ¿Cuánto le debes?

—Diez mil rublos en un pagaré —murmuró Oblomov.

Stolz saltó del sofá y volvió a caer en él.

—¿Diez mil rublos a la patrona por tu manutención? —repitió asombrado.

—Sí, antes gastábamos mucho. Llevábamos un tren de vida a lo grande. Seguramente te acordarás: piña, melocotones... Así fue cómo contraje la deuda —dijo Oblomov a guisa de excusa—. Pero ¿qué vamos a sacar con discutirlo?

Stolz no contestó, pues estaba pensando: «El hermano de la patrona se ha ido de esta casa y todo marcha mal aquí. ¿Qué clase de mujer debe de ser la tan cacareada patrona? Oblomov la aprecia mucho y habla de ella con gran entusiasmo y calor...»

De pronto Stolz palideció. Acababa de entrever un asomo de verdad y sintió un escalofrío.

—Ilia... esa mujer... ¿qué significa para ti? —preguntó.

Pero Oblomov se había quedado dormido con la cabeza apoyada sobre la mesa.

«Esta mujer le está robando, se ha quedado con todo su dinero... Es la historia de siempre... Pero no se me había ocurrido hasta ahora...», se dijo Stolz.

Se puso en pie y abrió con brusco movimiento la puerta de las habitaciones de la patrona, la cual, sorprendida ante la brusca irrupción, dejó caer la cuchara con la que estaba midiendo el café.

—Me gustaría hablar con usted —dijo Stolz con voz seca.

—Vaya usted al salón. En seguida estaré con usted —repuso la mujer intimidada por el tono de Stolz.

Envolviéndose en un pañuelo, Agafia Matveievna siguió a Stolz al salón y se sentó en un extremo del sofá. Ya no tenía el chal y trataba de cubrir la desnudez de sus brazos con el pañuelo.

—¿Es cierto que Ilia Illich le ha dado a usted un pagaré? —preguntó Stolz sin más preámbulo.

—No... —contestó la dueña de la casa mirándole sorprendida—. No me ha dado nada.

—¿Cómo es posible?

—Yo no he visto ningún pagaré —insistió entonces Agafia Matveievna.

—¡Un pagaré! —repitió Stolz.

Agafia Matveievna permaneció pensando unos momentos.

—Será mejor que hable usted con mi hermano —dijo al fin—. Yo jamás he visto un pagaré.

«¿Es tonta de remate o muy astuta?», se preguntó Stolz.

—Pero le debe dinero, ¿no es cierto? —preguntó.

Agafia Matveievna miró a Stolz con aire estúpido, hasta que de súbito brilló una chispa de comprensión en sus ojos. Se acordó de las perlas, de la plata, del abrigo que había empeñado, y supuso que el visitante se refería a esto. Pero no acababa de comprender cómo había podido averiguarlo, pues ella no había dicho nada a nadie, ni siquiera a Anisia.

—¿Cuánto le debe? —preguntó Stolz con ansiedad.

—No me debe nada en absoluto, ni un kopek siquiera.

«Trata de escapárseme, está asustada, tiene miedo —pensó—. Pero yo conseguiré que me lo diga todo.»

—¿Y los diez mil rublos? —dijo a bocajarro.

—¿Qué diez mil rublos? —preguntó la dueña sin comprender.

—Ilia Illich le debe a usted diez mil rublos en un pagaré, ¿no es así? —preguntó Stolz.

—A mi no me debe nada en absoluto. Por Cuaresma debíamos doce rublos y medio al carnicero. Pero los pagamos hace unas tres semanas. También liquidamos

a la lechería. Ahora no debe nada.

—Pero... ¿no tiene usted un documento firmado por él? Agafia Matveievna tornó a mirarle sin comprender.

—Será mejor que hable usted con mi hermano —contestó—. Vive muy cerca de aquí, en casa de Zamikalov, en la calle de al lado. Hay una cervecería en la casa.

—No, prefiero hablar con usted —dijo Stolz con decisión—. Ilia cree que le debe dinero a usted, no a su hermano...

—A mí no me debe nada en absoluto —repitió Agafia Matveievna—. Si empeñé mis perlas y otras cosas fue únicamente porque yo lo necesitaba. Compré zapatos a Masha y para mí, tela para hacer camisas a Vania y al mismo tiempo pagué al tendero. Pero no gasté ni un *kopek* en Ilia Illich.

Stolz la escuchaba intentando descifrar el sentido oculto de sus palabras. Al parecer, él era el único que iba a penetrar en los secretos de Agafia Matveievna, y la mirada de superioridad, poco menos que de desprecio, con que la había contemplado al principio de su entrevista, se trocó, durante el curso de la misma, en una mirada de interés e incluso de simpatía. En el empeño de las perlas y de la plata Stolz adivinaba, aunque de una manera imprecisa, el secreto de un sacrificio, pero no conseguía comprender si tal sacrificio era inspirado por un afecto sin límites hacia Oblomov o bien por la esperanza de obtener un beneficio u otro. No sabía si tenía que compadecer o felicitar a Ilia Illich. Estaba claro, al parecer, que su amigo no debía nada a su patrona, y que lo del pagaré debía de ser alguna trampa imaginada por el hermano. Pero ¿qué sentido tenía el empeño de las perlas y de la plata?

—¿De modo que usted no ha reclamado jamás nada a Ilia Illich? —preguntó Stolz.

—Le suplico que hable usted con mi hermano —contestó Agafia Matveievna con su monótona cantinela—. A esta hora suele encontrarse en su casa.

—Usted asegura que Ilia Illich no le debe nada en absoluto, ¿verdad?

—¡Ni un *kopek*, Dios lo sabe! —juró la patrona mirando al icono y santiguándose.

—¿Lo repetiría usted ante testigos?

—¡Delante de quien fuera! ¡Lo diría hasta en confesión! y si empeñé las perlas y la plata fue sólo para cubrir mis propios gastos...

—Perfectamente —exclamó Stolz—. Mañana tendré el honor de visitarla en compañía de dos amigos míos y confío que no se negará usted a repetir lo que

acaba de decirme usted ahora a mí.

—Sería mejor que hablara usted con mi hermano —repitió Agafia Matveievna—. No tengo nada que ponerme para recibirles... Siempre estoy en la cocina y pensarían qué soy una...

—No se preocupe usted por eso... Iré a ver a su hermano mañana, cuando me firme usted un papel...

—Casi he perdido la costumbre de escribir.

—Será muy poco lo que tendrá usted que escribir. Un par de líneas a lo sumo.

—No, se lo suplico. No me pida usted eso. Vania puede escribir por mí. Tiene muy buena letra...

—No, no se niegue usted a escribir lo que le pido —insistió Stolz—. Si no firma usted el papel, querrá decir que Ilia le debe a usted diez mil rublos.

—¡Pero si ya le he dicho a usted que no me debe un *kopek*! —repitió Agafia Matveievna.

—De modo que ya lo sabe, tiene usted que firmar el papel. Adiós y hasta mañana.

—Sería mejor que fuera usted a ver a mi hermano —tornó a repetir la patrona—. Vive aquí mismo, en la esquina, en la calle de al lado.

—No, y le ruego por lo que más quiera que no diga nada a su hermano hasta que yo venga mañana, pues eso podría acarrear un grave perjuicio a Ilia Illich...

—Si es así, descuide usted. No diré ni una sola palabra —repuso Agafia Matveievna con voz firme.

VII

AL día siguiente, Agafia Matveievna otorgó un testimonio escrito ante dos testigos en virtud del cual certificaba que no tenía ninguna reclamación que hacer contra Oblomov.

Stolz se presentó inesperadamente al hermano y le mostró el documento. La visita de Stolz fue para Iván Matveich como un rayo. Él también exhibió el pagaré y señaló con sus gruesos dedos la firma de Oblomov legalizada por un notario.

—¡Es legal! —exclamó—. ¡Yo no tengo nada que ver con ello! Me limito a cuidar de los intereses de mi hermana, y no sé cuánto dinero le ha pedido prestado Ilia Illich.

—¡Muy bien! ¡Esto no acabará aquí! —replicó Stolz en tono amenazador, al tiempo que abandonaba la habitación.

—¡Es un asunto completamente legal, y yo no tengo nada que ver con él! —gritó Iván Matveich, ocultando las manos dentro de sus mangas.

Al día siguiente, cuando se presentó en la oficina, le dieron el recado de que el director general deseaba verle.

—¿El director general? —repitieron todos los empleados a un tiempo—. ¿Para qué será? ¿Quiere ver algún expediente? ¿Cuál? ¡Pronto, pronto, cosed los documentos! ¿Qué querrá?

Por la noche, Iván Matveich se presentó en la taberna de pésimo humor. Tarantiev le estaba esperando hacía rato.

—¿Qué hay, compadre? —preguntó lleno de impaciencia.

—¿Que qué hay? —exclamó Iván Matveich con expresión sombría—. ¿Qué imaginas que pueda haber?

—¿Te han amonestado en la oficina?

—¡Amonestado! —repitió Iván Matveich con acento despectivo—. ¡Hubiera preferido que me pegaran! ¡Y todo por culpa tuya! —añadió en tono de reproche—. ¡No me habías explicado la clase de hombre que era ese alemán!

—Ya te dije que era un bribón.

—Eso es poco. Ahora le conozco bien. ¿Por qué no me dijiste que poseía una gran influencia? Él y el director general son carne y uña, como tú y yo. De haberlo sabido, no me hubiera enredado en ese asunto.

—¡Pero si todo es perfectamente legal! —exclamó Tarantiev muy convencido.

—¡Perfectamente legal! —dijo Iván Matveich en tono sarcástico—. Me gustaría ver si eras capaz de decirlo delante de ellos. Te aseguro que se te pegaría la lengua al paladar y no podrías decir esta boca es mía. ¿Sabes lo que me ha preguntado el director general?

—¿Qué te ha preguntado? —inquirió Tarantiev con curiosidad.

—«¿Es cierto que usted y otro bribón como usted emborracharon a Oblomov y le obligaron a firmar un pagaré a nombre de su hermana?»

—¿Dijo realmente «otro bribón»? —preguntó Tarantiev.

—Eso dijo.

—¿A quién debía referirse? —inquirió Tarantiev.

Iván Matveich le lanzó una mirada de desprecio.

—Supongo que no debes tener la menor idea de quién es —repuso con acritud—. ¿No serás tú por casualidad?

—¡Eh, poco a poco! ¿Por qué has de mezclarme a mí?

—Tienes que agradecérselo al alemán y a Oblomov. El alemán ese ha puesto las cartas boca arriba.

—Pero compadre, debiste mencionar a cualquiera otra persona y decir que yo no intervine para nada.

—¡Claro! ¡Eso hubieras querido tú!

—¿Y tú qué respondiste cuando el director general te preguntó si era verdad? Era el momento de darle esquinazo...

—Darle esquinazo, dices, ¿eh? ¡Como si fuera posible hacerlo! ¡Con los ojos de lince que tiene! Yo bien hubiera querido poderle decir: «No es cierto, excelencia, es una calumnia que han inventado contra mí. Yo no sé nada de ningún Oblomov. Eso son cosas de Tarantiev...» Pero las palabras se negaron a acudir a mis labios, y me limité a caer a sus pies...

—¿Y qué? ¿Piensa entablar un pleito contra ti? —preguntó Tarantiev—. Tú ya sabes de sobras que por mi parte no tengo nada que ver con todo eso...

—¡Que no tienes nada que ver! No, compadre. Si hemos de apechugar con la culpa, tú serás el primero. ¿Quién sino tú fue el que emborrachó a Oblomov? ¿Quién le insultó y le amenazó?

—Pero yo obedecía tus instrucciones —replicó Tarantiev.

—¿Es que eras menor de edad para no saber lo que hacías? En cuanto a lo que a mí respecta, no sé nada de este asunto.

—¡No faltaría más! No te olvides de todo el dinero que has conseguido gracias a mí. En cambio, yo sólo he recibido trescientos rublos...

—¿Conque te gustaría que yo cargara con toda la responsabilidad? ¡Pues no, señor, no sé nada de ese asunto! Mi hermana me rogó que hiciera legalizar el pagaré ante un notario, porque ella no entiende nada de estas cosas, y a esto se redujo toda mi intervención en este asunto. Tú y Zatiorti fuisteis los testigos y sois los únicos responsables.

—Tendrías que querellarte contra tu hermana. Ella no tiene derecho a declarar contra ti —dijo Tarantiev.

—Mi hermana es una idiota rematada. ¿Qué conseguiría?

—Pero ella, ¿qué dice de todo esto?

—Llora e insiste en que Ilia Illich no le debe nada.

—Pero tú tienes un pagaré firmado por ella en tu favor, ¿no? —preguntó Tarantiev—. Con él no puedes perder el dinero.

Iván Matveich sacó del bolsillo el pagaré firmado por su hermana, lo rompió en varios pedazos y se los entregó a Tarantiev.

—Toma, te lo regalo, si quieres —dijo—. ¿Qué podría sacar de ella? ¿La casa y el huerto? No valen juntos ni mil rublos. Al fin y al cabo, no soy tan desalmado ni tengo entrañas para hacer que ella y sus hijos vayan por ahí pidiendo limosna.

—¿De modo que nos perseguirán? —inquirió Tarantiev de veras asustado—. Tenemos que arreglárnoslas para escapar con bien del asunto. Confío que me ayudarás.

—¿Perseguirnos? ¡Nada de eso! El director general estaba decidido a hacer que nos expulsaran de la ciudad, pero el alemán intercedió en nuestro favor.

—¿De veras, compadre? Bueno, eso ya es otra cosa. Es un alivio. ¡Bebamos para celebrarlo!

—¿Que bebamos? ¿Con qué dinero? ¿Con el tuyo?

—¿Y el tuyo? Supongo que hoy habrás hecho por lo menos siete rublos.

—Sí, ¿eh? Pues tienes que saber que se me han concluido los ingresos. Aún no te he acabado de explicar lo que me ha dicho el director general.

—Pues acaba de una vez —instó Tarantiev a su amigo, asustado de nuevo.

—Pues el director general me ha ordenado que presentara la dimisión de mi empleo.

—¡No! —exclamó Tarantiev—. ¡Entonces iré a ver a Oblomov y le cubriré de insultos! ¡Eso no se hace!

—¡Sí, eso es todo lo que tú sabes hacer, insultar a la gente!

—¡Pues, iré a verle, aunque tú no quieras! —afirmó Tarantiev con súbita resolución—. Aunque tal vez tengas razón y sea mejor aguardar un poco... Voy a decirte lo que se me ha ocurrido. Escucha...

—¿Qué me has de decir? —inquirió Iván Matveich con desconfianza.

—Podríamos armar un buen lío. ¡Lástima que no vivas allí ahora...!

—¿Por qué?

—Pues, porque —dijo Tarantiev, mirando a su compinche—, podrías vigilar a tu hermana y a Oblomov y descubrir el pastel que están cociendo juntos..., y luego presentar testigos de ello. Entonces, ni el alemán podría hacer nada; le ataríamos las manos de este modo. Si el asunto iba a los tribunales, te darían la razón a ti, y yo creo que el alemán preferiría llegar a un acuerdo.

—Es muy posible —repuso Iván Matveich pensativo—. No careces de buenas ideas, pero en lo de ponerlas en práctica, ni tú ni Zatiorti servís para nada. Ya veré yo cómo solucionarlo. ¡Espera un instante! ¡Ya lo tengo! Enviaré a mi cocinera a la cocina de mi hermana, hará amistad con Anisia y así sabré qué es lo que traman... ¡Echemos un trago, compadre!

—¡Bebamos! —repitió Tarantiev—. Luego iré a ver a Oblomov.

Stolz hizo lo imposible para llevarse a Oblomov al campo. Pero Ilia Illich le suplicó tanto y de tal modo que le dejara permanecer allí otro mes más que Stolz se compadeció de él. Oblomov afirmó que necesitaba aquel mes para poner en orden sus asuntos, abandonar el piso y concluir con lo que tenía que hacer en San Petersburgo, a fin de no tener que volver más a la ciudad.

Aparte de esto, tenía que adquirir algunas cosas para su casa de campo; también deseaba encontrar una buena ama de llaves como Agafia Matveievna y no desesperaba de poder convencerla para que vendiera la casa y se fuera a vivir con él al pueblo, donde encontraría un campo de actividades digno de ella: la administración de un hogar en gran escala.

—Y, a propósito de tu patrona —exclamó Stolz interrumpiendo a su amigo—. Me gustaría saber qué clase de relaciones te unen con ella.

Oblomov no pudo por menos de ruborizarse.

—¿Qué quieres insinuar? —preguntó.

—Lo sabes de sobras —manifestó Stolz—, pues de lo contrario, no te habrías ruborizado al oír mi pregunta. Escucha, Ilia, en nombre de nuestra vieja amistad, te suplico que tengas cuidado...

—Pero, ¿de qué hablas, Andrei? —protestó Oblomov presa de una súbita confusión.

—Hablabas de ella con tanto entusiasmo, que no he podido por menos de pensar...

—Que la quiero, ¿eh? ¡Vamos, hombre! —repuso Oblomov con risa forzada.

—Bien. Aún sería peor si no hubiera nada de espiritual en el asunto y solamente...

—¡Andrei! ¿Te he dado motivo alguna vez para dudar de mis principios morales?

—Entonces, ¿por qué te has sonrojado antes?

—Porque has sido capaz de pensar una cosa semejante.

Stolz movió la cabeza con ademán de duda.

—Procura no caer en la trampa, Ilia. Una mujer sin la menor cultura, tosca, un tanto estúpida...

Oblomov guardó silencio.

—Bien, adiós —concluyó Stolz—. Entonces le diré a Olga que te veremos en casa o en Oblomovka. Recuérdalo. No te dejaré en paz hasta conseguir que abandones esto de una vez para siempre.

—Está bien, está bien —contestó Oblomov—. Y puedes añadir, que si ella lo permite, pasaré el invierno con vosotros.

—¡Sería formidable!

Stolz se marchó aquel mismo día, y por la noche, Tarantiev fue a visitar a Oblomov. Tarantiev no pudo resistir a la tentación de insultar a su paisano, pero ignoraba que éste, después de haber mantenido contacto con las Illinski y sus amigos, se había habituado al trato de la gente educada y no podía soportar ya las groserías. Esto ya se había puesto en evidencia en el curso de la anterior visita de Tarantiev a la villa de verano de Oblomov, y en la presente ocasión quedó plenamente de manifiesto, una vez más, el gran cambio operado en este sentido en Oblomov.

—¿Cómo está usted, compadre? —gritó Tarantiev al entrar sin dignarse ofrecer la mano a Oblomov.

—¿Y usted? —repuso Oblomov fríamente, mirando a través de la ventana.

—Bien. ¿Qué, ya se ha despedido usted de su bienhechor?

—Sí. ¿Por qué lo pregunta?

—¡Vaya un bienhechor! —continuó Tarantiev con tono ofensivo.

—¿No le gusta?

—¡Me gustaría ahorcarle! —resopló Tarantiev colérico.

—¿De veras?

—Y también a usted, y en el mismo árbol.

—¿Por qué?

—Pues, porque lo que han hecho no es decente ni honrado. Cuando uno contrae una deuda, tiene que pagarla y no tratar de escurrir el bulto...

—Escucha, Mijei Andreich —comenzó Oblomov tuteándole despreciativamente—, evítame más disgustos. Te he estado soportando durante mucho tiempo por pereza y por falta de voluntad. Pero creía que, por lo menos, tenías un asomo de conciencia. Pero he visto que careces de ella por completo. Tanto tú como el pillo de Iván Matveich me habéis engañado miserablemente. Ignoro cuál de los dos es peor, pero ambos me dais asco. Mi amigo me ha librado de una situación estúpida...

—¡Vaya, amigo! —exclamó Tarantiev—. ¡Me han dicho que ha estado robándole a usted a mansalva. ¡Es usted un imbécil!

—Te suplico que evites esa clase de cumplidos —replicó Oblomov interrumpiéndole.

—¡No me da la gana! ¡Ingrato, desagradecido! ¡Le he solucionado todos los asuntos, le he buscado este alojamiento, y así como una mujer perfecta como Agafia Matveievna; le he procurado todos los bienes y comodidades posibles y ahora me vuelve la espalda! ¡En cambio, se deja proteger por un alemán! ¡Le arrienda su finca! ¡Ya verá usted como dentro de poco le hará comprar acciones! ¡Recuerde lo que le digo, Ilia Illich! ¡No le dejará a usted en paz hasta que se vea precisado a pedir limosna! ¡Es usted un imbécil, se lo repito, peor que un imbécil, un idiota desagradecido!

—¡Tarantiev! —gritó Oblomov fuera de sí.

—¡Grite, grite cuanto quiera! ¡También yo gritaré para que todo el mundo

sepa que es usted un imbécil y un animal! —vociferó Tarantiev—. Iván Matveich y yo hemos cuidado de usted, le hemos servido como si fuéramos sus esclavos, hemos andado de puntillas por la casa para no molestarle, espiábamos sus menores deseos para atenderlos inmeditamente, y usted, en compensación, ha calumniado a mi amigo delante de sus superiores. ¡Ahora el hombre ha perdido el empleo y no tendrá nada de qué vivir! En compensación, tiene usted que darle la mitad de sus bienes. Déme un pagaré a su favor. Ahora no está usted borracho, sino en la plenitud de sus facultades. Firme ese pagaré, pues de lo contrario...

—¿Por qué grita usted tanto, Mijei Andreich? —dijeron la patrona y Anisia asomándose a la puerta—. En la calle ya hay dos personas que se han parado atraídas por sus voces.

—¡Pues, seguiré gritando! —bramó Tarantiev—. ¡Quiero atraer la desgracia sobre este idiota! ¡Deje que ese alemán siga burlándose de usted, ahora que ha unido sus fuerzas a las de su antigua amante!

Una terrible bofetada estalló en la habitación. Tarantiev, pillado de sorpresa, enmudeció en el acto y se dejó caer en una silla, con los brazos abiertos por efecto del asombro.

—Pero... pero... pero —musitó pálido y sin aliento;—. ¡Me ha insultado usted! ¡Me las pagará! ¡Ahora mismo iré a quejarme al gobernador general! Vosotras lo habéis visto, ¿verdad?

—Nosotras no hemos visto nada —contestaron las dos mujeres a dúo.

—¡Vamos! ¡Veo que se trata de una conspiración! ¡Una pandilla de ladrones y asesinos!

—¡Fuera de aquí, infame! —gritó Oblomov, pálido de ira—. ¡Lárgate en seguida o te juro que te mataré como a un perro!

Pareció como si Oblomov buscara un bastón por el cuarto.

—¡Asesino! ¡Socorro, socorro! —gritó Tarantiev huyendo.

—¡Zajar! ¡Echa a ese perro a la calle y que no se atreva a aparecer más por aquí! —ordenó Oblomov a su criado.

—¡Vamos! —dijo Zajar—. ¡Ahí está el santo icono y ahí la puerta! —añadió señalando uno después del otro.

—¡He venido a ver a la comadre, no a mi amigo! —murmuró Tarantiev.

—¡A Dios gracias, no le necesito a usted para nada, Mijei Andreich! —dijo Agafia Matveievna—. Siempre ha venido por mi hermano, no por mí. ¡Me produce asco! ¡Come, bebe y encima insulta a la gente!

—Así piensa usted, ¿eh? ¡Ya le enseñará su hermano a comportarse mejor! ¡Y me pagará usted el insulto que me ha inferido! ¿Dónde está mi sombrero? ¡El demonio se os lleve, bribones, bergantes! —gritó mientras atravesaba el patio—. ¡Me las pagaréis todas juntas!

El perro dio un salto, tiró de la cadena y ladró con más furia que nunca.

Oblomov y Tarantiev no volvieron a verse nunca más.

VIII

TRANSCURRIERON varios años antes de que Stolz regresara a San Petersburgo. En el entretanto, hizo una breve visita a la finca de Olga y otra a la de Oblomov. Éste recibió por entonces una carta de su amigo en la que Stolz le rogaba que fuese a la aldea y se hiciera cargo de la administración de la finca, que en el presente estaba en perfecto orden, pues tanto él como Olga se marchaban a la costa de Crimea, ya que tenía negocios en Odesa, y la salud de Olga había quedado un tanto resentida como consecuencia de su último parto.

El matrimonio se estableció en un lugar apacible de la costa. La casa era de pequeñas proporciones, muy sencilla. Su arquitectura, tanto la exterior como la interior, estaba en consonancia con el ambiente, y la decoración del hogar fue hecha de acuerdo con su gusto personal.

Habían llevado con ellos innumerables cosas, recibiendo también de Rusia y del extranjero gran cantidad de paquetes, cajas y bultos.

Un gran partidario de la comodidad quizá se hubiera encogido de hombros ante aquella decoración, incongruente en apariencia: cuadros antiguos, estatuas con los brazos o las piernas rotas, grabados y chucherías sin más valor que los recuerdos que evocaban.

Sólo un entendido hubiera logrado descubrir aquí o allá una pintura de cierto valor, un libro amarillento o una porcelana, camafeos y monedas antiguas.

En aquel abigarrado conjunto de muebles pertenecientes a distintas épocas, de cuadros, *bibelots* y libros de música, se deslizaba un soplo de vida que alegraba el espíritu y el sentido estético. En todo se percibía la belleza de la creación humana, de igual modo que en el exterior brillaba la eterna belleza de la naturaleza.

También se encontraba en la casa el alto pupitre que había pertenecido al padre de Stolz, así como sus guantes de piel de gamuza; el impermeable colgaba junto a una vitrina atestada de minerales, fósiles, pájaros disecados, muestras de barro, *etc.* El sitio de honor era ocupado por un gran piano con incrustaciones de nácar.

La fachada de la casa estaba cubierta por enredaderas. Desde uno de los balcones de la casa podía contemplarse el mar y desde el otro la carretera que conducía a la ciudad. En este balcón, Olga esperaba el regreso de Andrei Cuando había salido a trabajar, y en cuanto le divisaba, bajaba corriendo la escalera y,

cruzando el soberbio jardín, se arrojaba al cuello de su marido, siempre con el mismo apasionamiento, las mejillas encendidas y los ojos brillantes, aunque ya no se encontraban en el primero ni en el segundo año de su matrimonio.

Las ideas de Stolz acerca del amor y del matrimonio podrían ser originales y exageradas, pero desde luego, eran absolutamente personales. También en esta cuestión seguía el camino más libre y, según él, el más sencillo. Pero, ¡por qué difícil escuela tuvo que pasar antes de poder dar aquellos «sencillos pasos»!

Había heredado de su padre el hábito de contemplarlo todo con gran seriedad, incluso las cosas más insignificantes de la vida. Quizás hubiera heredado de sus antepasados alemanes la propensión a hacer todas las cosas con suma seriedad, incluido el matrimonio. La vida del viejo Stolz, cual una lápida, podía ser leída por todo el mundo, y en ella no aparecían complicaciones de ninguna clase.

Pero la madre de Stolz, con sus canciones y ternuras, la universidad, los libros y la sociedad habían apartado a Andrei un poco del camino que su padre trazó para él. La vida rusa no había dejado de influir sobre el modelo previamente dibujado, convirtiendo la fría lápida en un hermoso y colorido cuadro.

Andrei no frenaba nunca sus sentimientos e incluso a veces, en determinados días, se dejaba arrastrar por ellos, aunque siempre procuraba mantener contacto con la tierra. Y como buen alemán que era en el fondo, no dejaba de sacar sus consecuencias cuando volvía en sí.

Su cuerpo era fuerte y vigoroso porque su espíritu lo era también. De adolescente había sido de carácter vivo y travieso, y cuando le sobraba tiempo, se ocupaba de los negocios de su padre. Jamás había tenido tiempo libre para soñar. Su imaginación no estaba corrompida ni su corazón gastado, pues su madre había velado con el mayor cuidado por la pureza de ambos. De joven, había conservado intactas sus energías de un modo instintivo, logrando comprender muy pronto que este vigor le proporcionaba alegría, salud y la virilidad necesarias para enfrentarse con la vida, no como un yugo o una cruz, que tuviera que soportar, sino como un deber.

A menudo había reflexionado sobre el corazón y sus misteriosas leyes. Cuando creció y miró en torno suyo, comprobando entonces el efecto que la belleza ejercía sobre la imaginación, el trueque de las impresiones en sentimientos, sus síntomas y su modo de actuar, llegó a la conclusión de que el amor mueve al mundo como una palanca de Arquímedes, y que en ello hay algo magnífico y universal que es necesario distinguir a toda costa de lo que son simples imitaciones o burlas del amor. Pero, ¿dónde se encontraba el límite entre el bien y el mal? ¿Entre lo auténtico y lo falso?

Cuando Stolz se demandaba: «¿Dónde está la mentira?», por su imaginación desfilaba un tropel de máscaras pertenecientes al pasado y al presente. Sonriente, o con el ceño fruncido, veía desfilar ante él aquella interminable procesión de héroes y de heroínas del amor: Quijotes con guantes de acero y sus damas, que se guardaban fidelidad aún después de cincuenta años de separación; pastores de ojos ingenuos y sus Cloes, rodeados de corderitos; damas empolvadas adornadas con encajes, de ojos inteligentes y sonrisa disoluta; Werthers que se suicidaban por amor; vírgenes marchitas que lloraban amores desgraciados y se encerraban en los conventos; apuestos y bigotudos galanes; ingenuos y primarios donjuanes, hombres que se tildaban de ser racionales y ocultaban su amor avergonzados...

Al preguntarse: «¿Dónde reside la verdad?», buscaba por todas partes ejemplos de una intimidad indisoluble, sencilla y honesta, de un hombre con una mujer, pero no lograba encontrarlos. En ciertos momentos creía descubrir alguno. Pero pronto le decepcionaba la realidad y se sumía en una profunda melancolía.

Observaba los matrimonios, los maridos, y descubría siempre en su actitud hacia sus esposas la expresión de la esfinge, algo que no conseguía comprender y que no era claramente expresado. Sin embargo, aquellos hombres avanzaban tranquilamente camino del matrimonio como si no tuvieran problema alguno que resolver.

«Quizás estén en lo cierto. Tal vez no se precise nada más», pensaba desconfiando de sí mismo, al ver que algunos consideraban el amor como el abecedario del matrimonio, como una fórmula de cortesía previa al matrimonio. Muchos miran toda la vida a sus esposas preguntándose por qué se enamorarían de ellas y se sienten avergonzados de ellas. Otros, sin duda, aman toda la vida, pero sonríen como sátiros... Por último, la mayor parte de los hombres contraen matrimonio como quien adquiere una finca para disfrutar de sus ventajas materiales: una mujer lleva el orden de la casa, cuida del hogar, es madre e institutriz al propio tiempo.

«¿Cómo explicar esto? ¿Es que existe una incapacidad para amar siempre, o todo es debido a falta de educación y entrenamiento? —se decía Stolz—. ¿Dónde podría encontrar ese afecto mutuo que nunca pierde su encanto, que no tiene necesidad de adoptar ridículos disfraces y que cambia y se transforma sin desvanecerse?» Stolz miraba hacia el porvenir y le parecía ver a una mujer que podía ser para él lo que tanto anhelaba. «¡Pero es un sueño, un sueño!», decía sonriendo, expulsando de su mente aquella aparición. Sin embargo, a pesar de sí mismo, los rasgos de la imagen soñada persistían en su imaginación. Al principio, esa imagen soñada significaba para él la mujer del futuro. Pero más tarde, cuando Olga fue creciendo y se desarrolló, y descubrió en ella, además de la belleza y el

encanto materiales, una fuerza dispuesta a entablar la batalla de la vida, la imagen adoptó los rasgos concretos de Olga, pensando que sus sentimientos mutuos podían muy bien llegar a ser «la verdad», sin la menor afectación, sin ridículos disfraces.

Stolz no mezcló jamás los asuntos del amor y el matrimonio con las consideraciones de orden económico ni de la posición social. Pero, sin embargo, le preocupaba la idea de cómo le seria posible conciliar su vida activa con la de un marido casero que tenía la obligación de cuidar de su esposa y atender a la educación de sus hijos.

Estas preguntas le habían inquietado sin cesar, y por esta razón no tuvo nunca la menor prisa en abandonar su estado de soltero. Por esto había pasado tanto tiempo no viendo en Olga más que a una niña, que prometía, es cierto, y a la que valía la pena de enseñar a tener un concepto de la vida. Veía que la joven se iba convirtiendo en una mujer sincera, espontánea e inteligente, sin el menor viso de afectación, pero ni por asomo se le ocurrió pensar en hacer de ella su compañera para toda la vida.

Olga, por su orgullo y timidez, no permitía que nadie, ni Stolz, penetraran en el más íntimo arcano, y tan sólo después de su íntima lucha interior, tras volver del extranjero, pudo descubrir Stolz, no sin asombro, el dechado de sencillez, valor y naturalidad en que se había transformado la chiquilla de otros tiempos.

Al comienzo de su vida en común, Stolz se vio precisado a luchar con la vivacidad natural de su esposa, a apaciguar la fiebre de su juventud, a encauzar su ímpetu. Y apenas cerraba los ojos confiado, de nuevo comenzaba a atormentarse Olga y le atormentaba a él con preguntas a las que se apresuraba a dar satisfactorias respuestas.

Los fantasmas, las alucinaciones, la fe en la casualidad, fueron desapareciendo lentamente de la vida de Olga. El horizonte se abría ante ella inundado de brillante luz, y en el cauce de la vida podía ver cada una de las piedras y los hoyos del lecho del río.

«¡Soy feliz!», se decía Olga, mirando hacia atrás con verdadero agradecimiento, y al volver la mirada hacia el futuro se preguntaba si aquella felicidad duraría eternamente.

Fueron pasando los años, pero los esposos no se cansaban de vivir. Al fin habían logrado la paz. Los sobresaltos, los altibajos de la vida habían quedado atrás, soportándolos con entereza y dignidad hasta lograr la tranquilidad deseada.

Olga adquirió al fin una completa comprensión de la vida, y su ser se fundió, hasta formar uno solo, con el de su marido. Parecía que, como los demás

mortales, acabarían naufragando en la rutina de la vida de matrimonio. En efecto, en apariencia, vivían como los demás matrimonios, pacíficamente, sin que ocurriera jamás nada que viniera a perturbar la monotonía de su existencia. Pero no por ello se sentían deprimidos ni vivían a disgusto. Ésta era la diferencia que existía entre los demás y ellos. Nunca se sentían aburridos y sus charlas seguían interesándoles vivamente por un igual. Sus espíritus no se habían adormecido, sino que se mantenían alertas, en perpetua agitación, sintiendo la necesidad de pensar juntos, de sentir juntos, de confiarse sus pensamientos.

¿Cuál era el objeto de sus conversaciones, de los libros que leían? Sencillamente, todo. ¿Cuál era la meta de sus largos paseos? En el extranjero, Stolz perdió el hábito de trabajar y leer solo. En su nuevo alojamiento, solo con Olga, compartía con ella sus más nimios pensamientos. La pregunta sobre cómo se las arreglaría para transformarse en un marido casero, había sido ampliamente contestada. Él mismo lo solucionó. Inició a Olga en su vida de trabajo diario. No realizaba nada sin su consentimiento y ayuda, lo mismo si se trataba de la construcción de un edificio, del cuidado de su finca o de la de Oblomov, o bien de los asuntos de la compañía.

No enviaba una carta por correo sin antes leérsela a ella; no le ocultaba el menor de sus proyectos y, por supuesto, mucho menos su realización. Olga estaba al corriente de todo y todo le interesaba porque le interesaba a él. En los primeros tiempos esto fue así porque Stolz no podía ocultarle nada; escribía las cartas y recibía a los contratistas y a los agentes en presencia de ella. Luego continuó haciéndolo del mismo modo por hábito, y al final acabó necesitando contar con su presencia y con su ayuda en todo y para todo, pues reconocía su comprensión, su capacidad para razonar y el gran valor de sus consejos... También Zajar admitía estas cualidades en su esposa, pero a él le molestaba tenerlo que reconocer. De este modo acostumbran a sentir muchos maridos. Pero Stolz, por el contrario, se sentía feliz de que fuera así.

Luego estaban sus lecturas en común. Olga se interesaba por todo lo que leía Stolz, y se enfadaba de veras si su marido se lo ocultaba por considerarlo demasiado aburrido y abstruso para ella. Entonces la joven llamaba a su esposo pedante, retrógrado y anticuado. En tales momentos sostenían violentas disputas, en el curso de las cuales Olga se enojaba, mientras Stolz sonreía al escuchar sus invectivas. Las discusiones concluían siempre cuando Stolz dejaba de bromear y permitía a Olga leer el libro o le explicaba su contenido y lo discutía con ella.

Lo cierto es que Stolz no quería en modo alguno que su esposa se convirtiera en una marisabidilla. Si hubiera oído pronunciar a Olga una sola palabra que oliera a pedantería, se hubiera sonrojado y avergonzado de ella, mucho más que si

descubría su ignorancia respecto a un asunto que debiera conocer un hombre instruido, esto, claro está, siempre que no fuera un elemento propio de la educación de una mujer. Lo único que deseaba, y Olga también, era que no existiera nada en lo que ella no pudiera interesarse. No le trazaba diagramas y figuras, pero le hablaba con toda pasión y entusiasmo, haciéndola vivir lo que enseñaba. Poco a poco, los detalles se iban desvaneciendo en su memoria; pero el modelo, la línea general del asunto, quedaba grabada en su mente para siempre con los más vivos colores, y el fuego con el que Stolz iluminaba su espíritu nunca se apagaba.

Stolz experimentaba un estremecimiento de orgullo cuando veía brillar un destello de aquel fuego en los ojos de Olga, sobre todo, al ver madurar los frutos de lo que le había enseñado.

«¡Qué hombre más dichoso soy —se decía Stolz—. Nada ni nadie es capaz de enturbiar mi felicidad.» El fracaso en un negocio, incluso la pérdida de una crecida suma de dinero, no hacían gran mella en su espíritu. La muerte de la tía de Olga hizo derramar abundantes y tiernas lágrimas a la sobrina. Pero la joven acabó por recuperar la serenidad y más tarde la alegría.

Las enfermedades de los niños eran causa de angustia durante algunos días. Pero en cuanto recobraban la salud, tornaba la tranquilidad a su espíritu y la alegría a su corazón.

Lo único que producía a Stolz angustia, profunda y constante, era la falta de salud de Olga, que se reponía de los partos con dificultad y no recobraba su fortaleza. Stolz se sentía aterrorizado a la idea de lo que podría suceder el mejor día.

«¡Qué feliz soy!», se decía Olga por su parte. Sin embargo, con frecuencia sentíase asaltada por algo que se parecía mucho al aburrimiento o quizás a la indiferencia, y sufría al pensar lo que su marido pensaría si se daba cuenta. Sin duda la consideraría ingrata e insensible. Temía que algún día la sorprendiera en alguna de aquellas crisis y se empeñara en interrogarla.

Y es que era muy difícil ocultar nada a los sagaces ojos de Stolz. Olga no lo ignoraba, y se había preparado para el interrogatorio que un día u otro acabaría por producirse. Al fin, un día, llegó el temido momento.

Un atardecer paseaban ambos por la avenida de álamos. Olga, guardando un profundo silencio, caminaba casi colgada del brazo de su marido. Se encontraba bajo los efectos de una de aquellas crisis, y respondía con breves palabras a todo lo que Andrei le decía.

—La niñera dice que Olenka ha estado tosiendo toda la noche. ¿No sería

mejor que mandáramos a buscar el médico mañana? —preguntó Stolz.

—He hecho que tomara una bebida muy caliente y mañana no se moverá en todo el día de su habitación —contestó Olga con indiferencia.

Y continuaron caminando en silencio por la avenida.

—¿Por qué no has contestado a la carta de tu amiga Sonichka? —preguntó Stolz—. Creía que pensabas hacerlo... Ésta es la tercera carta de ella que has dejado sin contestación.

—Sí. Quisiera olvidarla cuanto antes —repuso Olga, que se interrumpió acto seguido.

—Saludé a Bichurin de tu parte —continuó Andrei—. Está enamorado de ti y confío que esto le consolará del retraso con que le ha llegado el trigo.

Olga sonrió forzadamente.

—¿Qué te ocurre? ¿Tienes sueño? —preguntó Andrei.

El corazón de Olga dio un salto, como acontecía por lo general cuando su marido comenzaba a acosarla a preguntas.

—No —repuso Olga con fingida animación—. ¿Por qué lo dices?

—¿No te encuentras bien? —insistió Stolz.

—Sí. Pero ¿qué es lo que te lo hace suponer?

—Entonces es que te aburres.

Olga apretó ligeramente el brazo de su marido con ambas manos.

—No, no —negó.

Pero en su voz sonaba una falsa ternura que delataba el hastío más absoluto.

Stolz la condujo fuera de la avenida e hizo que volviera la cara, a la luz de la luna.

—¡Mírame! —dijo examinándola hasta el fondo de los ojos—. Al verte cualquiera diría que eres... una mujer desgraciada. Hoy tienes los ojos muy raros... Y no sólo hoy... ¿Qué te sucede, Olga?

Rodeó el talle de su mujer con un brazo y la llevó de nuevo a la avenida.

—Pues me sucede que... estoy hambrienta —contestó Olga intentando sonreír.

—No mientas. ¡Ya sabes que no me gusta! —repuso Andrei con fingida severidad.

—¡Desgraciada! —exclamó Olga en tono de reproche, obligando a su marido a que se detuviera en la avenida—. Sí, es cierto. Pero lo único que me hace sentir desgraciada es este... exceso de felicidad de que gozo —concluyó con un acento de ternura tal que Andrei la besó.

Olga sintió de pronto el deseo de confesárselo todo a su marido.

—No me aburro ni puedo aburrirme, tú lo sabes perfectamente, y sé que no lo crees. Tampoco estoy enferma, pero... sin embargo, me siento triste... ¡Bien, eres insoportable, querido! ¡No hay modo de ocultarte nada! Pues sí, me siento triste, aunque no sé por qué —concluyó Olga acabando por apoyar la cabeza en el hombro de su marido.

—¿De modo que es eso? Pero... ¿por qué? —murmuró Stolz con voz suave, inclinándose hacia ella.

—No lo sé —repuso Olga de nuevo.

—Sin embargo, estoy seguro de que existe una razón, si no en mí, alrededor de ti, o acaso en ti misma. A veces, esa tristeza es un síntoma de enfermedad. ¿Te sientes bien de verdad?

—Sí, tal vez sea algo de eso —repuso Olga con expresión seria—. Aunque por el momento me siento perfectamente. Tú mismo puedes comprobar que como, duermo, trabajo y paseo normalmente. Pero de repente parece como si un peso se posara sobre mí, una especie de depresión... y entonces me parece como si a la vida le faltase algo... Bueno, no me hagas caso, Andrei. ¡No digo más que tonterías!

—No, por favor, sigue —rogó Andrei con acento cariñoso—. Sí, parece como si a la vida le faltara algo... ¿Qué más?

—A veces me asusta el temor de que nuestra situación actual pueda variar o concluir... No me reconozco a mi misma y me atormento pensando: «¿Qué sucederá? ¿Qué sentido tiene esta felicidad y la vida en su totalidad y complejidad?» —dijo Olga con un susurro de voz, como si se sintiera avergonzada de formular aquellas preguntas—. Todas estas alegrías y tristezas... incluso la propia naturaleza —continuó— parece como si me pidieran algo más. Nada me satisface... Andrei, creo que me siento avergonzada de ser tan loca... Sé de sobras que todo son imaginaciones mías... No hagas caso de lo que digo —imploró acercándose a su marido—. ¡Esta tristeza se me pasa, y torno a sentirme alegre y dichosa como siempre!

Se aproximó aún más a Stolz, de veras avergonzada, como si le pidiera perdón por sus «locuras».

Andrei continuó haciendo preguntas como un médico pregunta a un

paciente, y Olga le confió sus imprecisas sensaciones y sentimientos, la confusión que reinaba en su espíritu, y todo cuanto había creído observar en sí misma.

Perplejo y lleno de ansiedad, Stolz siguió caminando en silencio, con la cabeza baja, absorto en el examen de la confesión de su mujer.

Olga, mientras tanto, le miraba a los ojos, pero no logró descubrir nada en ellos, y cuando por tercera vez llegaron al extremo de la avenida, no le permitió que volviera hacia atrás, sino que lo mismo que antes había hecho él con ella, le obligó a levantar la cara a fin de que le diera la luz de la luna en el rostro.

—¿En qué piensas? Te estás riendo de mis locuras, ¿verdad? Es una locura, ¿no?, esta tristeza que siento. Andrei no respondió.

—¿Por qué sigues mudo?

—También tú has permanecido mucho tiempo sin hablar, aunque supongo que sabías todo esto desde hace muchos días. Permíteme, pues, que ahora guarde silencio yo. Me has puesto en un aprieto...

—Sí, ya sé lo que pretendes; seguir pensando mientras yo me atormento imaginando lo que puedas pensar de mí... ¡Hubiera preferido no decirte nada! —añadió Olga—. Sería mejor que hablaras...

—¿Qué puedo decirte, querida? —dijo al fin Stolz con expresión pensativa—. Quizá sean cosas de tus nervios otra vez, y en tal caso es el médico y no yo quien debe decir lo que te sucede. Mañana mismo mandaremos a buscarle... Y si no son los nervios... —empezó, pero se interrumpió.

—Entonces ¿qué? ¡Vamos, dilo, Andrei!

Stolz continuó paseando, sumido en sus cavilaciones.

—¡Vamos, di algo! —insistió Olga cogiendo a su marido por el brazo.

—Entonces podría ser un exceso de imaginación. Posees tanta vitalidad... O acaso sea que has alcanzado ya la edad en que... —concluyó con voz tan baja que Olga casi no le oyó.

—¡Haz el favor de hablar más alto, Andrei, te lo suplico! ¡No puedo sufrir esa costumbre que tienes de murmurar entre dientes! —exclamó Olga en tono de queja—. ¡Te he dicho una serie de tonterías y ahora comienzas a hablar para tu coleto, con la cabeza baja! ¡Me da miedo estar contigo aquí, en la oscuridad!

—No sé qué decirte, Olga... Se apodera de ti la tristeza, te atormentan los pensamientos... ¿Qué puedo hacer yo, pobre de mí? Mañana hablaremos de ello y veremos lo que decidimos. Tal vez necesites tomar baños de nuevo...

—Antes has dicho en voz baja: «O acaso sea que has alcanzado ya la edad en que...» ¿Qué has querido decir con eso? —inquirió Olga.

—He pensado... —empezó Andrei lentamente, sin creer en lo que decía, avergonzándose, lo mismo que Olga, de sus palabras—. Pensaba que hay momentos en que... Quiero decir que, si en efecto, estás enferma, tal vez esto quiera decir que has alcanzado la madurez, la época de la vida en que se deja de crecer... cuando ya no hay misterios y todo aparece lleno y sin variaciones...

—Quieres decir que he envejecido —se apresuró a responder Olga—. ¡Pero no te atreves ni a pensarlo! —añadió amenazándole con un dedo—: ¡Todavía soy joven y fuerte! —dijo irguiéndose.

Andrei se echó a reír.

—No temas —dijo—. Ya sé que nunca querrás envejecer. Pero no, no era eso lo que pretendía decir. Cuando uno es viejo, las fuerzas le abandonan y deja de luchar con la vida. No, tu melancolía y tu tristeza, así al menos lo creo yo son más bien signos o pruebas de vigor... Un cerebro activo suele cometer el error de intentar traspasar los limites de la vida, y entonces no encuentra respuestas a sus preguntas, con lo que sólo logra atraer hacia sí la tristeza y un temporal disgusto por la vida... Es la tristeza del alma que interroga a la vida sobre sus misterios insondables... Quizá sea esto lo que te sucede a ti... Si es así, te equivocas al decir que son tonterías y locuras...

Olga lanzó un suspiro. Pero éste pareció más bien de alegría, al constatar que sus aprensiones no eran ciertas y que nada había desmerecido en el concepto en que le tenía su marido.

—Pero soy feliz. Mi cerebro no descansa ni se deja mecer por los ensueños. Mi vida está repleta de contenido. ¿Qué más puedo desear? ¿Para qué hacerme estas preguntas? —exclamó Olga—. ¡Esto es una enfermedad, una opresión!

—Cierto, puede que sea una opresión para un espíritu débil, inepto o ignorante. Esa tristeza y esas preguntas han hecho perder la razón a muchas personas. A otros se les aparecen como fantasmas monstruosos y delirantes...

—Mi vida rebosa de felicidad y deseos de vivir... Pero de súbito, todo me parece vacuo, inútil, amargo...

—¡Eso es lo que tenemos que pagar por el fuego de Prometeo! No sólo tienes que soportar, sino que debes amar esa tristeza y respetar tus dudas y tus preguntas. Constituyen algo superfluo, un lujo de la vida, y suelen hacer acto de presencia cuando se llega a la cima de la felicidad, cuando todos los deseos están plenamente satisfechos. En la vida usual no acostumbran a presentarse; no

acostumbran a atormentar a la gente necesitada o desgraciada; la gente vulgar no experimenta jamás el aguijón de la duda ni esa sed de conocimientos... Pero para aquel que sabe hacerles frente de un modo adecuado, son siempre unos huéspedes bien recibidos y agradables...

—Pero no hay modo de dominarlos y hacen que una se sienta cruel e indiferente... ante casi todo —añadió Olga convencida.

—No por mucho tiempo... Luego que ha pasado todo, la vida nos parece más apetecible que antes. Nos atraen hacia un abismo sin fondo y nos impulsan a contemplar de nuevo la vida con optimismo... Obligan también a nuestras energías a luchar con lo que ya han luchado en otras ocasiones, como si no quisieran dejarlas dormir...

—¡Pero sufrir por causa de un fantasma, de algo que no existe! —dijo Olga en tono de lamentación—. El sol está brillando con todo su esplendor y de pronto las nubes le cubren inesperadamente. ¿Es que no hay alguna forma de luchar contra todo esto?

—¡Claro que la hay, querida! Y debes encontrar tu propia fuerza en la vida. Y si no te es posible, piensa que la vida también resultaría odiosa sin esas preguntas, sin esas dudas.

—¿Qué hay que hacer entonces? ¿Someterse y sufrir?

—Nada —repuso Andrei—. Armarse de valor y seguir tu propio camino con paciencia y perseverancia. Ni tú ni yo somos titanes —continuó cogiéndola por la cintura—. Distamos mucho de ser como Manfredo o Fausto, que luchan esforzadamente con problemas insolubles. No aceptaremos el reto, bajaremos la cabeza humildemente y pasaremos a través de esta época dolorosa, seguros de que, a no tardar, la vida volverá a sonreímos de nuevo...

—Pero ¿y si la tristeza no nos abandona y, por el contrario, aumenta de día en día?

—En ese caso, querida Olga, tendremos que aceptarla como un nuevo elemento integrante de nuestra vida. ¡Pero no tengas miedo! Esto no sucederá, al menos no puede sucedemos a nosotros. No se trata de tu tristeza, sino de un defecto de toda la humanidad. Una gota de ella ha caído sobre ti... Y es terrible cuando esto le sucede a alguien que no posee nada que pueda sostenerle. Pero nosotros... Dios haga que tu tristeza sea lo que me figuro y no el síntoma de una enfermedad... Esto sería lo peor. Seria una desgracia ante la cual no tendría fuerzas ni defensa posible. Pero ¿cómo pueden esas vagas tristezas, esas dudas y preguntas malograr nuestra felicidad, nuestra...?

A Andrei se le quebró la voz al llegar a este punto y Olga se arrojó en sus brazos.

—¡No, no podrán marchitarla ni la tristeza, ni las dudas, ni la enfermedad... ni aun la misma muerte! —murmuró Olga en un arrebato de entusiasmo, de nuevo alegre y feliz.

Le parecía que jamás había amado a su marido como en aquel momento.

—Piensa que los Hados pueden irritarse e interpretar tu tristeza como ingratitud... —concluyó Stolz, impulsado por un asomo de superstición y conmovido—. No les satisfacen las personas que no saben apreciar debidamente sus dones. Hasta el presente, te has dedicado a estudiar la vida, pero día llegará en que tendrás que soportarla y hacer frente a la desgracia, y entonces no tendrás tiempo para lamentarte ni andar con titubeos... ¡Ahorra, pues, tus fuerzas para entonces! —murmuró Stolz casi para sí mismo, en respuesta a la apasionada exaltación de su esposa.

En su voz había una nota grave, como si estuviera viendo por anticipado «la desgracia» a la que tendrían que hacer frente...

Olga guardó silencio, impresionada por el tono triste de la voz de su marido. La joven se sintió dominada por la melancolía y, apoyada en el brazo de Andrei, siguió paseando por la avenida, mirando hacia el porvenir donde, según él, les estaba esperando la desgracia y el dolor.

En su imaginación no aparecía ya ningún futuro alegre y claro, vivido a solas con él... No, por el contrario, creía ver una sucesión ininterrumpida de privaciones y pérdidas, seguidas de lágrimas, sacrificios obligados, dolorosas renuncias. Preveía enfermedades, pérdidas en los negocios, la muerte del marido...

Únicamente el amor continuaba siendo fuerte e invencible, aunque ahora presentaba un aspecto muy distinto. No había ardientes suspiros ni besos bajo los árboles. El amor se reflejaba, poderoso como la vida misma, en sus rostros y en las miradas de ambos cuando la pena les agarrotaba y el dolor les hería en lo más vivo. Aquel amor indestructible se revelaba en la infinita paciencia con que ambos, marido y mujer, soportaban el dolor de la vida, sus infinitos tormentos; en sus lágrimas y en sus sollozos no siempre reprimidos como hubieran deseado...

La vaga tristeza de Olga y sus dudas habíanse transformado imperceptiblemente en visiones diáfanas de un futuro distante, pero amenazador.

Bajo la influencia de las palabras firmes y serenas de su esposo, en el que tenía puesta su plena confianza, Olga encontró remedio para aquella tristeza misteriosa, al igual que para los amenazadores y proféticos sueños.

A la densa niebla siguió un sol deslumbrante, una mañana transparente ocupada por los cuidados de una madre solícita y una consciente ama de casa. Aparecía en el jardín o en el despacho de su marido llena de entusiasmo, siempre atareada. Pero ya no tomaba la vida como un delicioso juego libre de cuidados, sino que en todo cuanto hacia era animada por un valor y un designio secretos, como si estuviera preparándose en su interior...

Sus cualidades fueron creciendo con los años, y aunque Andrei había llegado a descubrir que su antiguo ideal de la mujer no podía adquirir forma en la realidad, se sentía orgulloso del pálido reflejo de aquel ideal que fulguraba en Olga. Jamás se había atrevido a esperar tanto de la vida.

Por otro lado, Andrei se vería precisado a luchar toda su vida, y hay que decir que lo hacía sin descanso, por conservar y acrecentar el prestigio que tenía a los ojos de su esposa, no porque Olga fuera celosa, sino para evitar que el cristal de su vida se empañase, lo que posiblemente sucedería si perdía la confianza que tenía puesta en él.

Existen mujeres, la mayoría, que no precisan nada de esto. Una vez casadas, aceptan con la mayor sumisión las cualidades y los defectos de sus maridos, se resignan por completo con el papel, la posición y el ambiente en que viven, y perdonan por anticipado cualquier extravío del marido, valiéndose como excusa del destino, la pasión o la debilidad de la mujer.

Si el marido es más inteligente que la mayor parte de los hombres, esta clase de mujeres se siente orgullosa de él, lo mismo como podría hacerlo de un bello collar, siempre y cuando el marido no ose penetrar, con su inteligencia, en la vulgar existencia de su esposa. En tal caso, la esposa, cuya vida insignificante y a veces depravada deseaba ocultar al marido, se siente oprimida y esclavizada por la misma inteligencia que tanto apreciaba antes.

Olga no conocía nada de esta obediencia ciega al destino ni acertaba a comprender las míseras pasiones de tantas mujeres, así como vemos sus devaneos. Había elegido a un hombre y creía en él. El mismo día que su fe fuera decepcionada, dejaría de quererle, como había sucedido en el caso de Oblomov. Pero, en el caso de éste, sus pasos eran aún muy inseguros, su voluntad no muy sólida. En aquel entonces comenzaba a observar la vida y a reflexionar sobre ella; comenzaba también a tener conciencia de los elementos que formaban su mentalidad y su carácter. Limitábase a clasificar los materiales integradores, sin otras consecuencias. No había iniciado aún la labor creadora, ni tampoco había encontrado el camino de la vida. Creía en Andrei, no de una manera ciega, sino con plena conciencia de que se trataba de su ideal de la perfección masculina. Cuando más profundamente y conscientemente creía ella en él, tanto más difícil

habría de resultarle a Andrei mantenerse a la altura, no sólo de su corazón y de su espíritu, sino incluso de su imaginación. Y Olga creía en él de tal forma que no admitía entre ambos otro intermediario que el mismo Dios.

Por esta razón no hubiera podido resistir la menor decepción en cuanto a las cualidades con que había adornado a Andrei. Una sola nota en falso hubiese producido una chirriante desafinación. Todo el edificio de su felicidad se hubiera venido abajo y ella habría quedado sepultada entre las ruinas, o tal vez... Pero no, las mujeres como ella sólo se equivocan dos veces en la vida; Si su amor y su fe hubieran sido defraudados ya no hubiese podido comenzar de nuevo.

Stolz se sentía profundamente feliz con su agitada vida, aunque se estremecía de cuando en cuando al pensar que Olga había estado a punto de perderse para siempre, que hubiera bastado un ligero error para que sus vidas se bifurcasen y que Oblomov estuvo a punto de...

¡Imaginar a Olga viviendo toda su vida al lado de Oblomov, convertida en madre de un sin fin de chiquillos y en una simple ama de casa! ¡Todas sus ansias, sus inquietudes y sus energías, hubieran sido dilapidadas en la administración del hogar, en la preparación de los banquetes los días de fiesta, en las visitas, los nacimientos, los bautizos y en la lucha eterna con la abulia del marido! El matrimonio entre ambos hubiera sido una mera forma sin contenido, de ninguna clase... Pero... ¿habría podido soportar Olga aquella vida? En los primeros tiempos hubiera luchado intentando descubrir el sentido de su existencia, hubiese llorado y sufrido. Pero al final habría acabado aceptando las cosas tal como eran, para concluir limitándose a comer y a dormir, o bien hubiese engordado y perdido su agilidad mental y física...

Pero no, no hubiera sucedido de este modo. Olga habría llorado y sufrido, acabando por exhalar el último suspiro en los brazos del marido amantísimo, pero incapaz de ayudarla en nada... ¡Pobre Olga!

Pero... ¿y si Olga no hubiera perdido sus energías y desplegando sus alas de águila hubiese volado libremente, tras de haber sido apresada por unas débiles manos, lanzándose al espacio en busca de otra águila poderosa y fuerte como ella?... ¡Pobre Olga también!

—¡Pobre Ilia! —exclamó Andrei un día en voz alta, pensando en el pasado.

Al oír este nombre, las manos de Olga abandonaron de pronto la labor sobre sus rodillas, se recostó en el sillón en que estaba sentada y se entregó a sus recuerdos.

—¿Cómo estará? —preguntó al cabo a su marido—. ¿No habría manera de saber algo?

Andrei se limitó a encogerse de hombros.

—Parece como si todavía viviéramos en aquellos tiempos en que no existía el correo y en que los que tenían que separarse se consideraban perdidos para siempre, cosa que así ocurría en efecto —repuso.

—Podrías escribir a alguno de tus amigos, Andrei, y tal vez así conseguiríamos saber algo de él.

—No podremos saber más de lo que ya sabemos, que se encuentra vivo y sano y que continúa viviendo en el mismo lugar. Para esto no necesito molestar a los amigos. Por otra parte, ningún extraño podría decirme lo que me interesa, es decir, cómo soporta la vida, si está moralmente muerto, si aún alienta en él una chispa de vida...

—No hables así, Andrei. Tus palabras me hacen daño. Me gustaría saber, aunque al propio tiempo tengo miedo...

Olga se sentía próxima a las lágrimas.

—Esta primavera iremos a San Petersburgo, y entonces le veremos con nuestros propios ojos.

—No es suficiente con que le veamos. Tenemos que hacer todo lo posible...

—¿Es que no lo he hecho ya? ¿Cuánto tiempo he perdido tratando de convencerle, trabajando para él, resolviendo sus asuntos, sin que jamás haya recibido la menor respuesta de él? Mientras me encuentro a su lado, se siente dispuesto a todo, pero una vez me aparto de él, todo se viene abajo, y de nuevo se echa a dormir. Es algo semejante a intentar curar y reformar a un borracho crónico.

—Pues la solución está en no perderle de vista —repuso Olga con repentino ímpetu—. Con él hay que actuar de una manera decidida, hacerle subir al coche y llevártelo. Dentro de poco nos iremos a vivir a nuestra finca. Pues bien, nos le llevaremos con nosotros...

—¡Vaya encarguito! —exclamó Andrei pensativo, mientras paseaba por la habitación—. ¡Y parece que no va a terminar jamás!

—¿Te parece una carga? —preguntó Olga—. Esto es una novedad en ti, Andrei. Es la primera vez que te oigo lamentarte de ello.

—No me lamento —repuso Andrei—. Simplemente reflexiono.

—¿Por qué? Has llegado a la conclusión de que es una labor pesada y aburrida, ¿no es así?

Olga dirigió a su marido una mirada inquisitiva y Andrei movió la cabeza.

—No. Pero creo que es completamente inútil todo lo que se haga.

—No digas eso —exclamó Olga—, pues me volveré a entristecer, como la semana pasada. Si ya no sientes la menor amistad hacia él, debes hacerlo al menos por humanidad. Si estás cansado de intentarlo, iré yo sola y no saldré de su casa sin él, te lo prometo. Mi interés por él le emocionará. Llorará cuando yo le descubra, derrotado y muerto... Tal vez las lágrimas...

—Le devolverán la vida, ¿eh? ¿No es eso lo que imaginas? —preguntó Andrei.

—No, no le devolverán la vida. Pero quizá le obliguen a mirar a su alrededor y trocar su manera de vivir actual por otra mejor. Abandonará el fango y se irá a vivir con sus iguales, con nosotros. La otra vez, cuando yo aparecí en su vida, conseguí hacerle volver en sí y que se avergonzara de...

—¿Es que sigues queriéndole como entonces? —preguntó Andrei en tono humorístico.

—No —repuso Olga con acento seco—. No le quiero como entonces. Pero hay algo en él que sigo apreciando mucho y a lo que deseo continuar siendo fiel, y no es mi intención cambiar como hacen otros...

—¿Quiénes son esos otros? ¡Dímelo, muérdeme, serpiente venenosa! ¿Te refieres a mí? Pues te equivocas de medio a medio. Si quieres saber la verdad, te diré que fui yo quien te enseñó a quererle, y que casi soy el culpable de los tormentos que sufriste entonces. De no haber sido por mí, hubieras pasado por su vera sin percatarte de que existía. Yo te hice comprender que no era menos inteligente que los demás, sólo que se hallaba dormido, enterrado bajo un montón de escombros —dijo Andrei; hizo una pausa y continuó—: ¿Quieres que te diga por qué le quisiste, y qué es lo que todavía sigues apreciando en él?

Olga hizo un movimiento de cabeza afirmativo.

—Sigues estimando en él lo que tiene mucho más valor que la inteligencia, esto es, su honradez y su fiel corazón. Posee por naturaleza un corazón de oro, y es más, ha conseguido conservarlo intacto a través de todas las vicisitudes de su desdichada vida. Ha pasado por toda suerte de dificultades y ha terminado incluso perdiendo las ganas de vivir. Pero no por esto ha perdido jamás su bondad ni su honradez. Jamás su corazón ha dado un paso en falso ni se ha manchado de lodo. Aunque en torno a él se agite un océano de maldad, mentiras y engaños, su corazón jamás se postrará ante los falsos ídolos, y su alma continuará siendo siempre pura, honesta y buena... Su alma es tan transparente como el cristal. No existen muchos hombres como él; escasean los que pueden comparársele, y éstos son como perlas entre la muchedumbre de los demás. Su corazón no puede ser

maleado, y se puede confiar en él siempre, en todo lugar y momento. A esto es a lo que tú sigues siendo fiel, y esto es lo que me impide considerarle una carga. He conocido en mi vida a muchas personas de grandes méritos, pero jamás encontré un corazón más puro, mejor ni más sencillo. Estimo a mucha gente, pero a ninguno con un cariño tan profundo como a Ilia. Quien le conoce, no puede dejar de quererle. ¿No es esto? ¿No he acertado en mi juicio?

Olga no respondió. La joven continuaba con la vista clavada en su labor. Andrei paseó durante unos momentos en silencio.

—¿No es eso todo? ¿Qué más hay de él? ¡Ah! —añadió sonriendo divertido—. Me había olvidado de mencionar su «ternura de palomo».

Olga se echó a reír, y abandonando su labor, se dirigió hacia su marido y le echó los brazos al cuello. Luego le miró a los ojos, acabando por descansar su cabeza en el pecho de él. A su memoria acudieron los recuerdos del Oblomov de antaño, aquel Oblomov tierno, dulce y sumiso, y su dolorida mirada cuando ella se despidió. Estos recuerdos hicieron que sintiera una gran compasión hacia él.

—No le, abandonarás, ¿verdad? ¿No querrás abandonarle? —suplicó Olga, todavía con los brazos alrededor del cuello de su marido.

—¡Jamás! A menos que se abriese un abismo entre nosotros o se levantara un muro... Olga besó a su marido.

—¿Me llevarás a verle a San Petersburgo? Andrei titubeó y no repuso.

—¿Me llevarás? —insistió Olga.

—Escúchame, Olga —empezó a decir Stolz intentando librarse del abrazo de su esposa—. Primero tenemos que...

—No. Dime que sí, que me llevarás; de lo contrario, no te dejaré en paz hasta que me lo prometas.

—Está bien —asintió Stolz—. Pero no será la primera vez, sino la segunda. Sé muy bien lo que sentirías si...

—¡No me lo digas, no me lo digas! —exclamó Olga—. Iremos los dos. Tú solo no sabrías, no podrías convencerle...

—¡Como quieras! ¡Pero sufrirás un gran trastorno que quizá te durará mucho tiempo! —repuso Andrei, no del todo satisfecho de que Olga le hubiera arrancado su consentimiento.

—Recuerda que me has dicho —terminó Olga tornando a ocupar su asiento— que únicamente le abandonarás si entre vosotros se abre un abismo o se levanta Un muro. ¡No olvidaré estas palabras que has pronunciado!

IX

LA paz y el silencio más completos reinaban en Viborg, con sus calles sin empedrar, sus aceras de madera y sus cunetas cubiertas de ortigas y hierbajos. Una cabra sujeta por una cuerda pastaba junto a la acera y dormitaba a la sombra. Al mediodía se oían los pasos de un escribano que golpeaba las tablas de la acera con los tacones de sus botas y se levantaba la cortinilla de una ventana, a la que se asomaba una mujer detrás de unos geranios; o bien, al otro lado de una cerca de madera, se veía asomar el rostro de alguna muchacha, que desaparecía un instante y luego tornaba a aparecer. Dos niñas se columpiaban, y sus frescas y sonoras risas se oían al otro lado de la cerca que las ocultaba a la vista.

También en casa de la señora Pshenitsin todo estaba sumido en el mayor silencio. Si se penetraba en el pequeño patio, podía observarse una escena realmente idílica; gallos y gallinas corrían despavoridos a ocultarse en los rincones; el perro daba saltos, tiraba de la cadena que le sujetaba y ladraba con el mayor desespero; Akulina dejaba por un momento de ordeñar la vaca y el portero de cortar leña, y ambos miraban con gran curiosidad al visitante.

—¿A quién desea usted ver? —preguntaba el portero, y cuando oía el nombre de Ilia Illich o el de la patrona, señalaba en silencio la puerta principal de la casa y seguía cortando leña.

El recién llegado avanzaba entonces por un limpio sendero enarenado hasta la alfombrada escalinata, tiraba del brillante llamador de la puerta y ésta era abierta por Anisia, los niños, la patrona o, en último extremo, por Zajar.

En la actualidad, todo denotaba en casa de Agafia Matveievna una abundancia y un bienestar como ni siquiera se vio en los tiempos en que la señora Pshenitsin llevaba la casa por cuenta de su hermano. La cocina, la despensa y las alacenas estaban repletas de vajilla, platos grandes y pequeños, redondos y ovalados, cacerolas, tazas, pucheros de hierro, cobre y barro.

La plata propiedad de Agafia Matveievna, recuperada hacía mucho tiempo y jamás vuelta a empeñar, estaba guardada en el armario, junto a la de Oblomov. Allí también podía verse una hilera de teteras y tazas, finas y corrientes, adornadas con flores, corazones y figuras chinas. Asimismo había botes enormes de café, canela, vainilla, cajas de cristal con té y botellas de aceite y de vinagre.

Los estantes rebosaban de paquetes, frascos y cajitas de remedios caseros, hierbas, lociones, emplastos, alcanfor y polvos. Había también jabón, utensilios para lavar y quitar manchas, en suma, todo cuanto una buena ama de casa necesita

tener siempre a mano.

Cuando Agafia Matveievna abría la puerta de la despensa, tenía que apartar el rostro un momento, tan fuerte era el olor que despedía todo lo que la mujer guardaba allí.

Con el fin de mantener a distancia la voracidad de los ratones, del techo de la despensa colgaban jamones, quesos, pilones de azúcar, pescado seco y saquitos de setas y nueces compradas en la tienda finlandesa.

En el suelo podían verse barriles de mantequilla y nata agria, cestos de huevos y muchas otras cosas más.

Sería necesaria la pluma de un nuevo Homero para poder describir con detalle todo lo que se guardaba en los rincones y en los estantes de aquella pequeña arca doméstica.

La cocina era el verdadero palenque de Agafia Matveievna y de Anisia. En aquella casa todo estaba colocado en su lugar, y era sumamente fácil de encontrar lo que fuese. La limpieza era absoluta en todas partes, salvo en el rincón en el que no podían intervenir las dos mujeres. Este rincón era la guarida de Zajar. La habitación carecía de ventana, y la perpetua oscuridad que reinaba en ella le hacía parecer más una ratonera que la habitación de un ser humano. Si alguna vez a la dueña de la casa se le ocurría limpiar aquello, Zajar montaba en cólera, decía que no era asunto de ella saber dónde y cómo guardaba los cepillos, el betún y el calzado; que no tenía por qué preocuparse de si dejaba sus ropas en un montón en el suelo ni de si su cama estaba cubierta de polvo y en un rincón, junto a la estufa, ya que era él y no ella quien se ponía aquellos trajes y dormía en aquella cama. En cuanto a una escoba, varias planchas de madera, la tapadera de un barril y un par de troncos que guardaba, decía necesitarlos imprescindiblemente, aunque jamás decía para qué. Sostenía que ni el polvo ni las telarañas le molestaban, y concluía afirmando que puesto que él no metía las narices en la cocina, era justo que le dejaran también a él en paz. En otra ocasión en que encontró en su cuarto a Anisia, le armó tal escándalo y la amenazó tan en serio, que la buena mujer ya no se atrevió a entrar más en él.

En vista del caso, las mujeres sometieron el problema al tribunal superior, esto es, a Ilia Illich, que fue inmediatamente a inspeccionar con sus propios ojos el lugar. Pero en cuanto se asomó a la puerta del cuarto de Zajar, se limitó a escupir, y no dijo una sola palabra. Y Zajar, con aire de triunfo, exclamó dirigiéndose a las mujeres: —¡Ya veis lo que habéis conseguido!

Las demás habitaciones de la casa aparecían limpias y relucientes. Las viejas cortinas habían desaparecido y tanto las ventanas como las puertas del salón y del

despacho estaban adornadas con nuevas cortinas de color verde y azul, adornadas con festones rojos, que la propia Agafia Matveievna cosiera.

Las almohadas de las camas eran de una blancura de nieve y había tantas que el montón casi llegaba al techo. Los edredones estaban forrados de seda. Durante algunas semanas, las habitaciones de la patrona estuvieron ocupadas por varias mesas, colocadas una al lado de la otra, a fin de poder confeccionar los edredones y la nueva bata de Oblomov. Agafia Matveievna trabajaba en ello con gran ardor, apoyando su opulento seno sobre la tela, cortando el hilo con los dientes, cosiendo, cortando y festoneando con el mayor entusiasmo, sin dejar de pensar que todo aquello iba a servir para calentar y acariciar a Ilia Illich.

Éste, tumbado en el sofá, admiraba el movimiento acelerado de los codos de la patrona, y más de una vez se quedaba dormido, como en los viejos tiempos de Oblomovka, arrullado por el suave rumor de la tela y del hilo al ser cortado.

—Descansa un poco, Agafia. ¡Ya has trabajado bastante por hoy! —decía, intentando interrumpir la labor de la mujer.

—El trabajo es del agrado de Dios —respondía Agafia sin apartar la vista de su tarea.

El café era excelente, y le era servido a Oblomov con el mismo cuidado que cuando había entrado en la casa, hacía ya algunos años. La sopa, los macarrones y el queso de Parma, los pasteles, la sopa de pescado, el pollo, todos estos manjares alternaban en las comidas e introducían una agradable variedad en la monótona vida de la casa.

Ésta estaba rodeada por varios huertos, y debido a ello el sol la iluminaba desde que salía hasta que se ponía, durante la mañana por un lado y la tarde por el otro.

Los canarios cantaban alegremente en sus jaulas. Algunos geranios y a veces incluso jacintos, que los pequeños traían del jardín del conde, perfumaban la pequeña habitación, mezclándose agradablemente con el aroma de un cigarro habano o bien con la canela o con la vainilla que molía Agafia Matveievna, siempre moviendo enérgicamente sus codos.

La vida de Ilia Illich, pues, parecía como enmarcada en oro, igual que un diorama en el que nada variase, salvo las fases normales del día y de la noche y de las estaciones del año. No se producían otros cambios ni incidentes que agitaran su vida y dejasen a su paso sedimentos amargos.

Desde el día que Stolz salvó a Oblomov de las deudas de Iván Matveich, y éste y Tarantiev desaparecieron, los últimos elementos hostiles desaparecieron

también de la vida de Ilia Illich. En la actualidad vivía rodeado de personas sencillas y amables que consagraban toda su vida a cuidar de su bienestar y le ayudaban a no sentir el peso de la vida sobre sus hombros.

Agafia Matveievna se encontraba ahora en el pináculo de su existencia. Su vida tenía un objetivo concreto, cosa de que había carecido hasta entonces. Pero como ya era habitual en ella, era incapaz de notarlo, de tener el menor atisbo de lo que sentía. Se limitaba a rogar a Dios que prolongase la vida de Ilia Illich y le protegiera de «todo mal, de las penas y de las necesidades», sometiéndose a sí misma y a sus hijos a la voluntad del Creador.

En su rostro podía observarse en todo momento la misma expresión de dicha completa y perfecta, sin el menor asomo de que sintiera el más pequeño deseo, algo imposible en otra persona con un carácter distinto. En los últimos tiempos había engordado bastante, y resultaba en extremo agradable contemplar sus hombros y su busto redondeados. En sus ojos brillaba la más tierna y hogareña solicitud. Había recobrado la serenidad y la dignidad con que en otro tiempo llevaba la administración de su casa, cuando tenía a sus órdenes a Anisia, a Akulina y al portero. Al igual que en aquellos tiempos, también ahora parecía que volara de la cocina a la despensa, de la despensa al armario, dando sus órdenes con voz baja y mesurada, con plena conciencia de lo que hacía.

Por lo que respecta a Anisia, se mostraba aún más activa que antes, pues tenía mucho más trabajo. Siempre andaba corriendo de un lado para otro, cumpliendo las órdenes de Agafia Matveievna. Los ojos le brillaban como nunca, y su nariz, aquella nariz tan expresiva que tenía, era ahora mucho más prominente. Su apéndice nasal brillaba de ideas, intenciones, inquietudes, y parecía estar hablando aun cuando su lengua estuviera quieta.

Ambas mujeres vestían de acuerdo con su dignidad y sus años. Agafia Matveievna era ahora dueña de un bien surtido guardarropa, en el que había una hilera de vestidos de seda, mantones y chaquetas. Encargaba sus sombreros en casa de Liteini, en la otra orilla, y compraba sus zapatos en «Las Arcadas», en vez de hacerlo en el mercado. Anisia, cuando había terminado su trabajo en la cocina y, sobre todo, los días de fiesta, acostumbraba a ponerse un vestido de lana. Tan sólo Akulina continuaba llevando las mismas faldas que había llevado toda su vida, mientras que el portero no había acabado de decidirse a quitarse su zamarra de piel de cordero ni siquiera en pleno verano.

—Por supuesto, Zajar no tenía remedio. Reformaron su levita para transformarla en una chaqueta, y era de todo punto imposible adivinar el color de sus pantalones y la clase de tejido de su corbata. Limpiaba los zapatos, dormía, se sentaba en el portal, contemplaba con mirada distraída a los escasos viandantes

que pasaban frente a la casa o se iba a los almacenes próximos a sentarse un rato, y continuaba haciendo las mismas cosas y de idéntico modo que las había hecho desde siempre, primero en Oblomovka y más tarde en la calle Gorojovaia.

¿Y Oblomov? Oblomov era la personificación de la serenidad y del silencio que le rodeaba. Luego de meditar sobre su modo de vivir, y habiéndose acostumbrado por completo a él, acabó por decidir que ya no tenía nada a que aspirar, que había conseguido alcanzar el ideal de la vida, aunque carente de la brillantez con que su imaginación lo había revestido en otro tiempo, en sus sueños en una vida fácil, libre de preocupaciones y cuidados en su pueblo, entre los campesinos y los criados de la casa. Consideraba su presente vida como continuación de la vieja vida de Oblomovka, de la que tan sólo se diferenciaba por el lugar en que ahora vivía y por el tiempo transcurrido desde entonces.

También aquí, al igual que en Oblomovka, había logrado eludir todas las dificultades y vivir en perfecta paz. Había triunfado en su empeño de escapar de las exigencias y requerimientos de la vida, así como de las tormentas que tienen lugar en el amplio firmamento iluminado por los rayos de las grandes alegrías y en el que también retumban los truenos de los grandes dolores; donde las engañosas esperanzas y los magníficos espejismos de la felicidad están en juego y el hombre es consumido y devorado por sus propios pensamientos; donde la pasión se destruye y el intelecto triunfa o es derrotado; donde el hombre se ve obligado a sostener una guerra constante y abandona el campo de batalla herido y agotado, siempre insatisfecho y descontento. No habiendo experimentado jamás los placeres que proporciona la lucha, Oblomov renunció mentalmente a ellos y sólo se sentía en paz en su rincón, allí donde no se producía movimiento alguno, luchas ni vida.

A veces, sin embargo, su imaginación se inflamaba y los recuerdos de otro tiempo y los sueños no satisfechos acudían a él, y su conciencia le reprochaba su modo de vivir actual. Entonces sus sueños se sentían turbados, se despertaba a medianoche, saltaba de la cama y en ocasiones lloraba lágrimas de desesperanza y desconsuelo por su luminoso ideal de vida, ya marchito para siempre jamás, lo mismo que se llora por un muerto querido, con la amargura de no haber hecho lo bastante por él cuando estaba con vida. Luego contemplaba todo cuanto le rodeaba, gustaba los efímeros placeres de la vida y se apaciguaba al contemplar con expresión soñadora el sol del atardecer que se iba disolviendo en el encendido ocaso.

Al cabo llegó a la conclusión de que su vida había sido creada para desarrollarse tal cual lo hacía, y que él había sido creado para encarnar el prototipo ideal del hombre pacífico. Había muchos otros, se decía, cuyas agitadas vidas encarnaban otros tipos: cada uno de ellos tenía su papel en la vida. Tal era la

filosofía a que había llegado aquel Platón de Oblomovka, filosofía que le permitía permanecer ocioso e insensible a todos los problemas del destino humano.

Había nacido y crecido no como un gladiador, sino como un simple espectador de la lucha. Su tímida e indolente alma no hubiera resistido la ansiedad de la felicidad ni los golpes de la fortuna; encarnaba un solo aspecto de la vida y no estaba dispuesto a esforzarse por cambiar de manera de ser, ni tampoco sentía ansias de arrepentimiento. A medida que fueron transcurriendo los años; su inquietud y sus remordimientos fueron espaciándose en el tiempo, y de este modo iba acomodándose mejor en el ataúd en que había convertido su existencia, semejante a los antiguos eremitas que cavaban sus propias tumbas. Dejó de pensar que con el tiempo pondría en orden sus asuntos, se dedicaría a administrar su finca y se trasladaría a vivir en ella. El administrador designado por Stolz le remitía periódicamente una suma importante de dinero, y antes de la Navidad los campesinos le llevaban provisiones. En consecuencia, la abundancia y la alegría reinaban en la casa.

Ilia Illich compró una pareja de caballos, que, inspirado por su natural prudencia, eligió lentos y reposados, de forma que sólo se pusieran en movimiento al tercer latigazo; al primero y al segundo los animales se limitaban a levantar una pata, hasta que estirando el cuello y moviendo todo el cuerpo, partían con un trote tranquilo, reposado, balanceando rítmicamente la cabeza.

Los caballos conducían a Vania a la escuela de estudios superiores a la otra orilla del Neva, así como a Agafia Matveievna cuando iba de compras. Durante las fiestas de Carnaval y la semana de Pascua, toda la familia, incluso Ilia Illich, iban a visitar la feria. A veces compraban un palco e iban todos al teatro.

En verano paseaban por los alrededores y el viernes de San Ilia iban a las factorías de pólvora. De este modo transcurría la vida, jalonada tan sólo por los acontecimientos normales de la misma y sin que se produjeran grandes cambios en ella. Por desgracia, el estampido de los truenos que sacuden los cimientos de las montañas y los vastos espacios aéreos se oyen también en los nidos de las ratas, más amortiguados, es cierto, pero perfectamente audibles.

Ilia Illich disfrutaba de los suculentos platos lo mismo que en Oblomovka y, como en su casa solariega, andaba y trabajaba poco y con suma pereza. A pesar de sus años bebía vino y vodka de cerezas sin la menor cortapisa, y se regalaba con una prolongada siesta después de cada comida.

Pero de súbito todo cambió. Un día intentó levantarse después de haber dormido la siesta en el sofá y le fue imposible hacerlo. Trató de llamar a voces, pero notó que la lengua no le obedecía. Si hubiera vivido solo con Zajar, nadie se

hubiera dado cuenta de lo que sucedía y con toda seguridad le hubiesen encontrado muerto al día siguiente. Mas los ojos de Agafia Matveievna velaban por él como una providencia y no necesitó mirarle a la cara para adivinar que no se encontraba bien. En cuanto se dio cuenta del estado de Ilia Illich, Agafia Matveievna envió a Anisia en el coche en busca de un médico y mientras éste llegaba, colocó una bolsa de hielo en la cabeza de Ilia y empezó a aplicarle los remedios caseros, siempre a punto para cualquier caso imprevisto.

Zajar consiguió ponerse rápidamente un zapato y sin tomarse la molestia de calzarse el otro, hizo cuanto pudo por ayudar a la patrona y al médico. Éste sangró a Ilia Illich, le hizo volver en sí, y a continuación le dijo que había sufrido un ataque de apoplejía y que a partir de aquel momento tenía que modificar su régimen de vida. En lo sucesivo no debería beber café, cerveza, vino ni vodka, salvo en contadas ocasiones; tampoco debería comer comidas fuertes condimentadas con especias; debería hacer ejercicio todos los días y dormir sólo por las noches.

Pero nada de esto hubiera sido posible sin Agafia Matveievna, la cual consiguió que Ilia Illich siguiera el régimen prescrito haciéndoselo observar a todos los demás habitantes de la casa, y apartaba de Oblomov todas las tentaciones procurando distraerle de continuo. En cuanto veía que se había sentado en una silla dispuesto a dormir una siestecilla, dejaba caer en el suelo un puchero o hacía que los niños se pusieran a gritar de forma que le fuera imposible dormir Y si esto no era suficiente, preguntaba algo a Ilia Illich, y de este modo lograba su propósito.

El sendero del jardín fue prolongado hasta el huerto e Ilia Illich se paseaba por él dos horas cada mañana y otras dos por la tarde. Agafia Matveievna le acompañaba en sus paseos, y si ella no podía hacerlo, entonces la reemplazaban Vania o Masha, o bien nuestro viejo amigo Alexeiev, siempre dispuesto a hacer todo lo que le pidieran.

Cierto día, Ilia Illich realizaba su paseo cotidiano apoyado en el hombro de Vania. Éste, que era ya un pollo, vestía el uniforme de la escuela de estudios superiores. El muchacho apenas podía regular sus zancadas de acuerdo con el lento paso de Ilia Illich. Oblomov, luego del ataque, movía con cierta dificultad una de sus piernas.

—Bien, entremos ya, Vania —dijo.

Pero cuando se encaminaban hacia la puerta de la casa, Agafia Matveievna apareció en el umbral.

—¿Dónde vais tan temprano? —preguntó la mujer cerrándoles el paso.

—¿Tan temprano? Hemos ido veinte veces de un extremo al otro y como el

sendero tiene cincuenta toesas, resulta que hemos andado casi dos verstas.

—¿Cuántas veces habéis ido de un extremo al otro? —preguntó Agafia Matveievna a su hijo, que titubeó antes de responder—. ¡Y no me engañes, Vania! —añadió en tono amenazador, mirándole a los ojos—. ¡Lo descubriré en seguida y el domingo no te dejaré salir de paseo!

—Bien, pues... una docena de veces.

—¡Ah, pillín! —exclamó Oblomov—. ¡Tú andabas cogiendo flores de acacia y te has distraído, pero yo he contado muy bien!

—No, no, Ilia Illich. Tienes qué pasear un poco más. Por otra parte, la sopa de pescado no está lista aún —decidió Agafia Matveievna dándoles con la puerta en las narices.

Antes de que le permitieran entrar en la casa, Oblomov tuvo que dar otras ocho vueltas.

La sopa de pescado humeaba sobre la mesa. Oblomov ocupó su lugar de costumbre en el sofá; a su derecha se sentó Agafia Matveievna y a la izquierda un niño de unos tres años. Al lado del niño estaba sentada Masha, que ya tenía trece años y junto a ella, Vania; y aquel día, frente a Oblomov, se hallaba sentado Alexeiev.

—¡Espera, que te serviré una magnífica carpa! —dijo Agafia Matveievna dirigiéndose a Oblomov.

—¡Con lo bien que le iría a esta carpa un pastelillo de carne! —dijo Oblomov en tono de lamentación.

—No se me ha ocurrido. Bueno, esta noche ya pensaba prepararte un pastelillo, pero se me ha ido el santo al cielo —repuso Agafia Matveievna—. Y también me he olvidado de guisar unas coles para acompañar las chuletas —añadió volviéndose a Alexeiev—. Le ruego a usted que me perdone.

Tampoco esto era cierto.

—Es lo mismo, es lo mismo. Ya sabe usted que a mí me gusta todo —repuso Alexeiev.

—¿Por qué no le pones un poco de jamón con guisantes o un filete? —dijo Oblomov—. Ya sabes que le gustan.

—Yo misma he ido a comprar, Ilia Illich, pero no he encontrado carne en ninguna parte. Pero para usted tengo jugo de cerezas, pues sé que le gusta —añadió la mujer dirigiéndose a Alexeiev, El jugo de cerezas no podía perjudicar a Ilia Illich y, por esta razón, el pobre Alexeiev tenía que beberlo y, además, decir

que le gustaba.

Luego de comer, nada ni nadie podía evitar que Oblomov se echara un poco.

Por lo general, lo hacía en el mismo sofá en que estaban sentados, no para dormir, sino para descansar durante una hora. Con el fin de mantenerle despierto, Agafia Matveievna le servía una taza de café y los niños jugaban sobre la alfombra.

—No molestes a Andriusha. ¡Vas a hacerle llorar! —advirtió Oblomov a Vania, que estaba molestando al niño.

—Mashenka, cuida de que Andriusha no se dé un golpe con la silla —dijo solícitamente cuando el pequeño se metió bajo una silla.

Masha corrió inmediatamente a salvar a su «hermanito», como la muchacha le llamaba.

Durante unos minutos, todo permaneció en el mayor silencio. Agafia Matveievna había ido a la cocina a ver si el café estaba ya preparado. Los niños guardaron silencio. De pronto se oyó un ronquido en la habitación, primero débil, luego más fuerte, hasta que cuando Agafia Matveievna penetró con la humeante cafetera en la mano, resonaba ya semejante a una trompa de caza. La mujer movió la cabeza y miró a Alexeiev con aire de reproche.

—He intentado despertarle, pero no me ha hecho caso —dijo el hombre en son de excusa.

Agafia Matveievna dejó la cafetera sobre la mesa, cogió a Andriusha del suelo y lo sentó en el sofá de Ilia Illich. El pequeño, arrastrándose, se levantó hasta llegar a la cara de Oblomov y le cogió de la nariz.

—¡Eh! ¿Qué pasa? ¿Qué es esto? —exclamó Ilia Illich despertándose sobresaltado.

—Te habías adormilado y Andriusha se ha subido al sofá y te ha despertado —dijo Agafia Matveievna.

—¿Cómo puedo haberme dormido? —repuso Oblomov cogiendo entre sus brazos a Andriusha—. He visto muy bien cómo este demonio se encaramaba al sofá. ¡Ah, pillín! ¿Conque querías cogerme la nariz, eh? ¡Ya te daré yo! ¡Espera, espera! —dijo acariciando al niño.

Luego le dejó en el sueño y suspiró profundamente.

—¡Dígame algo, Iván Alexeich! —dijo Oblomov de pronto.

—Ya hemos hablado de todo, Ilia Illich. Ya no me queda más que decir —contestó el aludido.

—¿Cómo es posible? Usted ve a mucha gente. ¿Es que no sucede nada en el mundo? Supongo que habrá leído algo.

—Si, aunque no mucho. Ayer estuve en casa de Alexei Spiridonich, y su hijo, que estudia en la Universidad, me leyó en voz alta...

—¿Qué le leyó?

—Algo sobre los ingleses. Dicen que han llevado armas y pólvora no sé dónde. Alexei Spiridonich dijo también que seguramente estallaría la guerra.

—¿Y adonde han llevado las armas?

—No sé si a España o a la India. No me acuerdo. Sólo sé que el embajador estaba muy enojado.

—¿Qué embajador?

—Lo he olvidado —repuso Alexeiev mirando el techo e intentando recordar.

—Pero ¿contra quién va a estallar la guerra?

—Contra el bajá de Turquía, creo.

—Bien. ¿Y qué otras noticias hay de política? —preguntó algo más tarde Ilia Illich, después de hacer una breve pausa.

—El periódico afirma que la tierra se está enfriando y que cualquier día vamos a helarnos todos.

—Pero no tiene nada que ver con la política, ¿verdad?

Alexeiev quedó cortado.

—Bien, primero leyó las noticias referentes a la política, y luego siguió leyendo, sin explicar que se trataba de otra cosa. Pero ya sé que esto es literatura, no política.

—¿Y qué más leyó de literatura? —inquirió Oblomov.

—Pues leyó que... nuestros mejores escritores eran Dmitriev, Karamsin, Batiuchkov y Shukovski...

—¿Y el artículo no decía nada de Puschkin?

—Ni una palabra. A mí también me extrañó que no dijera nada. Es un verdadero genio —dijo Alexeiev.

Se produjo silencio. Agafia Matveievna fue a buscar su labor y empezó a enhebrar la aguja mirando a Ilia Illich y a Alexeiev, a la vez que prestaba atención a los ruidos procedentes de las otras habitaciones, por si Zajar se peleaba con Anisia en la cocina, si Akulina lavaba la ropa como le había ordenado o por si oía la verja

del patio, lo cual querría decir que el portero se había marchado a echar un traguito. Poco a poco, Oblomov comenzó a sumirse en un silencio meditativo. No podía afirmarse que estuviera despierto ni tampoco dormido. Se limitaba a dejar que su pensamiento vagara de un lado a otro, sin fijarlo en nada concreto, y escuchaba pausadamente los latidos de su corazón, parpadeando de cuando en cuando, como suele hacerse cuando no se contempla una cosa determinada.

De este modo se sumergió en un estado vago y misterioso; una especie de alucinación. En la vida suele haber momentos, breves y raros, en los que a uno le parece estar viviendo de nuevo escenas del pasado, vividas con anterioridad, aunque en otro lugar y en otro momento.

Es como si antaño se hubiera soñado lo que está sucediendo en el instante presente, o como si se hubiera vivido en realidad y olvidado posteriormente. Pero el caso es que se reconoce a los que nos rodean y se escuchan sus palabras como si no fuera aquélla la primera vez que se las oye. La imaginación se siente impotente para reproducir la escena pasada y tampoco la memoria es capaz de hacerla revivir de nuevo, limitándose a sugerir, un vago recuerdo.

Tal era lo que Oblomov experimentaba en aquellos instantes. Le parecía haber vivido con anterioridad los momentos de calma absoluta en que se hallaba sumergido ahora; oía el tictac del reloj, tan familiar a sus oídos, y el chasquido que producía Agafia cuando cortaba el hilo con los dientes. Cada una de las palabras le parecía conocida, así como el murmullo: «No consigo enhebrar la aguja. Masha, ayúdame tú, que ves mejor que yo».

Distraído, casi sin darse cuenta de lo que hacia, miraba el rostro de Agafia Matveievna y a su recuerdo acudía una imagen familiar que procedía de los más profundos recuerdos. Intentó recordar dónde había visto y oído anteriormente todo aquello... Vio ante él el oscuro salón de su casa solariega, alumbrado por una vacilante bujía; su madre y los invitados estaban sentados alrededor de la mesa; las mujeres cosían en silencio; su padre medía a grandes zancadas la estancia, también en completo silencio. Ahora el pasado y el presente se confundían en uno solo. Oblomov soñaba que había llegado a la tierra prometida, donde los ríos manaban leche y miel, donde la gente comía sin tener que trabajar e iban vestidos de oro y plata.

Le parecía estar escuchando los maravillosos cuentos de su niñez, el rumor de la vajilla y de los cubiertos; se abrazaba a su niñera, a la vez que le oía decir con voz cascada: «Militrisa Kirbitievna», dirigiéndose a la señora. Le parecía estar contemplando la misma nube flotando en el azul del cielo, y parecía también como si el viento de entonces se filtrara por la ventana, para jugar con sus cabellos; los pavos de Oblomovka dejaban oír su cloqueo característico al pie de la ventana. De

pronto ladraba un perro. Debía de llegar algún forastero. ¿Serían Andrei y su padre que venían a visitarlos procedentes de Verhliovo? Cuando esto sucedía, el día representaba para él una jornada de completa alegría. Sí, debía de ser Andrei. Los pasos se oían cada vez más cerca y la puerta comenzaba a abrirse...

—¡Andrei! —exclamó Oblomov.

En efecto, Andrei se encontraba delante de él, si bien ya no era un muchacho, sino un hombre de mediana edad. Oblomov volvió en sí. Stolz se encontraba de pie ante él, en cuerpo y alma, no como una alucinación.

Agafia Matveievna cogió en brazos al pequeño, recogió su labor y abandonó la estancia junto con los otros niños. También desapareció Alexeiev, dejando solos a Stolz y a Oblomov, que se miraban en silencio, sin despegar los labios. Stolz parecía querer perforar a su amigo con la mirada.

—¿Eres tú, Andrei? —exclamó Oblomov con la voz empañada por la emoción, como sólo un enamorado, después de una prolongada ausencia, habla a la mujer objeto de su amor.

—Sí, soy yo, Ilia —repuso Andrei suavemente—. ¿Vives aún?

Oblomov arrojó los brazos al cuello de su amigo y se apretó contra él.

—¡Ah! —dijo por toda respuesta.

Con aquella interjección trataba de expresar toda la intensidad de la tristeza y de la alegría que habían permanecido ocultas en su corazón desde que se separaron por última vez y que quizá nunca habían logrado despertar en él las cosas que le rodeaban.

Se separaron y de nuevo volvieron a contemplarse.

—¿Cómo te sientes? —inquirió Andrei.

—Ahora bien, a Dios gracias.

—¿Es que has estado enfermo?

—Sí, Andrei. Tuve un ataque de apoplejía.

—¿De veras? ¡Es terrible! —exclamó Andrei sorprendido y lleno de compasión—. Pero ¿te ha dejado algún rastro?

—No. Únicamente que ahora ya no puedo servirme de la pierna izquierda como antes —repuso Oblomov.

—¡Ah, Ilia, Ilia! ¿Qué ha sido de ti? ¿Y qué has estado haciendo durante todo este largo tiempo? ¡Ahí es nada, cinco años sin verte!

Oblomov suspiró.

—¿Por qué no has ido a Oblomovka? ¿Por qué no me has escrito?

—¿Qué quieres que te responda? Ya me conoces de sobras —repuso Oblomov con expresión de tristeza.

—¿Y has permanecido aquí todo este tiempo? —preguntó Stolz mirando con curiosidad a su alrededor—. ¿No te has cambiado de casa?

—No, no me he movido de aquí... ni pienso moverme ya.

—¿Hablas en serio?

—Completamente en serio, Andrei.

Stolz miró fijamente a su amigo y comenzó a pasear por la estancia sumido en sus reflexiones.

—Y Olga Sergeievna, ¿dónde se encuentra ahora? ¿Se acuerda todavía de mí?

—Olga se encuentra perfectamente y te recuerda como si os hubierais separado ayer.

—¿Y tus hijos?

—También se encuentran bien... Pero dime, Ilia, no habrás dicho en serio eso de que piensas quedarte aquí, ¿verdad? He venido precisamente a buscarte para llevarte con nosotros al campo...

—¡No, no! —se apresuró a responder Oblomov lleno de inquietud, mirando con el rabillo del ojo hacia la puerta—. ¡Ni pensarlo! ¡Por lo que más quieras no hables de ello!

—Pero ¿por qué? ¿Qué te ocurre? —comenzó Stolz—. Ya me conoces. Llevo esa idea en la cabeza hace ya tiempo y no pienso abandonarla. Hasta la fecha los negocios me han impedido ponerla en práctica, pero ahora ya soy libre. Tienes que venirte a vivir con nosotros. Olga y yo lo hemos decidido así, y así tendrá que ser. Por fortuna he llegado a tiempo. Temía... ¡Vamos, vente conmigo!... Estoy dispuesto a arrastrarte a la fuerza si es necesario. Es preciso que empieces a vivir de otro modo, ya sabes cómo...

Oblomov escuchaba a su amigo sin poder dominar su impaciencia.

—¡No grites, por favor, habla bajo! —suplicó a Stolz—. Podrían...

—¿El qué podrían?

—Oírte... Mi... patrona podría imaginar que quiero marcharme...

—Bueno, ¿y qué? ¡Déjala!

—¡Oh! ¡No, es imposible! Escucha, Andrei —añadió de súbito, en un tono que sorprendió a Andrei—. Es inútil que trates de convencerme. Quieras o no, me quedaré aquí.

Stolz lanzó a su amigo una mirada de perplejidad. Oblomov le devolvió la mirada, pero con expresión serena y resuelta.

—¡Estás perdido, irremisiblemente perdido, Ilia! —exclamó Stolz—. Esta casa, esta mujer... esta clase de vida... ¡Es imposible! ¡Vente conmigo, vámonos de aquí!

—¿Por qué te empeñas en que me vaya contigo? ¿Y dónde quieres que vaya? —preguntó Oblomov retrocediendo.

—Lejos de este rincón, de esta nauseabunda charca, hacia el mundo, hacia una vida abierta, normal y saludable —dijo Stolz en tono imperioso—. ¿Qué ha sido de ti? ¿No lo ves? ¿No te das cuenta? ¿Ésta es la vida con la que habías soñado en otro tiempo? ¡Vivir como un topo en su madriguera! Recuerda...

—No, no me recuerdes nada, no te empeñes en resucitar el pasado. Es imposible retroceder —contestó Oblomov con la resolución reflejada en su rostro, completamente seguro de lo que decía—. ¿Qué pretendes hacer conmigo? He roto para siempre con el mundo hacia el cual quieres arrastrarme, y no podrás unir de nuevo lo que ya se separó definitivamente. Me he habituado a este agujero, y si me sacaras de aquí, me moriría en cuatro días.

—¡Pero mira a tu alrededor, Ilia! ¿Dónde te encuentras? ¿Con quién vives?

—Ya lo sé, ya lo sé... Demasiado bien que lo sé, Andrei. ¡Hace años y años que me siento avergonzado de vivir en el mundo! Pero me es imposible ir por tu camino aunque lo deseara. Tal hubiera sido aún posible la última vez que estuviste aquí. Pero ahora... —empezó a decir y bajó los ojos—. Ahora es demasiado tarde... Déjame y no insistas. Dios sabe que merezco tu amistad, pero no soy digno de que te preocupes ni te tomes la menor molestia por mí.

—No, Ilia. Tengo la sensación de que me ocultas algo... Pero precisamente eso te llevará conmigo... Vamos —continuó—, ponte algo encima y vámonos a mi alojamiento. Pasaremos la noche juntos. Tengo un sin fin de cosas que contarte. ¿No sabes lo que sucede? ¿No has oído hablar de ello?

Oblomov miró a su amigo con expresión interrogativa.

—Ya no me acordaba de que no ves a nadie. Vente conmigo y te lo explicaré todo... ¿No sabes quién está esperándome en el coche? ¿Quieres que la llame?

—¡Olga! —exclamó Oblomov sobrecogido de espanto. Palideció intensamente y luego imploró—: ¡Por favor, no permitas que entre, márchate...! ¡Adiós, adiós!

Y empujó a Stolz hacia la puerta, pero Stolz no se movió.

—No puedo presentarme a ella sin llevarte conmigo. Se lo he prometido, ¿entiendes, Ilia? Si no quieres hoy, mañana. Puedes arrojarme de aquí si gustas. Pero te prometo que no me alejaré por mucho tiempo... ¡Mañana o pasado mañana volveremos a vernos!

Oblomov bajó la cabeza en silencio, sin atreverse tan siquiera a mirar a Stolz.

—¿Cuándo vendrás con nosotros? Será lo primero que me preguntará Olga;

—¡Oh, Andrei! —exclamó Oblomov con voz temblorosa, dejando descansar la cabeza en el hombro de Stolz y abrazándole—. ¡Dejadme solo, olvidadme!

—¡Cómo! ¿Para siempre? —preguntó Stolz sorprendido, libertándose de los brazos de Oblomov y escrutando el rostro de su amigo.

—Sí —murmuró Oblomov.

Stolz se apartó de él para mirarle mejor.

—¿Eres tú, Ilia? —murmuró en tono de reproche—. ¡Me rechazas, me repudias! Y por culpa de ella, de esa mujer... ¡Dios mío! —gritó como si acabara de recibir una grave herida en el pecho—. Ese niño que acabo de ver... ¡Ilia, Ilia! ¡Huye de ella, date prisa, vente conmigo ahora mismo! ¡Qué bajo has caído! Esa mujer... ¿qué es para ti?

—¡Es mi esposa! —exclamó Oblomov con entonación grave.

La sorpresa de Stolz no tuvo límites.

—Ese niño es mi hijo. Se llama Andrei en recuerdo tuyo —concluyó Oblomov, respirando profundamente después de haberse librado de aquel secreto.

Ahora le tocó el turno a Stolz de palidecer, y miró en torno suyo con ojos extraviados. «El abismo» se abrió súbitamente a sus pies, «el muro» se levantó de pronto y le pareció que Oblomov ya no se encontraba allí, que había desaparecido bajo tierra. Stolz experimentaba la extraña sensación de quien esperando encontrar a un amigo de que se separó hace mucho tiempo, se entera de súbito de que el amigo está muerto.

—¡Estás perdido, Ilia! —murmuró de una manera maquinal—. ¿Qué le diré ahora a Olga?

Oblomov oyó las últimas palabras e intentó decir algo, pero le fue imposible.

Tendió los brazos hacia Andrei y ambos amigos se abrazaron estrechamente, como suelen hacerlo los hombres antes de una batalla, antes de morir. El abrazo ahogó sus palabras, sus lágrimas y sus sentimientos.

—No abandones a mi Andrei cuando yo muera —murmuró Oblomov, enternecido al separarse.

Sin pronunciar una palabra, Stolz salió lentamente de la habitación y cruzó el patio hasta llegar al coche que le esperaba, en tanto que Oblomov, sentado en el sofá, apoyaba los codos sobre la mesa y hundía su rostro entre las manos.

«No, no abandonaré a Andrei —se decía Stolz conmovido hasta lo más profundo de su alma, mientras atravesaba el patio—. ¡Estás perdido, Ilia! ¡Ahora es inútil explicarte que Oblomovka ya no se encuentra en un rincón del mundo, que también a ella le ha llegado su turno y que la iluminan los rayos del sol! Ya es inútil decirte que dentro de cuatro años la aldea contará con estación de ferrocarril, que tus campesinos trabajarán en la construcción de la línea y que las cosechas serán transportadas por tren hasta el río... Que habrá escuelas... que los niños recibirán instrucción y que... No. Te asustaría esta nueva alborada de felicidad, cegaría tus ojos acostumbrados a la oscuridad. Pero yo conduciré a tu hijo allí donde tú no has podido llegar... y haré que en él se realicen nuestros sueños de juventud. ¡Adiós, vieja Oblomovka! —murmuró mirando por última vez hacia la ventana de la casa—. ¡Tu tiempo ha pasado ya!»

—¿Qué sucede? —preguntó Olga con el corazón palpitante de inquietud.

—¡Nada! —contestó Andrei con acento seco.

—¿Vive? ¿Se encuentra bien?

—Sí —contestó Andrei.

—¿Por qué has vuelto tan pronto? ¿Por qué no me has llamado ni viene contigo? ¡Déjame ir a verle!

—¡Imposible!

—Pero ¿qué pasa? —demandó Olga angustiada—. ¿Es que se ha abierto el «abismo»? Dime, explícate. Stolz guardó silencio.

—Pero ¿qué sucede?

—Oblomovismo —contestó Andrei sombrío y, pese a todas las preguntas de Olga, continuó manteniendo un lúgubre silencio hasta que llegaron a casa.

X

TRANSCURRIERON cinco años más. Muchos fueron los cambios que se produjeron, tanto en Viborg como en el resto del mundo en ese espacio de tiempo. A ambos lados de la solitaria calle que conducía a la casa de la señora Pshenitsin se habían construido una serie de villas de verano entre las cuales se alzaba un enorme edificio de ladrillo, de aspecto oficial, el cual privaba que los rayos del sol penetrasen alegremente por las ventanas de aquel refugio de paz y pereza.

La casa había ido envejeciendo y ahora aparecía sucia y descuidada, semejante a un hombre que no se ha lavado ni afeitado en mucho tiempo. La pintura de las paredes estaba desconchada y los canalones del tejado rotos, por cuyo motivo el patio aparecía completamente lleno de barro. Cuando alguien penetraba en él, el perro no saltaba furioso, tirando de la cadena, sino que se limitaba a lanzar un ronco ladrido sin moverse de su perrera. En el interior de la casa, ¡cuántos cambios habíanse producido también! Otra mujer estaba ahora al frente de ella y eran otros los niños que jugaban por sus habitaciones y en el patio. De nuevo veíase aparecer por allí el rostro encarnado de Tarantiev, pero ya no comparecía el insignificante y amable Alexeiev. Tampoco se veía a Anisia y a Zajar. Un obeso cocinero trabajaba en la cocina, obedeciendo de mala gana las tímidas órdenes de Agafia Matveievna; y Akulina, con sus faldas de siempre, tenía ahora a su cargo el lavado de la vajilla. Incluso el portero, siempre adormilado, con la misma zamarra de piel de cordero, pasaba lo que le restaba de vida en su pequeña habitación. Por la mañana, a primera hora y a mediodía, la figura de Iván Matveich cruzaba la desvencijada puerta con un gran fajo de papeles bajo el brazo.

¿Y qué se ha hecho de Oblomov? ¿Dónde estaba? ¿Dónde? Su cuerpo descansa ahora bajo una sencilla losa rodeada de arbustos, en el silencioso cementerio más próximo. Unas ramitas de lilas, plantadas por una mano amiga, adornan su tumba. Parecía como si velara por su sueño el propio ángel de la paz.

Pese a los amorosos cuidados de su esposa, el reposo continuo y la indolencia habían acabado por destruir la máquina de su vida. Ilia Illich había muerto en apariencia sin experimentar el menor dolor, sin agonía, como un reloj que se para porque se le ha terminado la cuerda. Nadie estuvo presente en sus últimos momentos ni percibió su último suspiro. Un año después del primero tuvo un segundo ataque de apoplejía, y tampoco éste le dejó el menor rastro. Pero Ilia Illich quedó más débil y pálido, perdió el apetito y apenas si salía ya al jardín. Cada día se mostraba más pensativo y callado, e incluso a veces se le veía llorar. Sentía que la muerte se acercaba y la temía. Más tarde sufrió algunos

desvanecimientos, pero también se recobró de ellos. Hasta que una mañana Agafia Matveivna entró en su habitación para servirle el café, como de costumbre, y le encontró muerto, descansando con la misma serenidad que si estuviera durmiendo. Tenía la cabeza un poco retirada de la almohada y con una mano se apretaba convulsivamente el corazón, donde con toda seguridad se había concentrado el dolor y paralizado la circulación.

Hacía ya tres años que Agafia Matveivna era viuda; durante todo este tiempo las cosas volvieron a ser como antes de que conociera a Oblomov. Su hermano, después de perder todo el dinero en algunos negocios, había conseguido, mediante toda suerte de estratagemas y humillaciones, que le admitieran otra vez en su antiguo empleo de secretario «en la oficina donde llevan el registro de los campesinos». De nuevo iba a su despacho y traía a casa medios rublos y monedas de veinte y veinticinco *kopeks*, que guardaba en una caja secreta. Volvió a abundar la comida, pero los manjares eran tan vulgares como antes de la aparición de Oblomov.

La persona más importante de la casa era en la actualidad la esposa de Iván Matveich, Irina Panteleievna. Es decir, que ésta disfrutaba del derecho de levantarse tarde, tomar café tres veces al día y cambiarse de vestido otras tantas, sin más preocupación que la de que sus enaguas estuvieran perfectamente almidonadas;. No se ocupaba de nada más, y Agafia Matveievna, lo mismo que en otros tiempos era el alma de la casa. Ella vigilaba la cocina y la comida, servía a todos el café y el té, cortaba los vestidos, vigilaba el lavado y cuidaba de los muchachos, de Akulina y del portero. Pero ¿por qué lo hacía? Ahora era la señora Oblomov, una propietaria. De haberlo deseado, podría haber vivido independiente y nadar en la abundancia. ¿Por qué, entonces, había aceptado la carga de cuidar de otras personas y realizar todos esos sacrificios que una mujer está dispuesta a realizar por amor o bien por las sagradas obligaciones, que imponen los lazos familiares? ¿Dónde estaban Zajar y Anisia, sus criados por derecho propio? ¿Dónde se hallaba el recuerdo viviente dejado por su marido, el pequeño Andriusha? ¿Dónde se encontraban también los hijos de su primer matrimonio?

En lo que hace a sus hijos, éstos ya habían ocupado su puesto en la vida.; Vania, luego de haber acabado los estudios, había ingresado en una oficina del Gobierno; Masha había contraído matrimonio con el superintendente de un orfanato, y Andriusha había sido confiado a Stolz y a su esposa, a petición de ambos esposos, y con el fin de cuidar de su educación.

A Agafia Matveievna jamás se le había ocurrido pensar que el porvenir de Andriusha pudiera ser idéntico al de sus otros dos hijos, aunque en su corazón, tal vez inconscientemente, les reservaba a todos el mismo lugar. A su parecer, existía

una gran diferencia entre la educación y el futuro de Andriusha y las vidas de Vania y Masha.

—Estos dos serán gente del pueblo como yo —solía decir muy convencida—. Nacieron de gente de modesta condición. Por el contrario, éste —añadía con súbito respeto, acariciando a Andriusha con sumo cuidado, por no decir con timidez—, ¡éste será todo un caballero! ¡Mirad qué piel tan blanca tiene! ¡Qué manos tan pequeñas, qué piececitos y qué pelo tan sedoso! ¡Es la viva imagen de su padre!

Por esta razón aceptó con alegría la proposición de Stolz de adoptar a Andriusha, pues la madre creía que el lugar de su hijo no estaba allí, en compañía de sus sobrinos, los hijos de su hermano.

Durante los seis meses que siguieron a la muerte de Oblomov, vivió con Zajar y con Anisia, abrumada por el dolor, aunque sin lamentarse a nadie.

Un día, con la excusa de darle el pésame por la muerte de su marido, fueron a verle toda la familia de su hermano, acompañados de Tarantiev. Sus vulgares palabras de consuelo, las mismas que oyera pronunciar quince años antes, en ocasión del fallecimiento de su primer marido, y que entonces le sirvieron de consuelo, esta vez la hicieron sentirse a disgusto y la apenaron aún más. Esto hizo que se sintiera aliviada cuando los visitantes cambiaron de tema de conversación y empezaron a sugerir que ahora podrían volver a vivir juntos, para que pudiera consolarse «en compañía de los suyos» y porque, a decir verdad, nadie como ella sabía llevar la administración y el cuidado de una casa. Agafia Matveievna se tomó dos meses para estudiar la oferta que le hacían y al final aceptó la proposición. Por entonces los Stolz se llevaron a Andriusha y la madre se quedó sola.

A partir de entonces pareció vivir como ausente del mundo. Andaba por la casa siempre con el mismo vestido negro y realizaba todas sus tareas de una manera maquinal, sin que su corazón tomara parte alguna en lo que hacía.

Tan sólo cuando volvía a ver al pequeño Andriusha tornaba a vivir plenamente. Sus ojos entonces se llenaban de luz y de alegría, para acabar llorando, pues se le reavivaban los recuerdos. Permanecía extraña a cuanto sucedía a su alrededor. Si su hermano se enfadaba porque se había gastado medio rublo más o bien porque la comida no estaba en su punto; si su cuñada la reñía porque las enaguas no estaban lo bastante almidonadas y el té estaba frío y era flojo, si el cocinero se insolentaba con ella, Agafia Matveievna no se daba cuenta de nada en absoluto, como si no hablasen con ella, y jamás oía el murmullo sarcástico con que intentaban zaherirla: «¡La señora, la propietaria!»

No obstante, la vida tenía ahora para ella un significado; al fin sabía, por qué

había vivido, y estaba convencida de que no había vivido en vano.

Había querido mucho y por completo; había querido a Oblomov como amante, como marido y como a un ser superior. Sin embargo, lo mismo que antes, no podía explicárselo a nadie, ni tampoco nadie de los que la rodeaban hubieran podido comprenderlo. ¿Dónde encontrar las palabras necesarias para expresar lo que sentía? Tales palabras no existían en el vocabulario de su hermano, de su cuñada ni en el de Tarantiev, porque ninguno de los tres eran capaces de sentir lo que ella. Tan sólo Ilia Illich la hubiera comprendido, pero jamás le explicó nada, pues en aquel entonces ella misma tampoco hubiera podido comprenderlo.

A medida que transcurrieron los años, Agafia Matveievna fue conociéndose mejor y tornándose más reservada y silenciosa. Toda su vida vivía envuelta en el dulce resplandor de los siete años, que habían volado en un instante, y nada más podía desear ya de la vida.

Sólo cuando Stolz fue aquel invierno a San Petersburgo, Agafia corrió a su casa para ver a Andriusha, acariciando al niño con tímida y respetuosa ternura. Hubiera querido decir algo a Andrei Ivanich, darle las gracias y explicarle todo lo que sentía, pero no supo cómo hacerlo. No pudo hacer más que acercarse a Olga, cogerle las manos y besárselas llorando, hasta que Olga no pudo reprimir las lágrimas, y entonces Andrei, profundamente conmovido también, se apresuró a abandonar la habitación.

Todos se sentían unidos por el mismo sentimiento y por el recuerdo del alma pura y noble de su amigo muerto. El matrimonio intentó convencer a Agafia Matveievna para que les acompañara al campo y viviera con ellos cerca de Andriusha, pero ella contestó: —Donde se ha nacido y vivido siempre, allí tiene que esperarse la muerte.

En vano Stolz le daba cuenta de la marcha de la propiedad y le enviaba sus beneficios. Agafia lo devolvía todo íntegramente, rogándole que lo guardara para Andriusha: «No es mío, es suyo —repetía obstinadamente—. Él lo necesitará, pues es un caballero, y yo puedo pasarme muy bien sin ese dinero».

XI

UN mediodía, dos caballeros paseaban por la calle de Viborg, seguidos por un coche que avanzaba lentamente. Uno de los caballeros era Stolz y el otro un amigo suyo, escritor, un hombre grueso y apático, de ojos somnolientos. Caminando llegaron ante una iglesia; la misa había concluido en aquel instante y

los feligreses salían a la calle. Los primeros en aparecer fueron dos mendigos.

—Me gustaría saber de dónde salen los mendigos —exclamó el escritor mirando a los dos pordioseros.

—¿De dónde? Pues de todos los agujeros y las rendijas...

—No, no me refería a eso —repuso el escritor—. Me gustaría saber cómo un hombre se convierte en mendigo. ¿Es algo que sucede de pronto, o bien se va produciendo de un modo gradual?

—¿Por qué sientes tanto interés en saberlo? ¿Es que te propones escribir *Los misterios de San Petersburgo*?

—Quizá... —contestó el escritor bostezando.

—Bien, entonces ésta es la ocasión. Interroga a uno de ésos. Por un rublo, te contará toda su historia y podrás reproducirla en tu beneficio. Aquí tienes a un anciano que parece el prototipo del mendigo...; ¡Eh, amigo, ven aquí!

El viejo se volvió, se quitó el gorro y se aproximó a ellos.

—¡Dios les bendiga, señores! —murmuró—. ¡Ayuden a un pobre soldado viejo herido en treinta batallas...!

—¡Zajar! —exclamó Stolz sorprendido—. ¿Eres tú, Zajar?

Zajar se interrumpió bruscamente y llevándose una mano a los ojos a guisa de pantalla para evitar el sol, miró con atención a Stolz.

—Perdón, excelencia, pero no consigo reconocerle... Estoy casi completamente ciego.

—¿Has olvidado a Stolz, el amigo de tu señor? —dijo Andrei Ivanich en tono de reproche.

—¡Dios bendito! ¡Andrei Ivanich! ¡Realmente debo de estar completamente ciego! ¡Padrecito mío!

Intentó coger la mano de Stolz, pero al no conseguirlo, le besó el borde de la levita.

—¡Gracias sean dadas a Dios por haber concedido esta alegría a un ser miserable y ruin como yo! —murmuró el viejo entre risas y lágrimas.

Su rostro ardía de emoción.

Zajar estaba casi completamente calvo. Continuaba conservando sus enormes patillas, pero éstas habían encanecido por completo. Vestía un abrigo hecho harapos y mugriento y calzaba unos viejos chanclos, rotos por todas partes.

—Bien, bien. El Señor me ha otorgado esta gracia para que pueda celebrar el día de fiesta...

—Pero ¿cómo has llegado a este estado, Zajar? ¿No te da vergüenza? —dijo Stolz con severidad.

—¡Ay, Andrei Ivanich! ¿Qué podía hacer yo? —repuso Zajar suspirando—. De un modo u otro tenía que continuar viviendo. Mientras Anisia vivió no tuve que mendigar para comer. Pero se la llevó el cólera. ¡Dios la tenga en su gloria! El hermano de la señora me echó luego de casa porque me estaba comiendo el pan de la vagancia, según dijo, y Mijei Andreich Tarantiev siempre me daba coces cuando pasaba junto a mí. ¡Aquello no era vivir, señor! ¡He tenido que soportar tantos insultos y vejaciones! De no ser por la señora, Dios la bendiga, hace tiempo que hubiera muerto de frío —añadió Zajar—. Pero ella me da vestidos para el invierno, y tanto pan como quiero, e incluso antes me reservaba un rincón junto a la estufa. Pero los otros comenzaron a insultarla por mi culpa y entonces he preferido no volver por allí. Y así ando, sin hogar desde hace dos años...

—¿Y por qué no buscas un empleo, Zajar? —preguntó Stolz.

—¿Dónde lo encontraría, Andrei Ivanich? Lo he intentado por tres veces, pero ha sido inútil. Ahora hasta los lacayos tienen que saber leer y escribir. Además, ya no tienen tantos criados como antes. Se contentan con uno o dos, todo lo más. Se quitan incluso los zapatos ellos mismos. Créame, señor, que es una vergüenza y una desgracia.

Zajar lanzó un profundo suspiro.

—Estuve empleado en casa de un comerciante alemán, y todo fue bien mientras no hice más que estar sentado en el vestíbulo. Pero cuando me puso a servir a la mesa, un día dejé caer al suelo una vajilla completa de cristal de Bohemia e inmediatamente me despidió. Otra vez fue una condesa la que me ofreció un empleo en su casa. «Parece respetable», dijo al verme, y me tomó de portero. Era un buen oficio. «Todo lo que tienes que hacer es mostrarte importante mientras estás sentado junto a la puerta con las piernas cruzadas, y si alguien te pregunta no debes contestar inmediatamente, sino lanzar un gruñido y luego dejar entrar a quien sea o echarle de una patada, según los casos.» Y si llegan visitas importantes, desde luego hay que saludarlas convenientemente, así —añadió Zajar haciendo una reverencia—. Es un oficio magnífico, no se puede negar. ¡Pero la señora condesa era tan difícil de contentar! Un día se le ocurrió echar un vistazo a mi cuarto y vio una chinche, y me armó un terrible escándalo, como si yo hubiera inventado las chinches. Otra vez descubrió que olía a vino y me despidió.

—¡Y es cierto que hueles a vino! —observó Stolz.

—Bebo para olvidar, Andrei Ivanich, se lo aseguro —repuso Zajar—. También traté de emplearme como cochero, pero ya soy demasiado viejo para ese oficio. El caballo era desastroso. Una vez me arrojó del coche y otro día atropellé a una vieja y me llevaron al cuartelillo de policía.

—Bien. Ahora dejarás de beber y te vendrás conmigo. Te daremos alojamiento y más tarde nos iremos al campo juntos. ¿Me oyes?

—Sí, Andrei Ivanich, pero...

Zajar acompañó sus palabras con un suspiro.

—¡No quiero irme de aquí, no quiero alejarme de su tumba! ¡Mi querido señor Ilia Illich! —exclamó echándose a llorar—. Esta misma mañana he estado rezando por él. ¿Por qué se lo llevaría el Señor? ¡Era nuestra alegría y nuestro gozo y tenía qué haber vivido cien años! —continuó Zajar sin abandonar los sollozos—. Hoy he estado a visitar su tumba. Siempre que vengo por aquí voy a verle. Me siento junto a ella y lloro horas y horas, y a veces me parece que le oigo llamar: «¡Zajar, Zajar!», y un escalofrío me recorre la espalda. ¡Nunca tendré un amo como él! ¡Y cómo le quería a usted!

—Bien, vente conmigo y verás a Andriusha. Le diré que te dé algún dinero y un traje decente y luego podrás ir adonde te plazca —dijo Stolz dándole algunas monedas.

—Otro día iré. Sí, quiero ver de nuevo a Andrei Illich. Supongo que habrá crecido mucho. ¡Bondad divina! ¡Qué alegría! ¡Vaya si iré! ¡Dios le dé salud y muchos años de vida! —murmuró Zajar cuando el coche de Stolz ya se alejaba.

—Bien, ¿has oído la historia de ese mendigo? —preguntó Stolz a su amigo.

—¿Y quién era ese Ilia Illich de que hablaba? —preguntó el escritor.

—Oblomov. Creo que te he hablado varias veces de él.

—Sí, recuerdo su nombre. Fue compañero tuyo de colegio, ¿verdad? ¿Qué ha sido de él?

—Murió hace algún tiempo. ¡Lástima de hombre!

Stolz suspiró y se sumió en sus pensamientos.

—Lo curioso del caso es que era tan inteligente como los demás, y su alma era pura y clara como el cristal. ¡Era noble, sincero, bondadoso y, sin embargo, nunca llegó a hacer nada!

—¿Por qué? ¿Cuál fue la causa de que no hiciera nada?

—La causa... Pues... el oblomovismo —exclamó Stolz.

—¿El oblomovismo? —repitió el escritor perplejo—. ¿Y eso qué es?

—Ahora te lo explicaré. Déjame reunir mis ideas y mis recuerdos. Y prepárate a escribir. La historia puede ser de utilidad a más de uno.

Y Stolz contó a su amigo lo que aquí se ha narrado.

Iván Alexándrovich **GoncharovOblomov**
Introducción deNatalia Ujánovaprofesora de la Universidad Complutense de Madrid
Traducción deEnrique de Juan
«En *Oblomov*, el talento realista de Goncharov alcanza la cima de su arte. El "oblomovismo" es la mezcla de la inercia y la apatía, de la esclavitud moral y la actitud orgánica hacia el trabajo, que gravitaba sobre gran número de terratenientes-aristócratas de entonces. La repugnancia de Oblomov por el trabajo, el procedimiento de hundir en un fárrago de palabras todo lo vivo, era característico de los nobles.»
Clásicos Universales Planeta

Notas a pie de página

1. ¡Muy bien, querido muchacho!
2. Burgués.
3. *-Referencia sin nota- (N. del M.)*